

Índice 1987-1996

AGRICULTURA

GARCÍA OLMEDO, Francisco
"Milgranos e figueras", sobre *Flora agrícola*, de Enrique Sánchez-Monge. N.º 61. Enero 1993. Pág. 12.

ANTROPOLOGÍA

GARCÍA-SABELL, Domingo
"La búsqueda de las raíces", sobre *Audacias femeninas*, de Carlos García Gual. N.º 51. Enero 1992. Págs. 1-2-3.
"La posesión de la realidad", sobre *Crear, esperar, amar*, de Pedro Laín Entralgo. N.º 69. Noviembre 1993. Págs. 4-5.
"La felicidad, fantasma huidizo", sobre *The Psychology of Happiness*, de Michael Argyle. N.º 76. Junio-julio 1994. Págs. 8-9.

ARQUITECTURA

ALVAR, Manuel
"Sobre arquitectura popular", sobre *Arquitectura popular española*, de Carlos Flores. N.º 18. Octubre 1988. Págs. 10-11.
"Particularismo y universalidad", sobre *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*, de Claudio Guillén. N.º 23. Marzo 1989. Págs. 1-2.

BONET CORREA, Antonio
"Arquitectura española del siglo XVIII", sobre *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*, de F. J. León Tello y M.ª Virginia Sanz. N.º 94. Abril 1996. Pág. 3.

FERNÁNDEZ ALBA, Antonio
"Alarifes del Islam en el desierto", sobre *Ciudades de las caravanas*, de José Corral. N.º 8. Octubre 1987. Pág. 3.
"Le Corbusier en su centenario", sobre *Le Corbusier: Ideas y formas*, de William J. R. Curtis, y *Le Corbusier*, de Willy Boesiger. N.º 14. Abril 1988. Págs. 6-7.
"El final de la partida", sobre *Arquitectura internacional (últimas tendencias)*, de Charles Jenks. N.º 36. Junio-julio 1990. Págs. 6-7.
"Laberinto de memorias", sobre *Borges y la arquitectura*, de Cristina Grau. N.º 42. Febrero 1991. Pág. 12.
"Rasgos de una arquitectura en América Latina", sobre *Nueva Arquitectura en América Latina. Presente y futuro*, de Antonio Toca (ed.). N.º 49. Noviembre 1991. Pág. 12.
"Desde la cima del vacío", sobre *El espacio raptado*, de Javier Maderuelo. N.º 59. Noviembre 1992. Pág. 3.
"Materia y memoria en arquitectura", sobre *El fuego y la memoria*, de Luis Fernández-Galiano, y *Construir lo construido*, de Francisco de Gracia. N.º 65. Mayo 1993. Págs. 1-2.
"Arquitectura en grises de penumbra", sobre *Documenti di architettura*, de Tadao Ando. N.º 91. Enero 1996. Págs. 1-2.

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José
"La cornisa cantábrica a vista de pájaro", sobre *La plaza en la ciudad y otros espacios significativos*, de José Luis García Fernández y Lena Saladina Iglesias Rouco. N.º 6. Junio-julio 1987. Pág. 12.
"La arquitectura y los 'tratados'", sobre *Los tratados de Arquitectura. De Alberti a Ledoux*, de Dora Wiebenson. N.º 33. Marzo 1990. Págs. 6-7.

ARTE

AYALA, Francisco
"Un testimonio del barroco", sobre *El arte de la pintura*, de Francisco Pacheco. N.º 47. Agosto-septiembre 1991. Pág. 3.

AZCÁRATE, José María
"Arte mudéjar aragonés", sobre *Arte mudéjar aragonés*, de Gonzalo M. Borrás Gualis. N.º 15. Mayo 1988. Págs. 8-9.

BARRIO-GARAY, José Luis
"Conjetura e interpretación del Arte", sobre *Principles of Art History Writing*, de David Carrier. N.º 55. Mayo 1992. Págs. 10-11.
"Matisse: perspectivas en el tiempo", sobre *Henri Matisse: A retrospective*, de John Elderfield. N.º 64. Abril 1993. Págs. 6-7.
"Teorías, estrategias y la modernidad 'otra'", sobre *The Optical Unconscious*, de Rosalind E. Krauss. N.º 83. Marzo 1995. Págs. 8-9.

CARNERO, Guillermo
"De Purgatorio a Luis XIV", sobre *La Peinture*, de Charles Perrault. N.º 66. Junio-julio 1993. Págs. 8-9.

GÁLLEGO, Julián
"¿Hubo un estilo clementino?", sobre *El Saco de Roma, 1527*, de André Chastel. N.º 4. Abril 1987. Pág. 6-7.

"Un embajador del Barroco en París", sobre *Diario del viaje del caballero Bernini a Francia*, de Paul Fréart de Chantelou. N.º 13. Marzo 1988. Págs. 10-11.

"Descubrimiento de la iconología", sobre *Iconología*, de Cesare Ripa. N.º 18. Octubre 1988. Págs. 1-2.

"Las ilustraciones de la Ilustración", sobre *Difusión de la Ciencia en la España ilustrada*, de Juan Carrete Parrondo. N.º 40. Diciembre 1990. Pág. 3.

"Litografía, un arte de la clase media", sobre *Origen de la litografía en España. El Real Establecimiento Litográfico*, de Jesusa Vega. N.º 49. Noviembre 1991. Págs. 4-5.

"La arquitectura desde el dibujo", sobre *Dibujos de arquitectura y ornamentación de la Biblioteca Nacional. Siglos XVI y XVII*, de Elena M.ª de Santiago Páez y otros. N.º 53. Marzo 1992. Págs. 1-2.

"Felipe II y las Bellas Artes", sobre *Felipe II, mecenas de las Artes*, de Fernando Checa. N.º 63. Marzo 1993. Págs. 4-5.

"El Park Güell, 'hortus conclusus'", sobre *Hacia la arquitectura de un paraíso. Park Güell*, de Conrad Kent y Dennis Prindle. N.º 69. Noviembre 1993. Pág. 3.

"Anibal y Goya a la vista de Italia", sobre *El cuaderno italiano (1770-1785)*, de Francisco de Goya. N.º 78. Octubre 1994. Págs. 6-7.

"Federico de Madrazo, pintor epistolar", sobre *Epistolario*, de Federico de Madrazo. N.º 86. Junio-julio 1995. Págs. 8-9.

GARCÍA BERRIO, Antonio
"Vigencia de las artes", sobre *A toda crítica: ensayos sobre arte y artistas*, de Robert Hughes. N.º 71. Enero 1994. Págs. 1-2-3.

GARCÍA-SABELL, Domingo
"Los dibujos eróticos de Rodin", sobre *Rodin. Dessins érotiques*, de Philippe Sollers y Alain Kirilí. N.º 16. Junio-julio 1988. Págs. 4-5.

GUBERN, Román
"El arte como disciplina útil", sobre *Más que discutible*, de Oscar Tusquets. N.º 82. Febrero 1995. Pág. 12.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco
"La vanguardia española y su circunstancia", sobre *Diccionario de las vanguardias en España*, de Juan Manuel Bonet. N.º 99. Noviembre 1996. Págs. 1-2.

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José
"Los Borbones y el gobierno de las artes", sobre *L'art de Cour dans l'Espagne des Lumières. 1746-1808*, de Yves Bottineau. N.º 12. Febrero 1988. Págs. 6-7.

"Pintura y tiempo", sobre *El tiempo en la pintura*, de Umberto Eco y Omar Calabrese. N.º 21. Enero 1989. Págs. 1-2.

"La fiesta como imagen del soberano", sobre *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento. 1450-1650*, de Roy Strong. N.º 28. Octubre 1989. Págs. 6-7.

"Papel del arte en la historia", sobre *Art and History. Images and their meaning*, de Robert I. Rotberg y Theodore K. Rabb (eds.). N.º 37. Agosto-septiembre 1990. Págs. 6-7.

"Rubens en la cima de la cultura barroca", sobre *Rubens y España. Estudio artístico-literario sobre la estética del Barroco*, de Simon A. Vosters. N.º 45. Mayo 1991. Págs. 6-7.

"El arte medido en dinero", sobre *Arte, inversión y mecenazgo. Un análisis económico del mercado del arte*, de William D. Grampp. N.º 52. Febrero 1992. Págs. 8-9.

"El proyecto Rembrandt", sobre *El taller de Rembrandt. La libertad, la pintura y el dinero*, de Svetlana Alpers. N.º 58. Octubre 1992. Págs. 6-7.

"Madrid y el arte cortesano", sobre *Giovan Domenico Olivieri y el Taller de Escultura del Palacio Real*, de María Luisa Tárraga Baldó. N.º 68. Octubre 1993. Págs. 10-11.

"La 'pasión' por la Antigüedad", sobre *L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux 18 et 19 siècles*, de Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian (recopiladores). N.º 75. Mayo 1994. Págs. 6-7.

"El cuerpo humano, entre la ciencia y el arte", sobre *Anatomía, Academia y dibujo clásico*, de Valerià Cortés. N.º 84. Abril 1995. Págs. 4-5.

NIETO ALCAIDE, Víctor
"El descubrimiento del espacio pictórico", sobre *La oveja de Giotto*, de Luciano Bellosi. N.º 72. Febrero 1994. Pág. 12.
"Arte español del XX: modernidad y vanguardia", sobre *Arte del siglo XX en España. Pintura y escultura, 1900-1990*, de Valeriano Bozal. N.º 96. Junio-julio 1996. Págs. 6-7.

PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso Emilio
"La vitalidad del arte español", sobre *La edad de oro de la pintura española*, de Jonathan Brown. N.º 44. Abril 1991. Págs. 6-7.

PITA ANDRADE, José Manuel
"Nueva imagen de nuestro Renacimiento", sobre *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, de Fernando Marias. N.º 11. Enero 1988. Págs. 10-11.

"Nuevas luces sobre la Alhambra", sobre *Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362*, de Emilio García Gómez. N.º 20. Diciembre 1988. Págs. 8-9.

SAURA, Antonio
"La laguna Estigia", sobre *La montaña blanca*, de Jorge Semprún. N.º 8. Octubre 1987. Pág. 12.

VAQUERO TURCIOS, Joaquín
"Mirar en silencio", sobre *Chu Ta, le génie du trait (1626-1705)*, de François Cheng. N.º 6. Junio-julio 1987. Pág. 3.
"Un caballete en el cerebro", sobre *Hallucinations and their impact on Art*, de Edmund M. R. Critchley. N.º 25. Mayo 1989. Pág. 3.
"Dentro y fuera de las cúpulas", sobre *Coupoles*, de Michel Saudan y Sylvia Saudan-Skira. N.º 38. Octubre 1990. Págs. 1-2.
"En la oscuridad del jardín", sobre *Ontología y teleología del jardín*, de Rosario Assunto, y *Atlante storico dell'idea del giardino europeo*, de Virgilio Verzelloni. N.º 56. Junio-julio 1992. Pág. 12.
"Los orígenes de la geometría", sobre *Les origines de la géométrie*, de Michel Serres. N.º 73. Marzo 1994. Págs. 6-7.
"Enseñando a mirar", sobre *Karl Blossfeldt. Fotografías*, de Rolf Sachse, y *Gramática del arte*, de J. J. Beljon. N.º 84. Abril 1995. Pág. 3.

BIOLOGÍA

ALBERCH, Pere
"El azar en la evolución", sobre *Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History*, de Stephen Jay Gould. N.º 43. Marzo 1991. Págs. 10-11.
"Los misterios del embrión", sobre *The Triumph of the Embryo*, de Lewis Wolpert. N.º 58. Octubre 1992. Pág. 3.

ALVARADO, Rafael
"Retazos de la vida de un biólogo", sobre *La statue intérieure*, de François Jacob. N.º 24. Abril 1989. Págs. 10-11.

BEATO, Miguel
"Base biológica de la consciencia", sobre *The remembered present. A biological theory of consciousness*, de Gerald Edelman. N.º 52. Febrero 1992. Págs. 10-11.
"El Dios genético", sobre *Il Dio genetico*, de Ernesto DiMauro. N.º 59. Noviembre 1992. Págs. 8-9.
"Nacimiento de la nueva Biología", sobre *The Molecular Vision of Life. Caltech, the Rockefeller Foundation, and the Rise of the New Biology*, de Lily E. Kay. N.º 75. Mayo 1994. Págs. 4-5.

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio
"Un tratamiento histórico de la evolución", sobre *Blueprints. Solving the Mystery of Evolution*, de Matland A. Edey y Donald C. Johanson. N.º 46. Junio-julio 1991. Págs. 10-11.
"Historia de una mosca", sobre *The making of a fly. The genetics of animal design*, de Peter A. Lawrence. N.º 60. Diciembre 1992. Págs. 8-9.
"La mosca favorita de los biólogos", sobre *Lords of the fly. Drosophila genetics and the experimental life*, de Robert E. Kohler. N.º 83. Marzo 1995. Págs. 10-11.

CERDÁ OLMEDO, Enrique
"La larga marcha de la biología", sobre *Historia de la Biología*, de I. Jahn, R. Lüther y K. Senglaub (dirs.). N.º 44. Abril 1991. Págs. 4-5.

GANCEDO, Carlos
"Las raíces profundas de la biotecnología", sobre *The emergency of bacterial genetics*, de Thomas D. Brock. N.º 48. Octubre 1991. Págs. 10-11.
"El ascenso de la genética de la levadura", sobre *The Early Days of Yeast Genetics*, de Michael N. Hall y Patrick Linder (eds.). N.º 82. Febrero 1995. Págs. 10-11.

GARCÍA OLMEDO, Francisco
"Biología molecular del gen", sobre *Molecular Biology of the Gene*, de J. D. Watson, N. H. Hopkins, J. W. Roberts, J. A. Bietz y A. M. Weiner, y *ADN recombinante. Introducción a la ingeniería genética*, de J. D. Watson, J. Tooze y D. T. Kurtz. N.º 12. Febrero 1988. Págs. 1-2.
"... a la biología como metáfora", sobre *Señora de rojo sobre fondo gris*, de Miguel Delibes. N.º 53. Marzo 1992. Pág. 7.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Antonio
"Organismos marinos de importancia biomédica", sobre *Biomedical Importance of Marine Organisms*, de Daphne G. Fautin (ed.). N.º 31. Enero 1990. Págs. 10-11.



Viene de la página anterior



MATO, José María

"Terapia génica: desafío del futuro", sobre *Correcting the Code: Inventing the Genetic Cure for the Human Body*, de Larry Thompson. N° 84. Abril 1995. Págs. 8-9.

"El genoma humano", sobre *The Gene Wars: Science, Politics and the Human Genome*, de Robert Cook-Deegan. N° 92. Febrero 1996. Págs. 10-11.

MELERO, José Antonio

"¿Una especie como tú en un lugar como éste?", sobre *The Fragile Species*, de Lewis Thomas. N° 70. Diciembre 1993. Págs. 10-11.

"El gran debate sobre la evolución", sobre *Reinventing Darwin: The Great Evolutionary Debate*, de Niles Eldredge. N° 96. Junio-julio 1996. Págs. 10-11.

ORTÍN, Juan

"Rastreado nuestros orígenes", sobre *The search for Eve*, de Michael H. Brown. N° 47. Agosto-septiembre 1991. Págs. 10-11.

"Estudio científico de la consciencia", sobre *Through our eyes only? The search for animal consciousness*, de Marian Stamp Dawkins. N° 73. Marzo 1994. Pág. 12.

PERUCHO, Manuel

"Mente material, materia mental", sobre *Mind from matter? An essay on evolutionary epistemology*, de Max Delbrück. N° 15. Mayo 1988. Págs. 10-11.

"Obsesión molecular", sobre *What mad pursuit*, de Francis Crick. N° 33. Marzo 1990. Págs. 8-9.

SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos

"Termodinámica de los seres vivos", sobre *Introducción a la termodinámica de los procesos biológicos*, de David Joy y Josep Enric Llebot. N° 32. Febrero 1990. Pág. 12.

CIENCIA

ALARIO, Miguel Ángel

"Un pulso entre las dos culturas", sobre *The creative moment: how science made itself alien to modern culture*, de J. Schwarz. N° 70. Diciembre 1993. Págs. 8-9.

"La obra 'inerte' más perfecta de la naturaleza", sobre *The new Alchemists*, de Robert M. Hazen. N° 96. Junio-julio 1996. Págs. 8-9.

ALBERCH, Pere

"El cerebro y sus metáforas", sobre *Brainmakers: How scientists are moving beyond computers to create a rival to the human brain*, de David H. Freedman. N° 88. Octubre 1995. Págs. 4-5.

BEATO, Miguel

"La física de la información", sobre *Information and the internal structure of the universe. An exploration into information physics*, de Tom Stonier. N° 45. Mayo 1991. Págs. 1-2.

CAMPOS-ORTEGA, José Antonio

"Ciencia: desconfianza y desconocimiento", sobre *The unnatural nature of science*, de Lewis Wolpert. N° 69. Noviembre 1993. Págs. 10-11.

CERDÁ OLMEDO, Enrique

"Ciencia para dar y ciencia para vender", sobre *Wissenschaft für den Markt. Die Geschichte des forschenden Unternehmens Boehringer Mannheim*, de Ernst Peter Fischer. N° 66. Junio-julio 1993. Págs. 10-11.

GALINDO, Alberto

"¿Por qué? o ¿cómo?", sobre *The How and the Why*, de David Parck. N° 50. Diciembre 1991. Págs. 4-5.

"Ciencia y Dios", sobre *La mente de Dios. La base científica para un mundo racional*, de Paul Davies. N° 77. Agosto-septiembre 1994. Págs. 1-2.

"Huellas en la historia", sobre *Miguel Catalán. Su obra y su mundo*, de José Manuel Sánchez Ron. N° 90. Diciembre 1995. Págs. 1-2.

GANCEDO, Carlos

"El hombre que hacía milagros", sobre *Pasteur*, de Maurice Vallery-Radot, y *The Private Science of Louis Pasteur*, de G. L. Geison. N° 93. Marzo 1996. Págs. 4-5.

GARCÍA DONCEL, Manuel

"Cosmos, leyes, tiempo y Dios", sobre *Quantum Cosmology and the Laws of Nature: Scientific Perspectives on Divine Action*, de R. J. Russell, N. Murphy y C. J. Isham (eds.). N° 81. Enero 1995. Págs. 10-11.

GARCÍA OLMEDO, Francisco

"Después de Asilomar", sobre *Biotechnology. An Industry Comes of Age*, de Steve Olson. N° 5. Mayo 1987. Pág. 3.

"Un eclipse de la genética", sobre *Los vestidos blancos*, de V. Dudintsev. N° 32. Febrero 1990. Pág. 3.

"A la provincia argentina de Ultramar", sobre *La nuca de Houssay*, de Marcelino Cereijido. N° 43. Marzo 1991. Pág. 3.

"Severo Ochoa: notas para una biografía", sobre *Severo Ochoa. La emoción de descubrir*, de Marino Gómez-Santos. N° 67. Agosto-septiembre 1993. Págs. 8-9.

"Con Krebs en el corazón del laberinto", sobre *Hans Krebs (I. The formation of a scientific life, 1900-1933; II. Architect of intermediary metabolism, 1933-1937)*, de Frederic L. Holmes. N° 83. Marzo 1995. Pág. 12.

"Las caras del Dr. Extrañoamor", sobre *From Faust to Strangelove: Representations of the Scientist in Western Literature*, de Roslynn D. Haynes. N° 94. Abril 1996. Pág. 12.

GARCÍA VELARDE, Manuel

"La ciencia como parte de la cultura", sobre *Michael Faraday and the Royal Institution (The Genius of Man and Place)*, de John Meurig Thomas. N° 53. Marzo 1992. Pág. 12.

"Reloj, no marques las horas", sobre *Des rythmes au chaos*, de P. Berge, Y. Pomcau y M. Dubois-Gancé. N° 78. Octubre 1994. Págs. 10-11.

GODED, Federico

"El mundo de las centrales nucleares", sobre *The Nuclear Age*, de Jacques Leclerc. N° 8. Octubre 1987. Págs. 1-2.

"La caja de Pandora nuclear", sobre *The Making of the Atomic Bomb*, de Richard Rhodes. N° 17. Agosto-septiembre 1988. Págs. 8-9.

GRANDE COVIÁN, Francisco

"Un tratado clásico de nutrición humana", sobre *Human Nutrition and Dietetics*, de S. Davidson y R. Passmore. N° 2. Febrero 1987. Pág. 12.

LAÍN ENTRALGO, Pedro

"Saber es poder", sobre *El poder de la ciencia*, de José Manuel Sánchez Ron. N° 61. Enero 1993. Pág. 3.

LÓPEZ PIÑERO, José María

"Los estudios sobre la ciencia", sobre *Introducción al estudio de las ciencias*, de John Ziman. N° 10. Diciembre 1987. Págs. 10-11.

"Cajal y la Escuela Histológica Española", sobre *El maestro y yo*, de Pío del Río Hortega. N° 25. Mayo 1989. Págs. 10-11.

"La historia de la ciencia como disciplina", sobre *Companion to the History of Modern Science*, de R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie y M. J. S. Hodge. N° 55. Mayo 1992. Págs. 8-9.

"El imperialismo científico", sobre *Civilizing Mission: Exact Sciences and French Overseas Expansion, 1830-1940*, de Lewis Pyenson. N° 81. Enero 1995. Pág. 12.

"El arte en la ciencia: la ilustración botánica", sobre *The Art of Botanical Illustration*, de Wilfrid Blunt y William Stearn. N° 100. Diciembre 1996. Págs. 10-11.

MELERO, José Antonio

"En busca del alma perdida", sobre *The Astonishing Hypothesis: The Scientific Search for the Soul*, de F. Crick y C. Koch. N° 80. Diciembre 1994. Págs. 10-11.

ORTÍN, Juan

"El método científico y el ser humano", sobre *Understanding the present: Science and the soul of modern man*, de Bryan Appleyard. N° 64. Abril 1993. Págs. 4-5.

"Aspectos éticos de la actividad científica", sobre *Scientific integrity. An introductory text with cases*, de Francis L. Macrina (ed.). N° 89. Noviembre 1995. Págs. 10-11.

PASCUAL, Ramón

"Schrödinger, un científico heterodoxo", sobre *Schrödinger. Life and Thought*, de Walter Moore. N° 38. Octubre 1990. Pág. 12.

"Ciencia y religión", sobre *John Paul II on Science and Religion. Reflections on the New View from Rome*, de R. J. Russell, W. R. Stoeger y George V. Coyne. N° 57. Agosto-septiembre 1992. Págs. 8-9.

"El fenómeno Stephen Hawking", sobre *A Brief History of Time: A Reader's Companion*, de Stephen Hawking. N° 65. Mayo 1993. Págs. 10-11.

"Entender la inteligencia", sobre *Shadows of the Mind. A Search for the Missing Science of Consciousness*, de Roger Penrose. N° 87. Agosto-septiembre 1995. Págs. 10-11.

RÍOS, Sixto

"Esteban Terradas: algunas vivencias", sobre *Esteban Terradas. Ciencia y técnica en la España contemporánea*, de Antonio Roca y J. M. Sánchez Ron. N° 52. Febrero 1992. Pág. 3.

"La campana de Gauss", sobre *The Bell Curve (Intelligence and Class Structure in American Life)*, de Richard J. Herrnstein y Charles Murray. N° 91. Enero 1996. Pág. 12.

SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos

"El Post Scriptum de Popper", sobre *Post Scriptum a la lógica de la investigación científica*, de Karl R. Popper. N° 1. Enero 1987. Pág. 12.

"La ciencia desmitificada", sobre *Science à la mode. Physical Fashions and Fictions*, de Tony Rothman. N° 37. Agosto-septiembre 1990. Pág. 12.

"La física en la política", sobre *Klaus Fuchs, el espía atómico*, de Robert Chadwell Williams. N° 44. Abril 1991. Pág. 3.

"La luz y la vida", sobre *Fotobioquímica*, de autores varios. N° 50. Diciembre 1991. Pág. 3.

"La anticipación del porvenir", sobre *Predicting the Future*, de L. Howe y A. Wain (eds.). N° 76. Junio-julio 1994. Págs. 1-2.

"En torno al reduccionismo", sobre *Nature's Imagination. The Frontiers of Scientific Vision*, de John Cornwell (ed.). N° 93. Marzo 1996. Págs. 6-7.

SÁNCHEZ RON, José Manuel

"Historia de una ciencia omnipresente", sobre *Out of the crystal maze. Chapters from the history of solid state physics*, de L. Hoddeson, E. Braun, J. Teichmann y S. Weart (eds.). N° 71. Enero 1994. Págs. 10-11.

SOLS, Alberto

"Autobiografías de investigadores", sobre *Memoir of a Thinking Radical*, de Peter Medawar. N° 3. Marzo 1987. Pág. 9.

"Descubrimientos y descubridores", sobre *Los descubridores*, de Daniel J. Boorstin. N° 14. Abril 1988. Pág. 12.

CINE

AYALA, Francisco

"Biografías de película", sobre *Bio/Pics. How Hollywood Constructed Public History*, de George F. Custen. N° 77. Agosto-septiembre 1994. Págs. 10-11.

CAMUS, Mario

"El símbolo de una generación", sobre *Brando. La biografía*, de Richard Schickel. N° 59. Noviembre 1992. Págs. 6-7.

"Una arquitectura funcional y efímera", sobre *La arquitectura en el cine. Hollywood, la Edad de Oro*, de Juan Antonio Ramírez. N° 74. Abril 1994. Págs. 6-7.

"De la importancia de lo efímero", sobre *El libro del guión. (Fundamentos de la escritura de guiones)*, de Syd Field. N° 87. Agosto-septiembre 1995. Pág. 3.

FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel

"Douglas Sirk, la mirada de un alquimista", sobre *Tiempo de vivir, tiempo de revivir (Conversaciones con Douglas Sirk)*, de Antonio Drove. N° 94. Abril 1996. Págs. 6-7.

"Una Atenas de este siglo", sobre *Los extranjeros de Mabery Road*, de Salka Viertel. N° 99. Noviembre 1996. Pág. 3.

GARCÍA BERLANGA, Luis

"Una mujer casi perfecta, de pesadilla", sobre *Yo misma. Historias de mi vida*, de Katharine Hepburn. N° 53. Marzo 1992. Pág. 3.

"Las mil trastiendas del cine", sobre *Desde la última fila*, de Fernando Fernán-Gómez. N° 92. Febrero 1996. Pág. 12.

GUBERN, Román

"La pasión española de Orson Welles", sobre *Orson Welles. Una España inmortal*, de Esteve Rimbau, y *Orson Welles. España como obsesión*, de Juan Cobos. N° 75. Mayo 1994. Pág. 12.

"Sobre el melodrama cinematográfico", sobre *Melodrama. El cine de lágrimas de América Latina*, de Silvia Oroz. N° 97. Agosto-septiembre 1996. Pág. 12.

"Una exploración del cine estalinista", sobre *Réalisme socialiste et cinéma. Le cinéma stalinien (1928-1941)*, de Eric Schmulevitch. N° 100. Diciembre 1996. Pág. 3.

GUTIÉRREZ ARAGÓN, Manuel

"Huston y Bergman hacen recuento", sobre *A libro abierto*, de John Huston, y *Linterna mágica*, de Ingmar Bergman. N° 23. Marzo 1989. Págs. 6-7.

COMUNICACIÓN

AYALA, Francisco

"Un instrumento de formación de la opinión", sobre *Vida política y televisión*, de José Miguel Contreras. N° 41. Enero 1991. Págs. 6-7.

GUBERN, Román

"Crónica sentimental de la radio española", sobre *La radio en España. 1923-1993*, de Lorenzo Díaz. N° 66. Junio-julio 1993. Págs. 6-7.

LLOVET, Enrique

"La televisión en libertad", sobre *El rapto de la televisión pública*, de Manuel Piedrahíta, y *Las relaciones entre el cine y la televisión en España y otros países de Europa*, de Antonio Cuevas Puente. N° 86. Junio-julio 1995. Págs. 10-11.

YNDURÁIN, Francisco

"Los anuncios por palabras", sobre *La historia de los anuncios por palabras*, de Eulalio Ferrer. N° 26. Junio-julio 1989. Págs. 1-2.

CULTURA

LLEDÓ, Emilio

"El papel actual de las Humanidades", sobre *Geisteswissenschaften Heute*, de autores varios. N° 62. Febrero 1993. Págs. 8-9.

MAINER, José-Carlos

"La España padecida de Américo Castro", sobre *De la España que aún no conocía*, de Américo Castro. N° 43. Marzo 1991. Págs. 6-7.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco

"El legado helénico", sobre *To mnhema toy Apollona. Paideia, tekhnēs, politismos. Delphoi kai sygkhrōnos kosmos*, de Pericles Ne-archou. N° 93. Marzo 1996. Págs. 1-2.

DERECHO

DÍAZ, Elías

"Illuminismo crítico y sociología del Derecho", sobre *Sociología del derecho. Orígenes, ricerche, problemi*, de Renato Treves. N° 12. Febrero 1988. Pág. 12.

"La filosofía del poder constituyente", sobre *La elaboración de la Constitución de 1978*, de Gregorio Peces-Barba. N° 27. Agosto-septiembre 1989. Págs. 1-2.

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo

"Política nueva, Derecho nuevo", sobre *La lengua de los derechos*, de Eduardo García de Enterría. N° 90. Diciembre 1995. Págs. 6-7.

GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo

"El debate sobre la independencia judicial", sobre *Judicial Independence: the Contemporary Debate*, de Shimon Shetreet y Jules Deschènes (eds.). N° 13. Marzo 1988. Pág. 12.

LATORRE, Ángel

"Roma y los juristas", sobre *Storia del Diritto romano*, de M. Breton. N° 22. Febrero 1989. Pág. 12.

LÓPEZ PINA, Antonio

"De la idealización del Estado", sobre *Handbuch des Staatsrechts*, de Isensee y Kirchhoff (eds.). N° 36. Junio-julio 1990. Págs. 4-5.

"Del Derecho bajo el Estado previsor", sobre *Die Zukunft der Verfassung*, de Dieter Grimm, y *Der gebändigte Leviatan*, de Erhard Denninger. N° 58. Octubre 1992. Págs. 10-11.

"Del procedimiento como fundamento moral", sobre *Faktizität und Geltung*, de Jürgen Habermas. N° 73. Marzo 1994. Págs. 8-9.



Viene de la página anterior



"La insobornable vigencia de un clásico", sobre *Gesammelte Schriften*, de Hermann Heller. N° 84. Abril 1995. Págs. 10-11.
 "Europa, 'vocación cívica' de Häberle", sobre *Europäische Rechtskultur*, de Peter Häberle. N° 97. Agosto-septiembre 1996. Págs. 10-11.

MORODO, Raúl
 "Por una modernidad jurídica y política", sobre *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, de Elías Díaz. N° 95. Mayo 1993. Pág. 12.

RUBIO LLORENTE, Francisco
 "Constitución y Derechos Fundamentales", sobre *Theorie der Grundrechte*, de Robert Alexy. N° 16. Junio-julio 1988. Págs. 8-9.
 "La Ley y los Derechos", sobre *Il Diritto mite*, de Gustavo Zagrebelsky. N° 80. Diciembre 1994. Págs. 1-2.

TOHARIA, José Juan
 "La Sociología del Derecho en España", sobre *Introducción a la Sociología del Derecho*, de Roger Cotterrell. N° 63. Marzo 1993. Pág. 3.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
 "El sistema europeo de constitucionalidad", sobre *La formación del sistema europeo de control de constitucionalidad*, de Pedro Cruz Villalón. N° 21. Enero 1989. Págs. 8-9.
 "Misión cumplida", sobre *Obras completas*, de Manuel García Pelayo. N° 62. Febrero 1993. Págs. 1-2-3.
 "Una experiencia jurídica medieval", sobre *L'ordine giuridico medievale*, de Paolo Grossi. N° 94. Abril 1996. Págs. 1-2.

ECONOMÍA

GARCÍA DELGADO, José Luis
 "Perspectiva de la Hacienda Pública", sobre *Hacienda y economía en la España contemporánea*, de Francisco Comín Comín. N° 39. Noviembre 1990. Págs. 1-2.

GARCÍA DíEZ, Juan Antonio
 "Una economista al alcance de todos", sobre *A History of Economics. The Past as the Present*, de John K. Galbraith. N° 15. Mayo 1988. Pág. 3.

SAMPEDRO, José Luis
 "La Comunidad pendiente", sobre *Europa 1995. Nuevas tecnologías y cambio social. Informe FAST*, de la Comisión de las Comunidades Europeas. N° 4. Abril 1987. Pág. 3.

TORTELLA, Gabriel
 "El presente como historia económica", sobre *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, de Jordi Nadal, Albert Carreras y Carles Sudrià (compiladores). N° 17. Agosto-septiembre 1988. Págs. 4-5.
 "Un gran economista de Chicago", sobre *Memoires of an Unregulated Economist*, de George J. Stigler. N° 29. Noviembre 1989. Págs. 4-5.
 "Una ciencia optimista", sobre *A Concise Economic History of the World. From Paleolithic Times to the Present*, de Rondo Cameron. N° 35. Mayo 1990. Págs. 10-11.

VELARDE FUERTES, Juan
 "La economía del Sexenio revolucionario", sobre *Apogeo del liberalismo en 'La Gloriosa'. La reforma económica en el Sexenio liberal (1868-1874)*, de Antón Costas Comesaña. N° 28. Octubre 1989. Págs. 8-9.
 "De la crisis a la apertura financiera española", sobre *Estudios sobre el sistema financiero*, de Antonio Torrero, y *El sistema financiero de la economía española*, de autores varios. N° 38. Octubre 1990. Págs. 10-11.
 "Últimas obras de un neorregeneracionista", sobre *Estructura económica de España y La Comunidad Europea*, de Ramón Tamames. N° 48. Octubre 1991. Págs. 6-7.
 "Urbanización económica actual en España", sobre *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, de J. L. García Delgado (ed.). N° 65. Mayo 1993. Págs. 8-9.
 "Economía y sociedad en la España actual", sobre *La sociedad española 1992-93. Informe sociológico de la Universidad Complutense*, de Amando de Miguel. N° 76. Junio-julio 1994. Págs. 10-11.
 "Los agobios del déficit del sector público", sobre *¿Está el Estado español en quiebra?*, de José Barea y M^a Dolores Dizy. N° 91. Enero 1996. Págs. 10-11.

ESTÉTICA

CARNERO, Guillermo
 "Lo bello, lo sublime y lo pintoresco", sobre *La poétique du pittoresque en France de 1700 à 1830*, de Wil Munsters. N° 54. Abril 1992. Págs. 6-7.

FILOLOGÍA

ALONSO MONTERO, Xesús
 "Un libro capital sobre lírica gallego-portuguesa", sobre *A poesía lírica gallego-portuguesa*, de Giuseppe Tavani. N° 9. Noviembre 1987. Págs. 4-5.

ALVAR, Manuel
 "Andrés Bello, desde hoy", sobre *Andrés Bello: historia de una vida y de una obra*, de Fernando Murillo Rubiera. N° 12. Febrero 1988. Págs. 4-5.

BADIA I MARGARIT, Antoni M.
 "El difícil diálogo de las lenguas", sobre *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*, de autores varios (Manuel Alvar, coordinador). N° 7. Agosto-septiembre 1987. Págs. 8-9.

"La obra de Alfonso X el Sabio", sobre *Alfonso X el Sabio y la lingüística de su tiempo*, de Hans-J. Niederehe. N° 12. Febrero 1988. Pág. 3.

"El interés por las palabras", sobre *Panorama de la lexicografía catalana*, de Gemà Colon y Amadeu-J. Soberanas. N° 20. Diciembre 1988. Pág. 3.

CARBALLO CALERO, Ricardo
 "Los clíticos en gallego-portugués", sobre *Prosodie et syntaxe. La position des clitiques en galicien-portugais*, de Domingo Prieto. N° 4. Abril 1987. Pág. 8.

"La historia del gallego-portugués", sobre *História do galego-portugués. Estado lingüístico da Galiza e do noreste de Portugal desde o século XIII ao século XVI (com referência à situação do galego moderno)*, de Clarinda de Azevedo Maia. N° 26. Junio-julio 1989. Pág. 3.

GARCÍA CALVO, Agustín
 "¿Qué es lo que escribe la escritura?", sobre *The origin of Writing*, de Roy Harris, y *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, de Armando Petrucci. N° 25. Mayo 1989. Págs. 6-7.

"¿Cómo se ha empezado a hablar?", sobre *Theorien vom Ursprung der Sprache*, de Joachim Gessinger y Wolfert von Rahden (eds.). N° 32. Febrero 1990. Págs. 6-7.

"Decir que no", sobre *A Natural History of Negation*, de Laurence R. Horn. N° 42. Febrero 1991. Págs. 1-2-3.

LORENZO, Emilio
 "Gloria póstuma a un gramático", sobre *Gramática Española y La nueva gramática académica: el camino hacia el Esbozo*, de Salvador Fernández Ramírez. N° 10. Diciembre 1987. Págs. 1-2.

"Una autoridad lexicográfica", sobre *Estudios de lexicografía española y Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, de Manuel Seco. N° 16. Junio-julio 1988. Pág. 3.

"El mundo bullente de la traducción", sobre *Teoría y crítica de la traducción. Antología y Fides Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción*, de Julio César Santoyo (comp.), y *Problemas de la traducción y Actas de las Jornadas de Traducción*, de autores varios. N° 23. Marzo 1989. Págs. 4-5.

"Español y catalán: análisis desapasionado", sobre *El español y el catalán, juntos y en contraste*, de Germán Colón. N° 31. Enero 1990. Págs. 1-2.

"Libros de estilo, guías de pecadores", sobre *Libro de estilo*, de El País. N° 40. Diciembre 1990. Págs. 4-5.

"La ortografía, de moda", sobre *Manifiesto ortográfico de la lengua española*, de José Polo, y *Reforma de la ortografía española*, de José Martínez de Sousa. N° 55. Mayo 1992. Pág. 3.

"Ayudas a la palabra", sobre *Paralanguage. A linguistic and interdisciplinary approach to interactive speech and sounds*, de Fernando Poyatos, y *Advances in Non-Verbal Communication*, de Fernando Poyatos (ed.). N° 74. Abril 1994. Págs. 1-2.

"Un diccionario de noble linaje", sobre *El Diccionario Oxford (Español-Ingles/Ingles-Español)*, de Beatriz Galimberti y Roy Russel (dirección editorial). N° 82. Febrero 1995. Págs. 4-5.

LLEDÓ, Emilio
 "Lenguaje y memoria", sobre *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, de Marcel Detienne (ed.), y *Schrift und Gedächtnis. Archäologie der literarischen Kommunikation*, de A. y J. Assmann y Chr. Hardmeier (eds.). N° 30. Diciembre 1989. Págs. 8-9.

MARSÁ, Francisco
 "Judíos españoles: política y filología", sobre *Los israelitas españoles y el idioma castellano*, de Angel Pulido, y *El judezmo. El dialecto sefardí y su historia*, de Coloma Lleal. N° 66. Junio-julio 1993. Pág. 3.

MARTÍNEZ CACHERO, José María
 "Biografía de una vocación", sobre *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, de Joaquín Pérez Villanueva. N° 53. Marzo 1992. Págs. 10-11.

QUILIS, Antonio
 "Política lingüística de España en América", sobre *Documentos sobre política lingüística en Hispanoamérica (1492-1800)*, de Francisco de Solano (ed.). N° 67. Agosto-septiembre 1993. Pág. 12.

"La nueva Gramática de la Academia Española", sobre *Gramática de la Lengua Española*, de Emilio Alarcos Llorach. N° 84. Abril 1995. Págs. 1-2.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Una visión del mundo clásico", sobre *The Oxford History of the Classical World*, de John Boardman, Jasper Griffin y Oswyn Murray (eds.). N° 1. Enero 1987. Pág. 5.

"Modernidad clásica: la 'Sintaxis' de Apolonio", sobre *Sintaxis*, de Apolonio Discolo. N° 8. Octubre 1987. Págs. 10-11.

"Historia intelectual de una época", sobre *Sileno. Idea y validez del simbolismo antiguo*, de Friedrich Creuzer. N° 58. Octubre 1992. Pág. 12.

SALVADOR, Gregorio
 "Una obra de consulta que se deja leer", sobre *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, de Francisco Marsá. N° 6. Junio-julio 1987. Pág. 8.

"Panorama lingüístico de las Islas Canarias", sobre *El español de Canarias. Guía bibliográfica*, de Cristóbal Corrales Zumbado y M^a Ángeles Álvarez Martínez, y *El español de Canarias*, de Manuel Almeida y Carmen Díaz Alayón. N° 41. Enero 1991. Págs. 1-2.

SECO, Manuel
 "La travesía de las palabras", sobre *A Supplement to the Oxford English Dictionary*, de R.W. Burchfield (dir.). N° 7. Agosto-septiembre 1987. Págs. 6-7.

"Nebrija en Cataluña", sobre *Diccionario latín-catalán y catalán-latín*, de Elio Antonio de Nebrija y Gabriel Busa. N° 24. Abril 1989. Págs. 1-2.

"Salvá, Bello y Cuervo: un reencuentro", sobre *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*, de Vicente Salvá, y *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos (con las Notas de Rufino José Cuervo)*, de Andrés Bello. N° 34. Abril 1990. Págs. 4-5.

"Diccionarios: la realidad y el deseo", sobre *Vox, diccionario actual de la lengua española*, de Manuel Alvar Ezquerria (dir.). N° 47. Agosto-septiembre 1991. Págs. 6-7.

"La catedral terminada", sobre *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, de Rufino José Cuervo. N° 100. Diciembre 1996. Págs. 6-7.

YNDURÁIN, Francisco
 "Américo Castro, de filólogo a logógrafo", sobre *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, de Américo Castro. N° 55. Mayo 1992. Págs. 4-5.

ZAMORA VICENTE, Alonso
 "Quinientos años de español", sobre *El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México. Caracterización fonética y léxica*, de Beatriz Garza Cuarón. N° 22. Febrero 1989. Pág. 3.

FILOSOFÍA

CEREZO GALÁN, Pedro
 "El palimpsesto unamuniano", sobre *Unamuno y los protestantes liberales*, de Nelson R. Orringer. N° 3. Marzo 1987. Págs. 4-5.

"Criaturas de la aurora", sobre *De la aurora*, de María Zambrano. N° 10. Diciembre 1987. Págs. 4-5.

"La hermenéutica como vía de pensamiento", sobre *Du texte à l'action*, de Paul Ricoeur. N° 22. Febrero 1989. Págs. 6-7.

"El filósofo y su sombra", sobre *Heidegger y el nazismo*, de Víctor Farías. N° 31. Enero 1990. Págs. 8-9.

"El cuerpo recuperado", sobre *Cuerpo y alma*, de Pedro Laín Entralgo. N° 50. Diciembre 1991. Págs. 10-11.

"El caso Althusser", sobre *L'avenir dure longtemps (El porvenir es largo)*, de Louis Althusser. N° 67. Agosto-septiembre 1993. Págs. 1-2-3.

"Lecturas y contralecturas del catolicismo", sobre *Obras Completas (I. Filosofía y Religión)*, de José Luis López Aranguren. N° 83. Marzo 1995. Págs. 4-5.

DÍAZ, Elías
 "Política para Savater", sobre *Política para Amador*, de Fernando Savater. N° 67. Agosto-septiembre 1993. Págs. 4-5.

"Aranguren: la democracia como moral", sobre *Obras Completas (III. Ética y Sociedad)*, de José Luis López Aranguren. N° 90. Diciembre 1995. Págs. 8-9.

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
 "El 'doctor Esperanza' sistematizado", sobre *Ernst Bloch: ¿Un futuro sin Dios?*, de Manuel Urcía Pastor. N° 22. Febrero 1989. Pág. 5.

FERRATER MORA, José
 "El principio antrópico", sobre *The Anthropic Cosmological Principle*, de John D. Barrow y Frank J. Tipler. N° 5. Mayo 1987. Págs. 1-2.

"La Tierra y el tiempo", sobre *Time's Arrow. Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time*, de Stephen Jay Gould. N° 13. Marzo 1988. Pág. 3.

"La flecha del tiempo", sobre *A Brief History of Time; From the Bing Bang to Black Holes*, de Stephen W. Hawking. N° 21. Enero 1989. Pág. 12.

"Mariposas y super-cuerdas", sobre *Infinity in: All Directions*, de Freeman Dyson. N° 28. Octubre 1989. Págs. 1-2.

"Atenea negra", sobre *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization (vol. I: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985)*, de Martin Bernal. N° 35. Mayo 1990. Págs. 6-7.

GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Retórica de la metamorfosis", sobre *Contrariedades del sujeto*, de Carlos Píera. N° 79. Noviembre 1994. Págs. 8-9.

GARCÍA-SABELL, Domingo
 "La realidad en el espejo", sobre *Spiegelung in Mensch und Kosmos*, de autores varios. N° 24. Abril 1989. Págs. 6-7.

GINER, Salvador
 "El fuste de la razón", sobre *The Crooked Timber of Humanity*, de Isaiah Berlin. N° 54. Abril 1992. Págs. 4-5.

LAÍN ENTRALGO, Pedro
 "Hacia una antropología literaria", sobre *El hombre imaginario*, de Antonio Blanch. N° 98. Octubre 1996. Pág. 12.

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis
 "Juan David García Bacca, pensador de Dios", sobre *¿Qué es Dios y quién es Dios?*, de Juan David García Bacca. N° 8. Octubre 1987. Págs. 8-9.

"Semiótica y hermenéutica de la narración", sobre *El discurso histórico*, de Jorge Lozano, y *Tiempo y narración*, de Paul Ricoeur. N° 14. Abril 1988. Págs. 8-9.

"Entre la esperanza y la perplejidad", sobre *Desde la perplejidad*, de Javier Muguerza. N° 38. Octubre 1990. Págs. 8-9.

LLEDÓ, Emilio
 "La fragilidad del bien", sobre *The fragility of goodness*, de Martha C. Nussbaum. N° 9. Noviembre 1987. Págs. 1-2.

"Acerca del sentido de la Filosofía", sobre *Filosofía '87*, de Gianni Vattimo (ed.). N° 21. Enero 1989. Págs. 10-11.

"La lucha por la racionalidad", sobre *La trama de la demostración. (Los griegos y la razón tejedora de pruebas)*, de Luis Vega Reñón. N° 47. Agosto-septiembre 1991. Págs. 8-9.



Viene de la página anterior



MARICHAL, Juan
 "El universo de Ferrater", sobre *José Ferrater Mora: el hombre y su obra*, de Salvador Giner y Esperanza Guisán (eds.), Nº 84. Abril 1995. Pág. 12.

MARTÍNEZ MONTAVEZ, Pedro
 "Un importante pensador marroquí actual", sobre *Introduction à la critique de la raison arabe*, de Mohammed Abed al-Yabry. Nº 88. Octubre 1995. Págs. 8-9.

MUGUERZA, Javier
 "Cara y cruz del contrato social", sobre *Nuevas teorías del contrato social (John Rawls, Robert Nozick y James Buchanan)*, de Fernando Vallespín Oña. Nº 1. Enero 1987. Págs. 6-7.
 "Un libro en busca de identidad", sobre *Análisis de la identidad*, de Javier Echeverría. Nº 12. Febrero 1988. Págs. 8-9.
 "La razón y sus vértigos", sobre *Vértigos argumentales. (Una ética de la disputa)*, de Carlos Pereda. Nº 87. Agosto-septiembre 1995. Págs. 4-5.
 "El destino ético del hombre", sobre *El ethos, destino del hombre*, de Juliana González. Nº 100. Diciembre 1996. Págs. 4-5.

PINILLOS, José Luis
 "Muerte y transfiguración de lo moderno", sobre *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, de Gianni Vattimo. Nº 11. Enero 1988. Págs. 8-9.
 "La objetividad bajo sospecha", sobre *Objectivity and Its Other*, de W. Natter, Th.R. Schatzki y J.P. Jones III (eds.), Nº 88. Octubre 1995. Págs. 10-11.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Cara y cruz de los sofistas", sobre *Les grands sophistes dans l'Athènes de Pericles*, de Jacqueline de Romily. Nº 20. Diciembre 1988. Págs. 6-7.
 "Una meditación sobre el tiempo", sobre *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, de Emilio Lledó. Nº 64. Abril 1993. Págs. 1-2.

SOTELO, Ignacio
 "Modernidad/posmodernidad: un diálogo fallido", sobre *Der philosophische Diskurs der Moderne*, de Jürgen Habermas. Nº 2. Febrero 1987. Págs. 4-5.
 "Filosofía de la religión y modernidad", sobre *La constitución moderna de la razón religiosa*, de Andrés Torres Queiruga, y *Cuestiones epistemológicas. Materiales para una filosofía de la religión (vol. I). La tradición analítica. Materiales para una filosofía de la religión (vol. II)*, de J. Gómez Caffarena y J.M. Mardones (coords.). Nº 74. Abril 1994. Págs. 8-9.
 "La presencia inquietante de Heidegger", sobre *Ein Meister aus Deutschland. Heidegger und seine Zeit*, de Rüdiger Safransky. Nº 93. Marzo 1996. Págs. 8-9.

VALVERDE, José María
 "Heidegger según Steiner", sobre *Heidegger*, de George Steiner. Nº 2. Febrero 1987. Págs. 6-7.
 "Lo posmoderno, como 'kitsch' y como 'chibolete'", sobre *Más allá del posmoderno. Crítica a la arquitectura reciente*, de autores varios, y *Schibboleth pour Paul Celan*, de Jacques Derrida. Nº 10. Diciembre 1987. Págs. 6-7.
 "Fascinación de Walter Benjamin", sobre *Dirección única. Diario de Moscú, El Berlín demoníaco y Correspondencia 1933-1940*, de Walter Benjamin. Nº 19. Noviembre 1988. Págs. 1-2.
 "¿Hacia un buen Nietzsche en nuestra lengua?", sobre *Consideraciones intempestivas. I. David Strauss, el confesor y el escritor (y fragmentos póstumos)*, de Friedrich Nietzsche. Nº 27. Agosto-septiembre 1989. Pág. 12.
 "A propósito de Schelling", sobre *Experiencia e historia. Escritos de juventud*, de F. W. J. Schelling. Nº 39. Noviembre 1990. Pág. 12.
 "Gadamer, una hermenéutica conservadora", sobre *La actualidad de lo bello*, de Hans-Georg Gadamer. Nº 49. Noviembre 1991. Pág. 3.
 "Entre Prometeo y el Apocalipsis", sobre *El fin del mundo como obra de arte*, de Rafael Argullol. Nº 55. Mayo 1992. Págs. 1-2.
 "Algo más de Kierkegaard", sobre *Diario íntimo*, de Sören Kierkegaard. Nº 68. Octubre 1993. Págs. 1-2.

FÍSICA

DURÁN, Armando
 "Einstein en España", sobre *Einstein in Spain: Relativity and the Recovery of Science*, de Thomas F. Glick. Nº 37. Agosto-septiembre 1990. Págs. 10-11.
 "Qué se ve y qué se sabe del Universo", sobre *The Origins of our Universe*, de Malcolm S. Longair. Nº 67. Agosto-septiembre 1993. Págs. 10-11.
 "Einstein, el hombre", sobre *Einstein lived here*, de Abraham Pais. Nº 98. Octubre 1996. Págs. 10-11.

GALINDO, Alberto
 "El gran dragón de humo", sobre *El debate de la teoría cuántica*, de Franco Selleri. Nº 15. Mayo 1988. Pág. 12.
 "Tres siglos de gravitación", sobre *Three hundred years of gravitation*, de S.W. Hawking y W. Israel (eds.), Nº 22. Febrero 1989. Págs. 10-11.
 "La fragilidad del ser", sobre *Física cuántica: ¿Ilusión o realidad?*, de Alistair Rae. Nº 32. Febrero 1990. Págs. 10-11.
 "La física de tres picos", sobre *The New Physics*, de Paul Davies. Nº 40. Diciembre 1990. Págs. 10-11.

GARCÍA DONCEL, Manuel
 "La conquista del mundo subatómico", sobre *Inward Bound: Of matter and Forces in the Physical World*, de Abraham Pais. Nº 16. Junio-julio 1988. Págs. 10-11.
 "Las obras completas de Einstein", sobre *The Collected Papers of Albert Einstein. Vol. I: The early years, 1879-1902*, de Albert Einstein. Nº 23. Marzo 1989. Págs. 10-11.

"La antimateria y la belleza matemática", sobre *Dirac, a scientific biography*, de Helge Kragh. Nº 58. Octubre 1992. Págs. 4-5.

PASCUAL, Ramón
 "Los electrones, los átomos y los núcleos", sobre *Partículas subatómicas*, de Steven Weinberg. Nº 11. Enero 1988. Pág. 12.
 "Inicio de colaboración científica europea", sobre *History of CERN*, de A. Hermann, J. Krige, U. Mersits y D. Pestre. Nº 20. Diciembre 1988. Pág. 11.
 "El papel de las simetrías en física", sobre *Symetries in Physics (1600-1980)*, de autores varios. Nº 29. Noviembre 1989. Págs. 8-9.
 "Los sentimientos de un ordenador", sobre *The Emperor's New Mind*, de Roger Penrose. Nº 45. Mayo 1991. Págs. 8-9.
 "¿Existe la realidad física?", sobre *Lo decible y lo indecible en mecánica cuántica*, de John S. Bell. Nº 51. Enero 1992. Pág. 12.
 "Los primeros de la fila", sobre *Nobel Lectures in Physics, 1981-1990*, de G. Eksping (ed.). Nº 73. Marzo 1994. Págs. 10-11.
 "La diosa de las partículas", sobre *The God Particle: If the Universe is the Answer, What's the Question?*, de Leon Lederman. Nº 81. Enero 1995. Págs. 8-9.
 "La demostración de la vida eterna", sobre *The Physics of Immortality. Modern Cosmology, God and the Resurrection of the Dead*, de Frank J. Tipler. Nº 94. Abril 1996. Págs. 10-11.

SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
 "Más allá de la física", sobre *Aufbau der Physik*, de Carl Friedrich von Weizsäcker. Nº 9. Noviembre 1987. Pág. 12.
 "Física a lo grande", sobre *The Particle Explosion*, de Frank Close, Michael Marten y Christine Sutton. Nº 17. Agosto-septiembre 1988. Pág. 12.
 "Evolución y termodinámica", sobre *Evolution, Thermodynamics and Information. Extending the Darwinian Program*, de Jeffrey S. Wicken. Nº 23. Marzo 1989. Pág. 12.
 "Residuos nucleares", sobre *Les déchets nucléaires*, de Jean Teillac. Nº 28. Octubre 1989. Pág. 3.
 "Werner Heisenberg y la física alemana", sobre *Uncertainly. The Life and Science of Werner Heisenberg*, de David C. Cassidy. Nº 57. Agosto-septiembre 1992. Págs. 10-11.
 "Einstein en sus cartas", sobre *Correspondencia*, de Albert Einstein y Michele Besso. Nº 85. Mayo 1995. Pág. 12.

SÁNCHEZ RON, José Manuel
 "La historia de la conservación de la energía", sobre *Robert Mayer and the Conservation of Energy*, de Kenneth L. Caneva. Nº 84. Abril 1995. Págs. 6-7.

TORROJA, José María
 "Dos siglos cumple el Observatorio de Madrid", sobre *Doscientos años del Observatorio Astronómico de Madrid*, de autores varios. Nº 71. Enero 1994. Pág. 12.

GEOGRAFÍA

LÓPEZ GÓMEZ, Antonio
 "La geografía económica española, a examen", sobre *L'economie de l'Espagne*, de Alain Huetz de Lemps. Nº 28. Octubre 1989. Págs. 10-11.
 "Campo y ciudad en las huertas valencianas", sobre *Campagnes et villes dans les 'huertas' valenciennes*, de Roland Courtot. Nº 42. Febrero 1991. Págs. 4-5.
 "Vistas: ciudades valencianas en el XVI", sobre *Les vistes valencianes d'Anthonie van den Wijngaerde (1563)*, de Vicenç M. Rosselló i Verger (dir.). Nº 56. Junio-julio 1992. Págs. 10-11.
 "Paisajes de Castilla-La Mancha", sobre *Guía de los espacios naturales de Castilla-La Mancha*, de J. A. González Martín y A. Vázquez González (coords.). Nº 64. Abril 1993. Págs. 8-9.
 "Viñedos y vinos españoles", sobre *Vignobles et vins de l'Espagne*, de Alain Huetz de Lemps. Nº 74. Abril 1994. Págs. 4-5.
 "La Albufera de Valencia, un paisaje extraordinario", sobre *L'Albufera de València*, de Vicenç M. Rosselló i Verger. Nº 89. Noviembre 1994. Págs. 8-9.

TORROJA, José María
 "La Tierra, en observación científica", sobre *La figure de la Terre du XVIIIe siècle à l'ère spatiale*, de autores varios. Nº 29. Noviembre 1989. Págs. 10-11.
 "Beato de Liébana y su mapamundi", sobre *Comentarios al Apocalipsis*, de Beato de Liébana. Nº 80. Diciembre 1994. Pág. 3.

VILÁ VALENTÍ, Joan
 "Una generación de geógrafos", sobre *Geografía humana*, de Rafael Puyol, José Estébanez y Ricardo Méndez. Nº 25. Mayo 1989. Págs. 8-9.
 "El oficio de geógrafo", sobre *Le métier de géographe. Un demi-siècle de géographie*, de Pierre George. Nº 54. Abril 1992. Págs. 10-11.

HISTORIA

ALVAR, Manuel
 "Gracias a la vida que me ha dado tanto", sobre *Medio milenio del Nuevo Mundo*, de José Prat. Nº 69. Noviembre 1993. Págs. 1-2.

ANES, Gonzalo
 "Disputa entre antiguos y modernos", sobre *Antiguos y modernos: visión de la Historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, de José Antonio Maravall. Nº 6. Junio-julio 1987. Pág. 9.
 "La España del siglo XIX en imágenes", sobre *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, de Gonzalo Menéndez-Pidal. Nº 43. Marzo 1991. Págs. 1-2.
 "Las ciudades españolas en el siglo XIX", sobre *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, de Francisco Quirós Linares. Nº 57. Agosto-septiembre 1992. Págs. 1-2-3.
 "Madrid, Villa y Corte", sobre *Madrid. Historia de una capital*, de Santos Juliá, D. Ringrose y C. Segura. Nº 92. Febrero 1996. Págs. 8-9.

"Castillos, fortines y fortalezas medievales", sobre *Glosario de arquitectura defensiva medieval*, de Luis de Mora-Figueroa. Nº 98. Octubre 1996. Págs. 4-5.

ARTOLA, Miguel
 "El Señorío de Vizcaya", sobre *Bizcaya en la Edad Media*, de José Ángel García de Cortázar (ed.). Nº 1. Enero 1987. Págs. 10-11.
 "Lerroux y Cataluña", sobre *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, de Joan B. Culla y Clarà. Nº 11. Enero 1988. Págs. 1-2.
 "Sobre la guerra", sobre *The military revolution. Military innovation and the rise of the West, 1500-1800*, de Geoffrey Parker. Nº 21. Enero 1989. Pág. 3.
 "La crisis del Antiguo Régimen", sobre *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, de Richard Herr. Nº 36. Junio-julio 1990. Págs. 1-2.
 "Ante la Revolución", sobre *Enlightenment, Revolution & Romanticism. The Genesis of Modern German Political Thought, 1790-1800*, de Frederick C. Beiser. Nº 72. Febrero 1994. Págs. 1-2.
 "Los Esterházy", sobre *The Landed Estates of the Esterházy Princes. Hungary during the Reforms of Maria Theresa and Joseph II*, de Rebecca Gates-Coon. Nº 92. Febrero 1996. Págs. 1-2.

AYALA, Francisco
 "La historia a través de una biografía", sobre *Il Duce's other woman*, de Philip V. Cannistraro y Brian L. Sullivan. Nº 70. Diciembre 1993. Págs. 4-5.

BENET, Juan
 "Cada cual con su deber", sobre *Engage the Enemy More Closely. de Correlli Barnett, y Dreadnought*, de Robert K. Massie. Nº 55. Mayo 1992. Págs. 6-7.

BENITO RUANO, Eloy
 "Tipología de la sociedad medieval", sobre *El hombre medieval*, de Jacques Le Goff (ed.). Nº 45. Mayo 1991. Pág. 3.
 "Todos a una (y algunos más)", sobre *Fuenteovejuna. La violencia antisemita en el siglo XV*, de Emilio Cabrera y Andrés Moros. Nº 61. Enero 1993. Págs. 1-2.
 "Actualidad de Alfonso X el Sabio", sobre *Alfonso X el Sabio. 1252-1284*, de Manuel González Jiménez. Nº 81. Enero 1995. Págs. 6-7.
 "Enésima 'nueva Edad Media'", sobre *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, de Alain Minc. Nº 94. Abril 1996. Págs. 4-5.

BLANCO FREJEIRO, Antonio
 "Lengua y cultura ibéricas", sobre *Iberische Landeskunde (II parte: 'Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania'. Tomo III: 'Tarraconensis')*, de Antonio Tovar. Nº 41. Enero 1991. Pág. 12.

BONET CORREA, Antonio
 "Historiografía de los caminos en España", sobre *España en sus caminos*, de Gonzalo Menéndez-Pidal. Nº 73. Marzo 1994. Pág. 3.

BRUNNER, Guido
 "Adenauer, constructor de la nueva Alemania", sobre *Adenauer (I. El ascenso, 1876-1952)*, de Hans-Peter Schwarz. Nº 26. Junio-julio 1989. Págs. 8-9.
 "Intento de golpe de estado contra Hitler", sobre *Staatsstreich*, de Joachim Fest. Nº 83. Marzo 1995. Págs. 6-7.

DÍAZ, Elías
 "Guerra en la guerra: Unamuno 1936", sobre *Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre 1936*, de Luciano González Egido. Nº 4. Abril 1987. Págs. 1-2.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
 "El conde Duque y la España de su tiempo", sobre *The Count-Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, de John H. Elliott. Nº 2. Febrero 1987. Págs. 1-2.
 "Masonería española, un secreto desvelado", sobre *La masonería en la crisis española del siglo XX*, de María Dolores Gómez Mollada. Nº 11. Enero 1988. Pág. 3.
 "Los estudios inquisitoriales, al día", sobre *L'Inquisition*, de Jean-Pierre Dedieu. Nº 21. Enero 1989. Págs. 4-5.
 "Sobre la población española", sobre *Demografía histórica en España*, de Vicente Pérez Moreda y David Sven Reher (eds.). Nº 30. Diciembre 1989. Págs. 1-2.
 "Una historia de Cataluña", sobre *Els segles de la decadencia (vol. IV de la 'Historia de Cataluña', dirigida por Pierre Vilar)*, de Nuria Sales. Nº 37. Agosto-septiembre 1990. Págs. 1-2.
 "Una radiografía de la España del XVIII", sobre *La alcabala del viento. Pueblos y ciudades de Castilla según las respuestas generales del catastro de Ensenada*, de autores varios. Nº 47. Agosto-septiembre 1991. Pág. 12.
 "Otra historia de España", sobre *Enciclopedia de Historia de España. Tomo IV: Diccionario biográfico. Tomo V: Diccionario Temático*, de Miguel Artola (coord.). Nº 57. Agosto-septiembre 1992. Págs. 4-5.
 "El Islam de Al-Andalus", sobre *El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social*, de Miguel Cruz Hernández. Nº 69. Noviembre 1993. Págs. 6-7.
 "Fronteras culturales entre el XVII y el XVIII", sobre *La transición del siglo XVII al XVIII*, de autores varios. Nº 80. Diciembre 1994. Págs. 4-5.
 "Un caso de marginación social: los marranos", sobre *Los marranos españoles según las fuentes hebreas de la época. Siglos XIV-XVI*, de Ben Zion Netanyahu. Nº 90. Diciembre 1995. Págs. 4-5.

GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo
 "Terminar la Revolución Francesa", sobre *La Révolution. De Turgot à Jules Ferry, 1770-1880*, de François Furet. Nº 26. Junio-julio 1989. Págs. 6-7.



Viene de la página anterior



- GARCÍA-SABELL, Domingo
"España en su propia esencia", sobre *Historia crítica del pensamiento español*, de José Luis Abellán. Nº 5. Mayo 1987. Pág. 12.
- IGLESIAS, Carmen
"Los indios y la protección de la Corona", sobre *La Corona y la América del Siglo de las Luces*, de Gonzalo Anes. Nº 92. Febrero 1996. Págs. 6-7.
- JOVER, José María
"Ante una hegemonía frustrada", sobre *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo (Tomo I, 1631-1633)*, de Quintín Aldea Vaquero. Nº 7. Agosto-septiembre 1987. Págs. 1-2.
"El retorno de Luis Vives", sobre *Erasmus in Hispania, Vives in Belgio*, de Jozef Ijsewijn y Ángel Losada (eds.). Nº 16. Junio-julio 1988. Págs. 6-7.
"Los caminos de la dictadura", sobre *Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera. El Directorio Militar*, de María Teresa González Calbet. Nº 22. Febrero 1989. Págs. 8-9.
"Historia y vida privada", sobre *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, de autores varios. Nº 29. Noviembre 1989. Págs. 6-7.
"España y Ultramar", sobre *Consejo de Estado. Fondos de Ultramar (1835-1903)*, estudio histórico de Francisco Tomás y Valiente. Nº 95. Mayo 1996. Págs. 6-7.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco
"Los mongoles y Europa en el siglo XIII", sobre *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, de Juan Gil. Nº 75. Mayo 1994. Págs. 8-9.
- MAINER, José-Carlos
"Para la historia del nacionalismo español", sobre *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, de G. J. F. Cheyne (ed.). Nº 68. Octubre 1993. Págs. 8-9.
"Un espejo de naturaleza moral", sobre *Europa ante el espejo*, de Josep Fontana. Nº 85. Mayo 1995. Págs. 4-5.
"El catalanismo como cultura", sobre *La cultura del catalanismo. El nacionalisme català en els seus inicis*, de Joan-Lluís Marfany. Nº 100. Diciembre 1996. Págs. 1-2.
- MARIAS, Julián
"El siglo del 'Quijote'", sobre *El siglo del 'Quijote' (1580-1680)*, de autores varios. Nº 7. Agosto-septiembre 1987. Pág. 3.
- MARICHAL, Juan
"La Francia profunda de Fernand Braudel", sobre *L'identité de la France: espace et histoire I*, de Fernand Braudel. Nº 3. Marzo 1987. Págs. 1-2.
"La obstinación de la Iglesia española", sobre *Iglesia, poder y sociedad en España*, de William J. Callahan. Nº 25. Mayo 1989. Págs. 1-2.
"Perdurabilidad de Constant", sobre *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, de María Luisa Sánchez-Mejía. Nº 72. Febrero 1994. Pág. 3.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
"1492: ante el enigma de la expulsión", sobre *La expulsión de los judíos de España*, de Luis Suárez. Nº 58. Octubre 1992. Págs. 8-9.
"El laberinto sin salida de la Inquisición", sobre *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*, de B. Netanyahu. Nº 95. Mayo 1996. Págs. 8-9.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro
"Feminismo en el Egipto contemporáneo", sobre *El movimiento feminista en Egipto entre las dos revoluciones, 1919 y 1952*, de Amal Kamil Bayyumi al-Subki. Nº 2. Febrero 1987. Pág. 3.
"Un Oriente que somos nosotros", sobre *L'Orient imaginaire. La vision politique occidentale de l'est méditerranéen*, de Thierry Hentsch. Nº 24. Abril 1989. Págs. 8-9.
"Sobre el primer Marruecos 'moderno'", sobre *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, de Ramón Lourido Díaz. Nº 38. Octubre 1990. Págs. 4-5.
- PALACIO ATARD, Vicente
"Las Fuerzas Armadas en la sociedad española", sobre *Las Fuerzas Armadas españolas. Historia militar y social*, de Mario Hernández Sánchez-Barba y Miguel Alonso Baquer (dirs.). Nº 8. Octubre 1987. Págs. 4-5.
"Ángel Herrera: un hombre para la historia", sobre *El pensamiento de Herrera. Antología política y social y Conversaciones sobre Ángel Herrera*, de José María García Escudero. Nº 19. Noviembre 1988. Pág. 3.
"La España de Carlos III vista por extranjeros", sobre *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)*, de autores varios. Nº 26. Junio-julio 1989. Págs. 8-9.
"Tensiones eclesiales a fines del XVIII", sobre *Távira, ¿una alternativa de Iglesia?*, de José Antonio Infantes Florido. Nº 33. Marzo 1990. Págs. 4-5.
"Reformas sociales durante la Restauración", sobre *La Comisión de Reformas Sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, de María Dolores de la Calle. Nº 42. Febrero 1991. Págs. 8-9.
"Nosotros, los europeos", sobre *Historia de los europeos*, de Jean-Baptiste Duroselle. Nº 49. Noviembre 1991. Págs. 1-2.
"Fantasía y verdad en la muerte de Colón", sobre *Los últimos días de Cristóbal Colón y sus testamentos*, de Demetrio Ramos. Nº 60. Diciembre 1992. Pág. 3.
"El sombrío destino de Juana la Loca", sobre *Juana la Loca, 1479-1555*, de Manuel Fernández Álvarez. Nº 88. Octubre 1995. Pág. 3.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
"Una reflexión sobre historiografía", sobre *The Classical Foundations of Modern Historiography*, de Arnaldo Momigliano. Nº 51. Enero 1992. Págs. 4-5.
- "¿Quiénes son los griegos?", sobre *The Greeks. A Portrait of Self and Others*, de Paul Cartledge. Nº 76. Junio-julio 1994. Pág. 12.
- RUBIO LLORENTE, Francisco
"Los ingleses en China", sobre *L'empire immobile ou le choc des mondes*, de Alain Peyrefitte. Nº 35. Mayo 1990. Pág. 12.
- SECO SERRANO, Carlos
"Un diálogo entre Pétain y Francia", sobre *Pétain*, de Marc Ferro. Nº 20. Diciembre 1988. Págs. 1-2.
"Libros de memorias, una fuente insustituible", sobre *Una vida presente. Memorias I*, de Julián Marias. Nº 27. Agosto-septiembre 1989. Pág. 3.
"España y Marruecos, una vieja historia", sobre *La diplomacia española y Marruecos (1907-1909)*, de José Manuel Allendesalazar. Nº 50. Diciembre 1991. Págs. 1-2.
"El último emperador", sobre *Charles de Habsbourg. Le dernier empereur*, de Michel Dugast Rouillé. Nº 56. Junio-julio 1992. Pág. 3.
"La 'realidad democrática' de la II República", sobre *Spain's first democracy. The Second Republic, 1931-1936*, de Stanley G. Payne. Nº 73. Marzo 1994. Págs. 4-5.
"El trágico destino del general Batet", sobre *El General Batet*, de Hilari Raguer. Nº 79. Noviembre 1994. Págs. 6-7.
- SERNA, Alfonso de la
"Estrecho de Gibraltar: abismo y puente", sobre *Marruecos: Islam y nacionalismo*, de Abdallah Laroui. Nº 82. Febrero 1995. Págs. 6-7.
"De diplomacia", sobre *Historia de la diplomacia española*, de Miguel Ángel Ochoa. Nº 99. Noviembre 1996. Págs. 4-5.
- SIGUAN, Miquel
"Cervera como símbolo", sobre *La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic*, de Joaquim Prats. Nº 77. Agosto-septiembre 1994. Págs. 8-9.
- TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
"Carande y los banqueros de Carlos V", sobre *Carlos V y sus banqueros*, de Ramón Carande. Nº 15. Mayo 1988. Págs. 1-2.
"Las Cortes castellano-leonesas en sus inicios", sobre *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Media*, de autores varios. Nº 28. Octubre 1989. Pág. 12.
"La Inquisición, leyenda e historia", sobre *L'Administration de la foi. L'Inquisition de Tolède (XVIe-XVIIIe siècle)*, de Jean Pierre Dedieu. Nº 34. Abril 1990. Págs. 6-7.
"La España de Felipe IV y Olivares", sobre *La España del Conde-Duque de Olivares*, de John Elliott y Ángel García Sanz (coords.), y *Las finanzas de la Monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1655)*, de Felipe Ruiz Martín. Nº 45. Mayo 1991. Págs. 4-5.
"Polémica sobre la ciencia española", sobre *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, de José Pardo Tomás. Nº 52. Febrero 1992. Pág. 12.
"En torno a la España del siglo XXI", sobre *El legado cultural de España al siglo XXI. I. Pensamiento, Historia y Ciencia*, de autores varios. Nº 72. Febrero 1994. Págs. 4-5.
"La cultura española entre el 98 y el 36", sobre *La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936) (I y II)*, de autores varios. Nº 78. Octubre 1994. Págs. 8-9.
"El comunismo como ilusión", sobre *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, de François Furet. Nº 91. Enero 1996. Págs. 8-9.
- TORTELLA, Gabriel
"Braudel y la mediterraneidad", sobre *La Méditerranée. Les hommes et l'héritage y Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*, de autores varios. Nº 9. Noviembre 1987. Pág. 10.
"Los habitantes de la ciudad encantada", sobre *Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, de David Sven Reher. Nº 46. Junio-julio 1991. Págs. 1-2.
- TUSELL, Javier
"Una teoría de la guerra civil", sobre *Guerre fratricide. Le Guerre civile en età contemporanea*, de Gabriele Ranzato (ed.). Nº 91. Enero 1996. Pág. 3.
- LEXICOGRAFÍA
- ALVAR, Manuel
"Lo esencial de un diccionario", sobre *Diccionario esencial Santillana de la lengua española*, de autores varios. Nº 54. Abril 1992. Págs. 8-9.
- LINGÜÍSTICA
- ALONSO MONTERO, Xesús
"Un atlas lingüístico ejemplar", sobre *Atlas Lingüístico Galego, vol. I, 1 y I, 2 (Morfología verbal)*, de Francisco Fernández Rey. Nº 48. Octubre 1991. Págs. 4-5.
- ALVAR, Manuel
"México en mapas lingüísticos", sobre *Atlas lingüístico de México*, de Juan M. Lope Blanch (dir.). Nº 49. Noviembre 1991. Págs. 6-7.
"Sobre sociolingüística", sobre *Ensayos sobre el español de América*, de Juan M. Lope Blanch. Nº 98. Octubre 1996. Págs. 1-2.
- BADIA I MARGARIT, Antoni M.
"El gran vacío: del latín al romance", sobre *La llengua catalana mil anys enrere*, de Joan Bastardas. Nº 96. Junio-julio 1996. Pág. 3.
- GARCÍA CALVO, Agustín
"El mismo Aristóteles en torno del lenguaje", sobre *Aristotele Le langage*, de Anne Cauquelin, y *"Grundzüge der Aristotelischen Sprachtheorie", en Sprachtheorien der abendländischen Antike, 2º tomo de la Geschichte der Sprachtheorie*, de Hermann Weidemann. Nº 52. Febrero 1992. Págs. 6-7.
- "De cómo cambian las lenguas", sobre *Principles of Linguistic Change. Vol. I: Internal Factors*, de William Labov. Nº 97. Agosto-septiembre 1996. Págs. 1-2.
- GARRIDO, Miguel Ángel
"La lingüística de fin de siglo", sobre *Nouveau Dictionnaire Encyclopédique des Sciences du Langage*, de Oswald Ducrot y Jean-Marie Schaeffer. Nº 98. Octubre 1996. Pág. 3.
- LORENZO, Emilio
"Gramáticas de español", sobre *A Comprehensive Spanish Grammar*, de Jacques De Bruyne. Nº 95. Mayo 1996. Págs. 1-2.
- MARSÁ, Francisco
"Sobre el lenguaje escrito", sobre *Aprendizaje del lenguaje escrito. Procesos evolutivos e implicaciones didácticas*, de Liliána Tolchinsky. Nº 79. Noviembre 1994. Pág. 12.
"Análisis de la cortesía", sobre *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*, de Hen Haverkate. Nº 92. Febrero 1996. Pág. 3.
- QUILIS, Antonio
"La pragmática lingüística", sobre *Introducción a la pragmática*, de M^a Victoria Escandell Vidal. Nº 77. Agosto-septiembre 1994. Pág. 3.
"Las lenguas de España en cifras", sobre *El bilingüismo en el Estado español*, de Maitena Etxebarria Arostegui. Nº 97. Agosto-septiembre 1996. Págs. 4-5.
- SIGUAN, Miquel
"Lengua y poder en Francia y Gran Bretaña", sobre *Dominant Languages*, de R.D. Grillo. Nº 36. Junio-julio 1990. Págs. 8-9.
- LITERATURA
- ALARCOS, Emilio
"Rabbi don Sem Tob el poeta", sobre *Proverbios morales*, de Santob de Carrión. Nº 6. Junio-julio 1987. Págs. 6-7.
- ALONSO MONTERO, Xesús
"Los poemas en gallego de Carles Riba", sobre *Papers de joventut*, de Carles Riba. Nº 27. Agosto-septiembre 1989. Págs. 4-5.
"Álvoro Cunqueiro, ensayista en gallego", sobre *Obra en gallego completa. Tomo IV: Ensaíos*, de Alvaro Cunqueiro. Nº 57. Agosto-septiembre 1992. Pág. 12.
"Galicia en la literatura del Siglo de Oro", sobre *A imaxe de Galicia e os galegos na literatura castelá*, de Xesús Caramés Martínez. Nº 83. Marzo 1995. Pág. 3.
"Epistolarios de Rafael Dieste", sobre *Epistolario*, de Rafael Dieste, y *Epistolario amoroso*, de Rafael Dieste y Carmen Muñoz. Nº 99. Noviembre 1996. Págs. 8-9.
- ALVAR, Manuel
"Vidas menudas de Castilla", sobre *Castilla habla*, de Miguel Delibes. Nº 5. Mayo 1987. Págs. 6-7.
"Particularismo y universalidad", sobre *El primer siglo de oro. Estudios sobre géneros y modelos*, de Claudio Guillén. Nº 23. Marzo 1989. Págs. 1-2.
"La trasmutación de los bestiaros", sobre *Bestiario de Livermoore*, de Rafael Pérez Estrada. Nº 32. Febrero 1990. Págs. 1-2.
"Eugenio Montale, de nuevo", sobre *Poesie inedite, IV*, de Eugenio Montale. Nº 39. Noviembre 1990. Pág. 3.
"García Lorca y Freud", sobre *Lorca y sus símbolos. Interpretación psicoanalítica de la obra dramática y dibujística*, de Inés Marful Amor. Nº 62. Febrero 1993. Págs. 4-5.
"Poesía en dialecto molisano", sobre *Moliseide. Songs and Ballads in the Molisan Dialect*, de Giosse Rimanelli. Nº 79. Noviembre 1994. Pág. 3.
"De nuevo sobre la Biblia de Ferrara", sobre *La Bibbia di Ferrara. 450 anni dopo la sua pubblicazione*, de Margherita Morreale. Nº 83. Marzo 1995. Págs. 1-2.
"El tiempo irreversible", sobre *Tintero de plomo*, de Eulogio Soriano. Nº 87. Agosto-septiembre 1995. Págs. 6-7.
- AMORÓS, Andrés
"Ad maiorem literaturae gloriam", sobre *Obabakoak*, de Bernardo Atxaga. Nº 35. Mayo 1990. Pág. 3.
- AYALA, Francisco
"Política y literatura", sobre *Literatura fascista española*, de Julio Rodríguez Puértolas. Nº 2. Febrero 1987. Pág. 8.
"La Poética, antigua y nueva", sobre *Teoría de la Literatura*, de Antonio García Berrio. Nº 29. Noviembre 1989. Pág. 3.
"Pintura, pensamiento, poesía", sobre *Algunos lugares de la pintura*, de María Zambrano. Nº 36. Junio-julio 1990. Pág. 12.
"El realismo literario", sobre *Teorías del realismo literario*, de Darío Villanueva. Nº 60. Diciembre 1992. Págs. 1-2.
- BENET, Juan
"La novela de los prodigios", sobre *La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza. Nº 1. Enero 1987. Pág. 4.
- CARBALLO CALERO, Ricardo
"Doce poetas gallegos", sobre *Desde a palabra, doce voces: nova poesía galega*, de Luciano Rodríguez Gómez (antólogo). Nº 11. Enero 1988. Págs. 4-5.
"Novelas en español de Otero Pedrayo", sobre *Adolescencia. La vocación de Adrián Silva y Las palmas del convento. La fiesta del conde Bernstein*, de Ramón Otero Pedrayo. Nº 32. Febrero 1990. Págs. 4-5.
- CARNERO, Guillermo
"Jugando a la pelota con la luna", sobre *VLTRA (Madrid, 1921-1922)*, de José Antonio Sarmiento y José María Barrera (eds.). Nº 78. Octubre 1994. Págs. 4-5.



Viene de la página anterior



- "La sinfonía de los juguetes", sobre **Ludus. Juego, sport, cinema nell'avanguardia spagnola**, de Gabriele Morelli (coord.). N° 89. Noviembre 1995. Págs. 4-5.
- "Burocratas y putrefactos", sobre "**Los Putrefactos**" de Dalí y Lorca. **Historia y antología de un libro que no pudo ser**, de Rafael Santos Torroella. N° 97. Agosto-septiembre 1996. Págs. 6-7.
- CASTELLET, José María
"El más roto de espías", sobre **El espía perfecto**, de John Le Carré. **El partido de Londres**, de Len Deighton, y **El mito de Bourne**, de Robert Ludlum. N° 9. Noviembre 1987. Págs. 6-7.
- CASTRO DE ZUBIRI, Carmen
"Miguel Delibes: de la literatura...", sobre **Señora de rojo sobre fondo gris**, de Miguel Delibes. N° 53. Marzo 1992. Pág. 6.
- COLINAS, Antonio
"El más rotundo Góngora", sobre **Obras [Manuscrito Chacón]**, Luis de Góngora. N° 59. Noviembre 1992. Págs. 1-2.
- "Prosa en libertad", sobre **Papeles que fueron vidas**, de Álvaro Cunqueiro. N° 81. Enero 1995. Pág. 3.
- "Para el placer de releer", sobre **Anthologie bilingue de la poésie espagnole**, de Nadine Ly (coord.). N° 96. Junio-julio 1996. Págs. 1-2.
- FERNÁN-GÓMEZ, Fernando
"Las ventanas abiertas", sobre **El niño republicano**, de Eduardo Haro Tecglen. N° 98. Octubre 1996. Págs. 6-7.
- FRAILE, Medardo
"Gorbals, palabra contra martillo", sobre **Swing hammer swing!**, de Jeff Torrington. N° 69. Noviembre 1993. Pág. 12.
- "Stevenson, el escocés universal", sobre **Robert Louis Stevenson. Dreams of Exile**, de Ian Bell, y **Robert Louis Stevenson. Poet and Teller of Tales**, de Bryan Bevan. N° 78. Octubre 1994. Pág. 3.
- "Cataluña en novelas y cuentos de Escocia", sobre **Teresa's decision**, de Mercedes Clarasó. N° 86. Junio-julio 1995. Pág. 3.
- "Narratología y narradores", sobre **Teoría e interpretación del cuento**, de Peter Fröhlicher y Georges Güntert (eds.). N° 95. Mayo 1996. Pág. 3.
- GARCÍA BERRIO, Antonio
"Escepticismo e hipercríticismo", sobre **Presencias reales**, de George Steiner. N° 60. Diciembre 1992. Págs. 4-5.
- "Recurso generacional a la memoria", sobre **Cargar la suerte**, de Antonio Martínez Sarrion. N° 86. Junio-julio 1995. Págs. 4-5.
- "Melancolía de final", sobre **El amante del volcán**, de Susan Sontag. N° 92. Febrero 1996. Págs. 4-5.
- "Filología pujante: de poesía y pintura", sobre **Il colore eloquente**, de Ezio Raimondi. N° 99. Noviembre 1996. Págs. 6-7.
- GARCÍA LORENZO, Luciano
"Una obra de consulta necesaria", sobre **Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana**, de Ricardo Gullón (dir.). N° 71. Enero 1994. Págs. 6-7.
- "La grandeza de los géneros menores", sobre **La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro. I. Estudio**, de Catalina Buezo. N° 76. Junio-julio 1994. Págs. 4-5.
- GARCÍA-SABELL, Domingo
"Nora, la mujer de Joyce", sobre **Nora. A biography of Nora Joyce**, de Brenda Maddox. N° 34. Abril 1990. Págs. 1-2-3.
- "El libro de un nonagenario", sobre **Die Schere**, de Ernst Jünger. N° 44. Abril 1991. Págs. 10-11.
- "Un joven encolerizado", sobre **Bajo el signo de Marte**, de Fritz Zorn. N° 63. Marzo 1993. Págs. 8-9.
- "En el subterráneo de la ceguera", sobre **Ensaio sobre a Cegueira**, de José Saramago. N° 95. Mayo 1996. Págs. 4-5.
- GULLÓN, Ricardo
"La obra juvenil de García Lorca", sobre **Federico García Lorca, heterodoxo y mártir. Análisis y proyección de la obra juvenil inédita**, de Eutimio Martín. N° 1. Enero 1987. Pág. 3.
- "Juan Ramón, el muchacho despatricado", sobre **El muchacho despatricado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)**, de Ignacio Prat. N° 11. Enero 1988. Págs. 6-7.
- "Fragmentos de Ezra Pound", sobre **Pound as Wuz. Essays and Lectures on Ezra Pound**, de James Laughlin. N° 20. Diciembre 1988. Págs. 4-5.
- "El texto, desde su perspectiva", sobre **Retratos de ambigü**, de Juan Pedro Aparicio. N° 27. Agosto-septiembre 1989. Págs. 6-7.
- "Juan Benet en sus ensayos", sobre **La construcción de la torre de Babel**, de Juan Benet. N° 44. Abril 1991. Págs. 1-2.
- HARO TECGLEN, Eduardo
"Boitho Strauss y el teatro como metáfora", sobre **El hombre joven**, de Botho Strauss. N° 36. Junio-julio 1990. Págs. 10-11.
- "La tierra y el cielo de los Bowles", sobre **El cielo protector**, de Paul Bowles. N° 46. Junio-julio 1991. Págs. 4-5.
- "Una muerte sufi", sobre **La cuarentena**, de Juan Goytisolo. N° 54. Abril 1992. Pág. 12.
- HIERRO, José
"La realidad trascendida", sobre **Obra poética completa (1963-1988)**, de Ángel García López. N° 26. Junio-julio 1989. Págs. 4-5.
- "De perdidos, al río", sobre **Obras Completas (Poesía, I y II)**, de Gerardo Diego. N° 35. Mayo 1990. Págs. 1-2.
- JIMÉNEZ LOZANO, José
"La escritura desnuda de Isaac Babel", sobre **Journal de 1920**, de Isaac Babel. N° 56. Junio-julio 1992. Págs. 4-5.
- "Edgar Allan Poe, un hombre solamente", sobre **Poe. Edgar Allan Poe, poeta americano**, de Georges Walter. N° 91. Enero 1996. Págs. 6-7.
- LAPESA, Rafael
"El mundo de la antigua lírica popular hispánica", sobre **Corpus español de posguerra (antología)**, de autores varios. N° 18. Octubre 1988. Pág. 3.

- LÁZARO CARRETER, Fernando
"La lógica de la literatura", sobre **Logique des genres littéraires**, de Käte Hamburger. N° 4. Abril 1987. Págs. 10-11.
- "Con Francisco Ayala, tras el fénix", sobre **Las plumas del fénix**, de Francisco Ayala. N° 38. Octubre 1990. Págs. 6-7.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco
"Huellas árabes en el Siglo de Oro español", sobre **Relatos píos y profanos del manuscrito aljamiado de Urrea de Jalón**, de Federico Corrientes (ed.), y **Un Kama Sutra español**, de Luce López-Baralt (ed.). N° 70. Diciembre 1993. Págs. 1-2.
- "Recordando a Goldoni en su bicentenario", sobre **Memorias**, de Carlo Goldoni. N° 81. Enero 1995. Págs. 4-5.
- "Ejemplos de plurilingüismo literario", sobre **Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)**, de Pedro M. Cátedra García, y **Antonio Lo Frasso, militar de l'Alguer**, de María A. Roca Mussons. N° 86. Junio-julio 1995. Págs. 6-7.
- "Edición americana de las Crónicas de Ayala", sobre **Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno**, de Pero López de Ayala. N° 93. Marzo 1996. Pág. 3.
- LORENZO, Emilio
"Una traducción imposible", sobre **Anna Livia Plurabelle**, de James Joyce. N° 66. Junio-julio 1993. Págs. 1-2.
- LLOVET, Enrique
"Función del personaje teatral", sobre **Arthur Schnitzler, auteur dramatique**, de Heinz Schwarzingen, y **Le chemin solitaire**, de Arthur Schnitzler. N° 37. Agosto-septiembre 1990. Págs. 4-5.
- "El arte de contar historias", sobre **Exercice du scénario**, de J.-C. Carrière Bonitzer. N° 50. Diciembre 1991. Págs. 6-7.
- "La irresistible tentación de escribir teatro", sobre **Teatro completo. y Judit y el tirano**, de Pedro Salinas. N° 64. Abril 1993. Págs. 10-11.
- MAINER, José-Carlos
"Una historia de hispanismo francés", sobre **Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931**, de Antonio Niño. N° 28. Octubre 1989. Págs. 4-5.
- "Una novela inédita de Pérez de Ayala", sobre **Trece dioses. Fragmentos de las memorias de Florencio Pérez**, de Ramón Pérez de Ayala. N° 33. Marzo 1990. Pág. 1-2.
- "Leer después de Auschwitz", sobre **Lecturas, obsesiones y otros ensayos**, de George Steiner. N° 52. Febrero 1992. Págs. 1-2.
- "Salinas y Guillén: la hermanal cadena", sobre **Correspondencia**, de Pedro Salinas y Jorge Guillén. N° 59. Noviembre 1992. Págs. 4-5.
- "Literatura en 1934", sobre **Literatura. Edición facsimil 1934**, de Ildefonso Manuel Gil (ed.). N° 73. Marzo 1994. Págs. 1-2.
- "La razón desesperada", sobre **Vendrán más años malos y nos harán más ciegos**, de Rafael Sánchez Ferlosio. N° 80. Diciembre 1994. Págs. 6-7.
- "El visitante sospechoso", sobre **Visitas literarias de España (1925-1928)**, de Ernesto Giménez Caballero. N° 89. Noviembre 1995. Págs. 6-7.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
"Juan Ruiz de Alarcón, al fin sin secretos", sobre **Juan Ruiz de Alarcón. Su mundo mexicano y español**, de Willard F. King. N° 43. Marzo 1991. Págs. 8-9.
- "El traslucido de Ramón de Garciasol", sobre **Cuadernos de Miguel Alonso**, de Ramón de Garciasol. N° 52. Febrero 1992. Págs. 4-5.
- "La imposible saga de los Marx", sobre **La saga de los Marx**, de Juan Goytisolo. N° 79. Noviembre 1994. Págs. 4-5.
- "La floresta semiótica de Umberto Eco", sobre **Six Walks in the Fictional Woods**, de Umberto Eco. N° 85. Mayo 1995. Págs. 1-2-3.
- MARTÍN GAITE, Carmen
"El virus de la soledad", sobre **Los delitos insignificantes**, de Álvaro Pombo. N° 2. Febrero 1987. Pág. 9.
- "El silencio del testigo", sobre **Mimoun**, de Rafael Chirbes. N° 24. Abril 1989. Pág. 3.
- "La mirada poética del detective", sobre **Intrigas y deseos**, de P. D. James. N° 37. Agosto-septiembre 1990. Pág. 3.
- "El murmullo de lo cotidiano", sobre **Querido Miguel**, de Natalia Ginzburg. N° 46. Junio-julio 1991. Pág. 3.
- "El ladrón de imágenes", sobre **El jinete polaco**, de Antonio Muñoz Molina. N° 56. Junio-julio 1992. Págs. 6-7.
- "El luto interior", sobre **Mujeres de negro**, de Josefina Aldecoa. N° 78. Octubre 1994. Págs. 1-2.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María
"Las seis vidas de Roque Fernández", sobre **Roque Six**, de José López Rubio. N° 5. Mayo 1987. Págs. 8-9.
- "El cuento de nunca acabar", sobre **Cuento español de posguerra (antología)**, de autores varios. N° 18. Octubre 1988. Pág. 3.
- "Azorín, entre la Dictadura y la República", sobre **La hora de la pluma. Periodismo de la Dictadura y de la República**, de Azorín. N° 24. Abril 1989. Págs. 4-5.
- "Poesía española en la segunda mitad del XIX", sobre **El poeta y el burgués (poesía y público 1850-1900)**, de Marta Palenque. N° 39. Noviembre 1990. Págs. 4-5.
- "Todos los cuentos de Medardo Fraile", sobre **Cuentos completos**, de Medardo Fraile. N° 62. Febrero 1993. Págs. 6-7.
- "La obra poética de Carolina Coronado", sobre **Obra poética**, de Carolina Coronado. N° 81. Enero 1995. Págs. 1-2.
- "Consinos-Asséns, memorialista", sobre **La novela de un literato (Hombres-Ideas-Ejemérides-Anécdotas)**, 3. 1923-1936, de Rafael Consinos-Asséns. N° 96. Junio-julio 1996. Págs. 4-5.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro
"La novela árabe en Argelia", sobre **Las tendencias de la novela árabe en Argelia. Estudio de los fundamentos históricos y estéticos de la novela argelina**, de Wasiñ al-a "Ray". N° 10. Diciembre 1987. Págs. 8-9.
- "Islam y literatura árabe, hoy", sobre **L'Islam en questions. Vingt-quatre écrivains arabes répondent**, de Luc Barbulesco y Philippe Cardinal. N° 17. Agosto-septiembre 1988. Págs. 6-7.

- "La literatura árabe, en conflicto permanente", sobre **The Literature of Modern Arabia. An Anthology**, de Salma Khadra Jayyusi (ed.). N° 31. Enero 1990. Págs. 4-5.
- "¡España, Marruecos!... ¡Marruecos, España!", sobre **Dos relatos (El huevo del gallo. El zorro que viene y va)**, de Muhammad Zafzaf. N° 61. Enero 1993. Págs. 6-7.
- "También hay autocrítica árabe", sobre **La Prière et L'épée (Essais sur la culture arabe)**, de Adonis. N° 71. Enero 1994. Págs. 4-5.
- PERUCHO, Juan
"La ocasión del gozo", sobre **Amigos y maestros**, de José Antonio Muñoz Rojas. N° 64. Abril 1993. Pág. 12.
- "El poeta J. V. Foix", sobre **Solo, y dolido**, de J. V. Foix. N° 77. Agosto-septiembre 1994. Págs. 6-7.
- RICO, Francisco
"Unas lanzas por Benet", sobre **Herrumbrosas lanzas**, de Juan Benet. N° 3. Marzo 1987. Pág. 8.
- "Los caminos de Petrarca", sobre **Letters of Old Age (Rerum Senilium libri I-XVIII)**, de Francis Petrarch. N° 68. Octubre 1993. Págs. 6-7.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
"Aquiles, modelo de héroe trágico", sobre **Achilles. Paradigms of the war hero from Homer to the Middle Ages**, de Katherine Callen King. N° 14. Abril 1988. Págs. 1-2.
- "Virgilio y la 'Eneida'", sobre **Vergil's Augustan Epic**, de Francis Cairns. N° 31. Enero 1990. Pág. 3.
- "Orfeo, el hechicero de la palabra", sobre **Orpheus. The Myth of the Poet**, de Charles Segal. N° 35. Mayo 1990. Págs. 4-5.
- "La tragedia, una constante en el ser humano", sobre **Ayer y hoy de la tragedia. Manifestaciones histórico-literarias de lo trágico**, de Alberto Díaz Tejera. N° 41. Enero 1991. Pág. 3.
- "La fábula en la literatura", sobre **Sapere e paradosso nell' Antiquità: Esopo e la favola**, de Stefano Jedrkiewicz. N° 44. Abril 1991. Pág. 12.
- "Horacio, un poeta moderno", sobre **Horazische Lyrik**, de Viktor Poeschl. N° 70. Diciembre 1993. Pág. 3.
- "Una ventana para el corazón femenino", sobre **Cantos de mujeres en Grecia**, de Elvira Gangutia. N° 85. Junio-julio 1995. Págs. 1-2.
- "La obra de Sófocles, un laboratorio poético", sobre **Sophocles' Tragic World. Divinity, Nature, Society**, de Charles Segal. N° 100. Diciembre 1996. Págs. 8-9.
- RUIZ RAMÓN, Francisco
"La literatura española en su hora europea", sobre **Historie de la littérature espagnole (I. Moyen Age-XVIe siècle-XVIIe siècle)**, de Jean Canavaggio (ed.). N° 79. Noviembre 1994. Págs. 1-2.
- "Buero Vallejo: obra abierta", sobre **Obra Completa (I. Teatro. II. Poesía, narrativa, ensayos y artículos)**, de Antonio Bucro Vallejo. N° 88. Octubre 1995. Págs. 1-2.
- SALVADOR, Gregorio
"Escritores, lectores, críticos", sobre **Literatura y público**, de Ricardo Senabre, y **Estética de la recepción**, de autores varios. N° 30. Diciembre 1989. Págs. 6-7.
- "Escribir en Costa Rica", sobre **Crisantema**, de Alberto Cañas. N° 51. Enero 1992. Págs. 6-7.
- SECO SERRANO, Carlos
"Eugenio d'Ors, de nuevo", sobre **L'imperialisme culturel d'Eugeni d'Ors**, de Joan Tusquets. N° 42. Febrero 1991. Págs. 10-11.
- SIGUAN, Miquel
"Escribir y pensar en dos lenguas", sobre **Le langage et son double/The language and its shadow**, de Julien Green. N° 22. Febrero 1989. Págs. 1-2.
- SOBEJANO, Gonzalo
"Parodia y desenfado", sobre **A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art-Forms**, de Linda Hutcheon. N° 1. Enero 1987. Págs. 1-2.
- "De París a Tángera a través de Rusia", sobre **En los reinos de taifa**, de Juan Goytisolo. N° 8. Octubre 1987. Págs. 6-7.
- "Veinte novelas españolas en cinco siglos", sobre **Der spanische Roman vom Mittelalter bis zur Gegenwart**, de Volker Roloff y Harald Watzlaff-Eggebert (eds.). N° 15. Mayo 1988. Págs. 6-7.
- "Todos los miedos, el miedo", sobre **377A, madera de héroe**, de Miguel Delibes. N° 21. Enero 1989. Págs. 6-7.
- SOPENA, Federico
"El epistolario de Rilke, una llamada actual", sobre **Teoría poética**, de Rainer María Rilke. N° 23. Marzo 1989. Pág. 3.
- VALVERDE, José María
"Escribir en Austria", sobre **La frase infinita. Thomas Bernhard y la cultura austriaca**, de Aldo Giorgio Gargani. N° 45. Mayo 1991. Pág. 12.
- VERDÚ, Vicente
"El castillo de la escritura", sobre **Franz Kafka. Una vida de escritor**, de Joachim Unseld. N° 29. Noviembre 1989. Págs. 1-2.
- VILLANUEVA, Darío
"La nueva sociología literaria", sobre **Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire**, de Pierre Bourdieu. N° 66. Junio-julio 1993. Págs. 4-5.
- "El reto de la Literatura Comparada", sobre **The Challenge of Comparative Literature**, de Claudio Guillén. N° 76. Junio-julio 1994. Págs. 6-7.
- "La realidad de la autobiografía", sobre **El contacto con el mundo**, de Paul John Eakin. N° 85. Mayo 1995. Págs. 6-7.
- "La novela de la memoria", sobre **Tiempo de guerras perdidas**, de José Manuel Caballero Bonald. N° 90. Diciembre 1995. Pág. 3.



Viene de la página anterior



YNDURÁIN, Francisco

- "*Aleixandre desde Velintonia*", sobre *Los cuadernos de Velintonia*, de José Luis Cano. Nº 3. Marzo 1987. Págs. 6-7.
 "A la espera de la última hoja", sobre *La hoja roja (versión teatral)*, de Miguel Delibes. Nº 9. Noviembre 1987. Págs. 8-9.
 "Ramón cumple cien años", sobre *El libro mudo (secretos)*, de Ramón Gómez de la Serna. Nº 15. Mayo 1988. Págs. 4-5.
 "Delibes al aire libre", sobre *Mi vida al aire libre*, de Miguel Delibes. Nº 33. Marzo 1990. Pág. 3.
 "Literatura y negritud", sobre *El tambor*, de Iñigo de Aranzadi. Nº 41. Enero 1991. Págs. 4-5.
 "Francisco Ayala, festivo y mundano", sobre *El tiempo y yo, o el mundo a la espalda*, de Francisco Ayala. Nº 63. Marzo 1993. Págs. 6-7.
 "Azorín, desde sus lecturas", sobre *Azorín y los libros (catálogo de una exposición)*, de autores varios. Nº 72. Febrero 1994. Págs. 6-7.

ZAMORA VICENTE, Alonso

- "*Valle Inclán otra vez*", sobre *Guía de 'Tirano Banderas'*, de Gonzalo Díaz Migoyo. Nº 4. Abril 1987. Pág. 9.
 "Platero vuelve al camino", sobre *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. Nº 13. Marzo 1988. Págs. 8-9.
 "Valle-Inclán y los periódicos", sobre *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*, de Eliane Lavaud-Fage. Nº 58. Octubre 1992. Págs. 1-2.
 "Solana callejea por el Madrid de 1923", sobre *Madrid callejero*, de José Gutiérrez Solana. Nº 88. Octubre 1995. Págs. 6-7.

MATEMÁTICAS

BUENO, Gustavo

- "*La nariz de Cleopatra*", sobre *Historia de la Matemática*, de Carl B. Boyer. Nº 3. Marzo 1987. Págs. 10-11.

GALINDO, Alberto

- "*Número y diosa*", sobre *The man who knew infinity: a life of the genius Ramanujan*, de Robert Kanigel. Nº 61. Enero 1993. Págs. 10-11.

GUZMÁN, Miguel de

- "*Entre el caos y el cosmos*", sobre *The Beauty of Fractals. Images of Complex Dynamical Systems*, de H.-O. Peitgen y P.-H. Richter. Nº 7. Agosto-septiembre 1987. Pág. 12.
 "La matematización de la cultura", sobre *Descartes' Dream. The World According to Mathematics*, de Philip J. Davis y Reuben Hersh. Nº 16. Junio-julio 1988. Pág. 12.
 "Caos matemático, ¿una revolución científica?", sobre *Caos. La creación de una nueva ciencia*, de James Gleick. Nº 24. Abril 1989. Pág. 12.
 "Matemáticas para todo", sobre *For All Practical Purposes*, de Solomon Garfunkel (ed.). Nº 30. Diciembre 1989. Pág. 3.
 "Una nación en peligro", sobre *Everybody Counts. A Report to the Nation on the Future of Mathematics Education and Moving Beyond Myths. Revitalizing Undergraduate Mathematics*, de autores varios. Nº 51. Enero 1992. Págs. 10-11.
 "El sentido de la historia de la matemática", sobre *El pensamiento matemático de la Antigüedad a nuestros días*, de Morris Kline. Nº 64. Abril 1993. Pág. 3.
 "La Matemática, ¿se crea o se descubre?", sobre *La Matemática: creación y descubrimiento*, de Camino Cañón Loyes. Nº 76. Junio-julio 1994. Pág. 3.

RÍOS, Sixto

- "*¿Se pueden racionalizar las decisiones?*", sobre *Decision Theory: An Introduction to the Mathematics of Rationality*, de Simon French. Nº 6. Junio-julio 1987. Págs. 10-11.
 "Juegos, conflictos y negociaciones", sobre *Analysing conflict and its resolution*, de P. G. Bennett. Nº 19. Noviembre 1988. Pág. 12.
 "Modelización matemática", sobre *Ill-posed problems in the Natural Sciences (Advances in Science and Technology in the USSR)*, de A. N. Tikhonov y A. V. Goncharsky. Nº 25. Mayo 1989. Pág. 12.
 "Progresos de la Matemática en España", sobre *Selecta*, de Julio Rey Pastor. Nº 32. Febrero 1990. Págs. 8-9.
 "Bayes y la lógica inductiva", sobre *Bayesian Statistics*, de S. James Press, y *Bayesian Statistics: an introduction*, de Peter M. Lee. Nº 43. Marzo 1991. Pág. 12.
 "La revolución probabilística", sobre *La domesticación del azar*, de Ian Hacking. Nº 63. Marzo 1993. Pág. 12.
 "Un puente entre las dos culturas", sobre *The Art of Mathematics*, de Jerry P. King. Nº 74. Abril 1994. Págs. 10-11.
 "Facetas no matemáticas de Rey Pastor", sobre *Julio Rey Pastor: escritos de las dos orillas*, de Luis Español González. Nº 85. Mayo 1995. Págs. 10-11.
 "Cinco reglas de oro", sobre *Five Golden Rules*, de John L. Casti. Nº 99. Noviembre. Pág. 12.

SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos

- "*Filosofía de la matemática*", sobre *Pi in the sky*, de John D. Barrow. Nº 65. Mayo 1993. Pág. 12.

MEDICINA

ENJUANES, Luis

- "*Actualidad de las enfermedades infecciosas*", sobre *Vaccines: new approaches to immunological problems*, de Ronald W. Ellis (ed.). Nº 72. Febrero 1994. Págs. 10-11.

GRANDE COVIÁN, Francisco

- "*Nutrición y actividad física*", sobre *Predicting Decrements in Military Performance due to Inadequate Nutrition*, de autores varios. Nº 7. Agosto-septiembre 1987. Págs. 10-11.

LAÍN ENTRALGO, Pedro

- "*La Bioética y sus fundamentos*", sobre *Fundamentos de Bioética*, de Diego Gracia. Nº 30. Diciembre 1989. Págs. 4-5.
 "Inagotable Cajal", sobre *El pensamiento de Cajal*, de Carlos Lorenzo Lizalde. Nº 51. Enero 1992. Págs. 8-9.

- "*Medicina y razón científica*", sobre *La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*, de Elvira Arquiola y Luis Montiel. Nº 68. Octubre 1993. Pág. 3.

LÓPEZ PIÑERO, José María

- "*La terminología médica y las 'dos culturas'*", sobre *Diccionario enciclopédico ilustrado de medicina Dorland*, de E. J. Taylor (ed.). Nº 69. Noviembre 1993. Págs. 8-9.

VILARDELL, Francisco

- "*Guía de educación médica*", sobre *Guía pedagógica para el personal de salud*, de J.-J. Guilbert. Nº 31. Enero 1990. Pág. 12.
 "La 'ciencia' de los trasplantes", sobre *El hombre puzzle. Memoria de un cirujano de trasplantes*, de Thomas E. Starzl. Nº 87. Agosto-septiembre 1995. Págs. 8-9.

MÚSICA

BARCE, Ramón

- "*Alienación y música contemporánea*", sobre *L'opposizione musicale*, de Luigi Pestalozza. Nº 63. Marzo 1993. Págs. 1-2.
 "El dilema social de la ópera", sobre *Pensar es morir ou O Teatro de São Carlos na mudança de sistemas sociocomunicativos desde fins do século XVIII aos nossos dias*, de Mário Vieira de Carvalho. Nº 77. Agosto-septiembre 1994. Págs. 4-5.
 "África y España en la música cubana", sobre *Espadero, lo hispánico musical en Cuba*, de Cecilio Tiele Ferrer. Nº 88. Octubre 1995. Pág. 12.
 "La zarzuela española vista desde Alemania", sobre *Zarzuela y operetas*, de Volker Klotz. Nº 99. Noviembre 1996. Págs. 10-11.

FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael

- "*El Padre Soler, un músico excelso*", sobre *Villancicos (1720-1783)*, del Padre Antonio Soler. Nº 68. Octubre 1993. Págs. 4-5.
 "Un eslabón en la historia del gregoriano", sobre *El canto gregoriano. Su historia y sus misterios*, de Katherine Le Méc. Nº 89. Noviembre 1995. Págs. 1-2.
 "Música y feminismo militante", sobre *Feminine Endings: Music, Gender and Sexuality*, de Susan McClary. Nº 98. Octubre 1996. Págs. 8-9.

MONTSALVATGE, Xavier

- "*El oratorio en la música española del XVII*", sobre *Historia de Joseph. Oratori de Luis Vicens Gargallo*, de Francesc Bonastre. Nº 6. Junio-julio 1987. Págs. 4-5.

OLAVIDE, Gonzalo de

- "*El límite y el país fértil*", sobre *Jalons (pour une décennie)*, de Pierre Boulez. Nº 39. Noviembre 1990. Págs. 10-11.

PABLO, Luis de

- "*Conversaciones con Ligeti*", sobre *Ligeti in Conversation*, de Péter Vánai, Josef Häusler, Claude Samuel y György Ligeti. Nº 2. Febrero 1987. Págs. 10-11.
 "El caso Stockhausen", sobre *Stockhausen, entrevista sul genio musicale*, de Mya Tannenbaum. Nº 20. Diciembre 1988. Pág. 10.

PRIETO, Claudio

- "*Reflexiones en torno al legado Barbieri*", sobre *Biografías y documentos sobre música y músicos españoles (Legado Barbieri, I)*, de Francisco Asenjo Barbieri. Nº 4. Abril 1987. Pág. 12.
 "Federico Mompou, historia de una vida", sobre *Federico Mompou. Vida, textos y documentos*, de Clara Janés. Nº 14. Abril 1988. Pág. 3.
 "Las cartas de Arnold Schönberg", sobre *Cartas*, de Arnold Schönberg. Nº 22. Febrero 1989. Pág. 4.
 "Para acercarse a la música", sobre *Hablemos de música*, de Helen Epstein. Nº 29. Noviembre 1989. Pág. 12.
 "Escritos y opiniones de un pianista", sobre *Escritos críticos*, de Glenn Gould. Nº 36. Junio-julio 1990. Pág. 3.
 "Humanidades del artista", sobre *Lecciones de vida. El arte como posibilidad*, de Yehudi Menuhin. Nº 41. Enero 1991. Págs. 8-9.
 "Vida de un genio", sobre *Mozart*, de Marcel Brion. Nº 47. Agosto-septiembre 1991. Págs. 1-2.
 "Beethoven, gloria y miseria de un artista", sobre *Beethoven. Leyenda y realidad*, de Edmond Buchet. Nº 56. Junio-julio 1992. Págs. 1-2.
 "La música como 'cuarto poder'", sobre *Música, poder, armonía*, de R. J. Stewart. Nº 66. Junio-julio 1993. Pág. 12.
 "Un espacio para Beethoven", sobre *Beethoven. Repertorio completo*, de Amadeo Poggi y Edgar Vallora. Nº 97. Agosto-septiembre 1996. Pág. 3.

QUEROL, Miguel

- "*Una capilla de música en el XVII*", sobre *La música a la catedral de Barcelona durant el segle XVIII*, de José Pavia Simó. Nº 5. Mayo 1987. Págs. 4-5.
 "Ravel visto por un musicólogo español", sobre *La estética musical de Ravel*, de Mariano Pérez Gutiérrez. Nº 13. Marzo 1988. Págs. 6-7.
 "Carlos Patiño, un compositor barroco", sobre *Carlos Patiño (1600-1675). Obras musicales recopiladas*, de Lothar G. Siemens. Nº 18. Octubre 1988. Págs. 4-5.
 "Las teorías musicales en el Renacimiento", sobre *Humanism in Italian Renaissance Musical Thought*, de Claudio V. Palisca. Nº 25. Mayo 1989. Págs. 4-5.
 "La obra polifónica de Robledo", sobre *Melchor Robledo. Opera Polyphonica*, de Pedro Calahorra. Nº 33. Marzo 1990. Pág. 12.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco

- "*Música y sociedad en Grecia*", sobre *La música in Grecia*, de B. Gentili y R. Pretagostini (eds.). Nº 26. Junio-julio 1989. Pág. 12.

SOLER, Josep

- "*La 'infima transición' de Alban Berg*", sobre *Alban Berg. Le maître de la transition infime*, de Theodor W. Adorno. Nº 30. Diciembre 1989. Págs. 10-11.

- "*Wagner contado por él mismo*", sobre *Mi vida*, de Richard Wagner. Nº 37. Agosto-septiembre 1990. Págs. 8-9.

- "*Escritos sobre armonía*", sobre *Audición Estructural*, de Félix Salzer. Nº 45. Mayo 1991. Págs. 10-11.
 "Viejas formas en un nuevo lenguaje", sobre *The Twelve-Note Music of Anton Webern*, de Kathryn Bailey. Nº 60. Diciembre 1992. Págs. 6-7.
 "La estética de la música en Schoenberg", sobre *Coherence, Counterpoint, Instrumentation, Instruction in Form*, de Arnold Schoenberg. Nº 91. Enero 1996. Págs. 4-5.

SOPENA, Federico

- "*Recuerdos y actualidad de Anton Webern*", sobre *Anton Webern*, de Claude Rostand. Nº 3. Marzo 1987. Pág. 12.
 "Leonard Bernstein: un mito explicado", sobre *Leonard Bernstein*, de Peter Grandenwitz. Nº 9. Noviembre 1987. Pág. 3.
 "Mahler, más acá y más allá de la moda", sobre *Mahler*, de T. W. Adorno. Nº 16. Junio-julio 1988. Págs. 1-2.

VILLA ROJO, Jesús

- "*El músico y la tecnología*", sobre *Il calcolatore e la musica*, de Alessandro Tamburini. Nº 27. Agosto-septiembre 1989. Págs. 6-7.
 "Técnicas y evolución instrumental", sobre *Les gammes du clarinetiste*, de Yves Didier. Nº 38. Octubre 1990. Pág. 3.
 "Sonidos en libertad", sobre *Antón García Abril. Sonidos en libertad*, de Fernando J. Cabañas Alamán. Nº 75. Mayo 1994. Págs. 10-11.

NUTRICIÓN

GRANDE COVIÁN, Francisco

- "*La alimentación del deportista*", sobre *Nutrición y deporte*, de Steve Wooton. Nº 40. Diciembre 1990. Págs. 8-9.

VILARDELL, Francisco

- "*La ciencia en la cocina*", sobre *On Food and Cooking. The Science and Lore of the Kitchen*, de Harold McGee. Nº 14. Abril 1988. Págs. 4-5.

PENSAMIENTO

DÍAZ, Elías

- "*Unamuno: resentimiento y reconstrucción*", sobre *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, de Miguel de Unamuno. Nº 53. Marzo 1992. Págs. 8-9.

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo

- "*Uso de la razón en las ciencias del hombre*", sobre *Las morales de la historia*, de Tzvetan Todorov. Nº 70. Diciembre 1993. Págs. 6-7.

FERRATER MORA, José

- "*Atenea negra*", sobre *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization (vol. I: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985)*, de Martin Bernal. Nº 35. Mayo 1990. Págs. 6-7.

GINER, Salvador

- "*La apostasía de la razón*", sobre *El asedio a la modernidad: crítica del relativismo cultural*, de Juan José Sebreli. Nº 71. Enero 1994. Págs. 8-9.

MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro

- "*Pensamiento crítico y religioso en Egipto*", sobre *Naq al-jitab al-dini (Crítica del discurso religioso)*, de Nasr Hamid Abu-Zayd. Nº 80. Diciembre 1994. Págs. 8-9.

PINILLOS, José Luis

- "*La duda retórica*", sobre *The Rhetoric of the Human Sciences*, de John S. Nelson, Allan Megill y Donald McCloskey (eds.), y *Rhetoric in the Human Sciences*, de Herbert W. Simons (ed.). Nº 31. Enero 1990. Págs. 6-7.
 "Los credos de la modernidad", sobre *La modernidad siempre a prueba*, de Leszek Kolakowski. Nº 46. Junio-julio 1991. Pág. 12.
 "Modernos contra postmodernos", sobre *Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads and Intrusions*, de Pauline Marie Rosenau. Nº 63. Marzo 1993. Págs. 10-11.

VALVERDE, José María

- "*La Revolución Francesa, vista por los alemanes*", sobre *"O Freyheit! Silberton dem Ohre..." Französische Revolution und deutsche Literatur, 1789-1799*, de autores varios. Nº 34. Abril 1990. Pág. 12.

POLÍTICA

ARTOLA, Miguel

- "*Los límites de la política*", sobre *Manuel Azaña*, de Santos Juliá. Nº 50. Diciembre 1991. Págs. 8-9.
 "El camino de vuelta", sobre *The Great Market Debate in Soviet Economics*, de Anthony Jones y William Moskoff. Nº 65. Mayo 1993. Págs. 6-7.

AYALA, Francisco

- "*Por la senda de Dios*", sobre *El Islam*, de Daniel Pipes. Nº 14. Abril 1988. Págs. 4-5.
 "A diestro y siniestro", sobre *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, de Norberto Bobbio. Nº 87. Agosto-septiembre 1995. Págs. 1-2.
 "El descrédito del Estado", sobre *A orillas del Estado*, de Francisco Tomás y Valiente. Nº 96. Julio-julio 1996. Pág. 12.

BRUNNER, Guido

- "*Adiós a aquel mundo*", sobre *The fringes of Power. Diarios de Downing Street, 1939-1955*, de John Colville. Nº 1. Enero 1987. Págs. 8-9.

Viene de la página anterior



"Bismarck, el individuo como factor histórico", sobre **Bismarck**, de Ernst Engelberg. Nº 17. Agosto-septiembre 1988. Págs. 1-2.
 "Preludio de guerra mundial", sobre **Der Pakt**, de Ingeborg Fleischer. Nº 41. Enero 1991. Págs. 10-11.
 "Andrei Sajarov, conciencia de la humanidad", sobre **Memorias**, de Andrei Sajarov. **Die Zukunft gehört der Freiheit (El futuro pertenece a la libertad)**, de Eduard Shevardnadze, y **Boris Yelzin. Retter der Freiheit (Boris Yelzin. Salvador de la libertad)**, de John Morrison. Nº 54. Abril 1992. Págs. 1-2-3.

CALVO-SOTELO, Leopoldo
 "Las confesiones de un ex presidente", sobre **Le Pouvoir et la Vie**, de Valéry Giscard d'Estaing. Nº 18. Octubre 1988. Págs. 6-7.

CEBRIÁN, Juan Luis
 "Europa, un debate pendiente", sobre **Penser l'Europe**, de Edgar Morin. Nº 17. Agosto-septiembre 1988. Pág. 3.

DÍAZ, Elías
 "Tierno Galván, libertario y socialista", sobre **Tierno Galván y otros precursores políticos**, de Raúl Morodo. Nº 19. Noviembre 1988. Págs. 8-9.
 "Socialismo democrático y utopía racional", sobre **La utopía racional**, de Miguel Ángel Quintanilla y Ramón Vargas Machuca. Nº 34. Abril 1990. Págs. 8-9.
 "Julían Besteiro: la razón y la ética", sobre **Política y filosofía en Julían Besteiro**, de E. Lamo de Espinosa y M. Contreras. Nº 46. Junio-julio 1991. Págs. 8-9.
 "Una visión estética de la política", sobre **El cortesano y su fantasma**, de Xavier Rubert de Ventós. Nº 59. Noviembre 1992. Págs. 10-11.

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo
 "Orígenes religiosos del Estado moderno", sobre **Reforma protestante y Estado moderno**, de José Antonio Álvarez-Caperochipi. Nº 7. Agosto-septiembre 1987. Págs. 4-5.
 "Dos libros españoles sobre Montesquieu", sobre **Montesquieu: leyes, gobiernos y poderes**, de Juan Vallet de Goytisoló, y **El pensamiento de Montesquieu: política y ciencia natural**, de María del Carmen Iglesias. Nº 33. Marzo 1990. Págs. 10-11.
 "Política y nueva retórica", sobre **Retórica de la intransigencia**, de Albert O. Hirschman. Nº 60. Diciembre 1992. Págs. 10-11.

FONTÁN, Antonio
 "Derechos históricos y Constitución española", sobre **Idea de los derechos históricos**, de Miguel Herrero y R. de Miñón. Nº 53. Marzo 1992. Págs. 4-5.

GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Las memorias diplomáticas de un observador", sobre **Vuelta a las andadas**, de Emilio Garrigues Díaz-Cañabate. Nº 40. Diciembre 1990. Págs. 6-7.

GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo
 "De Gaulle: la historia con nombres propios", sobre **De Gaulle**, de Jean Lacouture. Nº 4. Abril 1987. Págs. 4-5.

GARRIGUES, Emilio
 "Deshojando la margarita", sobre **Los años de Downing Street**, de Margaret Thatcher. Nº 74. Abril 1994. Pág. 12.

HERRERO Y R. DE MIÑÓN, Miguel
 "La disuasión selectiva", sobre **Discriminate deterrence**, de Fred C. Ikle y Albert Wohlstetter. Nº 19. Noviembre 1988. Págs. 8-9.

IGLESIAS, M^o Carmen
 "Una fecunda cautividad", sobre **El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico**, de Luis Díez del Corral. Nº 49. Noviembre 1991. Págs. 8-9.

LATORRE, Ángel
 "Las armas y la toga", sobre **Cicerón**, de Pierre Grimal. Nº 10. Diciembre 1987. Pág. 3.

LÓPEZ PINTOR, Rafael
 "Sistemas electorales e ingeniería electoral", sobre **Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-Seven Democracies, 1945-1990**, de Arend Lijphart y otros. Nº 85. Mayo 1995. Págs. 8-9.
 "El fantasma electoral de la abstención", sobre **La abstención electoral en España, 1977-1993**, de Manuel Justel. Nº 97. Agosto-septiembre 1996. Págs. 8-9.

MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro
 "La democracia en el mundo árabe, a debate", sobre **Al-Ta'addiyya al-siyasiyya wa-l-dimuqratiyya fi-l-watan al-arabi** ("Pluralismo político y democracia en la patria árabe"), de Saadeddín Ibrahim (ed.). Nº 46. Junio-julio 1991. Págs. 6-7.

MORÁN, Fernando
 "La revolución de Gorbachev", sobre **Perestroika**, de Mikhael Gorbachev. Nº 18. Octubre 1988. Págs. 8-9.
 "El caleidoscopio franco-alemán", sobre **La caída de París, 14 de junio de 1940**, de Herbert Lottman. Nº 75. Mayo 1994. Págs. 1-2-3.
 "Nelson Mandela, un símbolo multirracial", sobre **El largo camino hacia la libertad**, de Nelson Mandela. Nº 93. Marzo 1996. Págs. 10-11-12.

PALACIO ATARD, Vicente
 "Testimonios en las memorias de Areilza", sobre **A lo largo del siglo, 1909-1991**, de José María de Areilza. Nº 74. Abril 1994. Pág. 3.

PERUCHO, Juan
 "El rigor historiográfico de Coll i Alentorn", sobre **Historiografía**, de Miquel Coll i Alentorn. Nº 55. Mayo 1992. Pág. 12.

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Teorías políticas antiguas y modernas", sobre **Der Idealstaat. Die politischen Theorien der Antike**, de Alexander Demandt. Nº 82. Febrero 1995. Págs. 1-2.

SAMPEDRO, José Luis
 "La palabra y la sangre", sobre **América Latina. Política y sociedad**, de Alain Touraine. Nº 39. Noviembre 1990. Págs. 8-9.

SIGUAN, Miquel
 "El desmoronamiento de un imperio", sobre **Eine Weltmacht zerbricht. Nationalitäten und Religionen der USSR**, de Erhard Stolting. Nº 48. Octubre 1991. Págs. 1-2-3.
 "Actualidad de las fronteras", sobre **Fronts et frontières**, de Michel Foucher. Nº 61. Enero 1993. Págs. 4-5.

SOTELO, Ignacio
 "El fin de un régimen y de un Estado", sobre **Der vormundschaftliche Staat**, de Rolf Heinrich, y **Wenn Mauern fallen**, de Egon Krenz. Nº 43. Marzo 1991. Págs. 5-6.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
 "Democracia y Estado de partidos", sobre **El Estado de partidos**, de Manuel García-Pelayo. Nº 6. Junio-julio 1987. Págs. 1-2.

TUSELL, Javier
 "La transición ingresa en la historia", sobre **Transición y democracia (1973-1985). [Tomo X de la Historia de España]**, de autores varios. Nº 62. Febrero 1993. Pág. 12.
 "Un modelo de biografía británica", sobre **Harold Wilson**, de Ben Pimlott. Nº 77. Agosto-septiembre 1994. Pág. 12.

PSICOLOGÍA

SIGUAN, Miquel
 "Ciencia universal y ciencia nacional", sobre **Historia de la Psicología en España**, de Helio Carpintero. Nº 87. Agosto-septiembre 1995. Pág. 12.

QUÍMICA

ALARIO, Miguel Ángel
 "La química del estado sólido", sobre **Bonding, energy levels and bands in inorganic solids**, de J.A. Duffy. Nº 48. Octubre 1991. Págs. 8-9.
 "Lavoisier, un revolucionario de la química", sobre **Lavoisier**, de Bernadette Bensaude-Vincent. Nº 82. Febrero 1995. Págs. 8-9.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Antonio
 "Los productos naturales y la Biotecnología", sobre **Primary and Secondary Metabolism of Plant Cell Cultures**, de K.-H. Newman, W. Barz y E. Reinhard (eds.). Nº 13. Marzo 1988. Págs. 1-2.

MATO, José María
 "Comprender la vida desde la química", sobre **Pasión por las enzimas**, de Arthur Kornberg. Nº 68. Octubre 1993. Pág. 12.

RELIGIÓN

ARGULLOL, Rafael
 "Dios como cultura humana", sobre **Una historia de Dios**, de Karen Armstrong. Nº 89. Noviembre 1995. Pág. 12.

GÓMEZ CAFFARENA, José
 "El misterio y los límites de la ciencia", sobre **Los científicos y Dios**, de Antonio Fernández-Rañada. Nº 86. Junio-julio 1995. Pág. 12.

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
 "Dios entre la ética y la estética", sobre **Gloria. Una estética teológica, Theodramatik y Theologik**, de Hans Urs von Balthasar. Nº 12. Febrero 1988. Págs. 10-11.
 "El Cristo de los filósofos", sobre **La Christologie idéaliste**, de Xavier Tilliette. Nº 19. Noviembre 1988. Págs. 10-11.
 "Mística y metafísica en el cristianismo", sobre **San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística**, de Jean Baruzi. Nº 61. Enero 1993. Págs. 8-9.

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis
 "Teología, ateología y postmodernidad en USA", sobre **La religión en la ciudad secular. Hacia una teología postmoderna**, de Harvey Cox, y **Erring. A postmodern A-theology**, de Marck C. Taylor. Nº 3. Marzo 1987. Pág. 3.
 "La teología de la liberación, hoy", sobre **Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación**, de Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino. Nº 44. Abril 1991. Págs. 8-9.

MARÍAS, Julián
 "Panorama de las religiones", sobre **Diccionario de las religiones**, del Cardenal Paul Poupard (dir.). Nº 18. Octubre 1988. Pág. 12.

SEMIOLÓGIA

GARCÍA BERRIO, Antonio
 "La interpretación y sus límites", sobre **I limiti dell'interpretazione**, de Umberto Eco. Nº 47. Agosto-septiembre 1991. Págs. 4-5.

SOCIEDAD

CAMUS, Mario
 "Grandesza y miseria del boxeo", sobre **Del boxeo**, de Joyce Carol Oates. Nº 40. Diciembre 1990. Págs. 1-2.

GARCÍA VELARDE, Manuel
 "¡Oh, fortuna, cruel, injusta y voluble!", sobre **La roue de la fortune**, de Christian Morin. Nº 62. Febrero 1993. Págs. 10-11.

GUBERN, Román
 "El triunfo del simulacro", sobre **Le crime parfait**, de Jean Baudrillard. Nº 89. Noviembre 1995. Pág. 3.

SIGUAN, Miquel
 "Matrimonios mixtos y sociedad pluricultural", sobre **Les couples mixtes**, de Gabrielle Varro. Nº 95. Mayo 1996. Págs. 10-11.

VERDÚ, Vicente
 "El imperio de la moda", sobre **El imperio de lo efímero**, de Gilles Lipovetsky. Nº 39. Noviembre 1990. Págs. 6-7.
 "El latido del corazón", sobre **Hábitos del corazón**, de Robert N. Bellah y otros. Nº 48. Octubre 1991. Pág. 12.
 "El sonido de la intimidad", sobre **Éloge de l'intimité**, de Willy Pasini. Nº 59. Noviembre 1992. Pág. 12.
 "La escoria interminable", sobre **L'illusion de la fin**, de Jean Baudrillard. Nº 65. Mayo 1993. Pág. 3.
 "La moda de lo menudo", sobre **Global Paradox**, de John Naisbitt. Nº 82. Febrero 1995. Pág. 3.

SOCIOLOGÍA

CAMPS, Victoria
 "Más Estado y más sociedad", sobre **Yo, el Estado**, de Nicolás López Calera, y **La sociedad necesaria**, de Antonio Sáenz de Miera. Nº 67. Agosto-septiembre 1993. Págs. 6-7.

GINER, Salvador
 "La fragua del privilegio", sobre **La distinción y La Noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps**, de Pierre Bourdieu. Nº 35. Mayo 1990. Págs. 8-9.

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis
 "Religión y sociedad en España", sobre **Religión y sociedad en España**, de Rafael Díaz-Salazar y Salvador Giner. Nº 78. Octubre 1994. Pág. 12.

LÓPEZ PINTOR, Rafael
 "La tradición de informes sociales en España", sobre **España a debate (I: La política. II: La sociedad)**, de José Vidal-Beneyto (ed.). Nº 56. Junio-julio 1992. Págs. 8-9.

SOTELO, Ignacio
 "La otra cara de la modernidad", sobre **Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne**, de Ulrich Beck. Nº 23. Marzo 1989. Págs. 8-9.
 "Teoría sociológica y comunidad científica", sobre **La realidad social y Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky**, de Miguel Beltrán. Nº 57. Agosto-septiembre 1992. Págs. 6-7.

TECNOLOGÍA

GARCÍA SANTESMASÉS, José
 "La inteligencia artificial", sobre **Machine learning: Applications in expert systems and information retrieval**, de R. Forsyth y R. Rada. Nº 9. Noviembre 1987. Pág. 11.
 "Robótica", sobre **Robotics: Control, Sensing, Vision and Intelligence**, de K. S. Fu, R. C. González y C. S. G. Lec. Nº 17. Agosto-septiembre 1988. Págs. 10-11.

GODED, Federico
 "El mundo de las centrales nucleares", sobre **The Nuclear Age**, de Jacques Leclerc. Nº 8. Octubre 1987. Págs. 1-2.

RÍOS, Sixto
 "Ciencia estadística e inteligencia artificial", sobre **Artificial Intelligence with Statistical Pattern Recognition**, de E. A. Patrick y J. M. Fattu. Nº 13. Marzo 1988. Págs. 4-5.

TEOLOGÍA

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario
 "Realidad, mundo, Dios", sobre **Teología de la creación**, de Juan Luis Ruiz de la Peña. Nº 5. Mayo 1987. Págs. 10-11.
 "El Papa: sentido y límites de su autoridad", sobre **The Limits of the Papacy. Authority and Autonomy in the Church**, de Patrick Granfield. Nº 27. Agosto-septiembre 1989. Págs. 10-11.
 "Ética, religión y cristianismo", sobre **Conferencias sobre Ética**, de Ludwig Wittgenstein, y **El mensaje moral del Nuevo Testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva y Die sittliche Botschaft des Neuen Testaments. II. Die urchristlichen Verkündiger**, de Rudolf Schnackenburg. Nº 34. Abril 1990. Págs. 10-11.
 "El tiempo, frente a la muerte y ante Dios", sobre **Note sur le temps. Essai sur les raisons de la mémoire et de l'espérance**, de Jean-Ives Lacoste. Nº 42. Febrero 1991. Págs. 6-7.
 "Cuerpo de hombre y encarnación de Dios", sobre **Solitud carnalis. El cuerpo en la Edad Media**, de Vito Fumagalli. Nº 49. Noviembre 1991. Págs. 10-11.
 "Tomás de Aquino y Hegel", sobre **Dieu et l'Étre d'après Thomas d'Aquin et Hegel**, de Emilio Brito. Nº 65. Mayo 1993. Págs. 4-5.
 "El hombre: de la realidad a la redención", sobre **Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro**, de E. Lévinas; y **Stellvertretung. Schlüsselbegriff Christlichen Lebens und theologische Grundkategorie**, de Karl-Heinz Menke. Nº 72. Febrero 1994. Págs. 8-9.
 "Teología o la verdad de Dios", sobre **Teología Sistemática I**, de Wolfhart Pannenberg. Nº 79. Noviembre 1994. Págs. 10-11.
 "Rahner o la teología del siglo XX", sobre **Die Brüder Rahner. Eine Biographie**, de Karl H. Neufeld. Nº 90. Diciembre 1995. Págs. 10-11.
 "El mal entre el hombre y Dios", sobre **Dios para pensar. El mal. El hombre**, de A. Gesché. Nº 94. Abril 1996. Págs. 8-9.

Arquitectura en grises de penumbra

Por Antonio Fernández Alba

Antonio Fernández Alba (Salamanca, 1927) es catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid y académico de Bellas Artes. Formó parte del grupo El Paso. Ha obtenido, entre otros premios, el Nacional de Arquitectura (1963), el de Restauración (1980) y el de las Artes de Castilla-León (1988).

Pocos elementos de análisis como las obras de arquitectura pueden ser más explícitos para interpretar en estos finales de siglo los cambios acaecidos en el hábitat contemporáneo y las propuestas de las nuevas formas espaciales a las que se encamina la civilización urbanizada que hoy compartimos. El habitante de la ciudad percibe en el desarrollo de la nueva metrópoli la colonización que han de soportar los vestigios de la vieja ciudad burguesa, los agresivos modos como se construyen los lugares que rodean nuestro entorno más inmediato, la incapacidad del proyecto de los arquitectos para edificar con calidad los escenarios metropolitanos; también es consciente de las dificultades que encierra el poder asimilar en nuestro imaginario colectivo estos nuevos modelos y paisajes que derrama sin cesar la dinámica de la condición metropolitana.

Muchas de estas consideraciones aparecen reseñadas como radiografías en el proyecto de los arquitectos, a veces elocuentes en sus respuestas formales, en ocasiones más ocultas, pues estos nuevos entornos construidos, símbolos declarados de identidad de la sociedad masificada, se proyectan con una vertiginosa aceleración de tiempos y técnicas constructivas y responden con unas imágenes arquitectónicas que tienen que enfrentarse a los «modelos» degradados de las vanguardias y propuestas de principio de siglo y a los postulados ideológicos que han sustentado la formalización espacial de la ciudad burguesa que aún compartimos, unos espacios concebidos para canalizar o concentrar el discurrir de la masa, al mismo tiempo que enfatizar sus entornos de privacidad.

Quizá ningún país como Japón pueda representar en la actualidad mejor laboratorio de experiencias para explorar algunos de estos horizontes donde se perfila este imaginario material y ambiental del acontecer metropolitano en la cultura tecnocien-

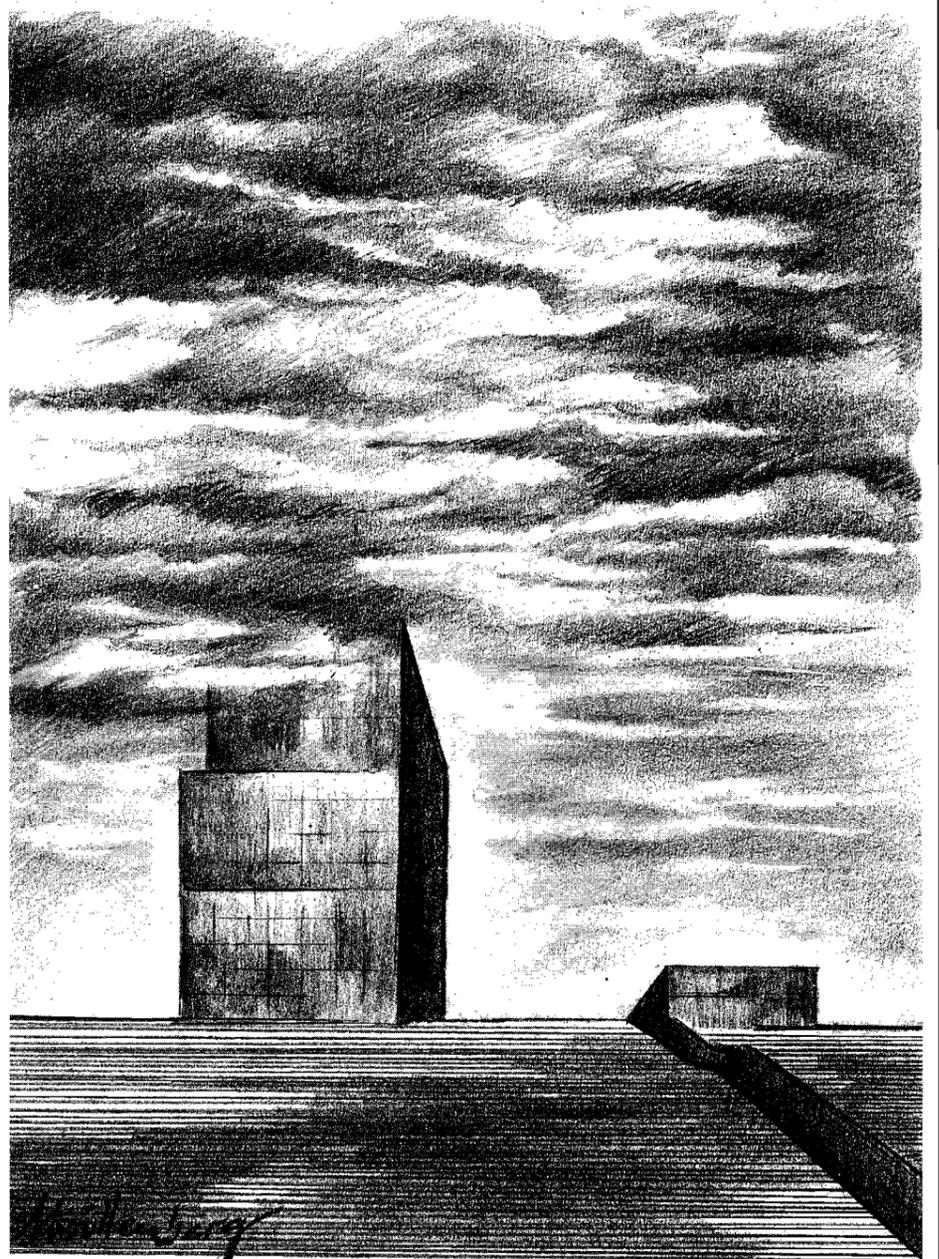
tífica de hoy, cultura que cambió signos y formas, espacios y lugares, modos de pensar y expresarse. En este sentido, la arquitectura japonesa viene formulando desde los finales de la Segunda Guerra Mundial un claro debate entre tradición y tecnología, o si se prefiere, en una generación más conceptual entre el nuevo hábitat industrial y sus formas materiales de edificación. En muchos trabajos de los arquitectos japoneses de hoy se pueden acotar y desvelar algunos aspectos del debate que las estrategias y tensiones de su desarrollo ha provocado, así como las opciones que puede ofrecer la instrumentalización técnica de la civilización actual en los territorios metropolitanos del futuro inmediato.

Tres cuestiones me parecen dignas de resumir en relación con la lectura del libro que comento en torno a la obra del arquitecto Tadao Ando, cuestiones que se hacen patentes en tres grandes ciudades japonesas que de modos diferentes han experimentado en este país los efectos de la distorsión mecánica y medio ambiental de su desarrollo. Tokio, auténtica metrópoli poliédrica, archipiélago utópico de la razón técnica. Kyoto, ciudad como otras tantas, desintegrada en su morfología, presenta un espacio urbano donde la tradición fue secuestrada por la conciencia racional del «proyecto moderno». Osaka, territorio de muchos trabajos de Ando, donde la lógica de la producción y las estrategias del riesgo empresarial configuran los nuevos territorios del universo tecnocientífico.

Cuestionario espacial amplio

Algunos de los trabajos del arquitecto Tadao Ando se sitúan, como he señalado, en el área que delimita el triángulo metropolitano antes mencionado, con la peculiaridad manifiesta, por su parte, de intentar dar respuesta desde lo limitado del proyecto arquitectónico a un cuestionario espacial más amplio, como es el de tratar de obtener del viejo oficio de la arquitectura los artefactos adecuados a las demandas que solicitan las modernas organizaciones y el desarrollo tecnológico-económico de la metrópoli.

La primera referencia, y muchos de los trabajos de Ando así lo intuyen, plantea un



STELLA WITTENBERG

interrogante en el dintel que enmarca la propia razón de ser de la arquitectura: ¿qué alternativas formales, espaciales y estéticas puede ofrecer la arquitectura después de la desintegración que ha experimentado el proyecto racional de la ciudad moderna?

Tadao Ando (Osaka, 1941) ha nacido y crecido en la región de Kansai, área geográfica en la que se encuentran bellos ejemplos de la arquitectura tradicional japonesa, templos, santuarios, residencias que pueblan las ciudades de Kyoto, Osaka o Nara, lugares donde la naturaleza se presenta con la grandeza de una vitalidad primitiva y la arquitectura de algunos de estos templos como prodigios de la anónima sencillez que encierra todo objeto bello. El templo de Ise Jingu, por situar una referencia de elocuente gran-

deza plástica, y donde es fácil comprobar que la verdad de la materia anula los excedentes del ornato, lugar por el que el propio Ando señala su admiración y aprendizajes diversos. Uno de ellos, significativo y manifiesto en la construcción tradicional japonesa, el concepto del «tiempo» aplicado a la edificación del espacio: «Nada en el mundo —señala— es inmortal y nada mejor se adapta a nuestro anhelo por lo eterno que aquel acontecer que se desvanece en el acto». La fugacidad del tiempo como se entiende en Oriente, frente a la eternidad de la introspección occidental, ofrece una auténtica metodología para diseñar los espacios, reflexión que es solidaria de la interpretación de los efectos de la luz, dos cons-



En este número

Artículos de			
Antonio Fernández Alba	1-2	Francisco Tomás y Valiente	8-9
Javier Tusell	3	Juan Velarde Fuertes	10-11
Josep Soler	4-5	Sixto Ríos	12
José Jiménez Lozano	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Arquitectura en grises de penumbra

tantes en el entendimiento de las sombras y penumbras de la arquitectura tradicional japonesa. Para Ando, la luz, como para los antiguos, es la medida del tiempo, es la referencia más precisa para construir el espacio.

Sin duda, la característica más genuina y significativa de la actual arquitectura japonesa ha sido, desde sus períodos iniciales, el tratar de no arrasar su patrimonio cultural más auténtico. Arquitectos como Kenzo Tange, Kurokawa, Maki, Shinoara, Isozaki, Mozuma, por señalar las figuras más difundidas en nuestro ámbito europeo, ofrecen rasgos constantes de esta mirada a la tradición, pese a la presión uniformadora de la racionalidad tecnológica; pero tal vez sea Ando el que más se resiste a dejarse invadir por la rica y polivalente espacialidad arquitectónica occidental y el consiguiente proceso de estandarización industrial, en un Japón acorralado por la colonización simbólica norteamericana y aún desorientado en el «terror del yo perdido», al que con esmero contribuyó el hongo atómico de hace cincuenta años.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Tadao Ando es un arquitecto que trabaja en escalas de intervención reducida, viviendas individuales, museos, edificios administrativos..., en relación con los actuales macroedificios y áreas polivalentes de las construcciones metropolitanas. En ocasiones no puede eludir el síntoma generalizado en el que desarrolla su trabajo el arquitecto moderno, como es el aserto de que venden mejor las opiniones sobre un determinado edificio que la escueta realidad espacial del mismo; y no siendo fácil distanciarse de tal consideración, algunos de sus trabajos no pueden excluir la demanda editorial que invade tantos talleres o agencias de arquitectura y, en ocasiones, perturba el silencio de la dimensión poética que encierra su arquitectura. En este sentido algunos de sus trabajos se ven afectados por la fascinación que le puede otorgar una mirada nostálgica hacia el Occidente ilustrado.

La compleja condición metropolitana

El segundo interrogante que me invade, visitando los espacios de estas arquitecturas ajustadas con tanta delicadeza plástica y tan agudizado diseño de itinerarios introspectivos, es si estos trabajos de laboratorio arquitectónico, atentos a indagar los contenidos emocionales y espirituales del espacio habitable; si esta mirada interior con la que se dibujan y esculpen estos recintos para alejar el terror mecanizado y alojar los resquicios de libertad del hombre telemático; si algunos de estos fragmentos serán piezas capaces de organizar este inmenso calidoscopio urbano en el que se ha transformado la ciudad; si la escala en la que opera la arquitectura podrá entablar una lucha desde los rituales de la forma y la composición del espacio, teniendo que administrar los postulados de la razón instrumental contemporánea. Experimentar los espacios de la compleja «condición metropolitana» a través de la sensibilidad de los modelos compositivos y formales que el modernismo ha desarrollado, a pesar de su obstinación por construir lugares bellos, no parece que sea un postulado de operatividad beligerante frente al despiadado diseño de la «operatividad eficiente» con la que opera la sociedad industrial avanzada. Vivimos hoy la construcción del espacio habitable como si se tratara de

la manipulación de un producto de arquitecturas renovables, de abstracciones mecanizadas, de lugares escasos de emoción y carentes de ritos expresivos, salvo el simulacro electrónico de sociabilidad, relegando el medio natural y sus saludables efectos a episodios de referencia retórica.

Limitados son los trabajos de arquitectos que sobrepasan los lugares comunes de la retórica ecologista al uso, para adentrarse en los entornos de esta segunda naturaleza, en la que se asienta la metrópoli actual, y plantea unos proyectos de arquitectura donde sea imprescindible recurrir al equilibrio con el medio natural; «cuanto más grande es la distancia entre abstracción y representación y cuanto más importante es la presencia de la naturaleza —escribe Ando—, tanto más dinámica resulta la obra de arquitectura». Recuperar este proyecto integrador de «artificios metropolitanos» y «medio natural» en los territorios que aún conserva la naturaleza no arrasada por los efectos de la desertización industrial puede ser un modo de interpretar el quehacer ideológico y poético con el que debe intervenir el proyecto de la arquitectura, ante el determinismo abstracto y los tiempos técnicos que configuran el modelo de la razón instrumental contemporánea, caracterizado, entre otras consideraciones, por la concentración espacial, por la multiplicación cuantitativa de la masa y por la subordinación de lo real al servicio de una fantasía programada.

Sin duda alguna, este flujo de imágenes asociativas que suscita los trabajos del arquitecto japonés Tadao Ando, en el medio hiperdesarrollado del Japón actual, nos retrotrae a los períodos de las vanguardias europeas cuando se abrían paso los testimonios de los dadaístas y surrealistas. Una secuencia indefinida de cornubaciones indus-

triales, imágenes electrónicas, símbolos empresariales, fragmentos de realidad primitiva y edificios que levantan su arquitectura acotada en el estricto formato del programa, una yuxtaposición delirante de signos y mensajes acota el deambular por los arsenales metropolitanos del Japón industrializado.

El interrogante más inmediato viene ligado en términos de desolación y de asombro: ¿será posible construir lugares habitables en los territorios de la metrópoli moderna dentro de los programas y postulados que señalan las estructuras del riesgo mercantil y la lógica de la producción tecnocientífica actual? Estos ejemplos, que podemos contemplar en los trabajos de Ando, vienen a ser como pequeñas islas rodeadas de volcanes de fuego, como refugios excavados en grises hormigones para la defensa cotidiana de la irracionalidad concreta; son arquitecturas ensoñadas en la penumbra del crepúsculo entre una naturaleza agrietada y las primeras luces de un nuevo mundo pletórico de artefactos. La arquitectura del autodidacta de Osaka, Tadao Ando, construye recintos de una poderosa exaltación plástica, cubos, paralelepípedos, escalinatas junto al lago, rayando casi la ilusión de lo sagrado, y donde es posible permanecer. En muchos de ellos confluyen en excelente armonía técnica y tradición, naturaleza y decoro confortable, poética del espacio y rigor funcional.

Tal vez esta carga poética que inunda el quehacer arquitectónico de Ando sea uno de los valores más destacados de sus proyectos, sobre todo si se contemplan los «monumentos» edificados por los «oráculos de la forma fin de siglo». La energía espiritual que emanan los hormigones grises de su obra es, sin duda, una penumbra de esperanza. □

RESUMEN

La arquitectura, estima Fernández Alba, es la mejor intérprete de los cambios acaecidos en el hábitat contemporáneo en este final de siglo. Y dentro de ella es la arquitectura japonesa la que viene manteniendo, desde que acabó la

Segunda Guerra Mundial, un claro debate entre tradición y tecnología: a esta arquitectura y, en especial, al japonés Tadao Ando, quien se preocupa de no arrasar el patrimonio cultural de su país, dedica Fernández Alba su comentario.

Tadao Ando

Documenti di architettura

Electa, Milán, 1995. 521 páginas. [7.500 pesetas.] ISBN: 88-435-5024-1.

SUMARIO

	Págs.
«Arquitectura en grises de penumbra», por Antonio Fernández Alba, sobre <i>Documenti di architettura</i> , de Tadao Ando	1-2
«Una teoría de la guerra civil», por Javier Tusell, sobre <i>Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea</i> , de Gabriele Ranzato (ed.)	3
«La estética de la música en Schoenberg», por Josep Soler, sobre <i>Coherence, Counterpoint, Instrumentation, Instruction in Form</i> , de Arnold Schoenberg	4-5
«Edgar Allan Poe, un hombre solamente», por José Jiménez Lozano, sobre <i>Poe. Edgar Allan Poe, poeta americano</i> , de Georges Walter	6-7
«El comunismo como ilusión», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX</i> , de François Furet	8-9
«Los agobios del déficit del sector público», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>¿Está el Estado español en quiebra?</i> , de José Barea y M. ^a Dolores Dizy	10-11
«La campana de Gauss», por Sixto Ríos, sobre <i>The Bell Curve</i> , de Richard J. Herrnstein y Charles Murray	12

Una teoría de la guerra civil

Por Javier Tusell

Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Educación a Distancia. Ha publicado más de una veintena de libros sobre la historia política española del siglo XX, obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y el Premio Mundo.

Para un especialista en Historia contemporánea española o para un simple lector de la misma habrá de resultar muy interesante la lectura del libro que se publicó en Italia bajo la experta guía de un hispanista de aquel país, Gabriele Ranzato. En España solemos tener la impresión de que nuestro pasado más reciente no es otra cosa que el antecedente de la guerra civil y la perduración de la misma hasta su superación en 1977. Lo que convertiría a España en radicalmente peculiar sería eso, sin que, al mismo tiempo, la barbarie practicada durante ella tuviera parangón con cualquier otro acontecimiento semejante. El libro dirigido por Ranzato testimonia, sin embargo, que la guerra civil es un acontecimiento nada infrecuente en la Historia contemporánea, sino muy generalizado desde el punto de vista geográfico y que merece la pena un intento de conceptualización a partir de unas coordenadas comparativas. A partir de ellas, se extrae la conclusión no sólo de que el caso español es menos peculiar de lo que parecía en esa versión estereotípica, sino que más bien lo único diferente fue la voluntad de convertirla en fundamento de un Estado, mientras que en otras latitudes se trató más bien de hacerla olvidar e incluso negar su existencia.

El antecedente más obvio de la guerra civil contemporánea es, sin duda, la guerra religiosa de la era moderna, pero cualquier conflicto de ese tipo tiene un componente semi o seudoreligioso. No es casual que Koestler durante la española presentara la lucha por Madrid como una reedición del intento de conquista del Santo Sepulcro por los cruzados. Pero donde la demonización del adversario llegó a un ápice difícil de superar en lo que respecta al exterminio del adversario fue en las guerras de religión de la Edad Moderna.

Un conflicto laico

En la Edad Contemporánea esa guerra de religión se convirtió en un conflicto laico en que la doctrina de salvación fue sustituida por una visión de la organización de la sociedad, aliada o no a concepciones propiamente religiosas. Lenin señaló la estrechísima relación existente entre revolución y guerra civil hasta indicar que era poco menos que un requisito imprescindible para que la primera tuviera verdadera envergadura histórica. Luego, sin embargo, los especialistas descubren que no siempre los fenómenos históricos que se acogen al concepto de revolución tienen ese desenlace. Existen «revoluciones de terciopelo» que producen profundos e irreversibles cambios de régimen sin derramamientos de sangre (el caso de la revolución liberal en Bélgica y Holanda o la caída del comunismo en la Europa del Este); hay casos de supuestas –falsas– revoluciones que no pasan de ser un estallido utópico sin conmovir a un régimen y otras que sí lo hacen, pero no producen un derrumbamiento a pesar de su carácter generalizado (las revoluciones de 1848 en la Europa central). De cualquier modo, hay otro aspecto en el que Lenin erraba, y es el de la presunta condición de guerra de clases que tienen las revolucio-



JUAN RAMÓN ALONSO

nes y también las guerras civiles. Por supuesto, en una guerra civil existe conflictividad social, pero reducirla a ella es una simplificación: lo social constituye una explicación parcial y subordinada. La guerra civil española, a título de ejemplo, no podría explicarse de acuerdo con esos paradigmas de conflictividad social.

En cambio, resulta mucho más inteligible a partir de una consideración política que parte de los tiempos del inicio de la contemporaneidad, es decir con la Revolución francesa. Ésta produjo, en primer lugar, una radicalización ideológica que tuvo un resultado semejante a la confrontación religiosa de otros tiempos. De ahí lo que podría ser denominado como la «cultura de la exclusión», es decir, la consideración de que existían, al menos en potencia, unos adversarios que no bastaba marginar, sino que era preciso exterminar. En el fondo resulta indiferente cómo se llega a esta cultura de la exclusión. Hay quien insiste en el factor ideológico totalitario surgido entonces, al menos como germen, o en la sucesión de conflictos que se produjo durante el período revolucionario. El hecho es que cuando se llega al paroxismo en esa cultura de la exclusión se empieza a practicar la depuración. El siguiente paso, si las dos partes tenían una apoyatura social semejante, fue la aparición de dos bandos mutuamente excluyentes que borraron sus fronteras internas y practicaron la radical incompatibilidad con el adversario. No sólo hay entonces enemigos, sino que también hay traidores, aquellos de los que se presume que han de adoptar una postura y, sin embargo, aparecen en otra. Pero, además, al adversario se le niega cualquier tipo de identidad con la posición propia. Lo característico de una guerra civil es que no se admite ni su existencia ni tan siquiera un mínimo de identidad con el adversario. Lo que es un conflicto interno se presenta como una agresión exterior, practicada por quienes no son diferentes, sino la antítesis misma de la realidad propia. Casi no hace falta recurrir a la ejemplificación española en 1936. Durante esta guerra civil un bando la presentó como guerra de independencia y otro como cruzada; un bando calificó al otro de anti-España y el otro convirtió al adversario, con una imagen de propaganda, en un navío cuyos tripulantes eran sólo un militar, un obispo y un capitalista, es decir, elementos ajenos, en última instancia, a la verdadera realidad del pueblo español. Sin embargo, esta referencia a la cultura de la exclusión no nace de acontecimientos españoles, sino exclusivamente del caso de la Vendée durante la Revolución francesa.

Fue ésta, como antes lo había sido la guerra de la independencia norteamericana, más allá del Atlántico, la primera guerra civil europea. Pero hubo otras posteriores de mayor o menor duración. Todas ellas enmarcaron en una catástrofe colectiva la potencial violencia existente en la sociedad en la que se producían. Una guerra civil permite que desemboquen en derramamiento de sangre las guerras civiles privadas, moleculares, familiares o de pequeña entidad de población. Eso sería lo que explicaría, en la guerra española, que a menudo el mayor grado de brutalidad no se da en los contextos sociales más conflictivos, sino en los pueblos, donde el deseo de venganza se ha acumulado durante generaciones.

Expresión del horror

Pero cada guerra civil supone también una siniestra novedad con respecto a la precedente. Ernst Jünger escribió que, así como cada época tiene un canon de belleza, también tiene un modo peculiar de expresarse en el horror. Fue durante la «Commune» parisina –una revolución, pero también una guerra civil– cuando los medios técnicos permitieron la liquidación sistemática, científica por así decirlo, del adversario. Hay países, como España, en los que la tradición de guerra civil hace pensar en el solapamiento entre modos de horror sucesivos en el tiempo. La guerra de 1936, por ejemplo, conteniendo elementos que rememoran la guerra religiosa, remite también a la de independencia en 1808 o a las guerras carlistas. A veces el recuerdo de un pasado de guerra civil constituye un elemento esencial para el modo de expresarse el horror en la siguiente.

El conjunto de estudios reunido por Ranzato tiene el mérito de insistir en un último ejemplo de guerra civil, no admitida pero evidente. Así como en la primera gue-

rra mundial los frentes ideológicos se convirtieron en transversales, aglutinados en torno a la nación, la segunda guerra mundial fue una guerra civil librada, como diría el presidente italiano Einaudi en 1947, «entre nosotros». Los colaboracionistas no fueron un puñado de traidores e incluso no fueron necesariamente partidarios desde el punto de vista político del Eje. A veces eran personas que procedían de los partidos democráticos y que, en la derrota, vieron la posibilidad de un «nuevo comienzo» en que debían empezar por admitir parte de los principios de los que partía el adversario. Pero, además, el número de los que aceptaron el fascismo fue mucho mayor del que se ha solido admitir. La guerra mundial se descompuso, por tanto, en una serie de guerras civiles con sus depuraciones y ejecuciones sucesivas. A veces hubo países, como Bélgica, en que la esencia de la guerra interna fue el enfrentamiento entre una subnación –los valones– y el Estado central. Sólo la victoria de la democracia y el deseo de olvido explican que se haya presentado la guerra de 1939 como una lucha entre invasores e invadidos. Eso no hubiera producido tantos muertos.

El estudio de Ranzato permite enfocar la guerra civil española –a la que se dedican varios capítulos– no ya desde una óptica superadora y moralista, característica de los años setenta, sino comparativa y antropológica. Eso implica distanciamiento y también mejor conocimiento. Se puede pensar que en el final del siglo XX la guerra civil ha quedado reducida a un fenómeno de localización africana, pura cultura de saqueo entre clanes tribales, pero el caso de Yugoslavia testimonia hasta qué punto eso es falso y el peso de la Historia puede llegar a ser decisivo. Lo verdaderamente reconfortante es, en todo caso, que si podemos hablar de una tradición española en este triste terreno, tampoco nuestro caso resulta tan excepcional y aberrante. □

RESUMEN

Tusell sale al paso del posible fatalismo que pudiera tener el español al pensar que la guerra civil fuera una constante de la idiosincrasia hispana, y lo hace reseñando un ensayo de un hispanista italiano que muestra cómo el enfren-

tamiento fratricida se da con frecuencia y en una geografía muy extendida en la historia contemporánea –es el período analizado– de la humanidad, teniendo además un antecedente común: los conflictos religiosos.

Gabriele Ranzato (ed.)

Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea

Bollatti Boringhieri, Turín, 1994. 354 páginas. ISBN: 88-339-0858-5.

La estética de la música en Schoenberg

Por Josep Soler

Josep Soler (Vilafranca del Penedès, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Taltabull. Es director del Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de nueve de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1986.

El origen de los textos que encontramos en este libro, aquí reunidos y traducidos por vez primera, se remonta a 1911 y, en una carta a su editor, Emil Hertzka, en aquel entonces director de la Universal de Viena, Arnold Schoenberg le expone su interés en contratar con él su «completa actividad como escritor sobre música» (Universal acababa de publicar su *Armonía*) y le explica su pensar sobre lo que puede significar escribir, como tal, sobre contrapunto, instrumentación, forma, etc., y su comprensión y resumen final de todo este trabajo: una estética de la música.

Dice Schoenberg en esta carta: «... a más de mi libro sobre contrapunto quiero escribir un texto sobre instrumentación. No existe nada semejante a esto, pues todos los libros que podamos hallar tratan sólo de los instrumentos en sí.

»Lo que quiero es enseñar el arte de componer para orquesta. ¡¡Esto es una observación esencial y algo absolutamente nuevo!! Quisiera, asimismo, escribir un estudio preliminar sobre la forma. Una investigación en las causas formales de los efectos en las composiciones modernas. Este estudio se limitará, muy probablemente, al análisis de las obras de Mahler. Después, finalmente, habrá un preliminar al estudio de la forma (en general): *Análisis Formal y Leyes resultantes de éste*. Finalmente, una *Teoría de la Forma*.

»Todos estos libros son ayudas para el maestro o textos de enseñanza. En su conjunto forman una *Estética de la Música* bajo cuyo título quisiera escribir... una obra concebida globalmente».

Años más tarde, Schoenberg planeó unos textos con los títulos de *Teoría de la coherencia musical* y *Teoría de la composición* para acabar, finalmente, iniciando un escrito fundamental con el título de *La idea musical y su presentación* (entre 1925 y 1929; edición: Columbia University Press, 1994); todo ello desemboca en una *Teoría de la coherencia* y ésta debe ser considerada, en su opinión, como fundamento «... y como formante de la obra de arte que, a semejanza de un ser viviente, debe ser vista como una totalidad...».

Cada detalle invade el conjunto de la obra y ésta, a su vez, irradia la organización de su cuerpo por todo el ser y hace de él una unidad y como unidad puede y debe ser, finalmente, comprendida y aprehendida por el oyente.

La antigua idea del «organista» medieval, «organizando» su obra como estructura que se agrupa orgánicamente, operando con formas técnicas, rítmicas, melódicas y, por encima de todo, emocionales, es la misma que ahora —o, en su momento, en el primer cuarto de nuestro siglo— (dentro de cuyo período Schoenberg escribe su *Tercer Cuarteto de cuerdas*, Op. 30, sus *Variaciones para Orquesta*, Op. 31, el tema de las cuales aparece por vez primera esbozado en las páginas del texto que publica el libro que estamos comentando, y asiste al estreno de *Wozzeck* en la Ópera de Berlín, el 24 de diciembre de 1925) aparece con grave insistencia en sus escritos y, en el tono afirmativo y urgente con el que su autor nos la comunica, parece enunciarnos algo en extremo importante para él, pero que también cree lo es para los compositores que, para-

lamente o con posterioridad, trabajarán y ejercitarán el don de la música y la «organización» de su material.

Schoenberg ha sido acusado de lineal, de que su pensamiento es más el de un iluminado predicador que el de un teórico o un técnico; pero ¿acaso el artista, el que es poseído por el impulso creador, no está, en cierto aspecto, iluminado y, precisamente por ello, no siente la necesidad de comunicar su regalo a los demás tratando de explicar cómo se desarrolló la epifanía de éste y cómo también aquellos que no han sido visitados por la *δύναμις*, que es fuerza y capacidad, poder para hacer y poder que obra, pueden acceder a esta posibilidad o pueden pretender abrirle paso, preparar la venida del impulso creador que a él lo ha empujado, quizá sin pretenderlo, quizá con ascético esfuerzo o quizá con la humilde preparación del artesano que trata de elevarse más allá de su simple trabajo y ansía la súbita y deslumbrante luz que ilumina sin cegar e impulsa inevitablemente sin que el artista pueda resistirse a su fatal impulso?

El acto creador

Esta necesidad es, ciertamente, una necesidad lineal que exige un esfuerzo que no todos los creadores han realizado y que, en el campo musical, no deja de ser notable; lo hallamos casi únicamente en los tres miembros de la segunda Escuela de Viena (de Alban Berg es reciente la edición del volumen I de sus escritos en *Sämtliche Werke, Band I*, Viena, 1994), en Hindemith (otro artesano, impulsado por iluminaciones de las que intuye «...que el proceso creador, en sus más altos niveles, puede estar allende la comprensión humana, tal como puede suceder con la misteriosa fuente de la obra artística...», *The Craft of Musical Composition*, edición revisada, Londres, 1945; véase, asimismo, en la página 10, la cita de Fux, así como todo el texto del primer capítulo), en Debussy, en Strawinsky y, de una manera indirecta, en sus textos poéticos, en Scriabin; otros compositores —Mahler, Richard Strauss y Bartók—, que sepamos, prefirieron velar este aspecto del acto creador.

Pero Schoenberg cree que «... la esencia de una obra, de la idea musical, es un «a priori»: más allá del tiempo, quizá metafísica en su propia naturaleza, allende el espacio... si la idea es eterna, en su primer estadio, sólo el compositor puede conocerla íntimamente. La justificación de su trabajo como artista es la de trasladar la idea a una forma orgánica que la haga comprensible para el oyente materializando la visión creadora en una difícil conexión de detalles y fundiéndolos en una especie de organismo viviente...».

Es por ello por lo que si la obra de arte es un don para el artista, también lo es para el espectador u oyente y, asimismo, también para él —para el que debe recibir este preciado regalo— es válida esta operación de epifanía e «interpretación»; también él, como hombre conscientemente interesado, está expuesto a recibirla incompleta y aún falseada por sus propias dificultades e insuficiencias; así, tantas y tantas obras han tenido que esperar años y aún siglos para ser comprendidas y apreciadas en su valor intrínseco. Pérotin, Machaut, Léonin o Monteverdi podrían ser ejemplos de esta difícil asunción por el oyente de unos valores extraños de su diario y usual acontecer y que, por lo lejano de las señales y estructuras emitidas, se hacen, o se hacían, casi imposibles de ser recibidos con claridad y coherencia por su oyente medio y aún alto y de elevado nivel técnico, con larga experiencia en la audición y recepción de obras. Muchas de las composiciones que se escribieron desde finales del siglo XIX hasta la mitad del XX (ciertas obras de Strauss, Scriabin, De-



TINO GATAGÁN

bussy, la Escuela de Viena, Bartók, todo el último período de Strawinsky...) se hallan en las mismas circunstancias de ardua dificultad y aparente hermetismo en su aprehensión y comprensión por los oyentes, pues su misma relativa proximidad, el esfuerzo que exige el acercarse a ellas y el amor que demanda el recibirlas con humildad y respeto las hace, con frecuencia, inhóspitas, distanciadoras y aún de talante agresivo para el oyente medio.

La coherencia de una obra se halla en su estructura interna, que la convierte, para el compositor o el estudioso, en una entidad objetiva y real, pero también reside, al ser interpretada y entregada al oyente (modelando así la forma para la que realmente fue concebida y adquiriendo, de esta manera, una especie de nueva vida), en el alma, en el objeto «viviente» y viviente de una nueva y definitiva vida, que se objetiviza en la estructura mental y las posibilidades del que la recibió y fue poseído por ella; en él se realiza la misteriosa operación de que la organización de aquello que ha sido enviado y recibido por el artista (en el acto en que éste es poseído por la fuerza que lo mueve y por la que «el dios» arrastra el espíritu allí donde él quiere, traspasando a los demás, al mismo tiempo, por la esencia de la operación, la fuerza que de Él se desliza y la obra que de ella ha surgido y se entrega de unos a otros) adquiera nueva presencia y nueva forma, siempre la misma y siempre cambiante por el deslizarse a través de la cadena —de los anillos— con los que repta de unos a otros y por los que realiza sus metamorfosis para manifestarse, tal la imagen del «dios» que la ha inspirado, unísona a sí misma, idéntica a sí misma y siempre diferente, distante, inaprehensible y, por paradoja, tan cercana que se confunde con el recuerdo y la impresión del oyente y, a veces, hasta puede desaparecer de su memoria y, habiendo revivido mediante el intérprete, cesa de manar; pero en el recuerdo permanece en incesante cambio y en innumerables manifestaciones, presencias de sus infinitas hipóstasis, con las que «el dios» se manifiesta al artista y, a través de éste, se encarna, como algo que ha sido dicho y debía ser dicho, en los inacabables anillos que de él se desprenden.

Parece extraño que un compositor, autor de las obras más difíciles y complejas de entre las que han sido escritas en nuestro atormentado siglo, hable con tanta insistencia de lógica, de coherencia lógica y de estructura como base para construir una obra y, hecho que él considera de la mayor importancia, que considere esta lógica como única posibilidad para que el oyente pueda acercarse a la obra ya escrita y pueda pretender comprenderla y, en definitiva, amarla, haciéndola suya por la maravillosa apropiación del material artístico que se realiza en la fecundación del oyente por la lluvia dorada que le dona el intérprete de la obra.

Pero también es evidente que, visto desde nuestro momento, en el ámbito de la gran aventura del arte de nuestro siglo, los que se han planteado estos problemas son los que tienen (y ello es más evidente cada día que pasa) más y más posibilidades de ser considerados como artistas auténticos y aún genios

(palabra peligrosa si la hay, pero que define, en general, una circunstancia comprensible para todos) y genios que pueden colocarse entre las grandes figuras del pasado —siempre más grandes cuanto más lejanos— y que, con la perspectiva agria y paralizante del paso de los años y la helada lejanía del tiempo, adquieren una dimensión y una categoría que se hacía difícil de otorgarles cuando aún estaban vivos a nuestro alrededor o residían en algún país cercano.

Pues el solo hecho de plantearse esta problemática y tener conciencia de la situación ambigua del artista, su servidumbre frente a la obra que escribe y su radical obediencia al impulso creador que le empuja inexorablemente, es ya un primer factor para asegurarnos que la obra resultante, en aquel momento o vista con la amplia visión que le pueda conceder el paso de los años, será una obra válida en su momento y válida asimismo en el corto o largo futuro que aún tiene la humanidad por delante.

El áspero esfuerzo por racionalizar aquello que, en apariencia y por su ser, es irracional por excelencia, la intuición de una epifanía que se entrega y es revelación (y que, ya anteriormente, había sido advertida y considerada certeramente: véanse los comentarios de Beethoven a Bettina Brentano), ha sido, en el transcurso del siglo XX, el trabajo de artistas tan diferentes en su modo de actuar y concebir el fenómeno musical como Debussy, Berg, Webern, Hindemith, Strawinsky o Schoenberg.

Y este esfuerzo, parejo sólo al esfuerzo paralelo de Hindemith, que Schoenberg ha intentado realizar en múltiples libros, ensayos o fragmentos de textos como el que hoy comentamos es, en cierto aspecto, una lucha semejante a la de Sísifo, tratando de renovar día a día la razón de unos conceptos y la razón del porqué algo se debe hacer de una manera y no de otra y, por otra parte, constatando diariamente, en lo más íntimo del artista, que más allá de cualquier intento de «organizar el terror», la fuerza creadora, el soplo que le empuja, trasciende cualquier racionalización y se establece dentro del artista, hace de él aquello que le place y le priva de actuar de una manera determinada —que podría ser la de su voluntad— y le empuja a hacerlo de otra sin que él pueda hacer nada para guiar esta *δύναμις* hacia otro lugar que no sea el que ella quiere.

Una síntesis, quizá imposible

Y ello no es un motivo, sin embargo, para que determinados artistas traten de realizar esta síntesis, quizá imposible, entre razón e intuición creadora y traten de enlazar los dos niveles, tan semejantes entre sí que quizá es imposible, paradójicamente, de religar; la razón puede «organizarse», tal como Schoenberg trata de hacerlo, mediante el «... estudio, siempre directamente, de las obras de los grandes maestros; nunca —afirma con insistencia— ni contrapunto, instrucciones (síntesis) formales o instrumentación deben ser sólo y únicamente teorías...».

Pero cuando él trata, en sus esbozos y notas preparatorias, de señalar una «secuencia de ideas para organizar la coherencia» (texto del año 1917), para el IV apartado de ésta señala «coherencia metafísica y lógica», en su V apartado; «coherencia psicológica», en el VI; y «correspondencia entre coherencia psicológica, lógica y metafísica» en el VII; y después sigue escribiendo que la idea («Idée», equivalente, para él, a «Gedanke») de una pieza de música viene definida y se engloba en divisiones semejantes a las anteriores.



Viene de la página anterior



Pero una coherencia metafísica sólo puede concebirse, y realizarse, pensamos, mediante la intuición. Ya Leibnitz (*Epistolae ad diversos*, 1712) había dicho que, «... en gran medida, la música se manifiesta en confusas y fugaces percepciones que huyen de un análisis de la razón. Se equivocan aquellos que creen que en el ánimo nada puede concebirse que no sea consciente...»; y sigue con una apreciación fundamental para la construcción de una estética que no se base, únicamente, en razones históricas o de opinión: «... el ánimo, bien que no se dé cuenta que realiza un cálculo, puede descubrir el efecto de éste (por el inconsciente) bien sea a través del "placer" frente a una consonancia o por el disgusto ante una "disonancia". El placer aparece ante la organización de consonancias —de organizaciones— aprehendidas inconscientemente...».

Nos llevaría lejos el tratar de establecer qué cosa sea consonancia y qué cosa debe considerarse disonancia: la historia nos dice que su apreciación y definición es sólo un hecho cultural (nunca físico o natural, perteneciente o immanente a la naturaleza) y que depende únicamente de unas determinadas circunstancias históricas o del nivel artístico del compositor y del oyente, en general; pero, puede admitirse, pensamos que la aceptación y la asunción de la disonancia por la sociedad de occidente —y ahora ya por la de casi la globalidad de las sociedades (mal) llamadas civilizadas— es cada día mayor. Dejamos este tema por ahora, pero debemos señalar que el «placer» que señala Leibnitz se cierra, más y más, no en unas «consonancias» determinadas, sino en unas organizaciones unificadoras de fenómenos musicales, determinadas.

Y estas organizaciones, definidoras, portadoras y sustentadoras de coherencia, son organizaciones de la intuición, de aquello que es, por esencia, irracional; ello es lo que, directa o indirectamente y quizá, en aquel entonces, no con completa claridad (entonces y en sus posteriores escritos, claridad seguramente imposible de conseguir), intenta establecer Schoenberg en este y otros escritos: arrancar de la oscuridad la «forma» del subconsciente y hacer manifiesta su estructura lógica, si así puede decirse y valga la contradicción.

El esfuerzo de manifestar la estructura de aquello que, seguramente por su misma naturaleza, debe quedar siempre velado o, dada su íntima y quizá total falta de forma —o lo que quizá es más posible: estando estructurada con una forma y una organización absolutamente aliena y extraña a lo humano y no comprensible para nadie que sea humano y sólo comprensible a sí mismo y su naturaleza—, es un inmenso trabajo que podemos saber que es inútil, pero que no por ello hay que dejar de lado y hay que tratar de olvidar; la labor del artista, creando y dejando a punto para su «interpretación» la obra que ha escrito, y obra que se entrega para el espectador es, en sí, no sólo una artesanía, sino también una indagación de este costado oscuro y negativo: la obra es *ιστοπία* (indagación) y pregunta, y cuanto más compleja y profunda es la pregunta más difícil se hace para el oyente; bastaría observar las reacciones de los espectadores ante una obra como *El clave bien temperado* (que consideramos uno de los momentos más extraordinarios de toda la historia de la música y de la estructura mental creadora de cualquier artista) o ante tantas obras, inmensas, monolíticas y orgullosas en su sequedad y siempre enfrentadas al oyente: la apariencia engaña en ciertos detalles, pero muchas de las composiciones de Mahler, de Strauss o de la Escuela de Viena podrían hablarnos de esta determinada característica, y ésta es, creemos, la señal de que la obra que interroga (interroga y "busca" saber cuál es su forma

y qué estructura y forma la define) intensamente, con grave profundidad, y su interrogación la hace casi opaca y de difícil comprensión para aquellos que —con la mayor buena intención y deseo de aprehenderla en todas sus bondades— se le acercan e incluso llega a ser de dificultoso acceso para su autor, para aquel que, en realidad, se ha limitado a escribirla con humilde fidelidad de antiguo copista o escriba.

Fundamento y base sobre el pasado

Para la inauguración de su cátedra en la Universidad de Viena, A. Bruckner escribió (el 25 de noviembre de 1875) un texto notabilísimo que parece una primera —y, en ciertos aspectos, una última y definitiva— redacción de estos escritos de Schoenberg; en él dice: «... la música, con el paso de los siglos, ha completado hasta tal punto su organismo interno que... nos hallamos ante un edificio ya terminado...; efectuando un examen analítico y agrupando sus elementos de acuerdo con sus propias leyes se crea así una doctrina que puede ser denominada arquitectura musical...; reconocemos un edificio artístico ya terminado, en el cual reconocemos una armonía en cada una de las partes, como asimismo de esas partes en relación con el todo. Vemos cómo lo uno nace de lo otro y cómo nada puede subsistir sin lo otro y, sin embargo, vemos cómo cada cosa forma un todo para sí...; todo ello es preciso para conseguir la creación propia, para la correcta realización musical —la vivificación— de las más íntimas y personales ideas...».

Años más tarde, un compositor de mentalidad hartamente diferente de la de Bruckner (aunque buen amigo suyo, cosa extraña y extraordinaria entre compositores), Johannes Brahms, escribía, en una carta del 20 de noviembre de 1893: «... no se puede separar, en la obra de arte, la fuerza creadora, de la forma...; sin la conexión de cada una de las partes constitutivas de su arquitectura, la música es un vano montón de arena...; sólo la coherencia puede perpetuar la mano del artista...; la unidad de una obra, la idea de conjunto como suprema ley, la conexión de todas sus partes, la capacidad del creador—tal como ya dijo Mozart— de "ver el todo completo en la mente", esto es el fundamento...». La invención, la idea, es la objetivación de la intuición, «... y ésta significa: algo que no es mío...».

Schoenberg, al insistir en sus escritos en las ideas de coherencia, forma, estructura del pensar musical..., no hacía otra cosa que repetir y fundamentar sus ideas, con ángulo distinto y mentalidad diferente, pero reverencial —insistimos en el amor que siempre tuvo, muy especialmente, a las músicas de Brahms y Bruckner—, en aquel pensar que, desde hace siglos (véase la alusión de Brahms a Mozart), se mantuvo y permaneció como constante en la gran línea de creadores musicales de Occidente, y con ello mantenía la creencia, que hacemos nuestra, de que es el pasado el que vivifica el futuro a través de la operación del presente.

Pero la intuición, entendida como acto por el que se recibe el impulso creador y su forma (a través de la herencia del pasado y el impulso del presente), es "algo que no es mío"; es algo que engloba la totalidad del proceso creador, lo vivifica y lo objetiviza en la obra resultante que escapa de las manos del artista tal como, hecha de fuego, la lava se escapa del volcán que la ha expulsado, pero que la ha recibido de profundos, insondables abismos a los que quizá nadie ni nada podrán tener nunca acceso y sin que él haga otra cosa que canalizar y permitir su salida.

Esta intuición (como otros compositores ya vieron, en la misma época en que Schoen-



TINO GATAGÁN

berg escribía estas líneas —Scriabin, el más notable entre ellos— estaba en la base que permite la operación del proceso creador; es un algo —una iluminación— que accede al que la recibe —y mejor sería decir, al que la sufre— y se articula, dice Schoenberg, «en una imaginación puramente material, psicológica y metafísica»; y, asimismo, en una realización lógica, psicológica y metafísica»; todo ello fluye hacia el concepto wagneriano de la obra total, no por los medios puestos en movimiento, sino por el material musical, estructural, que da vida a las obras y las distingue unas de otras, individualizándolas con sus propias y únicas características.

Y esta característica que las define y les concede una especie de ánima propia y determinante configura una estética, objetivación de la ética del artista y su forma y manera de actuar y recibir sus dones. Schoenberg se preocupó siempre, en grado extremo, de este hecho y de cómo explicarlo y transmitirlo a aquellos que trabajasen después de él.

Estamos ahora comentando la edición de unos esbozos y fragmentos de escritos suyos en los que precisamente se interesa por definir una «estética de la música», una «obra total»...; y esta estética que definiría el fenómeno musical y su dinámica, su operación temporal, es una estética que pretende organizar una lógica y una coherencia que le den validez y la posibiliten para ser empleada por compositores de las más diversas maneras de ser y de sentir y para que los más diversos y diferentes oyentes puedan comprender —haciéndolos suyos— sus resultados y apreciarlos en sus justos «valores».

Pero los valores son los que, como ya directa o menos directamente lo constata Schoenberg, han ido desapareciendo del mundo cultural de Occidente y, pretendiendo como se intenta desde ya hace tiempo, racionalizarlos, hacerlos un simple dato más, se han ido despojando de aquello que los cohesionaba y era su más íntima esencia y aquello que los mantenía como «objetos» vivos y dadores de vida: su irracional estructura, el fundamento en el que se asentaban y que sólo era asequible y accesible por intuición —y aún por revelación—, pero no por una codificación de datos que pueden entregarse

a todos y que se pueden analizar y describir como un mapa, una cartografía de lo irracional, del misterio del impulso creador; todo ello se ha ido intentando destruir y hacer desaparecer en nombre de la razón y, más exactamente, en nombre de otros valores políticos y de dominio de las masas, pues éstas, sin «valores» que las sostengan, son infinitamente más controlables a efectos políticos y económicos que no con un mínimo de conciencia: así Occidente y con él el resto de las otras culturas, imitadoras de los nuevos «valores», ya sin contenido, pero fascinantes en su «comodidad», se encaminan a su autodestrucción, a un suicidio global, consciente, seguramente inevitable.

Y así, desde el comienzo de la edad de la economía, los valores éticos, artísticos (que es lo mismo), «religiosos» e incluso políticos iniciaron una desvalorización que, al atacar la base sustentadora, la que permite hipostasiar, con su operación trascendente, de infinitos valores, los determinados valores «humanos», creadores de fenómenos artísticos, del pensamiento, de la poesía, de la investigación científica, atacaron asimismo, de manera inevitable, directamente a éstos y, destruida —o intentando destruir— la base, destruyeron, también, las construcciones que sobre ella se habían realizado, tan penosa y difícilmente, con el paso de los siglos y el esfuerzo de tantos y tantos «poetas».

Ahora se trataría, en una visión idealista y, seguramente, inútil, de reiniciar el camino y de mantener todo lo posible aquello que existía como herencia y pasado vivificante y dador de vida, enorme legado de construcciones del pensar. Pero esto es también un problema de coherencia del pensar y de forma en sus maneras de operar, y del pensar ya hace muchos años que se dijo que «era la más peligrosa de las operaciones».

El texto de Schoenberg, ahora por vez primera, aparece en una magnífica edición crítica que incluye el original alemán frente a la traducción inglesa; pertinentes comentarios, ejemplos musicales y algunas ilustraciones, al comienzo del libro, lo enriquecen y nos hacen agradecer el esfuerzo de su publicación. □

RESUMEN

Una recopilación de textos teóricos del músico contemporáneo Arnold Schoenberg, testimonio de su interés por escribir en torno al acto de la creación, le lleva a Josep Soler en su comentario a destacar la fuerza creadora: ese

soplo que empuja a todo artista, más allá de cualquier racionalización, a hacer las cosas de una forma determinada, que no siempre resulta ser la de su voluntad inicial, como si la creación tuviera autonomía propia.

Arnold Schoenberg

Coherence, Counterpoint, Instrumentation, Instruction in Form

University of Nebraska Press, Lincoln/Londres, 1995, XXII + 135 págs. [6.000 pesetas]. ISBN: 0-9032-4230-1.

Edgar Allan Poe, un hombre solamente

Por José Jiménez Lozano

José Jiménez Lozano (Langa, Avila, 1930) fue Premio de la Crítica de Narrativa (1988) con *El grano de maíz rojo*, Premio Castilla-León de las Letras (1988) y Premio Nacional de las Letras Española (1992). Entre sus ensayos figuran: *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* y *Los tres cuadernos rojos*. Entre sus novelas y narraciones: *Historia de un otoño*, *Sara de Ur*, *La boda de Angeles* y *Teorema de Pitágoras*. Ha sido director de El Norte de Castilla, de Valladolid.

Hay muchas razones de lector: esto es, puramente gratuitas, para abrir una nueva biografía de Edgar Allan Poe como de cualquier otro escritor con el que nos hayamos sentido cómplices o nos haya dejado algún rastro o un rasguño en su lectura; pero esas razones se doblan inevitablemente ante una figura como la de Poe, que viene encarnando durante más de siglo y medio la del escritor realmente marginal y maldito: alcohólico, depravado, sumido en el laberinto oscuro donde el sexo y la muerte se desposan, y en cuyo ámbito se alzaría su obra.

Parecería estar claro como la luz de un día claro que los cuentos y la poesía de Poe —exactamente como la obra de todo escritor— no nacen de su biografía ni se justifican o se explican por ella; pero no es menos obvio que, cuando una escritura desconcierta, se acude a toda serie de expedientes neutralizadores de la misma, tranquilizadores por sí mismos, y esto al menos es lo que se ha hecho, de manera paradigmática además, con Edgar Allan Poe. No sólo la crítica literaria, sino también la hermenéutica psicoanalista, han tenido en esa biografía y esa obra su gran festín.

Los grandes poetas franceses de principios de siglo que realmente consagraron a Poe: Baudelaire y Mallarmé, encontraron —ahora lo sabemos muy circunstanciadamente y con la claridad que ofrece una lejanía, gracias a la biografía de Poe por Georges Walter, recientemente traducida— una biografía trucada, pero que servía admirablemente a su visión del escritor y de la escritura como naciendo de la anomia social y moral, e incluso de la anomalía psicofísica del escritor. Poe se constituía en el «exemplum ad demonstrandum» de tal concepción de las cosas y, desde luego, en el gran acompañante y hasta en el gran patrón de la propia anomia o su mimesis: la bohemia.

Lugares naturales del poeta

La generación romántica francesa, la de Chateaubriand pongamos por caso, hipostasiaría igualmente la marginalidad, la anomia, la soledad, la pobreza e incluso la muerte como los lugares naturales del escritor y del poeta, pero todo era pura escritura retórica: en la vida real estaba la búsqueda del triunfo mundano y era desde éste desde donde se escribían estas proclamas. Pero luego, podríamos decir que con Gérard de Nerval la retórica se hizo presente en la vida —como la enfermedad en plena representación mortal en medio de las burlescas de *El enfermo imaginario*, de Molière, para llevarse a este autor y actor de la comedia—, y los escritores comenzaron a saber amargamente lo que eran el sufrimiento y la muerte, y tuvieron que desposarlos: fue su destino. Y esto es lo que le ocurrió a Poe. Su vida, desde luego, no fue el uniforme de su escritura, le trituró sencillamente.

Esta biografía de Poe por Georges Walter nos cuenta —porque afortunadamente esta biografía muestra y se atiene a ello escrupulosamente— que Poe hizo todo por vi-

vir burguesamente, esto es, según el diseño de los bienpensantes e incluso de los triunfadores de su tiempo, pero que las cosas se torcieron. Puesto incluso a hacer carrera de escritor, Poe echó mano de las triquiñuelas e incluso de las farsas propias de la profesión, pero también éstas fallaron. Se buscó recomendaciones y oportunidades, montó brillantes fraudes o representaciones, un poco o un mucho a imitación de Lord Byron, aun sabiendo que Byron podía permitirse eso y mucho más, hasta ponerse el mundo por montera, porque era lord, tenía dinero y mandaba en el mundo de las letras como dueño y señor, y él, Edgar Allan Poe, no. Y resultó mal. Poe no tenía dinero, ni oficio ni beneficio, ni relaciones literarias, y el alijo cultural que él mismo creía —y bien creído— que era necesario para escribir y en su opinión tampoco tenía, no sería precisamente el que iba a abrirle las puertas sin más. Tenía sus clásicos, su griego y su latín, su Biblia, y un saber no escaso: todo un centón de noticias, conocimientos y sensibilidad que han hecho a los hombres en Occidente y se llaman «Humanidades»; pero escasa o nula recomendación era ésta para ser admitido como siquiera candidato a escritor público que, además, trataba de vivir de su trabajo. Porque lo necesitaba.

De manera que Poe no tenía por qué fabricarse una anomia, ni desclasarse, empobrecerse o «depravarse» si llegara el caso, «more literario»: haciendo contorsiones bohemias o político-sociales y «subvirtiendo» moralidades desde un cómodo escritorio. Poe estaba traído y llevado por la vida, y tenía que ocuparse de ella como los tres grandes trágicos griegos, por ejemplo, para subsistir, de tal modo que, como ellos, pidió a las musas lo que sólo ellas pueden dar: la belleza y el lado de atrás o revés del tapiz del mundo, y no se puso a fabricar realismos retóricos, ni descensos líricos a los infiernos. Viviendo, y del modo que vivió, tuvo su ración de desposamiento con lo humano, necesario para toda escritura. Porque al escritor se le entrega su mundo, el mundo; sólo tiene que ser fiel a lo que ve y oye, y dar un paso más: su propio paso.

Un escritor, un hombre

Un escritor es, en efecto, un hombre: un cuerpo y un ánima, pero si fiase su escritura a la experiencia de ambos, y a esa forma de la inteligencia que se llama talento y de la que Ernest Renan decía que es su forma más baja, enteca cosa podría ofrecer en sus libros, aunque los escritores demiurgos de la modernidad entienden que ellos crean mundos, porque son dioses, y que su vida es, desde luego, una vida humana paradigmática hasta en sus más obvias necesidades y sus manifestaciones fisiológicas. Un escritor se hace hombre y se hace escritor como todos los hombres se hacen hombres y escritores: con lo que han recibido. Porque, desde luego, está ahí su vida, pero también la de los demás, que incide en la suya así sea de la aparentemente superficial manera de un rostro entrevisto en la calle, pero que puede devastar el ánimo; y está la cultura en que fue educado, pero igualmente están las culturas de otros tiempos y lugares, que le llegan con la lectura y la conversación, y luego los sueños y todas las otras expresiones del imaginario del mundo y del transmundo. Sobre todo esto es sobre lo que cavará el espíritu del escritor o ante cuyo rescoldo se calentará o por cuya llama quedará fascinado, y de ahí nacerá su escritura.

Pero en balde tratarán los críticos de detectar en la biografía del escritor la circunstancia o el hecho concreto de los que

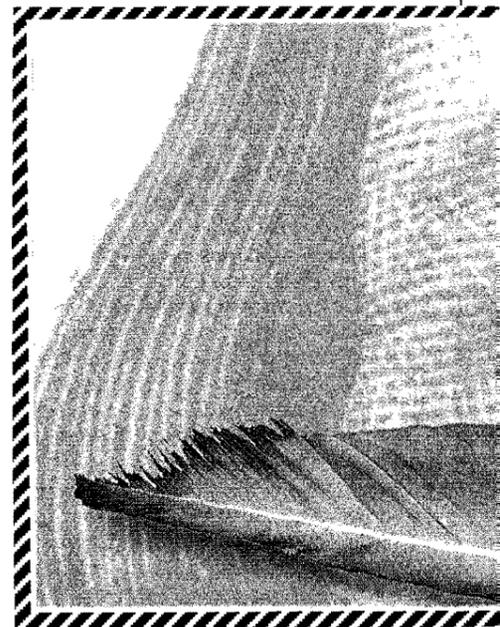
brotaron este o el otro resplandor de su escritura, o toda ella, porque de la realidad y de la vida nace toda escritura, como todo arte, desde luego: incluidas la fábula fantástica y todos los sueños del surrealismo —Descartes lo vio admirablemente—; pero literatura es precisamente ese poder como de alambique y transubstanciación que transmuta y transignifica la realidad produciendo otra, y «los eslabones» se pierden. El autor de esta biografía de Poe parece estar al cabo de todo esto —pese a la herencia que recibe de los anteriores biógrafos del escritor norteamericano— y no trata nunca de explicar su escritura por su vida, ni de relacionarlas, salvo cuando obviamente es el escritor mismo el que la vierte en una narración, quizás para soportarla, purificarla o protegerse. O incluso para «arreglar cuentas» con la sociedad o algunos individuos particulares, y entonces la escritura tiene mucho de «pieza de un proceso».

Los adentros, el entorno

Esta biografía de Poe se conforma con hablar de su vida y su escritura, poniendo una junto a la otra, y nada más; y esto es lo honesto. Sabemos que ambas han ido unidas, pero no puede decirse más. Un escritor puede vivir en sus adentros, que es de donde nace su escritura, muy lejos en el espacio y en el tiempo de donde se desarrolla su vida física, y se engañaría notablemente quien tratara de conectar lo que sucede en su entorno con su escritura, porque a lo mejor al escritor no «le sucede», y en un momento oscuro de su vida puede escribir un texto luminoso, y producir un texto de atroz negrura o desespero desde una situación anímica excelente. En realidad no sabemos nada, ni el escritor mismo sabe sobre lo que le ocurre en su escritura. Pero Poe es un caso tipo y singularísimo de escritor al que otros han fabricado su vida y su escritura.

Tirios y troyanos, unos y otros, detractores y entusiastas de Poe han pintado con amor u odio un parecido retrato suyo, que esta biografía muestra que tiene poco que ver con el hombre y el escritor que fue: desde luego, no es estereotipo de un marginal y un maldito, una víctima del ajenjo ni un mórbido ángel funerario. Y tampoco un sembrador de ideas filosóficas o compromisos políticos o religiosos, y se dice esto porque, si hay en esta biografía de Poe una concesión al espíritu del tiempo, es en la voluntad de absolverle de una cierta ausencia de entusiasmo democrático y de reverencia hacia el industrialismo y el progreso. ¿Se tiene miedo de que ahora Poe resulte no «politically correct» y sea condenado sumariamente?

En realidad, resulta una indecencia pedir cuentas a cualquier escritor acerca de sus convicciones personales políticas, filosóficas o religiosas; pero ello resultaría intolerable cuando ese escritor ha sido triturado por la pobreza, el frío y el hambre, como en este caso, porque un tal hombre sabe cuanto hay que saber de la realidad por encima de toda construcción ideológica y política. Quien está sumido en la desgracia es, como nos ha mostrado Simone Weil, un soberano y exigiría una inteligencia de primer orden o sencillamente el genio para ser entendido, pero esto se concederá a muy pocos. Y no es que Poe sea uno de esos seres de desgracia de los que la Weil habla, desde luego; pero sí la tocó de cerca. Quien lee esta biografía se encuentra con un escritor que es un hombre cuyo primer cuidado es poder comer caliente, tener carbón y mantas en la cama, ropa decente y un poco de dinero; pero una situación, toda ella, que no se deriva de una elección de bohemia o de mar-



ginalidad —Poe no es Thoreau, por ejemplo—, sino de la frustración de una vida.

La imagen espantosa que proyecta una escena como la de los últimos días de la jovenísima mujer del escritor, tiritando de frío por la fiebre, en un lecho sin mantas, cubierta con el paletó de su marido, calentados sus pies y sus manos por el contacto con las manos de su madre y las de aquél, y con el otro calorillo de la gata Caterina, llena prácticamente toda la pintura de la desgraciada biografía de Poe, a la vez que el propio final del poeta, que se convierte en una especie de metáfora de su vida: robado probablemente por unos delincuentes al llegar a Baltimore, a primeros de octubre de 1849, procedente de Richmond y camino de Filadelfia, fue también con toda probabilidad «manipulado» por «agentes electorales», que embriagaban y narcotizaban a los forasteros, los llevaban a votar, los encerraban en algún lugar unos días y luego los abandonaban en la calle, que es donde Poe fue encontrado acostado y ya herido de muerte: una muerte irrisoria, ciertamente, sin los prestigios románticos de la muerte por ajenjo del escritor maldito.

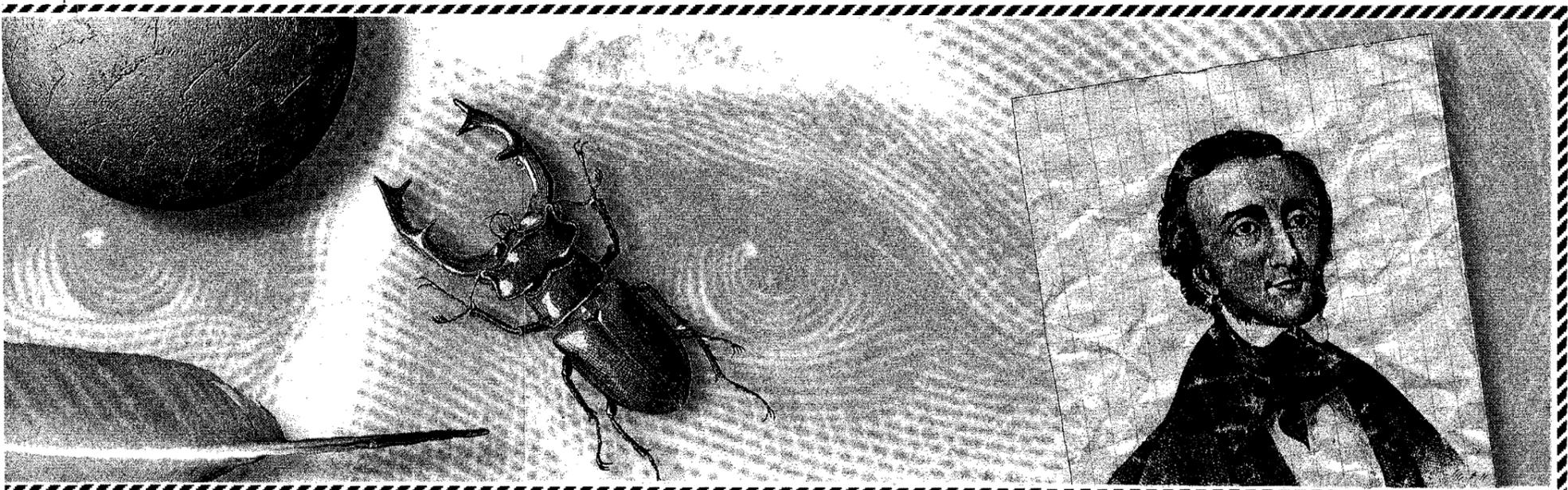
Icono mórbido y maldito

La vida y la muerte de Poe, una vez derribado su icono mórbido y maldito, son más sobrecogedoras que ese ídolo, y desde luego dejan de desteñir cualquier cosa que sea sobre su obra. Ésta se levanta así autónoma como texto literario, es decir, palabras para nombrar la realidad y el mundo; no la fisiología ni la psicología de un ser de anomia.

Esta biografía de Georges Walter airea de este modo el ámbito mefítico de la biografía y de la crítica de Poe, pero otra cosa es que ésta pueda o quiera desprenderse de este «caso» realmente paradigmático para el psicoanálisis y la psicocrítica, desde luego, aunque también para la crítica literaria en general que ha levantado en torno a Poe todo un «monumentum» con frecuencia también espléndidamente mórbido y con tantos laberintos como los de las más oscuras, fantásticas y laberínticas narraciones del propio Poe. Se han enfatizado su sadismo y su necrofilia, su obsesión cadavérica y de «dismantelamiento del cuerpo», y se ha algo así como reprochado a Baudelaire, que consideraba a Poe «un condenado» precisamente por esas incursiones o descensos a lo horrible, que no se percatase del alcance simbólico.



Viene de la página anterior



ÁLVARO SÁNCHEZ

lico-trágico de los cuentos grotescos como «Pérdida de aliento» o «El hombre que estaba usado», en los que sus personajes van perdiendo sucesivamente sus miembros hasta no quedar nada de ellos; o se ha hipostasiado también el hecho de que, en «Situación difícil», el reloj de un campanario guillotina con su aguja al protagonista de la historia. «¿De qué pasta está hecho quien escribe esto?», se preguntan los glosadores. Pero ¿por qué se lo preguntan?

Estas preguntas, en efecto, parecen negar dos datos esenciales del hecho de narrar: por un lado, la invención y, por el otro, la absoluta necesidad de que el escritor renuncie a su yo y viva las vidas y muera las muertes de sus personajes, asesinos, necrófilos y llenos de todas las perversidades, o cándidos y puros como cántaros. Porque no se trata de «pintar» personajes o de «fotografiar» escenas, salvo que también nos tomemos el «pintar» en su sentido fuerte y verdadero, y entonces sería suficiente recordar a este propósito al Poussin viejo negándose a pintar un cuadro con la historia de Cristo camino del Calvario, porque a su edad no se sentía con fuerzas para llevar sobre su propia espalda un sufrimiento tan acerbo. Porque así son las cosas sencillamente: el escritor real, hombre de carne y hueso, renuncia a su yo y se hace «otros», pero la vida de esos otros es a la postre sostenida por la vida de quien escribe: ésta «paga sus gastos», podríamos decir. Por lo pronto, con un envejecimiento prematuro por esa misma razón de que en su escritura ha vivido muchas vidas, y algunas o también muchas de ellas atroces, decía Patrick White. Y ahora que sabemos que Poe no murió de un ataque cefálico ni de perversiones morales fúnebro-eróticas, ¿acaso no podríamos decir que, al fin, fue consumido por sus visiones y la realidad humana y mundanal que descubren, y rematado por los agentes electorales como en una puesta en escena de lo verdaderamente grotesco: la democracia sostenida con apaños de delincuencia?

Los escarpelos de la crítica

Porque, por lo demás, la crítica de siglo y medio, la hostil y calumniadora, pero también la que le puso en los altares, ¿acaso no ha hecho, no ya con su cuerpo, sino con el alma y la escritura de Poe, «un desmantelamiento» más terrible aún que el de sus narraciones grotescas? Kierkegaard pensaba que toda crítica de un texto literario o fi-

losófico era empresa de escarpelos sobre un cadáver tendido y descuartizado en el Instituto Anatómico Forense. Y así, inclinados y serios, como los médicos de la *Lección de Anatomía* de Rembrandt, los críticos han deducido —con la princesa psicoanalista Marie Bonaparte a la cabeza— que la impotencia sexual de Poe determinó la inclinación de éste a la posesión simbólica de las mujeres en sus tumbas, lo que nos confirmaría su sadismo constitutivo, escribe Jean Cabau, tributario de Marie Bonaparte desde luego. Y explica que «las víctimas son casi siempre las mujeres», porque «si la muerte es nacimiento, es también posesión de la mujer; no es sino en la muerte donde Poe se une a las mujeres». Poe es un «voyeur», necrófilo, sádico, fatalista», pero «si sueña con todos esos vicios es por necesidad de pureza. No se resigna a la carne. Todo el estetismo de la obra de Poe parece de la misma naturaleza que la sublimación sexual que inspira sus amores».

Documentos y silencio

Bien, tal es la conclusión de la autopsia, pero agradezcamos a Georges Walter que no sepa tanto sobre Poe, que se atenga a los hechos de su vida y a su valoración, al contraste de documentos y testimonios y a la humilde inferencia de los datos. Al silencio, cuando no es posible ir más allá.

El mismo Poe, que es obvio que embrolla las pistas de sus relatos y «se obliga a no contar una historia más que para contar otra; esfinge que se obliga a disfrazar su advinanza de best-seller», como escribe el propio Georges Walter, también echó tinta de calamar sobre los hechos de su vida: ¿hasta ser el responsable de la inmensa cábala de intérpretes, atraídos por el enigma y la sombra de lo prohibido, maldito, erótico-fúnebre, romántico y decadente?

Ha sido «leído desde hace ciento sesenta años y descifrado por una multitud tan heteróclita como cosmopolita de lectores populares y letrados...», de comentaristas y exégetas que tienden la mano por encima del Atlántico a Baudelaire y Mallarmé, Valéry, y se desplaza de Illinois a Oregón, de Nueva York a San Francisco, con la lamentable excepción de Virginia, donde la Universidad de Charlottesville no ha honrado a Edgar Poe, habitación número 13, con una cátedra. Multitud en que reina la igualdad democrática, promiscuidad en que se encuentran Bachelard y los niños de Baltimore. Conan Doyle y Julio Verne, místicos,

chapuceros, científicos, autores de tebeos, Marie Bonaparte y el vaquero loco que robó el busto del poeta en Richmond; soledad de las sectas de aficionados devotos, celosos y categóricos..., por no hablar del tipo de universitarios para quienes el autor es el peor situado para comprender su obra». Y todos ellos «están dotados de un sabueso que cree “conocer” el significado conscientemente disimulado por Edgar Poe —algunos dicen que inconscientemente— en el menor de sus relatos».

Georges Walter concluye él mismo su libro afirmando que «ninguna biografía agota este misterio, ninguna posteridad deja de alimentar este enigma. A fin de cuentas no nos quedan de él más que sus fragmentos, más que un espectáculo breve, algunos giros y algunos cuentos, el escenario mal iluminado y alucinado de la exactitud... ¿Tan poco para una existencia tan costosa? ¿Verdaderamente costosa? Para entrever el Eldorado, ¿quién no pasará libre de temor por el Valle de la Sombra? No es cierto que Poe fuese el más extraño de sus semejantes. Todo poeta, pues en eso quería convertirse, se lleva la fórmula con su vida. Así pues, si miserables buscadores de oro que nunca encontrarán una pepita han partido, hermanos, sobre la pista de este indio sin tribu, Edgar Allan Poe, el Gran Cuervo Negro, si han removido sin vergüenza, con la esperanza de algún signo, las cenizas de su fuego aún tibio, hay que perdonarles». Y desde luego que es y debe ser así, pero no justificáramos por ello las excavaciones en su tumba ni las obscenas autopsias del alma.

Una especie de bien público

La dogmática reinante acerca de que un escritor no se pertenece a sí mismo, sino que es una especie de bien público, autorizaría todo uso y abuso igualmente públi-

cos de su escritura y su persona, y esos despedazamientos de «morgue»; y de todos modos no cabe estar seguros de si un escritor no debe pagar su fama a ese precio, o si incluso el escritor «in-fame» o sin fama, que decía Melville que todo escritor debe aspirar a ser, no tiene también que entregar su cuerpo y su alma a la vez que su escritura y, al igual que los místicos, al escarpelo de las inquisiciones, a la irrisión y a la infamia. Ésta es una cuestión mayor de la literatura, quizás más obvia en este tiempo nuestro que en otro alguno, porque también es éste un tiempo en que se encuentra una gran satisfacción «democrática» en excavar los sumideros y alcantarillas de cada hombre para explicar lo mejor por lo peor y mostrar el mismo ras y nivel de todos, exactamente como las gentes del común en tiempos barrocos se alegraban de la fístula anal de Monseigneur Du Plessis de Richelieu, tan poderoso, o de los clisterios para las marquesas, y como en un tiempo de más atrás aún se acudía a las mondas de cementerios sobre todo cuando se mondaba la sepultura de un grande.

En cualquier caso, si no se tiene un oficio ni un talante al menos de forense literario y se es simplemente un lector, lo que se busca en unos estudios críticos o en una biografía sobre un escritor es algo así como un callejero o, mejor aún, un guía amistoso que nos conduzca por una obra y una vida; si puede ser, con la máxima claridad y sencillez y con un discurso cartesiano, como sucede en esta biografía de que hablo. Y dejando, por lo tanto, de lado lo que es enigma o carne viva del yo del biografiado, que no debe tocarse, sino respetarse soberanamente: el enigma del hombre y el enigma de la escritura.

Precisamente porque ambos no son solucionables seguimos viviendo, apasionándonos con las otras vidas, leyendo y escribiendo. □

RESUMEN

Jiménez Lozano se adentra en la biografía del narrador norteamericano E. A. Poe con la complicidad de lector, que lo ha sido desde siempre de sus cuentos y de sus poemas, pero lo hace también desde la curiosidad de saber más de quien es conside-

rado, desde hace un siglo y medio, como un escritor marginal y maldito, con una vida llena de sombras y de enigmas. Tras esta biografía, que se limita a hablar de su vida y de su escritura, se encuentra, piensa, tan sólo un hombre.

Georges Walter

Poe, Edgar Allan Poe, poeta americano

Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995. 588 páginas. 4.200 pesetas. ISBN: 84-7979-167-5.

El comunismo como ilusión

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia y ha sido Presidente del Tribunal Constitucional. Entre sus obras pueden citarse: El marco político de la Desamortización en España, Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

El libro es espléndido. Polémico en su concepción y en su estructura, lo sigue siendo ante los ojos que leen y lo continuará siendo en coloquios, críticas y comentarios, porque todavía no se ha extinguido en nuestro tiempo, en este mismo instante, la gran ilusión de cuyo pasado se nos habla aquí: el comunismo. A su derrumbe catastrófico y trágico todavía sobreviven, bien es cierto que en formas a menudo esperpénticas, cuando no patéticas, algunos restos ilusorios, disimulados y disfrazados, pero actuantes. De ahí el carácter polémico que tendrán las tesis defendidas, a mi entender con acierto casi completo, en este interesantísimo libro.

Que se subtitula «ensayo», aunque es un libro de Historia. François Furet es un famoso historiador, especializado hasta ahora, y también en este mismo libro, en la historia de la Revolución francesa. Lo que ha escrito es otro libro de Historia, una interpretación del comunismo como ilusión y de las razones por las que ha sido una ilusión triunfante y duradera. No ha escrito una historia de hechos, sino de ideas o mejor de ideologías, y aunque eso es, en mi opinión, una forma, y no la menos necesaria de escribir Historia, Furet ha caído en la tentación de presentar el libro como «ensayo», esto es, como pensamiento y no como Historia. Ahora bien, quienes entendemos que la Historia es siempre, quieran o no los historiadores, interpretación del pasado, no podemos admitir como acertado el regate que a su profesión y a su libro hace el autor. Diga éste lo que diga, éste es un libro de Historia, una interpretación lúdica de la historia de una ilusión.

En cuanto tal se inserta en una serie de libros recientes y semejantes en su contenido. Cito como más conocidos y como más cercanos a sus tesis, el de Herbert Lottman, *La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, publicado en 1985 y traducido en España en 1994, y el monumental y plutarquiano de Allan Bullock, *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, cuya primera edición inglesa es de 1991, traducido en España en 1994. Lottman dibujó el retrato, no muy favorable desde la óptica hoy dominante, y que personalmente comparto, de unos intelectuales franceses enamorados del comunismo o simpatizantes del mismo, compañeros de viaje voluntarios y conscientes, o seducidos cuando no engañados. Todos están ahí, en la «rive gauche», sentados en tal o cual famoso café parisino, intrigando, escribiendo, parlotando como pontífices laicos, pero también infalibles, de un nuevo credo teológico-político. Furet se ocupa también de ellos. Bullock ha escrito, con el inconfundible estilo de los historiadores británicos, una historia narrativa e interpretativa de dos monstruos, de dos genios del mal que se entrecruzaron, influyeron recíprocamente y se necesitaron el uno al otro, ambos con la convicción de que la utilización y, después, la destrucción del otro iban enlazadas al triunfo de su causa. Más que vidas paralelas, porque ese tipo de líneas nunca se encuentran salvo en el infinito, que vaya usted a saber dónde está, las de Hitler y Stalin fueron dos vidas convergentes, confluyentes, indisociables.



FRANCISCO SOLÉ

El libro de Furet lo demuestra hasta la saciedad. Sólo que el historiador francés se coloca en la perspectiva no del biógrafo ni en la del periodista retrospectivo, sino en la del historiador de las ideas y de las ideologías o, si se prefiere, de las ilusiones. En plural, sí, porque una de sus tesis es la inseparabilidad del mito comunista respecto al mito, ambos diabólicos, del fascismo, e incluso, todavía más, a la simplificación también ideológica del antifascismo. Hitler y Stalin tuvieron en común su odio al burgués, su combate activo contra la democracia liberal. Ambos encabezaron sendos Estados totalitarios, concepto que surge para denominarlos. Pero si el demonio alemán creó su propia ideología que con él murió, la ideología de Stalin venía de atrás, enlaza con el pensamiento marxista en su versión vulgarizada y simplificada por Lenin, de tal manera que la ilusión del fascismo es más corta en su periplo, mientras que la ilusión comunista nace antes, se extiende más pronto, seduce a más intelectuales durante mucho más tiempo y necesita ser explicada por sí misma, por sus raíces.

Como pasión revolucionaria de la derecha antidemocrática europea de la época de entreguerras, el fascismo tiene entonces coincidencias profundas con el comunismo, que culminan en el escandaloso y para muchos increíble episodio del pacto germano-soviético, es decir, entre Stalin y Hitler, es decir, entre comunismo y nazismo, de agosto de 1939, vigente y eficaz para ambas partes, no se olvide, hasta junio de 1941. Pero eso no significa, y Furet lo sabe muy bien, que se pueda ni siquiera intentar una explicación reduccionista del comunismo por sus semejanzas y relaciones con el fascismo, ni tampoco una interpretación, desde esas mismas y únicas bases, del éxito del comunismo entre la intelectualidad europea desde 1917 hasta casi nuestros días. Uno de los aciertos del libro de Furet consiste en la expresa relación que entre ambas ilusiones (el fascismo también lo fue para la derecha europea durante años, aunque luego quedara condenado por todos y para siempre) establece y demuestra. De ahí su parentesco con el libro de Bullock.

Libro, pues, de Historia, escrito por un francés conocedor de la historia intelectual y política que arranca de la Revolución francesa y que, según nos da a conocer él mismo en un breve prefacio, ha sido durante su juventud, entre 1949 y 1956, comunista, lo que dota a su obra del valor del conocimiento desde dentro de aquello sobre lo que escribe. De lo que escribe, por cierto, muy bien. Furet es un excelente escritor. Son muchísimas las frases brillantes que uno tiene la tentación de fichar para copiar, esto es, para repetir citando a veces, sólo a veces, la procedencia. Ese encanto de la lectura de los libros de Historia se había perdido durante decenios, precisamente como consecuencia, en tercera generación, de la ilusión marxista-comunista, que condujo al abandono de la historia narrativa o simplemente diacrónica,

y que impuso el olvido de los protagonistas singulares de la historia, para sustituirlos por abstracciones, por sincronías estructurales, por cuadros de datos numéricos y, en fin, por el aburrimiento. El libro de Furet se lee con apasionamiento, porque con pasión, pero también con enorme calidad literaria, está escrito.

El hecho de que Furet sea especialista en la historia de la Revolución francesa no es accidental. El mismo comparte con el comunismo lo que denomina «la pasión revolucionaria». La conexión ideológica entre el comunismo en su versión de 1917, de octubre, no de febrero de 1917, y la Revolución francesa es una de las claves del éxito de la ilusión entre la izquierda europea y, muy en especial, en la francesa. La historia, se nos dice desde el fondo de la ilusión, es lineal, el progreso es necesario, pero requiere en ocasiones el empujón revolucionario, por violento y cruento que éste inevitablemente sea. El encanto universalista de un fenómeno en su origen real tan nacional y ruso como Octubre de 1917 se debe en gran parte al acierto de Lenin en vincular aquella revolución proletaria a la anterior revolución burguesa, que tuvo en los acontecimientos de 1789 y años sucesivos su expresión paradigmática. Una y otra Revolución cumplen las leyes inexorables y ciertas de la historia, científicamente reveladas, al menos en cuanto concierne a la del proletariado, por el pensamiento científico del marxismo. Ésta es la principal conexión ideológica entre ambos procesos revolucionarios, que adquieren así el prestigio de lo necesario en nombre del sentido de la historia científicamente revelado.

Violencia inevitable

Por otra parte, si violencia e incluso terror (todavía un terror pequeño) hay en Octubre del 17, no se olvide el Gran Terror de 1793 y meses sucesivos. Estas cosas son inevitables. Así lo creen y lo dicen en la etapa que transcurre entre 1917 y la década de los años 20 muchos intelectuales europeos, no pocos de ellos historiadores de la Revolución francesa, como Furet, como si se tratara de una premonición autobiográfica, nos demuestra. Ésa es la primera raíz de la gran ilusión. La revolución rusa, como antes la francesa, es el alumbramiento de una nueva etapa en la historia de la humanidad, el nacimiento de un hombre nuevo, y todo parto es traumático. El intelectual europeo de izquierdas comienza a ser indulgente con los aspectos feos y hasta cruentos del parto, a pesar de que pronto hay hombres de la izquierda rusa supervivientes y acusadores del terror bolchevique, e incluso políticos e intelectuales europeos que van allí, vuelven, cuentan lo que ven y acusan terrores, violencias y la muerte de la libertad. La indulgencia ilusoria lo disculpa todo en nombre de la Revolución, de esa pasión europea que nació en la Francia de 1789.

La segunda raíz del éxito de la ilusión es su pacifismo. Lenin combate la guerra, la del 14, y saca de ella a su país. El ejemplo de pacifismo en obras, no en palabras, maravilla a la izquierda europea, que no ha logrado superar la mala conciencia de su aquiescencia a una guerra más cruel que todas las anteriores, y que nadie sabe cómo acabar. Quien usa de la violencia en el interior consigue que esto se olvide y disculpe en nombre no sólo de la Revolución, sino también de la paz. Sobre estas bases, el comunismo de la URSS, en tiempos de Lenin y en los de Stalin, monta un inteligente sistema de propaganda y de seducción, dirigida esta última, con éxito más que notable, a los intelectuales de izquierda. La historia de ese éxito de la ilusión es la que nos cuenta Furet, con análisis de casos singulares, de viajeros a la URSS que van y vuelven, de congresos de escritores y de artistas que organizan personajas como el inefable Willi Münzenberg u otros de menor talla. En estas páginas tienen particular encanto, a mi parecer, las que dedica a los viajes de Bertrand Russell, de Romain Rolland y de André Gide, en especial al de éste en junio de 1936 y al libro que escribe, desencantado, a su regreso.

En aquellos años de 1935-1936, Stalin, su aparato de propaganda y el Komintern, como instrumento dócil a sus mandatos, habían logrado encabezar una confusa y ambigua política contra el fascismo. No importó para ello (o quizá fuese la principal causa de todo ello) que durante esos mismos años la serie de terrores sucesivos sistemáticamente planeados y ejecutados por el poder absoluto de Stalin en la URSS contra los campesinos y kulaks ucranianos, contra los militares traidores o como tal asesinados, contra los militares desviacionistas y contra millones de víctimas de todo género compusieran, precisamente entonces, el Gran Terror del comunismo en la URSS. Stalin había pasado de una política de aislamiento y victimismo, «el socialismo en un solo país», a un viraje espectacular y seductor: la creación y dirección de una política de alianzas contra el fascismo, la política del Frente Popular. Y la izquierda europea, sobre todos los intelectuales, cayeron en la tentación seductora, en la gran ilusión.

La guerra de España sirvió a tal efecto como demostración del compromiso comunista contra el fascismo y de la hipócrita política de las democracias europeas bajo el lema de la no intervención. La doble estrategia prestigió a Stalin y al comunismo en toda Europa. El antifascismo era una empresa intelectual y política dirigida por los comunistas, que se revestían así de ropaje democrático. Las páginas que dedica Furet a la guerra española son quizá las más endebles del libro. No es admisible que sólo cite, y al parecer sólo haya leído, media docena de libros sobre nuestra guerra, con exclusión de los escritos por españoles. No es tampoco aceptable que



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

casi la reduzca a una esquemática pelea entre comunistas y anarquistas y que olvide o no conozca la previa historia de la II República, sin la cual la de la guerra es sencillamente incomprendible. Cuando un libro trata mal aquello que el lector conoce un poco mejor, se suscitan en éste inevitables dudas respecto al rigor del resto del libro. Dejo así apuntadas las mías.

Furet no estudia sólo ni principalmente la política de Stalin en relación con el Frente Popular como nueva estrategia, sino sobre todo la «cultura antifascista» y el protagonismo del comunismo en ella. Con reiteración comprensible y necesaria subraya la coincidencia temporal de la seducción comunista así revestida de antifascismo con el Gran Terror, el peor de todos quizá, entre 1936 y 1939. No se conocían muy bien los hechos en Europa, pero lo que de aquel horror, de procesos y confesiones hijos de la tortura se sabía, merecía comprensión y tolerancia y se disculpaba porque criticar a la URSS era apoyar al fascismo. El antifascismo capitaneado por el comunismo convertía a éste, como consecuencia de una inteligente y cínica operación taumaturgica, en defensor de la democracia.

Es fácil comprender el hundimiento que entre simpatizantes, intelectuales más o menos comprometidos con el comunismo e incluso entre algunos militantes que no pertenecieran a los cuadros siempre disciplinados y obedientes produjo la noticia del pacto Stalin-Hitler de agosto de 1939. Furet insiste en su importancia y también en sus antecedentes, la buena relación siempre mantenida entre la URSS y la Alemania de Hitler, por ejemplo, y, desde luego, las conexiones objetivas entre dos Estados y dos ideologías totalitarias.

De nuevo la guerra, aunque ahora de otro modo que en 1917, sirvió de ocasión, trágica como nunca, para la dignificación del comunismo de Stalin. La invasión de la URSS en el verano de 1941 hizo olvidar los pactos del 39 y su vigencia durante dos años, el reparto de Polonia y la ocupación de las repúblicas bálticas. Stalin, la URSS, el pueblo ruso lucharon, sufrieron tal vez más que nadie y vencieron. La victoria como olvido. La guerra como patente de antifascismo, y el antifascismo como equivalente o sustitutivo de la democracia: ¿qué importa que la URSS tenga o no las mismas instituciones de unas democracias occidentales, cuando éstas sufren crisis y censuras como encarnaciones penúltimas de un capitalismo injusto y decadente que está en el subsuelo de todas ellas?

La idea fascista queda derrotada y deshonrada. De las dos teologías políticas antidemocráticas de los años 30, una desaparece y «eo ipso» la que permanece resulta reforzada. Alemania y el horror nazi pagan por todos los crímenes. Por los propios, acaso insuperables, y por los ajenos, los del comunismo del Gulag, los campos siberianos, los pueblos deportados, las libertades muertas y el poder absoluto de un hombre y un partido. Todo esto, el bagaje tremendo de una ilusión que se refugia en abstracciones intelectuales, es disculpado y hasta justificado por una «intelligentsia» europea y en especial francesa: la de «la rive gauche» en particular.

El encanto teórico del marxismo tiene en los años de la postguerra su mayor difusión entre las universidades y los intelectuales europeos y americanos. El antifascismo victorioso (esto ahora citando literalmente a Furet) «hizo más profunda la crisis de la idea democrática, aun cuando aparentó haberla resuelto: ésta es la gran ilusión de la época. De ella acabamos de salir, más por la fuerza de las cosas que por las virtudes del intelecto» (pág. 409).

Se abre entonces y así el decenio durante el cual el comunismo ejerce su máxima fascinación sobre la imaginación política de los hombres del siglo XX. También es el período de su difusión universal. Todo ello justificado con otra fórmula sacral o teológica: el stalinismo es la fase superior del comunismo. Cualquier imperfección que en pura o impura hipótesis pudiera tener el sistema queda de antemano explicada y justificada. El comunismo asciende, el capitalismo en su fase imperialista está a punto de sucumbir. Es la simplificación que predomina entre la izquierda europea en la década entre 1945 y 1955, es la nueva fórmula que reviste la ilusión durante los difíciles y tensos años de «la guerra fría».

El profundo equivoco

Todavía, dice Furet, entre la izquierda francesa el mito de la Revolución francesa como antecedente de la revolución comunista actúa en favor de esta última, sirve de coartada a sus improbables males y de apoyo a la creencia de que «lo que la Revolución rusa tuvo de represivo sólo se debió a la necesidad de defenderse» (pág. 476). El «profundo equivoco» consiste entonces en que «la idea comunista está en su cenit en Roma o en París en el momento en que en Varsovia o en Budapest da visos de no ser más que la máscara de la opresión rusa» (pág. 479). En este contexto son muy interesantes las páginas que Furet dedica al análisis de la obra intelectual de Hannah Arendt (págs. 490-498). En su libro de 1951, *Los orígenes del totalitarismo*, reaparece la comparación y el desvelamiento de las semejanzas entre los dos totalitarismos del siglo, el de la Alemania nazi y el de la Unión Soviética. Como se ve, la relación entre comunismo y fascismo en cuanto regímenes antidemocráticos y totalitarios atraviesa de punta a punta el libro de Furet.

Poco tardó en llegar el principio del fin, la muerte de Stalin en marzo de 1953. Stalin no se suicidó como Hitler, no hizo testamento político como Lenin, ni tampoco intentó dejar atado y bien atado el futuro. Convencido de que, «no pudiendo ser inmortales, los grandes monstruos de la historia deben contentarse con no tener continuadores» (pág. 501), Stalin dejó abierta la batalla por su sucesión, y ello explica que ésta tuviera como primera víctima «la mitología soviética», «la mentira omnipotente de la ideología».

Iniciada la pendiente hacia el final, el famoso discurso de Jruschov ante el XX Congreso del Partido Comunista en febrero de 1956 desencadenó una insólita auto crítica del sistema. Muerto el ídolo, termina el culto de latría y la liturgia es sustituida por la crítica

interna. Misterios de la teología. Lo increíble, quiero decir, la autocrítica, se había hecho realidad. Todo lo demás vino después en un proceso que terminó con la caída del muro de Berlín, que, por reciente, todos conocemos y que por su importancia nadie olvida.

Pero ¿de qué ilusión se habla en este libro en pretérito? ¿De la ilusión comunista, como se sugiere en el subtítulo, o de la ilusión revolucionaria? ¿Sólo de aquella o también de todas las formas históricas de la segunda? Desde la primera página queda claro que para Furet no es lo mismo la Revolución francesa que la soviética. Aquélla, derrotada o no, prevaleció y muchas de sus ideas y de sus principios nutren la realidad política de los Estados constitucionales de ayer y de hoy, y una parte de las utopías no logradas entonces continúan siendo vigentes para buena parte de la opinión pública de nuestro tiempo. Lo contrario sucede con la rusa, que, habiendo triunfado en un primer momento, ha fracasado al final, sin que a su catastrófico hundimiento haya sobrevivido nada positivo, ningún elemento digno de ser rescatado del terremoto. Su ilusión es pretérito, pasado, historia.

Sin embargo, repito mi pregunta: ¿no será que al levantar acta de defunción de esta revolución fracasada estamos asimismo enterrando «la pasión revolucionaria», título del primer capítulo de este libro y sustento de buena parte de las tesis que en él se encierran? Algo se insinúa en este sentido en las últimas páginas del epílogo que el mismo Furet pone a su obra, en el que percibo la nostalgia del creyente descreído. Quisiera por mi parte añadir algo sobre esta cuestión, por cierto que sin carga alguna de añoranza o de pesar por una ilusión muerta que nunca compartí.

¿Qué es mejor: vivir con una ilusión o vivir desilusionado? Si por ilusión se entiende el engaño, ingenuo o no, o la falsa interpretación de la realidad social pasada, presente y futura, bien venida sea siempre su muerte, el des-engaño, el des-encantamiento, la desilusión. Si por ilusión entendiéramos la esperanza fundada en conseguir una realidad social mejor que la actual, habremos de convenir que nuestro tiempo no está muy sobrado de tales esperanzas, ni de las más ambiciosas y utópicas, ni de las más modestas, hechas a medida doméstica o para andar por casa.

Hay algo, sin embargo, de cuya desaparición en el horizonte intelectual de nuestros días quiero manifestar mi satisfacción, casi diría mi descanso. Me refiero al des-engaño

RESUMEN

Tomás y Valiente se ocupa de un libro polémico, que lo es, explica, porque trata de esa gran ilusión del pasado reciente, todavía no extinguida en nuestro tiempo, que es la idea del comunismo. François Furet,

respecto a la existencia de las leyes de la historia. Mientras el pensamiento occidental ha creído en su posibilidad, ha reflexionado sobre ellas y se ha hecho la ilusión de descubrirlas y de formularlas científicamente. No es el de Marx el único caso, sino el último. El fracaso de la revolución comunista no equivale a entender a la pérdida de «todo» valor de «todo» el pensamiento de Marx, pero sí justifica el descreimiento en la posibilidad de descubrir y enunciar unas leyes de la historia supuestamente científicas y, por lo mismo, avasalladoras y justificadoras de todo mal perpetrado en nombre de ellas, invocando tan poco santo nombre.

En este sentido, y puesto que ese nombre constituye el subsuelo de «la pasión revolucionaria» a la altura de nuestro tiempo, sí creo que «el pasado de una ilusión» abarca el de la ilusión revolucionaria en términos más generales, el de toda revolución futura que se construyera bajo la misma y funesta advocación de cumplimiento de las leyes de la historia. La muerte de esa ilusión no debe provocar ceremonias de luto, llantos y duelos. Si no hay, como creo, leyes de la historia, es porque el hombre es libre, proposición que en lógica abstracta habría que enunciar a la inversa, pero que quienes no esperamos mucho de la filosofía de la historia ni de la metafísica preferimos expresar así, no como verdad ontológica, sino como enseñanza de la historia. La creencia en tales leyes por parte de quienes dirigieron y justificaron aquel proceso revolucionario significó, como la historia nos ha demostrado, la pérdida de toda libertad, incluyendo la libertad de creer en la libertad. Prefiero pensar, con todo género de cautelas y percibiendo muchas clases de limitaciones, que el hombre es libre: el hombre, este pobre hombre y no un futuro e ilusorio hombre nuevo en cuyo nacimiento nunca he creído ni creeré. Libre incluso para equivocarse o para caer de manera prolongada en la mediocridad que ahora nos rodea. Libre para vivir sin esperar a ningún Godot, sin creer en ninguna redención o salvación o revolución regeneradora, que luego ya se ve en qué acaban.

Si la historia nos enseña que tales ilusiones son temibles, ¿por qué habríamos de lamentar que sean ya pasado, objeto de libros de Historia y de ensayos de interpretación como éste, al mismo tiempo desilusionado y liberador? No nos hagamos falsas ilusiones: la historia no está ni terminada ni resuelta en nombre de leyes conocidas. No tenemos más remedio que seguir pensando. Afortunadamente. □

François Furet

El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX

Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995. 581 páginas. 2.950 pesetas. ISBN: 84-375-0415-5.

Los agobios del déficit del sector público

Por Juan Velarde Fuertes

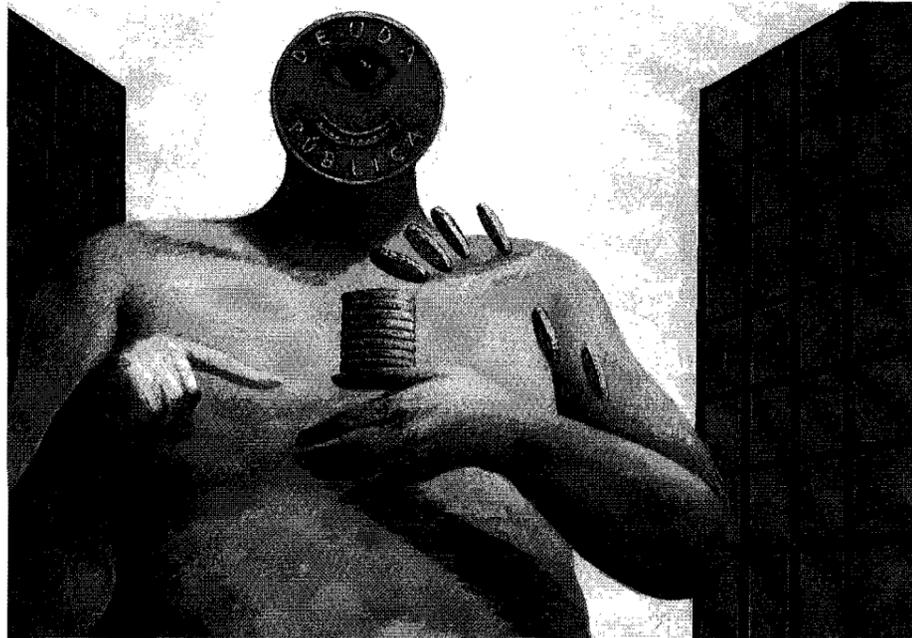
Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid, consejero del Tribunal de Cuentas y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 1992. Es autor, entre otros libros, de Flores de Lemus ante la economía española, Política económica de la Dictadura y Economía española Contemporánea. Primeros maestros.

Cuando Sócrates, según nos cuenta Jenofonte en sus *Recuerdos de Sócrates*, decidió quitar de la cabeza de Glaucón, el hijo de Aristón, la idea de gobernar la Ciudad, como asunto primordial le plantea la cuestión de los ingresos y gastos de la Comunidad. Ante la ignorancia de Glaucón, Sócrates declara: «Dejemos para otra ocasión el proyecto de enriquecer a la Ciudad, porque, en efecto, ¿cómo podríamos pensar en ello antes de conocer el monto de sus gastos e ingresos?».

Desde el siglo V antes de Cristo hasta estos mismos momentos, ésa es una cuestión esencial para el desarrollo de la vida económica de un pueblo. Como subraya el profesor Juan J. F. Cañzos, salvo las excepciones minoritarias de Wicksell y del conjunto de los economistas del grupo de la *Scienza della Finanza*, de acuerdo con lo destacado en el famoso ensayo de James M. Buchanan, «La Scienza della Finanza: The italian tradition in fiscal theory», aparecido en su *Fiscal theory and political economy* (University of North Carolina Press, 1960), sólo a partir de la Escuela de Friburgo —con los Eucken, Böhm, Grossmann-Doerth—, ampliada con la serie de economistas liberales del grupo Ordo y afines —recordemos a los Röpke, los Rüstow, los Müller-Armack, sin olvidar a Erhard—, se vinculan la ordenación del mercado, la realidad fiscal y los planteamientos constitucionales. Aunque no se hubiesen enterado los elaboradores de nuestra Constitución de 1978, las viejas premisas de Weimar quedaban arrumbadas.

El impulso había nacido en Friburgo y, por supuesto, en un ámbito de combate contra los tres socialismos que impedían un adecuado progreso ya de la libertad, ya de la economía o ya de entrambas, como acertaron a ver Simone Weil y Hannah Arendt, según me hizo percibir el profesor Gimeno Cuspinera: la socialdemocracia, el partido comunista y el partido nacionalsocialista. El desarrollo, sin embargo, va a corresponder a la Escuela de Virginia y, más concretamente, a James Buchanan, que recibiría en 1986 el Premio Nobel de Economía por «su desarrollo de las bases contractuales y constitucionales para la teoría de la toma de decisiones económicas y políticas». Surge así una revista editada por el Center for Study of Public Choice de la George Mason University, la *Constitutional Political Economy*, donde se halla el núcleo del actual debate desarrollado en la Colina del Capitolio, en Washington, para frenar el gasto y el déficit públicos norteamericanos.

Esta cuestión ha pasado al primer plano en España. Como señalaba Enrique Fuentes Quintana en su artículo «El ciclo del presupuesto español y el déficit público», publicado en *El País*, «el presupuesto ejecutado... transmite... un déficit público que ha acompañado a nuestra Hacienda pública todos los años de nuestra democracia. Las autoridades financieras proclaman solemnemente —desde hace algún tiempo— la urgencia de poner remedio a este comportamiento continuado de mayor gasto público anual que endeuda al país más allá de cualquier límite razonable y que eleva los pre-



ALFONSO RUANO

cios y los tipos de interés, imposibilitando el crecimiento de la economía».

Surge así la necesidad de entremezclar cuestiones políticas y económicas, de manera que la inestabilidad política en los países de la OCDE coincide con aquellos que tienen una mayor situación deficitaria, y viceversa, como hizo Alberto Alesina en su investigación «Politics and business cycles in industrial democracies», publicada en *Economic Policy*, abril 1989. Al estudiar el período 1960-1990 se ve claramente cómo, a partir de 1976, España se convierte en un país con una alta relación entre el volumen de su deuda pública y el Producto Interior Bruto, lo que convierte a nuestra nación en un país evidentemente inestable. Si prolongamos el gráfico del artículo de Alberto Alesina y Roberto Perotti («The political economy of budget deficits», aparecido en *IMF Staff Papers*, marzo 1995) hasta 1995 vemos que empeora, de una manera clarísima, la situación española. Es necesario, por lo tanto, no esquivar por más tiempo la triple cuestión del incremento claramente visible de la presión fiscal, del aumento espectacular del gasto público y del persistente déficit que se consolida en forma de una cifra creciente de deuda pública. Este progreso del endeudamiento del sector público español, por tanto, es la muestra palpable de que las cosas marchan mal.

La deuda pública, esa recién llegada

Un excelente historiador de la economía, el profesor de la Universidad de Chicago Earl J. Hamilton —autor de esas tres obras fundamentales que son: *American Treasure and the price revolution in Spain 1501-1650* (Harvard University Press, 1934); *Money, prices and wages in Valencia, Aragón and Navarra. 1351-1500* (Harvard University Press, 1936); y *War and prices in Spain 1651-1800* (Harvard University Press, 1947)—, señalaba en su ensayo «Origin and growth of the National Debt in Western Europe», publicado en la *American Economic Review*, mayo 1947: «La deuda pública es uno de los pocos factores económicos importantes sin raíces en la Antigüedad... (En la Edad Media), debido a la escasez de capital líquido, a la condena canónica y civil de los pagos de intereses por los préstamos y a la inestabilidad de los gobiernos centrales, los empréstitos nunca fueron grandes en los nacientes Estados de la Europa occidental y en las ciudades italianas aun a mediados del siglo

XIII», agregando: «La reiterada tendencia de los reyes a rechazar las deudas de sus predecesores impedían la continuidad o la acumulación». Realmente, hasta que no llegan, de consuno, el capitalismo y el Estado moderno, esto es, hasta el siglo XVI, no pudo irrumpir en el mercado financiero la deuda pública. Nos lo ratificará Miguel Artola en su Prólogo de la obra de Pilar Toboso Sánchez, *La deuda pública castellana durante el Antiguo Régimen (Juros)* (Instituto de Estudios Fiscales, 1987): «En lugar de la imagen, hasta ahora vigente, que suponía la existencia documentada de juros, es necesario llegar a la época de los Reyes Católicos para encontrar las primeras manifestaciones de una deuda pública» en España.

Más de una vez esta deuda pública ha causado problemas gravísimos a muchos países. El gran mercantilista Davenant advertía a Inglaterra en el volumen I de sus *Discourses on the public revenues, and on the Trade of England* (Londres, 1698) que «la deuda pública puede constituir un peso tan terrible sobre nosotros que, si continúan los compromisos que de ella se derivan, acabaremos en las condiciones de España, que por su endeudamiento es incapaz de cualquier esfuerzo para ayudarse a sí misma o para auxiliar a sus amigos». Como síntesis, Davenant agregaba: «Si no se reduce la deuda pública, no podrán disminuir los intereses y, en tal caso, jamás podrá florecer la actividad económica».

En la obra de José Barea Tejeiro y Dolores Dizy Menéndez, que centra estos comentarios, todo eso se acaba de plantear de modo apasionante para poder entender la actual situación española. La carrera de nuestra deuda pública parece bien clara: 12,6 billones de pesetas en 1985; 22,6 billones en 1990; 40,3 billones en 1994. Este crecimiento, a un ritmo acumulativo medio anual del 14,2 %, plantea, en definitiva, la cuestión de si va a ser tolerado por nuestra economía. Si una deuda, interna o externa, no se puede pagar, evidencia que el deudor ha quebrado. Una de las frases más sin sentido que se puede escribir es la de que los Estados no pueden quebrar. Como se comprobó con los iberoamericanos en la crisis de 1982, naturalmente que son capaces de hacerlo. A sus expensas lo aprendió, es de suponer que para muchos años, la Banca privada occidental —sobre todo la norteamericana—, atrapada en generosos empréstitos en el área.

Es preciso vigilar, por ello, esta progresión de la deuda pública, para saber si es, o no, explosiva; esto es, si es capaz, o no, de

crecer por sí misma. En 1993, la carga financiera del sector público español por intereses «ascendió —dicen los autores— al 5,3 % del PIB, mientras que la necesidad de financiación para el conjunto de las Administraciones Públicas —o déficit público— alcanzó el 7,5 % del PIB». Por consiguiente, el llamado déficit primario, esto es, el que resulta de restar del déficit público la carga financiera de los intereses, fue del 2,2 %. O lo que es igual, que un poco más del 70 % del déficit de 1993 se debe a las consecuencias de déficit anteriores, acumulados en forma de deuda.

Deuda implícita

Pero las cosas no acaban ahí. De este modo nos encontramos con que en 1993 la deuda explícita —esto es, la tradicional— ascendía en 1993 a 36,4 billones de pesetas. Pero inmediatamente hay que sumarle la deuda implícita que ha de servir para garantizar los compromisos que la Seguridad Social tiene con respecto a las pensiones financiadas a través de un sistema de reparto como el que existe en España, así como los del Estado respecto a las pensiones en vigor de sus funcionarios y con los derechos en curso de adquisición por los funcionarios públicos en activo, ya que no existen reservas, pero los pagos han de efectuarse inexorablemente, salvo que el Estado se declare en quiebra. El trabajo, que citan los autores, efectuado por Antonio Redecillas y Pablo Robles, titulado *Análisis de las previsiones matemáticas de pensiones en vigor*, en la Universidad Autónoma de Madrid en el curso 1994-1995, permite estimar que la deuda implícita de nuestra Seguridad Social anda alrededor de los 141,2 billones de pesetas, y la del Estado para las clases pasivas se sitúa en torno a los 6,8 billones. En total, pues, la deuda de nuestras Administraciones Públicas ascendería a 184,4 billones de pesetas. Esto significa que sobre cada familia española media —se suele estimar con 3,5 miembros— pendía en 1993 una deuda de un poco más de 16 millones de pesetas, cifra que se incrementa de modo demasiado rápido en 1994 y 1995 para que nos quedemos tranquilos. O dicho de otro modo, suponía esa deuda el 303 % del PIB en 1993.

La búsqueda de una salida

Todo esto exige, por un lado, como dicen Barea y Dizy, el «reducir el déficit público lo más rápidamente posible para evitar que la deuda pública explícita siga aumentando» y, simultáneamente, obliga a «racionalizar el sistema de pensiones de la Seguridad Social, rebajando el grado de protección social que hoy existe para evitar una posible situación de quiebra a medio plazo de la misma».

La solución no puede venir por el lado del aumento de los ingresos a través de los impuestos, puesto que así se crearía una perturbación financiera notable, aparte de una reacción, bien tradicional entre nosotros, de unos gastos que trepan con agilidad por delante de los ingresos, como señaló el Banco de España en el *Informe anual 1993*, publicado hace más de un año. Si se realiza un análisis multivariante de las interacciones entre los gastos e ingresos públicos totales de las Administraciones Públicas, en porcentaje del PIB, y el crecimiento del PIB real durante el período 1964-1993, se observa que «los ingresos públicos son la variable dominante en la dinámica del presupuesto. En este sentido, los resultados indican que los cambios en los impuestos tienden a preceder en el tiempo —causan, en sentido estadístico—



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

a los cambios en el gasto, y no a la inversa. Este patrón de comportamiento sugiere que una reducción en el gasto público asegura una disminución permanente del déficit, mientras que este efecto podría no ser alcanzable a través de elevaciones de impuestos. De hecho, los resultados empíricos apuntan a que los ajustes presupuestarios basados en aumentos de ingresos sólo son eficaces para reducir el déficit a corto plazo». Por consiguiente, se plantea de modo muy vivo la necesidad de reducir los gastos.

Para Barea y Dizy, cinco son las fuentes que es necesario cegar para que el déficit no nos arrastre. La primera, la que surge del Estado autonómico español. A lo largo del período estudiado, que es el que va de 1980 a 1993, la Administración Central ha sido la principal causante del incremento del déficit público en estos trece años —explica un 80 % de este aumento—, pero las Comunidades Autónomas contribuyen a más del 15 % de tal crecimiento.

La segunda, la falta de disciplina presupuestaria. Indican los autores: «Los presupuestos nunca se examinan como un proceso de planificación general de los programas de gasto público de cara a seleccionar los más eficientes a la hora de contribuir a la estabilidad económica, o para obtener una asignación de recursos óptima. Más aún, nunca se han examinado los programas existentes con vistas a su reducción o supresión». Es lo que llevó a Fuentes Quintana a subrayar: «Lo que está en el presupuesto no desaparece nunca». Por si esto fuese poco, existe generosidad en el aumento de lo presupuestado: en el quinquenio 1989-1993, «el gasto público final de las Administraciones Públicas fue un 25 % más elevado que el inicialmente aprobado como consecuencia de las modificaciones presupuestarias introducidas en la ejecución del Presupuesto». En 1993, los créditos ampliables explican el 43 % de estos incrementos; los créditos extraordinarios y suplementos de crédito, un 40 %, y las incorporaciones de crédito, el 17 %.

La tercera, una mala gestión, al par ineficaz —no sirve mil veces para gran cosa el gasto— e ineficiente, costosísima, como se desprende del ensayo de Barea y A. Gómez Ciria, *El problema de la eficacia del sector público en España. Especial consideración de la sanidad* (Instituto de Estudios Económicos, 1994).

La cuarta, nuestro sistema de protección social. Ya se ha señalado de qué modo ha generado una colosal acumulación de deuda. A su lado está la quinta, un conjunto de costosas empresas públicas que se suma a un excesivo coste de producción de los servicios colectivos. En buena medida, más del 68 % del aumento del gasto de producción de servicios colectivos se debe al incremento en

el número de funcionarios públicos —pasaron de 995.000 en 1975 a 1.821.900 en 1991— y a que el incremento de sus salarios creció por encima del deflactor del PIB. Por lo que se refiere a las empresas públicas, en 1980 las ayudas del conjunto de las Administraciones Públicas a éstas, «exclusivamente por subvenciones de explotación, ayudas a las inversiones y deuda asumida, ascendieron a un billón de pesetas».

Democracia en déficit

¿Por qué se ha producido una situación así? Conviene, de la mano de Dizy y Barea, escudriñar algo más. Cuando revisamos lo que es el Presupuesto, nos encontramos con que su aparición está unida a la democracia, al constitucionalismo. El antiguo régimen no tenía ese plan de tipo periódico votado por las Cortes y revisado por éstas. En el fondo, se trata de otra pieza más de los pesos y contrapesos de que hablaba Montesquieu en *El espíritu de las leyes* para que, como él decía, «le pouvoir arrête le pouvoir». Ese freno del poder por el poder es necesario porque todo poder, por sí mismo, no tiene límite. Como puede —decía Posada— avanzar impetuoso.

Nos encontramos así con una cuestión crucial. La evolución democrática ha creado, por un parte, los partidos, que se han formalizado de modo creciente y que incluso se han constitucionalizado, como en el caso español tras nuestra Ley fundamental de 1978. Por otro lado, el Parlamento pasa a estar cada día más controlado por los partidos, quienes, por otra parte, controlan a su vez al Gobierno. La llamada «disciplina de partido» se dedica a eliminar, en favor de todo movimiento político organizado que alcanza el poder, cualquier fricción entre Partido, Gobierno y Parlamento.

Añádase a todo esto, como nos han informado, de modo creciente, investigadores diversos —y no sólo Buchanan—, que arraiga de modo evidente en las cúpulas de los políticos el lema de que «gobernar es gastar».

Los trabajos de Alesina y sus colaboradores; el número de la *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, monográfico, sobre *Elecciones y Economía*, y los análisis españoles de Mancha Navarro, Bravo, Moscoso Sarabia y Sáez Lozano, sin olvidar el ensayo de Hirschman, *Interés privado y acción pública*, más los vitriólicos comentarios de Lindbeck referidos al caso sueco, muestran hasta qué punto es necesario tener todo esto en cuenta, desde un punto de vista realista. Por lo tanto, en primer lugar tenemos que registrar una especie de hipocresía en el terreno fiscal. Como señalan Dizy y Barea, «la Ley General Presupuestaria —norma básica

que regula la vertiente de los gastos públicos— define los Presupuestos Generales del Estado como “la expresión cifrada, conjunta y sistemática de... las obligaciones que, como máximo, pueden reconocer el Estado y sus organismos autónomos” (art. 48.1.a del Texto Refundido aprobado por el Real Decreto Legislativo 1.091/1988, de 23 de septiembre)». Sin embargo, acabamos de ver que las cosas no van por ahí.

Después de leer este libro, la cuestión de buscar nuevos pesos y contrapesos que no nos arrojen en una situación casi desesperada aumenta de modo bien palpable. Por supuesto que contribuye a la alarma la cuestión planteada por Dizy y Barea del juego que se concede a la privatización de las empresas públicas y la denuncia que se efectúa al papel de las sociedades estatales de patrimonio —luego vienen números romanos— a partir del 19 de febrero de 1993, o a las contrapartidas de los beneficios del Banco de España por la devaluación de la peseta, viejísima cuestión que hace muchos años denunció Olariaga, porque cuando nuestro Banco emisor era privado, las consecuencias todavía eran más irritantes. Todo esto se complica, más aún, con las oscuridades contables que así surgen, y que los autores exponen para que se observe cómo confunden a quienes tratan de conocer la medida del déficit.

Mucho más crece la preocupación cuando consultamos el octágono de Barea, un enlace acumulativo y depresivo de ocho graves problemas de nuestra economía, y vemos palpablemente toda la serie de consecuencias que se acaban provocando, derivadas de esa indisciplina presupuestaria.

El gran riesgo que de ahí se puede derivar es una especie de gran catástrofe colectiva que puede, y debe, frenarse de una vez. Por una parte existe un evidente poder compensador: el Banco emisor. Sin embargo, desde la constitución de Weimar hasta ahora mismo, esa autonomía tan ansiada de los Bancos centrales es más de una vez alterada por los Gobiernos. Sin ir más lejos, a pesar del criterio del Bundesbank, la cotización entre el marco alemán y el marco oriental se fijó

artificialmente, al caer el Muro de Berlín, con las consecuencias perturbadoras que, naturalmente, acabó por producir. Por consiguiente, lo que pueda hacer nuestro Banco de España bueno será, pero jamás se convertirá en algo ni mucho menos definitivo.

Ir hacia una constitucionalización es poco realista. No es posible imaginar en España, ahora, un debate nacional para incluir un artículo o artículos capaces de frenar el proceso, tal como se pretende lograr con la enmienda a la Constitución norteamericana que, sobre ese asunto, ahora progresa.

Pero la economía española, como recoge Dizy y Barea, ha de converger con la Unión Europea y ha de apostarse a Maastricht. No hacerlo significaría una notable crisis económica. Resistirse en demasía a la convergencia puede llegar a ser, incluso, peligroso políticamente. El déficit del sector público es el obstáculo fundamental, como demuestra el referido «Octágono de Barea». He ahí nuestra enmienda constitucional: los acuerdos de Maastricht. La Unión Europea puede ser el contrapeso para las demasías denunciadas en este libro. Leamos sus treinta sobrecogedoras conclusiones. Veamos cómo, sin embargo, aún se puede rectificar. Si lo hacemos —y esperemos que esto suceda— habrá debido a algunas personas, a algunos trabajos, que expusieron ante nuestros ciudadanos, con claridad, la alarmante situación creada por nuestro endeudamiento. A su lucidez y a su valentía se habrá debido una mejoría socioeconómica general para todos. Entre ellos destacará —la profecía es facilísima— este libro de Dizy y Barea. Resplandece en él aquella sabiduría implícita en una frase de Manuel Zozaya, un agente mexicano al que encargó su Gobierno, casi recién independiente de España, que negociase un empréstito. Fracaso, pero al informar a las autoridades mexicanas dijo, lleno de sabiduría, con un buen sentido que nos debe hacer reflexionar ciento setenta años después: «Si puede señalarse que he hecho algún servicio en favor de mi país en esta misión, ese servicio consiste, sencillamente, en no haber hecho nada para aumentar la deuda del Estado».

RESUMEN

Para Velarde Fuertes, la cuestión central de la economía española es la del gasto y déficit públicos y su cristalización en forma de deuda pública. Contra lo que se ha dicho muchas veces, el Estado puede ser incapaz de asumir el

conjunto de sus responsabilidades. La aportación de este libro que comenta es tratar de responder a esa formidable interrogación en el caso de España —si está en quiebra— y los sacrificios que se derivan de una solución razonable.

José Barea y M.ª Dolores Dizy

¿Está el Estado español en quiebra?

Ediciones Encuentro, Madrid, 1995. 157 páginas. 1.000 pesetas. ISBN: 84-7490-367-X.

La campana de Gauss

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

El estudio de las diferencias de capacidad intelectual entre personas y entre grupos de individuos y el significado de estas diferencias para el futuro de los Estados Unidos es el objetivo fundamental de un libro cuyo título es claramente matemático: *The Bell Curve* («La curva de Gauss»), cuyo subtítulo, *Intelligence and Class Structure in American Life*, revela su contenido socio-económico y cuya metodología es la del análisis estadístico, pero debía haber sido la de la investigación operativa.

Temas tan discutidos como clases sociales, genética, raza, cociente intelectual (I.Q.), análisis de factores, regresión... se debaten una vez más, y no siempre con rigor científico actual, en este extenso «best seller», cuyos autores son Richard J. Herrnstein, profesor de Psicología de la Universidad de Harvard (fallecido un mes antes de la publicación del libro, en 1994), y Charles Murray, Ph. D. en Ciencias Políticas por el M.I.T. Dos grandes instituciones mundialmente conocidas, la Universidad de Harvard y el American Enterprise Institute, han permitido a los autores trabajar, sin limitarles la libertad de pensamiento, en su investigación sobre los temas relativos a la relación entre inteligencia y el tipo de vida en América, que se encuentran, desde el punto de vista político-social, entre los más sensibles de la América actual. La gente se ha apartado de estos tópicos por diversas razones: algunos piensan que el concepto de inteligencia ha sido un fraude, a otros les recuerdan esquemas eugénicos totalitarios basados en el I.Q., que quizá pueden conducir a promover el racismo...

Igualdad de derechos, inteligencia y clases sociales

Los autores, al tratar de reflejar las opiniones de sus amigos y colegas, afirman que los que toman más seriamente estos asuntos vienen a decir algo parecido a esto: «Sí, reconocemos que la inteligencia es importante y que presenta diferencias entre las personas, pero los Estados Unidos están fundados sobre el principio de que las personas deberían ser iguales bajo la ley. Así, ¿qué relevancia pueden tener para la política pública las posibles diferencias de inteligencia entre los individuos, y qué consecuencias pueden resultar de escribir este libro?». En respuesta, los autores piden a estos amigos y a los lectores que compartan por un momento su panorama de la situación, quizá suprimiendo algunas dudas y admitiendo como verdaderas algunas afirmaciones que más tarde tratarán de probar que lo son. He aquí nuestra pro-



MARISOL CALÉS

puesta (de los autores): una gran nación fundada sobre los principios de libertad individual y autogobierno, que constituyen el remate superior de la gobernación del Estado, se aproxima al final del siglo XX. La igualdad de derechos es otro principio fundamental que ha sido implantado más profundamente y con más éxito que en cualquier otra sociedad de la historia. Ahora bien, aunque el principio de igualdad ante la ley triunfa, se presentan aspectos contrapuestos en dos segmentos de la población. En un segmento la vida marcha cada vez mejor, en muchos aspectos las gentes de estos grupos son bien recibidas en los mejores colegios, después en escuelas universitarias y profesionales, independientemente de la riqueza de sus padres. Tras completar su educación, realizan prestigiosas carreras. Sus ingresos crecen continuamente, aunque el crecimiento económico se estanque o baje. La tecnología trabaja en su favor, extendiendo sus posibilidades y su libertad, poniendo recursos formidables a su disposición, reforzando sus posibilidades de hacer lo que les gusta. En el otro grupo, cuyos individuos han salido del bajo fondo de la sociedad, la vida va cada vez peor, la pobreza es grande, las drogas y el crimen están presentes y la familia tradicional desaparece. El crecimiento económico los ignora, la tecnología no es una ayuda para sus vidas, sino una especie de opio electrónico. Viven juntos en centros urbanos o dispersos en suburbios y zonas rurales, pero su presencia crea miedo y resentimiento en el resto de la sociedad.

La búsqueda de soluciones

Las presiones de estos dos grupos extremos sobre el resto de la sociedad crean una atmósfera de fuertes tensiones. Al tratar de pensar en este panorama y proponer lo que se debe hacer para cambiarlo, los sociólogos, periodistas y políticos buscan explicaciones a través de los cambios de la demografía, la economía, la cultura y proponen mejoras en los sistemas educativos, métodos de trabajo,

salarios..., pero ignoran un elemento subyacente esencial que ha modelado los cambios, a saber, el papel de la inteligencia humana y su variabilidad dentro de la población americana en los mismos. «Tratar de enfrentarse y luchar con los problemas de la nación sin comprender el papel de la inteligencia (insisten los autores) es como ver a través de un cristal ahumado, como tratar con los síntomas en vez de las causas, como caer en supuestos remedios que no tienen probabilidades de validez». Y ahora los autores expresan su preocupación: «No somos indiferentes a las direcciones en que este libro erróneamente interpretado puede causar daño. Desde que comenzamos a trabajar nos ha atormentado, pero no puede haber progreso social real en la resolución de los problemas de América mientras sean tan mal percibidos como actualmente. ¿Qué bienes se pueden derivar de comprender la relación de la inteligencia con la estructura social y con la política pública? Poco bueno se puede esperar sin tenerlas en cuenta».

Es natural que tras esta descripción preliminar del contenido de *The Bell Curve*, uno de los libros de la lista de «best sellers» en que figura, que ha sido objeto de más reseñas bibliográficas, se sospeche como consecuencia de su extensión (845 páginas) que ha sido más criticado que leído. Pero ¿cuáles pueden ser las causas de tanta atención por el libro? Puede haber sido el contenido del libro (una idea original de partida, una antigua hipótesis darwinista verificada con datos persuasivos y metodología rigurosa) o simplemente la aceptabilidad social consecuencia de la presión publicitaria. Quizá esto se aclare con nuestros comentarios posteriores, y mejor leyendo el libro de punta a cabo (si se tiene paciencia suficiente). A fin de facilitar la lectura, los autores incluyen 80 páginas de excelentes gráficos estadísticos, varios apéndices técnicos y un glosario. Además indican que el libro puede leerse a varios niveles de interés o profundidad: al más elemental bastan unas 30 páginas, en que se incluyen la introducción general, las introducciones a los capítulos, más los dos últimos capítulos completos.

Colocándonos en un enfoque más científico de los problemas indicados, consideramos que los autores han pretendido reducir su estudio al tema de la evolución con el paso del tiempo en los Estados Unidos, de la correlación entre la habilidad cognitiva, que miden por el I.Q. y el éxito intelectual, social, profesional y económico de los individuos. Pero para tratar científicamente este problema desgraciadamente se limitan al empleo de una metodología estadística tradicional que han resumido en un Apéndice titulado «Statistics for people who are sure they can't learn statistics» (págs. 553-567). En nuestra

opinión, el lector que lo estudie continuará creyéndose incapaz de aprender estadística o quizá adquirirá nociones que no le ayudarán a leer el libro con espíritu crítico.

En una época en que el estadístico que se enfrenta con experimentos u observaciones relativos a un fenómeno de interacción social descubre tantos aspectos o causas que desbordan las posibilidades del enfoque tradicional, en que se hace variar sucesivamente cada factor tras fijar los demás, son necesarias las técnicas del diseño de experimentos con la consideración simultánea de factores múltiples. Pero el libro es operativamente unidimensional y se limita a utilizar el ordenador con la reiteración de una sola técnica, la llamada regresión múltiple. Primero conservan I.Q. constante y obtienen la relación de comportamiento social a estatus económico social de la familia. Inmediatamente conservan estatus económico-social constante y obtienen la relación del comportamiento social al I.Q. En general obtienen una correlación más fuerte con el I.Q. que con el estatus socio-económico; pero al no considerar más que las correspondientes líneas de regresión, sin estudiar la variabilidad, carecen de validez y rigor metodológico sus conclusiones.

En resumen, podemos decir que *The Bell Curve*, con sus reivindicaciones y supuesta documentación de que las diferencias de razas y clases son ampliamente causadas por los factores genéticos y, por tanto, esencialmente inmutables, no contiene nuevos argumentos y no presenta datos que apoyen su anacrónico darwinismo social.

Nuevas metodologías

Pero no vamos a continuar por el camino de las críticas a la metodología elegida y utilizada. Creemos que hay una cuestión más de fondo, pues el libro no prueba las tesis que sustenta porque su metodología es insuficiente para un problema de tal envergadura. Sería más apropiado enmarcar esta constelación de problemas interrelacionados en la investigación operativa por un equipo multidisciplinar adecuado, comenzando por un planteamiento global de los problemas con todas sus facetas económicas, sociológicas, psicológicas, matemáticas, estadísticas... Este enfoque científico moderno de problemas complejos de decisión tiene su punto de partida en la obra de V. Neumann (1943) relativa a la teoría de juegos y decisiones individuales y en concurrencia, cuyos puntos de vista han influido en las notables aplicaciones de la investigación operativa realizadas durante el último medio siglo. Una idea de la importancia de este acervo científico se tiene al considerar que al menos once Premios Nobel: Kantorovich, Arrow, Debreu, Koopmans, Allais, Simon, Markowitz, Frisch y los tres más recientes: Nash, Selten y Harsanyi (1994), han dedicado una buena parte de sus investigaciones a los problemas de optimización de las decisiones. Confíemos, pues, en que el progreso por estos caminos reales de la investigación operativa y los procesos de decisión sea más profundo que por las borrosas sendas practicadas por los autores de *The Bell Curve*. □

En el próximo número

Artículos de Miguel Artola, Francisco Marsá, Antonio García Berrio, Carmen Iglesias, Gonzalo Anes, José María Mato y Luis G. Berlanga.

RESUMEN

Dos profesores universitarios norteamericanos han investigado sobre la relación entre inteligencia y el tipo de vida en aquel país. Según señala Sixto Ríos en su comentario, el objetivo de este libro, con título claramente

matemático, es el estudio de las diferencias de capacidad intelectual entre personas y entre grupos de individuos y el significado de estas diferencias para el futuro de los Estados Unidos.

Richard J. Herrnstein y Charles Murray

The Bell Curve (Intelligence and Class Structure in American Life)

The Free Press, Nueva York, 1994. 845 páginas. 30 \$. ISBN: 0-02-914673-9.

Los Esterházy

Por Miguel Artola

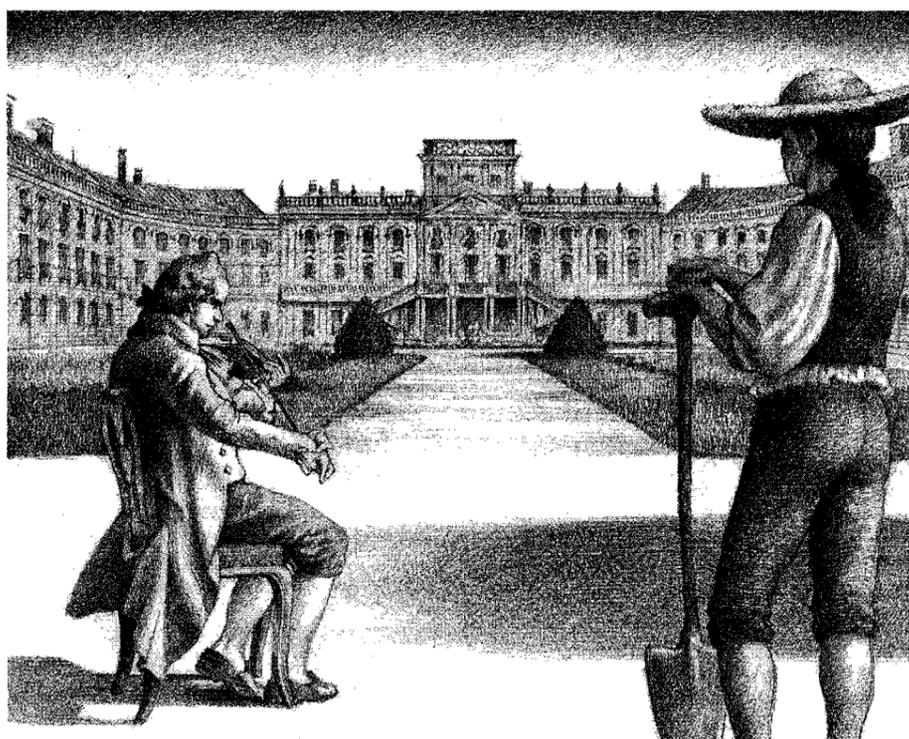
Miguel Artola (San Sebastián, 1923) es emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de Historia y ha sido presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse *La burguesía revolucionaria*, *Los orígenes de la España contemporánea* y *Antiguo Régimen y revolución liberal*.

La subordinación de los fieles al Pontificado y de los súbditos a la Corona eran vínculos universales, a los que todos los habitantes estaban obligados. La mitad o más de ellos estaban, además, sometidos a la autoridad de un particular y a la jurisdicción de un juez nombrado por él. A las dos manifestaciones del señorío –autoridad y jurisdicción– hay que añadir la propiedad del suelo habitado por vasallos y siervos.

Dentro de esta descripción caben todas las situaciones concretas, que pueden aparecer como distintas. La cantidad es un factor decisivo a la hora de matizar la realidad señorial. La importancia de las obligaciones distingue al vasallo del siervo, en tanto la explotación del suelo dio origen a dos estilos de vida. La apropiación del suelo es una de las preocupaciones fundamentales del Derecho y la sustitución del derecho de propiedad el medio más eficaz de cambio social. La conquista y la revolución dan origen a nuevas formas de sociedad.

La primera transfería la tierra al conquistador, que la distribuía de acuerdo con criterios personales o en función de la colaboración aportada por cada uno de los participantes. La propiedad de la tierra no era suficiente para extraer de ella los bienes necesarios para el mantenimiento de los conquistadores; era necesario aportar trabajo, y para ello no había mejor solución que completar la propiedad con la autoridad y la jurisdicción sobre los habitantes.

La versión más completa del señorío es la que comprende los tres elementos, aunque en el oeste de Europa era común la separación entre los elementos políticos y la propiedad. La forma de explotación del



FUENCISLA DEL AMO

suelo, directa cuando el propietario asume los riesgos económicos del cultivo, indirecta cuando cede por una renta el uso temporal de su tierra, divide a Europa en dos partes iguales: el occidente de los «propietarios» rentistas y el centro y este de los «terratrantes».

Huella de la acumulación

Todo señorío es una historia cuyos capítulos son las sucesivas donaciones y herencias, que han llevado a una situación. El origen del señorío se sigue sin dificultades a través de la acumulación de los «estados», que componen el señorío. Lo que contemplamos bajo el signo de la dispersión no es sino la huella de la acumulación.

Lo contrario de la acumulación es la dispersión, cuyos efectos negativos eran patentes para todos los que se sentían ame-

nazados por ella, como era el caso del que tenía que devolver una dote. La vinculación del patrimonio en beneficio de uno de los hijos (mayorazgo) no sólo servía para mantener el rango de la familia, sino que ofrecía posibilidades para los siguientes gracias a la influencia del primero, en tanto el reparto igualitario amenazaba con reducir el nivel de todos.

Antes de que la revolución pusiese de manifiesto que la mayor parte no compartía este discurso, se aprecia la resistencia social a una regla que en el oeste de Europa llegó a ser práctica habitual, en tanto en el centro del continente privilegio limitado y desconocida en Rusia.

La familia Esterházy es un caso límite de señorío del otro lado de Europa, dos circunstancias que hacen de él un término de comparación de particular interés. Aunque el apellido se documenta en el siglo XIII, el primer Nicolás, que devolvió a la familia al catolicismo y a la fidelidad a los Habsburgo, fue quien lo incorporó a la historia.

Un matrimonio ventajoso le proporcionó una base material, ampliada por el intercambio en 1621 de un castillo fronterizo por los estados de Foirschentein y Eisenstadt y el título de barón, que cambió por el de conde, fueron los momentos estelares de su vida. Su hijo Pablo consolidó su fortuna a través de dos interesantes matrimonios, y cuando los turcos evacuaron Hungría, la «Neoacquista Commissio» le atribuyó más de 56.000 Has. Elegido «palatino» por la Dieta entre los nombres propuestos por el emperador, asumió el gobierno del reino de Hungría. Leopoldo I

premió sus servicios con el título de príncipe del Imperio y Carlos VI lo hizo hereditario. En 1695 recibió el privilegio de fundar un mayorazgo («fideicomissum») con un patrimonio que, después de enajenar las propiedades más distantes en Transilvania, tenía 388.000 Has, repartidas en 29 estados.

La historia que Rebecca Gates-Coon, de la Biblioteca del Congreso en Washington, nos cuenta cubre el medio siglo que va de 1740 al 90, en el que los hermanos Pablo Antón y Nicolás Esterházy tuvieron la jefatura de la familia. En no más de 200 páginas, apoyadas con otras 75 de notas, ofrece una auténtica primicia gracias a la explotación de los fondos del archivo familiar, en poder de la familia, la parte austriaca, y del Estado, la de Hungría, única catalogada.

Todo un mundo

El carácter polifacético de su relato permite seguir la vida de la familia a través de sus funciones, intereses y obligaciones y los efectos de las reformas ilustradas. La riqueza de matices queda enmascarada por la sencillez de un relato, cuya exactitud y detalle sólo puede valorar el estudioso. Detrás de un texto de excepcional transparencia hay una exposición rigurosa, que ilustra con un ejemplo todo un mundo.

En el Antiguo Régimen, el servicio del rey era el único trabajo que un noble podía practicar y la gracia real era el único medio respetable de prosperar. Las circunstancias del servicio marcaban dos caminos: el ejercicio del poder político y, simultánea o alternativamente, el mando del ejército eran los dos empleos fundamentales, a los que se añadía para los segundones el servicio a la Iglesia.

Para los mayores, el servicio exigía importantes gastos, encerraba riesgos, en caso de fracasar, o por la ingratitud y las compensaciones podían hacerse esperar, aunque también podían ser opulentas. La nobleza húngara, a pesar de su fidelidad a los Habsburgo, encontraba un techo a sus ambiciones políticas en la corte, cuyas posiciones superiores estaban en manos de los austriacos.

Dentro de sus posibilidades, ambos Esterházy cumplieron con sus obligaciones, fueron embajadores, mantuvieron un regimiento a su costa y alcanzaron el empleo de mariscal. No hicieron carrera en la corte ni llegaron al mando de un ejército; fueron, en cambio, lugartenientes en el condado de Sopron, en la frontera con Austria.

A pesar de sus enormes medios materiales, que los separan del común de los terratenientes, los Esterházy ilustran una forma de vida para la que no es fácil encontrar nada comparable en el occidente de Euro-



En este número

Artículos de			
Miguel Artola	1-2	Gonzalo Anes	8-9
Francisco Marsá	3	José María Mato	10-11
Antonio García Berrio	4-5	Luis G. Berlanga	12
Carmen Iglesias	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Los Esterházy

pa. Apenas se hizo con Eisenstadt, Pablo hizo de la fortaleza el primer palacio sin defensa que se levantó en Hungría, y Nicolás invirtió 12 millones de florines en la construcción de Esterháza, un palacio de 120 habitaciones en medio de un jardín, que acogía, entre otros edificios, los teatros de la ópera y de las marionetas, una fastuosa «chinoiserie» a la que el príncipe calificó de «Bagatelle».

De noviembre a abril transcurría la temporada en Viena, donde se conserva el palacio de su nombre, un «pied à terre» conforme a la condición de su dueño. Terminado el invierno, los terratenientes marchaban al campo para cuidar de sus estados, sin renunciar por ello a una calidad de vida, que hacía de sus residencias un centro de reunión y un lugar para la fiesta y el espectáculo, para combatir la monotonía de la vida rural. La importancia de los servidores domésticos exigía una oficina que se cuidase de la contratación, retribución y pensiones.

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Las relaciones con los servidores patrilinos originaba, por una parte, obligaciones, que los príncipes atendían con regalos con ocasión de bodas y bautizos, en tanto se comprometían, por otra, a proporcionar educación y asistencia a quienes daban muestra de una capacidad superior. La vida en el campo se repartía entre el despacho de los negocios, al que atendían con razonable asiduidad, y las obligaciones sociales, en las que gastaban de acuerdo con el rango de sus visitantes.

Inversión en música

La música era la inversión en ocio más económica aun en el caso de tener bajo contrato a Haydn, que a lo largo de tres décadas ofreció a sus señores la primicia de más de 90 sinfonías y un número mayor de composiciones de cámara, compuestas a veces sin inspiración ni tiempo. Una orquesta formada por 22 instrumentistas y 15 cantantes de plantilla, además de un grupo menor que llevaba el nombre de «Harmonie», aseguraban una oferta musical abundante.

Antes de la construcción de la «Musikhaus», las familias de los músicos permanecían en Eisenstadt cuando la familia se instalaba en Esterháza. Por la prolongación de la temporada en el otoño de 1771, Haydn hizo llegar a Nicolás el disgusto de la orquesta al interpretar la «Sinfonía de los adioses», a la que el príncipe dio respuesta con la construcción de la residencia mencionada.

La contabilidad de la explotación agraria no ha sido calculada, aunque la renta media anual se estimaba en 600.000 florines, cantidad que les confería un honorable segundo puesto en la Monarquía de Austria, superados holgadamente por los príncipes de Luxemburgo. Para reunir estos beneficios era preciso que los administradores explotasen la tierra con el trabajo de los siervos, aunque todos sabían de su baja calidad.

La administración de los estados, centralizada en Eisenstadt bajo la autoridad superior del «Regent», contaba con dos tipos de oficinas: generales unas –archivo, contaduría y tesorería– y particulares las otras, en las que cada oficial se ocupaba de

las cuentas de uno de los estados. Oficiales inferiores, entre ellos uno o dos administradores por estado («Feldschaffer»), dirigían el trabajo de los campesinos y de los asalariados.

En el siglo XVIII se distinguía entre tierras «alodiales», calificadas de «nobles», de libre uso y exentas de contribuciones, circunstancia que explica el interés de los magnates por conservar la explotación directa; y «urbarial», en la que la propiedad, limitada por los derechos de los campesinos, recibía a cambio derechos señoriales. Como contrapartida de la exención fiscal de las tierras nobles, María Teresa determinó la naturaleza de las obligaciones de los campesinos mediante el «Urbarium» de 1767.

Unidad de explotación

La unidad de explotación campesina («session») se componía de casa, huerta y tierra de labor, que se comunicaban a los descendientes a cambio de un día de trabajo semanal con un buey y de dos días cuando sólo ofrecían sus manos. Los que tenían menos de un octavo de «session» contribuían con 18 días de trabajo al año, y los que no tenían ninguna tierra, con 12. Además del trabajo manual, los campesinos debían otras contribuciones. La autoridad era de los oficiales señoriales y el tribunal superior podía aplicar la última pena («jus gladii»).

La facultad de presentar candidatos para dirigir la comunidad campesina hizo de ellos servidores del señor más que repre-

sentantes de los siervos, sin que ninguna intervención real pusiese coto a sus decisiones, de forma que la única iniciativa que les quedaba fue la revuelta, que no tuvo la importancia de las de Bohemia y Transilvania.

El mundo de los Esterházy incluía otros grupos sociales distintos por su condición, como los artesanos y judíos. Aunque los judíos no tenían derecho a fijar su residencia en Hungría, había comunidades judías en siete de sus estados, que disfrutaban de una carta de protección («Schutzbrief»), que les aseguraba la permanencia y la continuidad familiar.

El estatuto de los judíos era distinto del de los siervos. Al no dedicarse a la agricultura quedaron exentos del trabajo compulsivo («robot»), en tanto contribuían al príncipe en fechas determinadas y a la Corona con servicios globales, en concepto de contribución de tolerancia.

Los judíos de los Esterházy no se distinguían por sus actividades de los de otros lugares; su ocupación habitual era el comercio y ocasionalmente el cobro de las contribuciones señoriales. Los marginales, vagabundos y gitanos fueron siempre una preocupación para los oficiales señoriales y los príncipes no vacilaron en acudir a medios radicales para asentarlos en la tierra. La persecución de la mendicidad y el destierro se utilizaron contra los primeros e incluso se pensó en dar a familias cristianas los hijos de los gitanos.

Para el curioso lector, el libro ofrece un relato lleno de colorido, en tanto para el historiador plantea un reto: la construcción de una historia comparable de un señorío occidental. □

RESUMEN

El señorío es una forma de organización política del Antiguo Régimen; es un territorio en el que un particular ejerce la autoridad y jurisdicción que la Corona ha delegado. Las formas de explotación hicieron que en la mitad

oriental de Europa –que es lo que abarca el libro comentado por Miguel Artola– la dependencia señorial tuviese un carácter distinto. Los terratenientes gestionaban sus patrimonios y asumían los riesgos financieros.

Rebecca Gates-Coon

The Landed Estates of the Esterházy Princes. Hungary during the Reforms of Maria Theresa and Joseph II

The Johns Hopkins University Press, Baltimore/Londres, 1994. 312 páginas. ISBN: 0-8018-4785-0.

SUMARIO

	Págs.
«Los Esterházy», por Miguel Artola, sobre <i>The Landed Estates of the Esterházy Princes</i> , de Rebecca Gates-Coon	1-2
«Análisis de la cortesía», por Francisco Marsá, sobre <i>La cortesía verbal. Estudio pragmatolingüístico</i> , de Henk Haverkaite	3
«Melancolía de final», por Antonio García Berrio, sobre <i>El amante del volcán</i> , de Susan Sontag	4-5
«Los indios y la protección de la Corona», por Carmen Iglesias, sobre <i>La Corona y la América del Siglo de las Luces</i> , de Gonzalo Anes	6-7
«Madrid, Villa y Corte», por Gonzalo Anes, sobre <i>Madrid. Historia de una capital</i> , de Santos Juliá, David Ringrose y Cristina Segura	8-9
«El genoma humano», por José María Mato, sobre <i>The Gene Wars: Science, Politics and the Human Genoma</i> , de Robert Cook-Deegan	10-11
«Las mil trastiendas del cine», por Luis G. Berlanga, sobre <i>Desde la última fila</i> , de Fernando Fernán-Gómez	12

Análisis de la cortesía

Por Francisco Marsá

Francisco Marsá (Portbou, Gerona, 1924) es catedrático de Filología Española y director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Barcelona. Es numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Es fundador y ha sido presidente (1986-90) de la Sociedad Española de Lingüística.

No es raro escuchar quejas sobre la actual decadencia de la cortesía. Buena parte de la juventud actual ignora que llevar a la derecha a un acompañante es señal de respeto y que es norma cortés ceder el paso o el asiento a otra persona por razón de edad, sexo o quebranto en su estado físico. Además de detallar las actitudes generales de buena educación (en la calle, en la casa, en la mesa, durante las visitas, etc.), los antiguos manuales de urbanidad prestaban también atención a ciertas fórmulas lingüísticas de cortesía. Ahora resulta curioso recordar la popular retahíla desencadenada por la gratitud de una dama:

- Muchas gracias.
- Usted las tiene todas.
- Es favor que usted me hace.
- No es favor, que es justicia. Etc.

A los que lloran la pérdida de tales fórmulas acaso cabría consolarles mostrándoles la pervivencia de no pocas manifestaciones de cortesía lingüística, más íntimas y sutiles que las viejas frases formularias, ya apenas eficaces de puro repetidas. Aunque no figuren en los catecismos ilustrados de antaño ni en los escasos manuales de conducta social de nuestros días, existen en los recovecos de todo sistema lingüístico abundantes recursos de expresión cortés. Y del estudio de la cortesía en el coloquio se ocupa precisamente el libro de Henk Haverkate, objeto de este comentario.

Su aparición no ha constituido sorpresa. Su autor, catedrático de Lingüística española en la Universidad de Amsterdam, tiene acreditada su dedicación al análisis pragmalingüístico de aspectos particulares de la cultura hispánica. Constituyen significativo precedente las dos obras relevantes del autor: *Impositive sentences in Spanish, Theory and description in linguistic pragmatics* (1979) y *Speech acts, speakers and hearers. Reference and referential strategies in Spanish* (1984). El primero, dedicado a un análisis sistemático de actos de habla indirectos, abre el camino hacia la investigación de aspectos particulares de la relación coloquial. El propio Haverkate ensayó la aplicación del método pragmalingüístico al ámbito de la ironía verbal (*Revista Española de Lingüística*, n.º 15.2, 1985) en un trabajo dedicado al estudio y clasificación de los actos de habla de contenido irónico, desde el punto de vista del hablante. La ironía sigue interesando a Haverkate, ya que en el nuevo trabajo que ahora comentamos vuelve sobre el tema para señalar que, a pesar de que la mayoría de los autores destacan el carácter negativo de la calificación irónica, ésta es compatible con la transmisión de cortesía; porque, aunque parezca una contradicción, hay casos en que «el significado literal negativo [de la expresión irónica] implica una valoración positiva de lo descrito» (pág. 208).

La reciente aportación de Haverkate sobre la cortesía verbal tiene, una vez más, especial interés para la lingüística hispánica, ya que toma la mayor parte de los ejemplos del lenguaje coloquial español o de autores de esta lengua (Cela, Delibes, Fernando Díaz-Plaja, García Serrano, Eduardo Mendoza, Alfonso Sastre). Es justo recordar que el tema de la cortesía en la lengua española ha-



EMMA FERNÁNDEZ

bía sido objeto de atención por parte de otros investigadores. Ya en 1929 publicó Werner Beinhauer su muy conocido tratado *Spanische Umgangsprache*. En la traducción y edición definitiva en español (*El español coloquial*, 1968) se dedica un capítulo de más de cincuenta páginas a la cortesía. El libro de Haverkate aprovecha ejemplos y opiniones de Beinhauer, pero es innovador en cuanto al planteamiento metodológico. Aunque ambos tengan un objetivo común —parcial en Beinhauer—, difieren en el tratamiento aplicado.

La lingüística actual presta atención a los hechos pragmáticos que intervienen en la comunicación y valora su incidencia en la realidad del texto. Esta actitud en los planteamientos lingüísticos ha favorecido la inclusión del conjunto de hechos referenciales que se dan en los actos de habla (circunstancias ambientales e intención de los interlocutores) en el ámbito de la lengua; lo cual, llevado a sus últimas consecuencias, permite orientar la reflexión sobre los recursos lingüísticos de la comunicación en la dirección adoptada por Henk Haverkate en todos sus estudios. El libro objeto de nuestro comentario no es tampoco el primero en aplicar el método pragmalingüístico a la cortesía verbal. En el trabajo titulado «Un ejemplo de metodología de filosofía analítica en la semántica lingüística: la cortesía y los actos verbales» (*Revista de Filología Española*, 8.1, 1978), María Luisa Rivero aborda ya la misma cuestión, aplicando un método semejante. Destaca la distinción entre significado hipotético y significado de cortesía, siendo éste «un sentido derivado por inferencias pragmáticas, o implicaturas conversacionales, que se relacionan con los actos verbales y sus propiedades. El sentido literal es el hipotético, el cual presenta una situación que no es actual y que se realizaría en un mundo de referencia diferente del actual» (pág. 86).

Haverkate ahonda en la cuestión y, sobre todo, sistematiza la presentación de los resultados. Por tratarse de una cuestión de doble vertiente —la cortesía y su manifestación lingüística—, pone de relieve el distinto rango de las reglas que rigen en cada una de ellas. Las reglas de cortesía conciernen al comportamiento humano, pero no al contenido básico de información. De tal modo que «una persona que actuara como si estas normas no existieran, violaría profundamente las convenciones inherentes a los buenos modales, pero lograría hacerse entender sin la menor dificultad»; pero «una persona que actuara como si las re-

glas gramaticales no existieran, no lograría hacerse entender» (pág. 15). Tras establecer el concepto de imagen y analizar el coste-beneficio en la comunicación verbal, el autor clasifica y analiza tanto los actos corteses como los no corteses, siempre atento a valorar la contribución de elementos fonéticos, léxicos y gramaticales puestos a contribución. Una de las partes más interesantes del libro es aquella en que se aborda el análisis lingüístico de las estrategias de cortesía.

Eficacia del condicional

El famoso «yo diría» con que tantos entrevistados inician sus respuestas se emplea para mitigar la fuerza de la afirmación que sigue, para atenuar la radicalidad de lo afirmado. Del mismo rango es el «[yo] querría» con el que el comprador se dirige al vendedor al iniciar la petición del producto deseado. La eficacia del condicional puede potenciarse con la interrogación («¿querría usted mostrarme su documentación?»), con la negación interrogativa («¿no podría usted alcanzarme la sal?») o añadiendo una partícula adverbial de duda («¿no aceptaría acaso almorzar conmigo?»). Ninguna de estas estrategias de mitigación son independientes del entorno extralingüístico del coloquio. En un ambiente de tensión o de confrontación, los ejemplos precedentes pueden convertirse en actos de habla no corteses e incluso provocativos. En tales casos el reflejo lingüístico afectaría a la entonación de la frase y a la intensidad de la voz.

La consideración de estos ejemplos (que nos hemos permitido añadir al caudal de los aportados por el autor) y de cuantos al lector se le ocurra incorporar dan testimonio del complejo entramado al que se enfrenta Haverkate en su intento de clasificación y fijación taxonómica. El hecho de que logre su objetivo en poco más de doscientas páginas acredita su capacidad de sín-

tesis. Pero, aparte del esfuerzo de sistematización, hay en este trabajo importantes aportaciones al campo de la reflexión sobre el contenido significativo de las palabras de cualquier lengua, siempre sometidas al influjo del ambiente circunstancial y de la intención de los participantes en el coloquio. En el plano cognitivo de la interacción lingüística, las estrategias de cortesía —junto con todas las demás, usuales en la relación coloquial— afectan a la representación léxica del saber lingüístico. O, como puntualiza el autor, «de la forma en que están estructurados los diccionarios de las lenguas naturales se desprende que es imposible indicar las condiciones necesarias y suficientes requeridas para formular una definición máxima y óptima del significado de las unidades léxicas» (pág. 211).

Se trata de un ensayo de aplicación de la pragmalingüística a un aspecto relevante de la comunicación coloquial. Ello obliga al autor a afrontar con soluciones la compleja trama de problemas que comporta aplicar a temas y lenguas concretos los postulados de las teorías innovadoras. En las páginas dedicadas por Haverkate al análisis lingüístico de las estrategias de cortesía queda claro que se trata de una cuestión todavía abierta. El propio autor reconoce que, «aunque no tiene intención de realizar un estudio exhaustivo, el libro sirve, en cierto modo, de repertorio general en el que el lector puede encontrar un repertorio ordenado de las principales estrategias de cortesía» (página 223). Y así es, en efecto. Como ya hemos indicado, el estudio se caracteriza por su esfuerzo taxonómico, la eficacia de los ejemplos y la capacidad de síntesis; pero en muchos casos se apuntan líneas de investigación —aunque sin ahondar en ellas— y no faltan atisbos de intención generalizadora. Es evidente que en no pocas ocasiones se renuncia a un mayor desarrollo del tema en aras de una deseada claridad. Pero, para el lector avisado, tan valioso puede ser lo que expone como lo que sugiere. □

RESUMEN

Aunque pudiera parecer que hoy día la cortesía, con todo su código de señales y manifestaciones externas, si no ha desaparecido, sí, al menos, ha entrado en una evidente decadencia, lo cierto es que perviven, más de lo

que se cree, normas de cortesía lingüística, como se ve en el ensayo de un hispanista holandés, especializado en el análisis pragmalingüístico de la cultura española, y del que se ocupa el profesor Francisco Marsá.

Henk Haverkate

La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico

Gredos, Madrid, 1994. 246 páginas. 1.525 pesetas. ISBN: 84-249-1652-2.

Melancolía de final

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las Universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido, además, profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Formación de la teoría literaria moderna*, *Introducción a la poética clasicista* y *Teoría de la literatura: la construcción del significado poético*.

Se diría que en los últimos quince años la novela internacional, si no la «gran novela» —que esa no parece que haya rebrotado en este espacio de tiempo con alguno de sus siempre inesperados retoños culminantes—, sí por lo menos los «best-sellers» novelísticos más diseminados, han sesteado confortablemente acogidos, entre otros apoyos y burladeros, a las modas temáticas del «revival» nostálgico masivo. De esa manera se han halagado tal vez los placeres íntimos de un tipo de coleccionismo «minimal», que resulta ser la única pasión-sucedáneo al alcance de las élites culturales masificadas de los dos primeros mundos.

Un aura espiritual es esta que acuna y explica fenómenos de la moda postmoderna, ahora ya sólo cómicamente agonizante, tan tediosos como podían ser la difusión del neoacademicismo figurativo ecléctico en algunas provincias del comercio en artes visuales, el rebrote perezoso del tematismo histórico nostálgicamente evocador y manierista en poesía y novela, sobre todo últimamente con el fervor de venta hacia relatos que son pretendidamente palimpsestos históricos. Por no poner esta vez ejemplos de nuestro propio país, siempre mucho más comprometidos y enojosos, mencionaré como la más vendida la cadena declinante de artefactos histórico-novelescos que viene produciendo la desenvoltura sagaz de Umberto Eco.

La gran novela moderna del final de este siglo se hace esperar, por tanto; y parece obvio que no la vayamos a anunciar aquí nosotros a propósito de *El amante del volcán*. Lo que no quiere decir que la novela de Sontag no sea, como lo es ade-

cuadamente inscrita en su marco, un libro interesante, atractivo y por momentos profundamente aleccionador.

No sé si es que, en el fondo, se tiene quizás por asumido que ya basta para este siglo con las grandes modificaciones del mito novelesco debidas al impulso genial de Kafka, Proust y, sobre todo, Joyce. Personalmente me parece, sin embargo, que, en gracia a las aceleraciones sociales y científico-tecnológicas de esta edad, no resultaría todavía abusiva para la sanidad de los espíritus alguna vuelta innovadora más en el torno creativo de la modernidad novelística; por ejemplo, una que encajara en fórmula de interés universalmente asumible los mecanismos experimentales —en su momento beneméritos, pero ya rígida y toscamente estructuralistas— de los ahora ancianos «nouveau-romanciers». Es ya demasiado asueto intelectual innecesario, demasiada relajación, para mi gusto, del tenso impulso progresivo en el arte y el pensamiento modernos, el que se lleva concedido a la involución variadamente autodenominada postestructuralista, postmoderna y hasta «débil», durante los últimos quince años.

El arte de Cervantes

Viniendo al propio caso actual de la novela en España, a quienes compartimos lengua pero no totalmente intertextualidad nativa o de elección con Borges, ni mitologías autóctonas con García Márquez, nos hubiera convenido obviamente, a la medida de la grandeza de nuestra tradición literaria nacional, la genialidad narrativa de un Joyce español. Para nuestra novela resulta, además, particularmente prioritario reverdecer, modificándolo, el arte de Cervantes; de modo semejante a como el esquinado genio irlandés reacondicionó para la mitología novelesca moderna la deslumbrante euforia imaginaria y verbal de su propio Shakespeare.

Más ampliamente se podría especular en la coyuntura de estas reflexiones sobre los modos posibles —las técnicas, los estilos y el universo poético de la imaginación— en que se habría de forjar la estofa artística moderna para el nuevo mito narrativo por nacer, tanto el internacional como, so-

bre todo, el nuestro y español. Tan interesante como evidentemente desproporcionado para la ligera conversación de una reseña. Lo que aquí corresponde, una vez esbozado ligeramente el marco cultural, es conectar todo lo que antecede con el cuerpo de la última novela de Susan Sontag, que sigue a *El benefactor* y *Estuche de muerte*, y que se ha divulgado en todo el mundo como un acontecimiento literario internacional, acorde con el éxito y la popularidad ya conquistados por la conocida pensadora moderna de la interpretación y sus contras y de las obsesiones mórbidas sobre el cáncer, el sida y sus respectivas metáforas vitales.

Personajes en busca de protagonista

Por más que la evidente deixis del título parezca seleccionar un protagonista: el pionero vulcanólogo inglés William Hamilton, embajador del reino de la Gran Bretaña en el de Nápoles durante las postrimerías del siglo XVIII y los años de tránsito al XIX, famoso coleccionista de pinturas y antigüedades romanas y etruscas, la convincente humanización literaria en la que va condensándose la construcción psicológica de varios personajes principales en torno a los centros de interés vital e intelectual de la autora produce en esta novela el interesante resultado de un cierto descentramiento y alternativa en el despliegue narrativo de la obra. Así es como asistimos a lo largo de la lectura, no a un caótico relajamiento de los poderes de focalización narrativa, sino a la renovación siempre interesante de los centros de intensidad protagonista, reorientada hacia la consistencia literaria de una serie de figuras personales, que Sontag convoca alternativa o sucesivamente. Es el caso del propio Hamilton y sus dos esposas: la fiel y retraída Catherine, delicado contrapunto de adoración conyugal sumisa al Cavaliere; y a partir de la segunda parte, la turbadora vitalidad algo salvaje de Emma Cadogan, aventurera y semiprostituta, hija de herrero, dueña de una incorrecta belleza sensual y, sobre todo, de una voluntad de mejora social que la irá encumbrando y dignificando sucesivamente. De ser la criada seducida

por el hijo del dueño a la torpe mantenida de aristócratas y apasionada amante de uno de ellos, Charles, sobrino y heredero del Cavaliere, por cuya conveniencia acabaría convertida en la deslumbrante veinteañera capaz de despabilar la siempre distraída llama sexual del viejo diplomático con su llegada a Nápoles.

La aguda curiosidad intelectual de acento particularmente postmoderno de Susan Sontag por los entresijos de la pasión más refinada del coleccionismo perfila principalmente el carácter de lord Hamilton, a quien en la novela se llama habitualmente el Cavaliere. Por lo mismo, el comprometido e inevitable posicionamiento de la autora sobre el papel de las mujeres en la historia determina la acentuación psicológica de la serie de figuras femeninas: los caracteres de Catherine y Emma centralmente, pero también las figuras nunca absolutamente secundarias de la madre-sirvienta de Emma, sumisamente cínica; y, sobre todo, sintomáticamente el de la intelectual revolucionaria Eleonora de Fonseca Pimentel —¿clave de la identificación personal de la propia Susan Sontag?—, alma de la República Partenopea, cuyas reflexiones históricas, ya en capilla para el patíbulo, cierran reveladoramente la obra.

Asimismo, en la línea de determinación de las reglas constructivas de la verosimilitud referencial de los personajes, será el principio fundacional en el discurso de la novela histórica el que venga a forzar la necesidad también predominante del tematismo del héroe real más alto de la crónica, en este caso el de Horacio Nelson, aquel otro gran hombre pequeño de estatura, como subraya con permanente ironía Susan Sontag bajo la sombra de un nunca mencionado Bonaparte. Un Nelson a quien en el relato lo descubrimos aplastado o izado sexualmente por la «mole» alcohólica y glotona en que va degenerando la belleza de su solícita anfitriona, enfermera y amante de Nápoles y Palermo, la embajadora Emma Hamilton.

Técnicamente, pues, verificamos, una vez más en esta obra, el principio de determinación entre el contenido intencional del argumento y el perfil psicológico de los



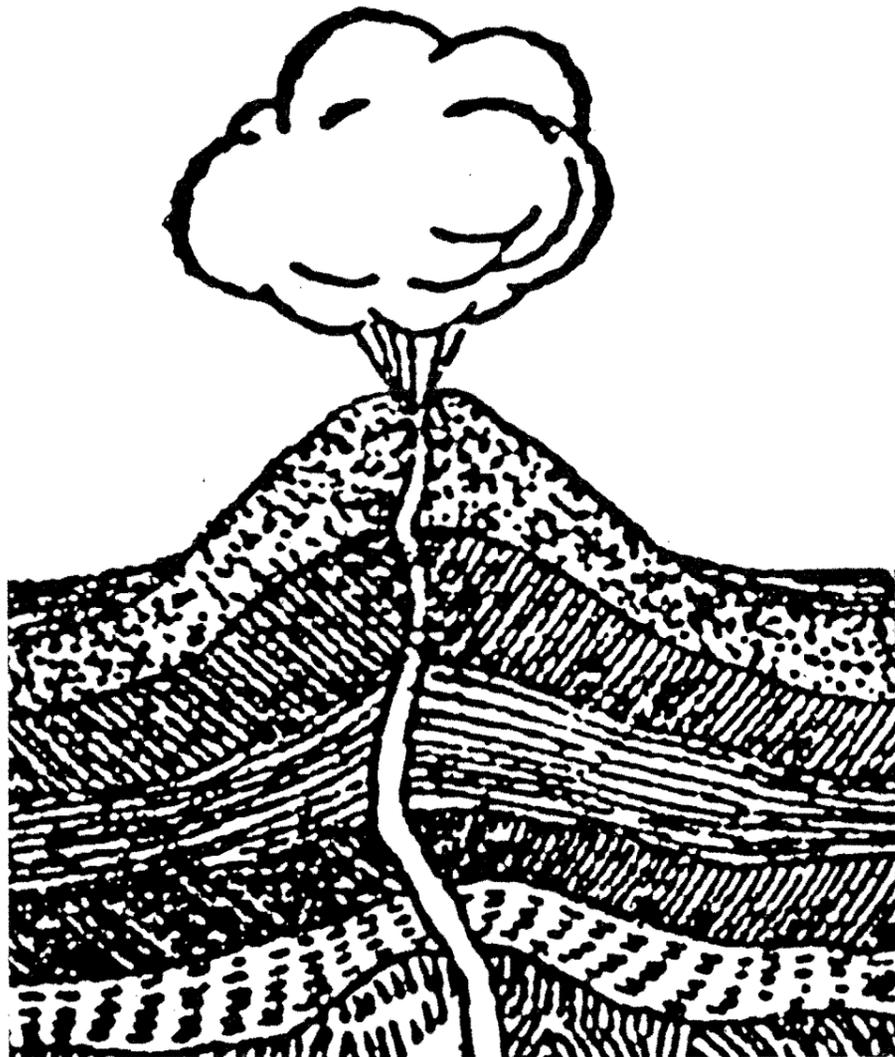
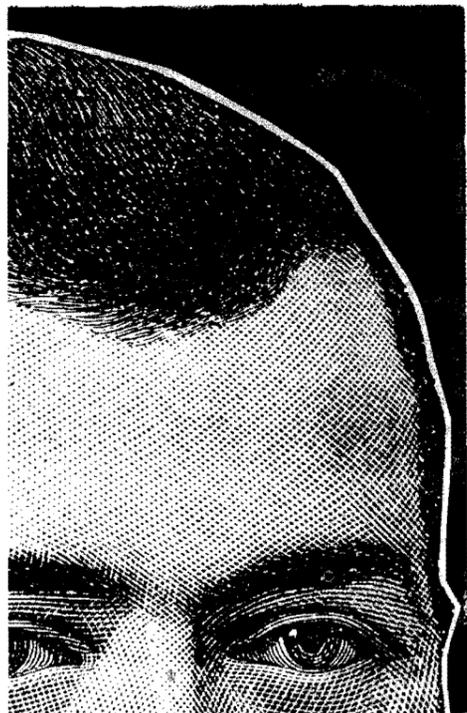
casta. Algunos observaron desde que se había ido, desaprobarción. Sólo lo la gente— estaban r, el hijo menor de un ey. a habían devuelto anqueado las ar-

ieva repisa diez arcas d ra la casa, cémbalo S as antes

per mien no, y el clav e, habían salido quince d e llegaría a Nápoles en dos me

ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

personajes en que aquél se despliega; cumpliéndose también fatalmente las condiciones literarias que son imprescindibles para la producción del interés novelesco, tal y como uno de los mayores teóricos de la novela en este siglo, el ya tan zarandeado Mijail Bajtin, lo ha simbolizado hablando del componente «ético» o de personificación de la materia o componente «referencial» de la novela. Es decir, las ideas y los conocimientos incorporados a la fábula de la novela se encarnan en «voces» de personaje, tales como, en el caso de nuestro libro, la difundida moda del coleccionismo entre los aristócratas ingleses de la época, las campañas navales de Nelson, la cultura y la intención feminista o no de Susan Sontag, sus reflexiones sobre la enfermedad y la muerte, etc. Lo peculiar, por tanto, de la modalidad literaria novelesca lo pondría esa «encarnadura» en personajes de las ideas y los contenidos referenciales; una personificación lograda únicamente en el texto verbal de la novela a través de medios de lenguaje y de diálogo, y cuya maestría especial completaría, según el propio Bajtin, el tercer componente del contenido novelesco, que él denominaba «estético».

Esta pugna técnica por el protagonismo en el mensaje del texto, que estamos destacando, y que la entablan entre sí los personajes de los dos bloques, hombres y mujeres, traduce por tanto el peso dividido de los intereses y las simpatías entre la autora y su público. El bloque masculino incluye a Hamilton, con su pasión de gusto tan favorecidamente postmoderno por el coleccionismo, y a Nelson como arquetipo heroico; mientras que frente a éste, el femenino lo formarían preponderantemente la fiel esposa Catherine, sumisa y dependiente, y la fascinante Emma con su pasión vital fatalmente arribista, que la destina también obligatoriamente a sucumbir ante la cumbre de la fascinación mundana del héroe Nelson. Quedan patentes, por último, en el texto, no obstante, las evidentes preferencias postmodernas de la autora por las pasiones masculinas «débiles»: el discreto afán coleccionista del Cavaliere, que en el relato de Susan Sontag se traduce en una fuente privilegiada de documentación y de penetración interpretativa, conectando con reconocibles preferencias de la moda actual, más que el protagonismo heroico actual-

mente devaluado de Nelson. En contraste con el predominio que conquista en el texto por sí misma la escasamente idealizada y crecientemente degradada figura femenina de Emma Cadogan/Hamilton. Y es que tal vez lo que resulte perceptible sean las simpatías y las reservas cordiales más íntimas de la autora hacia esa suerte de destino social e histórico fatal que han de asumir los cuerpos femeninos como el de Emma Hamilton, tristes objetos de determinación y de cambio, en el fondo, del caprichoso deseo masculino.

Las reglas del interés

Tal vez les convenga saber a los lectores cultos no especializados no sólo que el de la novela es, como a ellos les consta a diario, el género literario de moda desde el siglo pasado, el más leído y, por tanto, vendido, cultivado y, sobre todo, publicitado actualmente; sino, además, que la atención de la crítica literaria más especializada viene formulando también prioritariamente teorías complejas, o incluso alambicadas en la práctica, para describir formalmente los entresijos del texto y del mensaje novelescos. Y, sin embargo, pese a todo, las fórmulas creativas y teóricas de fondo para el arte de la novela siguen invariables, siendo el objeto común que todas sirven el que expresaba el título de un libro, ya no nuevo, de Charles Grivel: *La producción del interés novelesco*.

Yo mismo articulé hace ya algunos años la resultante de las reflexiones aludidas de Bajtin y Grivel en la fórmula general de que la novela ordena el virtuosismo mimético de las «voces», es decir, el discurso literario «estético» que humaniza «éticamente» las tesis e ideas en personajes, al servicio de la consecución del interés comunicativo de los lectores destinatarios de la narración. Para ello se ajusta el peculiar «mover» retórico de las propuestas autoriales de «valores» a las adhesiones y los rechazos de las simpatías y antipatías de los lectores. Un efecto, este último, al que yo denominaba entonces abiertamente, en espera de cualquier otra etiqueta afortunada, «estimación». Pero no quiero demorarme más en todo este marco teórico; aquí cuenta para los lectores, sobre todo, la atractiva historia de pasiones intelectuales modernísimas: la cul-

tura del museo o el feminismo, así como los conflictos sentimentales de pátina evocativamente romántica que narra Susan Sontag en *El amante del volcán*, con una corrección expresiva media inatacable y con no pocos momentos de penetrante hondura de la reflexión.

Va quedando ya claro, de todo lo que se ha dicho, que es un discreto discurso feminista lo que construye, en el fondo, el predominio de los intereses que se implican y afloran en la historia contada por Susan Sontag. Esto es seguramente lo principal y subyacente en la constitución intelectual de esta novela, así como en las consecuencias del despliegue narrativo de la fábula.

Discurso femenino o feminista

A la sombra del discurso femenino o feminista de Sontag es como se deben valorar, a mi modo de ver, las determinaciones del contenido en el texto e incluso muchos de sus recursos técnicos: las cuidadosas pautas textuales de paralelismo y anáfora inteligentemente diseminadas en esta narración moderna, que, sin embargo, nunca pretende ser técnicamente desconcertante. De esa manera: ¿es femininamente asimilable, en verdad, la sufrida sumisión de Catherine, o se trata más bien del subrayado de censura subyacente e irónica al modelo ideal de una visión masculina? La arrolladora pasión arribista de Emma, más impulsiva y neciamente vitalista, de superviviente a la medida del cálculo brutal de su propia madre, ¿es censura de la narradora bajo las trazas de la indudable repugnancia con la que se describe en la novela la metamorfosis car-

nal del cuerpo de la aventurera, en nombre de las propias convicciones femeninas de Susan Sontag; o bien es tal vez fruto de un astuto desplazamiento irónico de la mujer novelista a la censura del ideal predominante en una sociedad machista, que propugnaba el sojuzgamiento y la venganza para cualesquiera iniciativas aventuradas de cualquier mujer?

En mi opinión, el caviloso juego de la intelectual, necesariamente actualizada y feminista, que es Susan Sontag es lo que determina en el perfil de todos los personajes que pueblan *El amante del volcán* el efecto general de fatalidad obediente a la entropía histórica y al destino. Ese fondo obligatorio dictado y asumido por todos los personajes de esta novela histórica, como criaturas fijadas y determinadas desde una realidad ya inamovible en su discurso conocido. La narradora es muy consciente de que debate con todos sus lectores: así, el parámetro sexual de tan fuerte incidencia en el punto de vista de la propia codificación autorial femenina y de la descodificación lectora, masculina y femenina, me parece a mí especialmente responsable del fondo de pluralidad intelectual y afectiva con que se forjan y constituyen los personajes, los hombres y las mujeres, en esta historia sobre la fascinación del amor. Sobre paisajes evocativos, históricos y naturales del reino de las Dos Sicilias y del Vesubio, y sobre la melancolía, tan cultivada en la poética manierista postmoderna de estos relatos históricos y con predominio femenino, del tránsito entre esplendor y ruina, entre el fulgor de la vida y su implacable acabamiento y término. Esa melancólica fatalidad de final de la historia, que Frank Kermode ha elevado, sagazmente, a formante fundamental de las mejores narraciones literarias. □

RESUMEN

Aunque vivamos en una época, recuerda Antonio García Berrio, en la que la gran novela moderna del final de siglo se hace esperar (como si se diera por satisfecho el siglo XX con las grandes modificaciones narrativas de

Kafka, Proust o Joyce), siguen apareciendo libros en los que el interés novelesco permanece vivo, como es el caso escogido por el comentarista: la última novela, *El amante del volcán*, de Susan Sontag.

Susan Sontag

El amante del volcán

Alfaguara, Madrid, 1995. 427 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-202-2854-X.

Los indios y la protección de la Corona

Por Carmen Iglesias

Carmen Iglesias (Madrid) es académica de número de la Real Academia de la Historia y catedrática de Historia de las Ideas Políticas y Sociales en la Universidad Complutense. Es autora, entre otros títulos, de: *El pensamiento político de Montesquieu. Política y ciencia natural. La máscara y el signo: modelos ilustrados. Los cuerpos intermedios y la libertad en la sociedad civil e Individualismo noble e individualismo burgués.*

Desde su primer gran libro, *Las crisis agrarias en la España Moderna*, a este que hoy comentamos, Gonzalo Anes ha acumulado una larga bibliografía fundamental sobre el siglo XVIII español, de obligada consulta para estudiosos e interesados. En ella ha sabido aunar su oficio de investigador paciente y minucioso, conocedor como pocos de archivos locales y parroquiales, aparte de, por supuesto, los nacionales e internacionales, con una brillante exposición y una capacidad de transmisión clara y bien escrita. Como es sabido, fue pionero de una nueva metodología y una nueva visión de la historia económica que contribuyó, de forma muy señalada, a abrir nuevos caminos historiográficos de gran fecundidad. Por la misma razón, la obra de Anes ha obligado a modificar muchos tópicos establecidos sobre el siglo ilustrado, y aun sobre el XVII, a romper con determinados estereotipos y a desechar algunas grandes esquematizaciones que acababan asfixiando la compleja realidad histórica.

Por lo demás, sus investigaciones y publicaciones abarcan tanto el análisis de unas estructuras de larga duración como la preocupación por las figuras concretas que «pensaron» y vivieron esas estructuras, de manera que logra evitar el riesgo que Henri Marrou señalaba como desvío o sesgo de muchos historiadores, quienes podían acabar centrándose en los problemas que vivieron los hombres en un contexto determinado y olvidar a «los hombres que pasaron por esos problemas». Tanto en sus obras más especializadas como en las de síntesis, la comprensión y mirada profundamente histórica de Anes nos hace reconocer a las personas reales que vivieron en cada época en un sistema de valores y en una organización social y económica concreta, y que tuvieron que enfrentarse a problemas y cambios a los que intentaron dar solución de acuerdo con su tiempo. Y la dieron, como nuestra propia época ahora, tanteando, equivocándose, acertando a veces, dejando inevitablemente al futuro puertas abiertas y callejones sin salida.

Preocupación constante de la Corona

El libro que nos ocupa hoy es paradigma de cuanto vengo diciendo. Anes traza en él, a través de siete densos y amenos capítulos, un perfil de la América hispana en el siglo XVIII, y de la preocupación constante que fue para la Corona el Reino de las Indias, nunca considerado como colonia en el sentido anglosajón o moderno del término, sino como una parte más de la Monarquía, en pie de igualdad los derechos de sus súbditos con los de Castilla o Aragón.

Jamás hubo en Indias un «ejército de ocupación», y mucho menos —en esos tres siglos, antes de la independencia y de la gran división de la América hispana— un ejército como brazo armado del poder político. Las reducidas guarniciones peninsulares tuvieron generalmente un carácter defensivo frente a la apetencia del exterior —Inglaterra, Holanda, Francia—, y sólo podían ser operativas



JOSE MARÍA CLEMEN

con la cooperación e incorporación de los propios americanos. (De hecho, y como es sabido, cierta promoción social de los pardos y los morenos, en la compleja sociedad de castas de la América del XVIII, se hizo a través de la posibilidad de su incorporación a las unidades de milicias y todas las reformas, tan importantes, de las fuerzas armadas en el siglo XVIII en todos los reinos de la Corona, orientadas a la formación de un ejército profesional, facilitaron, a pesar de privilegios e inmunidades, una movilidad social vertical en función de méritos personales de los individuos que en ellas ingresaban.)

Esta ausencia de «ejército de ocupación» explica, en parte, la constante preocupación legislativa de la Corona. Como muy bien expone Anes en su libro, las posibilidades de acción de la Monarquía radicaban en ese consenso: en la labor de legislar y hacer, en la medida de lo posible, que se cumplieran las leyes.

Ello va unido además a que, desde el primer momento, como sabemos, se pone en tela de juicio la idea misma de colonización. Como dice Elliott, «honra a España haberse interrogado desde un principio sobre el sentido mismo de la empresa de colonización y haber intentado dar respuestas adecuadas». Desde el sermón de Montesinos hasta los escritos apasionados de Bartolomé de las Casas, pasando por Vitoria, Soto, Suárez, todo el pensamiento oficial y más potente de los siglos XVI y XVII es claramente anticolonialista. Rechaza, incluso ya entonces, la idea de tutela de un pueblo sobre otro y afirma el derecho de libertad e independencia de todos los pueblos y la dignidad humana de sus habitantes. Y el poder político, desde los Reyes Católicos y Carlos V a las reformas borbónicas y a las ideas y movimiento ilustrado del XVIII, apoya siempre

ese pensamiento anticolonialista y establece medidas legislativas y administrativas para que se haga realidad.

El desajuste con ésta y los conflictos perennes de la Corona con los colonizadores primero, y luego con las propias oligarquías americanas criollas, es otro problema y muestra la complejidad de unas situaciones históricas y sociales que no se pueden despachar con ningún anatema simplificador.

Medidas liberales legislativas

Anes analiza, fundamentalmente en los dos primeros capítulos de su libro, las disposiciones legales, los fundamentos doctrinales y el pensamiento de los hombres de gobierno y los ilustrados del siglo XVIII, para demostrar que las medidas legislativas que se tomaron en esa época fueron generalmente liberales, es decir, inspiradas por las ideas de los fisiócratas y de Adam Smith. Rompe así varios de los tópicos que sobre el período americano circulan sin fundamento. Demuestra asimismo que los escritores mercantilistas de la segunda mitad del XVIII, incluso si algunos de ellos fueron también hombres de gobierno, no pudieron nunca imponer sus teorías con éxito.

Precisamente la flexibilidad y el famoso «se acata, pero no se cumple» habían caracterizado siempre el mundo americano, especialmente si se refería a los asuntos económicos. Cuando la infracción beneficiaba al común, se permitió siempre la contravención, por ejemplo, con la permisividad para el comercio extranjero que surtía a villas y ciudades americanas más barato y en mejores condiciones. Esa flexibilidad, en el siglo XVIII, se une a un pragmatismo y sentido de la realidad, que encontramos también en las reformas que se realizan en la

Península, y que además se encuentra todo ello reforzado por las ideas de libertad de comercio, así como por la preocupación fundamental de la Corona de «protección a los indios».

Buena parte de las reformas eclesásticas y laicas que se llevan a cabo en el XVIII —enraizadas las primeras en un regalismo en ocasiones bastante radical y que lleva a los Borbones a distintos enfrentamientos con la Curia, por problemas de distribución de rentas desiguales eclesásticas, de inmunidad y asilo, etcétera— tienen que ver, por un lado, con mejorar la libertad de comercio (y, en general, la libertad de mercado, en línea con las tendencias europeístas) y, por otro, en seguir protegiendo a los indígenas, de manera que esa libertad no se convirtiera para ellos en una mayor explotación.

Desde luego, muchas veces no se consigue ese objetivo. Pero Anes estudia largamente todo el problema de manufacturas y obrajes en América (capítulo IV), para mostrar cómo se impulsó constantemente el establecimiento de fábricas en las Indias, al tiempo que las prohibiciones específicas que se realizaron estaban dirigidas exclusivamente a aquella protección de los indígenas, siempre la máxima preocupación de la Corona.

Evitar maltratos y agravios

Por ello, la afirmación de que estaban prohibidos los telares en las Indias hay que inscribirla en este contexto de protección. Las Reales Cédulas, que se repiten a lo largo de los Austrias y de los Borbones y que Anes documenta y transcribe oportunamente, buscaban evitar «el mal trato y agravios que sufrían» los indios, cuyas quejas llegaban hasta el soberano. Y así, se llegaba a decir que «importaba menos que cesase la fábrica de paños que el menor agravio que pudiesen recibir los indios» (págs. 24-25, nota). Los indios habrían de gozar «de la misma libertad que los españoles» (pág. 105) y una y otra vez se insiste sin descanso en la ilegitimidad de los «trabajos forzados» de los indios en los obrajes.

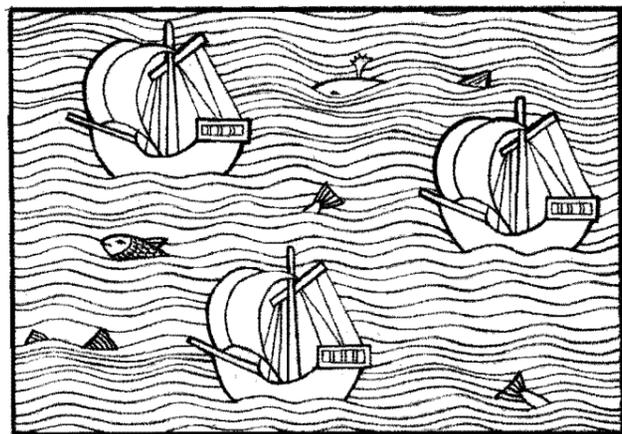
Son siempre significativas las referencias del barón de Humboldt, no precisamente un proespañol, quien en su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* escribe a este respecto:

«Se conoció desde el principio que estos inmensos países, cuya costa está generalmente menos habitada que lo interior, no pueden gobernarse como pequeñas islas derramadas en el mar de las Antillas. De esto ha resultado una legislación más justa que la que se observa en el gobierno de las demás colonias del Nuevo Continente; en estas últimas no es permitido, v. gr., el refinar el azúcar, y así es que el propietario de una plantación tiene que volver a comprar las producciones de su propio suelo al fabricante de la metrópoli; mas no hay ley alguna que prohíba el refinar el azúcar en las posesiones de la América Española» (pág. 106).

La comparación de las dos Américas —la hispana y la anglosajona— en estas cuestiones aparece en distintos problemas, iluminando con claridad la distinta concepción de las posesiones de una y otra. Nunca se legisló para la América hispana como colonia, en el sentido británico del término: todos los súbditos de la monarquía hispánica tenían los mismos derechos y éstos se protegían especialmente en el caso de los más desfavorecidos, como los indios.



Viene de la página anterior



JOSÉ MARÍA CLEMEN

Anes estudia también este mismo proceso en el comercio tanto exterior como especialmente interprovincial, donde siempre la legislación tuvo tendencia a ser más liberal (pág. 112). Por lo demás, las distintas situaciones de una y otra América, la hispana y la anglosajona, no sólo se enraizan en concepciones de inclusión-exclusión dispares, sino también en situaciones de raíz muy diferentes. Tanto incas como mayas eran hábiles tejedores y habían tenido manufacturas de algodón y telas de vicuña; nunca se interrumpió por prohibiciones esas manufacturas. Y no sólo las textiles.

En cualquier caso, el desarrollo y crecimiento, tanto en población como en economía, se dio claramente en la Península como en América —acorde con el tirón de la demanda general y del crecimiento europeo—, y especialmente el gran desarrollo comercial en España e Indias, entre 1783 y 1793, hasta el estallido de la guerra, fue importante y decisivo para aquellas regiones.

Tendencias centralizadoras tradicionales

Acorde con ese desarrollo, Anes analiza asimismo las reformas de la administración de Indias que se llevaron a cabo con la entronización de la dinastía borbónica. Las tendencias centralizadoras y racionalistas que inspira la nueva Monarquía (en sintonía con el desarrollo general europeo) se plasman en la América hispana a través principalmente de las medidas de José de Gálvez y con la aquiescencia de los criollos. Se mejora la organización militar, se reforman distintos niveles de la administración, se implanta poco a poco el régimen de intendencias, más decisivo en Ultramar que en la Península. Humboldt da también su testimonio sobre esta cuestión:

«Las pequeñas vejaciones a que estaba continuamente expuesto el cultivador, de parte de los magistrados subalternos, así españoles como indios, se han disminuido infinito por la vigilancia activa de los intendentes. Y los indígenas empiezan a gozar de los beneficios que les habían concedido las leyes, suaves y humanas en general, pero de cuyo efecto se les había privado (...). Prosigue sobre el acierto de las personas elegidas para tales cargos de intendentes, de manera que señala que «entre los doce que había en Nueva España en 1804 no se contaba ni «uno solo a quien el público acusase de corrupción o de falta de integridad»» (pág. 54).

El capítulo dedicado a «La sociedad indígena y sus cambios en el Siglo de las Luces» (el III) es un estudio sobre el fenómeno del mestizaje en la América española y la sociedad de castas que se establece en los países americanos (una política de separación racial que se implanta asimismo para protección de los indios), pero que, por la pro-

pia fuerza del mestizaje y por una cierta movilidad social, consecuencia del crecimiento general económico y demográfico, a fines de siglo empieza a entrar en franca disolución. Aunque, naturalmente, los prejuicios sociales y las resistencias mentales vayan siempre muy por detrás de los hechos reales.

Las Encomiendas y su final legal, el problema de la mita y los mitayos y otros derechos que se exigían a los indios y «que convenía que se moderasen» son objeto de sucesivas legislaciones hasta su abolición final en las Cortes de Cádiz. Hay un interesante epígrafe sobre el comercio de negros y la esclavitud. Hay que recordar de nuevo el contexto histórico general. Cuando en la Convención republicana, en plena Revolución francesa, siguiendo las directrices del abate Grégoire, se plantea el fin de la esclavitud en las colonias francesas —cosa que no se acordó finalmente—, Danton se levanta en la Asamblea francesa y con su vibrante discurso se apoya en las citas de Montesinos, de Las Casas, a los que nombra expresamente, así como en los argumentos sobre la dignidad de los hombres para aplicarlos ahora no sólo a los indios —como habían hecho los citados—, sino por primera vez a los esclavos negros. Pero son los argumentos anticolonialistas españoles los que les dan la base de su exigencia de abolición y los que contribuyen a servir de base para la afirmación de los derechos innatos de todos los individuos.

Finalmente (capítulos V y VI), el libro de Anes recorre las brillantes ciudades y la vida urbana en la América hispana, así como las importantes expediciones científicas que se llevan a cabo en el XVIII. Respecto a las ciudades —ese «fenómeno único de fundar ciudades durante tres siglos», que lleva a cabo la Corona—, el siglo ilustrado refuerza el cuidado urbanístico, la higiene, el alumbrado, las alamedas y paseos, la «sociabilidad» de las plazas mayores. El desarrollo de las ciudades y de la población en ellas es innegable en el siglo. Y decir ciudad es decir avance civilizatorio. Y avance posible de libertad y de las Luces en el contexto occidental moderno. Universidades, Sociedades Económicas de Amigos del País, tertulias, colegios, periódicos, vida intelectual, siempre se desarrollan en las ciudades.

Tradición científica

En las expediciones, principalmente realizadas bajo Carlos III y Carlos IV —salvo la de Límites, bajo Fernando VI—, llama Anes la atención sobre la preocupación principal hacia las ciencias naturales, hacia la botánica —con aplicaciones prácticas en la agricultura, en la medicina y en otras ciencias—, más que por la descripción de los territorios y el levantamiento de mapas y planos, aun cuando esta actividad tampoco se descuide. (Quizás esta inflexión está enrai-

zada también en la tradición científica española. A este respecto, José Antonio Maravall Casesnoves señalaba que la ciencia renacentista española estaba más inclinada hacia la experimentación, hacia la experiencia y la utilidad, que hacia la abstracción matemática. Ello hacía que muy tempranamente se hubiera podido contar con naturalistas, médicos, botánicos, y esa huella de la experiencia concreta era visible en el propio arte español, donde el naturalismo y esa preferencia por lo concreto frente a la abstracción era también manifiesta, según estudió también Díez del Corral en su libro sobre Velázquez. Pero precisamente la revolución científica iba a ir por otros derroteros: la ciencia moderna, la nueva ciencia de Galileo y Newton, se apoyaría en la matematización del universo, contrastando desde luego esas hipótesis matemáticas con la experimentación real, pero alejada de lo que era la clasificación y descripción naturalistas. Dicho de otro modo, estaría más cerca lo español de un Bacon que de Galileo.)

Resumen del siglo

Hay significativamente un último e interesante capítulo sobre «La especialización en minería y en agricultura tropical: sus resultados económicos y civilizadores», uno de los más decisivos núcleos de la reforma económica en el siglo XVIII y que, como señaló en su día Céspedes del Castillo, supuso «el único caso en que las reformas intentaron elevar colectivamente a un grupo social completo». Una especie de resumen del siglo, en donde Anes, sin decirlo expresamente y de una manera elegante y documentada, señala las ventajas de unas políticas económicas liberales, en contra de utopías autárquicas —siempre retardatarias y obsesionadas por la no dependencia— (como si en este complejo mundo pudiéramos no depender unos de otros). Hay, a mi parecer, una sutil ironía en su bien cuidada escritura ante tantos doctrinarios —del siglo XVIII y de siempre—, que consideran que «la idea de que los empresarios —dedíquense a la agricultura, a la industria o al comercio— puedan invertir no por el estímulo de ganar dinero, sino de fa-

vorecer a sus compatriotas, trabajando en aquellas actividades que los escritores juzgan las mejores, puede llevar a que se prefiera el «mal de muchos»» (pág. 183). Es una de tantas variantes de «cuanto peor, mejor», algo que gusta mucho a los extremos y a los doctrinarios. Es también la imagen tópica de que el interés privado, particular, es intrínsecamente malo o egoísta.

Apoyando la crítica de Anes a este doctrinarismo y a la idea subyacente de que la naturaleza o condición humana no es angelical, pero tampoco demoníaca —y por tanto que el interés general o pasa por el interés particular o se convierte en un infierno más o menos totalitario—, habría que recordar, con respecto al trabajo de los indios, lo que algunos frailes y teólogos del siglo XVI habían aprendido de Aristóteles y repetían: que «es el cariño por los bienes privados el que hace trabajar a los hombres». Así, pensaban que la solución era que los indios tuvieran sus propias parcelas, en contra del sistema comunitario que habían conocido siempre y que les mantenía en la misma pobreza igualitaria. Que debían recibir salario por su trabajo, salario en dinero. Había, pues, una concepción del «hombre económico» que repugnaba a personas como Las Casas, que seguían la doctrina de la pobreza evangélica. Una cuña, pues, de la economía de mercado en una sociedad de órdenes; un mundo, el europeo y el español, que está entrando en el mundo del tiempo pagado por salarios y medido por reloj (algo muy diferente de la sociedad ideal evangélica y del mundo ceremonial y ritual del trabajo en la sociedad amerindia).

En definitiva, Anes ha trazado en este libro el perfil de una América española en el siglo XVIII, contrastándola con la anglosajona de la misma época, que nos conduce a la reflexión de las diferentes raíces entre una y otra, pero a la evidencia de una situación en el XVIII que, con todos sus desajustes, no era desfavorable para la modernización de la América hispana en el porvenir. Si ello no ocurrió así, quizás haya que dirigir los interrogantes no sólo hacia el pasado, sino hacia el propio siglo XIX y los traumáticos acontecimientos que en la Península y en América rompieron la vinculación de la antigua monarquía hispánica. □

RESUMEN

Dentro de la atención predominante que Gonzalo Anes viene dedicando a la historia y a la economía del Siglo de las Luces, habiendo abierto así, como recuerda Carmen Iglesias, nuevos y provechosos caminos historiográficos, se ocupa Anes en esta ocasión

de trazar un perfil de la América hispana del siglo XVIII y de la preocupación que por ella tuvo siempre la Corona; ya que aquellas tierras nunca fueron consideradas como colonia en el sentido anglosajón o moderno del término.

Gonzalo Anes

La Corona y la América del Siglo de las Luces

Marcial Pons-Asociación López de Gómara, Madrid, 1994. 185 páginas. ISBN: 84-7248-231-6.

Madrid, Villa y Corte

Por Gonzalo Anes

Gonzalo Anes (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense, académico de número de la Real Academia de la Historia y obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Historia. Ha publicado, entre otros, los libros: Las crisis agrarias en la España Moderna, El siglo de las Luces y La Ley Agraria.

En estos últimos años han experimentado gran auge en España los estudios de historia local y de regiones, fomentados por los gobiernos autonómicos y también por una demanda interesada por lo particular y propio.

El libro *Madrid. Historia de una capital* pudiera incluirse en ese conjunto de publicaciones si no coincidieran en la villa el localismo y el universalismo, al convertirse con Felipe II en la residencia de la Corte.

A pesar de la complejidad que presentaban el estudio y la exposición escrita de la historia de Madrid, no se quiso acudir a la solución de que varios historiadores proporcionaran monografías que permitieran, desde distintos enfoques, dar, entre todas ellas, una visión general del pasado de la Villa y Corte. El director de la obra, Santos Juliá, prefirió elegir a dos especialistas: Cristina Segura, para el Madrid medieval, y David Ringrose, para el Madrid de la Edad Moderna. Ambos son conocidos por sus publicaciones anteriores sobre la ciudad. El director de la obra se encargó de la historia contemporánea de Madrid.

El estudio del Madrid medieval arranca desde la descripción de la fortaleza musulmana situada en el altozano que ocupan hoy el Palacio Real, sus plazas y sus jardines, que acabó dando nombre a la Medina -Mageritah, Matricen, Mayrit- que se fue formando en torno a ella, y concluye con el acontecer en la ciudad de comienzos del siglo XVI. Cristina Segura se pregunta si al elegir Felipe II Madrid como capital pudo haber influido en él algún hecho que tenga su origen en siglos anteriores. Trata de averiguarlo, partiendo de que Madrid, desde sus orígenes, en el siglo XII, fue una pequeña villa fortificada, como tantas otras. Señala que desde la incorporación del valle del Guadalquivir a Castilla cambió el papel que venía desempeñando el núcleo urbano. Los monarcas se sentirán atraídos por los montes próximos a la villa, sobre todo por el del Pardo. Desde Pedro I, residirán temporalmente en Madrid para dedicarse a la caza. La residencia regia en la villa, aunque sólo ocasional, explica que comenzaron a reunirse y a celebrarse Cortes en ella y que aumentara la frecuencia de este acontecimiento, tal vez también por el hecho de la equidistancia entre el Norte y el Sur del Reino de Castilla. La situación central hizo que la villa, al estar «lejos y cerca de todas partes», gozara de un especial favor de los monarcas, atraídos también por el hecho de que no había bandos enfrentados en ella, al no residir allí familias de la alta nobleza. Madrid era entonces, después de haber perdido valor estratégico al haber incorporado el valle del Tajo al reino castellano-leonés, una ciudad más, con su alfoz y su organización municipal, que nace con lentitud, y en la que aumenta el número de sus iglesias, con sus torres.

Cristina Segura hace una detenida exposición de cómo se fue organizando administrativamente la ciudad: del contenido del fuero; del concejo; del regimiento y de la jurisdicción que el concejo madrileño ejercía en el alfoz. Gastos e ingresos de la Hacienda Municipal son objeto también de detallado examen, lo mismo que las relaciones que mantenía la villa con la Corona. La frecuen-

cia en la celebración de Cortes en Madrid -1309, 1329, 1391, 1393, 1419, 1433, 1435, 1528, 1534- parece anticipar el destino futuro de la villa como capital de la Monarquía.

David Ringrose es autor de libros y trabajos en los que Madrid desempeña el papel protagonista. Concede a la Villa y Corte la importancia que le daba el hecho de ser la residencia de un soberano que lo era también de Castilla y de otros reinos, señoríos y territorios situados en diversas tierras de Europa, de América y de Oceanía. Utiliza para referirse a ese conjunto la expresión -poco exacta y afortunada- de «imperio español».

Capital de gran parte de Europa

Plantea la cuestión de que Madrid era una capital, como residencia del Rey y de su corte -junto con los Reales Sitios-, y señala que, «en modos sutilmente distintos», Madrid era la capital de Castilla, de los reinos peninsulares que llegaron con el tiempo a formar el Reino de España «y de un inmenso imperio colonial». Considera que los territorios de ultramar eran una colonia, sin detenerse a examinar la vinculación que, con la Corona, mantenían los habitantes de aquellos territorios organizados en virreinos que llegaron a recibir la denominación de Reinos de Indias. Madrid, como residencia de un soberano que lo era de tantos reinos y señoríos, fue también, hasta comienzos del siglo XVIII, «la capital de gran parte de Europa, incluidos Portugal, hasta 1640, los Países Bajos y los territorios italianos». Esta peculiar atribución de la capitalidad «de gran parte de Europa» a la villa de Madrid se debe a aplicar a las realidades políticas de los siglos XVI al XVIII los conceptos que se formularon de acuerdo con las situaciones a que llegaron en el siglo XIX las potencias que formaron imperios coloniales. La realidad es que los reinos y señoríos de que era soberano el Rey de Castilla en los siglos XVI al XVIII no formaban un imperio al estilo de los que fueron calificados de «coloniales» en los siglos XIX y XX, por lo que Madrid no fue ni podía ser su capital.

Ringrose explica -de acuerdo con lo ya expuesto en sus libros- que Madrid, como capital de la Monarquía y como ciudad situada en el centro de la Península, mantenía relación con las provincias circundantes, caracterizadas por tener recursos agrícolas escasos y por una población rural dispersa y por un transporte caro. Mantenía relaciones también con las zonas litorales más dinámicas, dificultadas por la deficiencia de los medios de transporte y por los malos caminos, agravado todo ello por la mayor distancia. Las relaciones existentes entre la ciudad y las comarcas interiores y las periféricas no diferían de las que mantendría una ciudad europea «típica». La diferencia fundamental con esa ciudad europea «típica» la constituía, para Ringrose, el hecho de que Madrid estaba también en el centro de una red -inmensa, complicada y, muchas veces, vagamente definida- de instituciones que ejercían autoridad moral y dominio político en un ámbito mundial. Afirma Ringrose que Madrid, simultáneamente, «era centro de atención de numerosos entramados extraoficiales de interacción aristocrática, burocrática, familiar, comercial y popular». Las que él llama «estructuras oficiales y extraoficiales» afirma que eran «contiguas», ya que las mismas personas participaban en «ambos sistemas al mismo tiempo».

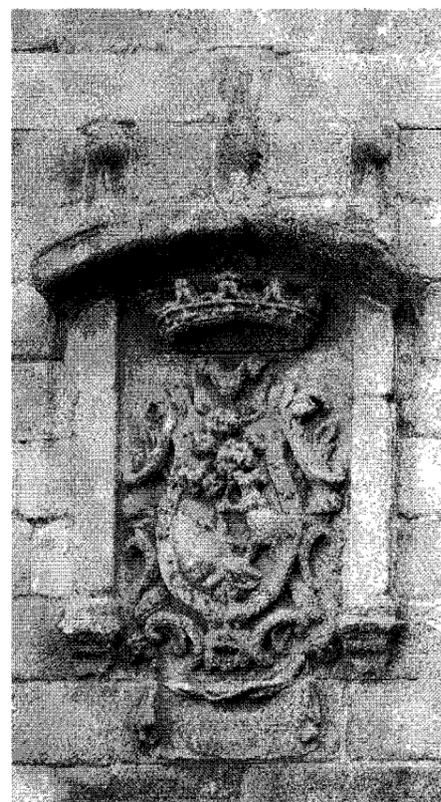
Los ceremoniales utilizados en la entrada de los reyes en la Corte reflejan bien la existencia de una cúspide social y política: la Corona, la nobleza, la burocracia, el Ayuntamiento (relegado porque, en Madrid, cor-

te-capital, venía a ser una corporación más) y los Cinco Gremios Mayores. Utiliza el ceremonial que rigió la entrada de Fernando VI y Bárbara de Braganza, análogo a los anteriores. Subraya el hecho de que la Corona gastaba en Madrid mucho más de lo que recaudaba en la ciudad y en los Reales Sitios. El número de familias mantenidas por la Corona a mediados del siglo XVIII vendría a ser de 5.000, según Ringrose (Casa Real y burocracia), que, sugiere, pudieran representar «un diez por ciento» de la población activa de la ciudad. Además, miembros de la nobleza titulada que recibían dinero por su remuneración como cortesanos o como burócratas, tenían rentas propias y en sus palacios venían a reproducir, en menor escala, «la vida de la corte regia». También fluían a Madrid rentas para el sostenimiento de las comunidades religiosas que había en la ciudad y que, a mediados del siglo XVIII, vendrían a sumar 4.000 almas. Todas esas rentas se distribuían en salarios, pagos para la edificación y para el mantenimiento de inmuebles, para alimentos, ropas, dotación de hospitales, limosnas y -claro está- para adquisición de alhajas y otros artículos de lujo.

En la ciudad era escasa la producción de manufacturas que pudieran destinarse a mercados lejanos y que tuviesen como contrapartida la entrada de dinero. Por ello, concluye Ringrose que la Villa y Corte venía a ser una extensión económica, social e ideológica, «de la Casa y de la Corte reales». Los productos agrícolas necesarios para el abastecimiento de Madrid, ciudad situada en una Castilla de suelos pobres y de cosechas irregulares, resultaban caros. Por tanto, satisfacer las necesidades básicas era más costoso en Madrid que en las provincias. Consecuencia de ello habría de ser que el «salario de subsistencia», expresado en dinero, fuese mayor en la ciudad que en el campo. Por tanto, sólo podía haber en Madrid manufacturas que produjesen para el mercado de la ciudad, ya que los costes de transporte -si se pretendiese vender fuera- se añadirían a los altos costes de producción, lo que haría imposible encontrar compradores. Por todo ello, las manufacturas madrileñas tenían limitado su crecimiento por el mercado urbano. Así, pues, Madrid, con una distribución de rentas desigual y un número limitado de demandantes con poder de compra, no constituía un mercado que permitiera el desarrollo de manufacturas que se produjeran en gran escala. Las manufacturas que se desarrollaron en Madrid se especializaron en producir la gama de artículos que tenían demanda en la ciudad.

Ringrose enumera algunos de los edificios más importantes del Madrid barroco, desaparecidos hoy. Los que quedan han perdido su entorno original: plazas, jardines, claustros y las casas sencillas, con lo que se ha eliminado «el sentido de escala que formaba parte del concepto original de los maestros constructores del Antiguo Régimen». Así, no es posible comprobar hoy, con lo poco que queda, lo que tenía la ciudad como escenario en el que se exponía, simbolizaba y demostraba la autoridad del Rey. Ringrose considera -ya no Madrid, sino cualquier ciudad-capital barroca- como «un esquema mítico, simbólico y casi mágico que se superponía a la ciudad real». La capital barroca servía para transmitir la que él llama «una panorámica de la autoridad y la cultura del Príncipe» mediante elementos decorativos, que iban desde las grandes calles y edificios hasta las vestimentas de los personajes en las ceremonias reales que tenían por escenario la ciudad.

A diferencia de otras ciudades-capitales, Madrid no adquirió nunca el aspecto monumental que sirviese de escenario a la



Este escudo de Madrid, conservado en una fachada de la calle Segovia, es tal vez el más antiguo que se conoce.

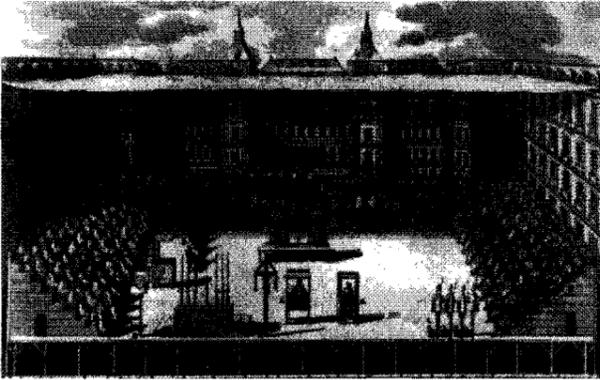
grandeza y poder de los soberanos. No ha de verse la ciudad «como una serie de edificaciones y calles estrechas e irregulares que presentan un aspecto arbitrario e irracional para el moderno planificador urbano». En Madrid se daba una interacción entre lo intencionado y lo espontáneo. Madrid, como el Palacio del Buen Retiro, creció por yuxtaposición. Y como él, sin apariencias arquitectónicas en los exteriores, pero con gran riqueza interior en el Alcázar y en las casas de los nobles. En Madrid había calles y plazas que se utilizaban como tablado teatral sobre el que se creaba otra ciudad imaginaria, efímera. Por eso, a mediados del siglo XVII, Madrid ofrecía espacios y recorridos públicos adaptables a las exigencias de las ceremonias reales. Así, la Plaza Mayor servía como centro ceremonial y económico de la ciudad. En ella había un mercado público, pero podía convertirse en un gran teatro, coliseo o plaza con capacidad para 40.000 ó 50.000 personas (hay que señalar que estas cifras son incorrectas por lo imposible de que se pudiera concentrar tanta gente en aquel espacio). Según Ringrose, las rutas ceremoniales -«el eje ceremonial»- moldeó el contexto urbano de la ciudad, en su evolución, a pesar de la aparente inexistencia «de una sistemática planificación urbana». El «explosivo crecimiento de Madrid desde finales del siglo XVI» originó que la ciudad-capital de 1600 desplazase «todo su centro físico y ceremonial al exterior del antiguo Madrid-villa». El caserío medieval que, hasta el siglo XVI, había constituido el núcleo urbano pasó a ser sólo el más antiguo de los barrios de la ciudad.

Cuando Felipe II estableció la Corte de Madrid, la villa contaba con una muralla recientemente levantada. La Puerta del Sol era la principal entrada por el este. Al convertirse la villa en Corte, fueron edificándose pequeñas casas, con prisas, en la zona comprendida entre la Puerta del Sol y el Prado. El aspecto urbano de la villa no agradaba a los visitantes extranjeros, a pesar de que no era distinto en lo esencial a otras ciudades de la época. Las calles estaban sin empedrar y eran estrechas y sucias,

CORTESIA EDITORIAL



Viene de la página anterior



Juicio inquisitorial en la Plaza Mayor.



La Cibele marca con su carro el límite oriental de Madrid en la primera mitad del siglo XIX.



La Iglesia de Nuestra Señora de la Almudena, a la derecha del Alcázar.

y las casas, pobres, muchas de una sola planta. No obstante, la calle de Alcalá, la Plaza Mayor, la plazuela de los Consejos y la calle Mayor daban a Madrid un carácter de gran ciudad que no tenían otras capitales europeas de la época. En las zonas populares de la ciudad, las calles venían a servir de cloacas, porque se echaban en ellas las inmundicias. El plano de Teixeira, de 1656, hecho después de levantada la nueva muralla que definió el contorno de la ciudad en los siglos siguientes, refleja cómo era el caserío de Madrid, lo mismo que, para 1830, se puede ver en la maqueta que se expone en el Museo Municipal. La ciudad creció por la llegada de gentes atraídas por los puestos de trabajo que en ella se ofrecían.

El Madrid popular era muy distinto del de la Corte, que tan bien describe Ringrose valiéndose de la entrada de Fernando VI, mediante cuyo ceremonial, y el de otras manifestaciones de la realeza, fue creada «la representación mágica y alegórica del poder y la jerarquía» en la ciudad imaginaria o mágica, evocada para adoctrinar, disciplinar y trascender la realidad.

La edificación del Palacio del Buen Retiro vino a ser un remedo de la ciudad en lo que tuvo de desordenado y de crecimiento por yuxtaposición, con materiales deleznales. Su interior era suntuoso, decorado con magníficos lienzos, estatuas y tapices. El Buen Retiro reforzó el eje ceremonial de Madrid. Con Carlos III, el Palacio Nuevo, la reforma del Prado, el paseo de Recoletos y los paseos del Manzanares, el Real Observatorio, el Jardín Botánico y el edificio que trazó Villanueva y que años más tarde habría de destinarse a Real Museo de Pintura y Escultura, dieron a Madrid la fisonomía de gran ciudad que ha conservado hasta hoy. Ringrose dedica un capítulo al estudio del abastecimiento de Madrid y a señalar que, salvo el pequeño número de artículos que manufacturaban los gremios para el mercado de la ciudad, los demás bienes era necesario traerlos de fuera: de ambas Castillas (granos, vinos, aceite, carnes, leña, carbón...), de las zonas costeras y de los puertos. Trata aquí de cuestiones ya estudiadas por él en sus libros: *Transportation and economic stagnation in Spain, 1750-1850* (Duke University Press, 1970) y *Madrid and the Spanish Economy, 1560-1850* (Berkeley: University of California Press, 1983), ambos traducidos al castellano.

Santos Juliá presenta su estudio sobre el Madrid contemporáneo con la hipótesis de si la transformación de la ciudad, en los últimos cincuenta años, «no ha sido sino producto de un artificio, de la voluntad del régimen instaurado por el General Franco de darse una gran capital». El éxito del intento habría consistido en convertir una capital del Antiguo Régimen en la ciudad floreciente y primera, en competencia con Barcelona, como resultado de la voluntad

de los vencedores de la guerra civil. Pasa revista a la historia de la que él llama capital frustrada, en el siglo XIX, en la que viven ociosos y habladores y que continúa siendo conventual y palaciega. La ciudad que sigue engalanándose para recibir a sus monarcas ocultando su pobre caserío con una arquitectura efímera.

El agua corriente

Durante el reinado de Isabel II, la ciudad adquirirá una fisonomía nueva, con edificios como el del Congreso de los Diputados, el Teatro Real y los que albergaron ministerios y hospitales y los palacios de los enriquecidos en aquellos años. El agua corriente fue una realidad gracias al canal que lleva el nombre de la Reina. El ferrocarril dará a Madrid nuevas posibilidades de crecimiento, convirtiéndose la ciudad «en puerto de mar», según frase de Antonio Gómez Mendoza. La capital, con agua y ferrocarril, habría de salir de su tapial. El crecimiento de Madrid exigía edificar fuera de la cerca, mediante «unidad, orden y concierto». Para ello era preciso un plan. Faltó imaginación para saber articular el ensanche con la vieja ciudad. Será Carlos María de Castro el que trace ese plan, que permitió la edificación posterior en los barrios de Salamanca, Retiro, Chamberí y Argüelles.

En 1910, el ensanche aún estaba casi vacío de casas. Posteriormente, fueron levantándose sin respetar lo proyectado en cuanto a patios de manzana y reproduciendo en el ensanche la vieja costumbre de alquilar los bajos a tenderos, a gentes adineradas los pisos principales, a empleados los pisos segundos y terceros y a obreros y sirvientes los sotabancos y las buhardillas. La explicación de este hecho, para Santos Juliá, es que la ciudad estuvo dominada siempre «por clérigos, aristócratas y latifundistas». Por ello, Madrid —como sujeto— «impregnó durante todo el siglo XIX de valores nobiliarios a las capas ascendentes de una burguesía dedicada sobre todo al comercio y al préstamo (...) mercantil y agiotista, que buscó en su entrada a los paseos y salones aristocráticos la definitiva prueba de su triunfo social». Los propietarios de casas no se fueron a vivir al ensanche, sino que éste fue habitado «por la creciente clase media funcional y profesional». Los pequeños propietarios del ensanche querían edificar casas para alquilar. Faltaron recursos para hacer grandes obras de remodelación del viejo Madrid y para organizar disciplinadamente el crecimiento por ensanche.

Santos Juliá dedica un capítulo a presentar las revueltas y la agitación populares en Madrid. El pueblo, desde 1808, se manifestó en forma de tumulto en numerosas ocasiones. Con la revolución de septiembre comienza una nueva época en la Historia de

España y, como no podía ser menos, en la de Madrid. Pasan los años de transición y, desde el comienzo del reinado de Alfonso XII, se edificaron estaciones de ferrocarril, mercados y palacios para albergar ministerios. Se formularán, en el último cuarto de siglo, ideas de asociación que, llevadas a la práctica, darán lugar a organizaciones obreras, políticas y sindicales.

Con el siglo XX, estrena la capital el tranvía eléctrico y se renueva con edificios que cambian su fisonomía, tanto en la parte vieja como en los ensanches. Los dos primeros decenios del siglo serán de «orgía constructora». El paseo del Prado se ennoblecerá con nuevos edificios, como los hoteles Ritz y Palace y con el del Banco de España. La Gran Vía, abierta mediante derribos de las viejas edificaciones, enlazará los nuevos barrios de Salamanca y de Argüelles. Se financiará con dinero francés. La gran avenida dará nuevo aire a la ciudad. Simultáneamente, las ofertas de trabajo atraerán inmigrantes que irán asentándose en barrios que acabarán constituyendo el «cinturón de miseria» de la capital, que tanto habría de influir en la vida madrileña en los años de la Segunda República y durante la guerra civil.

Terminada la guerra civil, en los años de autarquía, se pensó en un Madrid como centro de una región, de la que habría de quedar aislada y protegida por un cinturón verde. La llegada de inmigrantes y el cinturón de chabolas fueron la respuesta real a lo proyectado. Las empresas públicas concentradas en la capital, a partir de la creación del Instituto Nacional de Industria, y las fábricas que levantan inversores privados harán de Madrid una ciudad industrial. El crecimiento anárquico y el deterioro de las casas son presentados por Santos Juliá con el detalle que permiten los planos de ordenación urbanística de 1983. También alude a que las nuevas autoridades que llegaron al Ayuntamiento en 1979, dos años después de las primeras elecciones generales, se propusieron «recuperar la ciudad». La coalición del Partido Socialista Obrero Español y del Partido Comunista alcanzó mayoría sobre la Unión de Centro Democrático. La primera tarea de los coaligados —dice Santos Juliá— «parecía consistir en paralizar el proceso que había provocado tanto deterioro y agu-

dizado tantas carencias durante los últimos años».

Con el «Plan Villa de Madrid» se quería proteger los espacios urbanos, limitar la tendencia a edificar de forma excesivamente densa, frenar la costumbre de sustituir los usos del suelo, recuperar espacios para equipamientos e infraestructuras, tratar con las inmobiliarias de la ejecución de ciertas actuaciones previstas e impedir el desalojo de residentes en el casco viejo y en la llamada «almendra central». Santos Juliá señala que «la mirada de izquierda» sobre Madrid «no se limitaba a propuestas de freno y protección para un tiempo de crisis, sino que se extendía a la recuperación de las llamadas señas de identidad y a la exaltación del carácter tradicional de la ciudad». Impedir que la gente abandonara el centro y que la «almendra» se convirtiera en un asilo de ancianos fueron objetivos a conseguir a la vez que se devolvía a los barrios populares su carácter. La recuperación económica, con el consiguiente efecto sobre el mercado inmobiliario, impulsó al alza los precios de viviendas, oficinas y locales de negocios. El plan tuvo que revisarse, con la complicación del problema de los accesos. Concluye Santos Juliá que la historia reciente de Madrid ha oscilado entre la nostalgia por la ciudad perdida y las medidas que se adoptaron para recuperarla y la exigencia de que desempeñe eficazmente su función «de capitalidad de un Estado de nueva planta, en el que es cada vez mayor el peso de las comunidades autónomas». No se trata, en esta parte de la obra, de las causas del encarecimiento del precio de viviendas, oficinas y locales de negocios y del deterioro de los edificios por la vigencia de la Ley de Arrendamientos Urbanos, que ha contribuido a restringir la oferta y a que los dueños de inmuebles sean los primeros interesados en su deterioro. Santos Juliá hace una selección de ilustraciones que dignifican la obra y la enriquecen por los comentarios que las acompañan. Es de justicia felicitar a los autores por el trabajo que han hecho, proporcionándonos esta historia de Madrid escrita con claridad y, en su parte contemporánea, con fluidez y elegancia. También merece felicitación la Fundación Caja de Madrid, como entidad patrocinadora de esta obra. □

RESUMEN

Dentro del actual interés por la historia local y regional, tan fomentada por gobiernos autonómicos, una historia de Madrid como ésta debería inscribirse dentro de esa oferta que busca satisfacer una demanda creciente por lo parti-

cular y lo propio. Pero desde que Felipe II estableció la capitalidad en Madrid, ésta —sin dejar de ser villa— acabó siendo Corte; abordada, en esta ocasión, por los tres historiadores, autores de la obra comentada por Gonzalo Anes.

S. Juliá, D. Ringrose y C. Segura

Madrid. Historia de una capital

Alianza Editorial / Caja Madrid, Madrid, 1994. 488 páginas. 5.800 pesetas. ISBN: 84-206-9695-1.

El genoma humano

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949) es bioquímico, doctor por la Universidad de Leiden y profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su actividad científica está relacionada con los mecanismos moleculares de diversos procesos metabólicos y la señalización celular.

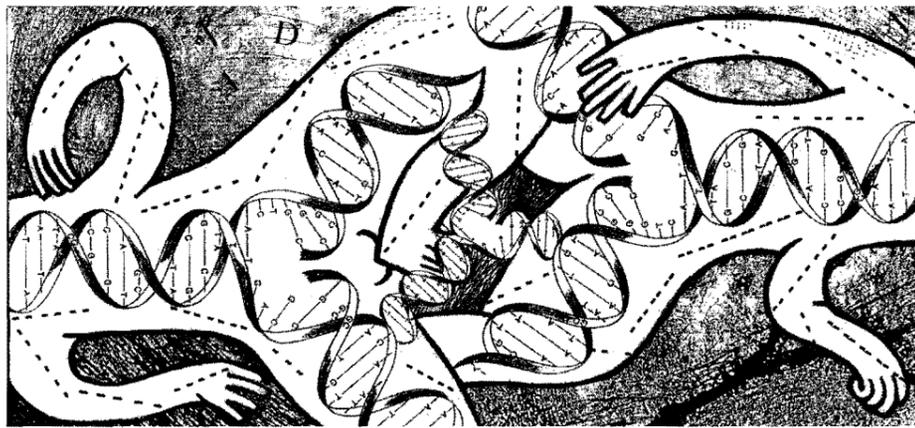
El Proyecto Genoma Humano ha sido, desde su origen, el producto de la interacción de la política con la ciencia y ha tenido como protagonistas del debate, de una parte, a los científicos —responsables de analizar las ventajas y oportunidad del proyecto—, y de otra, a las agencias gubernamentales, responsables de la financiación de la actividad investigadora, y a los políticos responsables de decidir cuánto, cuándo y de qué manera debían usarse estos fondos.

La historia del equilibrio entre los motivos científicos, políticos y comerciales que finalmente llevaron a la puesta en marcha del Proyecto Genoma Humano en los Estados Unidos —oficialmente en octubre de 1990— ha sido explotada por las empresas editoriales, y en los últimos diez años ha aparecido un buen número de libros sobre este tema —posiblemente más de un centenar—. Este tipo de libros que, acerca de la historia más reciente de la biología molecular y la genética, suele publicarse deja por lo general bastante que desear. Los escritos por científicos suelen ser personalistas y no tratan el tema en su conjunto. Los realizados por periodistas suelen ser poco claros —la mayoría no tienen la formación científica necesaria para comprender los avances en biología molecular y genética que han sido esenciales para poner en marcha el Proyecto Genoma— y la tendencia a novelar, bajo el pretexto de agilidad narrativa, les hace ser poco fiables. De ahí el interés que tiene el libro recientemente publicado por Robert Cook-Deegan titulado *The Gene Wars: Science, Politics and the Human Genome*. Se trata de una narración, escrita con rigor, de la génesis y primeros años del Proyecto Genoma. Cook-Deegan trata de manera convincente las motivaciones científicas, políticas y económicas que impulsaron el proyecto; no obstante, es enormemente cuidadoso a la hora de hacer juicios o valoraciones de los acontecimientos.

Financiación del Proyecto Genoma

Robert Cook-Deegan es médico y actualmente director de la Division of Behavioral Sciences and Mental Disorders del Institute of Medicine, de la National Academy of Sciences, en los Estados Unidos. Entre 1986 y 1988 dirigió un estudio sobre el estado de la investigación del genoma para la Office of Technology Assessment del Congreso estadounidense. El estudio, titulado *Mapping Our Genes-Genome Projects: How Big? How Fast?*, tuvo un importante papel en la decisión de financiar el Proyecto Genoma en los Estados Unidos. También ha sido director del Biomedical Ethics Advisory Committee del Congreso estadounidense y asesor del National Center for Human Genome Research en los National Institutes of Health (NIH).

Se trata esencialmente de un libro de historia, de lectura en ocasiones difícil —debido principalmente al gran número



VICTORIA MARTOS

de siglas y acrónimos de organismos, comisiones y nombres de personas que aparecen en las alrededor de 400 páginas que lo integran— y en otras ocasiones de lectura fácil y agradable, como el capítulo dedicado a James Watson —Premio Nobel, junto a Francis Crick, por el descubrimiento de la estructura en doble hélice del DNA en 1953—, a propósito de su irrupción durante 1988 como el protagonista indiscutible del proyecto al asumir la dirección del Programa Genoma Humano de los NIH estadounidenses. En relación a este momento, Watson comentó: «Sólo tendré una oportunidad en mi vida científica de unir la doble hélice con los 3.000 millones de pasos que integran el genoma humano».

Con su nombramiento, los NIH, dirigidos entonces por James Wyngaarden, se aseguraban al frente del Proyecto Genoma no sólo uno de los científicos más importantes de este siglo, sino una voz influyente en el debate político que se había suscitado en los Estados Unidos sobre la institución que debía liderarlo —los NIH o el Departamento de Energía (DOE)—. En 1990, según publicaba la revista *Life*, James Watson y Jonas Salk —fallecido recientemente, que desarrolló la primera vacuna de la polio— fueron los dos únicos biólogos que se encontraban entre los cien americanos más importantes de este siglo.

La palabra «gen»

Los antecedentes más lejanos del Proyecto Genoma Humano hay que buscarlos en el redescubrimiento, hecho independientemente por varios botánicos en 1900, de las leyes de la herencia que Gregor Mendel había publicado treinta y cinco años antes. Como es bien conocido, Mendel formuló sus leyes estudiando la transmisión de caracteres en guisantes. Los científicos pronto demostraron que los factores dominantes y recesivos de la transmisión de caracteres —la palabra «gen» aparece por primera vez hacia 1909— gobiernan la herencia en otros muchos organismos. Ya en 1907 había sido demostrado de forma convincente, por el médico británico Archibald Garrod, que las leyes de Mendel podían explicar la transmisión del color de los ojos en humanos y la alcaptonuria, un error congénito del metabolismo. La primera demostración de que un determinado gen tiene un «locus» —es decir, que podía ser adscrito a un determinado cromosoma— se publicó en 1910; el primer mapa genético, que mostraba la situación relativa de seis genes en un cromosoma de la mosca de la fruta «*Drosophila melanogaster*», apareció en 1913; el descubrimiento de que el DNA es la base de la herencia se produjo en 1920; y en 1948 se descubrió que la ta-

lasemia estaba producida por el defecto de un único gen y que la hemoglobina de estos pacientes difiere de la hemoglobina normal en un único aminoácido. El hallazgo más importante fue, por supuesto, la determinación por el americano James Watson y el británico Francis Crick, en 1953, de que los genes son dobles hélices de DNA.

La herencia tiene un doble aspecto: la transmisión de caracteres de una generación a la siguiente y la expresión de estos caracteres durante el proceso de diferenciación y desarrollo mediante el que un organismo se va construyendo a sí mismo. La transmisión de caracteres y su expresión fueron elegantemente unificadas al describir Watson y Crick la estructura tridimensional del DNA. Forma y función en el DNA son una misma cosa.

Estructura del DNA

Descifrar la secuencia de los 3.000 millones de nucleótidos que, a lo largo de más de dos metros de longitud, constituyen el genoma humano es una misión que se encontraba implícita en el descubrimiento de la estructura del DNA. En 1953 este proyecto era, sin embargo, imposible de abordar. Aún no se habían producido los avances tecnológicos necesarios que lo hiciesen posible. El conjunto de técnicas esenciales que iban a permitir manejar grandes bloques de DNA y que hacían alcanzable la cartografía y secuenciación de genomas enteros, y que se conocen con el nombre de «DNA recombinante» o «ingeniería genética», fueron desarrolladas durante los años setenta y ochenta. La tecnología del DNA recombinante no fue desarrollada con el afán de descifrar la secuencia del DNA total humano o de cualquier otra especie, ni había una industria biotecnológica que la demandase, ni siquiera era su principal objetivo curar enfermedades, sino que tenía como principal finalidad encontrar genes y comprender su función biológica. La tecnología para manipular DNA se desarrolló durante esas dos décadas fomentando la investigación básica y creativa, es decir: delegando en el científico la responsabilidad de determinar lo que considera una pregunta interesante.

El Proyecto Genoma Humano tiene como objetivo principal determinar la cartografía y secuencia de los aproximadamente 3.000 millones de nucleótidos del genoma humano y su polimorfismo —el proyecto también trata de obtener información sobre la secuencia del DNA en el genoma de organismos modelo como bacterias, levaduras, «*Drosophila*»—. Es un proyecto muy costoso en tiempo y dinero, y las estimaciones sobre ambos son sujeto de numerosas controversias. Su coste pre-

visto es de 3.000 millones de dólares —unos 400.000 millones de pesetas—. El proyecto de ingeniería más grande del mundo, el Superacelerador Superconductor de Texas, tenía un presupuesto previsto de 8.000 millones de dólares y su construcción fue abandonada por problemas técnicos y económicos. En términos de dinero, el Proyecto Genoma es, sin duda, un proyecto de los llamados de «Ciencia Grande», y de ahí el temor de muchos científicos a que inevitablemente se desvíen recursos desde la investigación básica y, así, se retrasen las investigaciones biológicas y médicas de mayor originalidad y calidad. Este temor, no exento de razones, ha estado presente desde los primeros momentos de la puesta en marcha del Proyecto Genoma. Así, en 1990, frente al crecimiento del 3,6 % de los recursos totales de los NIH, el Proyecto Genoma se incrementaba en un 86 %, de 60 a 108 millones de dólares.

Cuenta Cook-Deegan cómo el Proyecto Genoma Humano se puso en marcha a través, principalmente, de una serie de iniciativas llevadas a cabo a mediados de los ochenta por Robert Sinsheimer y Charles DeLisi.

Sinsheimer, un biólogo molecular de reconocido prestigio, había sido nombrado presidente del campus de Santa Cruz de la Universidad de California en 1977. En su afán de situar su institución en el mapa científico internacional y después de un intento fallido de construir un gran telescopio para su campus, en 1984 tuvo la idea de iniciar un gran proyecto sobre el genoma humano, y en mayo de 1985 organizó una reunión en Santa Cruz en la que distinguidos científicos americanos y europeos discutieron las posibilidades tecnológicas de poner en marcha este proyecto.

DeLisi, un físico que había trabajado en los NIH, era director de la Office of Health and Environment del DOE en Washington, D. C. El nacimiento de la DOE está estrechamente ligado al Proyecto Manhattan y a la fabricación de la primera bomba atómica. Durante muchos años la DOE había financiado investigaciones sobre los efectos biológicos de la radiación y en 1983 había establecido la base de datos de DNA «Genbank». En marzo de 1986, tan sólo unos meses después de la reunión de Sinsheimer, DeLisi organizó otra similar en Santa Fe —curiosamente a pocos kilómetros de Santa Cruz— sobre las posibilidades de poner en marcha un gran proyecto sobre el genoma humano liderado por la DOE.

Secuencia del DNA

El resultado principal de estas dos conferencias fue que un grupo de científicos de reconocido prestigio, entre los que destacaban Charles Gilbert —premio Nobel, junto a Allan Maxam y Fred Sanger, por el desarrollo de técnicas para determinar la secuencia del DNA— y el también premio Nobel Renato Dulbecco —aunque este último no había asistido ni a la reunión de Santa Fe ni a la de Santa Cruz—, inició una campaña pública en favor de obtener la secuencia del DNA en el genoma humano. Para ambos, el proyecto era suficientemente justificable para que los Estados Unidos lo llevaran a cabo en solitario en caso de que ningún otro país quisiera ayudar a financiarlo. Reuniones —como la organizada en Cold Spring Harbor Laboratory por James Watson y en los NIH por The Howard Hughes Medical



Viene de la página anterior

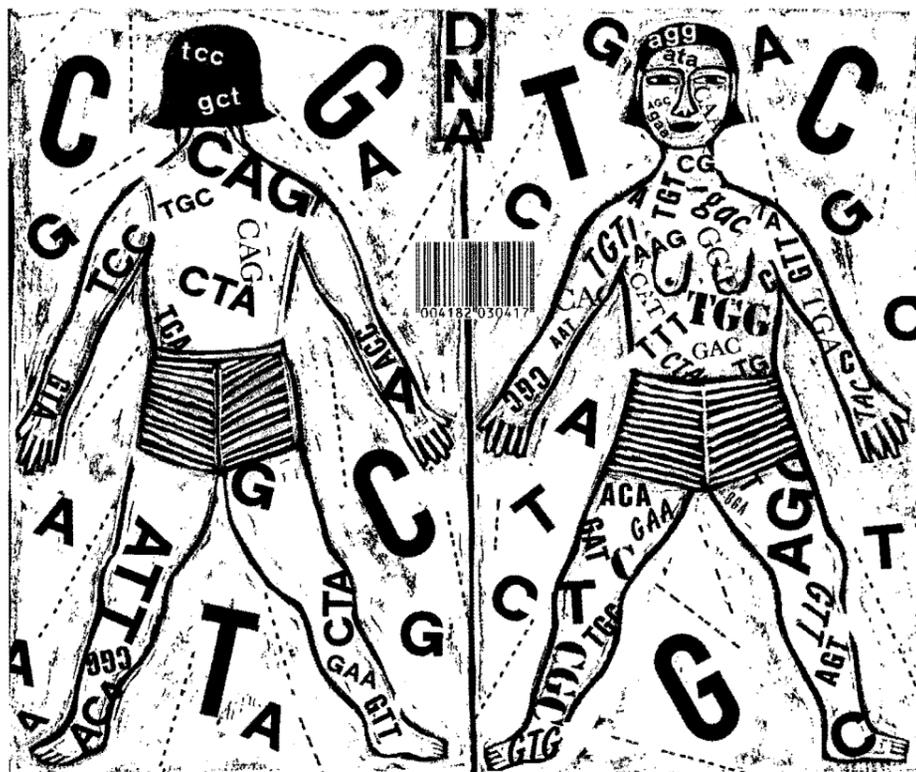


Institute en junio y julio de 1986, respectivamente- y estudios de viabilidad del Proyecto Genoma -como los encargados, curiosamente en el mismo día de septiembre de 1986, por la National Academy of Sciences y la Office of Technology Assessment del Congreso estadounidense- llevaron a partir de 1987 la discusión en los Estados Unidos del terreno científico al político -en el Congreso y Senado- y a las agencias gubernamentales responsables de su financiación -NIH y DOE-.

Simultáneamente a este debate que tenía lugar en los Estados Unidos, en Europa, a partir de 1986, las investigaciones sobre el genoma y los esfuerzos en secuenciación de DNA habían cobrado un fuerte impulso en varios países, incluidos el Reino Unido, Francia, Italia, Alemania, Holanda, Dinamarca y la Unión Soviética. En 1986, Sydney Brenner envió una carta a la Comisión Europea en Bruselas urgiendo la puesta en marcha de un programa concertado que permitiese obtener el mapa y la secuencia del genoma de varios organismos; en 1987 se puso en marcha el programa genoma italiano -impulsado, entre otros, por Renato Dulbecco, americano nacido en Italia-, que tenía por objetivo secuenciar un fragmento del cromosoma X implicado en el retraso mental; y los científicos Alexander Bayev y Andrei Mirzabekov propusieron por primera vez al Gobierno de Moscú la idea de lanzar un proyecto soviético sobre el genoma; en 1988, Sydney Brenner, Leroy Hood, Victor McKusick, James Watson y otros científicos fundaron en Cold Spring Harbor Laboratory la Human Genome Organization (HUGO), con el objetivo de que fuesen los científicos, a través de esta organización, y no los administradores científicos o los políticos, los que dirigiesen la colaboración internacional en el Proyecto Genoma; en 1989 se puso en marcha el programa sobre el genoma humano del Reino Unido, y ese mismo año fue aprobado por la Comisión Europea en Bruselas el Programa sobre el Análisis del Genoma Humano; y en 1990, Hubert Curien, ministro de Ciencia y Tecnología, anunció la puesta en marcha del programa francés sobre el genoma humano. En Francia, el principal promotor del proyecto fue Jean Dausset, Premio Nobel en 1980 por su trabajo sobre la identificación y análisis de los antígenos de leucocitos humanos (HLA) y fundador en 1984 del Centre d'Étude du Polymorphisme Humain (CEPH). Durante estos mismos años, Japón también se movilizó hacia la puesta en marcha de un proyecto propio sobre el genoma, principalmente hacia el desarrollo de tecnologías de secuenciación automática de DNA, con la participación de importantes firmas y empresas comerciales además de la universidad.

Pugna por el Proyecto Genoma

En los Estados Unidos, a partir de 1987, comienza una fuerte pugna entre los NIH y la DOE por liderar el Proyecto Genoma, que finalizó con la firma entre las dos instituciones de un Memorandum de Entendimiento en junio de 1988. Aunque en abril de 1990 los NIH y la DOE lanzaron conjuntamente el primer plan de investigación conjunto sobre el genoma humano -con un presupuesto conjunto de alrededor de 130 millones de dólares para el año 1991 frente a los 200 que se habían solicitado-, el nombramiento de James Watson en septiembre de 1988 como director de las investigaciones sobre el genoma humano de los NIH había supuesto



VICTORIA MARTOS

en la práctica el desplazamiento del centro de gravedad del proyecto hacia los NIH.

La adquisición de información sobre el DNA humano en general y el Proyecto Genoma Humano en particular han traído consigo un intenso debate sobre los aspectos éticos, legales y sociales del conocimiento genético humano. La facultad de manipular y modificar el DNA ha puesto en marcha una revolución que ha cambiado para siempre la naturaleza de la Biología y su papel en la sociedad. En las últimas dos décadas, los descubrimientos científicos han hecho que la biología haya pasado de ser una disciplina dedicada al estudio pasivo de la vida a otra que puede alterarla casi a su capricho.

Responsabilidad civil

Es obvio que la sociedad empieza a tomar conciencia de la responsabilidad que tiene sobre la cuestión moral de definir los objetivos de la investigación sobre la vida. Pero también lo es que no está culturalmente preparada para intervenir en una actividad sobre la que desconoce su historia y es imposible anticipar sus consecuencias. Consciente de esta situación, James Watson, poco después de ser nombrado director de la Oficina de Investigación del Genoma Humano de los NIH en 1990, destacó que por lo menos el 3 % de los fondos dedicados al Proyecto Genoma -en la actualidad es el 5 %- debían ser dedicados al estudio de las implicaciones éticas, sociales y legales de este nuevo conocimiento genético, afirmando que «si ahora descuidamos este tema, podríamos ser testigos de abusos no queridos e innecesarios que, eventualmente, crearán una reacción violenta popular en contra de la investigación de la genética humana». En quince años -el tiempo mínimo estimado para la realización del Proyecto Genoma Humano-, los fondos dedicados a estos aspectos superarán los 150 millones de dólares. Del mismo modo, el 2 % de los aproximadamente 350 millones de euros que se dedicarán a la investigación biomédica entre 1995 y 1999 en el transcurso del Cuarto Programa Marco de la Unión Europea se dedicarán a estudios de ética biomédica.

El libro de Cook-Deegan también nos cuenta cómo durante los últimos años la genética humana ha abandonado los laboratorios y hospitales para ocuparse de otros temas de interés social. Así, ante las enormes expectativas económicas de este área del conocimiento -las estimaciones para el año 2010, con todo lo que pueden tener de subjetivas, sitúan las ventas de las empresas biotecnológicas en alrededor de los 100.000 millones de dólares-, los abogados han comenzado a interesarse por la biología molecular. El DNA y las tecnologías para manejarlo y analizarlo han emergido como la nueva frontera en donde desarrollar patentes y leyes de la propiedad intelectual. La incertidumbre sobre la patentabilidad de técnicas y productos obtenidos mediante biología molecular ha estado presente desde los primeros años de esta revolución tecnológica. Ya en 1976, cuando Herbert Boyer y Stanley Cohen patentaron su método de manejar y analizar DNA, se produjo una fuerte agitación en la comunidad científica internacional. Pero cuando en 1980 el Tribunal Supremo estadounidense aceptó que un microorganismo, en definitiva algo vivo, puede patentarse, se abrió definitivamente la puerta a este debate, que tiene de una parte al sistema de patentes -que mantiene que como mejor se sustenta el progreso científico es dando derechos exclusivos sobre los nuevos descubrimientos- y de otra a la comunidad científica -que tiene como premisa que como más rápidamente se avanza es proporcionando libre acceso a los descubrimientos científicos-.

El Proyecto Genoma Humano se encontró en el centro de este debate cuando

en junio de 1991 J. Craig Venter anunció que había aislado pequeños fragmentos de DNA de cerebro, que correspondían a trozos que codifican proteínas, y que los NIH habían solicitado una patente para proteger estas secuencias. La controversia que a continuación se produjo sobre la posibilidad de patentar secuencias parciales de genes humanos sobre los que se desconocía su función tuvo como principales protagonistas del conflicto a Bernadine Healy -una prestigiosa e influyente administradora científica que había sido nombrada directora de los NIH en 1991 y que defendió la solicitud de patente- y a James Watson -que se opuso a la solicitud de patente-. La disputa entre ambos concluyó con la dimisión de Watson como director del Proyecto Genoma Humano de los NIH en abril de 1992.

Ciencia genética

De otra parte, los métodos para analizar DNA son crecientemente utilizados para unir o no a sospechosos con crímenes -principalmente en casos de violación y asesinato-, y así la ciencia genética ha irrumpido en los tribunales entre las disputas de abogados defensores y fiscales -la primera vez que se utilizó el análisis de DNA en los tribunales fue en el Reino Unido en 1986, en un caso doble de violación y asesinato en el que el sospechoso fue encontrado inocente y, a través del análisis de más de 3.600 muestras de DNA de hombres jóvenes que residían o trabajaban en el barrio donde se habían producido los asesinatos, se identificó al culpable-. Desde el primer momento en el que el análisis de DNA fue utilizado en los tribunales de justicia, aparecieron críticas sobre la fiabilidad -falsos positivos y falsos negativos- de estos nuevos métodos biológicos. Por otra parte, la policía de diversos países ya ha comenzado a crear bases de datos que contienen información sobre el DNA de ex-convictos y otros grupos sociales. La policía quiere esta información para investigar futuros crímenes. Mientras tanto, han aparecido dudas acerca de que esta información genética no sea utilizada para otros fines. Lo que ocurre es que adaptar la ciencia genética a estas funciones sociales es un proceso no exento de dificultades.

Entre tanto se consigue este entendimiento entre ciencia y sociedad -y a ello puede ayudar la lectura de este interesante libro-, la primera secuencia completa de genoma humano se espera que esté finalizada alrededor del año 2005 -en 1995 se contaba con alrededor de 345.000 secuencias relacionadas con unos 45.000 genes-. Se tratará de una persona «compuesta»: tendrá un cromosoma X y uno Y, lo que la hará formalmente «hombre», pero este hombre estará formado por autosomas procedentes de hombres y mujeres de diversos países -Estados Unidos, Europa y Japón-. □

RESUMEN

El Proyecto Genoma Humano ha sido desde su origen, comenta José María Mato, el producto de la interacción de la política con la ciencia y ha tenido como protagonistas del debate, de una parte, a los científicos, y de otra,

a las agencias gubernamentales, responsables de la financiación de la actividad investigadora, y a los políticos responsables de decidir cuánto, cuándo y de qué manera debían usarse estos fondos.

Robert Cook-Deegan

The Gene Wars: Science, Politics and the Human Genome

W. W. Norton & Company, Nueva York/Londres, 1994. 416 páginas. 25 dólares EE.UU. ISBN: 0-393-03572-7.

Las mil trastiendas del cine

Por Luis G. Berlanga

Luis G. Berlanga (Valencia, 1921) es director de cine, autor, entre otras películas, de *Bienvenido Mr. Marshall*, *Plácido*, *El verdugo*, *La escopeta nacional* y *La vaquilla*. Ha sido presidente de la Filmoteca Nacional, es Premio Nacional de Cinematografía 1980, Medalla de Oro de Bellas Artes 1982 y en 1989 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El centenario del cine está siendo utilizado por todos cuantos pertenecemos a esa gran familia para llamar la atención sobre ese «sueño inexplicable», como siempre me ha gustado definir a la cinematografía. Cualquier excusa es buena si nos sirve para hablar de nuestras pasiones, y aunque el cine es arte de presencia continua en nuestra sociedad (en realidad todo lo audiovisual lo es, más allá que otras artes y ciencias no tan afortunadas), bueno es aprovechar cualquier motivo para reincidir en la llamada, porque el cine español no goza de la salud de otras cinematografías y en España hay que mimarlo, cuidarlo y presumir de él tanto como sea posible para contrarrestar otras voces que tienen fijación en denigrarlo.

Fernando Fernán-Gómez se ha sumado a la fiesta con la publicación de un libro titulado *Desde la última fila*, que, como él mismo ha aceptado, es un recorrido apasionante (apasionado) por la historia del cine y por su geografía, desde el mítico Hollywood hasta el cine español, así como las relaciones entre el cine y el teatro, entre el cine y la televisión y entre el cine y la literatura; en definitiva, un largo paseo alrededor de las películas, los actores, los directores y los guionistas y escritores que han hecho posible en España «el arte de nuestro siglo», como él dice.

El maestro

En la profesión llamamos a Fernán-Gómez el «maestro» porque todo lo ha hecho y todo lo ha hecho bien. Fernando es actor de cine, teatro y televisión; es guionista, novelista, ensayista y autor teatral; es director de cine..., y es buena persona, aunque decirlo suene a esquila. Desde que le conozco, ya no recuerdo cuántos años, ha trabajado conmigo (tengo la tentación de decir «he trabajado con él»), pero las fórmulas al uso imponen establecer que el actor trabaja para el director y no al revés, aunque no descarto que alguna vez me lleve de actor a una de sus películas) y con él estrené mi carrera cinematográfica en *Esa pareja feliz*, en la que compartí dirección con Juan Antonio Bardem. Pero mis relaciones con «el maestro», a diferencia de las que he mantenido con algunos otros actores, se extendieron más allá de lo laboral, de lo profesional, y ambos recordamos de cuando en cuando las largas veladas en el Café Gijón, los traspasos, las bajadas a los infiernos, las clandestinidades de los días difíciles, prometedoros.

RESUMEN

Coincidiendo con la conmemoración del centenario del cine, ese «sueño inexplicable», como lo llama Luis G. Berlanga, o ese «arte de nuestro siglo», como prefiere denominarlo Fernando Fernán Gómez, éste ha hecho en el libro



ANTONIO LANCHO

Es Fernando Fernán-Gómez persona pulcra; de ahí la pulcritud que muestra también en todo lo que hace: en sus personajes, en sus trabajos de dirección, en sus libros. *Desde la última fila*, compendio de artículos y escritos sobre cine, es asimismo un ensayo sobre la pulcritud por su certera mirada, por su perspectiva acertada, por su clara visión de lo que ha venido siendo y ocurriendo en las muchas trastiendas que tiene el cine español.

Páginas útiles

El conocimiento del cine español necesitará de muchos estudios y documentos, de muchos textos y libros. Pero quienes redacten esos libros, quienes recopilen los datos para completar una historia, tendrán necesariamente que acudir a los libros de memorias de los protagonistas del cine, se llamen o no «memorias», «biografías» o «autobiografías». *Desde la última fila* no es un libro autobiográfico, pero sí es un libro de recuerdos. Algunos artículos se publicaron en *El País*, *ABC*, *La Vanguardia*, *El Heraldo de Aragón* y en el diario *Clarín*, de Buenos Aires; otros escritos son conferencias dictadas por Fernán-Gómez en festivales de cine o en cursos de verano de algunas universidades. Pero sea una u otra la excusa, la realidad es que son pedazos de una biografía personal, las opiniones de un protagonista, la visión del naufragio que quiere ser rescatado por todos y que, por descontado, no necesita ser rescatado por nadie.

que comenta Berlanga un recorrido apasionante (y apasionado) por la historia del cine y sus relaciones con otras artes no tan nuevas, por su geografía y por sus génesis; por todos aquellos, en fin, que han hecho posible el cine español.

Fernando Fernán-Gómez

Desde la última fila

Espasa-Calpe, Madrid, 1995. 286 páginas. 1.800 pesetas. ISBN: 84-239-7810-9.

Fernando ha vivido cincuenta años de cine español, pero sobre todo el cine español ha vivido cincuenta años de Fernando Fernán-Gómez. En la pantalla y fuera de ella. En los cafés (todavía quedan en la retina vidas guardadas del Café Rigat, del Café Gavia, de la Cafetería Montestoril, del Gran Café de Gijón...), en las tertulias, en los teatros, en la pantalla de televisión. En un país donde los actores genéricos (no me gusta llamarlos secundarios, odio las jerarquías) han formado la escuadra más interesante y prestigiosa de Europa, pocos actores han sido capaces de dar lo mejor de sí mismos igual en primero que en segundo plano. España ha sido y es un país de pocos protagonistas, de casi ningún actor internacional solvente o apreciado, pero entre los indiscutibles está y se recordará a Fernán-Gómez, por lo que hace y por lo que escribe, como demuestra este libro.

Un largo paseo

Aquí se realiza un estudio fragmentado de las relaciones del cine con el teatro, con la televisión y con la literatura. La fragmentación, además, no da como resultado un mosaico ininteligible, sino que conforma una especie de puzzle en el que al final, visto en su totalidad, aparece un certero y bienintencionado cuadro del cine español. Una imagen del cine español y de las mil trastiendas que han conservado los mimbres con los que después se iban haciendo cestos y cestas, unos mejores que otros. De hecho, uno de los más sobresalientes relatos puede encontrarse en el capítulo segundo, donde Fernán-Gómez opina sobre las adaptaciones literarias (tan imposibles para mí) desde su experiencia profesional. La modestia del enunciado, en el que avisa que da su opinión, no que juzgue ni quiera sentar cátedra, no es obstáculo para que lo que de verdad resulte sea un ajustado enfoque de la realidad, un diagnóstico acertado y un veredicto intachable. Y las apreciaciones en torno a la televisión, en el capítulo cuarto, tienen la virtud de lo agudo y la frescura de lo irónico.

Ironía y sarcasmo: cualidades de las que los genios saben extraer gotas de sabiduría.

La ironía es el escudo de los tímidos; el sarcasmo es la defensa de los actores acobardados por las luces de la fama, de los grandes pudorosos. Le entiendo muy bien: Fernando escribe para decir lo que piensa sin tener que mostrarse, y dirige cine para no exhibirse. Sus ideas le desnudan y el desnudo le avergüenza. A mí me pasó lo mismo: me hice director de cine para que no se me viera, para esconderme detrás de una cámara. Luego ninguno de los dos (él es actor; yo no sé decir no cuando me llaman) logramos esquivar el protagonismo ni conservar el anonimato, el estado ideal del ser humano.

Pero a él, más que a mí, le ha apetecido escribir, poner por escrito sus opiniones y sensaciones, con lo que le resulta ya imposible no ser juzgado por lo que es y por lo que piensa. Aunque el maestro sabe que si sus libros son como *Desde la última fila*, su prestigio no corre peligro. Tal vez sólo su desnudez.

Nos ha explicado cómo ha sido y cómo es el cine español y ningún historiador podrá prescindir ya de este libro cuando quiera hacer historia; nos ha mostrado el interior de las trastiendas del cine de nuestro país y desde ahora todos estaremos un poco más desnudos. Tal vez *Desde la última fila* no sea sólo un libro, sino una venganza inconsciente de Fernando, que ha pensado que ya que él, desnudándose, puede agarrar una gripe, no hay razón para que todos los demás no nos quedemos también en pelotas. □

En el próximo número

Artículos de Francisco Rodríguez Adrados, Francisco López Estrada, Carlos Gancedo, Carlos Sánchez del Río, Ignacio Sotelo y Fernando Morán.

El legado helénico

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, académico de la Lengua y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

En torno al santuario griego de Delfos y a la Fundación cultural que hoy existe allí, Pericles Nearchou, antiguo director de la misma y actual asesor del ministro griego de Cultura, desarrolla en este amplio libro, espléndidamente ilustrado, el tema del origen griego de las artes y de la transmisión a todo el mundo del legado helénico.

Como es bien sabido y el autor subraya, Grecia, tanto tiempo bajo el dominio turco, no vivió la época del Humanismo europeo; sólo muy tarde tomó conciencia de sus orígenes en la Grecia antigua. Lo que llegaba más directamente a ella, y sigue llegando, es su pasado bizantino. Fueron arqueólogos extranjeros los que rescataron las ruinas helénicas, filólogos extranjeros los que editaron y comentaron los textos antiguos.

Todo esto está cambiando. El ingreso de Grecia en la Comunidad Europea aumenta cada día su orgullo de estar en las raíces de Europa y, en realidad, del mundo moderno todo. Poetas griegos desde Sikelianós a Cavafis y Seferis, entre otros, enlazan con el mundo antiguo. Se cultiva el estudio de los clásicos, se hacen excavaciones de los lugares sagrados de la Hélade, se restauran sus monumentos. Una fundación como la Onassis premia a los estudiosos del mundo antiguo. En este panorama hay que colocar el Centro Cultural de Delfos, que Pericles Nearchou dirigió desde 1983 hasta, pienso, 1992 y al que dedica todas sus preocupaciones.

Y dirige, en realidad, este libro. Es un libro escrito con el corazón, que mezcla un tanto desordenadamente la historia de ese Centro con estudios sobre las artes griegas antiguas y sobre la helenización del mundo. Mezcla la prosa, no exactamente erudita, pero sí bien informada, con el verso (suyo o de diversos poetas griegos) y, como decía

arriba, con espléndidas ilustraciones ya del pasado helénico (los restos conservados de sus artes figurativas), ya de las actividades del Centro.

El Centro Cultural de Delfos fue propuesto al Consejo de Europa en 1959, se edificó en 1964 y fue puesto definitivamente en funcionamiento por Karamanlís en 1977. Ha tenido un cierto estancamiento los dos últimos años, pero ha arrancado con fuerza otra vez. Pasado Delfos, camino de Itéa y Anfísa, tiene un hotel, el Europa, y un Centro bien dotado con salas de conferencias y exposiciones, dentro de un hermoso parque y con vistas a Crísa, Itéa y el golfo. Incluye un parque internacional de escultura.

Múltiples actividades

Sus actividades son múltiples y los proyectos, según los expone Nearchou, muchos más. Hay, sobre todo, las reuniones internacionales sobre el drama antiguo, acompañadas de representaciones de teatro antiguo en el estadio (está casi concluido un teatro moderno de tipo griego, al lado del Centro, para hacer allí en adelante las representaciones). Ha habido, además, reuniones sobre las artes figurativas a fines del siglo XX, sobre el coro, sobre cultura bizantina, sobre helenismo y Oriente, sobre Grecia y la India, sobre cine y televisión (con firma de una carta europea), etc. Es allí donde tienen lugar las principales actividades culturales en Grecia, lejos de la aglomeración de Atenas.

Y los proyectos son muchos más: concursos teatrales para alumnos de enseñanzas medias, reuniones sobre música y sobre teatro moderno (con estrenos mundiales), construcción de «tesoros» representativos de las distintas naciones de Europa (o del mundo), creación de unos nuevos Juegos Píticos paralelos, para la cultura, a los Olímpicos, pero a realizarse siempre en Grecia. Y, todavía, creación de una Academia Delfica de Bellas Artes, programa para el estudio de la pintura antigua, estancia de artistas de diversos países. E iniciativas para mejorar la riqueza paisajística y urbanística de Delfos, etc.

Los griegos ven, en definitiva, en Delfos, sede de los más antiguos Juegos Musicales, un paralelo a Olimpia: un símbolo de la antigua cultura griega. Y un símbolo



ALVARO SÁNCHEZ

en dos aspectos. De un lado, Delfos fue cabeza de la Anficiónía de ciudades que velaban por el santuario: prefigura, en un cierto sentido, la Unión Europea, de la que depende el Centro Cultural. De otro lado es, como digo, un símbolo de tantas artes griegas, sobre todo en el campo de la música (en el más amplio sentido) y la poesía.

Creo que merecía la pena dar noticia al público español de este ambiente de la cultura griega actual, dentro del marco de la Unión Europea. De él se ocupa el libro, sobre todo en el capítulo inicial y en el final; intermitentemente, también en los otros.

Pero no da una descripción sistemática de todas las actividades del Centro: pienso que habría sido bienvenida. Tampoco hace grandes descripciones de los aspectos religiosos y artísticos de la antigua Delfos, sobre los cuales hay, ciertamente, una excelente bibliografía. Sólo aquí y allá se nos habla, por ejemplo, del *Himno a Apolo* que narra la llegada del dios, desde Creta, a Delfos, o del «nomo» pítico que allí era cantado; o de los dos peanes inscritos en el tesoro de los atenienses. O de la naturaleza de Delfos, de su puerto de Itéa en que desembarcó Apolo y al que llegaban los peregrinos, de los monumentos.

Lo esencial en el libro es ligar Delfos como símbolo a las artes de la Grecia antigua y, a través de éstas y de todo el fenómeno griego, a la helenización de su mundo contemporáneo y del posterior hasta nosotros. Y, a partir de aquí, elaborar proyectos para el futuro: proyectos a veces difíciles de llevar a cabo, no imposibles sin embargo.

Lo que podría ser una segunda parte del libro, aunque vaya mezclada con otros temas, es la que se ocupa, ya digo, de las artes griegas. El capítulo 3 trata de «Delfos y las artes figurativas»; el 4, de «La antigua pintura griega»; el 5, de «Delfos y el coro»; el 6, de «Delfos y la música»; y el 10, de «El teatro desde el mundo antiguo hasta Constantinopla». En realidad, en estos capítulos

la referencia a Delfos es más bien marginal, un pie forzado. Se trata de ensayos sobre historia artística (y teatral) de Grecia.

¿Por qué ha escogido el autor exactamente estos temas y no otros? Quizá porque eran aquellos en que más directamente está interesado, quizá porque eran aquellos en los que encontraba mayores lagunas en la bibliografía. Por eso, sin duda, sólo marginalmente se ocupa de la estatuaría o de la tragedia (salvo el capítulo sobre el destino del teatro en Roma y Bizancio).

Sin excesos de erudición, combinando los testimonios literarios y los figurativos, añadiendo una documentación gráfica excepcional y también documentación literaria (antiguos poemas con sus traducciones al griego moderno), Nearchou logra muy buenas exposiciones, fáciles de seguir por otra parte. Y muy nuevas en su visión de conjunto de los campos mencionados.

Es excepcional, por ejemplo, el estudio (págs. 89 y ss.) sobre la antigua pintura griega, tan descuidada con frecuencia. Pese a los estragos del tiempo, la combinación de los datos literarios con lo que se nos ha conservado de la pintura minoica y micénica y de la posterior pintura griega provincial de Etruria o Tracia, más la continuación de la misma en Pompeya y Roma, más la pintura de los vasos, más lo que puede colegirse a partir de la escultura, nos da materiales más que suficientes para trazar un esbozo muy rico.

Paralelamente, es importante el estudio del coro (págs. 241 y ss.). Combina, una vez más, lo que sabemos por fuentes literarias (Luciano sobre todo, en este caso) con nuestros datos sobre los modelos divinos y los coros rituales, incluidos los que vienen de Creta, de las Cíclades, etc. Está luego lo que sabemos del coro del teatro. Y lo que sabemos por Platón y otros sobre el papel del coro en la vida ciudadana. Ni falta una investigación, interesante, sobre las relaciones del coro antiguo con el moderno, el del «sirtaki» sobre todo.

Música griega

Y no quiero dejar de citar lo que es una verdadera historia de la música griega (páginas 299 y ss.), incluyendo los que nosotros llamaríamos aspectos musicales de la poesía. Los datos sobre la más antigua música, los instrumentos, las especulaciones de Platón, Pitágoras y los filósofos en general, más los datos obtenidos de los poetas, se conjuntan en un todo, pese a las, algunas terribles, lagunas de nuestra documentación, sólo muy parcialmente suplidas por textos poéticos con anotaciones musicales.

Así, aspectos importantes de la vida griega que son comúnmente poco conocidos son puestos de relieve, en contexto con su cultivo en la antigua Delfos y con las propuestas para su restauración o estudio.



En este número

Artículos de

Francisco Rodríguez Adrados	1-2	Carlos Sánchez del Río	6-7
Francisco López Estrada	3	Ignacio Sotelo	8-9
Carlos Gancedo	4-5	Fernando Morán	10-11-12

SUMARIO en página 2



El legado helénico

La que podría ser una tercera parte del libro se organiza en los capítulos finales: el 7: «De la ciudad al imperio. El Oriente griego» (págs. 473 y ss.); el 8: «De Actio a Constantinopla» (págs. 513 y ss.); el 9: «La transición al Cristianismo» (págs. 577 y ss.).

Imposible dar una idea de la riqueza de estos capítulos sobre la transmisión del legado griego; aunque es evidente que tampoco son completos, podrían decirse muchas cosas más sobre, por ejemplo, su paso a los cristianos y a los árabes, el influjo de Bizancio en Europa, el Humanismo, etc.

Aun así, el cuadro es impresionante y, como siempre, el autor se esfuerza por poner el acento en los puntos menos conocidos y en los episodios más dramáticos, como los saqueos de Atenas y Delfos por Sila y la lucha de poder en torno a Cleopatra: al momento, sobre todo, de la gran fiesta en que fueron coronados sus hijos habidos de César y Antonio. Esperanzas frustradas.

Es especialmente importante, para mí al menos, lo relativo al influjo griego en la

India, no tanto por causa de la expedición de Alejandro, sino, sobre todo, por obra de los posteriores reinos indo-griegos. Nos habla, por ejemplo, Nearchou de los teatros griegos y las representaciones del teatro griego; llega a suponer un influjo del teatro griego en el indio. A través de la India, el arte griego y, creo, muchas ideas griegas saltaron a toda Asia; me he ocupado de este tema en diferentes lugares. Si India es la Grecia de Asia, no dejó de recibir y de trasplantar a Asia un importante influjo griego.

Se nota en el libro una añoranza por el antiguo Oriente griego: Alejandría, Seleucia, Pérgamo y demás. No en vano está escrito por un griego y los griegos dominaron Asia Menor hasta fines del siglo XI y sólo en 1922 fueron expulsados definitivamente de allí. La nostalgia por Constantinopla es, de otra parte, inevitable. Si hay algún consuelo está en que en ese mismo Oriente, Turquía, Persia o los países árabes, tantas cosas griegas continuaron siendo fuente de inspiración, ni más ni menos que en Occidente. Por no insistir en el influjo en la India y más allá.

Influjo griego

Para no seguir paso a paso el libro, lo que es por lo demás imposible, querría señalar cómo hace ver la perduración del influjo griego en los momentos más difíciles, menos verosímiles. Bajo, por ejemplo, los sacas, partos y kusanos, que arruinaron los reinos indo-griegos. Las conquistas de Sila no sólo inundaron a Roma de obras griegas, sino que rescataron del olvido las obras de Aristóteles. La derrota de Perseo de Macedonia llevó a Roma la biblioteca de este rey. Luego, problemas diplomáticos movieron la famosa embajada de los tres filósofos griegos y los Escipiones admitieron en su círculo a un rehén griego, Polibio.

Octavio, vencedor de la ilusión de Cleopatra y Antonio de un imperio greco-romano, no dejó de impulsar y utilizar la helenización de la literatura romana. Y luego están Nerón, Tito, Adriano y tantos otros emperadores filohelenos. Y hasta los fallidos intentos de un Juliano y de los Neoplatónicos de restaurar el antiguo mundo griego. Y los ensayos de nuevo teatro. En todo

caso, las vías entre la Antigüedad griega y el mundo posterior nunca se cortaron.

Y hasta bajo los Severos siguió esta helenización, pese a las nuevas corrientes culturales orientalizantes. Julia Domna y Galieno reunieron verdaderos «salones» de filósofos y escritores griegos. Y luego está, para no extenderme más, la helenización del Cristianismo y de los árabes. Y el influjo bizantino en Occidente, donde Constantinopla era considerada la capital cultural del mundo, como antes Atenas.

Una pasión algo deshilvanada

El libro, ya se dará cuenta el lector, está escrito con pasión y de una manera un tanto deshilvanada. Pienso que capítulos hermosos quedan un poco perdidos en él; es difícil que vayan a buscarse a partir de su título, y más con la dificultad adicional del griego. Es un buen testimonio, en todo caso, de las direcciones en que se mueve el nuevo pensamiento griego: hacia Europa y el mundo moderno en general, pero presentando como ejecutoria los orígenes helénicos no sólo de la Grecia moderna, sino de nuestro mundo todo. Aparte del Cristianismo, casi todo lo que hay de significativo en él es de origen griego.

Quizá convendría canalizar ese entusiasmo, hacer que se sedimentaran los proyectos, se pusieran en marcha de un modo gradual y racional. Por lo que respecta al teatro antiguo, la primera actividad del Centro, creo que soy un buen testigo, he asistido varias veces a los simposios y a las representaciones. Quizá fue exagerado, en las primeras reuniones a que asistí hace po-

cos años, el internacionalismo que se intentaba: poco podían aportar el África Negra, Malasia o Brasil, pongo por caso, al antiguo teatro griego. Este último año [1995], en que también he estado presente, encuentro que se mezcla demasiado con el teatro antiguo algo que es simplemente teatro.

Habría que esperar a que se sustanciaron simposios y representaciones de teatro moderno, como está previsto. Entre tanto, ha habido una mezcla en la que los estudiosos del teatro antiguo hemos quedado en exigua minoría en los simposios. En cuanto a las representaciones, hemos visto demasiados «experimentos», en que los directores y las compañías hacen más por presentarse a sí mismos que por transmitir a nuestro público lo que era el teatro antiguo. Demasiado ensayismo y divismo: a veces con talento, a veces menos. Habría que volver a las buenas representaciones de teatro antiguo, relativamente tradicionales, enfocadas a transmitir el mensaje antiguo según lo interpretan los estudiosos del teatro antiguo: los filólogos. Lo cual no estorba para que, a su lado, haya también representaciones experimentales.

Estamos ante un mundo rico de ideas y de proyectos. Querríamos tan sólo que no se desbordasen y que, por lo que se refiere a la transmisión del legado antiguo, se procediera con el máximo rigor, la máxima atención a sus estudiosos y a las necesidades del público de hoy. Hay una continuidad, el mensaje es accesible, no debe sustituirse por otras cosas, por originales que éstas sean. Es pena que el libro no toque temas como éste, que son importantes. Pero es un gozo para los ojos leerlo y contemplar sus láminas. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Tras siglos de ocupación turca, que le impidió vivir la época del humanismo europeo, la Grecia contemporánea tardó en entroncarse con su pasado, con la Grecia clásica, uno de los períodos más fecundos de la civilización, y tuvieron que ser arqueólogos y filó-

logos extranjeros quienes sacaran a la luz ese rico pasado. Hoy, sin embargo, como recuerda Rodríguez Adrados, Grecia siente el orgullo de poseer un legado que es el de las raíces de Europa, del mundo moderno, en definitiva.

Pericles Nearchou

To mnHEMA toy Apollona. Paideia, tekhnēs, politismos. Delphoi kai sygkhronos kosmos

Kosmópolis, Atenas, 1995. 672 páginas.

SUMARIO

	Págs.
«El legado helénico», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>To mnHEMA toy Apollona. Paideia, tekhnēs, politismos. Delphoi kai sygkhronos kosmos</i> , de Pericles Nearchou	1-2
«Edición americana de las Crónicas de Ayala», por Francisco López Estrada, sobre <i>Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno</i> , de Pero López de Ayala	3
«El hombre que hacía milagros», por Carlos Gancedo, sobre <i>Pasteur</i> , de Maurice Vallery-Radot, y <i>The Private Science of Louis Pasteur</i> , de G. L. Geison	4-5
«En torno al reduccionismo», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Nature's Imagination. The Frontiers of Scientific Vision</i> , de John Cornwell (ed.)	6-7
«La presencia inquietante de Heidegger», por Ignacio Sotelo, sobre <i>Ein Meister aus Deutschland. Heidegger und seine Zeit</i> , de Rüdiger Safranski	8-9
«Nelson Mandela, un símbolo multirracial», por Fernando Morán, sobre <i>El largo camino hacia la libertad</i> , de Nelson Mandela	10-11-12

Edición americana de las Crónicas de Ayala

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor de estudios sobre libros de viajes medievales y de una introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas y monografías sobre textos y autores de la Edad Media y de los Siglos de Oro.

Los estudios que se realizan en la América que habla español sobre la Edad Media hispánica merecen destacarse con énfasis en la información cultural de nuestros días. Cuando una moda ruidosa exagera los nacionalismos extemporáneos, la dedicación al estudio y conocimiento del período de orígenes resulta saludable y confortador. Si los americanos que se valen de nuestra lengua se ocupan y preocupan por la Edad Media, esto significa que se encuentran situados en una misma tradición, que es la común, suya y nuestra. Y esto en manera alguna supone apreciar en menos la realidad propia de la cultura americana y la peculiaridad de cada una de las naciones que la forman. Es que sobre la tierra de América se reúnen fluencias muy distintas, que vienen de una y otra parte, y forman la peculiar manera de ser que la caracteriza; y esto implica un entramado con noticias de muy distintas procedencias. Importa conocerlas todas para comprender la complejidad de la vida histórica de lugares tan diversos y extensos, aunque aparentemente parezcan ajenos a las exigencias ineludibles de nuestra hora.

Y en el caso que me ocupa, esta dedicación al período medieval de algunos miembros del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de la Argentina es ejemplar, como lo manifiesta el libro que comento: la historia que Germán Orduna titula justificadamente *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, escrita por el canciller de Castilla don Pero López de Ayala (1332-1407), que es el volumen I del conjunto, y que contiene el estudio preliminar de la obra y sus apéndices, y el texto crítico de la *Crónica* hasta el año X (1359). La edición aparece dedicada a Claudio Sánchez Albornoz, y esto es un signo del rigor con que está planteada y resonancia de la labor que unos españoles llevaron a cabo en Buenos Aires en difíciles circunstancias. Se pretende lograr la edición crítica de un texto que ha obtenido otras varias de distinta especie; el empeño implica, por tanto, una tradición en verdad compleja. Estas crónicas fueron, y siguen siendo, de obligada consulta para los que se refirieron a esta época en cualquiera de sus aspectos: cultural, histórico, social, económico, etc.

Germán Orduna resulta un investigador idóneo para esta empresa. Su labor en el Seminario de Edición y Crítica Textual es ejemplar; la revista *Incipit*, de la Universidad de Buenos Aires, que él dirige, tiene como fin plantear cuestiones referentes a los métodos de edición y crítica textual de obras españolas de nuestra península y de América, desde la Edad Media hasta nuestros días. Cualquiera que sea la obra literaria (o de cualquier otra índole) que se quiera publicar, el problema del criterio de la edición es previo, y marca la condición de la misma y también prejuzga el público que la ha de leer. Y otras muchas cuestiones de orden filológico quedan implicadas en lo que es siempre un punto de partida inexorable.

Así ocurre en el caso de que me ocupo. El período medieval tiene una exigencia de



**CORONICA DEL
SERENISSIMO REY DON
Pedro, hijo del Rey don Alonfo de
Castilla.**
NUEVAMENTE CORREGIDA Y ENENDADA
y con licencia de su Magestad imperial
EN P A M P L O N A,
Por Pedro Portuñal. M.D.XC.I.

Portada de la edición de 1591.

finida dentro del problema general referido, y aquí Orduna ha preparado una obra dirigida a los que quieren leer, consultar o citar las Crónicas referidas con la garantía textual más apurada, dentro de lo posible. La impresión material de esta obra, además del cuidado que pone de manifiesto la confección del texto impreso, está realizada con dignidad, sobre buen papel, con amplitud de márgenes y valiéndose de una letra legible y suficiente. Y esto es siempre de agradecer en el caso de estos libros que requieren una consulta cuidadosa, con grafías que no son las comunes (la medieval, en este caso); y esta limpieza en la presentación contrasta con el aspecto que presentan otras obras semejantes, en las que, por razones de economía, se usan tipos de letra diminutos, líneas apretadas y escasez en los márgenes.

La Crónica de Ayala

El prólogo preliminar, escrito por Germán Orduna y José Luis Moure (págs. I-LXXXV), refiere la historia de un texto muy conocido por los historiadores, y describe los impresos y manuscritos, y el proceso de las restauraciones propuestas en el texto crítico.

Las Crónicas que ahora se publican obtuvieron una difusión importante. Se imprimieron en 1495, 1526, 1542, 1549 y 1591: Jerónimo de Zurita preparó unas *Enmiendas y advertencias a las corónicas...* (editadas por D. Dormer, 1683), incorporadas luego a la edición de E. Llaguno Amirolo (Academia, 1779-1780), en la que se basó C. Rosell para la suya de la *Biblioteca de Autores Españoles* (1875-1878), que es la que suele usarse por resultar la más accesible para la consulta. La nueva edición que acaba de aparecer supera a las precedentes y fija un texto coherente a través de un aparato crítico y de variantes minuciosamente establecidas siguiendo una rigurosa ecdótica; para este fin se han utilizado los medios electrónicos en el procesamiento de los textos y se ha usado la automatización «para todos aquellos pasos en que no debían entrar el “judicium” ni la aplicación de la normativa filológica y ecdótica» (pág. 1). Se trata, pues, de un aprovechamiento de las nuevas técnicas, en este caso guiadas por la mano experta de un medievalista que ha realizado sustanciosos trabajos sobre otros aspectos de la literatura de esta época (*Poema del Cid*, Berceo, Juan Ruiz, Juan Manuel, el propio Ayala como



Estatua orante del rey don Pedro I (Museo Arqueológico, Madrid).

poeta y como prosista, Jorge Manrique, la *Celestina*, etc.), además de los de orden lingüístico. La conjunción entre la técnica usada hoy con el desarrollo de los avances electrónicos, y el conocimiento de la tradición crítica de orden filológico y su aplicación a la obra literaria, es la aportación más destacada de esta edición. Su propósito es garantizar el logro de un texto coherente, asegurado por un aparato crítico, válido para los lectores que buscan la información que pretenden hallar y también útil para los investigadores que requieren el pormenor filológico de su base. Germán Orduna establece un texto facticio, apoyado en el código de la Fundación Lázaro Galdiano, y recoge también la tradición de seis manuscritos y las ediciones; esta labor reintegra la *Crónica* de Ayala, en lo posible, a su estructura original.

En efecto, la novedad que aporta Orduna en lo referente al relato de los hechos de estos dos reyes, Pedro I y Enrique II, es considerar los dos reinados en una unidad cronística, tal como había sido el propósito del canciller Ayala; y esto es lo que justifica el largo título que reúne a Pedro I (que reinó entre 1350 y 1369) y Enrique II (de 1369 a 1379), el entronizador de la casa de Trastámara.

Los hechos históricos de esta época estuvieron movidos por pasiones desahoradas de gran trascendencia política que conmovieron profundamente la vida de sus partícipes. De muchos es conocida la desdichada suerte de doña Blanca de Borbón, casada con gran ceremonial con Pedro I y abandonada a los dos días y luego muerta por un ballestero por orden del rey; los amores del mismo Pedro I con doña María de Molina y las complicaciones que de ello resultaron; las luchas de

las banderías entre las familias reales y la presión política de los grandes señores, convertidas en luchas civiles con el cruento fin de la muerte de Pedro I en manos de su hermanastro Enrique de Trastámara (1369). Esta compleja trama de hechos, que aquí apenas he insinuado por entre otros muchos más, fue contada por un autor como el canciller Ayala, de tan fuerte personalidad política y grandísima habilidad literaria en el verso y en la prosa. En este caso sus *Crónicas* sobrepasan el simple fin noticioso y fueron escritas casi siempre en alabanza de la casa real, como son las otras que las rodean. Hay que retroceder hasta Alfonso X para encontrar un propósito de envergadura semejante, sólo que movido por motivos distintos. Frente a la universalidad de Alfonso X, de signo románico (todo un rey para una obra), Ayala (sólo un canciller ilustrado) se refiere a su época y las cercanías a través de una elaboración de las noticias, realizando una labor personal en su elección y en el énfasis de los hechos contados y en la forma de narrarlos, según un criterio en cierto modo ya «humanístico» en un sentido moderno, propio de la época gótica. Por tanto, Ayala expone las noticias con una estructura que sobrepasa los relatos «históricos» que le habían precedido; frente al anonimato e impersonalidad casi común en muchas de las otras obras, él realiza una labor fuertemente personal, con la conciencia de que la acción narrada, en la que se reúnen reyes, señores y comunidades, implica un sentido político peculiar, que él intenta establecer a la medida del tiempo que le tocó vivir. Esperamos la aparición del volumen que ha de contener el estudio de la lengua, el discurso cronístico implicado y las características del arte narrativo de un historiador que es, al mismo tiempo, uno de los escritores con más fuerza y vigor de la época.

El libro que comento es uno más de entre las publicaciones del Seminario argentino que dirige Orduna, cuya actividad se sitúa en un primer término en los estudios del medievalismo hispánico. Esta *Crónica* aparece acompañando a otros libros de diversa orientación; junto con un *Catálogo* de la biblioteca argentina de J. M. Furt (publicado por el mismo G. Orduna y Lilia E. F. de Orduna), se encuentran otros textos medievales. Así, el *Secreto de los Secretos* (editado por H. O. Bizarri) y el romanceamiento de las *Sententiae* de San Isidoro, titulado *Del soberano bien*, y sus *Concordancias* (preparados por P. A. Cavallero). Y junto con estas publicaciones es de obligada mención la actividad de la aludida revista *Incipit*, de función tan importante y definida, y que es imprescindible en su orientación.

Insistimos en que esta tradición medieval, de función tan importante en nuestra cultura, pertenece lo mismo a los españoles que a los americanos que hablan español y que dedican sus afanes a estas materias con las mayores exigencias de fiabilidad, como ocurre en este caso. La lengua nos es común, y con ella los testimonios literarios, que en este caso contienen textos históricos, como en estas Crónicas del canciller Ayala, fundamentales para el conocimiento de una difícil época histórica y por eso apasionante. □

RESUMEN

El hecho de dar cuenta de una edición de las *Crónicas del canciller Ayala, correspondientes a un apasionado período histórico del Medievo, una edición precisamente preparada por un investigador argentino, le lleva a López Estrada no sólo a valorar la edición*

en sí misma, sino a subrayar el que una obra de esa categoría filológica proceda de una universidad de la América hispana, lo que significa, piensa, que esa época es patrimonio cultural común de todos los que hablan el español.

Pero López de Ayala

Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno

Ed. de Germán Orduna, Eds. Incipit, Buenos Aires, 1994. CLXVIII + 330 páginas (tomo I). 14.044 pesetas. ISBN: 987-99735-OX.

El hombre que hacía milagros

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940) es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Fue becario de la Fundación Juan March en Alemania. Sus trabajos se han ocupado básicamente de problemas relacionados con la bioquímica y genética del metabolismo de azúcares en levadura.

Entre las grandes figuras de la ciencia pocas habrá que puedan igualarse a Pasteur, en la medida en que su nombre ha llegado a penetrar en capas muy alejadas de su actividad profesional y ha adquirido un valor simbólico del trabajo científico. Al cumplirse en 1995 el centenario de su muerte se ha producido una explosión de libros, artículos periodísticos y actos diversos en relación con este químico francés que revolucionó parcelas de la vida tan dispares como la medicina y la conservación de los alimentos (ver, p. ej., *Le Monde* de 24 de marzo de 1995). Entre los libros aparecidos están —cómo no— nuevas biografías de Pasteur, que vienen a añadirse a las numerosas ya publicadas anteriormente. ¿Qué pueden aportar nuevas biografías? ¿Son necesarias? A mi modo de ver, las vidas de las figuras representativas, sean del campo que sean, necesitan de vez en cuando ser enfocadas desde nuevos puntos de vista de manera que cada época adquiera una visión de ellas más acorde con sus referencias. El valor de las nuevas biografías está, en parte, determinado por el acceso a nuevos documentos, bien del biografiado, bien de personas o instituciones ligadas con él. Maurice Vallery-Radot, sobrino-nieto de la hija de Pasteur, ha tenido acceso a nueva documentación familiar que le sirve para presentar una nueva biografía con una serie de capítulos agrupados en torno a diversos temas con títulos tan sugerentes como «una familia patriarcal», «el ciudadano conservador», «el creyente», etc. Casi simultáneamente a esta biografía aparece otro libro —que sin duda va a ser polémico— titulado *The Private Science of Louis Pasteur*, debido a G. L. Geison. Éste se ocupa de estudiar algunos episodios del quehacer científico de Pasteur tomando como base sus cuadernos de laboratorio que desde hace poco están accesibles al público. Por tanto, en estas biografías escritas con nuevos materiales y en un entorno en el que los ideales del siglo XIX son contemplados como caducos, se van a encontrar juicios críticos sobre determinadas actitudes deliberadamente omitidas o incluso presentadas bajo un ángulo lisonjero en las biografías iniciales.

Unos diez años antes de morir, Pasteur escribía en una carta a un periodista: «Mis trabajos, mi familia, mi patria, eso es lo que he amado siempre». Y sus biógrafos antiguos o modernos no han encontrado nada que contradiga esta síntesis de su vida hecha por él mismo. Sin embargo, ese amor se juzga ahora de una manera distinta y puede parecer como debido a una personalidad demasiado pagada de sí misma, que actuaba como patriarca dominante y como ciudadano bastante conservador. La verdad probablemente no esté en ninguna de las versiones —antigua o moderna— y lo que nos queda después de leer ambas es la imagen de una personalidad extraordinaria con una serie de rasgos que suelen acompañar a las grandes figuras en todos los campos: ambición, combatividad, enorme capacidad de trabajo, cierto oportunismo..., en fin, algo esperable, pero que había sido desfigurado por las biografías hagiográficas. Pasteur fue un mito todavía en vida y los mitos participan en grado sumo de las cualidades consideradas ejemplares en el momento de su creación.

Ningún lector de las biografías de Pasteur puede pasar por alto ciertos rasgos de la personalidad de Pasteur que son fundamentales para explicar parte de su éxito: su dedicación casi fanática a su trabajo, su ansia de triunfar, su patriotismo (hoy denominado nacionalismo). Son éstos unos rasgos que se encuentran en numerosas figuras del siglo XIX —leamos la autobiografía de nuestro Cajal— y que Pasteur recoge de su padre. Hasta tal punto ha sido importante la influencia paterna que Vallery-Radot escribe que sería difícil comprender al hijo sin conocer al padre. Este padre, soldado por tradición familiar —ha servido bajo Napoleón en el «3.º de línea, el valiente entre los valientes», autodidacto, moralista convertido en curtidor por necesidad, lamenta las lagunas de su educación que su infancia pobre le dejó; se esfuerza en inculcar en su hijo los principios que considera honorarios para llevar una vida fructífera, honrada y sin graves preocupaciones económicas. De la madre —probablemente una mujer heroica como tantas otras casi anónimas en la historia— apenas queda un retrato pintado por Pasteur y una carta escrita poco antes de morir, con un párrafo en ella revelador de una actitud vital: «No te apenes por cualquier cosa que te ocurra, todo es una quimera en la vida». Pasteur considera la familia como una institución importantísima, y de hecho ocupa parte destacada en sus pensamientos al lado de sus trabajos y mezclados con ellos.

El matrimonio de Pasteur es un curioso suceso en la vida de este hombre. Curioso porque la manera en que se lleva a cabo contrasta con la forma reflexiva de actuar mostrada por Pasteur hasta ese momento. Es un enamoramiento repentino, un flechazo, seguido de una petición de matrimonio inmediata casi sin saber si la interesada estaba de acuerdo. Teniendo en cuenta que el padre de Marie era el rector de la Universidad a la que Pasteur llegaba recién terminado su doctorado, algunos han querido ver no un flechazo, sino un meditado cálculo en la elección. En cualquier caso, la elección cumplió las expectativas de Pasteur en cuanto a crear un núcleo familiar estable y unido con él en sus preocupaciones científicas. Marie no sólo se encarga del hogar, sino que tiene formación suficiente para corregir sus comunicaciones científicas, es su secretaria fuera del laboratorio y administra las finanzas. En el seno de su familia, Pasteur ejerce una autoridad incontestada, sustentada por un prestigio social creciente gracias a sus éxitos en el laboratorio. El peso de sus opiniones se extiende a las familias de su yerno y de su nuera. Su yerno se convertirá en la sombra de Pasteur y será su biógrafo oficial. La familia también le protege, es su refugio en los momentos difíciles y es decisiva en un asunto tan importante como sus relaciones con la Iglesia y la reconciliación final con la práctica religiosa.

«Le cahier»

Hace poco más de treinta años, en 1964, L. Pasteur Vallery-Radot, nieto de Pasteur, donó a la Biblioteca Nacional de París una serie de documentos pertenecientes a su antepasado, entre ellos los cuadernos de protocolos que recogían toda su actividad científica, desde los primeros estudios sobre la disimetría molecular hasta los últimos sobre las enfermedades infecciosas. Son ciento dos cuadernos escritos con letra clara en algunos casos, en otros con letra pequeña y a veces casi ilegibles, con abundantes anotaciones en los márgenes que se montan en ocasiones sobre el texto principal. Aquí están los resultados de los experimentos, las ideas que había detrás de ellos y detalles aparentemente nimios pero necesarios, como por ejemplo

que la uva moscatel de España [usada en algunos experimentos] se compra «en la frutera del Boulevard Saint-Michel», o «se me volcó el cristizador», o —cuando parte a las montañas para abrir sus matraces en las alturas en la polémica sobre la generación espontánea— «dormimos en Montanvert. La noche es admirable. Cielo estrellado. Luna clara, sin nubes. Al amanecer sopla un viento vivo de la garganta del glaciar, circunstancia evidentemente favorable (...). No nos abrieron nuestras cajas en Bellegarde porque a petición mía el director de Aduanas de Chambéry había escrito a su colega el director de Bourg». Todos estos cuadernos están escritos por la mano de Pasteur, ya que él mismo anotaba todas las observaciones realizadas en el laboratorio, aun las efectuadas por sus ayudantes. Su sobrino A. Loir, que después del episodio que dejó hemipléjico a Pasteur le sirvió como sus manos, resaltó la importancia que daba su tío a sus cuadernos de laboratorio: «Nada se escribía que no estuviese perfectamente observado; pero una vez que estaba escrito, se convertía para Pasteur en una verdad incontestable. Cuando durante una discusión echaba mano del argumento «c'est dans le cahier» [está en el cuaderno de protocolo], ninguno se atrevía a seguir discutiendo el problema».

Parece que Pasteur, bastante antes de morir, pero siendo ya una gran figura científica y social, encargó a su familia que no mostrase a nadie sus cuadernos de protocolos. Algún estudioso reciente ha querido ver en esta actitud el deseo de ocultar algún posible fraude o silenciar algunos resultados que no coincidían con las interpretaciones expuestas en público. Sin embargo, parece que esta determinación la tomó Pasteur después de una desagradable experiencia que vivió poco después de la muerte del gran fisiólogo Claude Bernard. Pasteur había demostrado que la fermentación alcohólica estaba ligada a la proliferación de la levadura, pero había científicos que no aceptaban esta idea y daban preferencia a una explicación puramente química del proceso. Claude Bernard había nacido en un pueblo de la región del Beaujolais y quizá por ello tenía una preocupación por la naturaleza de la fermentación alcohólica. En su casa de Saint Julien llevó a cabo una serie de experimentos que nunca publicó y con los que creía refutar la interpretación de Pasteur. A su muerte, M. Berthelot, un químico que fue ministro de Educación y posteriormente de Asuntos Exteriores, publica las notas de Bernard en las que se expone que el alcohol se forma en ausencia de levadura. Este artículo enfurece a Pasteur: «Ah! mon Dieu!», exclama varias veces (era su exclamación en los momentos difíciles). Y a los pocos días, a finales de julio, compra una serie de cajas de moscatel de España, naturalmente en la frutera del Boulevard Saint-Michel, y se hace preparar una serie de instalaciones en su pueblo de Arbois para lanzar una campaña de experimentos y comunicaciones contra Berthelot. «La publicación de esas notas es una infamia hacia Claude Bernard; esas notas no estaban destinadas a publicarse. La persona que me obliga a refutarlas es deshonesto». Y en privado añade: «Ese hombre, ese hombre [Berthelot] es capaz de todo. ¡Es capaz ese hombre de..., bueno, seguro que engaña a su mujer!». Probablemente el miedo de que a su muerte se pudiesen interpretar mal una serie de notas llevó a Pasteur a desear que sus cuadernos no se hiciesen accesibles al público. Y de hecho ha sido la accesibilidad de esos cuadernos la que ha llevado a algunos estudiosos de la obra pasteuriana —Geison está entre ellos— a realizar acusaciones de falta de honestidad contra Pasteur, notablemente en el caso de la prueba de la vacuna contra el ántrax y en el de la vacuna antirrábica. Pero la falta de coincidencia del orden temporal en

que se llevaron a cabo los experimentos, reflejada en el cuaderno de protocolos, y la forma en que se describen en la presentación pública es normal en ciencia. Para que la presentación discorra de una forma lógica se exponen los resultados siguiendo un orden racional que no es necesariamente aquel en que aparecieron. El inmunólogo británico P. Medawar, que ha meditado bastante sobre la presentación de los resultados, ha escrito —llevando el argumento hasta el extremo— que todo artículo científico es un fraude. Y lo es en el sentido de que faltan en él todas las exploraciones preliminares, los intentos fallidos, las falsas pistas. El edificio se presenta terminado, se nos enseña un plano director y la obra final; los cordajes, los andamios quedaron en el cuaderno de protocolos. Porque es en éste donde el científico opera con la que ha poco se ha denominado «ciencia de noche», la que tantea, palpa, anda a oscuras, suada, cae... En cambio, en la presentación pública, las vacilaciones han desaparecido, los obstáculos se desvanecen y la lógica del razonamiento marcha segura por el ancho camino real.

Parece que Pasteur no reveló que en el caso de la vacunación antirrábica, la vacuna se había ensayado en dos personas —una de las cuales murió— antes que en el famoso Joseph Meister y que el número de perros utilizados para ensayar la vacuna era menor del que se dijo. Posiblemente con los requisitos actuales en materia de ensayos previos, la vacuna antirrábica de Pasteur no se hubiese usado en humanos; incluso su colaborador Roux tenía serias dudas sobre el asunto y parece que hubo momentos de tensión entre Pasteur y él a este propósito. Pero la rabia era tan temida, y tal el prestigio de Pasteur, que el uso de la vacuna —que resultó eficaz— sólo levantó escasas críticas.

Problemas económicos

Pasteur vive la mayor parte de su vida científica buscando fondos desesperadamente. Cuando, todavía joven, se instala en Estrasburgo, parte de la dote que su esposa aporta al matrimonio se emplea en reducir el déficit del laboratorio. Dos años después, Pasteur necesita realizar un viaje a Sajonia a la búsqueda del ácido racémico; se requieren mil francos: quinientos serán prestados por el padre de Pasteur y otra vez será el dinero de su esposa el que valdrá para devolverlos. Una búsqueda de fondos que, a pesar de los premios de la Academia o las subvenciones especiales, sólo cesa de ser apremiante en la última década de su vida, cuando se crea el Institut Pasteur. Y es que ya entonces la actividad científica se ha hecho dependiente del apoyo financiero externo. Han quedado atrás aquellos tiempos en que la actividad y la carrera científica dependían de la fortuna personal del individuo. Todavía en la elección de Lavoisier a la Academia de Ciencias, un académico (el astrónomo Lalande) justificó así su voto: «He votado a Lavoisier, aunque más joven y menos conocido [que el metalúrgico Jars], por la consideración de que [la elección de] un hombre joven con sabiduría, y cuya fortuna personal hará innecesaria su dedicación a otras actividades, será naturalmente muy beneficiosa para las ciencias». El científico vive en constante angustia financiera, teme no poder alcanzar a tiempo sus objetivos, desearía poder ir más deprisa, abordar más preguntas y, en consecuencia, busca dinero para su laboratorio, cuyo buen funcionamiento es su obsesión. Probablemente los científicos pertenezcan a una rara especie que trabaja mucho para intentar conseguir más dinero para poder... trabajar más.



Viene de la página anterior



Ya Gulliver, en su viaje a Laputa, al visitar la Academia de Lagado, notó que «los proyectistas tenían la costumbre de mendigar de todos aquellos que acudían a visitarlos».

El público, la sociedad, que es quien en definitiva proporciona el dinero a los científicos, puede preguntarse —debe preguntarse— para qué sirve el dinero tan buscado, en qué lo emplean los científicos, qué beneficios logra la sociedad invirtiendo en ciencia en vez de hacerlo en otros capítulos. La respuesta a estas preguntas depende en buena medida de las características de la sociedad en la que la pregunta se plantea y de las circunstancias económicas del momento. Ante los beneficios de la actividad científica se pueden adoptar dos posturas extremas: la de que el conocimiento derivado de la ciencia es útil en sí mismo, o la de que sólo debe perseguirse el conocimiento directamente aplicable. La mayoría de los científicos subscriben enteramente la primera actitud y en momentos de bonanza económica y confianza en un progreso continuo la mayor parte de la sociedad también. En momentos de recesión económica, o bajo la influencia de planteamientos ideológicos de distinto signo, se suscribe más o menos abiertamente la segunda postura: sólo la relevancia social de la investigación científica —medida por distintos criterios, según el sesgo político— puede justificar la inversión en ciencia. Por ejemplo, durante la revolución cultural china se decide que «la investigación científica debe servir a la política proletaria, a los trabajadores, campesinos y soldados y estar integrada en el trabajo productivo». Por tanto, son las masas las que deben dictar los temas de trabajo en el laboratorio.

La posición de que sólo debe financiarse una investigación capaz de producir rentabilidad a corto plazo suele encontrarse en las antípodas ideológicas, aunque expresada de forma más velada.

Los trabajos de Pasteur se prestan, sin duda, a ser utilizados de forma más o menos interesada en la discusión sobre la financiación de la ciencia. La mayoría de ellos tiene una aplicación práctica inmediata: diversas vacunas, métodos para controlar las enfermedades del gusano de seda, pasteurización de vinos y cervezas, pero, al mismo tiempo, esos trabajos son piedras angulares del conocimiento biológico. Véase, pues —viene a decirse—, lo que hay que hacer, ciencia aplicada que produce avance científico. Esta postura es, a mi juicio, errónea porque ignora que casi todos aquellos trabajos se derivaron de investigaciones sin aparente interés inmediato: el estudio de la estructura de los tartratos y el problema de la generación espontánea. La pasteurización, por ejemplo, no se desarrolló para resolver el problema de conservar los alimentos. Para ello ya existía un método desde 1810, en que Nicolás Appert había publicado *Le Livre de tous les Ménages ou l'Art de Conserver pendant plusieurs Années, toutes les Substances Animales et Vegetales*, que constituyó la base del desarrollo de la industria conservera, aunque variados productos no resistían el procedimiento de Appert sin perder sus cualidades organolépticas. La pasteurización que hará posible la conservación del vino, de la cerveza, de la leche, surgió de experimentos diseñados para contribuir a la solución del problema de la generación espontánea, un problema que, en sus orígenes, era un problema filosófico.

El pretender imponer una dirección única al camino de la ciencia muestra grave desconocimiento de la forma en que se generan los conocimientos científicos y de las relaciones inesperadas que pueden surgir entre distintas áreas del conocimiento. Lo que sí debe exigir la sociedad es que con sus recursos se lleve a cabo una investigación de calidad. Pero no tiene que perder de vista que, como decía el

ilustre fisiólogo argentino B. Houssay, «sin Ciencia no puede haber ciencia aplicada».

Ciencia e ideología

Mucho se ha escrito sobre la necesidad de observar los hechos sin ideas preconcebidas. Pero el hecho mismo de observar implica de algún modo cierta idea previa sobre lo que se observa y para qué. Ya Claude Bernard, en su luminosa *Introducción al estudio de la medicina experimental*, decía que «una idea preconcebida ha sido y será siempre el primer impulso de un espíritu investigador». La experimentación «tiene por objeto transformar esta concepción "a priori" en una interpretación "a posteriori" basada en el estudio experimental de los fenómenos». Quizá pocos ejemplos de la influencia de las ideas «a priori» sobre la observación de un hecho sean más llamativos que los trabajos sobre la generación espontánea. La polémica que generaron muestra hasta qué punto los científicos pueden interpretar algunos de sus resultados según su ideología. En la cuestión sobre la existencia o no de la generación espontánea subyace una importante pregunta filosófica: la capacidad de la materia para organizarse en niveles superiores. Y las consecuencias de la respuesta son enormes, como puede apreciarse en los comentarios siguientes. Pasteur anota: «El germen y su desarrollo, he ahí toda la vida y su misterio. Preguntar de dónde viene [el germen] es preguntar de dónde viene la vida. Es por eso por lo que el problema de la generación espontánea es capital y apasionante. Es el problema mismo de la vida y su origen. Provocar una generación espontánea sería crear un germen. Eso sería crear la vida..., pasar de la materia a la vida según las condiciones del medio y la materia; Dios como autor de la vida resulta inútil. La materia lo substituye. No se invocará a Dios sino como el autor de los movimientos de los mundos en el Universo». El lexicógrafo Larousse escribe en su *Diccionario universal del siglo XIX*: «La generación espontánea no es ya una hipótesis, es una necesidad filosófica. Es la única racional. Es la que nos libera para siempre de cosmogonías pueriles y hace volver a los bastidores el "deus ex machina" exterior y completamente artificial que durante tanto tiempo han adorado los siglos ignorantes». ¿Cómo se sitúa la sociedad entre estas dos visiones, la de los partidarios y la de los oponentes a la generación espontánea? De forma apasionada, desde luego, el problema tiene amplio eco porque «toca la ciencia, la filosofía y la religión», escribía un periódico. Numerosos partidarios de la generación espontánea se reclutan —¿paradójicamente?— entre los que hoy llamaríamos «progresistas», mientras que sus contrarios están en general en las filas de los que defendían ideas más tradicionales. La época es propicia para escindir las opiniones, se traduce *El origen de las especies* y Renan publica *La vida de Jesús*, la ley Falloux autoriza la enseñanza de la religión en las escuelas estatales. ¿Por qué entra Pasteur en esta contienda? Aparte de tener una posición filosófica determinada, estos trabajos —escribe él mismo— fueron una digresión obligada de aquellos sobre las fermentaciones. Pero pienso que había algo más: a Pasteur le atraía la polémica, estaba tan seguro de su habilidad experimental y retórica que debía de proporcionarle un placer entrar en ella. ¿Acaso no decía que «había tres pasos en el establecimiento de la evidencia: el primero, tratar de convencerse a uno mismo; el segundo, convencer a los demás; el tercero —probablemente el menos útil, pero muy divertido—, convencer a nuestros adversarios»? La ocasión de entrar en liza se la proporciona la aparición de unas comunicaciones a la Academia y de un libro escritos por F. A. Pouchet al que Pasteur identifica, no sin cierta

ironía, como «un hábil naturalista de Rouen». Y convencido de que el «hábil naturalista» se equivocaba entra en un concurso convocado por la Academia con el título: «Tratar de arrojar, mediante experimentos bien hechos, nueva luz sobre la cuestión de las generaciones espontáneas». No es éste el lugar de entrar en la serie de experimentos ingeniosos con los que Pasteur acumula evidencia contra la generación espontánea y en los que —tan convencido está de su razón— en los casos dudosos desecha las posibles contradicciones. El ingenio, la suerte —¿aquella que sólo sonríe a las mentes preparadas?— hizo que escogiese materiales en los que las respuestas eran claras, a diferencia de los de Pouchet, en los que algo que él ignoraba (y Pasteur también) —la resistencia de ciertas esporas al calor— inducía a conclusiones erróneas. Pasteur demostró lo que deseaba demostrar y lo supo comunicar al gran público. En una velada de abril de 1864, Pasteur pronuncia una conferencia pública en el anfiteatro de la Sorbona sobre la generación espontánea y sus consecuencias religioso-filosóficas. Con su ardor polémico habitual se lanza al combate: «No saldrán de aquí sin estar convencidos de que la generación espontánea de los seres microscópicos es una quimera». En el auditorio, el todo París: la princesa Matilde Bonaparte, Alejandro Dumas, George Sand, ministros... Muestra sus famosos matraces de cuello de cisne, proyecta un rayo luminoso para mostrar el polvo del aire en el que se encuentran los gérmenes, dibuja; debió de ser una exhibición en todos los sentidos. Y para terminar: «En el estado actual de la ciencia, la doctrina de la generación espontánea es una quimera, tanto peor para aquellos cuyas ideas filosóficas o políticas sean afectadas por mis estudios».

En esta polémica el vencedor ha mostrado varias cosas: una gran habilidad experimental y retórica, una determinada concepción de la ciencia en la que el experimento habla y la especulación calla, una concepción que admite ciertos límites para la ciencia. No habrá escapado al lector que en la polémica Pasteur evita toda referencia al origen de la vida, se limita al origen de los gérmenes y con ello elude el avispero filosófico.

La obra de Pasteur tuvo una enorme repercusión inmediata y llegó al gran público en diversas ocasiones en el mismo momento en que se realizaba: caso de la prueba pública, casi apuesta, de la vacuna contra el ántrax, de la polémica sobre la generación espontánea y como corona la vacunación antirrábica. La personalidad combativa de Pasteur, apasionada en los debates, que solía ganar casi siempre, con una argumentación luminosa teñida de algún sarcasmo para sus oponentes, debía de hacerle temible en los foros científicos. Era importante y lo sabía; le cuadra a maravilla lo que escribía el matemático Rey Pastor: «Cada sabio ha construido una tabla de valores en cuyo primer lugar figuran él y su obra». Sus logros científicos fueron celebrados por la nación en forma de premios y diversos honores



Louis Pasteur.

y su figura sirvió para mostrar la grandeza del país en el exterior. Eran un triunfo del espíritu científico y racionalista de la Tercera República, que necesitaba santos laicos. Todo ello, unido a la trascendencia para la medicina de los descubrimientos de Pasteur, forjó una leyenda alrededor de este hombre excepcional. No extraña, pues, que recibiese cartas en las que la dirección era simplemente «A aquel que hace milagros, rue d'Ulm».

La biografía de Pasteur de Vallery-Radot será amena para un público general, mientras que el libro de Geison lo apreciarán más las personas familiarizadas con el quehacer del laboratorio. Pero en ambos libros, aunque desde enfoques muy diferentes, se aprecian todas las características que condujeron a la creación de la leyenda pasteuriana. Es seguro que sin Pasteur la microbiología hubiese llegado al mismo desarrollo, pero lo hubiese hecho de otra manera. Esto es lo que hace que la personalidad del científico dé carácter a su obra. La doble hélice de Watson y Crick es «distinta» de la que hubiesen descubierto Franklin y Wilkins. Aunque repugne a nuestras ideas, probablemente tengamos que acostumbrarnos a comprender que en unas circunstancias determinadas varias personas llegarán inevitablemente al mismo sitio, a la misma conclusión, pero lo harán por caminos diferentes. Pero a pesar de esto será necesario seguir siendo capaces de admirar al que llegó. El camino de Pasteur fue el del entusiasmo y del trabajo sistemático impulsado por una confianza ciega en sus posibilidades y unos ideales que le mantuvieron siempre. Él los expuso en una frase: «Feliz el hombre que lleva dentro de sí un Dios, un ideal de belleza y le obedece: ideal de arte, ideal de ciencia, ideal de patria, ideal de las virtudes del Evangelio. Estas son las fuentes vivas de las grandes ideas, de los grandes actos; todas están iluminadas por la reflexión del infinito». □

RESUMEN

Los logros científicos del francés Pasteur, reciente todavía el centenario de su muerte, y su figura, su dimensión humana, sirvieron para mostrar la grandeza de su país: era el triunfo del espíritu científico y racionalista de la Ter-

cera República. Pero el trabajo de Pasteur y su propia vida no fueron, en modo alguno, un camino de rosas, tal como nos lo recuerda con detalle Carlos Gancedo al comentar dos biografías recientes.

Maurice Vallery-Radot

Pasteur

Librairie Académique Perrin, París, 1994. 440 páginas. 139 francos franceses. ISBN: 2-262-01079-X.

G. L. Geison

The Private Science of Louis Pasteur

Princeton University Press, Princeton, 1995. 378 páginas. ISBN: 0-691-03442-7.

En torno al reduccionismo

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Un libro de reciente aparición recoge las contribuciones de varios científicos y filósofos a un coloquio celebrado en 1992 en Cambridge sobre el reduccionismo científico. La publicación tiene el defecto que aqueja a casi todas las obras de muchos autores convocados a participar en una reunión: la desigualdad. Hay capítulos sumamente originales, otros son reproducción de ideas ya publicadas y no faltan los que se refieren sólo marginalmente al asunto que justificó el coloquio. Junto a este defecto el libro tiene una gran virtud. Los participantes en la reunión fueron muy bien elegidos, de manera que en el libro aparecen opiniones variadas, sin excluir las más extremas. Además todos los autores son prestigiosos, de manera que los diversos puntos de vista se presentan con argumentos casi siempre respetables.

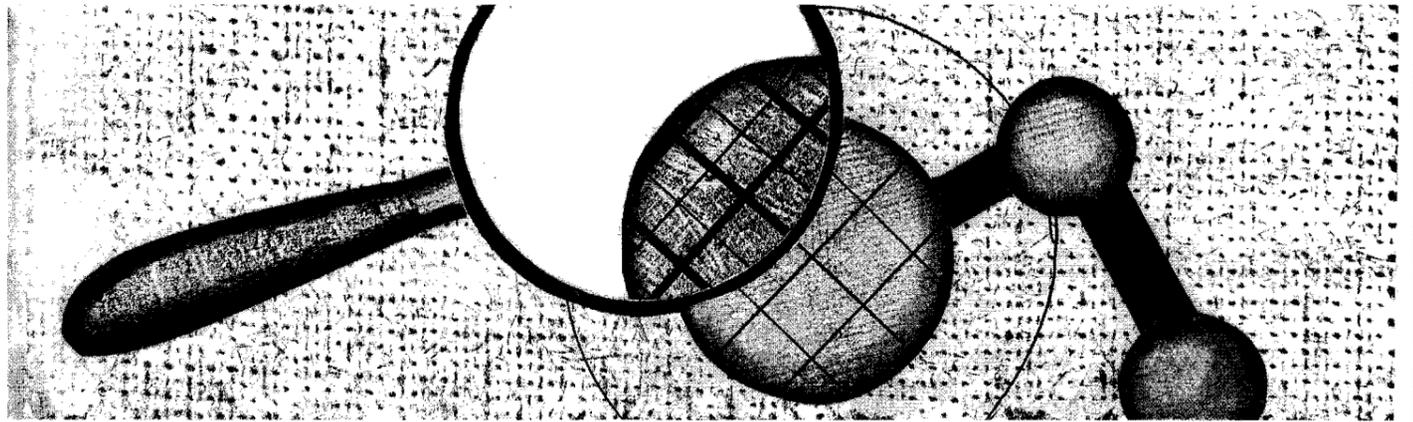
Por estas razones el libro es, en conjunto, recomendable no solamente por su contenido, sino por lo que sugiere en relación con el tema cada vez más actual de la doctrina reduccionista. Hasta bien recientemente la mayor parte de los científicos eran reduccionistas, aunque los principales defensores de este punto de vista fuesen los biólogos; los éxitos indudables de la biología molecular apoyaban esta actitud. Los avances recientes en las neurociencias, sin embargo, han llegado a un punto en que la relación del cerebro con la mente plantea un problema difícil e insoslayable. Muchos estudiosos perspicaces dudan de que el reduccionismo sea aplicable en este caso y ello da ocasión para los comentarios de carácter general que expongo a continuación.

La filosofía reduccionista

Paso previo a cualquier consideración sobre el reduccionismo es su definición. Y ello no es fácil porque en este caso la misma palabra tiene diversos significados. Es reducción, por ejemplo, la unificación de varios esquemas conceptuales en uno. Es reducción la pretensión de que la conducta humana dependa de un solo factor, sea el poder (Nietzsche), el dinero (Marx) o el sexo (Freud). Es reducción la identificación de la mente con el cerebro. Es reducción toda la sociobiología. Y también es reducción en cierto modo la psicología conductista.

Parece, sin embargo, que la palabra reduccionismo se debe reservar para designar la doctrina filosófica según la cual las propiedades de un todo dependen únicamente de las propiedades de sus partes.

De hecho, el reduccionismo inicial de Von Helmholtz y de Du Bois-Reymond se definía como una idea filosófico-científica que consiste en tratar los sistemas biológicos complejos a nivel de sus componentes más simples, llegando a planteamientos de orden físico-químico. Esta forma de entender la biología se contraponía a la doctrina vitalista científicamente indefendible. Este reduccionismo biológico ha resultado ser un instrumento muy útil en la investigación de los seres vivos y ello explica la versión extrema que muchos defienden actualmente.



J. L. GÓMEZ MERINO

Según esta versión, el reduccionismo afirma la posibilidad de fundamentar todos los fenómenos naturales en las propiedades de los átomos. Estas propiedades proceden de las interacciones entre las partículas fundamentales (electrones y quarks) que ha estudiado la física con notable éxito. Según esto, toda la realidad sería deducible de las leyes físicas. Como esto parece inviable ahora o en un futuro previsible, una definición más prudente del reduccionismo se limitaría a sostener que según esta doctrina todo cuanto existe tiene su fundamento en las propiedades de la materia. Bastaría dar las componentes de cualquier entidad para deducir las acciones o efectos de dicha entidad por lo menos en principio.

Tal pretensión es, sin embargo, insostenible con carácter general, como muestra un ejemplo trivial. Un libro está compuesto de papel y tinta y evidentemente estos componentes no permiten predecir el contenido semántico del libro que puede instruir, entretener, provocar o aburrir según quien lo escribió y según quien lo lea. Es claro que un reduccionista convencido rechazaría este ejemplo con el argumento de que un libro es una obra humana y no debe aplicarse el reduccionismo a los artefactos de este género. Las propiedades de los componentes de algo condicionan las de este algo solamente si la relación entre componentes y compuesto es natural y no artificial. Esta explicación presenta, sin embargo, una dificultad inmediata: en el caso de la conducta humana, ¿dónde está el límite entre lo natural y lo artificial? ¿son los actos psíquicos conscientes naturales o artificiales?

A mí me parece que o se acepta el reduccionismo extremo con todas sus consecuencias o se admite que se trata de una doctrina demasiado simplista porque la naturaleza es mucho más rica que los esquemas que nosotros inventamos para describirla. Yo me inclino por esta segunda posibilidad por dos motivos. En primer lugar, porque las ciencias relativas a los objetos de complejidad creciente no son reducibles unas a otras. En segundo lugar, porque gran parte de lo que existe no depende sólo de sus componentes, sino también de su historia y de sus circunstancias externas. Me referiré brevemente a estos dos motivos.

La percepción de la realidad

La imposibilidad de reducir unas ciencias a otras resulta evidente sin más que recordar los elementos descriptivos que se usan en cada una de ellas. Sucede que los elementos descriptivos de cada ciencia limitan el ámbito dentro del cual dicha ciencia es aplicable. Cuanto más abstractos y generales sean los elementos descriptivos, tanto mayor será su ámbito de aplicación. Pero, al mismo tiempo, será dicha ciencia incapaz de describir los hechos que requie-

ren elementos descriptivos que caracterizan objetos de estudio particulares. En otro lugar he mostrado esto con detenimiento. Basta exponer aquí un resumen.

La ciencia más general es la matemática. Se basa en cuatro conceptos: elemento, conjunto, estructura y correspondencia. Son conceptos aplicables a ciertos aspectos de casi toda la realidad, pero no a todos. La limitación más importante de la matemática es que no contiene el tiempo. Por eso, todo lo que transcurre temporalmente es irreducible conceptualmente a la matemática. Para usar la potencia de la matemática en otras ciencias tenemos que convertir el tiempo en números por medio de relojes, y estos aparatos no son objetos matemáticos.

La física es la ciencia de la materia inerte. Sus conceptos principales son: tiempo, materia, energía e interacción. Son elementos descriptivos aplicables a toda la materia. La fecunda utilización de la matemática en la física se debe a que mediante manipulación, a veces muy ingeniosa, podemos establecer una correspondencia entre las magnitudes físicas y los objetos matemáticos. En los casos más frecuentes esa correspondencia recibe el nombre de medida y conduce a números con unidades. Las unidades son esenciales porque indican el contenido epistémico ausente de la matemática. Es característica de la evolución de los sistemas físicos simples que los estados futuros sólo dependen del estado presente. La química se ocupa de los cambios de las sustancias materiales y es conceptualmente similar a la física, aunque su metodología es diferente.

La biología es la ciencia de la materia viva. Los sistemas materiales vivos presentan propiedades radicalmente distintas de las que observamos en sistemas materiales inertes. Decimos que tienen vida, y para la descripción de los seres vivos y de los fenómenos vitales necesitamos elementos descriptivos nuevos. Los más importantes son: organismo, metabolismo, reproducción y evolución. Todos los fenómenos que intervienen en los procesos vitales son compatibles con la física y con la química, pero no se pueden deducir de estas ciencias. Es significativo que el comportamiento futuro de un ser vivo depende del presente y del pasado remoto que lleva grabado en su genoma. Por esta razón y por los elementos descriptivos propios de la biología podemos concluir que los seres vivos no son sólo física y química. Son algo más; por lo menos son también historia.

La etología es la ciencia que se ocupa de la conducta de los animales que tienen sistema nervioso. Es una parte de la biología que describe fenómenos tan complicados que nos fuerzan a emplear elementos descriptivos nuevos. Los principales son: instinto, memoria, aprendizaje, comunicación y sociabilidad. Los fenómenos asocia-

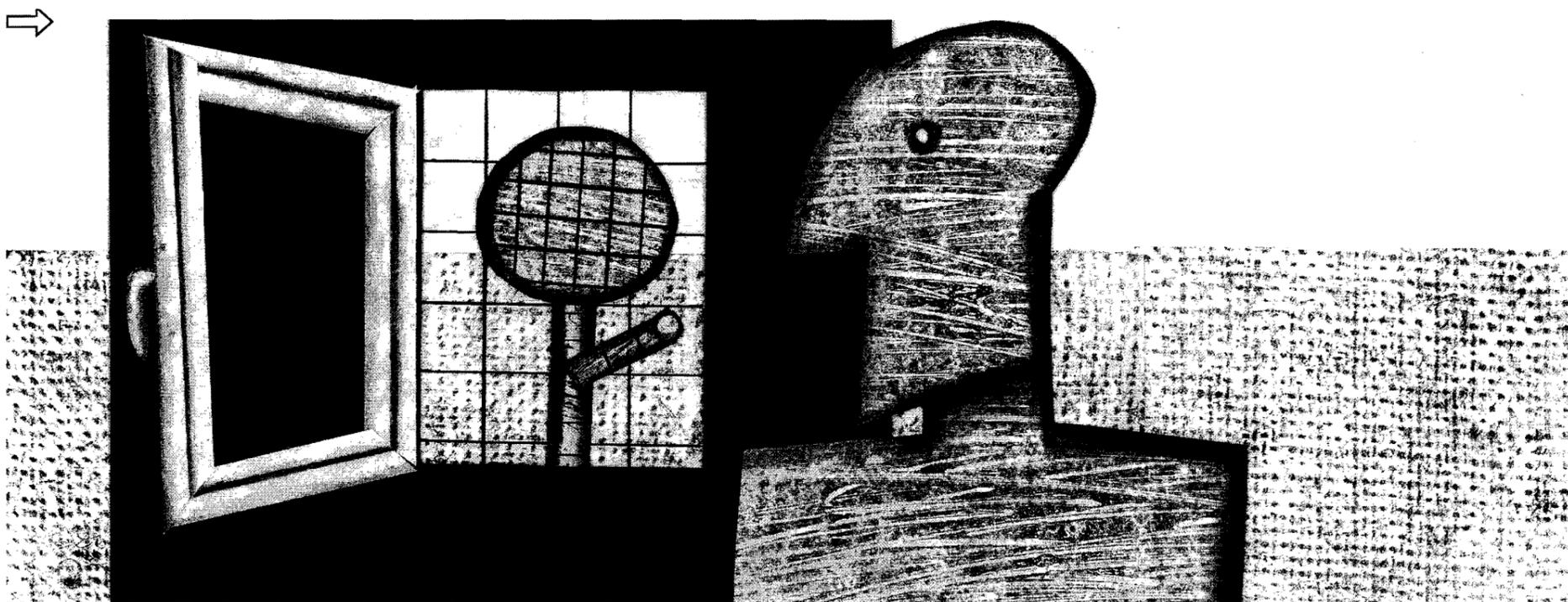
dos a estos conceptos son consistentes con la fisiología del sistema nervioso, pero suponen una novedad imprevista. La conducta futura de un animal depende del presente, del pasado remoto incorporado en su genoma y del pasado próximo aprendido y grabado en su memoria. En algunos animales superiores se observa un comportamiento que indica una cierta expectativa de futuro que designamos con la palabra intencionalidad.

La psicología es la ciencia del comportamiento humano en su doble vertiente de conducta y conciencia. Los seres humanos constituimos una especie animal única y distinta de todas las demás, incluidas las más próximas. Por eso, para describir el comportamiento humano necesitamos conceptos radicalmente nuevos. Los más llamativos son el lenguaje simbólico y la cultura evolutiva. Los más misteriosos son la conciencia, la inteligencia y la voluntad, que en cierto grado poseen algunos animales, pero evidentemente sólo de manera incipiente. Las acciones humanas que describimos con estos nuevos elementos no son incompatibles con ningún principio etológico, biológico, físico-químico o matemático, pero obviamente trascienden a todos. Otra diferencia notable es que en nuestro comportamiento influyen el presente, el pasado remoto genético, el pasado próximo aprendido y el futuro. Esta intencionalidad es clarísima entre nosotros porque la satisfacción de deseos que esperamos conseguir es la motivación más importante de nuestros actos.

A partir de las consideraciones precedentes es razonable concluir que las ciencias sólo nos permiten acceder a niveles de la realidad diferenciados. La realidad es tan compleja que las ciencias no nos pueden ofrecer un esquema sencillo dentro del cual percibamos la mente humana como consecuencia de las propiedades de las partículas fundamentales. Estamos hechos de materia, pero nuestra mente es algo más, que nos permite describir los aspectos empíricos de la realidad mediante conceptos que dependen de la complejidad de lo que observamos. Llamo a esto la percepción jerárquica de la realidad que se puede resumir en pocas palabras. La matemática nos describe rasgos ciertos de una realidad muy mutilada. La física y la química nos describen los rasgos específicos de la materia inerte; son compatibles con la matemática, pero son más que matemática. La biología nos describe los rasgos de la materia viva; son compatibles con las ciencias precedentes, pero son más que las de dichas ciencias. La etología nos describe el comportamiento animal, que es compatible con la matemática, la física, la química y la biología básica, pero que presenta aspectos nuevos. La psicología, finalmente, nos ofrece rasgos de



Viene de la página anterior



J. L. GÓMEZ MERINO

la conducta humana compatibles con las ciencias anteriores, pero que las trascienden sin duda alguna.

Es claro que la percepción de la realidad que nos ofrecen las ciencias positivas es incompatible con un reduccionismo ontológico. Otra cosa es un reduccionismo metodológico, sin duda muy provechoso para adentrarnos en los secretos de la naturaleza. Podemos expresar esta conclusión de otro modo: las propiedades que se observan en un nivel superior no se deducen de las de un nivel inferior, pero el conocimiento de este último es necesario para comprender el nivel superior.

El reduccionismo imposible

Frente a los argumentos aportados podrían los defensores del reduccionismo objetar que el hecho de que actualmente no podamos reducir los elementos descriptivos de unas ciencias a los de otras no prueba que ello no haya de ser posible en el futuro. Esto es correcto, pero sucede que a medida que avanzamos en las propias ciencias positivas encontramos contradicciones con el reduccionismo que no son terminológicas, sino de fondo. Además, en muchos casos podemos identificar el origen de la contradicción. No es éste el lugar para analizar los pormenores de esta cuestión, ni es necesario. Bastarán unos ejemplos para que se vean las dificultades insalvables con que se enfrenta la filosofía reduccionista.

Empecemos por la matemática. A principios de este siglo se propuso Hilbert la reducción de toda la matemática a un conjunto de declaraciones formales construidas con un alfabeto finito de símbolos que satisfacen unos axiomas y se manipulan según ciertas reglas de inferencia. De este modo se podrían demostrar todos los teoremas matemáticos si se encontraba un criterio para decidir si una declaración era verdadera o falsa («Entscheidungsproblem»). Conviene insistir en que según la propuesta el significado de los símbolos no tiene ninguna importancia; la matemática se reduce a la manipulación de símbolos dibujados en un papel. Pues bien, unos años después Gödel, demostró que la propuesta de Hilbert es irrealizable porque no puede existir ningún proceso formal que permita separar las declaraciones verdaderas de las falsas. Más concretamente, el famoso teorema de Gödel demuestra que en cualquier formalización de la matemática que incluya las reglas de la aritmética hay declaraciones significativas cuya verdad o falsedad no se puede demostrar. Esto prueba que el reduccionismo no funciona en las matemáticas, porque para decidir sobre la verdad de un teorema hay que estudiar su significado y su contexto dentro del ámbito más amplio de otras ideas matemáticas. Este resultado indica que las verdades matemáticas no

pueden encapsularse en un algoritmo que las genere mecánicamente por medio de un ordenador. Y puesto que los matemáticos descubren teoremas, ello es prueba, como concluye Penrose, de que la mente no es una máquina; sea lo que sea, el entendimiento no se reduce a un algoritmo de cálculo. Este sensacional resultado basta para justificar la afirmación de que el teorema de Gödel es la mayor hazaña intelectual de nuestro siglo.

El ejemplo más claro de la imposibilidad de la reducción en la física es el célebre Segundo Principio de la termodinámica. Según este principio, todos los procesos naturales que suceden en el interior de un sistema aislado dan lugar a un crecimiento de la entropía del mismo. Esto permite distinguir el pasado del futuro mediante una ley física: menor entropía significa antes y mayor entropía quiere decir después. Se sabe desde tiempos de Boltzmann que la entropía es un índice del desorden a nivel molecular y se debería poder demostrar el Segundo Principio como consecuencia de las leyes del movimiento de las moléculas. Pero sucede que estas leyes no distinguen el pasado del futuro y por eso todos los intentos de demostración tienen alguna trampa mejor o peor escondida. El Segundo Principio no es consecuencia de las leyes del movimiento de los átomos, lo que muestra patentemente la imposibilidad de la reducción en este caso. Hay otras situaciones menos intuitivas que indican también que las simetrías de las leyes básicas de la física desaparecen en muchos sistemas complicados. Se dice que la complejidad rompe las simetrías.

En cuanto a los seres vivos, las investigaciones recientes indican las severas limitaciones de la filosofía reduccionista. Se piensa ahora que los detalles de un ser vivo no están programados estrictamente por un código molecular, sino que muchos de ellos surgen durante el desarrollo por efecto de factores reguladores dinámicos epigenéticos. Los organismos crecen y se adaptan al medio en que se ven forzados a vivir. La memoria es parte del proceso adaptativo que da lugar a cambios en el organismo. En un caso especialmente importante, Edelman ha estudiado la influencia del mecanismo selectivo en la formación del cerebro, llegando a las mismas conclusiones. Todos estos hechos son incompatibles con la idea ya superada de que el cerebro es un computador con una estructura fija como nuestras máquinas. Y, por supuesto, tampoco podemos pensar que los procesos psíquicos son consecuencia de un programa de ordenador. Para llegar a entender la mente es preciso abandonar la concepción reduccionista y admitir una filosofía holista que parece más ajustada a la realidad, aunque precisamente por eso es más difícil de precisar.

Como se ve por esos ejemplos, el reduccionismo estricto no es adecuado para

describir la realidad. Y no lo es porque las cosas son complicadas. Las propiedades de una cosa dependen, sin duda, de sus componentes, pero también de su historia y de su entorno. Esta gran verdad es perceptible tanto a nivel cósmico como a nivel biológico. Las propiedades del sistema solar dependen de su composición, de su estructura, de su origen a partir de una supernova y de su evolución. El comportamiento de un ser vivo solamente se entiende estudiando su bioquímica, su evolución y su nicho ecológico. En el caso de los seres humanos, la situación es todavía más complicada porque realidades como el lenguaje o la cultura no pertenecen al individuo, sino a un grupo.

Las causas del reduccionismo

Muchas de estas últimas reflexiones son obvias y han sido, sin duda, meditadas por pensadores de todos los tiempos. A pesar de ello nadie ha cuestionado el reduccionismo del siglo XIX hasta muy recientemente. Vale la pena indagar cuáles pueden haber sido las razones que han servido de fundamento a la filosofía reduccionista.

Hay, en primer lugar, dos razones fáciles de identificar. Una primera es su simplicidad, que resulta siempre atractiva, como se comprueba recordando que ya Leucipo y Demócrito, hace veinticinco siglos, y Lucrecio, hace veinte, defendieron que todo está hecho de átomos indestructibles que se combinan para formar cuanto vemos o percibimos. Una segunda razón es pragmática. La idea de entender las cosas analizando sus partes está implícita en toda la ciencia moderna y la fertilidad de esta manera de estudiar la naturaleza es indiscutible.

Entiendo que hay, además, otras dos razones que se fundan en dos creencias indiscutidas hasta hace muy poco: el determinismo y lo que voy a llamar el separabilismo. El determinismo proviene de la dinámica de Newton, aunque fue Laplace el autor de esta doctrina a principios del siglo pasado. Según las leyes de la mecánica, un ser que conociese las posiciones y velocidades de todos los átomos del universo podría calcular todos los estados pasados o futuros. Esta observación se convirtió en

un principio filosófico según el cual los estados futuros de cualquier sistema están determinados por su estado presente. Esta creencia se aceptó por todos los físicos hasta la aparición de la teoría cuántica moderna en el primer tercio de este siglo. Esta teoría obliga a una interpretación estadística de los fenómenos atómicos. Dado el estado actual de un sistema atómico sólo se pueden determinar las probabilidades de los estados futuros. El determinismo queda sustituido por un probabilismo que impide la reducción del futuro al presente por lo menos a escala atómica. Pero hay más. Hace unos treinta años se descubrió el caos determinista a la escala de la dinámica clásica. Sucede que la mayor parte de los sistemas dinámicos complicados son no lineales y su evolución presenta bifurcaciones que impiden la predicción del futuro; por eso se llama caótico al movimiento de esos sistemas. Un ejemplo muy claro de sistema caótico es una ruleta. Vemos que el probabilismo cuántico, por una parte, y el caos determinista, por otra, han acabado con la doctrina determinista tradicional. En general, en la evolución de un estado presente a uno futuro interviene el azar. Y falla el reduccionismo.

La segunda creencia es la que he llamado separabilismo. Consiste en admitir que todo objeto se puede separar de los demás de manera que su entorno no tiene influencia sobre él. En física clásica este separabilismo se admitió siempre como abstracción justificada porque frecuentemente todo sucede como si se pudiera ignorar la influencia residual del entorno. En física cuántica, sin embargo, las cosas suceden de manera diferente. Los objetos atómicos que tienen un origen común quedan enredados entre sí para siempre de manera que cualquier acción sobre uno condiciona al otro. El separabilismo no es válido a escala atómica. Y con ello desaparece otra de las bases del reduccionismo.

En resumen, ni la percepción jerárquica de la realidad que ofrecen las diversas ciencias ni los casos de imposible reducción dentro de cada ciencia justifican la filosofía reduccionista. Sólo cabe admitir un reduccionismo metodológico limitado a situaciones en las que esté justificada tal simplificación. □

RESUMEN

Carlos Sánchez del Río se interesa por una obra colectiva que recoge las contribuciones de científicos y filósofos a un coloquio celebrado en Cambridge en torno al reduccionismo científico, esa doctrina según la cual las propiedades de un todo

dependen únicamente de las propiedades de sus partes, lo que ha llevado a que muchos investigadores defiendan un reduccionismo biológico que fundamenta todos los fenómenos naturales en las propiedades de los átomos.

John Cornwell (ed.)

Nature's Imagination. The Frontiers of Scientific Vision

Oxford University Press, Oxford, 1995. 212 páginas. ISBN: 0198517750.

La presencia inquietante de Heidegger

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran: Sociología de América Latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

En estos últimos años está teniendo un éxito creciente lo que podría llamarse la «narrativa filosófica» o, mejor, la «filosofía contada». Los temas filosóficos, bien entrelazados con la biografía del filósofo, como en el libro que comentamos, bien como narración cronológica de problemas, a la manera de *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder, se liberan de la jerga académica y saltan a la calle, en un lenguaje llano y sencillo, a veces incluso con la brillantez del ensayista, para retomar las viejas cuestiones —la filosofía como maestra de la vida, o como introductoria al arte de bien morir— precisamente aquellos temas que la erudición universitaria ha dejado en la estacada. En Italia, Luciano de Crescenzo ha conseguido lo que menos se perdona al que escribe de filosofía, y más aún si lo hace con humor, y es vender mucho. En España, Fernando Savater levanta los mismos odios por el mismo delito. El hecho es que, a la manera de lo que ocurrió en el helenismo, la filosofía sale a la calle para preguntarse a cielo abierto por el sentido del mundo y de la vida, con el natural escándalo de los filósofos escolares, «scholars», o mejor, habría que decir, escolásticos.

Si cada vez abundan más las agrupaciones religiosas y las sectas de todo cariz, si se extienden los grupos ocultistas y soteriológicos, ¿cómo no van a surgir las escuelas privadas de filosofía? Se explica que el mercado de libros trate de colmar el interés filosófico de los que no tienen acceso —una inmensa mayoría— al galimatías, a veces tan indescifrable como falto de interés, de una buena parte de la producción de los seminarios universitarios de filosofía. Así como las iglesias establecidas suelen indignarse ante la religiosidad popular que no controlan, la filosofía académica no oculta su desprecio por la preocupación fi-

losófica de la gente del común. Por mi parte tengo que confesar que más que en los textos académicos de los autores contemporáneos he aprendido, sin duda, en la lectura directa de los clásicos, pero también en aquellos que divulgan con inteligencia la filosofía: ahí es nada, hablar con naturalidad y de modo que todos lo entiendan de los problemas que han ido acotando tres mil años de filosofía occidental. En cambio, respecto a la divulgación de la filosofía oriental tengo muchas mayores reservas, que probablemente sólo prueben mi ignorancia en este campo.

El que la filosofía salga a la plaza pública interesa además como fenómeno sociológico. Al fin y al cabo, lo que hay que llevar a los centros académicos para su meditación y estudio es justamente aquello que sucede en la calle y no a la inversa, trasladar a los salones lo que se discute en los seminarios, fuente de toda pedantería. Al airearse con el viento fresco de la calle, la filosofía vuelve a las cuestiones que de verdad nos importan, la mayoría de ellas vetadas en los seminarios filosóficos. En este sentido la filosofía analítica y la filosofía de la ciencia han ejercido una fuerte censura, que rompe la filosofía de la calle.

Rüdiger Safranski, fuera del ámbito académico, como escritor independiente, ha conseguido cultivar con éxito el ensayo filosófico de divulgación, también en forma de biografía de filósofos ilustres. El público español ya conoce, publicado por Alianza, un libro suyo, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*. Recientemente ha publicado en Alemania un estudio biográfico-interpretativo de Heidegger y su tiempo que no me extrañaría que pronto apareciera también en español. Así como Schopenhauer rompió con la figura del filósofo universitario y en buena medida es el creador de la filosofía de la calle que comentamos, Heidegger, pese a ser producto exquisito de la filosofía universitaria, en la que triunfó plenamente, sobrepasó con mucho este ámbito y, como un nuevo Zaratustra, desde la soledad y el recogimiento de su cabaña en la montaña, rompiendo todos los moldes académicos, pero como su más ilustre representante, predicó «la verdad del ser». Aunque Schopenhauer y Heidegger sean difícilmente comparables, por lo menos tienen en común el haber servido al hombre de su tiempo más allá de los círculos universitarios,

marcando fuertemente con su huella la imagen que nos hacemos de nosotros mismos.

Justamente, el puesto relevante que ocupó Heidegger fuera del ámbito académico es lo que hace tan sugestivo conectar la biografía con su pensamiento. Heidegger no sólo fue un afamado profesor de filosofía, autor del libro más importante escrito en alemán desde la *Fenomenología del Espíritu*, sino que, como nadie en este siglo, supo representar el papel social del filósofo, con un carisma personal de tal magnitud que con el paso del tiempo el «fenómeno Heidegger» no ha hecho sino ganar en fascinación. Tanto como su filosofía conviene retener en el punto de mira su deslumbrante personalidad, que adquiere especial dramatismo al haberle tocado vivir justamente en un momento histórico de la máxima gravedad. Pensamiento, biografía e historia se entrelazan de tal modo en Heidegger que la pregunta por su conexión en los últimos años ha desplazado incluso a los estudios, exclusivamente académicos, de su pensamiento.

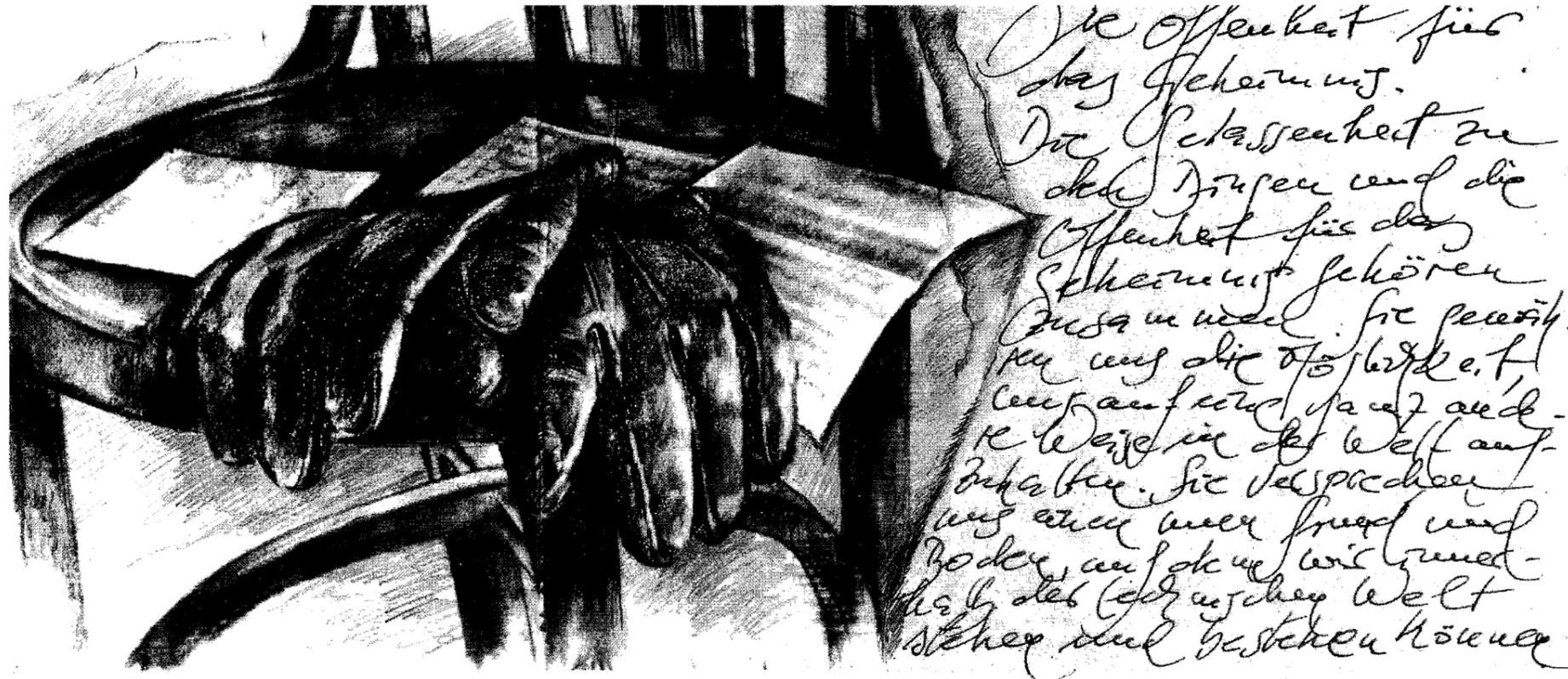
Pensamiento y personalidad

El libro de Rüdiger Safranski, escrito de manera llana, sin grandes innovaciones o descubrimientos, nos ofrece, sin embargo, los materiales precisos para cuestionar esta relación entre pensamiento y personalidad en el momento más difícil de la Alemania contemporánea. Para empezar, nada se entiende de la persona y del pensamiento de Heidegger (1889-1976) sin tener muy presente sus orígenes. Heidegger nace en Meßkirch, un pequeño pueblo de Baden, hijo del sacristán de la iglesia que lleva la advocación de su nombre, San Martín. Heidegger es un pueblerino, de familia muy modesta, educado en un ambiente estrictamente católico, lo que quiere decir que crece en un compartimento reservado, al margen del mundo moderno. El aspecto del campesino de la región que siempre supo recomponer con especial coquetería mostraba, en último término, su no pertenencia a la modernidad urbana.

Por tradición familiar y educación pagada con becas de fundaciones católicas, parecía obvio que su destino era subir algunos escaños en el escalafón y, una vez clérigo, realizar

una brillante carrera eclesiástica. Y en efecto, Heidegger estudió teología y, dadas sus dotes intelectuales, hasta pasó un tiempo brevísimo como novicio de los jesuitas, de donde fue expulsado por razones de salud, que tapaban probablemente el hecho de que su vocación no debía de ser muy férrea. Desde los últimos años del bachillerato, la inclinación que emergía, cada vez con mayor claridad, era la filosófica. La conflictiva relación entre filosofía y fe constituyó, sin duda, el punto de partida del filosofar del joven Heidegger.

El pensamiento de Heidegger tiene así, impuesto por sus coordenadas biográficas, un primer eje definitorio: el desprendimiento del catolicismo, lo que supone tener que adaptar las formas particulares que la secularización conlleva desde el catolicismo más integrista. El ateísmo al que llega en un largo proceso —ateísmo que no deja de ser altamente cuestionado— tiene la peculiaridad de ser uno proveniente del catolicismo y contagiado de catolicismo. Hay que distinguir un ateísmo «católico» que de manera ejemplar caracteriza a Heidegger de uno «protestante» que encaja en Nietzsche a las mil maravillas. Al haber llegado tarde a la modernidad, se encuentra ante el dilema de conformarse con asumirla como un epigono más o, de manera crítica, tratar de superarla. Desde el catolicismo tradicional, es decir, premoderno, Heidegger tantea nuevos caminos por la posmodernidad, una vez que con Husserl, al menos de refilón, ha accedido a la modernidad. Heidegger da un vuelco posmoderno a un pensamiento, como el de Husserl, tan profundamente enraizado en la modernidad cartesiana. Abortan así las grandes expectativas que Husserl vinculó a su discípulo predilecto. Justamente la conexión de la premodernidad con lo posmoderno —de alguna forma toma cuerpo en el afán nietzscheano de conectar con el pensamiento presocrático— es lo que en los comienzos llamó la atención en su filosofía. Ante los problemas que plantea la modernidad, se cobija en los orígenes presocráticos. Constituye así la historia desde el principio una realidad infranqueable, que continuamente se le escapa de las manos, sobre todo cuando trató de aprehenderla en la «revolución nacionalsocialista». Después de la gran



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



STELLA WITTENBERG

frustración que trajo consigo semejante intento, acabó suprimiendo la historia, al encontrar refugio en la contemplación mística del ser. La incapacidad de asimilar la historia, pese a la nueva conciencia que obtuvo del tiempo, le juega una mala pasada en una coyuntura histórica especialmente tentadora para los que, apresados entre la premodernidad y la postmodernidad, se habían esforzado por aplastar la modernidad racional y democrática.

En este contexto hay que colocar la famosa disputa en Davos en la primavera de 1929 con Ernst Cassirer, a la sazón en la cúspide de su prestigio, rector de la Universidad de Hamburgo, el primer judío que alcanzó esta dignidad en una universidad alemana. Frente al racionalismo kantiano y la defensa de la democracia establecida de Weimar, que representa el autor de *La filosofía de las formas simbólicas*, el campesino germano se agarra a una razón precrítica que roza y a menudo alcanza lo irracional, para denigrar a la democracia como expresión tumultuosa del «Man», del hombre inauténtico. Frente a la provisionalidad múltiple de lo que se considera verdadero, la búsqueda de la «verdad» como única y definitiva, una «verdad» que supera las débiles y fragmentarias opiniones del vulgo, sólo resulta accesible a unos pocos. El elitismo cognoscitivo justifica el antidemocratismo imperante en las aulas universitarias durante la República de Weimar. Según nos cuenta uno de los asistentes, O. E. Bollnow, entonces estudiante con Heidegger, la sala se sintió invadida «del sentimiento sublime de asistir a un momento histórico, tal como Goethe había manifestado ante la campaña en Francia: aquí y ahora empieza una nueva época de la historia universal –en este caso, de la historia de la filosofía– y podéis decir que estabais presentes». Lo viejo sería el humanismo idealista de un Cassirer, como fundamento de su adhesión a la democracia, y lo nuevo la experiencia revolucionaria del ser que ofrecía Heidegger, anunciando ya su plasmación en la «revolución nacionalsocialista».

Resulta apasionante seguir los vericuetos que llevaron a Heidegger a redactar precipitadamente su «opus magnum», *Ser y Tiempo*, casi como un ejercicio obligado para consolidar su posición académica. Conmueve que en el tiempo de su mayor capacidad creadora

mantuviese una relación amorosa con una estudiante de origen judío, que llegaría a ser una de las grandes figuras del pensamiento político de este siglo, Hannah Arendt, relación que, pese a la ulterior vinculación nazi del filósofo de Friburgo, reanudó como una buena amistad después de la guerra. A la fascinante relación amorosa y amistad de Arendt con Heidegger, Elzbieta Ettinger ha dedicado un libro (*Hannah Arendt-Martin Heidegger. Eine Geschichte*, Munich, 1994).

La relación de colegas –dos profesores de filosofía que se sentían fuera del gremio– incluso amistosa de Karl Jaspers con Martin Heidegger constituye otro capítulo que ilumina tanto las filosofías como la personalidad de ambos. En 1937, por el «delito» de no querer divorciarse de su mujer judía, Jaspers fue expulsado de la cátedra, prohibiéndosele incluso publicar una sola línea. Ante tamaña afrenta de un régimen que apoyaba con todo fervor, Heidegger no reaccionó pública ni privadamente. Semejante distanciamiento de Jaspers, como de su maestro Husserl –parece, sin embargo, que es falso que le vetase entrar en la biblioteca o en el seminario de filosofía de Friburgo; el mismo Heidegger, en el otoño de 1945, en un escrito dirigido a la comisión depuradora denuncia como una calumnia el que se le atribuyese esta prohibición–, ilumina aspectos de una personalidad que están muy lejos de la ejemplaridad que se espera del filósofo. En un informe que para evitar la depuración Heidegger pidió a su viejo, y durante el nazismo negado, amigo, Jaspers caracteriza en las navidades de 1945 el pensamiento de Heidegger «como esencialmente negador de la libertad, dictatorial, sin capacidad comunicativa». Para Jaspers no cabe la menor duda de que la «verdad» de una filosofía se contiene también en el comportamiento moral del que la expresa.

Heidegger y el nacionalsocialismo

En la discusión de estos últimos años ha ocupado un papel esencial la concomitancia de Heidegger con el nacionalsocialismo. Sobre el tema disponemos de una amplia bibliografía: Karl Löwith, *Heidegger. Denker in dürftiger Zeit*, 1953; Karl Löwith, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933*, 1986; Ale-

xander Schwan, *Politische Philosophie im Denken Heideggers*, 1965; O. Pöggeler, *Philosophie und Politik bei Heidegger*, 1974; Victor Fariás, *Heidegger et le nazisme. Morale et politique*, 1987; Hugo Ott, *Martin Heidegger. Unterwegs zu seiner Biographie*, 1988. El autor del libro que comentamos no hace nuevos aportes en este campo, pero consigue un resumen bastante objetivo tanto sobre el Heidegger nazi como sobre su decisión después de la guerra de no pedir públicamente perdón, hecho que podría interpretarse o bien como una villanía, en la que no debía caer el vencido, o bien como la disposición a asumir una culpa que pensaba que no le correspondía. Heidegger perteneció a una fracción radical del nacionalsocialismo, la que representaba Ernst Röhm y su SA, distante del racismo elemental de un Rosenberg o un Krieck, pero empeñado en una revolución espiritual de Alemania según su concepción autoritaria. En junio de 1934, Hitler elimina violentamente esta fracción, quedando sin cobertura el tipo de nazismo revolucionario con el que Heidegger se había identificado. Para el filósofo de Friburgo, el nazismo habría sido traicionado, y se imponía establecer distancias, sobre todo después del fracaso de su rectorado, caricatura autoritaria y militarista de lo que arrastraba de socialización y educación, y marcaba su personalidad, pero tales experiencias no le llevaron a abandonar el partido y continuó sirviendo al régimen y sirviéndose de él en lo que mutuamente se necesitaban. Ahora bien, este distanciamiento interno, después de la eliminación de la fracción en la que se había sentido integrado, al terminar la guerra lo utilizó para justificar su silencio. El nacionalsocialismo en el que

había creído y con el que se había identificado, una «revolución metafísica», nada tendría que ver con el que había llevado a Alemania a la catástrofe. Si no se había distanciado del nacionalsocialismo real, era porque habría facilitado un entendimiento nacional de las clases y, consecuentemente, eliminado el peligro de que hubiera triunfado la barbarie comunista en Alemania y en la Europa occidental.

El prestigio internacional de Heidegger y, sobre todo, la comprensión y admiración que despertó en la Francia de la posguerra –el embajador francés ante el Vaticano entre 1945 y 1948, el filósofo católico Jacques Maritain, le ofreció su ayuda y hasta corrió el rumor de que Sartre lo había visitado en octubre de 1945– hicieron posible que pudiera librarse de tener que aclarar el tipo de relación que mantuvo con el nazismo no ya como persona –y, sobre todo, su mujer–, que es evidente, sino, lo que es mucho más significativo, la relación existente entre su pensamiento y el nazismo, cuestión capital que todavía tenemos pendiente. Condenar su actuación política desde la admiración de su pensamiento conlleva una esquizofrenia con graves consecuencias. Negar el valor de la filosofía de Heidegger por sus indudables concomitancias nazis supone cortar violentamente el nudo gordiano, sin resolver el problema del contenido de su filosofía y de su política. La cuestión sobrepasa un simple planteamiento filosófico y exige la conexión de estas tres perspectivas: la filosófica, la biográfica y la histórica. El libro de Rüdiger Safranski no contesta satisfactoriamente las cuestiones que surgen a este respecto, pero, al menos, ayuda a plantearlas. □

RESUMEN

Dentro de la actual corriente de «filosofía contada», del ensayo filosófico de divulgación, de liberar a la filosofía de toda jerga académica y exponerla al aire libre con un lenguaje sencillo y claro, se inscribe el libro que comenta Ignacio Sotelo dedicado

al alemán Martin Heidegger, quien como pocos ha sabido representar, en este siglo, el papel social del filósofo, con un carisma tal que todavía hoy sigue fascinando el llamado «fenómeno Heidegger», con sus luces y sombras.

Rüdiger Safranski

Ein Meister aus Deutschland. Heidegger und seine Zeit

Carl Hanser Verlag, Munich-Viena, 1994. 538 páginas.

Nelson Mandela, un símbolo multirracial

Por Fernando Morán

Fernando Morán (Avilés, 1926) cursó Derecho en Madrid y amplió estudios en el Institut des Hautes Etudes Internationales de París y en la London School of Economics. Diplomático de profesión, ha sido embajador representante permanente ante las Naciones Unidas, ministro de Asuntos Exteriores de 1982 a 1985, senador y diputado. Hoy es diputado al Parlamento Europeo. Ha publicado obra de ficción, ensayo de crítica literaria y ensayo político.

En marzo de 1992 volvimos mi mujer y yo a Sudáfrica después de treinta y un años de ausencia. De 1957 a fines de 1960 residí en Pretoria y en Ciudad de El Cabo como tercer secretario de la legación española. A las autoridades de censura sudafricanas no les gustó una novela que publiqué en los sesenta. Trataba de los conflictos que la predicación de un clérigo zulú desencadenaba en una población («location») en el Transvaal oriental (*El profeta*, Barcelona, Seix Barral, 1961). De manera que estaba allí considerado como persona poco grata. Una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores de los gobiernos de P. W. Botha y De Klerk, cuando yo dirigía el Palacio de Santa Cruz, no pareció disipar los prejuicios sobre mi posición; si bien me pareció a mí detectar una creciente flexibilidad en aquel gobierno y, sobre todo, que empezaban a tener serias dudas sobre la viabilidad del «apartheid».

Cuando De Klerk, a partir de febrero de 1990, establece la reforma radical y abre las compuertas que obstruían la corriente hacia la sociedad multirracial, las autoridades sudafricanas deciden mostrar el cambio a los extranjeros. Y me invitan a visitar el país.

Para el 17 de marzo estaba convocado un referéndum que sometía a los blancos (los únicos todavía con derechos electorales) si aprobaban un proceso que condujese a una constitución democrática y multirracial.

De Klerk estaba claramente contestado por una parte importante de los blancos. No solamente por los neonazis del AWB («Afrikaner Weerstand Beweging») de Eugène Terreblanche y por el bloque que se presentaría como Frente de la Libertad, sino por el partido conservador de Treurnich, escisión del Partido Nacional, gobernante, y la cuestión era: ¿por cuántos nacionalistas blancos? Los signos eran preocupantes: en una elección parcial en Potchefrestom, ciudad universitaria en la que había estudiado F. W. De Klerk, había ganado el bloque «proapartheid».

Sin embargo, el referéndum del 17 de marzo arroja un resultado aplastante en favor del gobierno: 69 % del voto, mayorías claras en todos los distritos (incluso en el Estado Libre de Orange, El Cabo occidental y en el Transvaal, salvo dos circunscripciones del Norte).

Durante esta visita quedé impresionado por la evolución de los afrikaner hacia la democracia multirracial; por el radicalismo de los enfrentamientos entre los partidarios de Inkatha y del CNA (Congreso Nacional Africano) en las «locations» de Johannesburgo y en Natal, por la profundidad del problema que iban a plantear los Bantustanes, o gobiernos tribales creados por el «apartheid»; y por la aceptación casi general por los blancos de una eventual futura presidencia de Nelson Mandela y por su aceptación de un gobierno transitorio multirracial encabezado por el CNA. (Recogí estas impresiones en una serie de artículos en *La Vanguardia*: «Retorno a Sudáfrica», 10 al 13 de abril de 1992.)

Ya existen algunas obras que historian, que analizan la evolución del pueblo bóer



CORTESIA EDITORIAL

Mandela con su nieto Bambata.

desligándose de la doctrina del desarrollo separado. En literatura, las novelas de Coetse o de André Brink nos ponen sobre la pista. En el libro que reseñamos, la autobiografía de Nelson Mandela, se percibe esta evolución como un trasfondo, sobre el cual se proyecta la evolución, narrada, detallada, en parte analizada, de un líder africano que se convierte en líder nacional de un país que se considera inevitablemente como multirracial.

Cinco capas de una transformación

Cuando *Long walk to freedom* se publica en 1994, el libro es la refundición de dos redacciones. La primera, rápida y apresurada, en la prisión de Robben Island en 1974. El manuscrito enterrado en el jardín es descubierto; pero los amigos más íntimos —Sisulu, Ahmed Kathrada— hacen llegar una copia al exterior, y por las vías de la resistencia, al extranjero, probablemente a Londres, al CNA dirigido por Oliver Tambo, compañero y amigo de extraordinaria fidelidad a Mandela. La versión definitiva, la de 1994, se basa en el original carcelario y en la narración del período posterior. Esta última versión debe mucho al periodista Richard Stemplex; pero en la corrección de estilo participan aquellos escritores cercanos al movimiento, la Nobel Nadine Gordimer —que se afiliará al CNA en cuanto se abra a los blancos—, el extraordinario ensayista Ezekiel Mphahlele —cuya *African Image* nos puso a algunos en contacto con lo que era un indigenismo sin narcisismo—, Fatima Meer, el cuentista Peter Magubane... De manera que, incluso en la redacción, el libro representa no la reflexión personal de Mandela, sino, en alguna manera, el yo colectivo de la renovación sudafricana.

Este yo colectivo es la potenciación de aquel de Mandela. Que aparece en su resultado como síntesis de varios estratos, varias capas que dividen, pero integran, una misma formación: la pretendida síntesis de lo africano en el contexto multirracial y multicul-

tural sudafricano. Los estratos de la personalidad de Mandela comprenden: 1) una vinculación, nunca rota, siempre afirmada, pero cada vez mejor comprendida, de su pertenencia indigenista, incluso una afirmación tribal dentro de la síntesis, primero nacionalista africana, luego sudafricana multirracial; 2) su definición de lo africano como situación de clase oprimida; 3) en consecuencia, una militancia contra las clases dominantes, en la que se identifica razas oprimidas con marginación social; 4) una inserción de la pugna nacionalista africana en su país dentro del proceso de descolonización continental; y 5) la afirmación de lo nacional multirracial en la situación de África en que el auge del panafricanismo entra en crisis, a la vez que, desapareciendo los bloques, pierden a la vez vigencia la lucha armada de los movimientos de liberación y la utilización en la política mundial de un bastión blanco.

Desde estos estratos y en la perspectiva de una lucha continua, en cuyas etapas predomina uno u otro, los temas esenciales de la cooperación con los progresistas blancos —e indios—, la táctica de la resistencia pasiva o la insumisión cívica o el paso a la lucha armada. Lo que convierte a Mandela en candidato, finalmente, a la síntesis nacional es el equilibrio entre estas dimensiones. Su personalidad no se agota en ninguna de ellas. (Quizás, paradójicamente, los largos años de prisión le preservaron del terrible agotamiento de quien hubiese tenido que afrontar, con la decisión cotidiana, un movimiento que, acosado debido a la represión, se encontró sin salida cívica en los años finales de los setenta y en los ochenta; o que estuvo a punto, también por la desesperación, de penetrar en el nihilismo de la descalificación total.)

La conciencia de sus orígenes, incluso de su condición tribal —xhosa, thembu— le libera de la tendencia al indigenismo general. Y le incrusta en la Historia. En el momento de la descolonización cultural, que precede a la política de los años sesenta, encontraban los intelectuales —nótese que no precisamente africanos— de la revuelta descolonizadora



Mandela con F. W. de Klerk

antioccidental la razón de la negación del dominio ajeno, no en su condición concreta, angolana, argelina, dahomeyana, sino en la condición general de excluidos: de condenados o malditos de la tierra. De aquellos excluidos por el dominio ajeno de signos de identidad concretos. Así, Fanon —psiquiatra martiniqués—, Césaire o el mismo J. P. Sartre. Era la negación total. Y la afirmación radical de lo no occidental. Sartre diría que la poesía africana negra era órfica, porque como Orfeo el poeta descendía, en busca de su Eurídice —su alma—, al infierno de lo ahistórico. Frente a los que pastoril, bucólicamente encontraban en su refugio tribal un apartamiento de la historia general.

El que trae el conflicto

No Mandela. Nelson Mandela nace en 1918 en Mvezo, cerca del Mbashe River, al lado de Unitata, capital del Transkei. Es hijo de un consejero del rey Thembu. Cuando viene al mundo le llaman Rohlhlhlahla, el que trae el conflicto. Tampoco él ha venido a traer la paz. En su última época, en Robben Island, en la prisión de Pollsmoor, a veces sus compañeros le llaman por su denominación tribal, Madiba. También en el CNA. Las páginas dedicadas en su autobiografía a su niñez y adolescencia son muy bellas. Tal vez, con aquellas en que describe la riqueza vital de las «locations» de Johannesburgo en los años 40 y 50, Alexandratownship, Sophiatown, Orlando, las más logradas literariamente.

Pero no se trata solamente de una natural tendencia a recordar las propias raíces. Es cuando se publica consciente, intencional, políticamente. Su mediación entre las diferentes partes del país —blancos desarrollados, proletariado y subproletariado africanos, inmenso y estancado mundo rural— sería más difícil sin esta reivindicación de lo rural y nativo.

La teoría del «desarrollo separado» de las culturas nativas y blanca —propiedad, el «apartheid»— mitificaba lo tribal, pero lo condenaba al estancamiento, a la marginación. Los progresistas, en especial los progresistas blancos, se centraban en el proletariado suburbano. Para que la integración en un mundo en tránsito al desarrollo no descalifique una situación de unanimidad o dos tercios del país hay que recuperar lo originario en lo que vale, dignificarlo.



Viene de la página anterior



Gracias a la protección del regente Thembu, Nelson Mandela adolescente es seleccionado para estudiar en Fort Hare University College, una especie de Oxford para nativos destinado a formar a la clase auxiliar de la administración de los asuntos nativos, es decir, una administración colonial. En Fort Hare ve Nelson su porvenir como el de un administrador de los asuntos indígenas y como eventualmente desea el regente Thembu, consejero del rey. Mas en Fort Hare siente la ambigüedad de los modelos de un Smuts antinacionalista, pero actor de un trato con el líder bóer Herzog, que consagra el «apartheid» en el trabajo; y también de los grandes personajes nativistas. Su coherencia con la protesta le expulsa de Fort Hare.

Mandela describe Johannesburgo, que es la Gran Manzana sudafricana, y aun continental. Caótica, vital, creadora, peligrosa. En primer lugar, peligrosa para la propia identidad y propicia no solamente a la violencia, sino a la picaresca. (Las relaciones de él y su primo con el regente son páginas sabrosísimas del género.) Descubre también un doble camino: el de una profesión, la abogacía, perseguida con tesón y, a la postre, con éxito; y el de la política, en el seno del principal movimiento africano, el CNA («African National Congress»). En la misma autobiografía, Mandela justifica ciertas instituciones y costumbres tribales: la circuncisión ritual, precedida del retiro y la reflexión como paso a la condición del hombre de la tribu; la dote (lobola) a la familia de la esposa. Evelyne, su primera mujer, provenía de una cercana tribu en el Transkei; Winnie, Nomzamo de soltera, tampoco provenía de lejos: era de la tribu pondo. Con ella celebrará, en su tierra, un matrimonio tradicional, tribal.

Siempre tiene, si no un pie, sí la vista puesta en el Transkei. Como fruto de su trabajo como abogado en un bufete con Oliver Tambo —modelo de fidelidad— termina por comprar una parcela desde la que se divisa el río Mbashe. La tiene que vender cuando el Juicio de Traición le golpea decisivamente. Pero ya en el camino de la presidencia, en 1992 comprará otra en su lugar natal. «Todo hombre debe tener una casa desde donde se vea dónde nació». (Cuando en Robben Island, al final, las autoridades empiezan a pensar en recuperarlo de alguna manera, como reserva de futuro, le proponen excarcelarlo y que viva en el Transkei, con su pariente Kaiser Mantizma. Pero entonces él está seguro de que su destino, si tiene alguno, es nacional. «Yo soy de Johannesburgo», les contesta. Es decir, soy del todo.)

Su dimensión original indígena le permitirá intentar la mediación desde 1990 con el mismo líder de Inkatha, Mangosuthu Buthelezi, y con el rey de los zulúes, Goodwill Zwelithini.

Nelson Mandela nunca fue considerado en el país profundo ni como un renegado ni tampoco como un cosmopolitano. En el plano político, Mandela es muy consciente del peso de la lectura indigenista en varios momentos. Sus primeros pasos en el Congreso Nacional Africano los da con el apoyo, y como miembro activo, de la «Youth League», cuyos miembros se oponían al liderazgo cosmopolita, burgués y ambiguo del presidente de la organización, A. B. Xuma, muy reticente no ya ante la acción violenta, sino de masas; tras Sharpeville, 1960, Mandela es consciente de la subida en las «locutions» de los indigenistas del Congreso Panafricano; por último, encerrado en Robben Island, vivirá en la distancia la irrupción imparable y violenta de la «Black Consciousness».

La «Youth League» reunía a un grupo de jóvenes que reclamaba la acción más directa y la reivindicación de lo nativo: Potlako Leballo, Anton Lebede y Robert Subukwe.



FRANCISCO SOLÉ

Terminarían formando el PAC. Eran muy contrarios a la colaboración con los blancos y especialmente con los comunistas.

(En África, en los años sesenta, aparece en muchos países la oposición entre panafricanistas nativistas anticomunistas y multirracistas abiertos a los progresistas. Ejemplo, en Angola, el MPLA, con influencia marxista y multirracista, y el UPA, de Holden Roberto, panafricanista y conservador —abierto a la CIA—, al que sucederá UNITA. En Sudáfrica, el peso de los progresistas será mayor por ser una sociedad dual con un sector industrial y por la militancia de los progresistas blancos en contra del «apartheid».) Durante toda su vida, Mandela mantendrá contacto con Subukwe, en especial en la prisión de Pretoria y en Robben Island. También recibirá mensajes y visitas de los jefes tribales. En 1960, el episodio sangriento de Sharpeville —la policía abre fuego contra quienes se manifestaban contra los pases— relanza al PAC, más rápido y decidido en la acción. Mandela llega a la conclusión de que es necesario pasar a la acción directa para que el PAC no les desborde. Trata de convencer al presidente del CNA, el jefe Albert Luthuli, personalidad más rica que Xuma y que merecerá atención de los historiadores. Mandela decide la acción directa y la violencia, creando el MK, «Umkhonto we Sizwe» (La Lanza de la Nación). En el MK participan blancos e indios. (Yo era consciente del papel de los indios en la resistencia sudafricana, del «Indian National Congress», sobre todo en Natal, pero también en el Transvaal. Conocía la tradición de la «satyagraha» de Ghandi entre ellos. Pero confieso que la autobiografía de Mandela me ha descubierto la intensidad e importancia de su acción.)

La revuelta de Soweto (1976 en adelante), el movimiento de Conciencia Negra, la paralización de la enseñanza —hay un estrato de quienes durante cinco años boicotearon las escuelas que hoy pesa en la reconstrucción nacional— le coge a Mandela en Robben Island. La conciencia de que la situación conduciría al enfrentamiento total y suicida por ambas partes, negros y blancos, llevará a Mandela a la decisión en 1987 de negociar. Quizás también a los blancos. Más los efectos de la intervención en Angola sobre las conciencias y sobre la economía.

Para que todo acuerdo tras la negociación tenga efectos es necesario un líder nacional que no sea sentido como extraño por la mayoría del país, que es en mayoría tribal. La táctica disuasoria de los Bantustanes y la educación tribal no había dado los efectos que esperaba el gobierno blanco de Pretoria. Pero había realidades indígenas —e india y de los «coloureds», mulatos de El Cabo— que recelaban de la acción de rodillo de un africanismo central, es decir, de Johannesburgo. Haber conservado una dimensión originaria serviría a Mandela para reducir las desconfianzas desde 1990.

Un mundo de extraños: los blancos liberales

Decía que en 1992, en el momento de las negociaciones para preparar el paso a un sistema democrático, los blancos, con contadísimas excepciones, confiaban en Mandela. Incluso lo mitificaron. Sin duda, algunos de ellos esperaban un Nelson Mandela que fuese distinto a su realidad. Era una necesidad para ellos. El dirigente africano tenía una larga experiencia del trato con los blancos, con los europeos. Pero una experiencia parcial, fragmentaria, que podía ser unilateral y globalmente, éste era el peligro, negativa. Porque el «apartheid» estaba destinado a separar y aislar; estaba pensado para evitar, con el contacto, la fricción y creaba antagonismos existenciales. Favorecía la ignorancia entre los grupos, la hostilidad, el conflicto. Envenenaba las vidas. Y creaba una opresión y una inevitable carga de culpabilidad. Si Mandela estaba destinado a gobernar Sudáfrica una vez que se votase, y por lo tanto a los blancos durante un largo trozo del camino en común, ¿qué experiencia de los blancos tenía?

Podemos resumirla en varios contactos y períodos: a) con el mundo de la administración nativa y del colegio de Fort Hare para nativos; paternalista y pesada como inmutable, eterna; externo a la personalidad del adolescente, pero limitándola; b) en el mundo de guetos separados de Johannesburgo; c) en el universo de la represión, carceleros, policías, jueces; d) el período del mutuo tanteo entre las autoridades y él, y de negociación (1988-1990).

Como una dimensión de su vida de militante, una larga relación con los blancos progresistas, desde los años cuarenta a los sesenta; mantenida en prisión a través de los abogados y por los canales clandestinos. En especial con los miembros del Partido Liberal, del Progresista, con los clérigos «antiapartheid» y muy destacadamente con los miembros del Partido Comunista (SACP). En el título de una de sus novelas, en los años sesenta, Nadine Gordimer resumía la situación interracial: *Un mundo de extraños*. Coincidencia, ideológica a veces, pero hábitos sociales y reflejos distintos; tangencia en lo político; separación de status y de formación. Y patético empeño en hacer prevalecer lo común sobre lo que divide y condena al aislamiento. Y mala conciencia, opresiva, invasora, que envenena la vida y rebaja la propia estimación; y frente a ella, rabia e impotencia.

Escritores «afrikaners», como por ejemplo Brink, ponen el énfasis en la dimensión común entre blancos rurales y sirvientes y braceros nativos, debida al contacto natural en las granjas. Que haría la separación aún más antinatural. Base inicial común que explicaría esa conversión de los bóers segregacionistas a un mayor grado de contacto real, y a la legislación de supresión del «apartheid». Pero en Mandela, a la reacción y adaptación común, en la vida suburbana y en la profesión —abogacía—, se une su condición de líder político que condiciona su personalidad. Su contacto con el blanco será esencialmente político y destinado a promover la causa política: la liberación de su pueblo.

Su contacto esencial con blancos lo es con militantes «antiapartheid». Con los liberales, del partido liberal, e independientes, con los progresistas no marxistas, con Alan Paton —dominado por un moralismo general prepolítico, como aquel que en su reproche Sartre aplicaba a Camus: una moral de Cruz Roja— o con los liberales de El Cabo, con Patrick Duncan y la revista *Contact*, o con aquella esforzada luchadora, Helen Suzman, con la misma Gordimer o con los religiosos comprometidos, el padre Huddleston, el



Viene de la página anterior



obispo Reeves; incluso con algún inquieto clérigo de las Iglesias Reformadas, calvinistas... Muy especialmente y durante mucho tiempo ideada su vida de acusado y prisionero, con el mundo de abogados y jueces. Algún abogado como George Bizos es una clave de la resistencia. O Joe Slovo, el comunista que en última instancia –en 1992– le convencerá para que acepte el principio de un gobierno de reconstrucción nacional aunque el CNA tenga mayoría suficiente para formar uno por sí mismo. Otros como Vernon Barrangé o Joel Joffe son esenciales para evitar que los acusados en el juicio de Rivonia no terminen en el patíbulo. Bram Fischer, hijo de un estadista bóer, es el ejemplo de la rectitud de conducta, agónica lucha con su conciencia, supeditación de todo a ella, de los mejores «afrikaners».

Los jueces también. Rueda esencial en el mecanismo de la represión del «apartheid». Pero en el retrato que de ellos hace Mandela se transparenta a veces un cierto respeto, superior al que impone entre enemigos la batalla; si no debido, en algunos casos, a una cierta integridad y a su respeto a la ley, incluso a la ley injusta. Mandela no es solamente un hombre de leyes, lo es de la ley. Sin duda para compartir –incluso con la acción violenta– la ley; pero que rehúsa la inercia sin límites del espontaneísmo en la rebelión.

Una curiosa corriente subterránea de respeto mutuo que a veces aflora en anécdotas reveladoras. En el Juicio de Traición se sentaba un juez que había llevado al patíbulo a varios africanos acusados de homicidio. Provenía de Natal. Por la defensa testimonió un zulú de excepcional brillantez intelectual. Cuando hubo terminado, el magistrado, entusiasmado, exclamó en zulú: «Así somos los zulúes».

El universo carcelario, por fin. La prisión es un microcosmos; y las relaciones entre guardianes y prisioneros, simplificadas por los reglamentos, brutales por los principios, pero complejas en profundidad. Mandela no obvia el carácter sádico de algunos carceleros, en Pretoria, en el Fuerte de Johannesburgo, sobre todo en aquella reserva de terror de Robben Island. Pero, sea porque cuando escribe, a la vista del gobierno, del CNA, no quiere ahondar heridas, porque está convocando a la reconciliación y a la unidad nacional, Mandela no omite los pocos cabos de relación y de humanidad que unen a guardianes y reclusos. Parecería que lo que aprendió de los blancos progresistas lo obtuvo de abogados, escritores, publicistas del «mundo de extraños» y lo que adivinó de los valores de los granjeros blancos a través de conversaciones con los guardianes de Robben Island o Pollsmoor Prison. Los comunistas blancos –había numerosos miembros del partido africanos, mulatos o indios– se muestran en la narración con menos trazos estalinistas que sus correligionarios de otras latitudes. La lucha les dignifica y legitima al partido.

De hecho, el partido comunista sudafricano es aquel que mejor ha salido de la crisis del movimiento y el que mantiene mayor credibilidad. La crisis del comunismo le



FRANCISCO SOLE

cogió en el momento de la transición a la sociedad multirracial. Los blancos «guetizados» encontraban en él el instrumento para unirse a una lucha multirracial, en la que el paso decisivo se desplazaba a los africanos, sobre todo al CNA.

En sus contactos con los blancos, Mandela establece, de 1985 a 1990, unos definidos por un plano especial; la igualdad –relativa inicialmente– que rige una negociación política. Mandela y ciertas autoridades blancas deciden, primero, explorar la posibilidad de un acuerdo, luego negociarlo. En ese momento no solamente las circunstancias aconsejan a uno y otros la transacción; sino que se adivina la base de confianza formal suficiente. Dos interlocutores blancos nos aparecen en el libro, no solamente como importantes en el proceso, diría que decisivos, sino como personalidades muy interesantes: el ministro de Justicia de Botha, Kobie Coetsee, y el jefe del servicio de inteligencia, Niel Bernad. Todo lo que vaya apareciendo en el futuro sobre ellos deberá ser leído. Es decir, por quienes se interesan en este proceso que lleva a la Sudáfrica multirracial.

¿Estuvo en algún momento Mandela en peligro de perder el contacto con la realidad, y el control moral y político del Congreso Nacional Africano?

Hay que destacar, en todo caso, la fidelidad de sus compañeros íntimos, de Kathreda, Gowan Mbeki –padre del actual vicepresidente–, de Sisulu; sobre todo de Oliver Tambo, que, presidente de la organización, nunca se olvida del prisionero de Robben Island. Sin embargo, hay momentos en que el predominio del CNA se siente amenazado. Y dentro de él la dinámica de la lucha armada –sobre todo en Angola– crea una tendencia militar, con poca perspectiva política.

Tres momentos de crisis en la organización. El primero, ya citado, tras Sharpeville, lo que inclina la balanza hacia la creación del brazo armado, «Unshkonto we Sitwe»; luego, el auge panafricanista en África (1963-1970), coincidiendo con el encarcelamiento definitivo de Mandela; y la rebelión de Soweto y el caos de las «locaciones» de Johannesburgo (1976-1980). A lo que había, tal vez, que añadir la guerra en Angola y los abusos y tratos inhumanos por grupos de la organización. Pero, aparte de la vida interna del Congreso y de sus dilemas, existe una complicada evolución dentro de la sociedad general sudafricana y en un sector blanco, que se percibe, pero que no se vive en Robben Island, cuyos hitos pueden ser: la toma de conciencia del callejón sin salida del «apartheid» por las iglesias –incluso por la Reformada Holandesa y dentro de la organización secreta bóer, «Broerbund»– y los efectos de las sanciones; la inclinación de los círculos industriales y financieros de Johannesburgo de negociar. Y por último, la crisis política que, tras el estado de excepción, enfrenta a Botha con F. W. De Klerk. Todo ello sobre el proceso de la urbanización creciente de los bóers, que realizan su último gran viaje, su «trek» definitivo: a las ciudades y al corazón de la industria.

¿En qué medida se percibe todo esto en Robben Island, en Pollsmoor? La autobiografía es parca en este tipo de reflexión sobre la evolución socioeconómica; pero es evidente que Mandela –y también la dirección exterior del CNA– respondían al cambio.

En primer lugar, la lectura económica nacionalizadora de la «Freedom Charter» –luego de la «Economic Charter»– se va tiñendo de una visión más acorde con un régimen mixto (el Partido Nacionalista, blanco, era muy intervencionista y muy favorable al sector público, que, por otra parte, imponía las sanciones). El CNA se socialdemocratiza y no difiere demasiado en visión de los jóvenes economistas bóers, siempre muy distantes de la gente de la Cámara de Minas. Hombres como Mbeki –hijo– y como Cyril Ramaphosa, sindicalista, representan esta evolución. En 1990-1993, el CNA saca las conclusiones sobre una sociedad dual, pero con un sector industrial y financiero capitalista muy desarrollado.

La segunda constatación que realizan Mandela y sus compañeros es que la división en bloques –que prestaba esperanza a la táctica de los movimientos de liberación, pero que a veces convertía a Sudáfrica en bastión blanco– estaba desapareciendo. El fin de los bloques iba a favorecer el acuerdo.

La maduración del proceso

En 1985, Mandela, en la prisión de Pollsmoor en Tokai, cerca de Ciudad del Cabo, decide negociar. Había ya mantenido contacto con Kobie Coetsee, hombre importante en la evolución, cuyas memorias –si es que no han sido ya publicadas– habrá que esperar con el máximo interés. En 1986 solicita por primera vez entrevistarse con el Presidente estatal, entonces P. W. Botha.

Mandela hace algo extraordinario, y muy arriesgado: no comunica su iniciativa al CNA –a la dirección en Lusaka de Tambo– ni a sus compañeros de prisión. Su razonamiento es que no puede implicar al Congreso en esta iniciativa. En el fondo, temor a que el radicalismo de los jóvenes formados en la revuelta de Soweto desautorice el empeño.

Tras dudas, Coetsee logra que se forme un grupo de trabajo. Pero Botha se mantiene al margen; se encuentra en el momento de la pugna interior en la que al final le desplazará De Klerk. Cuando en un momento posterior Mandela convoca para informarles a Sisulu, Kathrede, al radical Mhlabo, éste le dice: «Madiba, ¿por qué hemos esperado tanto?».

Hay una táctica no historizada de los hombres de Coetsee y Bernard: favorecer el contacto de Mandela con los jóvenes del CNA. Ir erigiéndole en referencia general aceptada. El arzobispo Tutu ha debido jugar un papel en esta legitimación, que tiene algo de desesperada por parte de quienes querían evitar la catástrofe. Es verdad que el gobierno Botha y luego De Klerk se juegan el equilibrio con Ikhkhatu. Jugar con el tribalismo y con las inercias de los Bantustanes era soplar en el fuego.

El resto es historia y reciente. Mandela logra negociar directamente con Botha, luego con De Klerk. En febrero de 1990 este último da el paso decisivo: reconocimiento del CNA, del PAC, del Partido Comunista, de las organizaciones indias. Y aparece el desmantelamiento del «apartheid».

Tras la liberación, la marcha hacia la Constitución, a través de un órgano de negociación con todos los partidos, CODESA, hacia la aceptación de un gobierno nacional dirigido por quien obtenga la mayoría –evidentemente el CNA– y presidido por Mandela y por una Constitución provisional con garantías para las minorías raciales. Slovo, Mbeki, Ramaphosa están de acuerdo en ello. De Klerk encuentra en el esquema la única garantía para los pueblos blancos. Nelson Mandela ha pasado de ser un líder nacionalista africano a ser el dirigente y el símbolo de un nacionalismo sudafricano multirracial. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Bonet Correa, Francisco Tomás y Valiente, Eloy Benito Ruano, Angel Fernández-Santos, Olegario G. de Cardedal, Ramón Pascual y F. García Olmedo.

RESUMEN

Fernando Morán estuvo en Sudáfrica, como diplomático, hace casi cuarenta años, y volvió a ese país después de ser ministro de Asuntos Exteriores; y así, desde su experiencia y su conocimiento del terreno, aborda en su comentario

la autobiografía del hoy presidente de ese país multirracial, Nelson Mandela, y durante muchos años, desde la cárcel, en donde redactó el primer borrador de sus memorias, símbolo de la lucha de la mayoría negra contra el «apartheid».

Nelson Mandela

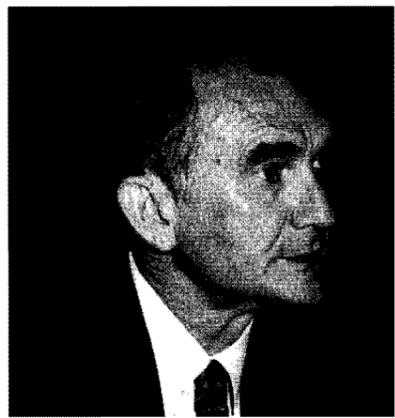
El largo camino hacia la libertad

El País-Aguilar, Madrid, 1995. 661 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-03-59365-1.

Una experiencia jurídica medieval

Por Francisco Tomás y Valiente

Francisco Tomás y Valiente (Valencia, 1932-Madrid, 1996) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y hasta su muerte lo era en la Universidad Autónoma de Madrid. Académico de número de la Real Academia de la Historia, fue presidente del Tribunal Constitucional de 1986 a 1992; y desde enero de 1996 era Consejero Permanente de Estado. Entre sus obras figuran *El marco político de la Desamortización en España*, *Manual de Historia del Derecho español* y *Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen*.



Francisco Tomás y Valiente era colaborador de SABER/Leer desde sus inicios. Ha publicado en esta revista una docena de trabajos originales y exclusivos; artículos de fondo que escribía «de otro modo», como afirma expresamente en el prólogo a su libro póstumo *A orillas del Estado* (editorial Taurus). El presente comentario es el último que redactó para SABER/Leer.

Víctima de un atentado terrorista, al ser asasinado el 14 de febrero de 1996 en su despacho de profesor universitario, **Francisco Tomás y Valiente** deja al morir una obra y una vida marcadas por su valía intelectual y humanística, asentadas en la defensa y la práctica de la dignidad, la amistad, la tolerancia y la democracia. Su trágica muerte ha conmovido profundamente a la sociedad española. Descanse en paz.

Paolo Grossi es uno de los más prestigiosos historiadores europeos del Derecho. Profesor ordinario de la Universidad de Florencia, director del «Centro di Studi per la Storia del pensiero giuridico moderno», sito en aquella ciudad, y de los famosos *Quaderni*, sin duda la más interesante revista europea actual de nuestra especialidad, y doctor «honoris causa» de las Universidades de Frankfurt, Estocolmo y las Autónomas de Barcelona y Madrid, el suyo es el perfil de un jurista y de un historiador notabilísimo. Precisamente por serlo no escribe sólo para sus colegas, sino que su prosa elegante, en un toscano rico, limpio e imaginativo, y su pensamiento inteligente tienen por destinatarios potenciales a cuantos cultiven o sientan curiosidad por el campo de la historia, en este caso la medieval, o por los problemas permanentes del Derecho y en particular de la ciencia jurídica. Por eso me atrevo a traer a estas páginas, como recomendación de lectura dirigida a ambos públicos, la cita y la breve síntesis de su último libro.

La belleza de su lengua

Precioso libro. No sobra en él ni una sola palabra, lo que equivale a decir que está espléndidamente escrito. No hay riesgo en aventurar que pronto será traducido a varias lenguas, pero me permito sugerir su lectura «ahora», quiero decir, en su lengua natural. Grossi sabe mucho de palabras, como buen jurista, y en ocasiones no traduce del latín al italiano términos tan fáciles en apariencia como «iurisdictio», «lex» o «interpretatio», sino que consciente y continuamente los utiliza así. Ocurre que esos significantes decían en la Edad Media cosas distintas a las que hoy indican sus respectivas traducciones al italiano, el francés o el español. El traductor «trae» las palabras a su presente, y al hacerlo las desarraiga y las vuelve a enterrar, sacándolas de un contexto para ponerlas en otro. Con su libro esa dificultad es menor, siempre que sea traducido pronto y a una de las lenguas europeas cuyas raíces en el campo del Derecho son comunes. Pero no sólo por respeto a la belleza de su lengua, sino también por temor a que, por fiel que sea el traductor, desnaturalice alguno de sus



JUAN RAMÓN ALONSO

matices, repito mi consejo de que el libro sea leído tal cual está escrito, en este brillante italiano.

Tesis relacionadas entre sí

Libro de tesis, de varias tesis, muy relacionadas entre sí. Una de ellas es la unidad sustancial de la experiencia jurídica medieval, de la mentalidad jurídica del medio-evo, tiempo de larga duración que no es un retroceso a la ignorancia jurídica, ni una prolongación del mundo romano ni de su Derecho «adaptándolo» a nuevas situaciones. Grossi presenta la unidad del mundo medieval como permanencia de unos caracteres que la tipifican, entre los cuales la independencia relativa del Derecho respecto al poder político, la primacía de lo jurídico respecto a lo político, la imperfección del individuo singular y la perfección de la comunidad, la primacía de la costumbre, la presencia constante de la Iglesia y de su Derecho canónico y la concepción del

Derecho como «orden» son quizá los principales.

Mundo unitario, pero con separación cronológica entre una etapa de fundación de nuevas experiencias jurídicas y otra de plenitud: una y otra constituyen el paso y la diferencia entre los primeros siglos de tanteos técnicos elementales en la oficina de la práctica, y los siglos de la plenitud (segunda mitad del XI, el XII, el XIII y tal vez los primeros decenios del ya transitorio siglo XIV) de una «scienza giuridica» madura, en torno a la cual, como fuente dominante, se construye el orden jurídico medieval.

Grossi examina con admiración la construcción de una ciencia jurídica que suministraba a otras «los cánones metodológicos básicos», una ciencia jurídica que era «prima fra le scienze», concebida como realidad ordinante, como saber encarnado en la realidad práctica, como arquitectura intelectual ordenada y ordenante, como «orden» que sólo dentro de otros órdenes in-



En este número

Artículos de

Francisco Tomás y Valiente	1-2	O. González de Cardedal	8-9
Antonio Bonet Correa	3	Ramón Pascual	10-11
Eloy Benito Ruano	4-5	Francisco García Olmedo	12
Angel Fernández-Santos	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Una experiencia jurídica medieval

telectuales (teológicos y filosóficos) cobra sentido.

Su análisis del estilo de aquella ciencia de los juristas sirve para comprender muchas cosas dentro del mundo medieval, más allá de los límites de lo jurídico.

Dentro de éstos, destacan en especial las luminosas páginas dedicadas a presentar aquella aventura científica como situada entre dos momentos lógicos, el de la validez y el de la efectividad. Glosadores y comentaristas parten de los textos romanos porque los necesitan para legitimar su esfuerzo creador. Se apoyan en la «auctoritas» de los textos del Derecho de Justiniano, emperador romano y cristianísimo, para con esos materiales formales construir su edificio «sapiencial». No lo hacen así por estrategia insincera, sino convencidos del prestigio del viejo «ius», y no pierden nunca su afán por hacerlo servible en su tiempo presente. Les preocupa ser útiles. Pero su preocupación es humilde, servicial, buscan la eficacia de su trabajo, la utilidad de su oficio, y creen

que éste sería inservible socialmente si ellos se hubieran limitado a «resucitar» y depurar textos. La tensión hacia la eficacia les lleva a manipular textos, a corregirlos, a vaciarlos de su sentido originario, para sacar de ellos construcciones técnicas útiles, eficaces para la sociedad en la que viven. Derecho nuevo de textos viejos.

Por lo mismo, en modo alguno Derecho romano para la Edad Medieval. Calasso y Astuti son combatidos, desde la admiración y la alabanza, en cuanto condujeron a la visión del «ius commune» como un renovado y adaptado derecho romano. Para Grossi, el momento de la efectividad, de la construcción, de la originalidad en la ciencia medieval es muy superior al de la conservación o recuperación, por lo demás siempre parcial, pues nunca hubo olvido total de la tradición romanista. Glosadores y comentaristas alteran lo que tocan, mudan y cambian, manipulan y crean, desnaturalizan textos: ése es su estilo de creación de Derecho.

Y hacen lo que hacen porque son intérpretes, no exégetas. Su ciencia es «interpretatio». Grossi contrapone con frecuencia la tarea de aquellos intérpretes con la de los juristas recientes o actuales de un sistema jurídico que los reduce a la función de meros repetidores de la letra de la ley, de simples exégetas. Grossi valora negativamente (¿quizá en exceso?) la época de lo que él ha denominado con expresión feliz y ya clásica, el «absolutismo jurídico», dominado por un Estado creador único de Derecho a través de una fuente casi única que es la ley, y de unas leyes casi divinizadas que son los códigos desde la Ilustración y el liberalismo. El mundo medieval, el orden jurídico medieval es la antítesis de las ideas de unicidad del ordenamiento y del monopolio legalista de la creación del Derecho. Diversidad de ordenamientos concurrentes, pluralidad de fuentes, con la costumbre y la ciencia como productoras de Derecho, «interpretatio», «lex», «iurisdictio» como conceptos fundamentales, mucho más ricos, flexibles y plurales que los correspondientes (sólo en apariencia equivalentes) en el universo jurídico de nuestro tiempo. Grossi repite su receta:



Un ejemplo de escritura notarial del siglo XIV (Roma, 1368).

para comprender el orden jurídico medieval hay que quitarse las anteojeras que el jurista de nuestro tiempo lleva puestas. Hay que entender el Derecho sin el Estado.

El mundo medieval ofrece la experiencia jurídica de un Derecho sin Estado, porque hubo antes un Estado, el romano (Grossi le asigna sin escrúpulos esta denominación), para el cual el Derecho era instrumento con el cual intervenía desde el poder en la totalidad de la vida social; y habrá después otro Estado que, desde otras coordenadas ideológicas, repetirá la voluntad totalizante con el Derecho como instrumento. En medio, el orden jurídico medieval, experiencia original, mentalidad propia, edad sapiencial caracterizada por la autonomía (concepto siempre relativo) del Derecho.

Este libro es fruto de muchas horas de estudio, lectura de las fuentes y diálogos silenciosos con las obras de otros historiadores. Pero este tradicional «aparato crítico» apenas resulta visible. Grossi lo coloca en pocas no-

tas, en las que no trata de lucir su erudición, sólo valorable como tal por el lector ya iniciado. Los abundantes textos en latín, transcritos con fidelidad, están además casi siempre traducidos al italiano, porque Grossi no se dirige a sus colegas, sino a unos lectores más amplios, menos reducidos en el radio de su interés. A todos ellos me permito recomendarlo con la seguridad de ofrecerles un placer: el de contemplar una obra de síntesis densa, amasada con investigaciones propias y ajenas, sencilla de construcción, sólida en sus fundamentos y convincente en sus tesis.

Que algunas de éstas sean discutibles o merezcan a su vez matices o contrapesos es cosa que queda a la opinión de cada lector. No es éste lugar para debates ni Grossi es contrario a ellos. Este libro abrirá más de uno. Anunciados quedan. De momento sólo cabe saludar con entusiasmo su aparición, elogiar sin reservas el contenido y la forma y recomendar su lectura a quien quiera y sepa leer. □

RESUMEN

El italiano Paolo Grossi es uno de los más prestigiosos historiadores europeos del Derecho y, por tanto, este estudio del orden jurídico medieval, del que se ocupa Tomás y Valiente, va destinado, en primer lugar, a especialistas en la

materia. No obstante, a su juicio, la calidad de su prosa y la brillantez de su pensamiento hacen que esta obra tenga, además, otros destinatarios: aquellos que muestren curiosidad por el campo de la historia medieval en su sentido más amplio.

Paolo Grossi

L'ordine giuridico medievale

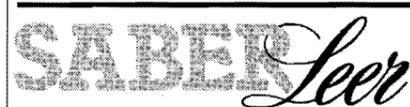
Laterza, Roma, 1995. 267 páginas. 45.000 liras. ISBN: 88-420-4677-9.

Qué es



Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Una experiencia jurídica medieval», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>L'ordine giuridico medievale</i> , de Paolo Grossi	1-2
«Arquitectura española del siglo XVIII», por Antonio Bonet Correa, sobre <i>Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII</i> , de F. J. León Tello y Virginia Sanz Sanz	3
«Enésima "nueva Edad Media"», por Eloy Benito Ruano, sobre <i>La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico</i> , de Alain Minc	4-5
«Douglas Sirk, la mirada de un alquimista», por Angel Fernández-Santos, sobre <i>Tiempo de vivir, tiempo de revivir (Conversaciones con Douglas Sirk)</i> , de Antonio Drove	6-7
«El mal entre el hombre y Dios», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Dios para pensar. El mal. El hombre</i> , de A. Gesché	8-9
«La demostración de la vida eterna», por Ramón Pascual, sobre <i>The Physics of Immortality. Modern Cosmology, God and the Resurrection of the Dead</i> , de Frank J. Tipler	10-11
«Las caras del Dr. Extrañoamor», por Francisco García Olmedo, sobre <i>From Faust to Strangelove: Representations of the Scientist in Western Literature</i> , de Roslynn D. Haynes	12

Arquitectura española del siglo XVIII

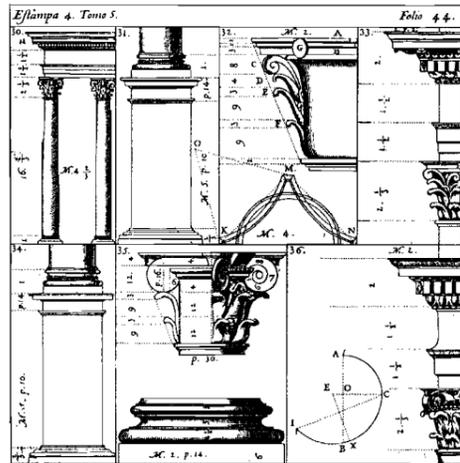
Por Antonio Bonet Correa

Antonio Bonet Correa (La Coruña, 1925) es catedrático emérito de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Especialista en historia de la arquitectura y del urbanismo, se ha interesado también en la investigación sobre tratados de arte y arquitectura. Obras suyas son: *Morfología y ciudad: Fiesta, poder y arquitectura*, *Urbanismo en España e Hispanoamérica* y *Figuras, modelos e imágenes en los tratadistas españoles*.

Sobre la llamada «literatura artística», es decir, la producción escrita desde la antigüedad clásica hasta nuestros días de Tratados, Libros teóricos, Discursos académicos, Informes, Memorias y toda clase de textos —editados o manuscritos—, que contienen sean ya descripciones de obras y monumentos o reflexiones generales acerca del arte y la arquitectura, existe una moderna y específica bibliografía. Desde hace unos años a esta parte, el tema parece interesar en gran medida a los historiadores del arte y de la estética. Asunto capital, pero olvidado anteriormente por muchos, es como si de repente descubriesen que sin el conocimiento de las ideas y de los conceptos dominantes en un determinado momento histórico no se pudiese comprender cuál fue la fuerza creadora y el significado de las obras artísticas del pasado. Ahora bien, no se puede ser simplista y ciego esclavo de la moda. El estudio de los tratados y demás textos, tanto teóricos como prácticos, debe ser hecho con criterios diferentes a los de la causa y del efecto. Incluso en la Historia de la Ciencia, la relación teoría/praxis es siempre más compleja e indirecta de lo que a primera vista puede parecer. En el caso del arte y de la arquitectura, las afirmaciones de los diferentes autores no representan más que un soporte teórico o pedagógico, en muchos casos distinto del resultado concreto de la obra realizada.

Numerosas son las reflexiones metodológicas que se pueden hacer a propósito del contenido de la «literatura artística» y de su estudio. Respecto al estado de la cuestión bibliográfica en lengua española, y sobre todo en lo que se refiere concretamente a la arquitectura y al arte de construir, conviene señalar de antemano que es, sin duda alguna, la rama más favorecida. Sobre este capítulo existen no sólo numerosos trabajos que analizan tratados y textos antiguos, sino también repertorios bibliográficos y ediciones facsímiles de los mismos, acompañadas de transcripciones modernas e introducciones críticas escritas por especialistas en la materia. Señalemos, a título de ejemplo, como novedad bibliográfica, la nueva versión de *Los diez libros de Arquitectura*, de Marco Lucio Vitruvio Polion, realizada por José Luis Oliver Domingo, con un estudio preliminar de Delfín Rodríguez Ruiz, publicada, con numerosas ilustraciones de viejas ediciones, por Alianza Forma. Coincidente con él notemos, para subrayar idéntico interés, en Francia la también recentísima aparición en facsímil de la edición, del siglo XVIII, de *Les dix livres d'architecture de Vitruve*, traducido por Claude Perrault (Bibliothèque de l'Image), con un prólogo del estudioso de la ingeniería y la arquitectura clasicista Antoine Picon.

La publicación del grueso y monumental volumen *Estética y Teoría de la Arquitectura en los Tratados Españoles del siglo XVIII*, obra de Francisco José León Tello y María Virginia Sanz Sanz, es la culminación de la vida de continuado estudio de este matrimonio que ha consagrado su labor investigadora al análisis de la literatura artística —pintura, escultura, arquitectura y música— del siglo XVIII. Ambos, ya por separado o conjunta-



Grabado del *Compendio mathematico*... (Valencia, 1709), de Tomás Vicente Tosca.

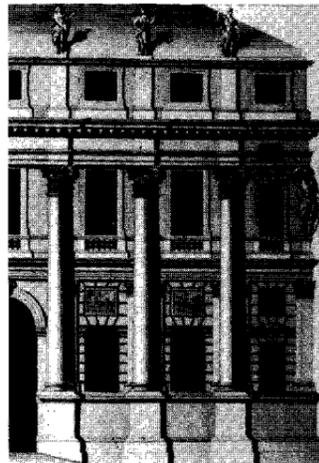


Lámina de *Los cuatro libros de Arquitectura de Andrés Palladio*, en traducción de Joseph Ortiz y Sanz (Madrid, 1797).

mente, han publicado numerosos libros y artículos que tratan de manera pormenorizada de las distintas artes o autores de un siglo que fue muy rico en publicaciones de los más variados géneros. En el presente volumen que comentamos ambos han reunido todas las noticias que poseían sobre la arquitectura y el arte de edificar. Libro de acopio de datos biográficos y bibliográficos y vaciado de contenido de los textos, este voluminoso libro en gran formato, con sus 1363 páginas y sus 386 ilustraciones, constituye una suma y un centón que tendrá que ser utilizado y consultado por todos aquellos que al estudiar las teorías y los tratados de arquitectura del siglo XVIII quieran encontrar las más variadas referencias o datos publicados en la época. Su valor es el de servir las fuentes comentadas y descritas filológicamente, con método positivo. Auténticos y apasionados eruditos, en su libro los autores no olvidan ningún libro, folleto y papel impreso del siglo XVIII en España.

Lectura filológica y positiva

Acordes con el método historiográfico de don Marcelino Menéndez Pelayo, que en 1883 publicó su famosa obra *Historia de las Ideas Estéticas en España* (reeditado en 1889 y desde 1946 con más de cuatro reimpressiones), León Tello y Virginia Sanz son fieles a la lectura filológica y positiva de los textos antiguos. El título mismo de su obra muestra el apego a una forma de ver el arte desde presupuestos clásicos o académicos que desde el siglo XVIII hasta nuestros días han perdurado en la historia del arte español. La división en trece capítulos que atienden a los diferentes contenidos de las obras analizadas diacrónicamente es prueba palmaria de nuestro aserto. Contrariamente a la breve y concisa *Historia de la Crítica de Arte en España* (Madrid, 1975), publicada por Juan Antonio Gaya Nuño, o el libro, más concreto, sobre *Arquitectura y Academicismo en el siglo XVIII valenciano* (Valencia, 1987) o los importantes estudios de Delfín Rodríguez Ruiz, Alicia Quintana, José Enrique García Melero, Carlos Sambricio y otros estudiosos de las teorías arquitectónicas en el siglo XVIII, que emiten juicios valorativos e intentan, a partir de una idea nuclear, sostener una tesis reductiva sobre el tema, León Tello y Virginia Sanz se ciñen adrede a la tarea de proporcionar el arsenal y depósito de principios y pareceres de la época que, clasificados y almacenados, sirven para poder encontrar fácilmente los diversos aspectos, tanto teóricos como prácticos, que competen a la arquitectura y a la construcción.

Con sentido lógico, el primer capítulo está dedicado a la presentación de las «fuentes», es decir, a la reseña detallada de los libros e impresos que desde principios del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX fueron publi-

cados sobre el tema. Dispuesto por autores, su discurso es biográfico y bibliográfico, abarcando todas las obras que se ocupan, aunque sólo sea parcialmente o de manera monográfica, de la arquitectura religiosa, civil, militar o de las técnicas o teorías sobre la edificación. Las referencias a autores y obras que con anterioridad al siglo XVIII fueron publicadas son muy abundantes y el lector puede hallar datos que amplían el marco estricto del setecientos. Los capítulos que vienen a continuación, en los cuales se trata de los principios estéticos y la percepción de los estilos y de las teorías arquitectónicas, son, sin duda, los que, al seguir normas más o menos obsoletas, ofrecen mayores censuras. Por sus criterios eclécticos, a veces resultan confusas las conclusiones que de sus análisis puede sacar el lector. Por el contrario, los capítulos dedicados a extraer de cada libro y publicación los aspectos normativos, técnicos y prácticos de la arquitectura son de gran utilidad. Por ejemplo, cuando de manera sistemática reúne todo lo que se refiere a materiales —tierra, adobe, ladrillo, piedra, arena, cal y mezcla, yeso, madera, hierro, plomo, cobre— y herramientas y maquinaria de la construcción o las diferentes partes de un edificio —cimientos, sótanos, cercas, muros y paredes, revoco y enlucido, vanos, techos y solados, escaleras, arcos, bóvedas, etc.—, son muy completos. También los capítulos de carácter sociológico sobre arborescencias municipales, normas sobre materiales, determinación de costos, litigios entre vecinos para salvaguardar la intimidad y demás asuntos de orden jurídico, derecho público y particular, sirven para ofrecer el panorama completo de la actividad edificatoria durante el Antiguo Régimen.

Lo que no puede faltar son los capítulos sobre el lenguaje estilístico fundamentales en toda arquitectura basada en el clasicismo. Aunque al principio del siglo XVIII todavía dominaba el barroco castizo, a partir de la introducción en España del barroco cosmopolita, en especial en Madrid con la construcción del Palacio Real Nuevo, en 1735, tras el incendio del antiguo Alcázar y la posterior creación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en 1744, se creó una nueva situación respecto a la arquitectura. Los debates acerca de los órdenes clásicos

y la ornamentación arquitectónica, la política de control de las edificaciones, la lucha contra los gremios, los problemas de titulación de los arquitectos y maestros de obras, al igual que la enseñanza de la arquitectura, son tratados separadamente, en apartados concretos o generales que abarcan dichas cuestiones. Importantes son también los capítulos dedicados a la arquitectura civil —en el siglo XVIII español, las casas y los palacios adquirieron gran desarrollo, además de aparecer novedades tipológicas como la de los edificios hospitalarios— y la arquitectura religiosa —con el neoclasicismo los templos se transformaron radicalmente y se crearon los cementerios—. Hay que señalar también los capítulos dedicados a la arquitectura de los ingenieros militares, los cuales no sólo se ocuparon de las fortificaciones, sino también de Obras Públicas, entre las que destacaron las hidráulicas y las viarias. Por último, y a manera de conclusión del volumen, pergeñan un capítulo en el cual recogen las ideas acerca del urbanismo que figuran en los tratados de arquitectura como el de Benito Bails o autores que, como el académico don Antonio Ponz, eran tan proclives a la denuncia y crítica de los defectos incurridos en el pasado en materia de trazado y construcción de las ciudades españolas, a las cuales achacaban su laberíntico y desordenado plano. También utilizan los materiales que proporcionan las Ordenanzas Municipales de Policía, ricas siempre en normativas a través de las que se deduce cuáles eran en la época los servicios urbanos y cuál el sentido que comúnmente se tenía de la ciudad y su uso por la colectividad. La ciudad del Antiguo Régimen que todavía en los viejos cascos urbanos de muchas de nuestras capitales se conserva en parte y en muchas pequeñas poblaciones a veces casi intacto, no sólo en su parte física, sino todavía en su forma de vivir y obsoleta configuración, puede de esta forma ser mentalmente reconstruida.

Insistir en el alcance y en la vigencia que la «literatura artística» tiene respecto al estudio del pasado es, quizás, todavía necesario para muchos que todavía creen que la historia del arte se limita solamente al estudio de las obras maestras y en establecer el catálogo de las menores de acuerdo a la manera actual de ver y comprender el arte. Aunque es indudable que el hombre constantemente renueva su concepto del pasado y lo analiza desde los presupuestos propios de su época, previamente por ello debe comprenderse que sólo a través de las ideas estéticas de un determinado momento puede ahondarse en sus creaciones artísticas. Por estas razones, un volumen como el que reseñamos, en el cual encontramos pormenorizadas las citas indispensables para la historia y la teoría de la arquitectura extraídas de los tratados y textos de la «literatura artística», resulte capital bibliográficamente hablando. No es así extraño que figure en una colección que se titula «Textos Universitarios». Su carácter es eminentemente heurístico y escolar en lo que estos dos conceptos implican como método y forma de conocimiento para los estudiosos del arte del pasado. □

RESUMEN

Dentro de la actual corriente de publicación de textos de «literatura artística», es decir, del análisis de las relaciones entre arte y arquitectura desde la Antigüedad hasta nuestros días, puede encuadrarse, a juicio de Antonio Bonet Correa,

este monumental estudio acerca de los tratados españoles del siglo XVIII sobre arquitectura, y con el que culmina toda una vida investigadora, la dedicada por los dos autores al estudio de la literatura artística del Siglo de las Luces.

F. J. León Tello y M.ª Virginia Sanz Sanz

Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1994. XXI + 1363 páginas. 15.146 pesetas. ISBN: 84-00-07389-4.

Enésima «nueva Edad Media»

Por Eloy Benito Ruano

Eloy Benito Ruano (Madrid, 1921) es catedrático emérito de Historia Medieval, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, presidente de la Sociedad Española de Estudios Medievales y director de la revista *Medievalismo*. Es autor de numerosas publicaciones de su especialidad, con preferencia sobre órdenes militares, historia urbana y problemas socio-religiosos de la Baja Edad Media española.

Parcería obvio volver a tratar –por superada hace largo tiempo– de la «clásica» concepción de la Edad Media como «Edad Oscura», época de tinieblas, noche de los tiempos... Visión ampliamente neutralizada por la exaltación romántica del pasado siglo, sublimadora, por otra parte, de algunas de las características supuestamente definidoras que son atribuidas a dicha Era, poco menos que en exclusividad: heroísmo, amor cortés, misticismo, pureza de costumbres, altura de ideales... Apreciaciones unas y otras traídas a debida proporción por el medievalismo científico de la segunda mitad del propio siglo XIX y muy especialmente por el de nuestros días (Falco, Génicot, Pernoud, Heers, Duby, Le Goff y tantos otros).

La persistencia, sin embargo, del bifacial tópico ha seguido produciendo dentro de la presente centuria repetidas invocaciones a las obsoletas y respectivas imágenes acuñadas de dicha Edad, bien presentándola como paradigma de todas las negatividades, bien ofreciéndola como ejemplar modelo de virtudes para contraste y estímulo del tiempo actual.

Un último –por ahora– cotejo de coyunturas y valores pretendidamente análogos entre los de la época medieval y los de la presente es la especulación interpretativa de nuestro tiempo, recientemente llevada a cabo por el ensayista francés Alain Minc bajo el enunciado de *La nueva Edad Media*.

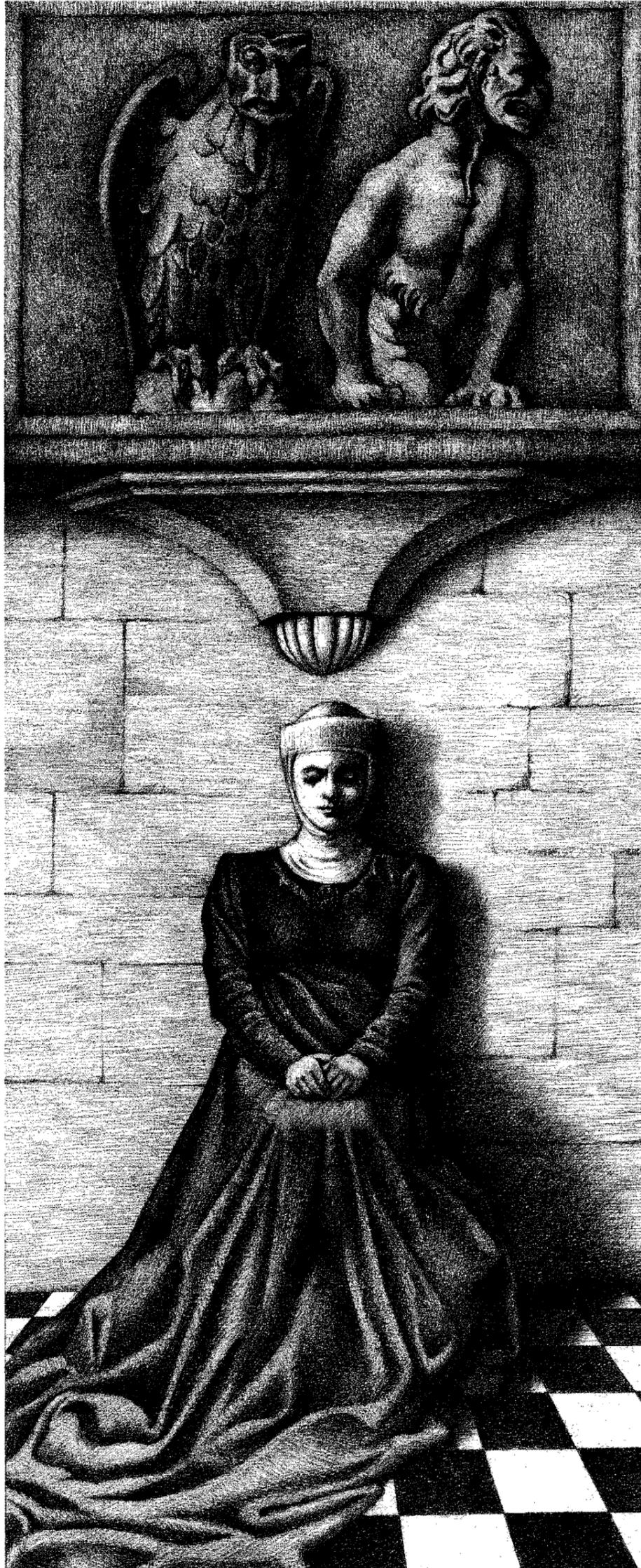
La subtitulación del libro como *El gran vacío ideológico* induce ya a pensar hacia qué vertiente valorativa del referente histórico se inclinará el autor. Su intento, agudo y novedoso en cuanto al análisis del actual panorama universal, viene a insertarse en otra casi ya tradición comparativista entre lo medieval y lo contemporáneo, producida a lo largo de las tres últimas cuartas partes de nuestra centuria.

El tratamiento del tema puede, desde luego, ser considerado desde los puntos de vista del medievalista y los del historiador del «tiempo presente» (como gustan denominarse ahora los contemporaneístas contemporáneos). Es en el primero de ellos donde declaramos instalado nuestro observatorio.

Landsberg

Derroteros como los señalados fueron surcados en los primeros años veinte por un fino filósofo alemán Pablo Luis Landsberg, discípulo de Max Scheler, de cuya producción tuvo conocimiento el lector cultivado español a través de la traducción de su libro publicado por la temprana editorial Revista de Occidente, en su colección «Nuevos hechos / Nuevas ideas», *La Edad Media y nosotros* (Madrid, 1925).

Exaltador su autor –ardiente católico muerto en 1944 en un campo de concentración nazi– del «optimismo metafísico», advertible en la firmeza del orden teleológico propio de la conciencia medieval del mundo y de su consiguiente clara orientación final de la Historia, nada más simple y seguro que la instalación del hombre en ésta: «Sicut erat in principio et nunc et semper»... «En esta sencilla frase litúrgica –escribía Landsberg–



FUENCISLA DEL AMO

está el enlace con lo eterno que el hombre de la Edad Media sentía». Y añade, justificando así el título de su libro: «y que tanta falta nos está haciendo a nosotros».

La Edad Media era, pues, para el autor, no un tiempo concreto y pasado, sino «una posible índole humana que se manifestó en una época determinada y que, en cierto sentido, fue entonces predominante, ejemplar, creadora, aunque sin llegar nunca a realizarse plenamente». Es decir, no una antigua lejanía, sino una forma eventualmente realizable; no un retorno imposible e indeseable («de otra Edad Media sólo podemos aprender aquello en que ella se supera a sí misma»), sino un ejemplo a seguir para obtener, como ella logró, la proyección de nuestro propio tiempo sobre el futuro.

Descontada o no, según cada lector, la declarada carga teológica y confesional del autor, su exposición constituye, sin duda, una de las más brillantes interpretaciones de la debatida noción de «Edad Media».

La deseable inserción, en cambio, del orden por ésta representado en el entonces porvenir inmediato de Europa (voluntarismo a veces contundente de P. L. L.) degeneró, sin embargo, como es sabido, en otras realidades de cuya perversión fue víctima el propio autor.

Berdiaeff

Por los años finales de la misma década y primeros de los treinta alcanzó gran impacto y difusión mundial otra obra del exiliado filósofo ruso Nicolás Berdiaeff, cuyo título anticipa el del libro de Alain Minc al que pretendemos referirnos: *Una nueva Edad Media*.

Basándose dicho autor en la convencional periodificación de la Historia occidental, detectaba en su propia circunstancia el ocaso de la Era a que había dado origen el Renacimiento. «El ritmo de la Historia –escribía, anticipándose a la noción de “crisis” compartida por Ortega y Werner Naef– se hace catastrófico: el porvenir es sombrío».

Había que dar nombre a la Edad que se avecinaba o que estaba comenzando. Y, puesto que los frutos de la Moderna declinante (Reforma, Ilustración, Revolución) no eran, según él, sino maduración de fermentos cuyas raíces se hallaban latentes «en las profundidades de la Edad Media», justo era temer el advenimiento de «una nueva barbarie civilizada, una nueva disciplina, un nuevo ascetismo religioso, antes de ver alborar un nuevo e inimaginable Renacimiento»: *Una nueva Edad Media*, en suma, que Berdiaeff sólo consideraba catastrófica en su fase inicial, por él vivida en su país, previa a la plena implantación de unos valores contrapuestos a los en aquel momento decadentes.

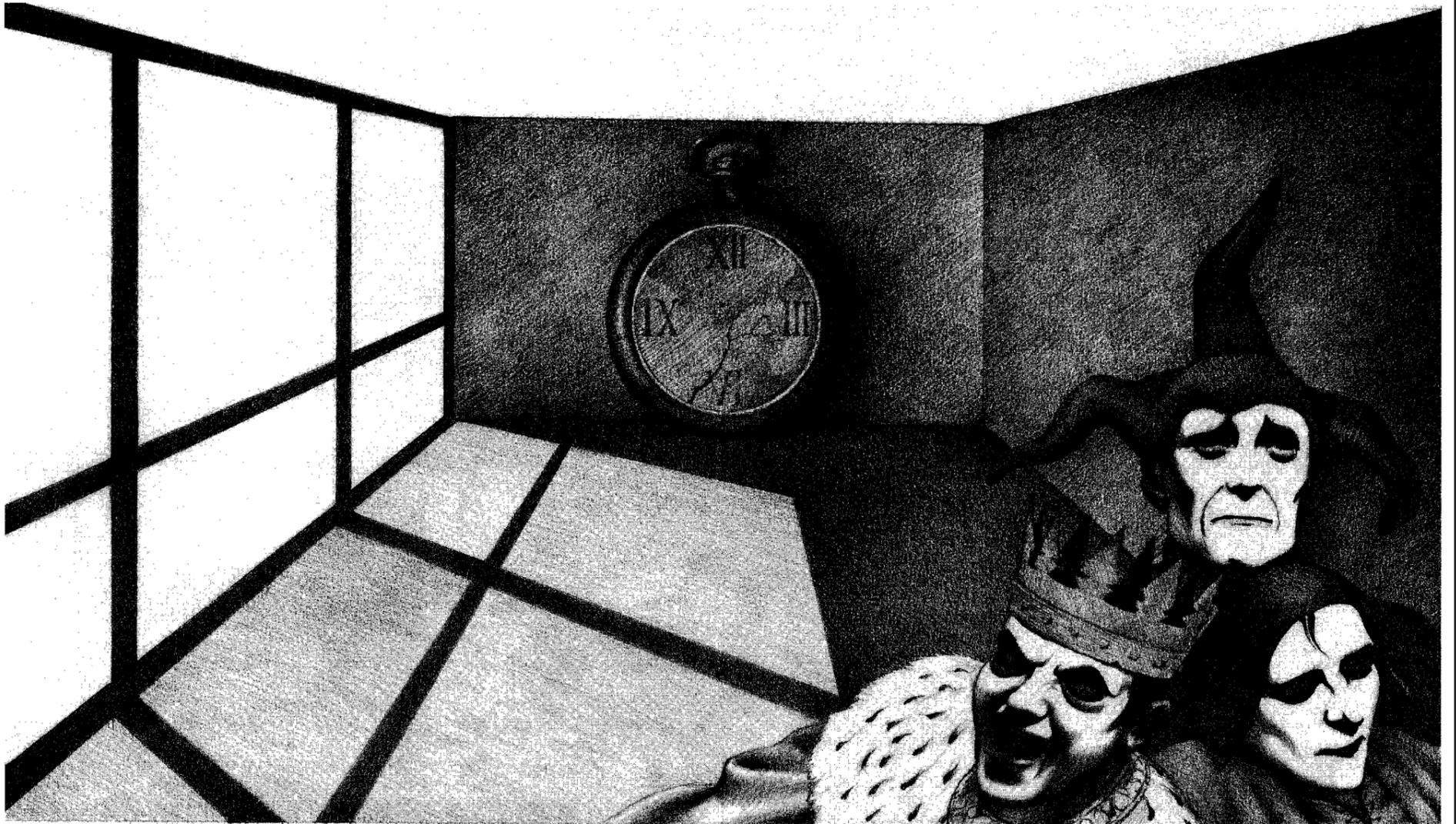
Apreciación, en suma, reivindicadora de lo medieval, al comportar la esperanza de un desarrollo que culminaría para el siglo XX (como en su día lo hizo para la Edad Media) en un nuevo Renacimiento.

Más rigurosamente contemporánea nos es la percepción de la inminencia (o la presencia) de una nueva realidad medieval a través de la sensibilidad de diversos intérpretes italianos de la hora actual.

Interpretación prospectiva, profética de lo inmediato, fue la enunciada en 1971 como *Medio Evo prossimo venturo* (5.ª edición, Milán, 1990) por el analista Roberto Vacca, al precisar que una «edad intermedia» –duradera acaso tan sólo un siglo en lugar de un milenio como la antonomásica– puede ser predicha habida cuenta de «la degradación de los grandes sistemas» (subtítulo de la propia obra) de nuestro tiempo, incapaces de organizar y hacer funcionar una desbordante



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

superpoblación humana en grado ciertamente monstruoso, degenerativo: «Ho chiamato medioevo questa futura situazione di crisi generalizzata», aclara el autor, que, como la que puso final al mundo antiguo, «sarà seguita da un'altra di rinascimento».

Cotejos entre la «Pax Romana» y la que puede llamarse «Pax Americana», entre bárbaros brutales y bárbaros civilizados, entre nomadismo racial y migraciones económicas, son fenómenos, entre otros, componentes de un cuadro que, al glosar a Umberto Eco, permite a éste afirmar a su vez que «la Edad Media ha comenzado ya». Si bien este autor libera por su parte este concepto «del aura negativa con que le han envuelto ciertos publicistas culturales de inspiración renacentista».

En el volumen colectivo en que se recoge este último trabajo (Umberto Eco et alii: *Documenti su il nuovo medioevo*, Bompiani, Milán 1973; citamos por la edición española: *La nueva Edad Media*, Alianza Edit., Madrid, 1974), un tercer autor, Furio Colombo, insiste en la descripción de otra «nueva y peligrosa Edad Media post-tecnológica», protagonizada por una sociedad neofeudal polarizada en torno a los centros de poder que hoy constituyen las concentraciones industriales como antes lo hicieron los castillos («Poder, grupos y conflictos en la sociedad neofeudal»).

Mientras que el geógrafo Giuseppe Sacco interpreta, a su vez, negativamente como «medievales» ciertos códigos y síntomas retroactivos actuales que, junto a fenómenos tales como la existencia de «ghettos» urbanos, inmigraciones miserables, grupos contraculturales y nuevas sectas seudoreligiosas, le inducen a admitir, aunque «sin llegar demasiado lejos en la previsión y en la analogía», «la sugestiva hipótesis de una Nueva Edad Media» presente («Ciudad y sociedad hacia la Nueva Edad Media»).

Nueva identidad medieval

No puede decirse, pues, tras esta necesaria presentación de precursores, que «a priori» parezca extremadamente novedoso el intento de Alain Minc de explicar el tiempo que vivimos como «otra» —ya enésima— Edad Media.

Así lo declara él mismo al invocar el mencionado título de Berdiaeff (hoy escribimos Berdiaev), aunque la argumentación de su paralelo entre los siglos V y XX se base en el de la caída del Imperio Romano y el hundimiento del sistema soviético, y no del zarista. Es la nuestra —afirma Minc, señalando diferencias entre uno y otro objeto de comparación— «una Nueva Edad Media que se plasma en la ausencia de sistemas organizados, en la desaparición de cualquier tipo de centros, en la aparición de solidaridades fluidas y evanescentes, de la indeterminación, de lo aleatorio, de lo vago y de lo indefinido»; en definitiva, una «Era de la confusión».

Sigue a esta definición toda una enumeración de rasgos negativos caracterizadores, según su apreciación, de la identidad «medieval» de nuestro tiempo. Edad que, personificada, por cierto, y protagonizada por el Viejo Continente, en ella se trata de forjar instituciones de dimensión «imperial» (CEE, Parlamento Europeo, etc.) a las que son anejas contradicciones «feudalizantes», como los nacionalismos y cantonalismos: tribalismos, en su manifestación externa.

De «Sacro Imperio Romano Germánico» estima Alain Minc el papel que corresponde en este concierto a la nueva Alemania. No en cuanto IV Reich, sino en la dimensión exclusivamente económica de su proyección de dominio centroeuropeo. Ya que, siendo el Imperio «la única estructura que ha inventado la Historia para poner orden entre conjuntos confusos e imprecisos...», la nueva Edad Media tiene que redescubrirlo.

Pero al no superar esta perspectiva la exclusividad económica de su vigencia, al no hallarse ni crearse un «primus inter pares», como consiguiera su vieja antecesora, la resultante presente o inmediata será, o es ya, «un mundo sin centro»: «el triunfo de las sociedades grises», «el Continente del Caos», «la Era de los espasmos». Títulos todos de los sucesivos capítulos de la obra.

Leídas las páginas de Alain Minc con ojos de hombre de nuestros días, su análisis y conclusiones no dejan de aparecernos sugestivos y penetrantes. Leídas con ojos de historiador medievalista (y ésta es la visión, recordemos, deliberadamente elegida), la pre-

sentación del «modelo» adoptado para el contraste no deja de aparecernos, según los respectivos precedentes aquí descritos, sino reiterativa y obsoleta.

Seguir en estas fechas atribuyendo significados exclusivamente peyorativos a las manifestaciones de lo entendido tradicionalmente por «medieval» es, como consignamos al principio, sencillamente anacrónico. Referirse (aunque con el neologismo de «macromiedo») a unos supuestos «Terrores del año mil» para presentarlos como equivalentes de las actuales formas de inseguridad, SIDA, integristas fanáticos —raciales y religiosos—, es manifestarse ayuno de conocimientos positivos, añejamente depurados, referentes a la «verdadera» Edad Media de los siglos X y XI.

Sugestivo, no paralelo

En suma: ratificamos la sugestividad de la descripción del presente realizada por Alain Minc; rechazamos el paralelo efectuado por éste entre hechos y significados de la «verdadera» Edad Media con los del tiempo actual. Disentimos de que, de la lectura de la prensa viviente (fuente histórica de hoy día), pueda deducirse una interpretación de la historia de hace cinco o quince siglos; como a la inversa, no son sistemáticamente aplicables a la comprensión del suceder contemporáneo los hechos y valores expresos en las crónicas del medioevo.

Efectivamente, esta clase de asimilaciones no deja de ser un ejercicio tan fácil como

banal, en el que la llamada Historia comparativa —si es que ésta existe o tiene validez científica— nada tiene que hacer.

Nos complace, finalmente, suscribir la apreciación del libro aquí comentado por un reseñista de prensa, de quien, por lo demás, no conocemos la condición historiadora. Dice así: «Aunque no afecte al eje del libro, cabe reprochar al autor el tributo que rinde a la falsa imagen de la Edad Media que el racionalismo superficial propagó en el mundo contemporáneo. Considerar medieval la ausencia del orden (!), la descomposición y el vacío ideológico es simple ignorancia de la Historia. Pero esto no empaña el valor de los análisis de Minc [por lo que hace a su diagnóstico del presente], que, aunque tal vez exagerados, son muy preferibles al ciego optimismo» (J. Sánchez Cámara, «ABC Literario», 21 octubre 1994).

Y añadimos, ya ultimada nuestra presente reseña, la noticia que de un reciente debate contenido en la revista francesa *Débat* (n.º 85, 1995) nos suministra la también revista gala *L'Histoire* (n.º 191) acerca de lo que ésta denomina *La cas Alain Minc*, autor de otra todavía más reciente prospección del futuro inmediato titulado *La borrachera democrática*: «Touchante mégalomanie française, sympathique volonté de paradoxe, ton supérieur des soi-disant instruits, absence de réflexion... Telles sont, parmi d'autres, quelques unes des remarques aimables que la "pensée d'Alain Minc", dernier avatar de la pensée unique, a inspirées au philosophe Marcel Gauchet dans la dernière livraison du *Débat*, au cours d'un dialogue qui l'oppose à l'essayiste». □

RESUMEN

Desde la aparición del libro de Nicolás Berdiaeff, Una nueva Edad Media (en las primeras décadas de este siglo), han venido estableciéndose numerosos paralelismos entre nuestro tiempo y el que siguió a la «decaencia y caída» del Imperio Romano. La última de

esas comprobaciones tiene por autor al —según opinión de Eloy Benito— discutido ensayista Alain Minc; un texto el suyo en el que, una vez admitida la sugestividad del análisis del presente, no resulta tan acertado el cotejo de éste con la época medieval.

Alain Minc

La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico

Temas de Hoy, Madrid, 1994. 317 páginas. 2.250 pesetas. ISBN: 84-7880-430-7.

Douglas Sirk, la mirada de un alquimista

Por Angel Fernández-Santos

Angel Fernández-Santos (*Los Cerralbos, Toledo, 1934*) es periodista, escritor (es autor, entre otros libros, de *Más allá del Oeste*) y guionista cinematográfico (El espíritu de la colmena y *El Sur*, de Víctor Erice, y *Madregilda* y *Padre nuestro*, de Francisco Regueiro). Actualmente escribe la crítica de cine en el diario *El País*.

Por razones que se me escapan, las casas editoriales españolas (salvo excepciones que no han creado continuidad y que por ello confirman la regla) eluden, o abordan con cuentagotas, la publicación de libros de y sobre cine. Desde hace diez o doce años en España aumenta (y últimamente hay indicios de que su número se dispara hacia arriba) el genuino (no el simple consumidor, sino el último partícipe en la cadena creativa del filme) espectador de cine, ese para el que, una vez vista la película, comienza un largo proceso de digestión de sus imágenes, que le conduce a buscar la referencia del guión y la de estudios formales acerca de su composición visual. No contamos con una respuesta editorial acorde con la importancia de este hecho y su actual signo creciente. Mientras en otras lenguas existen desde hace décadas respuestas editoriales sistemáticas a la creación de cine, en la nuestra las cosas siguen en líneas generales estando como han estado siempre: la vivencia emocional e intelectual del cine se acaba con el «the end» de la película, lo que es una irreparable amputación.

Sin embargo, en España se escriben buenos libros de cine, pero su edición procede la mayoría de las veces de iniciativas extraeditoriales y forman parte del conjunto de actividades culturales institucionales relacionadas con el cine, sobre todo de cátedras de imagen en universidades, de filmotecas y de festivales. Estos libros, entre los que hay obras muy solventes, raramente rompen los cercos de complicidad de los círculos de cinéfilos y de especialistas, de modo que pocas veces llegan a las manos del lector común y quedan atrapados en la tautología de la ilustración del ilustrado. Carecen (los que son distribuidos, que algunos ni siquiera llegan a serlo y se quedan en trabajos de relumbrón para las instituciones que los editan) de distribución adecuada, no suelen tener (al carecer de dependencia de una distribución comercial) promoción publicitaria alguna y lo más habitual es que su existencia ni siquiera salte a las páginas culturales de los periódicos, lo que les hace casi inencontrables, de difícil adquisición y muchas veces les convierte en libros fantasmales, pues bordean la pura y simple inexistencia.

Larga y luminosa entrevista

Las filmotecas de Murcia y de Madrid, en la colección «Imagen» que organiza la primera, publicaron a finales del año pasado uno de estos libros semi-inexistentes pese a su más que notable calidad. Se titula *Tiempo de vivir, tiempo de revivir* y en él un gran cineasta español fuera de norma (Antonio Drove, director de *El caso Savolta* y *El túnel*, entre otras películas muy ambiciosas y de gran fuste formal) reproduce la larga y luminosa entrevista que mantuvo (y filmó integralmente), en su casa de Suiza, con Douglas Sirk, uno de los más singulares (durante décadas permaneció poco menos que incatalogable) hombre de cine de aquel legendario éxodo a

Hollywood de intelectuales, escritores y cineastas centroeuropeos que desencadenó la subida al poder del nazismo en Alemania. Esta vasta entrevista fue emitida en capítulos por Televisión Española a raíz de filmarse y en el marco de un ciclo de emisiones dedicado a la obra (hasta entonces poco, y sobre todo mal, conocida en España) de Douglas Sirk.

Es un libro a cuatro (magníficas) voces. Las vertebrales son las de los dos directores citados, enlazados en un apasionante encuentro y diálogo ocurrido ante una cámara de TVE en Lugano entre el 23 y el 27 de junio de 1982. Las otras dos son las que con riqueza de ideas y diáfana escritura abren y cierran (Victor Erice y Miguel Marías, respectivamente) las 400 páginas del relato de Drove (sobre Sirk y sobre sí mismo en cuanto espectador discípulo de Sirk) y la reproducción literal de aquel memorable encuentro entre ambos, que es uno de los testimonios fundamentales (e incluso me atrevo a decir que el fundamental, porque es de rango y finura intelectual superiores al más conocido de todos: el escrito por el crítico John Halliday y editado aquí por Fundamentos en 1973) de Douglas Sirk sobre sí mismo y so-

bre su cine, un cine que se mantuvo semiolvidado durante mucho tiempo, pero que en la actualidad se beneficia de una operación de rescate, al menos el de su etapa estadounidense, que en ocasiones ha conducido a sobrevalorar alguna película dirigida por él (y a ver en ella más de lo que hay), pero que ha sacado el nombre de este cineasta de la franja grisácea de los artesanos con buen gusto y de las cunetas de los llamados «cineastas basureros», esos que son capaces de componer una buena película con un guión destinado a la papelera, lo que les sitúa en el lado alquímico del pequeño ramillete de los creadores (en su caso uno de los más refinados en cuanto a estilo) del cine moderno.

Un hombre de su tiempo

Como ocurre frecuentemente en un arte de tan corta vida como el cine, este artista adelantado a su tiempo es en realidad un hombre muy de su tiempo, un cineasta que bebió su oficio en las fuentes de los pioneros de la etapa muda y cuyo cine nunca perdió del todo el esplendor fundacional, que se mantiene incluso en sus traba-

jos más evolucionados. Hans Detlef Sierck nació el 26 de abril de 1900 en Hamburgo. Sus padres eran daneses. Estudió en Múnich en la época turbulenta de la revolución bávara y, empujado por aquella convulsión, cuando todavía era un estudiante de leyes, desvió su profesión hacia el teatro, donde alcanzó renombre en la Alemania inmediatamente anterior y posterior a la elección de Hitler como Reichkanzler en enero de 1933, tiempo en el que Sierck estaba ya en conexión con el cine a través de la legendaria productora berlinesa Ufa y fraguó su (desconocida para la inmensa mayoría) filmografía alemana, antes de exiliarse primero a París y finalmente a Hollywood en 1939, desde donde volvió a finales de los años 50 a Europa, reinició su trabajo en Alemania y finalmente se instaló, hasta su muerte el 14 de enero de 1987, en Suiza.

Ya en su primera etapa alemana, el futuro (tras su rebautismo americano) Douglas Sirk canalizó una inclinación que le llevó a especializarse en la composición de películas con aires melodramáticos, tendencia que persistió en su obra hollywoodense y acabó convirtiéndole en una de las personalidades indispensables para descifrar algunas claves de la historia del melodrama cinematográfico, un subgénero denostado o cuando menos infravalorado por los críticos de su tiempo, pero que, gracias a la incondicional fidelidad a lo sentimental e incluso lo lacrimógeno de un sector del público de todo el mundo, arraigó y dio lugar a un conjunto coherente de películas, entre las que hay unas cuantas que son hitos de la evolución del lenguaje cinematográfico, desde *Lirios rotos* (David Wark Griffith) a *Candilejas* (Charles Chaplin), pasando por *Que el cielo la juzgue* (John M. Stahl) y *Los mejores años de nuestra vida* (William Wyler), entre otras muchas obras mayores del cine. Hoy parece fuera de discusión que algunos de esos melodramas mayores fueron dirigidos por Douglas Sirk, como los célebres *Escrito sobre el viento* e *Invitación a la vida*, junto a otros relatos de mayores vuelos argumentales y que, aunque lo adoptan, rompen y van más allá del esquema melodramático, sobre todo *Angeles sin brillo*, que es una originalísima, poderosa adaptación de la novela de William Faulkner *Pylon*, y sin duda la más sólida aportación (aunque él no interviniese como guionista, o tal vez por eso mismo) del novelista a la pantalla.

Drove extrajo de Douglas Sirk una bella acuñación del misterio que rodea al melodrama: «¿Qué es realmente un melodrama? Realmente, nadie lo sabe. Hace unos años, los críticos franceses de *Cahiers de Cinema* me lo preguntaron y sólo pude responder: "Es Melo con Drama, música con drama o drama con música". No quedaron totalmente satisfechos, pero no pude encontrar una explicación mejor de lo que es un melodrama». No anda descaminado Sirk en este su regate etimológico: se asocia al melodrama con el folletín finisecular y a éste con la tendencia de muchos libretistas de óperas románticas a absorber para sus trabajos las fábulas miserabilistas y tristonas, de forma que hicieron de la ópera, del drama musical por excelencia, depósito de una visión de la vida y del comportamiento que sólo se sostenía en pie cuando era musicalizada. La paradoja (aparente) proviene de que el melodrama cinematográfico se forja en el corazón del cine mudo, donde la música es exterior a la imagen. Y de ahí una observación de Sirk que sitúa la cuestión en su verdadero marco: aunque sea mudo, no hay cine sin música: «Si quitáramos la música escondida detrás de la pantalla, el cine sería algo muerto».



Escrito sobre el viento fue protagonizada por Lauree Bacall en 1956.



Barbara Stanwyck encabezó el reparto de *Su gran deseo* (1953).



Claudette Colbert, como Alison Courtland en *Pacto tenebroso* (*Sleep, my love*), rodada por Douglas Sirk de mayo a agosto de 1947.



Rock Hudson interpretó ocho películas de Douglas Sirk, incluida *Angeles sin brillo* (1957), basada en la novela *Pylon*, de William Faulkner.

Viene de la página anterior



Cartel de *Imitación a la vida*, de 1958 (a la derecha), con Lana Turner y John Gavin (arriba). Abajo, Douglas Sirk y Antonio Drove, en 1982.



«La música escondida detrás de la pantalla.» Es éste el corazón de la cuestión y uno de los grandes enigmas del cine: hay una musicalidad no sonora en todo celuloide bien logrado, lo que convierte a cualquier película, si realmente lo es, en una sucesión estrictamente musical de imágenes, lo que atrapa al cine en el redil de las leyes de la armonía, de la creación de tiempo en forma de «tempo». El melodrama hace explícito un rasgo oculto no de un género de argumentos llorones y miserabilistas, sino del cine en cuanto lenguaje, explicitación que otro cineasta alemán (Wilhelm Murnau, creador de joyas del calibre de *El último*, *Nosferatu*, *Amanecer*, *Tabú*, y sin duda padre del estilo que afinó, con el cuidado de un orfebre, Douglas Sirk a lo largo de su larga carrera) dejó formulada en su corta obra: la música callada de la pantalla, es decir, la condición musical de los movimientos de la emoción o de la vivencia del cine en cuanto tal, un arte del relato que encuentra en fabulaciones dramáticas de tipo lacrimógeno (mudas o sonoras) un vehículo insuperable para configurarse y manifestarse con toda pureza. Traigamos, como ejemplo, una observación técnica de Douglas Sirk: «El estilo clásico consiste en mover una cámara sin que se note. Es ésta una de las leyes básicas del oficio del cine. No muy bien conocida hoy: muchos directores, especialmente los más

jóvenes, no saben esto. Mover la cámara sin que se muevan los personajes es una idiotez, no hay que hacerlo. En eso consiste mi estilo». Y a esto añádate: «Me daban un guión y me decían: trata de sacar algo de esa basura. Pues bien, eso es lo que hace que la imaginación se ponga a trabajar». Asume Sirk, según esto, el reto alquímico del compositor, del conversor del barro en oro, del silencio en sonido, lo que es la lógica de los manipuladores de las leyes de la armonía: el cine procede de un esfuerzo de formalización de un tiempo informe, por lo que hacer cine es componerlo, crear tiempo, música. La materia argumental es baja materia que hay que elevar, a la manera del ruido cuando es elevado al rango de acorde. Como Murnau, Sirk se sentía, más que narrador, compositor. Le ponían en las manos un drama mecanografiado en un centenar de folios y de ellos extraía música visual durante hora y media. Muy pocos directores encarnan, como el encarnó, la primacía cinematográfica del «cómo» sobre el «qué», una de las jerarquías básicas que hay que observar a rajatabla para aprender a ver creativamente una película.

Final feliz / final infeliz

Buscamos, dentro de la torrencial elocuencia del diálogo entre Drove y

Sirk, una nueva idea técnica de éste que cierra el círculo del enigma de la musicalidad como sustancia del cine y, por consiguiente, del melodrama como suprema prueba de todo cineasta. Dice: «Muchas de mis películas terminan con una especie de final feliz que en realidad es un final infeliz. El final es lo mismo que el principio y eso es infeliz. La estructura de estas películas, en términos musicales, es el «rondó». Sólo las situaciones infelices suelen ser interesantes, porque si todo va bien y fluye suavemente no tiene interés, y ¿para qué hacer una película sobre ello? No siempre he podido hacer esto, porque no siempre he sido el autor de mis películas: me han dado el guión y he

RESUMEN

Luchando contra la poca fortuna que en el mundo editorial tienen los libros de cine, venciendo la dificultad de la deficiente distribución que acompaña, como en este caso, a un libro publicado fuera de los cauces habituales de la edición, Angel Fer-

tenido que ceñirme a él, pero muchas de mis obras empiezan con una especie de situación complicada, que clama por una solución y el final da una solución «feliz», en la que todo parece arreglarse, pero, en realidad, ha vuelto a su antiguo estado de cosas, algo que es, en realidad, un final infeliz. El círculo del «rondó» es diabólico, no hay escapatoria: la gente se ve obligada a volver a su propia infelicidad después de haber tratado de escapar de ella. El «rondó» es un estilo pesimista. [Es una estructura musical] en la que no puedes escapar a la rueda del destino, que te cerca. En cierta manera [es la expresión de que] los hombres estamos desamparados, en manos del destino». Gran paradoja musical del melodrama: todo final feliz es trágico, a la manera de la tragedia que es todo *Himno a la alegría*.

Enrevesadas esquinas de sus películas

Douglas Sirk funde drama y música en cuanto ideas y vuelve a fundirlas en cuanto emociones, al convertirlas en unidad secuencial dentro de una pantalla. De las muchas y enrevesadas esquinas de sus películas brota en ocasiones, en medio de lo sombrío, una sensación de intensa luminosidad: «No sólo hay que recordar las cosas felices. Si huyes de tu infelicidad, el recuerdo no significa nada». Y se enlazan como dos destellos de seda las miradas de dos grandes hombres de cine cuando Drove visualiza el rostro de esa dura idea en el encuadre exacto para devanarla: «La figura de Sirk tiene algo enigmático. Sus cambios de trabajo del teatro al cine y su vuelta al teatro, sus cambios de país y sus cambios de nombre, dibujan un misterioso diseño cíclico y circular». Un «rondó», diría el viejo maestro muerto.

Y prosigue Drove: «Atravesó, impecable, misterioso y sereno, todos los torbellinos y turbulencias de los mundos donde vivió: la Gran Guerra, la República Soviética de Baviera, el nazismo, la Segunda Guerra Mundial, la época de McCarthy en Hollywood. Ecuánime, sabio, elegante, sano y modestamente triunfador, estuvo fascinado por los personajes de perdedores atormentados, divididos, desintegrados, tortuosos y turbulentos, a los que el destino y su propio carácter les lleva a la destrucción. Y consiguió contar sus historias en un imperio donde reinaba la obligación del «happy end» y la adoración del éxito. «El éxito no me interesa dramáticamente», declaró. Es sorprendente el número de amigos y colaboradores de Sierck-Sirk-Sierck cuyo final es el suicidio».

Este fascinante artista encuentra en su colega Antonio Drove un interlocutor de elocuencia torrencial, que le saca de sí mismo haciéndole bucear en el fondo de su memoria. Es por ello este hermoso *Tiempo de vivir, tiempo de revivir* una insospechada indagación sobre la memoria misma. □

Antonio Drove

Tiempo de vivir, tiempo de revivir (Conversaciones con Douglas Sirk)

Filmoteca Regional de Murcia/Editora Regional de Murcia, Murcia, 1995. 410 páginas. 3.120 pesetas. ISBN: 84-7564-158-X.

El mal entre el hombre y Dios

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Jesús de Nazaret, Madre y Muerte, Raíz de la esperanza* y *Cuatro poetas desde la otra ladra*.

Este libro es el primero de una serie de pequeños volúmenes, que el autor quiere agrupar bajo el título general: *Dios para pensar*. El punto de partida es una doble pregunta o hipótesis: ¿Qué ocurre si pensamos la realidad hasta el extremo, confrontando situaciones límites que parecen no tener nada que ver entre sí o que se excluyen, por ejemplo: la idea de Dios y la del mal? Evidentemente se las puede pensar sin referirse directamente a Dios, pero ¿el ser, el hombre, el mundo y el destino no arrojan una luz especial, si se los confronta con Dios? Desde el oráculo de Delfos («conócete a ti mismo»), pasando por Platón, Aristóteles, Descartes, Pascal, Kant, Hegel, Heidegger, Levinas, Ricœur, Kolakowski, en la historia de Occidente se ha pensado delante de Dios, con Dios como presupuesto, hacia Dios como destinatario de la palabra, en oración o en acusación. En cualquier caso, Dios ha sido una posibilidad del pensamiento humano, dando que pensar y que hacer, que esperar y que crear.

El mal y Dios en alternativa

Antes de comenzar a hablar del hombre, del mundo y del sentido de la historia, vistos en la luz de Dios y pensados con la posibilidad de Dios al fondo, a la vez que alumbrados por su propia palabra, el autor ha dado muestras de coraje al confrontar dos realidades que parecen excluirse entre sí: el mal y Dios. Si para generaciones anteriores, dirigidas por minorías aristocráticas y lejanas a la miseria y dolor, el mal podía ser, por contraste, un elemento enriquecedor de la pluralidad y belleza del cosmos, para las actuales generaciones es un escándalo absoluto. El sufrimiento de los inocentes, la muerte violenta de los niños, la irrupción de la desgracia inesperada, la muerte en el momento de la juventud: todo eso, y otras situaciones similares, nos parecen tan desproporcionadas, injustas y malvadas en sí mismas que nos excede el poder cohesionarlas con Dios. El dolor de los niños y de los inocentes se ha convertido así para muchos en la roca sobre la que se apoya el ateísmo.

Clarificación terminológica

Las lenguas de nuestro ámbito occidental tienen un variado campo de términos a la hora de fijar esa realidad inapresable. En castellano hablamos de: el mal, lo malo, los malos; de malo, maligno, malvado, mezclando el orden físico, el moral y el religioso. Otras lenguas, como el alemán, diferencian claramente lo que es el mal en cuanto oposición deliberada al bien, querido por Dios, y con ello lo que podemos llamar culpa y pecado («das Böse»), de lo que es aquella suma de realidades negativas y negadoras del hombre, como el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la muerte («das Übel»), y finalmente de aquellas formas de comportamiento o acción que implican imperfección, desajuste, mala realización de algo, mal comportamiento formal («das Schlechte»). Aquí aparece clara la diferencia entre comportamientos profesionales, morales, psicológicos y reli-

giosos del hombre. ¿Sería un inmenso logro si fuéramos capaces de distinguir esos cuatro campos (psicología de la culpabilidad; imperfección de la profesión; moral de la culpa; orden religioso delante de Dios en el cual tiene lugar el pecado) y reaccionar objetivamente a cada uno de ellos.

Origen del mal: viejas teorías revividas

¿Cuál es la naturaleza y el origen del mal? ¿Es una realidad primordialmente de orden físico, metafísico, moral o religioso? ¿A cuál de esos campos tenemos que mirar para arrancarle su secreto? Hasta hace bien poco se había descartado la vieja tesis del dualismo o maniqueísmo, que considera que hay dos principios igualmente constituyentes: el bien y el mal, Dios y el Maligno. La idea judeocristiana de la creación por Dios, que se reveló a lo largo de la historia como amor y fidelidad, misericordia y lealtad para con el hombre, descartó otra tesis: la que considera que el mal es un elemento interno de la realidad o que el mal se identifica con la materia, y que ésta es constitutivamente mala. El cristianismo se contraponen en su raíz a todos los dualismos, gnosticismos, platonismos o budismos que partan explícita o lardamente de un recelo frente a la realidad en cualquiera de sus formas o de un rechazo de la materia como el polo antídívino, antiespiritual, antihumano de la realidad.

Dije que hasta hace poco se consideraban superadas esas tesis dualistas. En nuestros días renacen viejos intentos de comprensión dualista y gnóstica del mal, con una mezcla de falsa ciencia, de falsa actitud religiosa y de falsa iniciación a la ultimidad personal del hombre. Reaen en tesis que han sido superadas desde el final de la Antigüedad, justamente desde el momento en el que una filosofía griega llegó a su forma más profunda y, sobre todo, desde que el cristianismo se afirmó en la sociedad y en la cultura. San Ireneo frente al gnosticismo y San Agustín frente al maniqueísmo son los dos exponentes supremos de la afirmación cristiana: «bondad de la realidad», por ser fruto amoroso de una generosidad divina que libremente ha creado el mundo; «unidad de la creación», que abarca diversidad de órdenes, material y espiritual; «unidad de la vida personal», ya que el hombre es uno en cuerpo y alma; «rechazo de una visión depreciadora», que diversifica a los hombres y creyentes en hílicos (materiales), psíquicos (animados) y pneumáticos (espirituales); «rechazo de una dualidad de la historia de la salvación», enfrentando la fase anterior al cristianismo como resultado del principio deficiente y violento (Dios malo del Antiguo Testamento) con la fase iniciada por Cristo, que sería exponente del Dios bueno y amigo del hombre.

La respuesta física

La teoría de la evolución y la etología apelan hoy día a dimensiones físicas de la realidad, que podrían estar en el origen del mal y explicarlo. Teilhard de Chardin ha preguntado si no se explica suficientemente el mal como el resultado o el coste inevitable del avance en las estructuras, pasando de la materia a la vida, de la vida al espíritu y del espíritu a Cristo. Los males serían algo así como las virutas que la garlopa arranca a la madera que labra, desmontando sus excrecencias hasta hacer aparecer la bella figura a la que tendía su entraña originaria. Karl Lorenz, con su tesis del «así llamado mal», se pregunta si no está en juego la necesaria agresividad tanto de animales como de hombres en un inexorable proceso de evolución.

Pero el hombre sabe que nada del orden prehumano, anterior a la libertad, da razón suficiente de lo que afecta a la entraña de su libertad y de su destino.

La respuesta metafísica

Descartada la solución física al problema del mal, surge la pregunta metafísica. Pero ¿es que el mal es algo, es ser o, por el contrario, es más bien carencia, privación de ser, sombra de la nada, provocada por la falta del ser? La tradición cristiana, desde San Agustín a Santo Tomás, impulsada secretamente a rechazar todo brote de dualismo maniqueo, ha afirmado que el mal no es, que hay mal cuando se da la ausencia del bien esperado y necesario. San Agustín hereda de Plotino su definición del mal como privación o simple ausencia del bien (*Enéadas* 8, 1, 2; 3, 2, 5). Recordando sus tiempos anteriores, confiesa que en su perplejidad ante la pregunta («unde malum est») no había descubierto «que el mal no es más que privación del bien hasta llegar a la misma nada» (*Confesiones* 3, 7, 12). Posteriormente afirma: «Las cosas que fueran privadas de todo bien quedarían reducidas a la nada. Luego en tanto que son, en tanto son buenas. Luego cualesquiera que ellas sean, son buenas y el mal cuyo origen buscaba no es sustancia alguna, porque si fuera sustancia sería un bien» (7, 12, 18). Pero siendo esta respuesta inteligible no ilumina ni responde a la virulencia trastocadora y aniquiladora que el mal concreto tiene en nuestra existencia. Una simple ausencia, ¿puede provocar tanto estrago, dolor y muerte? ¿A qué responde o quién es responsable de esa ausencia, que consideramos violenta, y quién es negador de esa presencia que nos es necesaria?

La respuesta moral

Reducido así el mal a tal poquedad y nadería en la respuesta metafísica, surgirá potente la respuesta moral, que hace al hombre culpable y responsable de él, por ser libre. La historia personal de San Agustín, como la de los grandes conversos desde San Pablo hasta Lutero, los inclina a una concentración en la libertad, como resultado de haberse descubierto a sí mismos culpables y pecadores delante de Dios. Este trinomio, que tiene en ellos sus grandes descubridores y defensores perennes: «culpabilidad» (he sido descubierto como tal por la luz eterna del Dios verdadero), «responsabilidad» (me he descubierto afrontando una tarea que era mía y que constituía mi destino), «libertad» (en ellas me he encontrado a mí mismo necesitado, capaz, suelto y no sometido, sino en la posibilidad de llevar a cabo esa tarea), ha sido una de las claves decisivas de la historia de la dignidad humana en Occidente.

Teológicamente lo primero no es el pecado del hombre, sino la gracia de Dios, la creación amorosa de un mundo bueno, la entrega del universo a la responsabilidad del hombre, la constitución de éste como imagen de Dios. Los primeros capítulos del *Génesis* tienen una lógica profunda que no se puede alterar: Creación de Dios (cap. 1º), libertad del hombre (cap. 2º), caída y promesa de redención (cap. 3º). Esta misma lógica de fondo la encontramos en el evangelio de San Juan: El principio era el Logos y todas las cosas son luz en su luz y verdad en su verdad (cap. 1º); desvelamiento del hombre como capacidad de luz a la vez que en su predilección por las tinieblas (cap. 2-12); entrega de Jesús que es la Luz, en manos de las tinieblas. Mientras ellas pensaban que en la muerte anulaban a Aquél, él las superó con su resurrección (13-21).

Aún estamos sin haber llevado a su término la historia de este descubrimiento y apropiación, universalización y concreción de la libertad en la humanidad no sólo en general, sino en las consecuencias que la libertad tiene que tener en cada vida humana. Los humanos tenemos que descubrir que la libertad no existe desde el vacío o para el vacío, sino desde un fundamento y para un fin. Hemos sido constituidos libres para poder ser responsables. Estamos ante el paso histórico de una libertad como autonomía, absolutizando al individuo, como existencia sin Dios y sin prójimo (Nietzsche), a una libertad como solidaridad y servicio, proexistencia y sustitución. Estamos superando la noción kantiana de autonomía y llegando a la afirmación levinasiana de sustitución. Lo que Levinas significa respecto de Kant en filosofía, eso lo significa Balthasar respecto de Rahner en teología: el avance sobre una comprensión del hombre que ha reconocido, reconquistado y afirmado su libertad delante de Dios y como regalo de Dios, para ejercerla como tarea y don al servicio de una misión con los otros y de una entera vida providida y desvivida con los demás.

El hombre es culpable y responsable del mal en la historia, así responde el planteamiento moral. Más aún, es «el culpable». Nuestro siglo ha vivido la experiencia del holocausto con su punto cumbre en Auschwitz, las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, las guerras que no cesan, los exterminios masivos de grupos y pueblos. Muchos han reaccionado diciendo que ese Dios que ha permitido la muerte injusta de millones de justos se ha manifestado culpable o irreal.

La conclusión ha sido: «No se puede creer en Dios después de Auschwitz». Pero la pregunta llega más al fondo. Quizá no sea posible ya la teología, ¿pero lo siguen siendo la filosofía, la poesía, la danza, la esperanza misma? Adorno ha percibido lúcidamente cómo un acontecimiento histórico de tanta magnitud y maldad pone en cuestión todo lo divino, pero no menos todo lo humano. Si se responde que ya no es posible creer en Dios, se está amenazando en su raíz casi todo lo bello, creativo y esperanzador que funda y ennoblece la vida humana.

Responsabilización del hombre

El resultado concreto de esta concentración antropológica que la modernidad ha introducido a partir de la Ilustración, de esta responsabilización del hombre con todo lo que ocurre en la historia como consecuencia de la desaparición de Dios, junto con la comprobación masiva de los horrores incesantes que comprobamos día a día, ha llevado a una hiperresponsabilización y a una hiperculpabilización que son las dos grandes enfermedades de los contemporáneos más limpios y generosos. Sobre todo, si se las contrasta con la irresponsabilidad y amoralidad masiva de otros, compartida por masas anestesiadas, dirigidas y condenadas a la producción y degustación, sin tiempo para vivir erguidas ante el horizonte físico y moral.

La exculpación y el aturdimiento son una negación de la verdad del hombre. Por eso, el atenimiento a su realidad, lugar y deber, junto con el reconocimiento y aceptación tanto de su responsabilidad como de sus posibles fallos (culpa-pecado), es la condición de la verdad, ilustración y curación de la vida humana. Pero si la exculpación aturdida o trivializadora es una negación del hombre, la inculpación obsesiva, universal y permanente es una amenaza al equilibrio, la sanidad y la esperanza constitutiva del hombre.



Viene de la página anterior



Entre el irresponsable universal («Yo no tengo nada que ver con la vida ni la salvación de nadie») y el responsabilizado universal («Todos somos responsables de todo y de todos delante de todos») hay un término medio. Ni Don Juan ni Dostoyevsky («Todos somos culpables de todo y de todos delante de todos»), radicalizado este último en nuestros días por Levinas al añadir: «Y yo más que los demás» (Los conceptos de responsabilidad y culpabilidad en ruso se dicen con una misma palabra.) Hemos llegado a la hipertrofia de la culpabilidad, que terminará pervirtiendo al hombre.

El hombre tiene que tomarse a sí mismo en serio, absolutamente en serio, pero no hasta el límite de saberse responsable y culpable de todo, porque ello equivaldría a una divinización de sí mismo elevándose a origen, medio y meta de toda la realidad. El hombre es responsable ante Dios, pero cuando ha hecho todo lo posible deja su cuidado delante de él, sin degradarse en la culpabilización y sin erguirse en la soberanía.

La respuesta religiosa

El mal es inevitablemente un problema religioso (repercute en la relación del hombre con Dios) y teológico (afecta a la comprensión que nosotros tenemos de él). La respuesta teológica no hace innecesaria toda la reflexión anterior, pero quiere completar su insuficiencia. El creyente sabe que hay males que derivan de la responsabilidad de cada hombre. El profeta Ezequiel (18) llega a afirmar que no hay herencia penal, que quien comete el pecado sufre el castigo, que si los padres comen los agraces son ellos y no los hijos los que sufren la dentera. Pero este principio de la culpa-pena, de la inexorable retribución en este mundo, no resiste la prueba. Los salmos, los profetas y sobre todo el libro de Job son un clamor ante Dios por esta contradicción: en este mundo, los buenos y piadosos sufren males, mientras los impíos prosperan. No hay proporción entre inocencia y prosperidad por un lado; culpa y castigo por otro. El mal es un enigma demasiado complejo. Los amigos de Job razonan sensatamente, parecen ser exigentes mostrando a Job que si es castigado así por Dios es porque es culpable. Él, en cambio, sin vanagloria pero sin culpabilización falsa, cita a Dios a juicio, le reta a mostrarle su culpabilidad, pide una razón.

Jesús en el evangelio prolonga la actitud de Job. Cuando ante el ciego de nacimiento le preguntan quién pecó, si él o sus padres, niega ambas respuestas (Juan 9). Afirma que en el juego del mundo hay más protagonistas que el hombre, sus vecinos o familiares. Dios, su designio de salvación, los otros, cercanos y lejanos, también son protagonistas de un teatro, en el que jugamos un papel en libertad y responsabilidad, pero desde el que no alcanzamos a ver el comienzo y el fin de la trama.

Palabra de la Biblia

La respuesta de la Biblia no es una demostración evidente, sino una invitación a ponerse en un camino y la andadura por él da una experiencia («Erfahrung-Fahrt»), que hace posible la paz y esperanza. En el Génesis todo procede de la mano amorosa de Dios, que suscita creaturas creadoras con él. Vio que todo era muy bueno, que el hombre reflejaba su imagen y que podía llegar a ser semejante a él. El mal aparece entre Dios y el hombre al margen del programa. La culpa del hombre no es lo primero. Lo primero es la serpiente con la tentación. Hay como una sorpresa común de Dios y del hombre

ante ese tercer elemento que se introduce en la relación, al margen de ellos y contra ellos (lo demoníaco).

En la caída del hombre son afectados tanto Dios como el hombre: Dios en su obra y el hombre en su destino. A la serpiente Dios la maldice («Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias»), y al hombre, tras hacerle consciente de las consecuencias de su acción, le promete una victoria final sobre ella («Pongo enemistad entre tu linaje y el del hombre; él te pisará la cabeza». Gén 3, 14-15).

Se introduce el mal

Ésta es la primera respuesta de la Biblia. En un mundo bueno se introduce el mal. Dios no es ni el creador, ni el justificador, ni el permisitor siquiera, sino el sufridor primero, luego el soportador y finalmente el paciente que lo aniquila. El mal es maldecido por él como lo es la serpiente. Dios inicia la batalla contra él poniéndose del lado del género humano y prometiéndole redención. Por eso, con razón se han llamado a estos capítulos del Génesis «protoevangelio». Dios seguirá siendo también asaltado por el mal y no lo anula porque eso equivaldría a anular la obra que, entregada a la propia libertad en los límites de la finitud, él ha puesto en el mundo. Dios lo padece con el hombre. El Antiguo Testamento es la historia de un Dios que acompaña al pueblo elegido, comparte su destino, sufre la opresión de Egipto y va al exilio con él. Dios forma con su pueblo una comunidad de dolor y misericordia, para luego convertirla en comunidad de redención.

En un mundo donde existe el mal surgen figuras que no sólo lo padecen ciegamente igual que los otros, sino con los otros y por los otros. Suelen ser figuras de inocentes, pobres y piadosos que hacen de su dolor ofrenda, intercesión y sustitución por los demás. Ponen su vida delante de Dios en lugar del resto, haciéndose responsables de sus pecados y dejando que la lógica interna de ese pecado, que es violencia y muerte, los traspase. La figura del Siervo de Yahvé, descrita por el profeta Isaías (42; 49; 53), expresa la inversión de la maldad colectiva por el sacrificio de uno solidario: «Él ha sido herido por nuestras rebeldeas, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus heridas hemos sido curados» (53, 5).

Palabra y acción de Jesús

Jesús ha rechazado la teoría según la cual todo mal padecido es consecuencia de una culpa anterior. Él no ha elaborado una teoría del mal para conocerlo o justificarlo, sino que ha vivido una praxis para superarlo. No ha preguntado quiénes son los culpables, sino que ha mostrado cómo pueden ser sanadas las víctimas. No ha razonado en la línea de la justicia, sino que ha ido más allá en el orden de la misericordia eficaz. No ha enjuiciado el pasado, sino que ha abierto un futuro, en la convicción de que con el Reino de Dios, que viene con él, vienen la potencia divina y la gracia capaz de sanar el mundo por dentro. Ya no hay otros poderes más potentes que su amor. Él ha desposeído al fuerte que tenía atado a este mundo. Quienes vivan conforme a los ideales del Reino sufrirán los males de este mundo, pero no sucumbirán bajo ellos en una última desesperanza, porque cada uno de sus destinos está en las manos del Padre, a las que ningún poder podrá arrancarlos.

Jesús ha llevado a cabo múltiples traslaciones en este orden: del culpable a la víc-

tima; de la explicación a la sanación; de la justicia que exige despiadada a la misericordia que opera eficazmente; del Dios omnipotente, soberano y justiciero o vengativo frente a los malos, al Dios solidario del dolor de los hombres, que lo padece con ellos y desde su inocencia desenmascara la injusticia y el desamor, la venganza y la impiedad de los hombres. Jesús, sobre todo, ha identificado las causas espirituales del mal en el corazón del hombre. Él no es un ingenuo, devoto de un paraíso perdido, entusiasmado con la ecología o prendado de una utopía realizadora de sueños absolutos. Él sabía lo que hay en el corazón del hombre, conocía el poder organizado de las tinieblas, se puso ante ellas y se opuso a que ellas dominasen al hombre. Ellas, crucificándole, creyeron desenmascararle como violento, pero, en la muerte inocente y en la resurrección, Dios le hizo justicia a él; y a ellas las desenmascaró para siempre.

Razón del mal

La parábola del Buen Samaritano (Lucas 10) es la mejor respuesta de Jesús al problema del mal: curarlo, proveer a la víctima, hacerse cargo de ella. Su fidelidad a los hombres le lleva a mantener su palabra hasta el final, a solidarizarse con su situación, a ofrecerle su amor en la muerte, a entregarse por sus pecados ante Dios, consumando así la actitud del Siervo de Yahvé. Ruega incluso por los que le han crucificado, que en el fondo y hasta el fondo «no saben lo que hacen».

El autor de este libro no quiere hablar de dar razón del mal, de justificarlo racionalmente o de otra forma. Ni siquiera acepta el lenguaje de que «Dios permite el mal». El mal es lo malo, lo irracional y, por tanto, no razonable. Dios ni lo crea ni lo permite, sino que lo padece y lo soporta hasta transformarlo en la muerte y resurrección de Jesús. No hay por tanto una «teodicea» posible en este sentido. En la Biblia no hay una respuesta teórica, sino religiosa. Ella no reclama el silencio, la mera aceptación o la resignación, sino declara bienvenida la pregunta, válida la protesta y necesario el diálogo con Dios. La respuesta verdadera la dan los grandes interrogadores y críticos de Dios. Jacob, tras pasar toda la noche en lucha con él, le pregunta su nombre y le pide su bendición confesando: «Dios estaba conmigo y yo no lo sabía» (Gén 28 y 32). Job, tras su larga discusión con los amigos y con Dios, baja la voz, oye a Dios y en silencio confiesa: «Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos» (42, 5). Jesús pone ante el Padre la agonía que le supera y grita en la cruz, para concluir: «Hágase tu voluntad. En tus manos encomiendo mi espíritu».

Conclusión

El autor nos incita a pasar de una comprensión teórica del mal a una comprensión terapéutica. Ha querido convertir a los lectores de su obsesión por dar una respuesta teórica a la práctica beneficente: superar

las consecuencias padecidas por las víctimas y anticiparse a otras posibles. El mal es el coste de la finitud y de la libertad. Dios ha calculado el riesgo de hacer unos seres que como finitos pueden desfallecer y como libres pueden volverse contra él: es el mal moral. Y no los anula cuando son culpables, sino que los acepta. Ese mal moral, con todas sus consecuencias, hay que eliminarlo. Los hombres somos culpables-responsables-libres, pero no sólo existimos nosotros en el mundo. Una culpabilización absoluta acaba con el hombre. Quien cree en Dios no se exculpa, sino que se acusa y confiesa, pero a la vez deja la ultimidad de su ser, del mundo, de la historia y del mal en manos de Dios que prevé, provee y padece.

Puesto que el mal excede toda teoría sobre él, lo que el autor propone es una praxis contra él con las actitudes correspondientes, que sintetizamos en estas cinco propuestas. Ellas indican cómo debemos reaccionar: 1) Ante el mal que existe: condenándolo. 2) Ante el mal que yo hago: confesándolo, convirtiéndome y superando sus consecuencias. 3) Ante el mal-dolor, que me excede: sanando a las víctimas y oponiéndome a los excesos de los violentos. 4) Ante el mal físico resultado de catástrofes de la naturaleza: creando las condiciones que se anticipen a ellas para evitarlas. 5) Ante el mal-destino-desgracia personal, que nos desborda y no es reducible de ninguna forma a la libertad humana: acogiendo en pregunta, diálogo y oración ante Dios como lo hicieron Jacob, Jeremías, Job y Jesús, hasta entrar en el misterio de Dios que sólo conocemos de oídas. Muchos hombres tras el dolor han podido decir a Dios: «Ahora te han visto mis ojos». Ya es un enigma que el dolor produzca saber («pathein-mathein»); mas cuando es asumido en oración desemboca en un conocimiento de Dios que alumbrá y salva.

Comprensión beligerante

El hombre tras pensar, calla. El creyente, tras orar, se deja en manos de Dios. La confianza ejercitada y la confianza recibida le permiten dar crédito a Dios, de quien dice San Agustín que «es tan omnipotente y bueno que incluso puede sacar bien del mal» (*Enchiridion* 3, 11). Con esta frase no anula aquella otra de las *Confesiones* (7, 7, 11): «Al problema del origen del mal no hay solución evidente ni salida fácil» («Querebam unde malum et non erat exitus»). Pero la búsqueda, la reflexión y la oración delante de Dios trasforman el sufrimiento en paciencia ilustrada. Nuestra ignorancia del mal es así vencida a la vez que piadosa («Quanta sit patientia nesciendum!»: *Ench* 5, 16).

El valor y los límites de este libro consisten en pasar de una comprensión racionalizadora y al final estéril del mal a una comprensión curativa y beligerante contra el mal. Siendo esto bello y necesario, no es suficiente; le queda a cada hombre vérselas desde sí mismo con el mal y con Dios, recorriendo el camino que va del pensar a la oración y que de la oración vuelve al pensar. □

RESUMEN

Olegario G. de Cardedal comenta el primero de los libros de una serie de pequeños ensayos en torno a la idea general de «Dios para pensar». Desde los griegos hasta los pensadores de hoy, Dios ha sido siempre, nos lo

recuerda el comentarista, una posibilidad del pensamiento humano, dando que pensar y que hacer, que esperar y que crear. En esta ocasión se confrontan dos ideas que, en principio, se excluyen: la existencia de Dios y la del mal.

A. Gesché

Dios para pensar. El mal. El hombre

Sígueme, Salamanca, 1995. 332 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-301-1253-7.

La demostración de la vida eterna

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente preside la Comisión Promotora del Síncrotrón de Catalunya.

El autor del libro que vamos a comentar, Frank J. Tipler, es un físico-matemático relativamente conocido, profesor de la Universidad de Tulane, autor de un buen número de trabajos importantes en el campo de la teoría de la gravitación y también co-autor con John D. Barrow de un libro bastante divulgado, *The Anthropic Cosmological Principle*. (No debe ser confundido con Paul A. Tipler, autor de un libro de texto de Física General muy utilizado en los primeros cursos de universidad.) Pero a pesar de estas credenciales en esta obra el autor se aparta de lo que puede ser el objetivo común de los artículos o los textos científicos o de divulgación y se adentra en una nueva parte de la física a la que Tipler llamaría «física teológica» y a la que yo designaría con un adjetivo más duro: tomadura de pelo en caso de que el autor considere seriamente sus argumentos, como realmente parece que hace, o divertimento científico-religioso en caso contrario.

Estos calificativos se desprenden del propio título del libro, *La Física de la Inmortalidad*, y de su subtítulo, *La Cosmología Moderna, Dios y la Resurrección de los Muertos*. Tal es, ni más ni menos, el tema central de la obra: aplicar de manera directa los actuales conocimientos cosmológicos para concluir que nuestro universo finalizará en una gran implosión en la que se dispondrá de la energía suficiente como para que puedan «reaparecer» copias indistinguibles de las máquinas vivientes (entre ellas los seres humanos) en lo que sería una verdadera resurrección final. Pero no crea el lector que un argumento en mi opinión tan absurdo corresponde a una simple banalidad de la exposición. Tipler es un buen científico y como tal va desgranando a lo largo de su obra una serie de argumentos bien entrelazados que de manera hábil conducen a una conclusión que demuestra en forma de una teoría científica para la cual toma la nomenclatura (sólo la nomenclatura) de Teilhard de Chardin: la Teoría del Punto Omega.

Se trata, como dice el autor, de una teoría física (y como tal comprobable) de la existencia de un Dios onnipotente, omnisciente y omnipotente (términos que se definen con precisión científica, como también se define el Punto Omega, un Dios puntual, en forma de un inmenso computador) que en un futuro lejano resucitará a todos los seres vivos, en cuanto a puros objetos físicos cuya alma es un programa informático que funciona en un computador que es el cerebro, a base de fabricar copias indistinguibles de los mismos, en el sentido cuántico de la palabra, y constituyendo por tanto una auténtica resurrección de las identidades. La energía necesaria para activar el mecanismo físico de esta resurrección universal proveniría de la transformación de la energía gravitacional liberada en una contracción final del universo.

La teoría

La hipótesis de partida es el Postulado de la Vida Eterna, basado en el hecho de que los hombres serán capaces de colonizar el espacio exterior extendiendo la duración de la vida por todo el universo durante por lo menos los próximos trillones (españoles: millones de millones de millones) de años, no necesariamente en nuestra forma humana, sino en forma de robots cuya posible fabricación y equivalencia a los seres vivos el autor detalla. A partir de aquí, el análisis de la física moderna le lleva a argüir que nuestro universo existe si, y sólo si, existe el Punto Omega, que es un Dios cuya futuribilidad argumenta basándose, entre otras razones, en la incorrecta traducción del «Yo soy el que Soy» del *Éxodo* por una versión pretendidamente más literal de «Yo seré el que Seré». ¡El detalle de los argumentos permite incluso precisar que este Dios probablemente no será Trinitario! No tan sólo se analizan conceptos como el del libre albedrío, que surge de la gravedad cuántica «à la Gödel» y no del principio de indeterminación, sino que también se convierten los conceptos de cielo, infierno (que puede existir o no), purgatorio y demonio en conceptos físicos de preciso significado. Y se precisa también por qué, cómo y cuándo los muertos resucitarán a una vida eterna de características comparables a las que el evangelio de Lucas describe del Jesús Resucitado y que colmará todos nuestros deseos (incluidos los sexuales). En resumen, una física teológica compatible con todas las re-

ligiones (se analiza también el Taoísmo, el Hinduismo, el Judaísmo y el Islamismo) o al menos con las peculiares interpretaciones que, basándose en argumentos «ad hoc» de las mismas, hace el autor. Pero nada de fe, pura física.

Si bien es cierto que otros físicos modernos han querido sustituir toda forma de teología o de idea de Dios por argumentos científicos en forma de un cierto cientismo renovado, tal como apunté, por ejemplo, en *SABER/Leer* a propósito de un comentario sobre Stephen Hawking (mayo 1993), creo que ninguno se había atrevido a llevar las cosas tan lejos en la vía reduccionista. Tampoco es que Tipler desee establecer vías de diálogo y de comunicación entre la ciencia y la religión en la dirección que, al menos teóricamente, propugna Juan Pablo II y que ya comenté en *SABER/Leer* (agosto-septiembre 1992). Tipler declara que cuando empezó su carrera como cosmólogo hace veinte años era un ateo convencido, mientras que ahora, aunque es consciente de su no cristianismo, ha escrito un libro a favor de los argumentos centrales de la teología judeo-cristiana. Pero en mi opinión, y a pesar del interés que parece que su obra ha despertado en el teólogo Wolfhart Pannenberg, sigue siendo tan ateo como el primer día. A pesar del ropaje científico su teoría no es sostenible y en cualquier caso no tiene nada que ver ni con el cristianismo ni con ninguna de las grandes religiones.

Lo que mantiene Tipler es que la única teología razonable es una simple rama de la física y más en concreto de la cosmología moderna. A lo largo de 339 páginas de texto, el autor va sentando las bases de su nueva física teológica basándose en física ortodoxa de la que siempre toma, sin demasiadas razones, las vertientes que más le servirán para sus argumentaciones sobre cómo evolucionará «exactamente» el universo y aderezándola con argumentos extracientíficos, pero eruditos, que conducen a la necesaria resurrección. Para acabar de barnizar científicamente toda su cadena de argumentos, Tipler añade algo más de cien páginas de un *Apéndice para Científicos* (en el que incluye la demostración del Teorema del Punto Omega) que difícilmente será comprendido por un lector muy interesado a menos que sea no tan sólo físico, sino que haya cursado algunas asignaturas avanzadas de la especialidad. Por lo que respecta al texto principal, tampoco creo que muchas de sus partes sean realmente comprensibles para un lector corriente (con

excepción de los que sienten predilección por lo que no entienden).

Las predicciones

Esta elección arbitraria entre las distintas vertientes científicamente abiertas no siempre es gratuita, sino que a veces es incluso contraria a las opiniones más aceptadas. Así, por ejemplo, Tipler considera sin demasiada discusión, y contrariamente a la opinión más corriente, que nuestro universo es cerrado. Esta afirmación constituye una de las seis «predicciones» comprobables de la Teoría del Punto Omega. A partir del hecho bien conocido de que nuestro universo está en expansión, la cosmología basada en la teoría de Einstein de la gravitación admite una eterna expansión (universo abierto) o una futura contracción (universo cerrado), en función de si la densidad del universo es lo suficientemente pequeña o grande como para no poder, o sí, frenar gravitacionalmente el alejamiento mutuo de las estrellas y las galaxias. Entre medio cabe el universo crítico, en el que la densidad tiene justamente el valor frontera. Observacionalmente, la densidad visible del universo es bastante menor que dicho valor crítico, de manera que sería favorecido un universo abierto, en eterna expansión, contrariamente a lo contemplado por Tipler. Sin embargo, un conjunto de razonamientos teóricos y algunos hechos experimentales indican que el universo tiene mucha más masa que la masa visible, el famoso problema de la materia oscura, sea en forma de estrellas apagadas, de masas de neutrinos o de partículas más exóticas, con lo que muchos físicos consideran que se podría llegar hasta el valor de la densidad correspondiente a un universo crítico. Pero aun son menos los que aceptarían un universo cerrado.

Otro de los hechos que Tipler toma como bien establecido y que constituye otra de las predicciones de su teoría es la ausencia de inflación. A fin de evitar conflictos con datos observacionales, el primitivo modelo del «Big Bang» fue extendido por Alan Guth en 1981 de manera que incluyera una etapa de rápida expansión, la etapa inflacionaria. Desde entonces todos los modelos razonables del universo incluyen alguna forma de inflación a fin, por ejemplo, de explicar el elevado grado de isotropía de la radiación de fondo cósmica. Uno de los razonamientos de Tipler para jus-



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

tificar su teoría alternativa es tan peculiar como afirmar que la razón de la isotropía es que, de lo contrario, en el futuro lejano el universo sería inhóspito para la vida.

Las predicciones de la Teoría del Punto Omega también alcanzan a la física de las partículas elementales, cuyo «Modelo Estándar», la teoría electrodébil, Tipler adopta sin más discusión, llegando a concretar que su teoría del Punto Omega exige dos condiciones: la energía correspondiente a la masa en reposo del quark «top» debe ser de 185 ± 20 Giga-electronvolt, y la correspondiente al bosón de Higgs debe ser de 220 ± 20 Giga-electronvolt. Ya desde hace años pocos dudaban de la existencia del quark top, cuya existencia ha sido puesta de manifiesto en el Fermi National Laboratory, tal como publicó la revista *Physical Review Letters* en febrero de 1995, con una masa acorde con la «predicción» (por lo demás esperable para casi todos en el momento de la publicación del libro) de Tipler: 176 ± 18 Giga-electronvolt. Más dudas de la existencia del bosón de Higgs (ver *SABER/Leer*, enero 1995) o sobre su unicidad. Es muy probable que su existencia sea puesta de manifiesto en el nuevo colisionador del CERN a principios del próximo siglo. O, si su masa es tan baja como la predicha por Tipler, incluso se podría ver en los nuevos experimentos del LEP en un par de años.

A pesar del carácter presuntamente científico de estas «predicciones» (y de tres más que no analizaré), y a la vista de los argumentos sobre los que se sustentan, uno tiene la impresión de que la teoría es lo suficientemente flexible como para no tener problemas en modificar las cosas para que el esquema no se hunda. Probablemente es la predicción del bosón de Higgs la predicción que se falseará antes. ¿Qué pasará si, como algunos apuntan, existen las supersimetrías con unos bosones de Higgs aún más ligeros? ¿O si el mecanismo que ha elegido la naturaleza para dotar de masas a las partículas es distinto del mecanismo de Higgs? No dudo de la habilidad de Tipler para subsanar los problemas con argumentos parecidos a los que utiliza.

También es una actitud poco científica por parte de Tipler el pensar que nuestra ciencia, en la que basa la resurrección, ya es algo próximo a su completitud y que va a mantenerse sin demasiados cambios a lo largo no ya de siglos, sino también de los próximos cien mil millones de años ¡y aun mucho más! No se trata de que esto sea algo tan ridículo como que

Aristóteles o Newton hubieran pensado que su ciencia (de tan sólo algunos siglos de antigüedad) permanecería inalterable durante millardos de años, sino también del hecho de que pocos piensan que nuestra ciencia no nos vaya a deparar descubrimientos sorprendentes a medida que analicemos nuestro universo en escalas de energías más elevadas o en escalas de complejidad crecientes y que destruirán la «exactitud» de la extrapolación pretendida por el autor.

Panorama desértico

Por lo que a la energía se refiere, toda la rica fenomenología que nos rodea tiene lugar entre los 19 órdenes de magnitud que separan los 10^{-8} electronvolt de las ondas de la frecuencia modulada y las máximas energías obtenibles en los laboratorios correspondientes a la masa de la partícula Z, una energía del orden de los 10^{11} electronvolt. Cada dos o tres órdenes de magnitud, la fenomenología cambia de manera drástica, cambiando, por ejemplo, del visible a los infrarrojos o de los ultravioletas a los rayos X (recuérdense las grandes posibilidades abiertas por el descubrimiento de éstos por Roentgen, ahora hace cien años). El actual Modelo Estándar de las partículas elementales dibuja un panorama desértico en el que no aparecen nuevos fenómenos (aparte de la gran unificación de las interacciones electrodébiles y las interacciones fuertes) durante los diecisiete órdenes de magnitud que separan a las partículas Z de la zona correspondiente a la masa de Planck, región donde las interacciones gravitatorias cuantificadas se unificarían con las demás. La extendida opinión de que este desierto está realmente poblado por mucha fenomenología, hoy totalmente desconocida, inhabilitaría a cualquier persona sensata a pretender extrapolar con la seguridad con la que lo hace Tipler.

Por lo que se refiere a la complejidad y limitándonos al sistema más complejo, el cerebro humano, pensemos que, a pesar de los recientes avances, tan sólo empezamos a conocer la ubicación de algunos procesos cerebrales. A pesar de la enorme simplificación que supone comparar un cerebro con un ordenador, recordemos que los mayores ordenadores existentes aún tienen unos dos órdenes de magnitud menos de posiciones de memoria que las 10^{11} neuronas del cerebro, con sus 10^{15} sinapsis,

todo ello añadido al carácter plástico de las conexiones cerebrales. O pensemos en las grandes lagunas aún existentes en uno de los procesos más estudiados desde el punto de vista neurofisiológico, el proceso de la visión. O recordemos que aún no conocemos el funcionamiento del menor de los seres vivos. A pesar de los grandes avances realizados en los últimos años, no creo que sean muchos los que no estén convencidos del larguísimo camino que nos queda por recorrer en las vías de complejidad creciente.

Pero lo más grave de la argumentación de Tipler no es la arbitraria elección de las posibilidades científicas que más le favorezcan ni su osada extrapolación, sino el intento de querer reducir la religión a la más dura física. Dudo yo de que ningún teólogo, después de las experiencias históricas, esté dispuesto a admitir el carácter demostrable de la religión ni la conveniencia de basar las cuestiones religiosas en el paradigma científico de un momento histórico determinado. La lectura del «best-seller» que comentamos me recuerda otro éxito editorial publicado en Francia hace unos años con el título *Dieu et la Science*. Se trataba de un diálogo entre dos supuestos doctores en física teórica, los hermanos Bogdanov, y el anciano teólogo Jean Guitton. En él se exploraban las supuestas conexiones entre la física moderna y la religión. Las grandes diferencias con la obra que aquí comentamos son que los argumentos científicos que los Bogdanov aportaban no pasaban de ser simplistas cuando no equivocados (o plagiados, como apuntó *Le Canard Enchaîné*) y que sobre ellos Guitton lucubraba, sin haber comprendido el fondo de las argumentaciones, extrayendo conclusiones tanto científicas como filosóficas o teológicas que no aguantaban el menor análisis serio. Aquí, como ya hemos dicho, Tipler conoce a fondo la física, aunque

abusa de ella en los sentidos expuestos más arriba, y por lo que se refiere a los aspectos no científicos hay que reconocer que el autor ha hecho un gran esfuerzo de aproximación tanto a argumentaciones filosóficas como a comparaciones con las grandes religiones no cristianas. Yo no me siento capaz de valorar estas aportaciones no científicas, pero me da la impresión de que, sin negar el valor del trabajo, lo que ha hecho Tipler ha sido tomar de cada autor prestigioso aquello que más le ha convenido a sus objetivos últimos.

Explicar lo inexplicable

La experiencia histórica nos enseña que demasiadas veces la religión ha servido para explicar lo que en un momento dado era inexplicable, de manera que en cierto sentido se ha contemplado la ciencia como algo que hacía retroceder las fronteras de religiones demasiado ligadas a una cultura determinada. Con el progreso científico y a causa de conflictos pasados ha quedado de manifiesto la necesidad de fundamentar la teología sobre una base lo más independiente posible de los momentos científicos y culturales, de manera que ciencia y religión tengan unos dominios y unos métodos propios. En los años recientes se han dado algunos pasos aún insuficientes en estas direcciones. La obra de Tipler se sitúa en un plano totalmente distinto, el de la reducción de la religión a la física, no dejando lugar para ninguna idea trascendente. En este sentido creo que no hace ninguna aportación a la teología, como tampoco la hace a la ciencia. Pero en estos tiempos en que el público busca esoterismos, sobre todo si están escritos en lenguaje pseudocientífico, no es de extrañar demasiado el éxito editorial de la obra. □

RESUMEN

A pesar del prestigio del físico-matemático Frank J. Tipler, su teoría, incluida en lo que él denomina «física teológica», y según la cual el universo finalizará en una gran implosión, en la que se dispondría de la energía suficiente

como para que reaparecieran copias de máquinas vivientes (el hombre, también), en una suerte de resurrección final, le parece a Ramón Pascual un total disparate, con argumentos hábilmente entrelazados en el libro que comenta.

Frank J. Tipler

The Physics of Immortality. Modern Cosmology, God and the Resurrection of the Dead

Anchor Books, Doubleday, EE.UU., 1995. 529 + 26 páginas. 14,95 dólares. ISBN: 0-385-46799-0.

Las caras del Dr. Extrañoamor

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es licenciado en Química y doctor ingeniero agrónomo; es catedrático en la E. T. S. de Ingenieros Agrónomos de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre biología molecular de plantas. Es miembro de la Academia Europæa.

La imagen popular del científico está más influida por su representación literaria que por un conocimiento directo de quién y cómo es, de qué es lo que hace. Los retratos ficticios de los doctores Fausto, Frankenstein, Moreau, Jekyll, Caligari o Strangelove han eclipsado el escaso conocimiento biográfico que se pueda tener de las vidas de Isaac Newton, Marie Curie o Albert Einstein. Esta idea sustenta la indagación de Roslynn D. Haynes, que cubre los últimos siete siglos de la literatura occidental. Según ella, el estudio de la evolución de la imagen del científico en la literatura es el estudio de cómo ha evolucionado la percepción social de la ciencia a lo largo del tiempo.

Sin ton ni son

Chaucer, en uno de sus *Cuentos de Canterbury*, viene a retratar a los alquimistas en términos moderadamente críticos, en un tono no exento de humor, tal como se refleja en versos como los que aquí anotamos en versión libre: «Al final, siempre terminamos en fracaso. / Y a pesar de no alcanzar la deseada conclusión / Seguimos delirando con nuestra ilusión, / Siempre reunidos, argumentando sin ton ni son, / Y cada uno tan sabio como Salomón». De la alquimia como simple autoengaño a la figura del Dr. Fausto, personaje real de título espurio, cuya biografía ya deformada por la leyenda aparece de forma anónima en 1587 bajo el título *Figura von D. Johann Fausten*. Todas las versiones literarias de este personaje mítico, desde la de Marlowe a la de Goethe, incorporan la rebelión contra las limitaciones del intelecto humano —trasunto de la de Lucifer contra Dios— y el pacto demoníaco. Estos elementos —arrogancia y rebelión— acompañarán, de forma explícita o implícita, a muchas de las distintas apariciones literarias del científico.

Sir Francis Bacon, fundador de la idea moderna del científico y fecundo autor literario —incluso, en una rigurosa biografía reciente, se le atribuye gran parte de la obra de Shakespeare—, rompe la imagen faustiana al proponer que la ciencia natural, lejos de ser instrumento del Diablo, es el medio del que dispone el hombre para superar sus limitaciones después de la caída: «...que consideren cuáles son los verdaderos fines del conocimiento, que no lo busquen para el placer de la mente, ni para la contención, o la superioridad frente a otros, o el provecho propio, o la fama; sino para el beneficio y uso de la vida; y que lo

perfeccionen y lo gobiernen en caridad». Una temprana aparición literaria del ideal baconiano está representada por Domingo Gonsales, el veloz mensajero, cuya aventura lunar, fruto anónimo de la imaginación del obispo de Hereford (1638), enmarca el primer retrato de un experimentalista que de forma expresa ignora el dogma aristotélico.

Entre estos dos polos extremos —Fausto y «Speedy» Gonsales— pueden situarse las criaturas ficticias que han representado al científico en la obra literaria. En esta representación ha existido un claro predominio del retrato fantástico sobre el naturalista, siendo más bien escasas las descripciones exactas y documentadas, como las de Flaubert en *Madame Bovary* o las de Eliot en *Middlemarch*. Aquél da buena cuenta de la práctica médica francesa a principios del siglo XIX, desde el ignorante Charles Bovary al cirujano Larivière, de reputación internacional, pasando por el boticario Homais. Abundan más los personajes como el *Frankenstein* de Mary Shelley, fruto, al parecer, de una pesadilla de la autora que siguió a una discusión de las teorías científicas del momento con Shelley, Byron y Polidori.

Unos pocos estereotipos

El variado inventario de los sabios de ficción que han ido apareciendo a lo largo de siglos es reducible a un número limitado de estereotipos que, según la autora, serían los siguientes:

— El alquimista, con sus oscuros (ocultos) fines intelectuales y su obsesivo intento de transmutar los elementos, antigua figura que ahora reaparece en escena disfrazada de ingeniero genético que —en la creencia popular— trata de transmutar las especies vivas.

— El sabio en las nubes —el profesor distraído— que, ensimismado en su ciencia, entre cómico y siniestro, acaba siendo un fracasado moral por omisión.

— El sabio sin sentimientos, que inmoló vínculos y afectos al servicio de la Ciencia y que es, a un tiempo, abominado por su falta de humanidad y admirado por su sacrificio.

— El aventurero heroico, una especie de superhombre que rompe moldes preexistentes y explora nuevos territorios materiales, sociales o intelectuales. Su más reciente reencarnación está en el viajero del espacio, cuyo poder carismático y peligroso encabeza el neocolonialismo espacial.

— El científico desvalido, que ha perdido el control de sus descubrimientos, monstruos que han adquirido vida propia, más allá de sus planes. En los tiempos modernos es el científico cuyos descubrimientos están en la raíz de los problemas ecológicos.

— El científico idealista, propugnador de una utopía sostenida por la ciencia y enemigo valeroso de un sistema basado en la tecnología y carente de espacio para los valores humanos individuales.

gando en los últimos siete siglos de literatura occidental, sostiene la idea de que la evolución de la imagen del científico en la literatura muestra cómo ha evolucionado la percepción social de la ciencia a lo largo del tiempo.



TINO GATAGÁN

El científico y la ciencia, reflejados en el agitado caleidoscopio de la literatura, no sólo han generado las caras múltiples y deformadas que representan los estereotipos que acabamos de enumerar, sino que con frecuencia han dado lugar a la creación de auténticos mitos.

Strangelove

Partiendo de estos hechos cabe hacer algunas reflexiones, la más obvia e inmediata de las cuales consiste en señalar que sólo la última encarnación, la del científico idealista, representa una imagen favorable, la de un ser humano plenamente aceptable para la comunidad, la de alguien que no nos importaría tener de vecino. El juicio global que resulta del conjunto de retratos literarios es en esencia negativo. La paciente búsqueda del conocimiento puro, como respuesta a un instinto primario y como fin en sí mismo, aparece siempre eclipsada por defectos patológicos de la personalidad que van desde el ensimismamiento desmedido al egocentrismo trufado de ansias de poder y de dominio. Aunque, como puede verse, esta imagen negativa viene de lejos, es notorio que el veredicto se ha convertido en inapelable a partir del momento en que la realidad ha superado a la ficción, en forma de seta abominable, y ya no es posible mantener la presunción de inocencia. El escenario ha sido acaparado por el deshumanizado personaje del Dr. Strangelove, de fama cinematográfica, pero literariamente hijo del británico Peter George. El extraño doctor, híbrido de Otto Hahn, Edward Teller y Henry Kissinger, manco nazí, mueve los hilos de la guerra fría desde una silla de ruedas motorizada y se nos aparece como una representación del sabio guillado y del «científico de Estado».

De poco sirve que intente la autora un rescate de última hora con un capítulo sobre «El científico rehabilitado», que de modo significativo encabeza con la siguiente cita de Heinrich Schirrnbeck: «Él era un físico como lo había sido Pascal; pero como Pascal

también era un místico y un moralista... Yo vi en él al sacerdote de una nueva teología».

La imagen contemporánea

La imagen actual del científico es más bien un retrato robot que se nutre no sólo de las obras de ficción escrita, sino que incorpora aportaciones del cine, la televisión y la prensa. Al menos en el entorno concreto de nuestro país, el cine presenta casi exclusivamente la vertiente Fausto/Strangelove, mientras que en los otros dos medios predomina una imagen baconiana, si bien en televisión el testimonio científico auténtico queda eclipsado por el curanderismo y la más burda superchería, cosa que no ocurre en la prensa. En relación con esta última, hay que señalar que tiende a presentar a los científicos y a los avances individuales como buenos y beneficiosos en general, y reserva la crítica y las expresiones de temor para los tratamientos más genéricos y abstractos.

La doctora Haynes muestra poseer una excepcional visión de conjunto de dos mundos complejos, como lo son el de la Ciencia y el de la Literatura, y nos ofrece una síntesis instructiva, amena y acertada, aunque se pueda discrepar de aspectos concretos. Entre los varios centenares de obras de ficción citadas, predominan las escritas en idioma inglés, aparecen las más relevantes del alemán y del francés, y brillan por su ausencia las españolas. Al final, nos quedamos indecisos si criticar a la autora o a nosotros mismos. □

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Medardo Fraile, Domingo García-Sabell, Francisco Márquez Villanueva, José María Jover, Miquel Siguán y Raúl Morodo.

RESUMEN

Desde los alquimistas a Marie Curie o Einstein la imagen que se tiene del científico está determinada más por su representación literaria que por un conocimiento directo. García Olmedo se ocupa de un libro que, inda-

Roslynn D. Haynes

From Faust to Strangelove: Representations of the Scientist in Western Literature

Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994. 417 páginas. 55 dólares. ISBN: 0-8018-4801-6.

Gramáticas de español

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas* y de una edición de *Obras Selectas* de Jonathan Swift.

Ya hace casi diez años que saludábamos en las páginas de esta revista la aparición del que entonces nos parecía el intento más logrado, aunque incompleto, de dar encuadre gramatical a los fenómenos lingüísticos observables en el español escrito, preferentemente literario. Titulado nuestro comentario «Gloria póstuma a un gramático», glosaba la aparición de materiales inéditos que a su muerte habían ordenado y preparado para la imprenta dos beneméritos estudiosos, José Polo e Ignacio Bosque, y que continuaban el volumen I, publicado en 1951, de la edición, truncada por compromisos académicos para atender al *Esbozo*, de la *Gramática española* de Salvador Fernández Ramírez. Ya señalábamos entonces que no se trataba de un cambio de ocupación ni de enfoque, sino de lo que podríamos llamar obligaciones empresariales, que en el citado volumen asumía el propio autor y en el *Esbozo* hubo de compartir con otros académicos, aunque el peso mayor recayó sobre él y otro insigne gramático, Samuel Gili Gaya. No es preciso recordar lo que ya está unánimemente reconocido como trabajo ejemplar en el complejo panorama de la gramática española, cuyo objeto de estudio, la lengua de unos 330-350 millones de hablantes, merece y suscita cada día más atención dentro y fuera de la comunidad hispanohablante. Que los hechos gramaticales se perciben a veces con mayor nitidez por los no nativos es algo que los interesados en una lengua extranjera advierten, con no disimulado orgullo, cada vez que descubren uno no inventariado por los nativos. Fueron dos eximios americanos, Bello y Cuervo, necesariamente distantes del núcleo teóricamente normativo -Castilla-, quienes, desde un punto de vista de mayor alcance que Burgos o Toledo, como Salvá en la metrópoli, todos



MARISOL CALES

viendo el castellano a través de óptica distinta a la que suele tener el burgalés y el toledano para su lengua, quienes, digo, en el siglo pasado contribuyeron más al conocimiento del español. No debe extrañarnos, pues, que hasta hace pocos años, por ejemplo, las mejores gramáticas de la lengua inglesa se debieran a no nativos, como Jespersen, Zandvoort, etc., y que, aparecida la que podemos considerar más autorizada descripción del inglés actual, figuren en ella entre cuatro coautores, sólo dos británicos. Quien esto firma es «the Spanish friend», que hizo notar al gramático inglés F. Palmer (*Grammar*, pág. 23) el excesivo y redundante uso del posesivo inglés («He put his hand in his pocket»). También el español ha sido objeto de excelentes estudios por lingüistas no nativos. Debemos recordar entre los europeos a W. Beinhauer, Margherita Morreale, Josef Dubsky, G. Hensch, Colin Smith, N. T. Arutiúnova, B. Pottier, Coste/Redondo, Van Dam, De Kock, De Bruyne, etc., y entre los america-

nos, a H. Keniston y Ch. Kany. La lista, hoy, podría hacerse interminable. No debe pensarse que los hispanohablantes hayan permanecido ajenos a este interés. Aparte de los gramáticos profesionales, como los citados S. Fernández Ramírez y Gili Gaya, tenemos a E. Alarcos, cuya gramática, comentada en *SABER/Leer* (n.º 84, abril 1995) como «de la Academia Española», cuenta, sí, con el patrocinio de la Corporación, pero es suya y muy personal; Seco (padre e hijo), Lázaro Carreter, A. Alonso / H. Ureña, M. Molho, Alcina Franch / Bleuca, etc. Podrían citarse infinidad de estudios que demuestran la pujanza de una disciplina que cada vez suscita más interés y arrastra más seguidores, como puede comprobarse en las revistas del ramo.

Un vademécum obligado

El libro que hoy nos ocupa salió a la luz el pasado octubre en versión inglesa adaptada y con materiales añadidos por el profesor de Cambridge C. J. Pountain. Su autor es el conocido hispanista belga Jacques De Bruyne (D. B.), director de la Cátedra Carlos V, en la Universidad de Gante, y del Instituto de Estudios Hispánicos en la de Amberes, autor de numerosos estudios sobre el español -la bibliografía enumera 18 títulos suyos, sin contar un libro, *Eutrapelias...*, de 1995-, académico correspondiente de la Española y activo conferenciante en instituciones hispánicas. La obra original, *Spaanse Spraakkunst*, apareció en neerlandés en 1979; recibida con aplauso, tuvo una segunda edición en 1985 y una traducción alemana en 1992. Se anun-

cia, además, una versión francesa. Dotado el autor de excepcionales dotes de observación y haciendo justo alarde de incansable actividad, no dudamos de que cada retoque que experimente su obra, por reedición o versión a otra lengua, ha de suponer un incremento de datos e interpretaciones que la conviertan, ya en cuatro idiomas, en vademécum obligado para moverse en español dentro de la Unión Europea. No excluimos -depende de las editoriales- una posible versión española que completaría el ya abundante surtido de nuestro mercado.

Parece ser un signo de los tiempos el que la dimensión temporal, probablemente por la densidad de los acontecimientos, se estreche en el recuerdo. Si en 1935 el más importante antecedente británico -ahora al parecer olvidado- de este libro se llamaba *A Manual of Modern Spanish* (sus autores, Harmer y Norton, se ven forzados a explicar el uso de «modern») y abarcaba en sus autoridades desde Cervantes, Calderón y Góngora hasta Pérez de Ayala, Menéndez Pidal, Gabriel Miró, Valle Inclán, Unamuno, Baroja y Ortega, la obra de D. B., que no se identifica con modernidad ni posmodernidad, si bien cita a Cervantes entre sus «fuentes primarias», reduce el período documentado al último medio siglo (la mención de Unamuno, Valle Inclán, Blasco Ibáñez, etc., es sobre todo testimonial) y a la prensa española. Estas fuentes -basta comprobar los ejemplos- las constituyen principalmente obras de autores vivos consagrados: Cela (20 títulos), Delibes (20), Juan Goytisolo (9) y Umbral (15) son

En este número

Artículos de			
Emilio Lorenzo	1-2	F. Márquez Villanueva	8-9
Medardo Fraile	3	Miquel Siguan	10-11
Domingo García-Sabell	4-5	Raúl Morodo	12
José María Jover	6-7		

SUMARIO en página 2





Gramáticas de español

los más representados; algunos más jóvenes (Javier Marías, Andrés Berlanga, Antonio Muñoz Molina, Isabel Allende, etc.); y otros muertos en la segunda mitad del siglo, como Baroja (11 títulos), Ramón J. Sender (10) y Zunzunegui (9), cuyos usos sirven para conferir autoridad a las afirmaciones, algunas sorprendentes, que un buen observador extranjero, como decíamos más arriba, es capaz de detectar en lo cotidiano no vislumbrado por el nativo, sobre todo cuando se basan en variedades geográficas del español sólo demostrables con el testimonio de otros hispanohablantes aceptados como autoridades. Tal es el caso de autores hispanoamericanos profusamente citados, como García Márquez, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Roa Bastos, Rulfo, Bryce Echenique, Onetti, Sábato, Carpentier, Cortázar, Cabrera Infante, etc. Como se ve, la selección es necesariamente subjetiva y refleja posibles simpatías personales o intereses puramente gramaticales ajenos a los méritos literarios de los escritores. Sólo así se explica la ausencia de

Borges y la escasa atención dispensada a Torrente Ballester, uno de los novelistas vivos más populares y representativos de estos finales de siglo.

Pese a todo, difícilmente, salvo en F. Ramírez, se encuentra en las gramáticas españolas o extranjeras una exposición tan copiosamente documentada como la de D. B., en la misma línea ejemplificadora adoptada por Harmer y Norton en 1935. Es evidente que cuando se trata de usos infrecuentes, por anticuados o novedosos, sólo invocando el nombre de autoridades comúnmente acatadas se refuerza o corrobora una afirmación. Así, el uso americano de «estar por» en el sentido de «estar para (a punto de)» se ilustra con un ejemplo de Juan Rulfo. Lo mismo vale para el empleo americano de «nomás», cuyos distintos valores se ilustran con citas de Roa Bastos, Carlos Fuentes y Vargas Llosa. En otros casos, la principal fuente de información es la *Sintaxis hispanoamericana*, de Ch. Kany, reforzada con numerosas citas de la moderna narrativa ultramarina. Estas citas permiten resolver a veces aparentes inexactitudes o descuidos en la exposición. Así, en el tratamiento del «voseo», oportunamente presentado con los paradigmas correspondientes, figuran como segundas personas del pretérito simple las formas «cantastes», «tuvistes», «vinistes», vulgarismos muy frecuentes en España en vez de «cantaste», «tuviste», «viniste»; pero los ejemplos reproducidos, de Cortázar y Sábato, «vos lo provocaste», «lo que me dijiste», ponen las cosas en su punto. Muy pertinente es también la información que, sobre el uso de ciertos sufijos aumentativos, diminutivos, peyorativos en América, nos ofrece D. B., pues es él uno de los hispanistas que con mayor atención viene observando el fenómeno, que en la versión inglesa de su obra cobra singular utilidad, dada la exigüidad de medios expresivos del inglés en esta parcela. Aparte de aprovechar las aportaciones de A. Gooch, nuestro autor nos brinda ejemplos y datos de su cosecha sagazmente interpretados; por ejemplo, la profusión del sufijo «-azo» en América como alternativa de «-ísimo» (ambos ya estudiados por D. B. en sendos artículos).

No es SABER/Leer una revista de filólogos y no vamos a examinar, por tanto, todos los aspectos, en su mayoría positivos e innovadores, que esta gramática presenta.

Forma parte de una colección en que ya han aparecido en tres volúmenes, la francesa, la rusa y la galesa, y se anuncian la alemana, la italiana y la portuguesa. Nos imaginamos que todas, unidas por el adjetivo común de «comprehensive», están concebidas –o adaptadas– como obras de consulta (*Reference Grammars*) y parecen apuntar a refuerzos didácticos –se anuncian «workbooks» para el ruso y el francés– en que el lector, más que consultar, ha de desarrollar su dominio de la lengua. Se ve que el tipo de ejercicios incluidos en el viejo manual de Harmer y Norton no ha quedado desechado. Uno no entiende los resortes del éxito editorial, pero nadie duda de que los ingleses sí entienden de mercados. Vista la obra desde la perspectiva del estudiante extranjero, no ha de considerarse simple manual de aprendizaje, sino como una introducción al español, hecha por un veterano experto en el mundo hispánico y su lengua, apoyado en una copiosa bibliografía, muy indulgente en la valoración, en la que prima a veces lo reciente sobre lo «antiguo». Así, al hablar de la voz pasiva, el traductor, que estudió el tema en 1993, no incluye en la bibliografía el resumen de tesis, debido a John N. Green, «On the frequency of passive constructions in modern Spanish» (*Bull. of Spanish Studies*, LII, 1975), basado en rigurosos datos estadísticos. Como ejemplo de novedad informativa, mencionamos el empleo de lo que D. B. llama «condicional de rumor» y que Lapesa, creo que en enero de 1966, en conferencia, llamó «condicional de cuquería», término luego suavizado (1976) por «condicional de información no asegurada», con mención del posible antecedente francés («présent de l'information hypothétique»).

Especial fisonomía confiere a la obra la lengua del destinatario, en este caso el inglés, pues hay observaciones que resultarían irrelevantes y forzadas en un libro destinado a hispanohablantes. Tales son las que se refieren a la equivalencia de «jamás» y «nunca» en frases negativas (= ing. «ever»), la separación de decimales mediante coma (en ingl., punto) y de los miles mediante punto (en ingl., coma), usos forzados o divergentes de las preposiciones; así el de «de» detrás de «millones» (cf. ingl. «two million soldiers»), o la explicación de ciertas «incorrecciones» perpetradas por autores de prestigio (confusión de las perífrasis de «deber» y «deber de» + infinitivo). Se trata aquí, sin duda, de desviaciones de la «norma» registrada por las gramáticas en zonas poco transitadas de la lengua y que merecen del autor un leve comentario sobre su «propiedad»; así, con una mera alusión a los «puristas», se señala el carácter durativo de la construcción «estar + siendo» + participio, «especially in Latin America» (pero los ejemplos son españoles), asociándolo con la de «ir» + gerundio, que estudiamos hace más de treinta años: «un pueblo que va siendo absorbido» (pág. 320), perífrasis que alcanza mayor complejidad en «los modelos que les habían venido siendo propuestos» (ibíd.).

Se trata, en resumen, de una obra muy útil para el angloparlante, que suele encontrar las mismas o parecidas dificultades que las salvadas por el autor en su aprendizaje, pero también para el hispanohablante, al mostrar y dar cuenta de toda una serie de hechos lingüísticos marginados o menos atendidos, por razones geográficas o de aceptabilidad, en la gramática tradicional: variedades regionales, registros coloquiales, etc. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Emilio Lorenzo no se sorprende de que, en español y en inglés, existan desde siempre gramáticas escritas por hablantes alejados de la metrópoli o incluso por extranjeros; de ahí que subraye la aparición de la versión inglesa de una estimable gramática del es-

pañol escrita originalmente en neerlandés por un prestigioso hispanista belga. De esta obra existe una versión alemana y se anuncia una francesa; para el comentarista se trata de un vademécum para moverse en español por la Unión Europea.

Jacques De Bruyne

A Comprehensive Spanish Grammar

Ed. de Christofer J. Pountain, Blackwell Publishers, Oxford, 1995. 685 páginas. 50 libras esterlinas.

SUMARIO

	Págs.
«Gramáticas de español», por Emilio Lorenzo, sobre <i>A Comprehensive Spanish Grammar</i> , de Jacques De Bruyne	1-2
«Narratólogos y narradores», por Medardo Fraile, sobre <i>Teoría e interpretación del cuento</i> , de P. Fröhlicher y G. Güntert (eds.)	3
«En el subterráneo de la ceguera», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Ensaio sobre a Cegueira</i> , de José Saramago	4-5
«España y Ultramar», por José María Jover, sobre <i>Consejo de Estado. Fondos de Ultramar (1835-1903)</i>	6-7
«El laberinto sin salida de la Inquisición», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain</i> , de B. Netanyahu	8-9
«Matrimonios mixtos y sociedad pluricultural», por Miquel Siguan, sobre <i>Les couples mixtes</i> , de Gabrielle Varro	10-11
«Por una modernidad jurídica y política», por Raúl Morodo, sobre <i>Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón</i> , de Elías Díaz	12

Narratólogos y narradores

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español de Posguerra*.

El sostenido interés en Suiza por el cuento español creo que tomó vuelo a partir de la tesis doctoral de Erna Brandenberger, *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*, publicada en España en 1973, y avalada, hasta hoy, por veintitantos libros de relatos traducidos por ella, desde Juan de Timoneda hasta Pedro Ugarte, incluidos también autores de Hispanoamérica.

Recordar esa labor y esa tesis es oportuno aquí, porque alguno de los estudios en el libro que nos ocupa se hace eco de afirmaciones recientes sobre «la mala salud de hierro» del cuento español, que «está aún convaleciendo de su largo letargo». Sin contar más que los nuevos cultivadores del género en la Posguerra, figuran 44 nombres en el libro de Brandenberger, nacidos entre 1916 (Jorge Campos y Camilo José Cela) y 1943 (Jesús Torbado), de los cuales han desaparecido más de 12 y no menos de 16 de ellos siguen en activo. No debemos perder nunca de vista a los que nos quieren «salvar» cuando no se encuentra nadie en peligro.

Mediante traducciones, otros han seguido a Erna Brandenberger en su labor divulgadora del relato hispánico, entre los cuales destaca Hans Leopold Davi, al amparo, todos ellos, de la frecuente coproducción editorial suizo-germánica —como es sabido, más del 70 % de la población suiza es de lengua alemana—, de empresas editoriales tan importantes como Reclam, Verlag o Peter Lang.

Ese interés por lo hispánico no es, por supuesto, reciente ni se centra sólo en el cuento. El hispanismo suizo, en ese y otros campos, ha contado siempre con nombres prestigiosos, como Arnold Steiger, Gerold Hilty, Eva Salomonski, Siegfried Heinmann, Pierre Kohler, Gianfranco Contini, José Antonio Doering, André Burger, Jean Paul Borel y los editores —y contribuidores también— de esta obra, Peter Fröhlicher, catedrático de la Universidad de Constanza, y Georges Güntert, catedrático de la Universidad de Zúrich. Sin que debamos olvidar a dos españoles notables, que han enseñado durante muchos años en las universidades suizas: Eugenio de Nora, en la de Berna, y Luis López Molina, en Ginebra.

Teoría e interpretación del cuento es el tercer libro de una colección nueva, «Perspectivas Hispánicas», donde se han publicado antes trabajos sobre Onetti y Cortázar. Como la obra sobre Cortázar, cuyo autor es también Peter Fröhlicher, se edita ésta en castellano (con un solo estudio en italiano, de los 25 que componen el volumen), y se divide en 4 apartados: «Estudios teóricos», «El cuento español en el Siglo de Oro», «El cuento español: siglos XIX y XX» y «El cuento hispanoamericano».

Desde la década de los sesenta, en que aparecen nuevas teorías de la narrativa, van destacándose diversos aspectos de la estructura del cuento, debido, principalmente, a los trabajos de Lévi-Strauss y Greimas —que reformulan el modelo de Vladimir Propp en su *Morfología del cuento*—, Bremond y Todorov, Prince, Booth, Genette y Stanzel, y hasta hoy día, siguen coexistiendo los modelos del análisis de la intriga y los estudios



ÁLVARO SÁNCHEZ

centrados en el plano del discurso, sin que se haya concebido una teoría unitaria apta para hacerlos converger. El conjunto de estudios que se nos ofrece en esta obra intenta conciliar ambos aspectos, tarea que parece necesaria y urgente, ya que basta asomarse al diccionario de *Semiótica* de Greimas y Courtés para darse cuenta de la inflación, superposición e interferencia de voces técnicas, que amenazan, literalmente, de distorsión o asfixia al objeto de estudio. Si Walter Pabst afirma, con razón, que los intentos tipológicos aplicados a una obra son «fórmulas empíricas para uso escolar, que no nos llevan hasta el meollo del problema», también es verdad que las nuevas fórmulas «in solidum» pueden llevarnos, por consunción, a un enajenamiento del problema. En una revista de estudios hispánicos apareció, hace años, un artículo titulado «Retrolectura semiótica de «Como de mirada, como de reproche», de Blas de Otero», cuyo autor me llevó a recordar uno de los aforismos del gran Lichtenberg: «Cada vez que tenía que utilizar su inteligencia se sentía como alguien que, acostumbrado a usar siempre su mano derecha, de pronto tuviera que hacer algo con la izquierda». Y eso, muy a pesar del breve texto de Otero, que es pura delicia y se presta, desde luego, a finísima elucidación crítica.

Pero esta obra no trata de echar leña al fuego, sino de conciliar y, por lo tanto, emite la luz que aclara, no la que deslumbra, en artículos excelentes —entre otros que son informativos y complementarios—, como el de Peter Fröhlicher sobre historia de la teoría narrativa, en el cual repasa, pormenorizándola, la complejidad creciente del género narrativo a través de los tiempos, con la multiplicidad de perspectivas, tanto ideológicas como estrictamente literarias: la relación entre saber y creer, realidad y ficción, narrador y discurso y otras cuestiones de la literatura moderna y postmoderna. Particularmente interesantes son sus consideraciones sobre el archi-relato, esbozado por D. E. Rumelhart, «la labor del crítico» y la saludable aserción,

entre otras, de que «las representaciones modelísticas se considerarán a la manera de hipótesis susceptibles de ser modificadas al proyectarse sobre el objeto que se trata de describir», y las preguntas (todavía sin respuesta) al método en que proceden los estudios de la «intriga» y del «recorrido del protagonista», en el que quedan fuera, o casi, procedimientos tan fundamentales en la escritura literaria como la ambigüedad o las figuras retóricas. «Desde nuestra perspectiva —escribe Fröhlicher—, cualquier intento por «normalizar» y «objetivar» corresponde a una «interpretación» —no explicitada— y desemboca inevitablemente en una reescritura subjetiva». En suma, una exposición rigurosa y una crítica de la crítica que es, a la vez, constructiva, inteligente y equilibrada.

Obsesión cervantina

Georges Güntert vuelve al tema cervantino, del que se ha ocupado recientemente en un libro, *Cervantes. Novelar el mundo desintegrado*, en el cual más de la mitad está dedicado a interpretar el misterio que las *Novelas Ejemplares* «tienen escondido y las levanta». Vuelve a ellas ahora haciendo hincapié en su unidad como «libro», a cuenta de la obsesión cervantina con las estructuras binarias, tanto en lo temático-narrativo como en lo discursivo, en lo ideológico-social o en

RESUMEN

Medardo Fraile, cuentista él mismo y estudioso del relato como género literario, se ocupa de un libro colectivo surgido de entre el floreciente hispanismo de las universidades suizas y en el que se hace una teoría e interpretación

del cuento a partir de diferentes escritores en lengua española que lo han cultivado. Fraile encuadra este análisis colectivo que comenta en el auge que a partir de la década de los sesenta cobran las teorías narrativas.

lo psicológico; y, por ello, desestima la vieja y repetida clasificación en novelas realistas e idealistas, ya que «todas las novelas atribuidas al grupo de las «idealizantes» incluyen al menos dos discursos (uno, convencional, «ejemplar», y otro irónico para con ese mismo, lo cual acaba desvirtuando el idealismo cervantino; o aún dos modos de pensar de la colectividad, que se oponen —ambos— al discurso individual de la pareja)». Güntert nos dice que el eje principal de lo narrativo es el proceso de transformación (aserción útil para diferenciar el cuento del poema en prosa y de la estampa), y no establece diferencias tajantes entre el «cuento» y la «novela», ni cree que sean sustancialmente diversos. «Postulamos —dice— una «lectura discursiva» del cuento, con particular atención a los valores puestos en juego, cuya confrontación se manifiesta ya en el plano del enunciado, aún cuando lo que realmente importa sea su transmisión y debate en el eje texto-lector». Güntert instrumenta con precisión y claridad, en este y otros trabajos, los avances fundamentales de la crítica desde los años del estructuralismo hasta hoy y afirma, y avala con ejemplos, que «una lectura actualizada de Cervantes no tiene por qué hacer violencia al texto. (...) Las intervenciones críticas del lector (...) no son sólo las específicas de una conciencia emancipada del siglo XX, sino que están ya «inscríptas» en el texto».

Luis Beltrán Almería estudia el cuento como género literario y se encuentra con tres dificultades básicas: el problema de la teoría de los géneros (sin resolver aún), el frecuente olvido del género cuento y el colonialismo de la teoría de la novela sobre la teoría del cuento, y esos tropiezos conllevan la mayor certeza a través de los siglos: la brevedad del cuento (!).

Julio Peñate Rivero, en un ensayo excelente —como otros que ha publicado antes sobre el cuento—, propone, con acierto y riqueza, una posible articulación entre el cuento literario y la teoría de los sistemas.

Irene Andrés-Suárez estudia el micro-relato, de muy difícil caracterización y delinde con el cuento de siempre, si le permitimos que rebasa una sola página. Limitándolo a una página, su estudio sería más fundado y crearía menos problemas; esos problemas que se reflejan en la bibliografía aportada sobre el tema.

José Romera Castillo, en su buen «Panorama del análisis semiótico del cuento en España» (infantil, literario y popular), rinde un justísimo homenaje a Mariano Baquero Goyanes, aunque omite su *Antología de Cuentos Contemporáneos* (Labor, Barcelona, 1964) y su magnífico «Estudio Preliminar».

Sería prolijo repasar los muchos estudios que hacen este libro recomendable; nos hemos centrado, sobre todo, en la parte teórica, pero no podemos dejar de mencionar los trabajos del grupo de profesores de la Universidad de Zaragoza, al que pertenece Luis Beltrán Almería; el de Catherina V. de Vallejo sobre el eje paradigmático en el cuento hispanoamericano, y el análisis brillante, arquetípico, de Darío Villanueva a un relato enmarcado de Álvaro Cunqueiro: «El camino de quita-y-pon». □

Peter Fröhlicher y Georges Güntert (eds.)

Teoría e interpretación del cuento

Peter Lang, Berna, 1995. 512 páginas. 76 francos suizos. ISBN: 3-906754-12-X.

En el subterráneo de la ceguera

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega; pertenece al Colegio Libre de Eméritos. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Aparece en Portugal una novela magnífica del escritor José Saramago. Magnífica y desconcertante. El título mismo ya anuncia la sorpresa, *Ensaio sobre a Cegueira*. Pero, ¿se trata, en realidad, de un ensayo, esto es, de un merodeo intelectual alrededor del problema de la ceguera? Nada de eso. Se trata, decididamente, de un fantástico y sorprendente relato. De un originalísimo relato.

El esquema es éste: de pronto, y sin previo aviso, la ceguera se instala en una persona. Poco a poco, el mal va invadiendo, va atacando a otros individuos. Al final, toda la ciudad, la inmensa ciudad, queda convertida en un magma colectivo de invidentes. En la novela, porque de eso se trata, no hay protagonistas. Si acaso, asumen ese papel dos sujetos: un oftalmólogo, también atacado por la amaurosis y su mujer que milagrosamente parece librarse de la maldición comunitaria.

Y entonces comienza la lucha. Nadie puede valerse por sí mismo. En consecuencia, fallan todos los recursos que la sociedad normal dispone y utiliza, sin duda ajena a cualquier preocupación de la dinámica ayudadora que los servicios públicos suponen. Todo deja de funcionar. No hay luz eléctrica, no hay transportes públicos ni privados, ya que todo el mundo está ciego. Desaparece la actividad comercial. Desaparecen, asimismo, los alimentos. No funcionan los hospitales, ni los bancos, ni los medios de comunicación. El orden se transforma en caos. La suciedad lo invade todo. Y comienza, inevitable, esto es fatal, la lucha por la supervivencia. Una lucha feroz en la que se potencia hasta extremos inimaginables la degradación moral, la batalla inhumana por alcanzar el sustento. Aún más: también medra la necesidad de agruparse, para así defenderse mejor de la minusvalía que la ceguera irremisiblemente condiciona. Estalla la violencia. Surge la lujuria indiscriminada, el apareamiento entre personas que no se ven, que no saben quiénes son. Y hace su aparición la pandilla de los bandoleros con su jefe, también invidente pero indiscutido.

Asistimos, a través de páginas magistrales, al desarrollo de una regresión zoológica. La biología manda. Desaparecen los altos valores éticos. Privan el crimen y el robo. No hay leyes coercitivas y el desastre de la epidemia, de lo que en seguida se bautiza con el nombre de «enfermedad blanca» (estos ciegos sólo perciben una claridad sin perfiles); este desastre, digo, forma el núcleo atroz de la tragedia comunitaria. Recomiendo, pues, su lectura, que es apasionante y con logros literarios de primera magnitud.

Al final del relato, y por modo inesperado, la gente recupera la visión. Pero el daño queda hecho y lo que va a perdurar en la conciencia de todos, y especialmente en la de la orientadora altruista del conflicto, la esposa del oculista, siempre serena, siempre dispuesta a la ayuda, para lo que tiene necesidad de fingirse ciega, lo que va a persistir, insisto, es una especie de desengaño «a posteriori» y, a la vez, una nueva forma de considerar la realidad, sus maravillas y también, cómo no, sus fallas esenciales.

Mas si todo quedase reducido a tal esquema no cabe duda de que la novela, o la literaria disquisición, como quiera llamársela, sólo tendría la virtud de ser una especie de



FRANCISCO SOLÉ

ejercicio de estilo, de índole moral más o menos simbólico, y nada más. Con eso, la riqueza del libro, su profundo significado antropológico, quedaría reducido, quedaría mezquinamente considerado. Dicho con otras palabras, constituiría un recurso fácil para, a su favor, alcanzar una especie de enseñanza tópica sabida y archisabida. La originalidad del relato quedaría banalizada y, por consiguiente, no mermaría la atención lectora, y mucho menos su valoración crítica. Pero *Ensaio sobre a Cegueira* es otra cosa. Otra cosa de alcance más radical y más trascendente. En cuya realidad, y junto a las ideas del autor, yo voy a taracear las mías propias.

El estilo analítico del libro

Por lo pronto, lo que supone en el fondo y en la forma esta obra de Saramago es ni más ni menos que una finísima y sutil profundización en el mundo de la ceguera. Las consecuencias pedagógicas son no más que eso: consecuencias. Mas lo fundamental viene dado por la exploración minuciosa de las vivencias de la ceguera.

Con todo, conviene hacer una advertencia; a saber, que esas consecuencias aparecen entañadas de preferencia en las capas sociales pobres del pueblo. Con lo cual el autor consigue algo básico: la nitidez, sin adobos culturales siempre deformantes, de cierto estrato cultural. La cultura que en las páginas del *Ensaio* está omnipresente es la cultura que toma forma en un sistema de aceptaciones y de rechazos primigenios. Mas esto, si bien se mira, es lo que constituye el cuerpo mismo y la esencia de toda cultura. Que no debe confundirse con los saberes librescos, ni con las adulteraciones que en ella opera la educación, el trato civilizado, la convivencia reglada y armonizada por el espíritu. Aquí hace su salida a escena el modo espontáneo de una comunidad, su vivaz «punto de vista», si es que esta expresión puede ser empleada en una multitud ahrojada por la ceguera. Y todo esto servido, en el plano expresivo, por expresiones muy auténticas, en las que se torna evidente, en las que se vuelve palpable una curiosa, curiosa y conmovedora, mezcla de rebeldía y resignación, de protesta y asimilación. En esta espontaneidad radica, según yo pienso, el mérito y la

dimensión aleccionadora de la humana exploración de Saramago.

No es fácil, ni siquiera cómodo, subrayar todos y cada uno de los hallazgos que en las peripecias de la narración se incluyen, pues resultan de una riqueza, en verdad, inabarcable. Pero, de todas formas, voy a intentar dar al lector una impresión, una somera impresión de conjunto.

La fenomenología de la ceguera

He aquí que al comienzo de la inusitada peste, el Gobierno acuerda recluir a todos los afectados por la invidencia en pabellones públicos, ya de antiguo desafectados. En grandes salas se acumulan los ciegos. Son como dormitorios de hospital con camas dispuestas en doble fila. Los enfermos las ocupan un poco al tuntún.

En uno de los lechos se acurruca el matrimonio del médico enceguecido y su mujer vidente, que lo disimula para poder pasar los controles sanitarios y así acompañarle. La esposa asiste al sueño del marido, lo contempla sumido en ese otro desvalimiento que es la entrega del ser humano al extraño mundo del soñar. Escucha los murmullos ininteligibles que salen de los labios, contempla los bultos de los demás «bajo los cobertores cenicientos», la suciedad de las paredes, todo aquel espectáculo de miseria e impotencia, y entonces le sobreviene un deseo, el loco deseo de también ella convertirse en ciega y «atravesar la piel visible de las cosas», transitar al interior de ellas para acceder a su «fulgurante e irremediable ceguera».

Me parece que aquí asoma, decidido y desconcertante, el máximo afán, el radical afán de los invidentes, a saber, lograr, por el procedimiento que sea, alcanzar la otra visión, que, en definitiva también consiste en ceguera, pero que es una ceguera «fulgurante». ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque entonces el mundo de los vivientes quedaría igualado, tanto el de los que pueden ver y el de los que no poseen esa capacidad. Por eso, cuando conversamos con un ciego, la primera, la inicial desorientación, arranca del espectáculo de esos ojos que, para Saramago, son «asustadores». Ojos muertos, ambiguos, porque parecen ver y no ven. Pero, en el fondo, y quizá sólo en un mundo de

ciegos, las «cosas serán lo que verdaderamente son». ¿Y cuál es esa sustantividad? ¿En qué consiste? En su fatal opacidad. Las gentes normales caminan, transitan a través de los objetos, esto es, a través de resistencias que no experimentan como tales resistencias. La visión posee una función profiláctica, es decir, una función previsora. Merced a la vista, todo lo que nos rodea se vuelve elástico, cede a nuestro posible roce, se hace maleable. En cambio, el ambiente del ciego se le aparece a éste cargado de potenciales, de virtuales descargas. De explosiones —las duras resistencias— que agobian y amenazan de continuo con hacerse presentes.

Entonces el invidente se da cuenta del núcleo de extrañeza que todo lo que le rodea oculta en su seno. La realidad hace trampas. Trampas sutilísimas a favor de las cuales puede aparecer, de hecho así parece, como hogar acogedor y, en el fondo, lo que en verdad es consiste en caparazones impermeables al trato. En quistes aislados, de los que el ciego sufre la versión dramática. Una versión hecha a partes iguales de sorpresa, de soledad y de enquistamiento.

Estas mis consideraciones no son otra cosa sino el trasunto, la suscitación fecundante de un texto sumamente aleccionador. Aleccionador y, al tiempo, orientador. El libro del escritor portugués se transforma, a través de sus negruras existenciales, en tonificante lectura. De ahí su oculto optimismo. De él haré mención al concluir estos apuntes. Con ellos me parece que queda bien perfilada la importancia, la trascendente significación del *Ensaio sobre a Cegueira*.

La acción y la inmortalidad

Entre los sucesos que en el libro se narran hay uno luctuoso del que una joven, por supuesto ciega, se lamenta y se echa la culpa. Pero nuestros actos, filósofo otro ciego, son imprevisibles en cuanto a sus consecuencias. Si reflexionamos sobre sus secuelas, las inmediatas, enumera el invidente, después las probables, después las posibles y a continuación las imaginables, esta ristra de hipotéticos resultados paralizaría cualquier decisión personal. Y, añade el ciego (y esto es lo que a mi modo de ver resalta el encadenamiento causal del privado de la visión), esas consecuencias van repartiéndose a lo largo de los días y los años hasta llegar a un futuro en el que ya no estaremos para alegrarnos de lo llevado a cabo o para pedir perdón de nuestras pasadas acciones. Y eso, según el personaje que divaga, es la inmortalidad, «de la que tanto se habla».

Cito este pasaje del relatorio porque en su sencillez especulativa encierra todo el sistema de valores a los que el invidente se atiene. Estos juicios condicionan la ambivalencia del actuar del ciego. Ni inmovilidad absoluta, ni movilidad indiscriminada. En la vida de relación que el invidente desarrolla hay siempre una dimensión de actividad bien medida. Una actividad que recuerda la del hombre normal, pero que nunca, o casi nunca, alcanza el grado de frenesí del vidente.

El privado de visión, el más abarcador de los sentidos de que dispone la criatura humana, exhibe constantemente una especie de inhibición que denuncia, según yo pienso, un oculto respeto por la objetividad circundante. Ese respeto nace y evoluciona de acuerdo con las resistencias de toda índole que el individuo va topando a lo largo de su órbita existencial. Me apresuro a aclarar que esas resistencias no son sólo de clase material, sino también de casta espiritual. En una palabra, la síntesis de ambos choques podría ser bautizada con el nombre sabido de



Viene de la página anterior



municación». Pocas gentes hay tan propicias al intercambio convivencial como los ciegos. La razón es bien clara: la visión es un tentáculo omnisciente y polivalente al que todos acudimos día a día y minuto tras minuto. Ella nos permite entrar en contacto, literalmente entrar en contacto, con el prójimo. Y aún más: con el ambiente físico que de continuo se nos presenta, se nos ofrece, semejante a un regazo puesto en marcha por la generosidad de la Naturaleza. En cambio, esa Naturaleza posee una manera de presentarse al invidente que, cuando menos, resulta potencialmente hostil.

Pero la inmortalidad, «de la que tanto se habla», acaba por ser una figuración, esto es, un fantasma. El ciego no sabe de la diferencia entre la exterioridad y la interioridad, entre el aquí y el allí. Por consiguiente, entre lo que se ha vivido y lo que aún se hablará de vivir. «Ser fantasma –leemos– debe de ser esto, tener la seguridad de que la vida existe porque cuatro sentidos nos lo dicen y no poder verla».

Mas si la existencia terrena no es posible verla, es decir, compartirla, desde ese momento la sospecha de la inmortalidad carece de sentido. Si no podemos contemplar aquello que a nuestro alrededor palpita y se mueve, el ansia de supervivencia, de la efectividad fuera del tiempo, se desvanece. La movilidad potencial transformada en «energía» limitada también pone fronteras y límites insuperables a la vivencia de vencer al devenir cronológico. El invidente está situado, «velis nolis», más acá de toda posibilidad de trascender esa existencia frenada, esa existencia coartada.

El bullir a oscuras

El ciego siente en su interior que todo palpita, que todo tiene su propio y secreto desplazamiento. Así late el corazón, «a ciegas en la oscuridad». Entonces los invidentes sueñan que son piedras, «y nadie ignora cómo es de profundo el sueño de ellas». En el campo... «están durmiendo medio enterradas, a la espera no se sabe de qué despertar». Mas esta espera, añado yo, esta intuición de la inanimada espera también la experimentó Goethe cuando fijó su mirada en la planta del alféizar de su ventana, «a la tranquila espera de su futuro».

Con todo, ambas vivencias entrañan un sentido distinto. No es lo mismo fijar las pupilas y observar la quietud vegetal que recordar, ya sin visión, la inclemente dureza, la perversa e imperturbable presencia de lo que sólo es eso, virtual presencia. Todo recuerdo entraña una nostalgia, un desear que el evento vuelva y actúe sobre las fibras sensibles de nuestra intimidad. El vidente rememora lo que puede volver. El invidente rememora lo que es ya ausencia definitiva.

Así, pues, la movilidad restringida transforma al que la sufre en vivencia aparental. En sustituto de la verdadera vida. En su año-rante «Ersatz». Por eso, y por la menesterosidad humana que ello condiciona, los sentimientos del ciego van cambiando. Repentina o suavemente, pero inexorablemente. La restringida movilidad aflora desde ese momento en el padecer, en el «pathos» del sujeto. Al principio de la enfermedad los ciegos «sentían con los sentimientos ajenos», esto es, con los sentimientos de los videntes. Éste era el caso del pasado normal, cuando los ciegos eran una escasa minoría. Mas ahora, cuando todo el mundo se encuentra privado de visión, los sentimientos cambian y se transforman en «los auténticos sentimientos de los ciegos». La esposa del oftalmólogo llegó a cometer un asesinato. Un asesinato nacido de cierta y fatal necesidad defensiva, del ansia por resolver una situación trágica

que de otro modo no tendría solución de ninguna clase.

Y es curioso observar cómo conforme las experiencias del pasado se pierden en el mundo de la realidad recordada, van surgiendo otras.

Con todo, aquí conviene hacer una salvedad o, si se quiere, una necesaria diferenciación. Vamos a verla.

La universal mezcla de valores opuestos

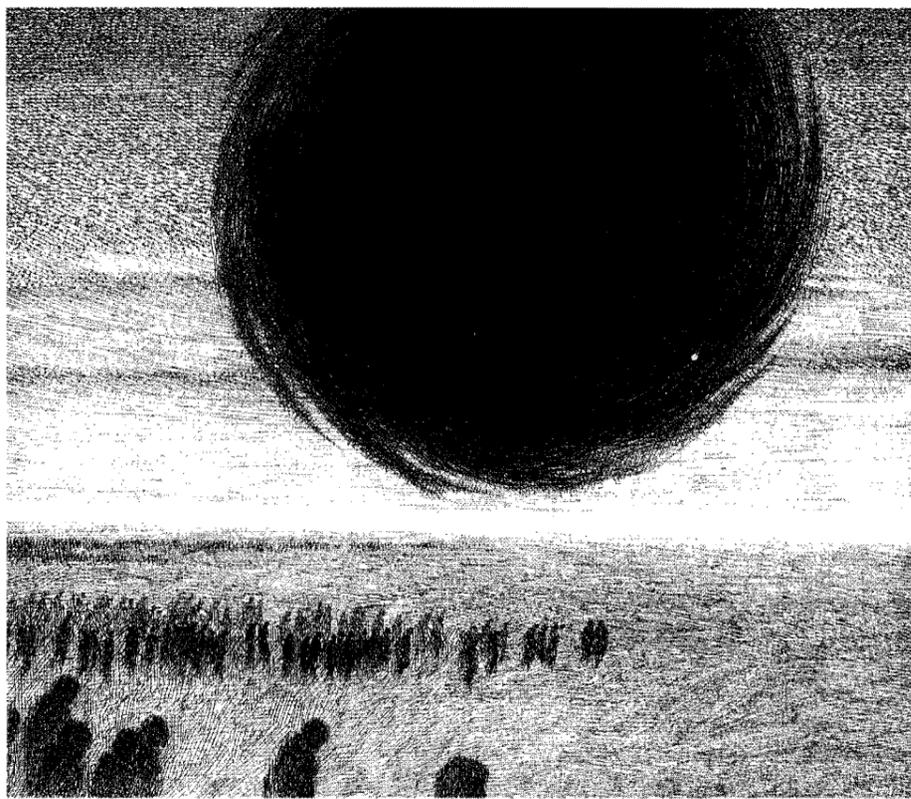
En esa masa informe de una multitud ennegrecida y acuciada por las más diversas e ineludibles urgencias biológicas surgen tres tipos de respuestas. Una, la de la resignación. Otra, la de procurar defenderse y orientarse en el dédalo de esas primarias necesidades sin dejar de sentir respeto hacia las exigencias morales que de siempre han guiado a la humanidad. Y, finalmente, la caída en la anomia, es decir, en el sálvese quien pueda, sin atención ni consideración a ningún límite. Quiero decir con esto que la reacción tanto individual como multitudinaria ofrece un abigarrado conjunto, un laberíntico suceder que va desde la aceptación inerme de la fatalidad, pasando por la conducta teñida de colores heroicos, hasta el ahogarse en la plena, en la encanallada abyección.

De la primera instancia tenemos una representación, conmovedora representación, en gran parte de los humildes ciudadanos que se entregan, sin esperanza, a la menesterosidad y la asumen con máxima naturalidad. Y asimismo, la excepción: los que se dejan guiar por quien los conduce a través de la selva en que se ha convertido la convivencia ciudadana –la mujer del especialista–. Y, finalmente, en la banda bien organizada de los energúmenos, de los ladrones y asesinos que antes ya lo eran, pero que ahora, vistas las circunstancias, saben cómo explotar inicuamente a los compañeros de infortunio. Los hechos hacen que todos, todos sin excepción, descendan «todos los peldaños de la indignidad». El bien y el mal, lo cierto y lo equivocado –siempre según el modo de entender estas cuestiones por la protagonista del relato, la mujer que conservó la visión– «son sólo modos diferentes de entender nuestra relación con los otros, no la que tenemos con nosotros mismos», pues de esta relación uno no puede ni debe fiarse.

Y en ese instante crucial del relato, el médico invidente reafirma su proyecto: si alguna vez recobrara la visión, «miraré verdaderamente los ojos de los otros, como si estuviese a verles el alma... o el espíritu, el nombre poco importa». Y en esta sazón surge la frase fundamental, la frase esencial pronunciada por una muchacha asimismo invidente: «Dentro de nosotros hay una cosa que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos».

Pero eso que no tiene nombre, lo que nos une, lo que fusiona a invidentes y videntes, resulta, en último término, una imposibilidad, una infranqueable imposibilidad. Unos y otros estamos encadenados. Participamos en los avatares de la existencia y jamás rematamos de verlos en toda su hondura, y en toda su trascendencia. «En la muerte, la ceguera es igual para todos», leemos. Y en el amor físico también se palpa una radical aporía: la de «llegar a ser uno solo» en lugar de la pareja erótica. Por consiguiente, somos como «una especie de noria dando vueltas sin cesar». Siempre las mismas y siempre aparentemente distintas.

«La ceguera también es esto: vivir en un mundo en el que se haya acabado la esperanza.» Antes he dicho que la visión posee una función protectora. Creo que ahora, a estas alturas del relato, ya estamos en condiciones de afirmar que la ceguera, además,



FRANCISCO SOLÉ

ejerce una función vicariante. No hay esperanza de recobrar la vista. Pero hay la realidad de sustituirla por algo. Ese algo sólo se da en el silencio meditativo y vigilante al que los ciegos son tan propensos. Es ese silencio que el escritor Saramago percibió como «ocupando el espacio de una ausencia». Los huecos existenciales del invidente semejan rellenarse con tácitas vivencias colmadas de vida virtual. En definitiva, de vida plenaria. Y lejos, muy lejos de las generalizaciones, muy lejos del pensar genérico. Por eso, uno de los invidentes puede formular esta pregunta que en la asamblea de los privados de vista quedó sin respuesta: «¿Cuántos ciegos serán necesarios para hacer una ceguera?».

La necesidad de ser visto

Pero quizá la máxima desolación del invidente viene dada por la seguridad de que, en un mundo de ciegos, nadie podrá verlo. Por eso la mujer del médico afirma que «aunque no pierda la vista me transformaré en más y más ciega cada día porque no tendré quien me vea».

Y ya, justo al finalizar la narración, hay un esbozo de diálogo entre el oftalmólogo y la esposa que resuelve definitivamente el misterio de la inexplicable epidemia. Uno pregunta al otro el porqué de la masiva ceguera: «No lo sé, tal vez un día se llegue a conocer la razón. ¿Quieres que te diga lo que pienso?... Pienso que no cegamos, pienso que estamos ciegos. Ciegos que ven. Ciegos que, viendo, no ven».

Éste es el último secreto antropológico. Y ésta es la enseñanza. Una enseñanza que

ahonda y asimismo complementa otro libro extraordinario, el *Touching the Rock* del profesor cegado, John M. Hull, traducido al castellano por *Ver en la oscuridad*, que editó Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg con una introducción mía.

Uno y otro relato se hacen buena y fecunda compañía. Y conste que nada me agradaría más que establecer el paralelismo entre una y otra obra. Pero ello excede con mucho lo habitualmente y atinadamente permitido. Quede, pues, para otra ocasión. Lo que a mí me interesaba era llamar la atención sobre una obra de creación literaria pura en la que ciertos hallazgos conceptuales se nos muestran vivos, palpables. Y, por ende, colmados de vida verdadera. De auténtica vida. Y de oculto optimismo.

Por eso nada debe temer el lector ávido de sucesos novelescos. El *Ensaio sobre a Cegueira* es una narración colmada de aventuras de toda clase. Quiero decir con esto que sus páginas nos atraen, solicitan nuestra atención y la subyugan como si se tratase de una película de las ahora llamadas de acción. Las excursiones especulativas están tan sabiamente mezcladas con la ficción que resultan no sólo clarísimas y accesibles a cualquier entendimiento, sino que, además, caen ante la mirada del lector como frutos maduros. Maduros y necesarios. Así, pues, novela por los cuatro costados. Pero novela que incita a pensar y que, quizá sin darnos cuenta, nos envuelve, se apodera de nuestra atención y la lleva por inéditos caminos. Por caminos de fantasía en los que los fantasmas son realidades bien sólidas. Realidades que reclaman nuestra simpatía, nuestra compasión y, cómo no, nuestra incondicionada entrega. □

RESUMEN

La palabra «ensayo», presente en el título de este libro de José Saramago, tal vez pudiera desconcertar; pues se trata, ante todo, de una novela, un relato de corte fantástico en el que todo el mundo pierde la vista. Pero además

de una ficción es una reflexión sobre la ceguera, sobre la importancia que tiene para el ser humano poder ver; y es en este aspecto, alocucionador y orientador, del libro de Saramago en el que se detiene García-Sabell.

José Saramago

Ensaio sobre a Cegueira

Ed. Caminho, Lisboa, 1995. 310 páginas. 2.900 escudos. ISBN: 972-21-1021-7.

España y Ultramar

Por José María Jover

José María Jover (Cartagena, 1920) ha sido catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Valencia y Madrid (Complutense) y en la actualidad es profesor emérito de esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y del Colegio Libre de Eméritos, dirige, desde 1975, la Historia de España, fundada por Ramón Menéndez Pidal. Entre sus numerosas publicaciones predominan las relativas a la historia de las relaciones internacionales y a la civilización española contemporánea.

Estas páginas fueron redactadas y entregadas a la redacción de SABER/Leer días antes del criminal atentado que costó la vida a mi querido y admirado amigo Francisco Tomás y Valiente. No he tocado ni una palabra de lo escrito entonces; pero sí he querido añadir estas líneas en testimonio de cálido homenaje a su memoria.

Las últimas décadas han presenciado, en el campo de la historiografía española, un creciente interés por la historia del pequeño imperio de Ultramar, y particularmente por la historia de Cuba. Escasean, sin embargo, los estudios de conjunto capaces de abarcar cuanto hubo de unitario, tanto desde un punto de vista nacional como en el plano internacional, en tan multiforme y disperso imperio: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo —este último durante pocos años—, Fernando Poo, Filipinas, Carolinas, Marianas, Palaos. La reciente publicación de un *Inventario de los Fondos de Ultramar (1835-1903)* existentes en el Archivo del Consejo de Estado, inventario dirigido por el archivero-bibliotecario de este último, Jorge Tarlea, está destinada a poner al alcance del investigador un rico acervo de fuentes que permiten contemplar, desde la suprema instancia consultiva de la metrópoli, una amplia gama de asuntos relacionados con la administración ultramarina. Esta masa documental ha sido dispuesta para la investigación mediante una cuidada clasificación referida, en primer lugar, a las distintas secciones del Consejo (Fomento, Gobernación, Gracia y Justicia, Guerra y Marina, Hacienda, Estado); y dentro de cada una de estas últimas, a una serie de sectores específicos, cada uno de cuyos principales capítulos va seguido del índice correspondiente. Todo ello ha de permitir al investigador localizar fácilmente el tema de su interés. Creo que basta con lo apuntado para poner de manifiesto la utilidad de este volumen para los historiadores in-

teresados en el análisis de la administración española en Ultramar durante los dos últimos tercios del siglo XIX. Un excelente estudio histórico del profesor Francisco Tomás y Valiente, fundamentado en diversas calas sobre otros tantos conjuntos documentales existentes en el Archivo, sirve de introducción al inventario.

¿Qué es «Ultramar»?

El *Diccionario* de la Academia define «ultramar» como «país o sitio que está de la otra parte del mar, considerado desde el punto en que se habla». Ahora bien, en la geografía política y administrativa de la España del siglo XIX, la palabra tuvo otra significación mucho más precisa y concreta. Los cubanos no llamaban Ultramar a la orilla del Atlántico que tenían enfrente, sino que se sabían instalados en una realidad política y administrativa de contornos precisos, más amplia que su propia isla, designada precisamente así: Ultramar. Lo de enfrente era España o la Península. El ministerio creado en Madrid en 1863 para resolver los problemas coloniales no era «de ultramar», como rezan las últimas ediciones del *Diccionario* de la Academia, sino «de Ultramar», así, con la mayúscula que corresponde a un nombre propio, como consta en multitud de libros y documentos del XIX y como consigna todavía la edición de 1936/39 del mismo *Diccionario*. Puesto que Ultramar es, en última instancia, el protagonista que presta unidad a la obra que estamos comentando, no estará de más intentar una definición precisa de esa compleja unidad territorial.

«Ultramar» es una realidad geográfica, política y administrativa cuya historia como tal transcurre entre 1824 —el año de Ayacucho— o, si se prefiere, entre 1837 —año en que tal designación aparece en el texto de la Constitución española referido a un conjunto territorial regido por leyes especiales— y 1898. Entre estos hitos cronológicos, la Monarquía española ofrece una fisonomía territorial acerca de cuyos peculiares caracteres conviene llamar la atención. Se trata, en efecto, de una metrópoli peninsular que ejerce, o procura ejercer, su soberanía sobre un conjunto de islas y archipiélagos repartidos entre los más distantes mares del globo y en el que cabe distinguir tres áreas bien diferenciadas: el área antillana, definida socialmente por la presencia de la esclavitud y políticamente por la creciente presión norteamericana; el área guineana —Fernando Poo y las pequeñas islas españolas del Golfo—; y el área filipina o hispanoasiática, caracterizada por

su condición fronteriza, por la inexistencia de la esclavitud, por la escasa implantación española, por su difícil comunicación con la metrópoli. En su conjunto, un imperio colonial cuyas características son la dispersión, el predominio de la distancia y su dependencia de una pequeña potencia incapaz de defender por sí misma semejante patrimonio.

Caracteres del régimen jurídico

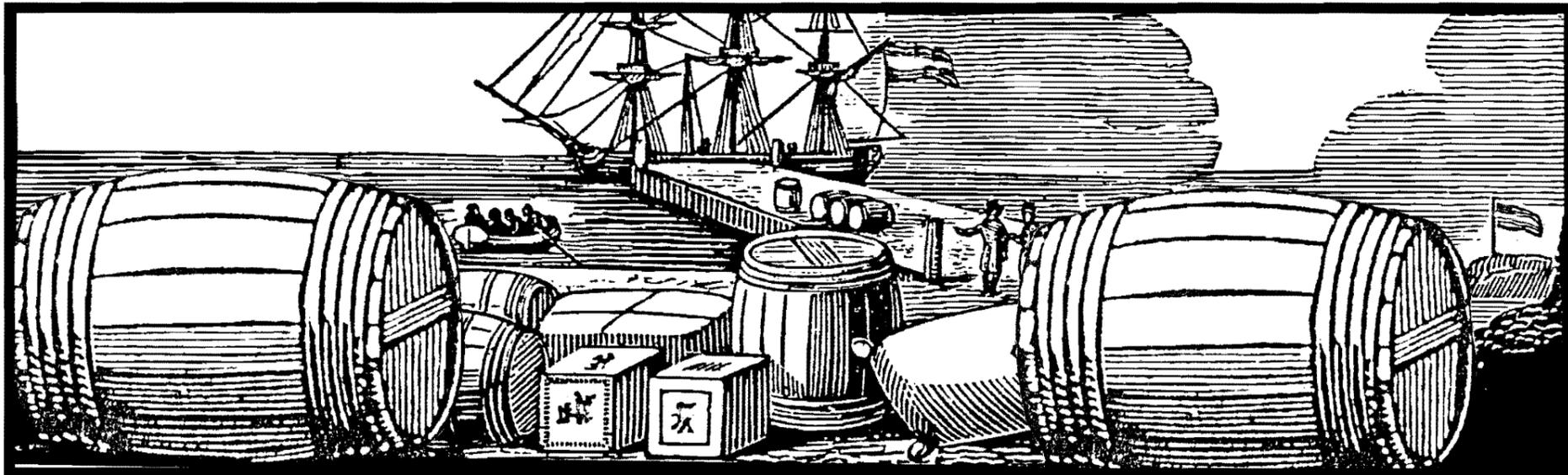
Cuando la Constitución española de 1837 establece que «las provincias de Ultramar serán gobernadas por leyes especiales», «Ultramar» pasa a designar un ámbito territorial distanciado de la Península no sólo geográficamente, sino también desde un punto de vista jurídico y político. No será sólo el mar, sino también su marginación del orden constitucional de la metrópoli, lo que establezca una separación entre la Península y sus islas adyacentes de una parte, y de otra las provincias o dominios de Ultramar. El famoso artículo adicional de la Constitución del 37 mantendrá allí, por lo pronto, la vigencia del Antiguo Régimen: desde las Leyes de Indias y la tríada institucional característica de la España del Setecientos —Capitanes Generales, Audiencias, Intendentes— hasta la esclavitud en las Antillas, mientras en la Península se consolida el régimen constitucional y el funcionamiento de unas Cortes bicamerales a las que, en contraste con lo previsto en la Constitución gaditana, no tendrán acceso representantes de Ultramar, sino a partir de las Constituyentes de 1869 (Puerto Rico) y diez años más tarde —una vez concluida la guerra de Yara—, los representantes de Cuba. Por lo demás, las «leyes especiales» previstas en 1837 no serán recogidas nunca en un cuerpo legal o recopilación de consistencia análoga al de las Leyes de Indias. En principio, las fuentes del derecho ultramarino serán en lo sucesivo las Leyes de Indias, las disposiciones de unos Capitanes Generales investidos, desde 1825, de las «facultades omnímodas» que corresponden a los gobernadores de plazas sitiadas, y las decisiones emanadas de los ministerios peninsulares bajo cuya competencia recaen los diversos asuntos de Ultramar, hasta que en 1863 se cree un ministerio con la finalidad exclusiva de atender estos últimos. La paulatina extensión a Ultramar de diversas leyes y normas jurídicas metropolitanas, la extensión en 1881 a Cuba y Puerto Rico —con determinados recortes debidos al mantenimiento de la vigencia de otras tantas «leyes especiales»—

de la Constitución española del 76, tenderán, siempre con más desconfianza y reserva que generosidad y realismo, a acortar la distancia brutalmente marcada en 1837.

Ahora bien, esta frontera política y jurídica no es sino la expresión formal de unas fronteras sociales mucho más hondas. En la España de 1837 había quedado definitivamente establecido —si bien con transacciones y limitaciones cuyo análisis no es de este lugar— un Estado liberal fundamentado en la libertad económica y de trabajo, en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, en el desmantelamiento de la vieja sociedad estamental, en la adopción de un régimen parlamentario. En Ultramar no habrá igualdad ante la Ley, sino una supervivencia del Antiguo Régimen sobre la base de unas sociedades de fisonomía heterogénea, con un importante componente de diferenciación racial consolidada y dramatizada en las Antillas, y especialmente en Cuba, por la presencia de la esclavitud. En efecto, el mantenimiento de la esclavitud en Puerto Rico hasta 1873, en Cuba hasta 1880/86; la existencia de un «lobby» esclavista, vinculado a los intereses de la expansión azucarera, no sólo bloquea todo intento reformista, sino que influye decisivamente en los destinos de la España peninsular, como han puesto de manifiesto las investigaciones de Espadas Burgos y de José Antonio Piqueras. La frustración de dos grandes ocasiones históricas en que pudo haberse encauzado por vías racionales la política ultramarina de España —la Junta de Información de Ultramar, reunida en 1865; la Ley Maura de 1893 estableciendo la ansiada autonomía de las islas— tuvo su repercusión inmediata en las dos grandes guerras coloniales: la de 1868 y la de 1895. En fin, la insensata guerra con los Estados Unidos trajo como consecuencia que el desastre ultramarino no se limitara a la pérdida de Cuba, sino que se extendiera a Puerto Rico y a las Filipinas, y no pudo haberse alcanzado a las Canarias.

El estudio histórico de Tomás y Valiente

El papel y el carácter de la función desempeñada por el Consejo de Estado en la definición de una política ultramarina ha sido, sin duda, el principal objetivo de Francisco Tomás y Valiente al redactar el estudio histórico que encabeza este *Inventario de los Fondos de Ultramar*. Un conjunto de documentos del mismo archivo, bien seleccionados, le han conducido al



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

meollo de determinados temas relacionados tanto con la trayectoria histórica del Consejo de Estado desde sus orígenes en el Antiguo Régimen como con la historia ultramarina; y le han permitido elaborar un conjunto de breves monografías, cuatro de las cuales cuentan con su respectivo apéndice: uno o varios documentos procedentes del archivo inventariado. La condición de experto historiador del Derecho y de expositor claro y sobrio que acompaña al autor hacen de este estudio histórico una lectura sumamente provechosa para cuantos, de manera más o menos circunstancial, hemos tenido que ocuparnos de problemas históricos estrechamente relacionados con los que abordan sus páginas.

Los aspectos específicamente ultramarinos de este estudio preliminar comienzan -cap. IV- con una somera pero expresiva referencia al lugar que las distintas Constituciones españolas reservan a «las provincias de Ultramar» en la ordenación constitucional de la Monarquía a partir del desdichado artículo adicional de 1837; y consiguientemente al lugar que corresponde a la sección de Ultramar y a sus fondos documentales en la organización y en el archivo del Consejo de Estado. En capítulos sucesivos, el autor lleva a cabo unas calas monográficas del mayor interés, comenzando por una de las reformas más notables entre cuantas afectan a la organización de la administración ultramarina: la supresión del Real Acuerdo con la consiguiente separación de atribuciones entre los Capitanes Generales y las Audiencias de Ultramar y la creación de los Consejos provinciales (1861). Un capítulo VII, relativo a los expedientes de indulto tramitados por la Sección de Gracia y Justicia, nos pone en contacto con una sugestiva aproximación a la sociología de la delincuencia en el mundo hispano-colonial. En fin, un poco por todas partes nos aparece el tema -vertebral en la historia ultramarina- de la paulatina aunque incompleta y frustrada corrección del régimen de «leyes especiales», a partir de la comunicación de leyes metropolitanas, de los amagos de asimilación de las provincias de Ultramar al orden constitucional de la metrópoli, del estéril por tardío proyecto autonómico. Aunque avatares históricos no del todo ajenos, por cierto, a los problemas de Ultramar le impidieran superar su condición de nonata, creo que una referencia a la frustrada Constitución de 1873, con su organización federal y la equiparación de Cuba y Puerto Rico a las demás regiones españolas, hubiera ayudado a entender en

su conjunto la evolución doctrinal que subyace al problema cardinal de la asimilación. Cerrando su referencia al Real Decreto de 25 de noviembre de 1897 «sobre identidad de derechos de los españoles, ya residan en las Antillas o en la Península» y a las cinco Reales Órdenes de diciembre del 97 y enero del 98 enviadas al Consejo de Estado para su consulta, Tomás y Valiente estampa un comentario final tristemente certero: «Ni estos tanteos ni los importantes, pero también tardíos, Reales Decretos de 28 de noviembre de 1897 concediendo un régimen de autonomía a Cuba y Puerto Rico sirvieron ya de nada. Quizá se confió más en soluciones militares que constitucionales y jurídico-políticas atrevidas y ambiciosas. El resultado lo conocemos todos» (pág. 54).

La lenta marcha hacia la emancipación de los esclavos

Pero es el problema de la esclavitud, tanto por su importancia real como por lo expresivo de las fuentes manejadas, el que cobra un interés excepcional en las páginas de Tomás y Valiente. En efecto, «la materia de la esclavitud y su abolición es apasionante, y es quizá la que mejor puede estudiarse con estos fondos. Nunca, por supuesto, sólo con ellos, pero hay documentación abundante, rica y diversa» (pág. 47). La verdad es que este capítulo octavo y los seis documentos que le sirven de fundamento inmediato constituyen una lectura preciosa para el historiador de Ultramar.

No es casualidad el hecho de que el punto de arranque para el análisis que hace el autor de la gestación de la mentalidad antiesclavista en el Consejo de Estado esté significado en un dictamen de su sección de Ultramar que lleva fecha de 1862. La década de los sesenta dejó en la historia una estela de humanidad, de optimismo y de esperanza en el futuro, de capacidad creadora de utopía, jalonada por acontecimientos tales como la liberación de los campesinos rusos en 1861, la emancipación de los esclavos norteamericanos en 1863, la fundación de la Sociedad Abolicionista Española en 1864 o la Revolución española del 68. Los años sesenta no presencian en las Antillas españolas la abolición de la esclavitud -recuérdese que ni en el fugaz Santo Domingo español de 1861 ni en las islas Filipinas existía tal institución-; pero sí la maduración de una doctrina que amplía el horizonte de la emancipación individual, al relacionar su logro inmediato y de-

finitivo con la presencia del esclavo en una tierra ajena a aquélla cuya ordenación jurídica permitía y respaldaba su condición de tal. Este último era el caso de Cuba y de Puerto Rico, donde la práctica y las «leyes especiales» autorizaban lo que no tenía cabida dentro de la ordenación constitucional de la metrópoli. La condición de esclavo deja de ser una connotación personal para convertirse en lo que realmente fue: la situación jurídica resultante de la legalización, en un marco territorial determinado, de una situación de hecho fundamentada en el secuestro o en la compra por dinero de unos hombres. Tomás y Valiente hace un interesante recorrido por los antecedentes de tal doctrina, hasta llegar al dictamen de la sección de Ultramar del Consejo de Estado (1862) que servirá de fundamento a un Real Decreto de 29 de septiembre de 1866, el cual no sólo establece la manumisión automática de los esclavos procedentes de Cuba o Puerto Rico que pisaran territorio de la Península o de sus islas adyacentes, «sea cual fuere la causa por la que se verifique el hecho de desembarcar en dicho territorio», sino que sienta el principio de que «también disfrutará del beneficio de la emancipación y libertad todo individuo de color siendo esclavo cuando, en compañía de sus amos, pise el territorio o entre en la jurisdicción de cualquier Estado en que la esclavitud no exista»; norma que tiene su fundamento en el dictamen arriba mencionado de 1862.

La frustración de las esperanzas puestas en la Junta de Información, la casi simultánea iniciación de la guerra de Yara en Cuba y de la Revolución de Septiembre en la Península, la irresistible actividad del «lobby» cubano, autodenominado de «los buenos españoles», contrario a la abolición y a la autonomía, canalizarán por dramáticos derroteros las esperanzas concebidas en la década de los sesenta, contribuyendo eficaz, aunque inconscientemente, a prepa-

rar los caminos del 98. Por lo demás, son conocidos los grandes hitos legislativos que jalonan trabajosamente la tardía abolición de la esclavitud en las Antillas españolas: la Ley Moret de 4 de julio de 1870, la cual, en pleno reinado de Amadeo I y en plena guerra de Cuba, declara en principio abolida la esclavitud, si bien «no hay en dicha ley una abolición radical y general, sino muchas distinciones, varias situaciones reguladas de modo muy diferente y nuevas instituciones como salidas a la esclavitud, bastante semejantes a ella» (pág. 49). Harto más contundente y eficaz fue la histórica Ley de 22 de marzo de 1873, un mes después de la proclamación de la Primera República española, que declara «abolida para siempre la esclavitud en la isla de Puerto Rico». El tercer jalón está constituido por la Ley de 13 de febrero de 1880, dos años después del fin de la guerra de Yara y de la conclusión de la paz del Zanjón. Su artículo primero expresa, en apenas una veintena de palabras, el clásico tratamiento conservador -cal y arena- del problema de la esclavitud. Diez palabras para la cal: «cesa el estado de esclavitud en la isla de Cuba». Y otras nueve de arena, para satisfacer a los sacarócratas: ello se hará «con arreglo a las prescripciones de la presente ley». Las prescripciones de la presente ley, atenta al respeto de «los derechos adquiridos», cambia el dominio sobre el esclavo por un «patronato», que establece un cuadro de obligaciones para el patrono y que prevé la libertad del patrocinado dentro de un plazo máximo de ocho años, transcurrido el cual este último quedará bajo la protección del Estado, que cuidará de su obligada incorporación activa a la fuerza de trabajo desde su nueva condición de hombre libre. En fin, un Real Decreto de 7 de octubre de 1886 hará cesar el patronato establecido por la ley de 1880, poniendo así punto final al problema de la esclavitud en las Antillas españolas. □

RESUMEN

José María Jover da razón de una obra destinada a ser un valioso instrumento de trabajo para los estudiosos interesados en la historia social y política de las islas de Ultramar. El archivo del Consejo de Estado

conserva, en su sección de Ultramar, un riquísimo repertorio de expedientes que ha sido inventariado en este volumen, que encabeza un excelente estudio histórico de Tomás y Valiente.

Consejo de Estado. Fondos de Ultramar (1835-1903)

Estudio histórico de F. Tomás y Valiente; inventario dirigido por Jorge Tarlea. Consejo de Estado-Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1994. 1144 páginas. ISBN: 84-340-0695-2.

El laberinto sin salida de la Inquisición

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) se doctoró e inició su docencia en su ciudad natal. Desde 1959 ha enseñado en diversas universidades de Estados Unidos y Canadá. Actualmente desempeña la cátedra Arthur Kingsley Porter en la Universidad de Harvard. Ha publicado libros y monografías sobre numerosos temas de literatura e historia intelectual del período medieval y del Siglo de Oro, desde sus Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato (1960) hasta sus recientes Trabajos y días cervantinos.

El libro largamente esperado de B. Netanyahu, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain* se incorpora al catálogo de obras fundamentales en torno a un capítulo indispensable para la historia de Occidente. Sus puntos de partida y llegada son claros y rotundos: la fundación del discutido tribunal es inseparable del problema planteado por la conversión y subsiguiente proceso asimilador de una fuerte masa judía a partir de 1391. Ni judaísmo ni cristianismo disponían en el siglo XV de parámetros referenciales para un hecho de tales proporciones y naturaleza. Lo mismo que las consecuencias fueron por entero imprevisibles, su estudio exige el reconocimiento inicial de su carácter único y autóctono, a la vez que paradójicamente destinado a constituir un hito extremo en la conciencia del hombre moderno.

El tribunal del Santo Oficio surge en España como supuesto dique de contención contra un alegado fenómeno de apostasía colectiva del grupo judeoconverso. No se ventilaba allí ninguna otra clase de «herejía» y sin la funcionalidad social, económica y religiosa de éste no hubiera existido aquél. Si bien no se haya nunca negado tan obvio planteamiento inicial, no había habido tampoco nadie dispuesto a acometer un estudio a fondo del problema como epidesarrollo del mismo. Es la tarea realizada con inteligencia y minuciosidad en este libro que, aparte de otras consideraciones, supone una mayoría de edad para el tema inmenso de los judeoconvertos españoles. Reconocido al fin como uno de los más fascinantes surgidos en la historiografía europea de la segunda mitad del siglo, salta ahora a un terreno de interés general y extrahispánico. Tras la aparición de este libro ha dejado de ser propiedad privada de «castrietas» y los más alejados círculos académicos se pueblan de instantáneos expertos que lo discuten con fervor (¿cómo no?) de neófitos.

La historia de la Inquisición y sus orígenes ha venido dando de hecho una clara prioridad a los testimonios oficiales en torno a la misma (documentos reales y pontificios, re-

gamentos y correspondencias internas), con la inevitable tendencia a identificarse con aquéllos o al menos de una deriva hacia el tipo de discursos acotados por dicha clase de fuentes. Su fisonomía cambia, sin embargo, al ser abordada desde la problemática interna del grupo social judeoconverso, cuyas evoluciones e involuciones religiosas, que hasta ahora eran casi las únicas tomadas en cuenta, han de compaginarse interdisciplinariamente con otras de orden muy diverso. B. Netanyahu se toma aquí su tiempo para iniciar su obra con un estudio del problema judío bajo el período visigótico, del que en gran parte se ofrece por primera vez una visión coherente. Según uno de los brillantes atisbos de este libro, la España cristiana se ha visto después en trance de perpetuar las favorables condiciones de que en ciertos momentos gozaron los judíos en al-Andalus. El péndulo de la Reconquista y sus necesidades perentorias ha obligado a la anulación de las leyes visigodas e inducido el gran florecimiento de la judería medieval, cuyo mismo éxito se halla destinado a provocar la crisis de 1391 y el doble desenlace de la Inquisición en 1481 y la Expulsión de 1492. Los reyes españoles se situaban de hecho al margen de la legislación canónica acerca de los judíos y se da un básico acuerdo con Américo Castro acerca del insustituible papel asumido por éstos. Por excepción en la diáspora, España será para ellos una patria y no un lugar de destierro ni mero escenario de supervivencia material.

B. Netanyahu hace aquí patente que historia española e historia judía son, por lo que toca a los orígenes de la Inquisición, una misma cosa. Su obra es en no pequeña parte una cumplida galería de retratos «dramatis personae». Comienzan éstos con el perfil del arcediano Ferrán Martínez, artífice aborrecible de la oleada de conversiones de 1391, interpretada aquí como un plan políticamente montado y no como amorfo estallido popular ni crisis interna del judaísmo peninsular. El mismo proyecto de conversión total es respaldado por el ex-rabino Pablo de Santa María o de Burgos y avanzado en Aragón por San Vicente Ferrer y la controversia de Tortosa (1413-1414), que a la sombra de Benedicto XIII concibe y maneja el converso Yohua h-Lorkí - Jerónimo de Santa Fe.

La revuelta toledana de 1449

El foco o centro de gravedad de este período, y aun de toda la obra, viene dado por un estudio de la política inicialmente pro-conversa de don Álvaro de Luna, destinada a descarrilar con la revuelta de Pero Sarmiento en 1449. Recorrida en sus largos alcances a través de casi cuatrocientas páginas, es objeto al fin

de la atención que hasta ahora venía posponiéndose en favor de visiones resumidas o tratada como una más entre las incontables zagardas de la época de Juan II. Se trata de un magno cuadro histórico, que implica a la vez el análisis tal vez más profundo que hasta el momento se haya realizado de la trayectoria política de don Álvaro de Luna. B. Netanyahu nos obliga ahora a palpar la trascendencia de la revuelta toledana como paso decisivo en la marcha hacia la Inquisición y el exilio interior de la minoría judeoconversa.

El brazo secular de Pero Sarmiento, con el respaldo doctrinal del letrado Marcos García, restaura momentáneamente en Toledo el peso de la legislación visigoda. La Sentencia-Estatuto de 1449, por la cual se niega toda suerte de oficios y preeminencia social a cualquier judeoconverso, constituye el acta de nacimiento de la limpieza de sangre, así como la acusación de apostasía colectiva contra todo el grupo es, de hecho, el dogma fundacional de la Inquisición. Es entonces cuando a la letra se han encendido las primeras hogueras y todo el curso posterior del problema girará, en último término, alrededor del programa de aquellos meses de integral rebeldía toledana. Objeto de momentánea victoria pírrica para Juan II apoyado por el pontífice, no amainó nunca en su virulencia y habría de acabar por incorporarse vertebralmente a la conciencia oficial española de siglos venideros. Extrema demagogia que hace pensar en las agitaciones centroeuropeas de la época, se daba en aleación con lo más negativo de un anacrónico feudalismo y se perfila más que nunca como uno de los momentos cruciales del pasado español. Con amplia oportunidad para largas y sombrías consideraciones, no podrá darse subsuelo más dudoso para la construcción ideológica de aquella España que todavía era la única posible para Menéndez Pelayo.

El trágico camino hacia 1481 se halla jalonado por lo que desde ahora deberá reconocerse como uno de los grandes debates teológico-políticos de la baja Edad Media dentro y fuera de España. El autor es irrefutable en su amargo alegato contra una erudición moderna más proclive a repetir las acusaciones de Marcos García que a detenerse en la abrumadora discusión en que pronto se vieron anegadas al más alto nivel jurídico y teológico.

Si, en efecto, los sucesos de 1449 han tendido a ser vistos con no poca complacencia por parte de la crítica, la opinión contemporánea fue certera en asumir, desde el primer momento, tanto su intrínseca gravedad como la hipoteca que representaban de cara a un futuro aún más ominoso. La Sentencia-Estatuto movilizó a las mejores cabezas de Castilla en torno al rechazo de una sociedad en guerra consigo misma y de una instrumenta-

lización de lo religioso atentatoria contra la misma idea cristiana. Marchó por delante la claridad mental del relator Fernán Díaz de Toledo, con su tajante *Instrucción* para el obispo de Cuenca, don Lope Barrientos, llamado a su vez a intervenir en la polémica con inequívoca denuncia de los «cizañadores» contra los conversos. La centran después el cardenal Juan de Torquemada, autor material de las bulas adversas de Nicolás V, y el obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, teólogos ambos de rango internacional tras su papel en el Concilio de Basilea. Rechazan ambos la inculpa colectiva contra los conversos y son rotundos en señalar su atentado contra la doctrina paulina sobre unidad de los fieles. Marcos y demás excluyentes eran así relegados al marco de la herejía formal por negar la plenitud de gracia del bautismo. En tono menor los seguirán Fernán Pérez de Guzmán (esta vez, para variar, un cristiano viejo) y Moisés Diego de Valera.

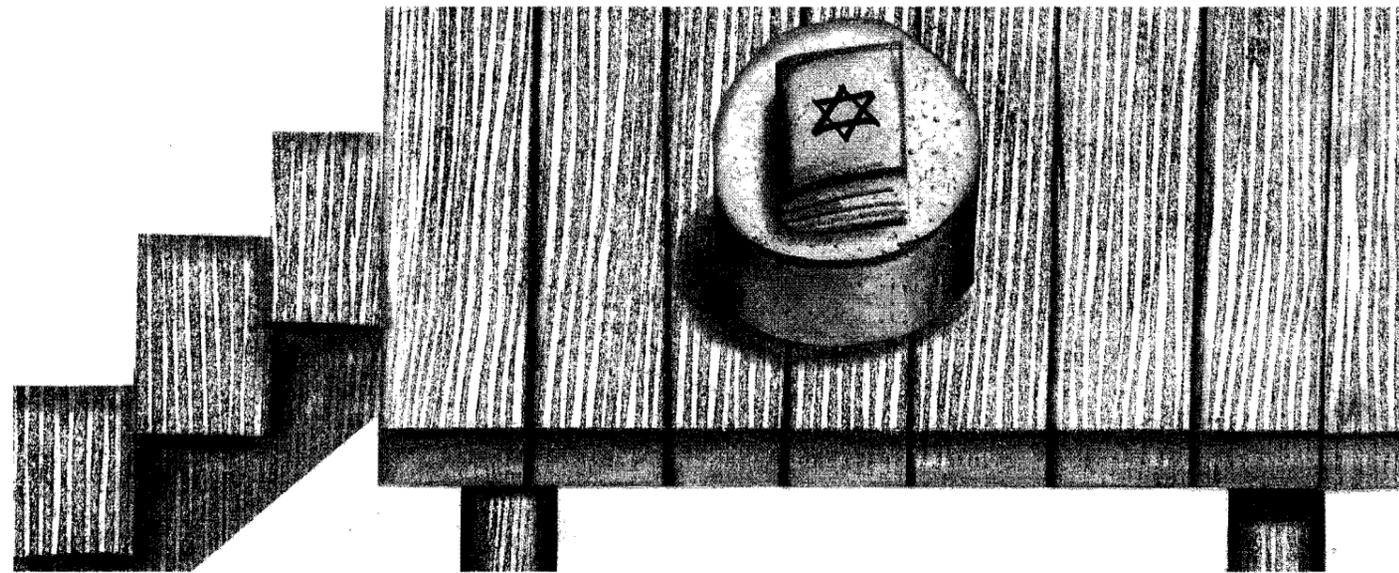
Extenderse a calibrar a fondo las ideas del autor acerca del gran debate requeriría otro libro acerca de cuestiones harto dignas de no seguir confinadas a un estrecho círculo de estudiosos. Quede al menos en claro que lo que allí se juega es mucho más que el problema de los conversos y los orígenes de la Inquisición. Un título como *Defensorium unitatis christianae*, elegido por don Alonso de Cartagena para su tratado, vale por un diagnóstico profundo de un destino colectivo en el que aún nos hallamos inmersos. El rico movimiento de ideas, lo mismo que las bulas y condenas contra la facción anti-conversos, fueron después objeto de un estratégico olvido y, salvo por su breve reafiorar en fray José de Sigüenza (un héroe intelectual no reconocido), habían de quedar oportunamente sepultados casi hasta el día de hoy.

El trabajado advenimiento de la Inquisición

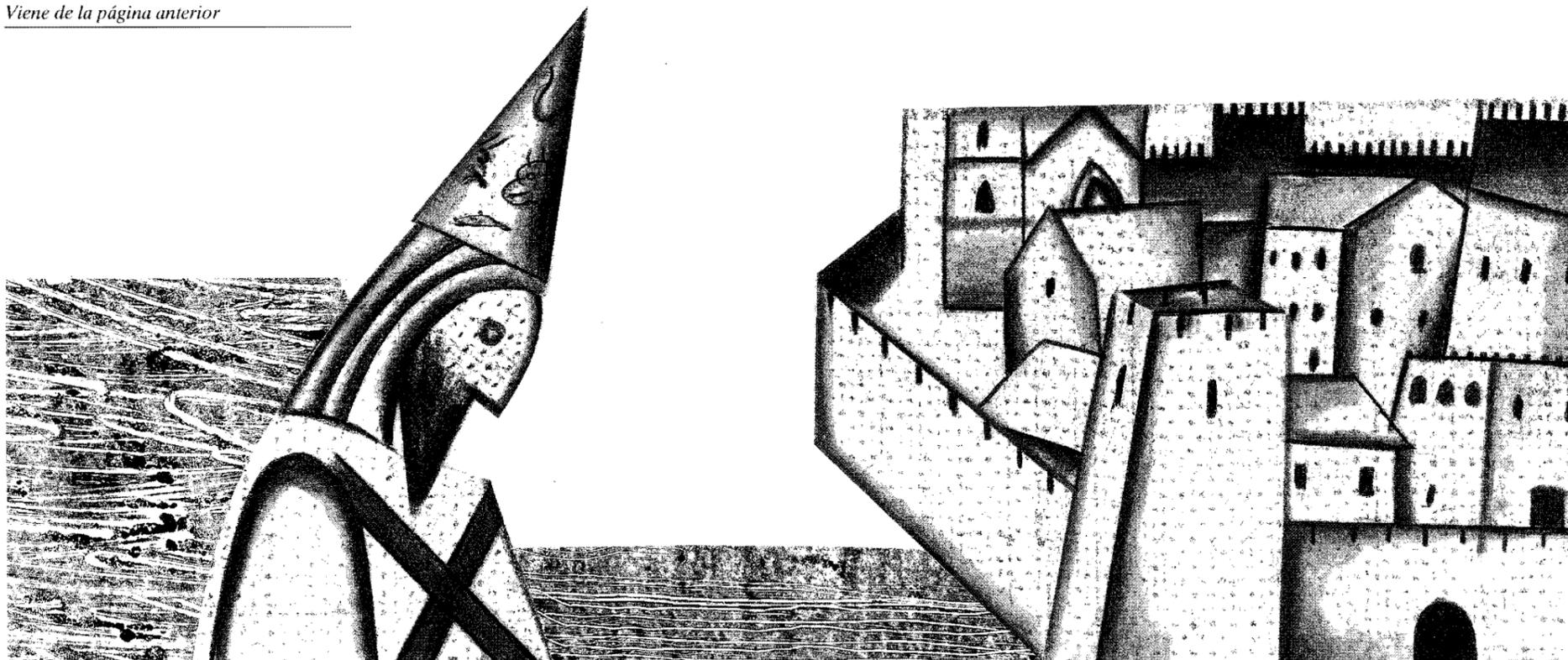
A la altura de 1449 quedaban todavía a treinta y dos años vista las primeras actividades sevillanas del Santo Oficio. El camino hacia éste fue lento, trabajado y sembrado de dudas y retrocesos, hasta el firme impulso final de Fernando e Isabel (pero más de Fernando según este libro). Continuó, pujante, la polémica iniciada en 1449, hasta enfrentar a sus dos últimos campeones, el violento activista fray Alonso de Espina, con su *Fortalium Fidei* (iniciado en 1457), y el general de la orden española de los Jerónimos, con su evangélico *Lumen ad revelationem gentium* (acabado en 1466).

Empezó a hablarse de Inquisición a raíz de la crisis de 1449 y hoy sabemos que en 1481 vino sólo a la tercera vencida, tras la obtención de bulas «ad hoc» en 1451, como gesto de apaciguamiento de don Álvaro a los toledanos, y por Enrique IV en 1462. Se relacionaban probablemente esta segunda vez con las incendiarias campañas de Espina y la repulsa que merecían a Oropesa. De hecho, este mismo había propugnado un experimento inquisitorial que puso en marcha en Toledo por espacio de ocho meses en 1461-1462. Convenido por experiencia de la exageración o escasa gravedad del fenómeno judaizante y de su manipulación por pescadores de río revuelto, pensaba en un organismo episcopal, dirigido tanto a conversos como a cristianos viejos. Es preciso entender que los conversos anti-excluyentes distaban de ser unos liberales en sentido moderno. Los judaizantes les merecían una condena inequívoca, pero si Oropesa seguía pensando en una institución de esta naturaleza, sería en todo caso de carácter para-pastoral y no de primera intención represivo, es decir, algo enteramente opuesto

G. MERINO



Viene de la página anterior



G. MERINO

a lo que bajo el mismo nombre hubo de venir después.

Tanto Espina como Oropesa terminaron sumergidos por la anarquía del período final de Enrique IV y por la tendencia del problema a airearse en violentos conflictos locales en los reinos de Toledo y Andalucía. Es la situación heredada por los Reyes Católicos, autores de la radical maniobra de captarse el apoyo popular mediante un tribunal represor, oficialmente eclesiástico, pero de hecho bajo estricto control de la Corona y ajeno a interferencias de la jerarquía y de Roma. Era la llave que permitía conjurar el crónico desorden urbano contra los conversos, a la vez que aseguraba el despojo económico y control a vida o muerte de un grupo siempre inquieto y a punto de cuajar en una pujante burguesía a la moderna.

Justificada inicialmente como respuesta de unos católicos monarcas a la grave amenaza de la fe en sus reinos, la Inquisición continúa siendo adscrita a causas de orden primordialmente religioso por el grueso de la crítica moderna. H. C. Lea y modernos autores judíos discrepan sólo en ver allí una muestra no de la fe de unos monarcas, sino de la intolerancia católica o del habitual antisemitismo eclesiástico.

B. Netanyahu suma el peso de sus 1300 páginas a la convicción, hasta ahora minoritaria, de un carácter social y político que hábilmente se disfraza o auto-persuade como celo religioso. La cuestión se centra en torno al fenómeno judaizante, alegado como masivo desde 1449 y admitido también como punto de partida por apologistas tanto cristianos como judíos. Frente a ello, el criptojudasmo no pasó de ser, en realidad, muy minoritario, a la vez que intrascendente en el siglo XV. Los conversos no eran judíos desde el punto de vista rabínico y las comunidades hebreas sólo sentían desprecio por ellos. Ni las acusaciones lanzadas en Toledo en 1449 ni menos aún las de Espina fueron nunca probadas. Los teólogos anti-excluyentes de la época rechazan la inculpação colectiva y consideran el criptojudasmo un problema menor y manejable a través de instrucción religiosa y cese de abusos discriminatorios. Nada hay que haga pensar en un cambio que en 1478-1481 justifique el expediente draconiano de la Inquisición como salvamento para la fe.

El autor pasa tal vez al otro extremo en su total descalificación del criptojudasmo. Hubo siempre minorías judaizantes y hasta algunos focos de cierta virulencia, como fueron los de Ciudad Real y Sevilla. Lo mismo que también una masa que apenas era judía ni cristiana, al lado de conversos sinceros, entre los que florecían tanto el saber teológico como la renovación espiritual de la época, en precoz anticipo de las inquietudes del siglo siguiente. E incluso también un sector de indiferencia o incredulidad racionalista, que dio pábulo a muchos procesos inquisitoriales y del que ni cristianos ni judíos han querido sa-

ber nunca mucho. Queda en pie, sin embargo, lo fundamental de la tesis del autor acerca de la gran mentira de la universal apostasía, así como del uso de la Inquisición como instrumento de ingeniería social. No es casualidad, por ejemplo, que las primeras actuaciones decapiten en todas partes la oligarquía local converso. Ritos de humillación colectiva como los practicados por la Inquisición toledana carecen de precedente y no pueden ser puestos tampoco a cuenta de ninguna inspiración religiosa. Más aún, la cruel ofensiva inicial no se ve que lograra abatir una sola cabeza dirigente ni creadora entre las filas criptojudías. La absoluta falta de garantías procesales hacía de todo converso un reo en potencia, y Netanyahu, que no se muestra inclinado a adentrarse por los senderos de la literatura, hubiera podido servir de los casos no sólo de Fernando de Pulgar, sino de Juan Álvarez Gato, Diego de San Pedro y Francisco López de Villalobos como prueba de que conversos de la más impecable ortodoxia veían en la Inquisición una amenaza ciega contra todo individuo del grupo.

La obra aquí comentada supone, de un modo u otro, un avance en el sentido de la desmitificación religiosa del problema. La polvareda en torno al mismo se aclara notablemente al reducir a sus justas proporciones un aspecto religioso considerable, pero no único ni determinante, al lado de una compleja dinámica de motivaciones políticas, sociales y económicas sobre las que aún tardará en decirse la última palabra.

Olvidos, omisiones y soslayos

El libro se halla abierto, a causa de su misma amplitud, a muy diversas reservas, discrepancias y matizaciones. Su autor hace una historia de tipo tradicional y procede a una continua exégesis en que ha de cubrir extensas zonas vírgenes o precarias en lo que toca a datos firmes. No se trata de rasgar con esto ninguna farisaica vestidura, porque la opinión personal aquilatada en el trabajo de toda una vida estudiosa tiene derecho a ser escuchada con todo respeto, si bien no a asumir vigencia fuera de un terreno hipotético. En el caso entre manos se da una cierta aridez en lo relativo a una eterna causación del tipo más gélidamente maquiavélico y conspiratorio, con escasas concesiones al devenir ambiental de la sensibilidad y estilos de vida, tanto intelectuales como humanos. ¿Qué decir, por ejemplo, del empuje entre los conversos sinceros de un paulinismo avanzado, anticereemonial y prerreformista?

No es de sorprender que se den asimismo lagunas, sobre todo hacia su algo apresurada parte final. A pesar del esfuerzo en materia de documentación hay algunos extraños olvidos, como el de los estudios de Albert A. Sicoff sobre problemas de la orden jerónima. ¿Cabrán estar tan seguros como Netanyahu de

que Barrientos y Oropesa no eran conversos? Más sorprendente aún es su ignorar a la noble figura del judeoconverso fray Hernando de Talavera, consejero de la reina Isabel, que nunca abrigó simpatías hacia la Inquisición y estuvo a punto de morir a sus manos. No se le menciona en relación con el lapso de tiempo en que la bula fundacional de 1478 queda inaplicada, igual que lo estuvieron (en su caso para siempre) las de 1451 y 1462. Justo como en dichas ocasiones, es posible detectar la oposición de altos círculos eclesiásticos y se dispone de algo más que indicios del escaso favor del entonces influyente jerónimo hacia el proyecto inquisitorial. Figura en la bibliografía, pero sin ser puesta a contribución, la respuesta de fray Hernando al libelo de un anónimo clérigo sevillano en favor de un sincretismo de Iglesia y Sinagoga que, en cuanto máximo atrevimiento de la clandestinidad judaizante, casi con seguridad hizo ceder el terreno bajo los pies de los adversarios del proyectado tribunal.

B. Netanyahu dispone de un concepto clave con que cubrir todo problema judío desde los visigodos al cardenal Silíceo, y la palabra es «racismo». Aparte de su carácter de etiqueta acomodaticia, no faltan motivos para considerarla inadecuada y poco feliz. «Raza» y «racismo» se hallan indisolublemente asociados hoy con planteamientos de orden biológico que distaban de operar en el caso del problema judeoconverso. Individuos de sangre judía se movieron por todas partes y en todo sector político, sin excluir a los mismos inquisidores (el gran Torquemada, sobrino del cardenal, del que casi nada aquí se dice) ni al alevoso y, a menudo, decisivo don Juan Pacheco, marqués de Villena. Figuraron los conversos de un modo conspicuo en las oligarquías concejiles (otro aspecto aquí omitido). En claro repudio del principio racial, el decreto de expulsión acepta al judío que elija convertirse, y el mismo Fernando el Católico, según aquí se reconoce, no iba tras el genocidio ni la extinción material del grupo, por lo cual cortó en seco el avance de la limpieza (ejemplo que no habían de seguir sus sucesores). La misma ferocidad posterior de dicho principio se acallaba de hecho ante una conducta maleable o de probada lealtad a lo oficial y establecido. La limpieza suponía un dispositivo de conformismo, tanto o más que

de exclusión. Ahí estaba, sí, la «sangre», pero, curiosamente, ésta terminaba por ser «una cosa mental», es decir, todo asomo no ya de disidencia, sino de mera desviación política, ideológica o religiosa en cualquiera con la desgracia de tener algún antecesor «ex illis».

Los estereotipos negativos que bloquean el problema judeoconverso en España arraigaban en un antisemitismo eclesiástico que, mantenido a raya por mucho tiempo, tendía a restablecerse en detrimento de las estructuras «mudéjares» de la España bajo-medieval, que es lo que de veras estaba allí en juego. La situación posterior a 1391 quedó fatídicamente emponzoñada no por ningún racismo a lo de hoy, sino por la sofisticada inconsistencia con que los teólogos (incluyendo a Santo Tomás) comenzaban por rechazar la conversión forzada para terminar legitimándola en el terreno práctico. Los facciosos de 1449 enfocaban sobre el ex-judío su inquina contra toda autoridad, incluyendo la del mismo pontífice, al que desvergonzadamente invitaban a sumárseles invocando inspiración o línea directa con el Espíritu Santo. Su cruda demagogia se rehusaba a toda «élite» y era destino de época el que la presencia social del converso la encarnara a su alrededor en los decisivos terrenos de la economía, de la cultura, de la administración y hasta de lo eclesiástico. El Santo Oficio fue siempre demagógico y antielitista.

Van cediendo poco a poco las sucesivas murallas de apasionamiento y prejuicio que han venido cercando el estudio de la Inquisición, pero queda el peligro de los espejismos y falsos telones. Aparte de su entidad de hecho histórico, permanecerá aquélla siempre no como un problema religioso ni político, sino como una extrema aporía de la condición humana por encima de tiempo y espacio. Son fáciles de explicar por eso las tentaciones de asimilarla a la barbarie e intolerancia con que nuestro siglo ha superado a toda anterior experiencia. Ningún esfuerzo estudioso podrá nunca dar razón, más allá de «construcciones» de época, de una realidad tan comprometedora de principios jurídicos igual que religiosos, a la vez que indeciblemente traumática, lo mismo para perseguidores que perseguidos. Comprendamos que, al igual que el Holocausto, la Inquisición es también, en último término, un contrasentido. □

RESUMEN

Márquez Villanueva saluda la aparición de una obra fundamental sobre la Inquisición, en la que su autor se suma con ímpetu a la tesis, hasta ahora minoritaria, de que razones de índole social y política se enmascararon tras

el celo religioso en la aparición del Santo Oficio. Y, en este sentido, esta importante obra, con la que discrepa a veces el comentarista, es un avance considerable hacia la desmitificación religiosa del problema.

B. Netanyahu

The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain

Random House, Nueva York, 1995. XXII + 1384 páginas. ISBN: 0-679-41065-1.

Matrimonios mixtos y sociedad pluricultural

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología de la Universidad de Barcelona, miembro de la Academia Europea y presidente de la Sociedad Española de Psicología. Es doctor «honoris causa» por la Universidad de Ginebra. Su obra más reciente es *La Europa de las lenguas*, publicada simultáneamente en catalán, en castellano y en francés, y en preparación la versión inglesa.

Las estadísticas muestran que en todos los países de Europa Occidental los matrimonios mixtos tienden progresivamente a aumentar. Así, por poner un ejemplo, en Francia a lo largo de quince años la proporción de estos matrimonios respecto del total de los contraídos cada año ha pasado del 6 al 12 por ciento. Un hecho que no puede sorprendernos en un mundo en el que las facilidades de comunicación ponen continuamente en contacto y en relación a gentes de procedencias muy diversas. Se puede suponer, por tanto, que las familias formadas a partir de estos matrimonios constituyen la avanzadilla y el banco de ensayo de lo que puede ser la sociedad pluricultural avanzada a la que parecemos acercarnos. De ahí el interés y la importancia de los estudios dedicados a estos matrimonios y estas familias. El que aquí me propongo comentar presenta un interés redoblado porque está centrado en el estudio de familias franco-alemanas y, como es sabido, la entente franco-alemana, tantas veces calificada de matrimonio mal avenido, constituye la espina dorsal de la construcción europea, y porque utiliza, además, una metodología original y rica en posibilidades. Pero antes de referirme directamente a su contenido y sus resultados vale la pena detenerse en la propia denominación de «matrimonio mixto».

Cuando en las estadísticas demográficas al lado del número de matrimonios contraídos se hace figurar el de matrimonios mixtos, se sobrentiende que éstos constituyen algo distinto de lo normal o habitual y que por ello han de recibir una denominación propia. Y el calificativo «mixto» describe esta particularidad como una mezcla, pero ¿una mezcla de qué?

En todos los tiempos, los matrimonios han tendido a concertarse dentro del grupo social próximo. Es el propio grupo el que presiona en este sentido, probablemente para mantener su cohesión interna y argumentando que, dado que el matrimonio supone la unión de dos personalidades distintas y, por tanto, en alguna medida una mezcla a veces difícil de manejar y a veces explosiva, si los esposos han recibido una educación similar los riesgos serán menores. «Al hijo de tu vecino límpiale los mocos y mételo en tu casa», dice Sancho a Don Quijote, ilustrando con un proverbio sus previsiones paternas sobre el matrimonio de su hija Sanchica. Pero si el entorno social opta claramente por el matrimonio entre semejantes, los individuos en todos los tiempos han sentido la atracción del «otro», distinto y lejano. Para las chicas del pueblo, el mozo del pueblo cercano conocido en una fiesta tiene un encanto que no tienen los convecinos conocidos desde siempre, y los chicos del pueblo sueñan con la actriz que visitó el pueblo en la feria. Así, lejanía es a la vez un riesgo y un factor de atracción.

Pero la lejanía no es necesariamente geográfica. La tradición y a veces incluso las leyes querían que los monarcas se casasen en su propio medio, que es el de las familias reinantes, lo que significaba buscar esposa en otro país. Y la aristocracia europea ha constituido durante siglos un círculo cerrado cuyos miembros se casaban entre sí por encima de las fronteras nacionales. Para el aristócrata, el extraño era el burgués o el campesino que vivían a pocos metros de distancia. Para una fa-



VICTORIA MARTOS

milia de comerciantes casar a su hija con un artista puede resultar tan exótico y arriesgado como para un campesino casarla con un habitante de la ciudad. En todos estos casos se trata de matrimonios con un extraño y, por tanto, matrimonios mixtos entre individuos con tradiciones culturales distintas. Sin embargo, la noción de matrimonio mixto que se contabiliza en las estadísticas tiene un sentido muy preciso y relativamente moderno. Matrimonio mixto es el matrimonio con un extranjero.

El concepto de extranjero cristaliza en el siglo XIX en la medida en que se consolidan los estados nacionales y se asume la identificación entre estado nacional y cultura nacional. El matrimonio mixto es el matrimonio entre dos personas que poseen nacionalidades distintas y que, por ello, se sobrentiende que pertenecen a culturas distintas. Una denominación probablemente heredada del derecho canónico que designaba así a los matrimonios entre personas de religión diferente.

El libro objeto de este comentario describe los resultados de una investigación sobre los matrimonios franco-alemanes. Tradicionalmente los estudios sobre matrimonios y familias mixtas se han organizado a partir de cuestionarios propuestos a muestras más o menos representativas de familias de este tipo

o, usando una metodología más rica, como «estudios de casos» que se pueden llamar «historias de vida» o, con más propiedad, «historias de familias». En cambio, el estudio que comento se ha basado en una metodología inspirada en la dinámica de grupos, reuniendo a los matrimonios objeto del estudio y a los investigadores en convivencias de varios días en los que, reunidos en pequeños grupos, discutían sobre el tema de la investigación e intentaban llegar a conclusiones, aunque el primer resultado era poner claramente de manifiesto las actitudes profundas de los distintos participantes. Los participantes en estas reuniones eran aproximadamente unos 25, pertenecientes a matrimonios mixtos, unos residiendo en Francia y otros en Alemania, aunque con una mayoría de mujeres; y, entre ellas, de mujeres casadas con alemanes.

Tanto Gabrielle Varro, responsable principal de la investigación, como sus colaboradores son sociólogos, pero orientados hacia la antropología cultural y la psicología social e incluso con cierta influencia psicoanalítica. Desde esta perspectiva, los investigadores situaban en un lugar central de sus preocupaciones la construcción social del yo y de su identidad; y tendían a considerar que nociones como carácter nacional o cultura nacional son meros artefactos creados por la sociedad. Más todavía, esperaban que los componentes de

los matrimonios mixtos habrían descubierto en su propia experiencia la vacuidad de estos conceptos o, en todo caso, que las discusiones en grupo les llevarían a comprobar su inanidad. Con sorpresa advirtieron que ocurría más bien lo contrario. Una y otra vez alguno de los reunidos interpretaba la intervención o el comportamiento de otro de los participantes como «típicamente francés» o «típicamente alemán». Y al expresarse así no hacían más que reproducir lo que ocurría en el interior de los matrimonios, donde, muy a menudo, cualquier comportamiento sentido por el cónyuge como diverso era explicado en relación a su carácter nacional.

La negociación del equilibrio

Cuando una persona, hombre o mujer, decide casarse con alguien de nacionalidad distinta sabe que no sólo tendrá que hacer un esfuerzo para adaptarse a las peculiaridades del otro, sino que a ellas deberá añadir las que resultan de su pertenencia a una cultura nacional distinta. E incluso si se niega a admitir que esto pueda tener importancia, el ambiente próximo se encargará de recordárselo. Cuando una muchacha francesa hace veinte años, y éste es el caso de algunas de las participantes en el estudio, anunciaba su intención de casarse con un alemán, el anuncio era recibido con sorpresa o con desagrado y despertaba inmediatamente los fantasmas de la guerra y de la ocupación. Esta presión del ambiente no termina con la celebración del matrimonio. La misma francesa, una vez establecida con su marido en Alemania, tiene que recordar cada día, en cuanto sale a la calle, que no está familiarizada con muchas costumbres alemanas y que, incluso, si habla alemán, no lo habla como una auténtica alemana. Y aunque sobre el marido, porque sigue viviendo en su propio ambiente, la presión ambiental es menor, no sólo experimenta algo parecido cuando se relaciona con la familia de su mujer o cuando pasa con ella unas vacaciones en Francia, sino que es posible que en su propio ambiente, el hecho de estar casado con una extranjera condicione ciertos comportamientos de sus amigos o de sus colegas.

Pero no se trata sólo de la presión exterior. Para estructurar la convivencia los cónyuges tienen que adoptar un conjunto de formas de actuar que a la larga se convertirán en hábitos del matrimonio y de la familia. En parte estas formas de actuar pueden ser totalmente inventadas y depender sólo de la personalidad de los cónyuges, pero en gran parte han sido recibidas en la tradición familiar y cultural de cada uno de los dos. Y se produce, por tanto, un cierto proceso de negociación para encontrar actuaciones que resulten satisfactorias o tolerables para uno y otro.

De estas formas de comportarse recibidas de los demás, la más visible y la más significativa es el lenguaje. Dos personas que originariamente hablan lenguas distintas y que mantienen un contacto verbal frecuente, incluso mucho antes de que piensen en establecer una relación estable, han de alcanzar algún tipo de acuerdo sobre la lengua en que se comunicarán. Las soluciones posibles son muy diversas. Es posible que uno de los dos no conozca la lengua del otro, y entonces la lengua conocida por los dos es la que se convierte en lengua común. Y es posible también que los dos sean bilingües en el sentido de que los dos posean la primera lengua del otro y que, sin embargo, elijan una de las dos como lengua común. Pero es posible también que, siendo los dos bilingües, para relacionarse entre sí utilicen alternativamente las dos. Y todas estas posibilidades no hacen sino dejar claro que por el hecho de constituir una pareja no crean



Viene de la página anterior



una lengua común, sino que siguen disponiendo de dos lenguas, la propia de cada uno, y que han de alcanzar un acuerdo sobre la manera de usarlas.

Aunque las soluciones posibles son muy variadas y cada pareja alcanza su propia solución, se pueden advertir algunas regularidades. En la elección de lengua influye, en primer lugar, el país de residencia; la lengua del país en que reside la pareja tiene mayores probabilidades de convertirse en la lengua común. E influye el prestigio respectivo de las lenguas en presencia. En el caso que comentamos, de parejas viviendo en Francia y en Alemania, cuando uno de los cónyuges tiene como primera lengua una lengua como árabe, croata o incluso italiano, para limitarme a los ejemplos que aparecen en la muestra estudiada, no es seguro que el otro cónyuge llegue a aprender esta lengua; y caso de que la aprenda, es muy difícil que se convierta en la lengua común de la pareja. El francés y el alemán imponen su superior prestigio. Pero, incluso, entre el francés y el alemán parece establecerse una cierta jerarquía, y los cónyuges de lengua francesa insisten más en establecer su lengua como lengua común que no los alemanes con la suya; lo que probablemente se deba a la alta conciencia que tienen los franceses del valor de su lengua.

Por importante que sea la lengua, es sólo uno de los aspectos de lo que puede calificarse de una cultura nacional. Dada la dificultad de definir y de evaluar la mayoría de los aspectos de lo que llamamos cultura, los investigadores, en este caso, se han limitado a algunos elementos fácilmente observables, por ejemplo la cocina. También aquí es fácil advertir que el matrimonio bilingüe dispone de un doble sistema de referencias, la cocina francesa y la cocina alemana, lo que permite manifestar preferencias, hacer opciones y, por supuesto, admitir mezclas y alternancias; algo parecido a lo que son el «code mixing» y el «code switching» en el caso de las lenguas. Una de las mujeres del estudio aclara que se encuentra muy a gusto en Alemania y que hay muchas cosas en su país de instalación que le parecen muy bien, pero en su casa se sigue cocinando a la francesa, porque, a su juicio, sólo los franceses conocen el arte de hacer de la preparación y del consumo de los alimentos un placer. Reconoce, en cambio, la excelencia de los pasteles alemanes, y sólo en este apartado está dispuesta a admitir consejos de su suegra. Las manifestaciones de esta francesa, trasplantada a Alemania, revelan el equilibrio en el ámbito culinario al que ha llegado en su familia; un equilibrio que en otras familias se establecerá de otras maneras.

Ya he hecho notar que en la negociación de este equilibrio intervienen factores externos. Por mucho que sea su entusiasmo por la cocina francesa, el hecho de vivir en Alemania le obligará a adoptar hábitos alemanes con más fuerza que si el mismo matrimonio mixto residiese en Francia. Y como en el caso de la lengua influye también el prestigio cultural, su decisión de mantener la cocina francesa está facilitada por el hecho de que la cocina francesa goza en Alemania de un alto prestigio, muy superior al que goza la cocina alemana en Francia. Y lo que digo de la cocina, puede repetirse para cualquier otra dimensión cultural. Pero, además de los factores que acabo de indicar, en el equilibrio que finalmente alcanza una pareja influye principalmente la dinámica de sus relaciones personales. Cada uno quiere hacer feliz al otro, pero quiere hacerlo a su manera; y esta manera implica introducir en la vida de la pareja las formas de comportamiento que a cada uno le parecen más valiosas. Y esta dinámica es distinta en cada pareja. Uno de los maridos alemanes de los matrimonios estudiados dice que ha aceptado hacer del francés la lengua común de la pareja, dado que por el hecho de instalarse en Ale-

mania su esposa había ya renunciado a bastantes cosas que le eran familiares, y que él le debía esta compensación. Un razonamiento que para otras parejas parecería irrelevante o difícil de entender.

Sería erróneo deducir de lo que llevo dicho que la pareja mixta tiene más dificultades que cualquier otra. Toda pareja ha de hacer una sucesión de ajustes para alcanzar un cierto equilibrio, un proceso que implica renuncias y adaptaciones, no sólo porque los cónyuges tienen temperamentos y personalidades distintas, sino porque aunque posean la misma nacionalidad y sean, por tanto, parejas oficialmente «no mixtas», con mucha frecuencia proceden de medios sociales y culturales distintos, lo que produce problemas similares a los que acabo de resumir. Unas parejas logran organizar su convivencia y otras, en cambio, fracasan y no parece que los matrimonios «mixtos» sean más frágiles o presenten un mayor índice de fracasos que los constituidos por ciudadanos de un mismo país. Lo que sí caracteriza a la mayoría de los matrimonios mixtos es que tienden a interpretar sus diferencias y sus tensiones en términos de caracteres nacionales. «Me casé con un hombre y me he separado de un alemán», decía gráficamente una de las entrevistadas, con lo que daba a entender que, mientras estuvo enamorada, en el comportamiento de su marido descubría características personales, pero, a medida que aumentaba el desacuerdo, veía su comportamiento como expresión de los comportamientos estereotipados alemanes.

Pero la percepción de las diferencias no lleva necesariamente al conflicto. Si una pareja mantiene su estabilidad es por una voluntad común de integración, y en el caso de las parejas mixtas no sólo el compromiso de convivir se hace a partir del reconocimiento de estas diferencias, sino que, en buena parte, la vida en común lleva a descubrir factores positivos en la nueva situación. Incluso la esposa que se siente incómoda entre los alemanes, cuando está de visita en Francia se considera obligada a rectificar la visión deformada que sus compatriotas tienen de la vida en Alemania. Y es probablemente en relación con los hijos donde esta tensión, afirmar la propia personalidad nacional y asegurar el equilibrio de la pareja y de la familia, se pone mejor de manifiesto.

La esposa que había decidido adoptar la cocina francesa como cocina familiar contaba su decepción el día que su hijo le reclamó patatas cocinadas a la alemana; «lo sentí algo menos mío», decía con clara exageración. Pero es evidente la presión de cada uno de los cónyuges por transmitir a los hijos características ligadas a su propia tradición familiar y cultural. Y esta pretensión mantenida de ambos lados puede llevar a negociar un cierto equilibrio o puede convertirse en una auténtica lucha por ejercer un mayor influjo sobre los hijos. Pero también, en este caso, hay que contar con la voluntad de los padres de facilitar el desarrollo de los hijos, y en este caso implica el tratar de hacer de la doble herencia cultural un factor positivo.

La mayoría de los matrimonios, objeto del estudio que comento, pertenecen a una clase cultivada, e incluso la mayor parte de ellos están relacionados con actividades docentes. Se comprende por ello que su preocupación por la educación de los hijos sea alta. Un primer dato significativo es que la mayoría creen observar una clara diferencia entre el estilo educativo francés, más formal y más centrado en las calificaciones escolares y los títulos, y el estilo educativo alemán, que ofrece más espacio a la variedad de las experiencias y al desarrollo autónomo; pero aunque cada uno de los cónyuges valora su propia experiencia en general, son sensibles a las virtudes del otro y las desean para sus hijos. Desde otra perspectiva, todos ellos desean ofrecer



VICTORIA MARTOS

a sus hijos una imagen de Francia y de Alemania que resulte, si no complementarias, al menos compatibles, incluso si ello les obliga a revisar las imágenes tópicas que recibieron en su propia educación. Finalmente, todos desean que sus hijos mantengan su dominio sobre las dos lenguas y planean su educación de manera de hacérselo posible, desde familiarizarles con las dos en el propio hogar hasta elegir el centro de enseñanza en función de la capacidad para asegurar este dominio u ofrecerles la oportunidad de viajar para perfeccionarlo. Y, en la mayoría de los casos, los padres parecen convencidos de que su familiaridad con dos culturas nacionales será un factor positivo para su futuro.

Claro que, en definitiva, el punto de vista que importa es el de los propios hijos de estos matrimonios. Para los padres, el encuentro con el otro y la aceptación o el rechazo de sus formas culturales sobrevino cuando tenían ya una personalidad constituida que así debió ponerse a prueba. Los hijos, en cambio, deben estructurar su propia personalidad a partir del descubrimiento de la dualidad. Para obtener algún dato sobre los problemas de los hijos, los investigadores organizaron algunas reuniones con adolescentes hijos de familias de este tipo; un recurso interesante, pero insuficiente, pues la formación de la personalidad es un proceso temporal iniciado en la infancia y que, en las primeras edades, sufre cambios profundos. Para el niño en esta situación, el hecho de hablar dos lenguas y de preferir una u otra está en relación con sus lazos con el padre y con la madre y, en general, con la dinámica familiar. Más adelante es más bien la opinión de los compañeros lo que le hace caer en la cuenta de que no es como los demás, una diferencia que deberá asumir e interpretar. Los adolescentes entrevistados parece que tenían claramente asumido el hecho de que dependían de dos tradiciones y que este hecho formaba parte de su propia personalidad con independencia de que les resultase más o menos incómoda. En algunos, la incomodidad era predominante, en ninguna parte se sentían plenamente cómodos, mientras otros, en cambio, valoraban las mayores posibilidades que así les ofrecían. Y, como signo de los tiempos, los que pensaban así se referían a una conciencia europea, como justificación de su instalación en un doble espacio nacional y cultural.

RESUMEN

Para Miquel Siguan, el continuo aumento de los matrimonios mixtos en Europa Occidental, tal como muestran las estadísticas, y que es un hecho que no debe sorprender en un mundo que pone en estrecho contacto y re-

Basta lo dicho para advertir el interés del estudio que comento y del interés que puede tener llevar a cabo esfuerzos similares entre nosotros. Pero a la hora de emprenderlos conviene recordar que el estudio de Gabrielle Varro se refiere a una situación determinada, familias franco-alemanas residiendo en Francia o en Alemania y, por tanto, en el contexto de la Unión Europea. Matrimonios igualmente mixtos, pero en un contexto internacional diverso, presentarán comportamientos también diversos.

Y puestos a imaginar variantes del estudio comentado, hay dos que me parecen especialmente tentadoras. En España, como en cualquier país europeo, se observa una presencia creciente de inmigrantes económicos, por ejemplo del norte de África. Y aunque sea en pequeño número, empiezan a producirse matrimonios mixtos por este motivo. Casi no es necesario añadir que, en estos casos, la situación es totalmente distinta y que a sus hijos, a diferencia de los franco-alemanes, les resultará muy difícil encontrar un espacio cultural común en el que conjugar sus tradiciones culturales; y que, probablemente, deberán oscilar entre el deseo de integrarse plenamente en su país de adopción, pero chocando para ello con un claro recelo ambiental, o renunciar a la integración y refugiarse en la tradición extraeuropea de uno de sus progenitores.

Pero hay todavía otro tipo de familias que tendría interés estudiar entre nosotros. He comenzado diciendo que el concepto administrativo de matrimonio mixto se define en función de la nacionalidad, identificada, por un lado, con una cultura propia y, por otro, con una definición legal de ciudadanía y, por tanto, con la pertenencia a un estado nacional. Pero las diferencias culturales, empezando por las lingüísticas e incluso la conciencia de pertenecer a una nacionalidad, no coinciden forzosamente con las fronteras estatales. Y en España tenemos abundantes ejemplos de ello. Lo que sugiero es estudiar familias constituidas a partir de matrimonios mixtos, pero llamando matrimonios mixtos a aquellos en los que sus miembros proceden de comunidades autónomas con diferencias culturales y lingüísticas importantes, para examinar los procesos de identificación colectiva y la construcción de espacios culturales comunes en los cónyuges y en sus hijos. Seguro que los resultados serían extremadamente instructivos. □

Gabrielle Varro

Les couples mixtes

Armand Colin, París, 1995. 264 páginas. 165 F.F. ISBN: 2-200-216076.

Por una modernidad jurídica y política

Por Raúl Morodo

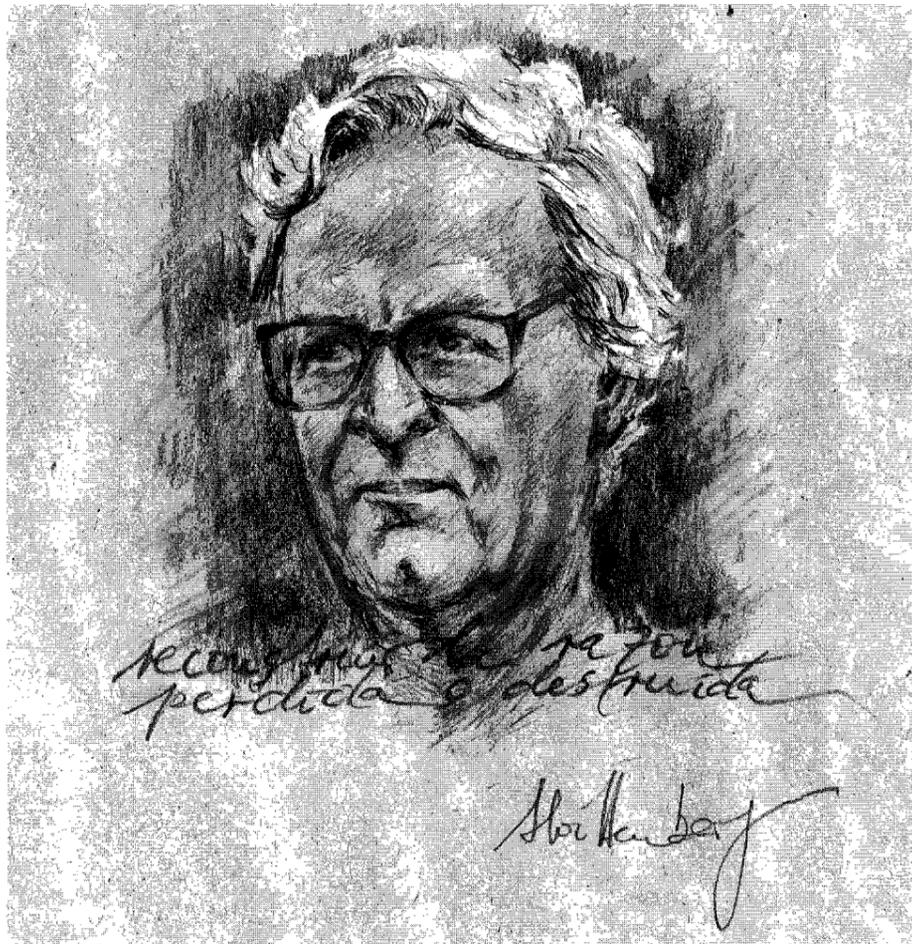
Raúl Morodo (El Ferrol, Galicia, 1935) es catedrático de Derecho Político de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense. Actualmente es embajador de España en Lisboa. Es autor, entre otros libros, de *Política y partidos en Chile*, *Estudios de Pensamiento Político* (en colaboración con Enrique Tierno Galván), *Los orígenes ideológicos del franquismo*, *La transición política* y *Tierno Galván* y otros precursores políticos.

La filosofía jurídica, la ética social y el pensamiento político, desde una perspectiva de la racionalización democrática, tienen —especialmente en el primer campo— en el profesor Elías Díaz, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, uno de los exponentes españoles más conocidos, perspicaces y sistemáticos. Sin duda, para estudiar la ruptura, en forma de evolución o reconversión, con el iusnaturalismo católico tradicionalista que, en cuanto teología frontal o encubierta, dominó la vida académica en nuestro país durante décadas, hay que acudir a la obra pionera y constante de Elías Díaz que, junto con otros colegas y, más tarde, colaboradores, fueron asentando bases críticas nuevas y modernizadoras.

Tres grandes sectores de las Ciencias Sociales (Derecho, Filosofía Política, Historia intelectual) se entrelazan desde sus primeros ensayos y libros, constituyendo, a pesar de la diversidad temática, un «corpus» unitario y coherente. Hay, así, un proceso gradual delbeador y constructivo que busca un sincretismo progresista: de alguna manera, su simplificación ideológica podría encasillarse en un socialismo liberal. En efecto, Elías Díaz, desde su primer libro (*Estado de Derecho y sociedad democrática*, 1966), libro clarificador y didáctico, precedido de varios artículos («Substanciación de lo colectivo», 1961; «Marx y marxismo», 1962; «Fascismo y neo-fascismo», 1963; «Sociología jurídica y concepción normativa del Derecho», 1965), marcará un punto de partida renovador que, maestros, lecturas y acontecimientos, le llevarán a formaciones doctrinales sólidas.

Evolución intelectual

Coincidiendo con su sesenta aniversario (Salamanca, 1934), Elías Díaz publicó su décimo libro, que tituló *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, en gran medida como tributo académico y con su habitual sentido ordenador. Por otra parte, hay una intencionalidad complementaria y, tal vez, fundamental: a través de cualificados autores, rememorar su evolución intelectual. De forma paralela, dos discípulos suyos, los profesores Francisco J. Laporta y Alfonso Ruiz-Miguel, han mantenido distendidamente con él un extenso diálogo socrático que puntualiza, en gran parte, su pensamiento jurídico-político (*En-*



STELLA WITTENBERG

revista a Elías Díaz, en *Doxa*, 15/16/1994). Si a estos dos trabajos —libro y entrevista— unimos el número monográfico de *Anthropos* (62/1986), tenemos una visión plural del profesor salmantino-madrileño.

La importancia objetiva, de contenido y proyección, de la personalidad académica de Elías Díaz no radica sólo en esta delimitación, sino que puede ampliarse a algo más general: como un referente-modelo para contextualizar la emergencia crítica y el impulso posterior de cambios metodológicos y de conceptos. En efecto, forma parte de una generación intelectual-académica —en la que, desde un campo disciplinario próximo, me incluyo— que, con mayor o menor radicalidad, abrimos caminos para reconstruir la racionalidad democrática, política y jurídica. Y en este camino, la remisión a maestros clásicos, nacionales o extranjeros, se hacía inexcusable. En el fondo, con este último libro —hasta ahora—, Elías Díaz realiza un buen, aunque no exhaustivo, ejercicio autobiográfico intelectual: recorrer, sin apologías retóricas, con diaphanidad crítica, sosegadamente, su largo proceso vital: recordando la vieja obra de Lukács, aunque en sentido contrario, reconstruir la razón perdida o destruida. Lukács, que fue lectura nuestra bien utilizada, con exageración lúcida, explicó el proceso filosófico que llevó a la irracionalidad (*El asalto a la razón*); Elías Díaz, en nuestro

ámbito, expone una vía inversa: salir de la irracionalidad residual y anacrónica, fijar la nueva modernidad y, por último, buscar de nuevo una identidad racional operativa. Así, en este nostálgico y sugestivo libro, desfilan autores olvidados o denostados, pioneros críticos y, también, dinamizadores contra la confusión actual: Giner de los Ríos, Unamuno, Ortega y Besteiro, Tuñón de Lara, González Vicén, Treves y Bobbio. Otros maestros —Ruiz-Giménez, Tierno Galván, Aranguren— no tienen capítulo específico, pero sí están presentes en todos ellos. Yo los hubiese incluido, aunque resulta paradójica esta observación sistemática a Elías Díaz.

Divergencias y convergencias

Para mí, hablar o escribir sobre Elías Díaz es algo familiar: hemos estudiado juntos en la misma Universidad salmantina, compartimos aulas madrileñas como profesores, coincidimos en el mismo Colegio Universitario (César Carlos) e, incluso, estuvimos en aventuras políticas durante bastantes años. Aunque en marcos disciplinares distintos, pero próximos entonces (*Filosofía del Derecho / Derecho Político*), muchos de los problemas —y lecturas— se solapaban. La inicial divergencia formal, política y vital (Ruiz-Giménez/Filosofía del Derecho y Tierno Galván/Derecho Político), maestros estudiantiles nuestros en los años cincuenta, se convertiría muy pronto en convergencia ideológica. Los referentes clásicos y polémicos (krausismo, Unamuno, Ortega) eran —no sólo para nosotros— datos fijos para concretar revisión y evolución. Probablemente, la combinación inicial fue perfilando, en Elías Díaz, un esquema metodológico al que, a mi juicio, sigue fiel: elementos permanentes con los que trata conceptos y situaciones. En síntesis, los siguientes: búsqueda de la racionalidad y de la coherencia, talante personal e intelectual de la mediación, constante revisionismo

crítico, pero no radical. Este «ethos» configurará, desde que lo conozco, por los comienzos de los cincuenta, su personalidad, sus análisis y sus trabajos. Tal vez, esta conjunción se deba a sus dos maestros iniciales: Ruiz-Giménez (del iusnaturalismo tradicionalista al iusnaturalismo democrático) y Tierno Galván (del neopositivismo crítico al marxismo humanista).

Si esto fuera así, y me inclino a creerlo, el azar, sin duda, jugó un papel importante —coincidencia en la misma Universidad de Tierno y Ruiz-Giménez—, pero también la necesidad ayudó, posteriormente, a este sincretismo humanista que superase tanto el iusnaturalismo tradicionalista como sus continuadores temporales. Ni el krausismo, ni Ortega, ni Unamuno podían ya ser tomados como exponentes de un sistema cerrado; aportaban apoyos, definían otros talentos, daban otras señales, pero no eran suficientes. Por el contrario, el neo-positivismo y el marxismo aparecían como novedades modernizadoras, como instrumentos que conceptualmente daban un sentido entendido como correcto e instrumentalmente válido. Desde la perspectiva actual resulta paradójico que estas dos teorizaciones pudieran ensamblarse, pero fue así. Impensables en otro contexto europeo —terminada ya la guerra mundial—, pero conciliables en un marco de una cultura de hibernación, cerrada y oscurantista. Elías Díaz suele recordar, entre la nostalgia y la suave crítica, que él no era neo-positivista (los discípulos de Tierno, de alguna forma lo éramos), pero hay que añadir que, en aquellos tiempos, el neo-positivismo (funcionalismo) tenía una explicación bifronte: como reacción al iusnaturalismo católico tradicionalista y dominante (es decir, lucha por la secularización) y como apertura coyuntural hacia las corrientes marxistas y neo-marxistas. En otras palabras, era un neo-positivismo instrumental. Wittgenstein servía, así, metodológicamente, para disolver la filosofía tradicional e, incluso, trivializar el anacronismo teológico; no era, pues, un positivismo conservador, de defensa del «statu quo». Para retornar a Kelsen, Wittgenstein era útil.

El largo camino hacia la racionalidad democrática traspasará, en Elías Díaz, las fronteras nacionales. Los profesores italianos Renato Treves y, especialmente, Norberto Bobbio, consolidarán un pensamiento filosófico y jurídico progresista. En Treves están, todavía, muy presentes los tiempos viejos, consolidar el humanismo, hacer llamadas de atención sobre peligros involucionistas: filosofía y sociología jurídica se perfilan con este objetivo de asentamiento. Bobbio, en cambio, da un nuevo rumbo, el rumbo actual de la crítica y la pos-modernidad instalada, después de los graves acontecimientos que alteran nuestra actualidad. El futuro intelectual incierto, la indefinición ideológica, la confusión de valores, adquiere en Bobbio, y en Elías Díaz, una preocupación máxima. Por alguna razón le dedica dos capítulos en esta obra que comento. Crítica y autocrítica —en esta excelente autobiografía intelectual— siguen acompañando el buen hacer académico del profesor Elías Díaz. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Colinas, Antoni M. Badia, José María Martínez Cachero, Víctor Nieto Alcalde, Miguel Ángel Alario, José Antonio Melero y Francisco Ayala.

RESUMEN

Desde una trayectoria intelectual y académica similar, el profesor Raúl Morodo se ocupa de uno de los últimos libros de Elías Díaz para situarle, a éste y a toda su obra, en una generación que, con mayor o menor radicalidad, abrió caminos para reconstruir

la racionalidad democrática, política y jurídica. Y para ello, Elías Díaz y toda esa generación tuvieron que echar mano de maestros clásicos, españoles y extranjeros, y de algunos de éstos habla Elías Díaz en su ensayo.

Elías Díaz

Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón

Alianza Editorial, Madrid, 1994. 173 páginas. 1.700 pesetas. ISBN: 84-206-2782-8.

Para el placer de releer

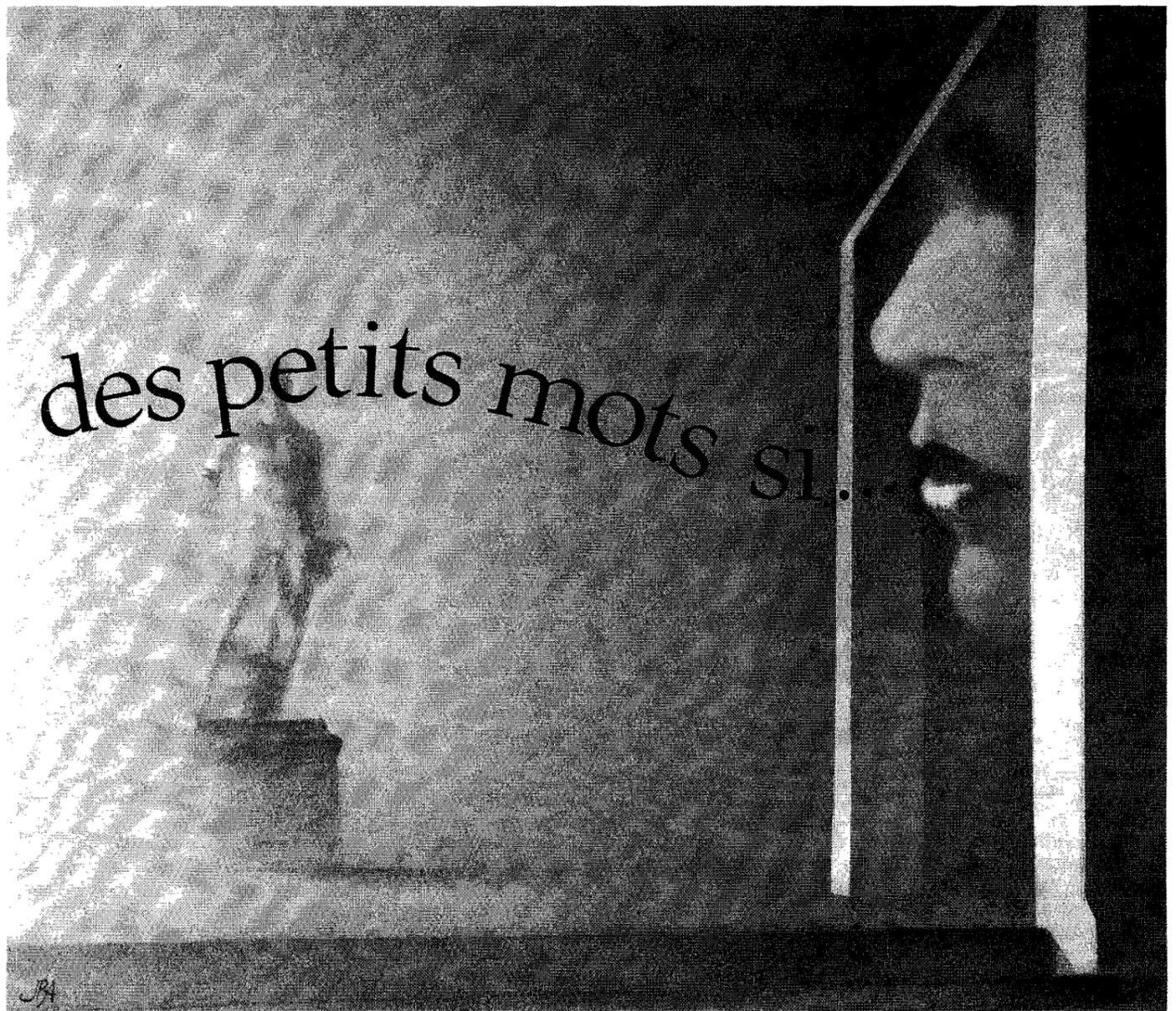
Por Antonio Colinas

Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946) es poeta, narrador, traductor y ensayista. Ha recibido el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros más recientes cabe destacar: *Tratado de Armonía*, *Los silencios de fuego*, *Días en Petavonium*, *Rafael Alberti en Ibiza*; y la recopilación de su obra poética: *El río de sombra* (Poesía 1967-1990).

Toda antología o florilegio de poemas tiene el don de permitirnos avivar nuestra propia memoria poética y el placer de la relectura. Así como cada libro de poemas ofrece la ventaja de ser abierto por cualquiera de sus páginas sin que se rompa la unidad de la lectura, el mismo placer —pero notablemente aumentado— ofrecen las recopilaciones de poemas, esa especie de libro de libros que son las antologías. Este placer se acrecienta cuando nos encontramos ante una antología notablemente bien hecha, cuidadosa en sus partes y fruto de un gran esfuerzo. Hoy me refiero a la *Anthologie bilingue de la poésie espagnole*, que ha editado Gallimard en su prestigiosa colección de «La Pléiade».

Un proyecto de estas características nos sitúa también frente a las dudas o los reparos que suelen suscitar, absolutamente, todas las antologías. Éstas son el resultado de la dirección o coordinación de un autor —autora en el caso que comentamos— y éste es el libre, personal y directo responsable de ellas. Me refiero, en particular, a la responsabilidad de seleccionar los textos. Sentada esta primera y necesaria premisa, debemos volver a ese placer de la relectura que despiertan las antologías bien hechas. Se renueva con ellas el interés que en su día despertaron en nosotros otros proyectos antológicos. Recordaré aquí —simplemente por lo que para mí supusieron en años decisivos— tres antologías que, significativamente, han tenido acogida en la editorial Gredos: la que Dámaso Alonso recopilara en colaboración con José Manuel Blecuá (para la lírica de tipo tradicional) y las que prepararan José Luis Cano y Gustavo Correa (para la poesía contemporánea).

Otras veces, este tipo de recopilaciones han nacido fuera de nuestras fronteras



JUAN RAMÓN ALONSO

y han sido significativas hasta tal punto que, al margen de su carácter bilingüe, estamos ante antologías que perfectamente podían haber tenido una edición española. Pienso ahora en dos de ellas: *Spanish Verse*, de J. M. Cohen (Penguin Books, 3.ª ed.,

1988) y *Antología da poesia espanhola contemporânea*, de José Bento (Assirio e Alvim, 1985). A las antologías de poesía española nacidas fuera de nuestras fronteras hay que sumar ahora este volumen de «La Pléiade» que comentamos y que abarca desde los orígenes de nuestra lírica hasta uno de los ejemplos de lo que podría ser la poesía española de última hora, el que representa la obra de Blanca Andreu. Se apuesta, con ello, por una de las líneas más marcadas que ha ofrecido la poesía de los últimos quince años, la que pudiéramos reconocer apresuradamente como «irracionalista».

La *Anthologie bilingue de la poésie espagnole* ha sido dirigida por la hispanista Nadine Ly y ha contado con la colaboración expresa de una serie de significativos nombres: Yves Aguila, Claude Allaire, Patrice Bonhomme, Jean Canavaggio, Anne-Marie

Capdeboscq, Marie Chevalier, Robert Jammes, Evelyne Martín-Hernández, Robert Marrast y Robert Pageard. A esta relación hay que unir la de aquellas personas que han sido traductoras de los textos; traducciones originales en unos casos y en otros recuperadas. Recordaremos, en lo que a la poesía contemporánea se refiere, entre otros, los nombres de Bernard Sesé, Pierre Darmangeat, Claude Couffon, Claude Esteban o la propia Nadine Ly, así como las recuperaciones de Jules Superville («Martirio de Santa Olalla», de Lorca) o Mathilde Pomes (poemas de distintas épocas). Todas estas traducciones (y otras muchas que no recogemos en nuestro afán de síntesis) son también el fruto de ese esfuerzo ingente que el conjunto muestra y que, como el lector bien sabe, ofrece sus más duras pruebas



En este número

Artículos de

Antonio Colinas	1-2	Miguel Ángel Alario	8-9
Antoni M. Badia i Margarit	3	José Antonio Melero	10-11
José M.ª Martínez Cachero	4-5	Francisco Ayala	12
Víctor Nieto Alcaide	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Para el placer de releer

a los osados traductores de la poesía de los orígenes y a los de la etapa clásica (Góngora, Quevedo, por citar sólo dos ejemplos).

Un proyecto de estas características nos lleva también a reparar en las ausencias de determinados autores. Ya hemos comenzado afirmando que todo proyecto antológico pertenece plenamente al que lo realiza, pero una antología también tiene el don de servir para que el lector haga su propia antología mental, la que él —por razones exclusivas de gusto personal— consideraría su antología ideal. Señalaré, modestamente, algunas de las mías y al margen siempre de los criterios que tiene o haya podido tener la autora de ésta. Tras una primera visión global se nota la ausencia de cuatro nombres muy significativos de la poesía española de posguerra. Me refiero a los de Gil-Albert, Ricardo Molina, José Hierro y Carlos Bousoño. (Un nombre como el de Molina hubiera servido muy bien, junto al de García Baena, para poner

de relieve al grupo cordobés «Cántico», decisivo en la poesía de las últimas décadas y no sólo por haber sido un buen precedente estético de la poesía «novísima».)

El lector puede seguir con su juego y añadir algunos poetas que sí están recogidos en esta excelente antología, pero que se hallan escasamente representados. Algunas críticas que hasta ahora he leído ya han reparado en la escasa representación de autores como Vivanco, Panero o Rosales. En libros centrales de éstos, como *El descampado*, *La estancia vacía* o *La casa encendida*, se podían haber hallado, sin duda, significativos poemas o fragmentos. Muy breve es también la presencia de la obra de Claudio Rodríguez, un poeta cada día más decantado en el tiempo por la pureza y autenticidad de su lenguaje. Volviendo la mirada más atrás, también aparecen como escasas o parciales las representaciones de Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Algunos poetas jóvenes echarán, asimismo, en falta más poemas del recuperado Manuel Machado.

lidad global del libro. Se convierte así todo proyecto antológico en una lucha entre el gusto personal y la razón objetiva, que es especialmente sensible cuando estamos ante un volumen que supera las 1300 páginas, y cuando estas páginas suponen, además de un riguroso afán de mostrar poemas, un extraordinario deseo de complementarlos con comentarios críticos.

Hemos hablado atrás de los fragmentos de poemas y también hemos observado que la crítica ha cuestionado algunos de los que aparecen en esta antología. Recoger fragmentos de las *Coplas por la muerte de su padre* de Manrique, de las *Églogas* de Garcilaso o de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora producirá posiblemente escalofríos en los lectores españoles, pero no nos olvidemos de los lectores a los que este libro se halla primordialmente dirigido —los de habla francesa— y para los que, seguramente, estas exigencias les pueden resultar circunstanciales. Una antología no está hecha, sobre todo, para especialistas o estudiosos de una determinada lengua, sino primordialmente para lectores. Las opiniones a favor o en contra de los fragmentos de grandes poemas servirían, aunque con no tanto fundamento, para textos más dificultosos o raros, como las *Soledades* gongorinas o *La Circe* de Lope de Vega.

El lector francés no especializado disfrutará también o mostrará sorpresa con la presencia en esta antología de aspectos significativos de nuestros primeros autores, o con los anónimos (las «jarchas», por ejemplo, en la traducción de la propia Nadine Ly), o de autores menos conocidos (Valdesandino, Imperial, Sánchez Calavera, etc.); esos mismos autores que, probable-

mente, en justa representación, han obligado a la fragmentación o a la muestra parcial de la obra de otros más grandes. Esta aportación ya era significativa en la antología inglesa de Cohen. No hay que olvidar lo que pesan, en el buen criterio seguido en esta selección, recopilaciones previas, ofrecidas unas veces por traductores y otras por editoriales. Nadine Ly señala en nota a la edición libros como la *Anthologie de la poésie espagnole* (1953) de Mathilde Pomes o las fuentes de algunas editoriales españolas (Castalia, para los autores medievales y clásicos; Cátedra, para un abanico cronológico; y Visor para la poesía actual).

Completa este excepcional volumen un aparato crítico (notas y noticias, glosario, cronología, índices puntuales de autores y poemas) que enriquece notablemente el libro. No disponemos de espacio para ocuparnos en profundidad de la aportación que, en particular, supone la utilísima sección «Notices et notes». Y no debemos olvidarnos, por supuesto, en esta aproximación o amoroso juego que hemos pergeñado en torno a esta antología, del sintético y clarificador prefacio de la misma. Nadine Ly sitúa siempre oportunamente sus criterios y valoraciones en los correspondientes marcos históricos. Ese anónimo lector al que hemos venido aludiendo encontrará en estas páginas la correcta y precisa introducción que los copiosos textos que siguen exigen. Luego vendrá la hora de otros frutos: el placer de leer y releer, el reencuentro con la poesía como fenómeno transmutor de la realidad del ser. Aquel misterioso fuego de la poesía —ahora tan inteligentemente apresado en esta antología— del que Rimbaud hablara. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Obligado carácter fragmentario

Tranquiliza al lector que hayan sido bien recogidos etapas o autores que son centrales en la poesía española de todos los tiempos, a pesar del obligado carácter fragmentario de algunos de ellos (*Poema del Cid*, Berceo, Juan Ruiz) o de la extraordinaria calidad de otros (Quevedo, Góngora, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, la mayoría de los autores de la Generación del 27, Hernández, Otero). Hablando de nuestros clásicos, algunos lectores hubieran preferido más poemas de Garcilaso de la Vega o de Fray Luis de León y, yo en particular, echo en falta un poema de San Juan de la Cruz, las «Coplas sobre un éxtasis de harta contemplación», probablemente la más sintética e intensa muestra poemática de la experiencia mística.

Pero, a la par de todos estos criterios, el lector debe siempre reparar en que habrán sido muchas las veces que la autora de la antología ha tenido que sacrificar la extensión de algunos de los poetas a la puntual y numerosa representación de otros, acaso de menor importancia o calidad, pero que, de estar ausentes, afectarían a la ca-

RESUMEN

Para Antonio Colinas, toda antología poética aviva la memoria del lector y el placer de la relectura, y más aún cuando se trata de una antología bien hecha como es esta que comenta, una antología de la poesía española desde sus

orígenes hasta nuestros días y que ha aparecido en Francia en la prestigiosa biblioteca de La Pléiade. Colinas se ha acercado a esta recopilación como crítico y como poeta, que ambas cosas es, pero sin olvidar que, ante todo, es lector.

Nadine Ly (coord.)

Anthologie bilingue de la poésie espagnole

Bibliothèque de la Pléiade, Editions Gallimard, París, 1995. 1340 páginas. 395 FF. ISBN: 2-07-011383-3.

SUMARIO

	Págs.
«Para el placer de releer», por Antonio Colinas, sobre <i>Anthologie bilingue de la poésie espagnole</i> , de Nadine Ly (coord.)	1-2
«El gran vacío: del latín al romance», por Antoni M. Badia i Margarit, sobre <i>La llengua catalana mil anys enrere</i> , de Joan Bastardas	3
«Cansinos-Asséns, memorialista», por José María Martínez Cachero, sobre <i>La novela de un literato. 3. 1923-1936</i> , de Rafael Cansinos-Asséns	4-5
«Arte español del XX: modernidad y vanguardia», por Víctor Nieto Alcaide, sobre <i>Arte del siglo XX en España. Pintura y escultura, 1900-1990</i> , de Valeriano Bozal	6-7
«La obra "inerte" más perfecta de la naturaleza», por Miguel Ángel Alario, sobre <i>The new Alchemists</i> , de Robert M. Hazen	8-9
«El gran debate sobre la evolución», por José Antonio Melero, sobre <i>Reinventing Darwin: The Great Evolutionary Debate</i> , de Niles Eldredge	10-11
«El descrédito del Estado», por Francisco Ayala, sobre <i>A orillas del Estado</i> , de Francisco Tomás y Valiente	12

El gran vacío: del latín al romance

Por Antoni M. Badia i Margarit

Antoni M. Badia i Margarit (Barcelona, 1920) es catedrático emérito de Gramática Histórica Española y Catalana en la Universidad de Barcelona. Es miembro del Institut d'Estudis Catalans y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado libros de lingüística y de sociolingüística.

Decimos que las lenguas románicas son el resultado de la evolución del latín corriente hablado en las antiguas provincias del Imperio. Y decimos bien. En esos territorios, tan pronto como quedaron menos conectados entre sí, y libres ya de los controles culturales que antes funcionaban desde la vigilante metrópoli romana (administración, trasiego de personas, rutas comerciales, escuela, levadas del ejército, migraciones y otros menos notorios), las gentes pudieron dar rienda suelta a sus maneras de hablar, en las que apuntaban tendencias fonéticas, gramaticales y de vocabulario que serían las bases de las nuevas lenguas. Si en vez del latín clásico «aurícula» se oía «oricla» ('oreja'), o la frase «de padre» sustituía a «patris» o se había trocado «hebdomada» por «septimana» (literalmente 'siete mañanas'), es fácil imaginar que las cosas cambiaban. Y a buen ritmo. La vía hacia nuevas lenguas hijas del latín estaba expedita.

En principio, las lenguas románicas gozan de una situación privilegiada para esclarecer detalles de su formación y sus primeros balbuceos: ante todo, se conoce bien su origen remoto (el latín clásico), aunque bastante menos se sabe del punto de partida del proceso (el latín vulgar), y, en segundo lugar, la solución de continuidad entre ese latín tardío y los primeros escritos en romance es relativamente corta en el tiempo (por más que a veces nos parezca interminable). No se puede comparar, por ejemplo, con la problemática de los orígenes del latín, muy alejado, tanto cronológicamente como cualitativamente, de las viejas e imprecisas capas de hablas indoeuropeas que, después de todo, justifican su existencia y su consistencia.

Sin embargo, todo es relativo. Y a los romanistas nos preocupan, entre otros varios, dos temas: 1) el gran vacío de información que media entre los últimos testimonios en latín vulgar y las vacilantes muestras de las nuevas lenguas que de aquél surgieron a partir del siglo VIII; y 2) el proceso por el que se adquiere conciencia de que el mediocre latín que se escribe (textos jurídicos, eclesiásticos, crónicas) y la confusa jerga que se habla (en familia y en sociedad) son dos sistemas de comunicación, diferentes pero congruentes.

A tanta oscuridad, el libro de Joan Bastardas sobre el romance de hace mil años viene a aportar luz orientadora. Un nuevo rayo de luz, ya que la cuestión, no en vano objeto de estudio desde hace más de un siglo, ha ido superando dificultades de documentación y de interpretación. Con esta obra, la filología da un importante paso adelante. Nos felicitamos por ello.

Como se lee en el título, el libro que comento versa sobre el naciente romance catalán. Ahora bien, se equivocaría quien creyese que su ámbito se circunscribe a la lengua que se estaba forjando en la zona del fugaz reinado de Paulus del año 673 (destinado a comprender Cataluña y Septimania), y que se consolidó poco más de un siglo más tarde con el establecimiento de la Marca Hispánica (bajo el patrocinio de los francos, por lo que el catalán acentuó sus ya existentes afinidades ultrapirenaicas). No: el libro afecta por igual a todos los romanistas sin distinción. Y se comprende: por un lado, en



JOSÉ MARÍA CLEMEN

la romanidad arcaica, muy cercana todavía al tronco común, coexisten, entremezclados, abundantes rasgos que luego cristalizarán como peculiares de lenguas ya singulares: se trata de la época que los italianos han llamado «il pre-romanzo»; por el otro, en el desierto de datos filológicos que son los siglos VI a VIII, el investigador se aferra a cualquier información que se le presente, proceda de donde sea, porque el método para interpretarla es compartido desde todos los países de habla romance. Hay una sola problemática de los orígenes, pese a sus planteamientos multiformes.

Inmerso en el mundo romance

Consciente de esta situación, Bastardas fija constantemente paralelismos. El lector se encontrará inmerso en el mundo romance en su conjunto: pasará de la formación del francés al curioso *Indovinello Veronese* y al *Placito Capuano*, al milenario del castellano (celebrado en 1977) y comprobará personalmente que el tema es realmente único y se repite por doquier. Al autor todo le sirve para desbrozar caminos. Y lo que concluye sobre el catalán tiene aplicación muy principal, directa o por analogía, a cualquier otro romance.

He aquí algunas de las grandes cuestiones que son objeto de atención en el libro: la enigmática Cataluña vascoide (entre una toponimia diáfana y otras consecuencias nebulosas), la aparentemente indiscutible unidad de la lengua ibérica, las modalidades de la romanización (y en qué medida la romanización, tan evidente, incluía la adopción del latín, tan difícil de demostrar), las diversidades

latentes bajo una unidad visigótica más teórico-política que real, la impronta de la cultura carolingia en la Cataluña Vieja.

Bastardas no oculta las dificultades. Leyendo su texto, más de una vez he recordado lo que nos decía, en un coloquio, nuestro común amigo Miquel Tarradell: «tocante a la presencia de Roma entre nosotros, preguntados cómo construían las casas los romanos, qué comían, cómo hacían la guerra..., pero no nos pidáis qué hablaban, porque no lo sabemos». Una cosa era la lengua de la escuela y de la administración, y otra cosa, muy distinta, el habla en que se entendían las personas en casa y en la calle, un latín desfigurado que, si no llevaba todavía la marca de un sustrato prerromano, se apartaba de la lengua de usos formales, en busca inconsciente de un nuevo sistema de signos que aún tardaría siglos en convertirse en realidad.

Por eso decía antes que uno de los grandes temas que nos interpelan es cómo y cuándo se adquirió conciencia de que el ha-

bla de un momento dado, que evidentemente ya no era latín, era toda una nueva lengua, independiente del latín por su estructura y por su reconocimiento social (que no todavía por su prestigio; pero todo se andaría). A este propósito, la conocida disposición del Concilio de Tours (año 813), que ordenaba traducir las homilias «in rusticam Romanam linguam», fue decisiva en esa marcha hacia lenguas nuevas, nuevas de hecho y de derecho.

El libro de Bastardas carece de conclusiones formales. Pero yo me permito terminar mi comentario con la que yo he sacado de su lectura. El estudioso sagaz de los orígenes de las lenguas románicas ha de saber moverse entre dos polos opuestos de la investigación filológica (ambos rehusables, si se llevan al extremo): atenerse, con sano criterio positivista, a lo que digan las fuentes documentales probadas, e interpretar, con prudencia y buen juicio, lo que no dicen esas mismas fuentes documentales. □

RESUMEN

Las lenguas románicas, recuerda Antoni M. Badia i Margarit, son resultado de la evolución del latín corriente hablado en las provincias del Imperio. Pero desde siempre ha preocupado el vacío de información que media entre los últimos testimonios en

latín vulgar y las vacilantes muestras de las lenguas surgidas a partir del siglo VIII y cómo se adquiere conciencia de que aquél y éstas son dos sistemas de comunicación. El libro comentado aporta luz sobre el romance de hace mil años.

Joan Bastardas

La llengua catalana mil anys enrere

Biblioteca de Cultura Catalana, Curial, Barcelona, 1995. 348 páginas. 2.185 pesetas. ISBN: 84-7256-904-7.

Cansinos-Asséns, memorialista

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de La novela española entre 1936 y 1980.

Rafael Cansinos-Asséns nació en Sevilla, bulló y brilló en Madrid y en esta ciudad murió cuando ya era un nombre olvidado. Desde 1882 hasta 1964 tuvo ocasión de conocer varias generaciones literarias y vivió activamente las vicisitudes de movimientos como el Modernismo y el Ultraísmo. Fue correspondiente de la Academia Sevillana de Buenas Letras y de la Goethiana de Sao Paulo (Brasil); en 1925 la Real Academia Española le concedió el premio «Chirel» por algunos de sus libros de crítica literaria y al año siguiente era distinguido con las Palmas Académicas francesas. Trabajó bastante en la prensa y sus artículos sobre la literatura española coetánea, aparecidos en *La Correspondencia de España*, *La Tribuna* o *La Libertad*, eran seguidos con atención. Parte de esas colaboraciones, oportunamente retocadas a veces, pasó a integrarse en libro; a estos volúmenes—títulos como *La nueva literatura*, *Poetas y prosistas del novecientos* o *Los temas literarios y su interpretación*, pongo por caso—han de añadirse las novelas y narraciones que publicó en la segunda y tercera décadas del siglo. Recordemos, por último, su esforzada y sobresaliente tarea de traductor fiel y directo: todo Dostoyevsky y todo Goethe, más *Las mil y una noches*; poco antes de morir trabajaba en la obra completa de Balzac.

Cansinos no fue universitario (ni siquiera acabó el bachillerato), pero jamás se produjo a lo bohemio ignorante que se paga de su ningún saber; «la bohemia (escribiría) es un estado aventurero y precario, propio para los falsos artistas que sólo aspiran a los júbilos

materiales del triunfo. Pero el joven que tenga una seria intención (...) debe cimentar su porvenir sobre la ancha base de un trabajo honesto». Y así hizo él.

Vino a Madrid siendo apenas un adolescente y la casualidad le puso en relación con los redactores de *El Motín*, pero José Nákens y la pintoresca cohorte que le acompañaba piensan mal y dicen pestes de los literatos modernistas, mientras que el muchacho que les está oyendo siente y escribe en modernista. Esta su fe literaria se corrobora decisivamente cuando conoce a Francisco Villaespesa y es admitido en las filas de la entonces reducida tropa. Es el tiempo de *Helios* (y unos años más tarde de *Renacimiento*), o de las revistas que funda Villaespesa; el tiempo asimismo—principios del XX—de las visitas, los domingos por la tarde, al «hermano» Juan Ramón Jiménez, voluntariamente hospitalizado en el sanatorio del Rosario. El grupo es discípulo de Rubén y lo integran modernistas de vario signo como los mentados Villaespesa y Juan Ramón, además de Gregorio Martínez Sierra, Emilio Carrere, José Ortiz de Pinedo, los Machado. Antes que protagonista relevante de tantas y tales vicisitudes fue espectador atento de ellas y comentar fervoroso de sus amigos y allegados. *El candelabro de los siete brazos*, primer libro suyo, conjunto de salmos, que marca fehacientemente una decidida militancia modernista, salió en 1914 cuando ya el Modernismo había entrado en período agónico y estaba en el ambiente la necesidad de un cambio o ruptura, como el propio Cansinos advertiría explícitamente.

Años después entraba en escena el movimiento ultraísta y él se convertirá en pontífice de la aventura. El germen fue la estancia madrileña (julio a diciembre de 1918) del chileno Vicente Huidobro: «Los jóvenes que rodearon a Huidobro (...) supieron discernir la novedad alboreante de sus poemas. Leyéndole, volvían a sentir otra vez la inquietud de los novicios, y poco a poco ensayaban el tránsito de sus jóvenes estrofas, ya viejas, a las novísimas cristalizaciones (...). Yo, testigo de sus evangélicas exhortaciones, pude ver el rejuvenecimiento que obraba aun en los más tiernos epígonos (...). Y yo les incitaba también hacia adelante». A la marcha a su

patria del autor de *Poemas árticos* siguió la jefatura de Rafael Cansinos; son las jornadas que historió Gloria Videla: revistas, veladas, polémicas, la tertulia del café Colonial, las noches del Viaducto. Pero aquel entusiasmo decayó no tardando, y en la novela *El movimiento V. P.* (publicada en 1921) dejó constancia Cansinos del desencanto producido.

La guerra civil confirmó y aumentó al máximo su apartamiento del juego literario. Retirado en el cuarto de trabajo casero, dedicado a la obra de otros escritores (extranjeros a quienes traducía), definitivamente extinguida la que había sido su época y agotados los libros suyos que daban testimonio de ella, pasaron los últimos venticinco años de la vida de Rafael Cansinos-Asséns, «jubilado voluntario» (así se definía) del periodismo y de la crítica, también de las tertulias literarias, y muy interesado por el cine, descubrimiento de la senectud (como le ocurriera a Azorín). En una diminuta esquila de *ABC*, la esposa y el hijo comunicaban su fallecimiento (6 de julio de 1964); al día siguiente, su amigo González Ruano le evocaba emocionadamente: «Cansinos era alto, grande, huesudo, con mandíbula mal encajada, enormes cejas sin peinar, dientes muy visibles. Hablaba como escribía: pausado, confuso, millonario de imágenes, de un lirismo desbordante, con pronunciación andaluza. Era ya el olvidado de sí mismo».

La memoria de un literato

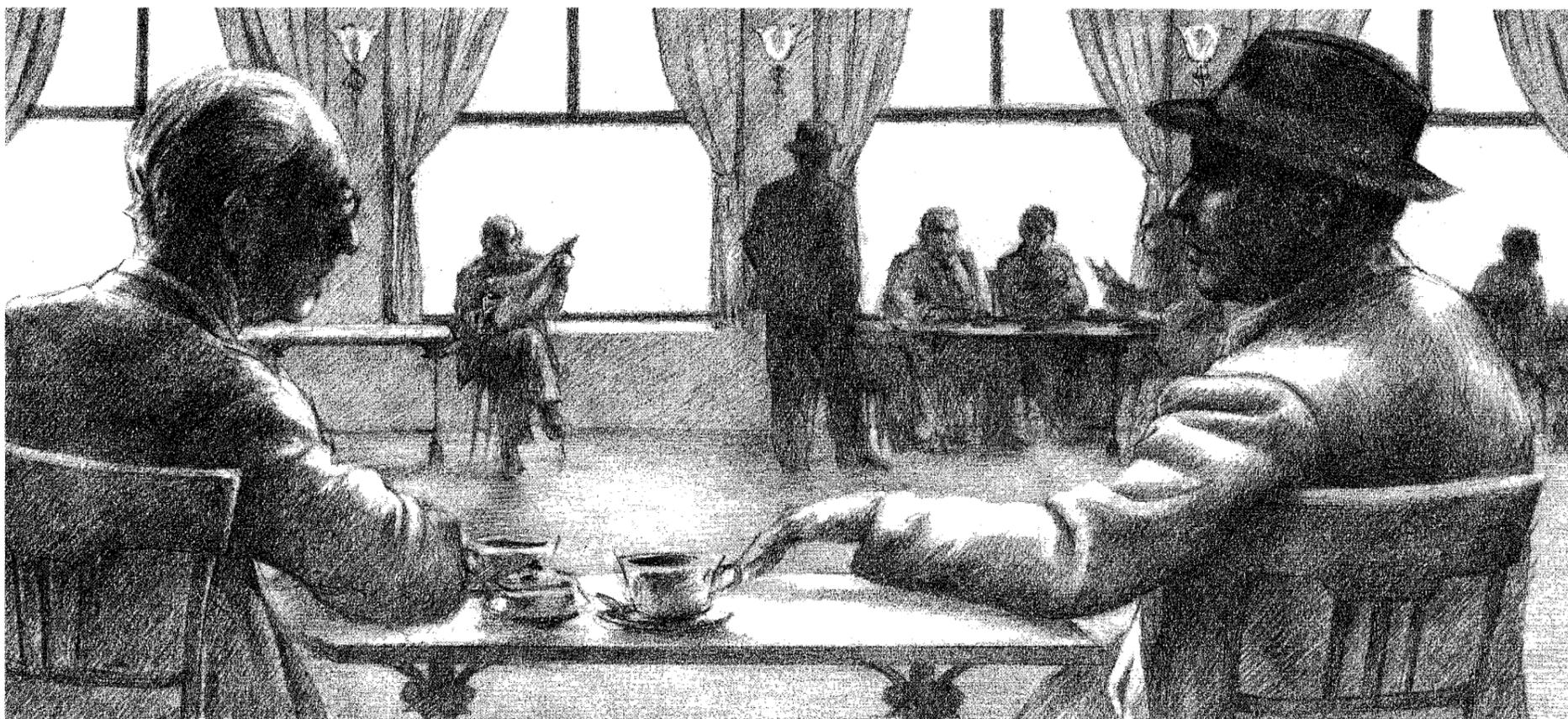
Rafael Cansinos hijo ha tenido a su cargo la edición de las memorias que su padre dejara inéditas con el título *La novela de un literato* y el muy explicativo subtítulo de *Hombres-Ideas-Efemérides-Anécdotas*, pues de todo ello hay nutrido repertorio en las anotaciones que el autor, metido tan de lleno en la literatura, fue haciendo quizá día a día, al hilo de los sucesos y de los recuerdos. Tres amplios bloques se reparten en esta edición su contenido, y algunos de los jalones cronológicos utilizados se corresponden con hechos históricos de importancia internacional o nacional no relacionados directamente con la existencia de Cansinos, pues si 1882 es el año de su nacimiento

y de él arranca la rememoración, 1914—cierre del tomo I y apertura del II—es el año en que comienza la llamada guerra europea (1914 a 1918); desde aquí hasta septiembre de 1923—golpe de estado del general Miguel Primo de Rivera—va el contenido del tomo II; el del III tiene a Primo de Rivera (su dictadura) como punto de partida y como punto final a otro acontecimiento político y también bélico: el estallido en 1936 de nuestra guerra civil. Pero la historia—o la novela—que Cansinos-Asséns contará es preferentemente pequeña historia, y su naturaleza, literaria y personal en todos y cada uno de dichos tomos. Como partes de una bien trabada unidad los tres presentan características análogas y sólo el inexorable paso del tiempo impone cambios que, por lo común, consisten en desapariciones y apariciones de cosas y gentes. La atención de Cansinos se fija con preferencia en lo exterior o más evidente de unas y otras, y lo mismo ocurre cuando se refiere a su actividad de literato y a cuanto ella comporta, sin que se nos permita vislumbrar siquiera algún pormenor más íntimo de su talante.

En el final de los tomos segundo y tercero, cuando acaso cabría esperar la nota más personal como adecuado remate, el autor cede ese espacio al acontecimiento histórico—sendos golpes de estado en ambos tomos—y en el recuerdo del mismo introduce una leve presencia suya, acompañado de otras personas amigas, así: «Don José, el sastre, le pregunta a mi hermana: —¿Y su hermano cómo ve esto? [el pronunciamiento de Primo de Rivera] —Pues mal, lo mismo que usted... —; Claro, claro!» (II, página 434); «(...) Querido maestro, ¡la República ha muerto! —Sí—digo yo con tristeza—. ¡Y la literatura también! Y ambos [el poeta Exposité y Cansinos] nos estrechamos las manos en un gesto de pésame» (III, página 365).

Años decisivos

Lo fueron ciertamente en la vida de los españoles los que constituyen el contenido del último tomo de *La novela de un literato*,



FUENCISLA DEL AMO

Viene de la página anterior

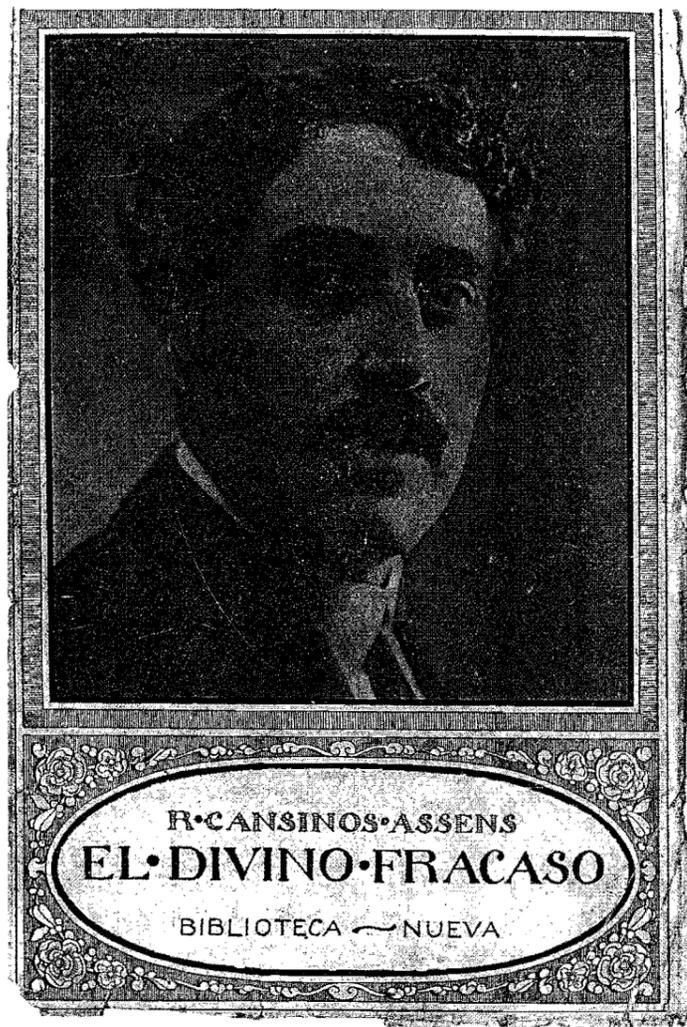


más en el orden político que en el ámbito literario, pues durante su transcurso hubo una dictadura (consecuencia de un golpe de estado incruento), una llamada «dictablanda» (en comparación con la anterior y bastante más breve que ella), un cambio de régimen político (caída de la Monarquía y proclamación de la República), una intentona revolucionaria (octubre de 1934) y otro golpe de estado, después de unas disputadísimas elecciones al parlamento, cuyo fracaso derivó en guerra civil, acontecimientos que tuvieron eco en las páginas de Cansinos-Asséns, quien no se pronuncia partidistamente ante ellos como en el caso de la Dictadura —«Esta dictadura de Primo de Rivera, siniestra en el fondo como toda dictadura, muestra una superficie brillante y alegre. Nunca ha sido mayor la libertad de costumbres», pero también informa de que «el dictador toma medidas enérgicas contra los escritores que se han manifestado hostiles a ella» o de que «la Censura, en mis inocentes críticas literarias, me machacaba palabras y frases enteras»— y de la República, a la que no se muestra muy afecto, pues, por una parte, y llevado de su culto a la Belleza, encuentra que «el júbilo popular engendra una literatura espontánea que no brilla ciertamente por su ingenio» y que «el espectáculo que ofrecen las calles, invadidas por el populacho, aflige y abochorna a los mismos republicanos», y, por otra, el mal ejemplo ha comenzado a darse desde el momento en que el nuevo régimen «recompensa a sus hombres» con un «reparto de prebendas» y alguno de ellos (como Marcelino Domingo, nombrado ministro de Instrucción Pública) cuenta ahora «hasta con servidumbre de calzón corto como un “petit marquis” del siglo XVIII». ¿Tal vez pertenecía Cansinos, crítico antes que sectario, a la llamada «tercera España», lejos en su equilibrio emocional del radicalismo de las otras dos Españas? Algo parece indicar al respecto su comprensión hacia la actitud de quienes —como Ortega o ciertos redactores del diario madrileño *La Libertad*— distan mucho, con sus hechos y palabras, de engrosar las filas de los apasionados a ultranza. Lamenta además que la política acapare tan demasíadamente la atención de sus compatriotas y desplace con frecuencia a la literatura en el interés de los lectores: en algunos periódicos ésta «vive de prestado» y solamente «se echa mano de ella cuando no hay otra cosa mejor».

Lo demás es literatura

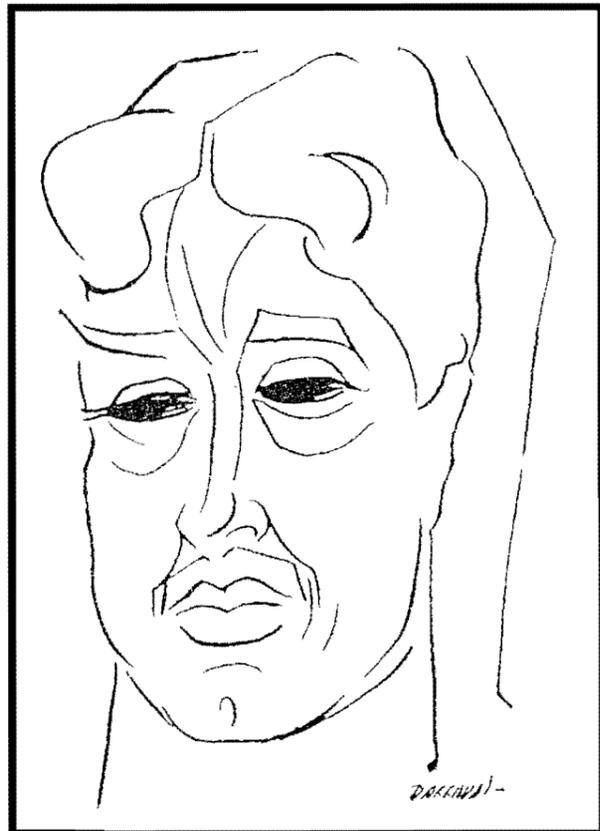
Pero no son estas «efemérides» e «ideas» las protagonistas de las memorias de Rafael Cansinos-Asséns, sino otras de muy diferente naturaleza, referidas algunas a sí mismo y la mayor parte del conjunto a la vida literaria de entonces; en cualquier caso, vistas su persona y su época desde fuera, como «anécdotas» —palabra empleada en el subtítulo del libro—. Anécdotas que le pertenecen son, v. g., la dificultosa decisión de la Academia de la Lengua en el fallo del premio «Chirel», el trato con algunos editores o su negativa a inscribirse en el P. E. N. Club, pues «me repugna todo lo que signifique reglamentación de la Literatura». El resto de las anécdotas —un resto que ocupa muchas páginas— tiene como personajes a casi todos los colegas coetáneos, una tropa cuyos miembros poseen diversa graduación estética.

Relación más o menos intensa, así en lo personal como en lo literario, tuvo con Cansinos la mayoría de los literatos españoles, y por eso es difícil que no comparezcan en alguna ocasión y por algún motivo en sus memorias, mereciendo del autor atención desigual, que no siempre se fija por el prestigio alcanzado. Figuran en la nómina



del tercer tomo modernistas y ultraístas, especies ya en extinción; pintorescos y desatados bohemios; académicos; noventayochistas y novecentistas (más bien de pasada); algún hispanoamericano, viajeros por España —Borges y su hermana Nora— o avocados en ella —caso de Rufino Blanco Fombona—; y algunos de los escritores más recientemente incorporados —como un Benjamín Jarnés que «con su aire modesto y sus palabras acomodaticias» fue, primero, tertulio de Pomo, colaborador de la *Revista de Occidente*, después, y finalmente, alguien que «había triunfado»; un Joaquín Arderius, con «la traza de un arlequín» y de «una nerviosidad extraordinaria»; o un José Díaz Fernández, «jovencito asturiano alegre, simpático y frívolo». Entre 1923 y los primeros meses de 1936 morirían unos cuantos escritores españoles, de los cuales hace Cansinos-Asséns breve necrología, sentida o más despegada según haya sido no su categoría literaria, sino el grado de estimación personal, pues uno es el tono con que despide a Andrés González Blanco, ejemplo de «una amistad noble y sincera, que ahora, al truncarla la muerte, no deja en mí ni una sola mala impresión», y otro el de las palabras dedicadas en análogo trance a Gabriel Miró, que «era ya un muerto para la vida, enterrado en ese Panteón de sus Obras Completas que no lee nadie».

Cansinos no sale de Madrid: su casa, donde vive con la «Hermana» (María del Pilar) —calle de la Morería (junto al Viaducto), calle Ramón y Cajal, calle Menéndez Pelayo (donde murió)—; las redacciones de algunos periódicos —*La Libertad* más que ninguno, donde ejerció de crítico literario—; las tertulias en ciertos cafés —Colonial, Oriental, Universal—, cuyos temas de conversación solían ser «amor, literatura y política», o las caseras que mantienen algunos colegas amigos (Concha Espina, por ejemplo); las librerías de viejo, las editoriales y la Feria del Libro; las paseatas por algunas zonas de la villa y



Portada de uno de los libros de Cansinos-Asséns. Caricatura de Cansinos, obra del pintor uruguayo Rafael Barradas. Redacción de un periódico a principios de siglo.

corte, preferentemente por Atocha y alrededores, un tanto alejado del centro más centro de la capital: tales fueron sus lugares favoritos. Las gentes del gremio con quienes trata más habitualmente no son (salvo excepciones) las de mayor nombradía; quienes una y otra vez hacen acto de presencia en sus páginas pertenecen, por lo general, a la numerosa clase media de los literatos y en bastantes casos a una especie de lumpen formado por la bohemia o golfemia más desastrada y pintoresca, poseedores algunos de sus integrantes de un talento pésimamente administrado —es el caso de José Sánchez Rojas, Armando Buscarini o Pedro Luis de Gálvez—, hampones y sablistas sin remedio que dan a estas páginas un tono o sabor de pobretería misérrima.

Junto a anotaciones de corta extensión, en las que no hay espacio para mayores profundidades, tenemos otras con varias páginas donde, si se consagran a una sola persona, queda trazada la semblanza de ella, satisfactoria en líneas generales cualquiera sea la relevancia del individuo en cuestión; las dedicadas, v. g., a Cubero (*Perfiles de Cubero*), un bohemio «sinvergüenza», o a Luis Ruiz Contreras, traductor de Anatole France y fundador de *Revista Nueva* (que Cansinos confunde con *Alma Española*, otra revista del tiempo), son muestra de lo que digo y también, como otras del libro, ejemplo de buena prosa, clara y sencilla, sugerente y precisa, bien distinta a la expresión un tanto rebuscada y delicuescente de otras páginas de Cansinos-Asséns, narrativas o críticas. □

RESUMEN

Al morir hace más de treinta años, González Ruano dijo de Rafael Cansinos-Asséns que «era ya el olvidado de sí mismo». Figura literaria importante en la época anterior a la guerra civil, crítico, escritor de periódicos, traductor, narrador, Rafael Cansinos-Asséns

dejó, al morir, unas memorias que se han venido publicando en estos últimos años. Al comentar Martínez Cachero el tercero y último volumen aprovecha para recordar a un protagonista de una época a la que él mismo sobrevivió.

Rafael Cansinos-Asséns

La novela de un literato (Hombres-Ideas-Efemérides-Anécdotas). 3. 1923-1936

Alianza Editorial, Madrid, 1995. 388 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-206-3281-3.

Arte español del XX: modernidad y vanguardia

Por Víctor Nieto Alcaide

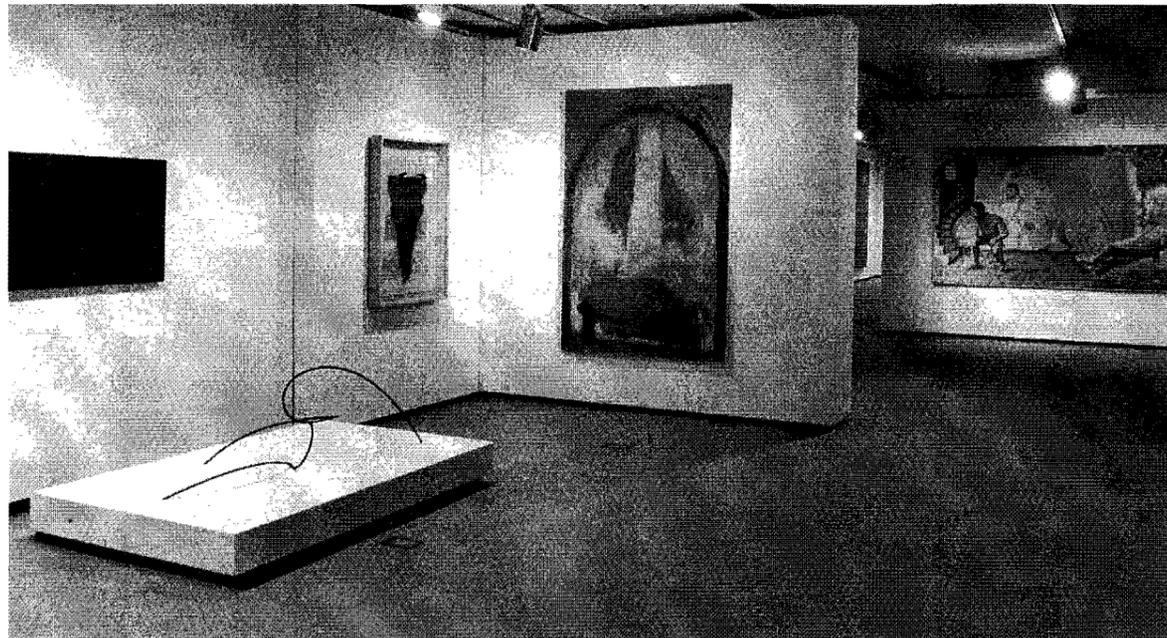
Víctor Nieto Alcaide (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, miembro del Comité Internacional d'Histoire de l'Art, presidente del Comité Español del Corpus Vitrearum y miembro de la Hispanic Society. Dirigió la revista *Fragments*. Actualmente es director de la revista *Reales Sitios*.

Uno de los fenómenos más complejos y problemáticos de la Historia del Arte español lo constituye el estudio de las tendencias y movimientos de la pintura y escultura del siglo XX. La diversidad de corrientes, las formas «anómalas» como se desarrollaron en relación con la cronología y la evolución de las vanguardias ortodoxas y radicales es uno de los problemas que surgen constantemente al emprender cualquier estudio sobre la pintura y la escultura españolas del siglo XX. Además, a esto se suma el hecho de que no fueron pocos los artistas españoles que intervinieron, como activos y principales protagonistas, en la formulación de las vanguardias históricas. Lo cual hace años obligó a hacer dos historias del arte español contemporáneo —una interna y otra externa— o a «sacar» a los participantes en estas tendencias universales para incluirlos en la evolución independiente del Arte Español.

A este respecto, hace años que José María Moreno Galván, en su *Introducción a la pintura española actual* (Madrid, Publicaciones Españolas, 1960), establecía una clasificación que todavía hoy, aunque con más reparos que entonces, resulta parcialmente válida. Para este crítico, en la pintura española contemporánea se habían producido una línea universal de la modernidad y otra línea doméstica de la modernidad. Para el conocimiento que se tenía entonces de la pintura contemporánea española —reducida entonces a poco más de medio siglo—, dicha clasificación era válida a pesar de que entonces ya había hecho su irrupción la vanguardia informal, que, al conectar con las tendencias internacionales, introducía una nueva referencia de universalidad. Por otra parte, resultaba evidente que el papel jugado por figuras como Picasso, Gris, Miró, Dalí, Julio González o Gargallo en el panorama artístico internacional justificaba plenamente la mencionada clasificación. Había una vanguardia universal que discurrió fuera de España y una modernidad más moderada y atemperada que se desarrolló en España frente al academicismo oficial.

Ahora bien, el desarrollo de las distintas tendencias surgidas entre 1960 y el fin de siglo en que nos hallamos ha determinado que dicho planteamiento sea válido solamente para lo acontecido en determinado período. Incluso en relación con éste es preciso establecer una serie de matices. A medida que han ido apareciendo nuevos estudios sobre artistas, grupos y tendencias se ha podido comprobar que en el ámbito de la llamada vía doméstica de la modernidad se produjeron desarrollos de vanguardia. Los esquemas establecidos en los estudios de las vanguardias históricas, incluso los modos y comportamientos de estas vanguardias, son inaplicables al estudio de la pintura y escultura españolas del siglo XX. Pues, en este sentido, la pintura y la escultura españolas del siglo XX no han supuesto solamente una variante con respecto al modelo de vanguardia histórica, sino que han planteado la exigencia de una revisión de las nociones mismas de vanguardia y renovación y del alcance y sentido de las ideas de modernidad en el siglo XX y de lo que ha sido su evolución, comportamiento y desarrollo.

Ante esta situación, el problema fundamental de la historia del arte español del siglo XX ha sido la conexión y parentesco, el con-



Exposición de Arte Español Contemporáneo en las salas de la Fundación Juan March (1985).

traste y la independencia tanto con las formulaciones radicales de los movimientos de las vanguardias como con otras formas de modernidad. Sin embargo, este fenómeno —planteado en determinados estudios especializados— carecía de un análisis de conjunto, hasta la aparición del libro de Valeriano Bozal, una rigurosa y lúcida investigación orientada a establecer una estructuración y análisis del arte español de nuestro siglo.

El problema fundamental para emprender un estudio de estas características es la información y la documentación bibliográfica. Pues si acerca de artistas como Miró o Picasso la bibliografía es prácticamente inabarcable en su totalidad, para la obra de otros artistas a lo sumo existen algunos textos de catálogos de exposiciones y críticas circunstanciales aparecidas en publicaciones periódicas. Es lógico que la categoría de los artistas haya marcado estas diferencias en las publicaciones. Pero el problema estriba en que para determinadas tendencias o artistas la información es escasa y, en muchos casos, inexistente. El mismo Valeriano Bozal en esta edición ha cambiado sustancialmente el contenido del libro aparecido en la colección «Summa Artis» a causa de la aparición de nuevas investigaciones.

Estudios de la vanguardia

Ante esta situación, ¿tiene sentido realizar un estudio de conjunto cuando se carece de investigaciones pormenorizadas de base? El estudio de Valeriano Bozal ha venido a demostrar cómo, en ocasiones, esperar a disponer de todos los materiales para empezar a construir constituye un claro retraso. Además de la información disponible y de la recopilada por el propio autor, como en su libro *El realismo plástico en España, 1900-1936*, aparecido en 1966, y en numerosos artículos y conferencias, Valeriano Bozal ha dispuesto de una información recogida durante muchos años como estudioso de la vanguardia española y como protagonista de muchos de los principales acontecimientos de la misma.

La principal aportación de este libro reside, además de la completa y exhaustiva documentación, en el establecimiento de una estructura, sólidamente construida, de la evolución de la pintura y escultura españolas de nuestro siglo. Sin embargo, el problema de la información es menor que el de una correcta aplicación metodológica. Y no sólo por el rumbo particular seguido por el arte español contemporáneo, sino porque, además, el panorama de la modernidad en España se ofrece plural y heterogéneo. Por ello, lógicamente,



Valeriano Bozal parte del enfrentamiento con la cuestión de «la diversidad peninsular». Diversidad que afecta a la cronología de los pronunciamientos de distintas corrientes como el Modernismo. El punto de partida, el Modernismo —entendido como una corriente universal—, tuvo una implantación y unas fechas de aparición desiguales. Además, si en lo referente a la arquitectura modernista en Cataluña el Modernismo tiene una configuración precisa, en la pintura y escultura resulta mucho más confuso, hasta el punto de que se produzcan dificultades metodológicas al intentar incluir sus realizaciones en un estilo. De ahí lo oportuno de considerar el fenómeno, además de como estilo, como «actitud», surgida con planteamientos afines. Una rigurosa clasificación del fenómeno, partiendo de los tópicos convencionales en torno al Art Nouveau, dejaría completamente fuera obras que, según Valeriano Bozal, «pertenecen a su «espíritu» o a una «actitud» afín, como es el caso de Casas o Rusiñol o Anglada Camarasa». Entre otras razones, porque el Modernismo no debe ser entendido como una tendencia cerrada, compacta y homogénea, sino como un fenómeno complejo y dispar sometido a cambios en el tiempo.

Partiendo del supuesto de la diversidad estilística del Modernismo puede englobarse en él una renovación protagonizada por figuras, además de las mencionadas, como Darío Regoyos, Joaquim Mir, Isidro Nonell y el

fenómeno del Noucentisme. Incluso el discurso puede articularse enlazando con la obra de Sunyer, Manolo y Gargallo. Es decir, desarrollando una vía de la modernidad que sigue su propio pulso con respecto a los esquemas y cauces de la modernidad internacional.

Ahora bien, si el Modernismo constituye una referencia y un punto de partida en el que se plantea la diversidad peninsular, su aparición no desplazó a otro fenómeno en el que esta diversidad se da con mayor intensidad: el regionalismo que dio lugar a planteamientos dispersos como los del País Vasco, Galicia, Asturias o Andalucía.

Estos pronunciamientos y desarrollos constituyen el inicio de una modernidad sin interrelaciones con una vanguardia universal. Es, más bien, una modernidad introvertida. La otra modernidad, la extravertida y universal, constituye un desarrollo independiente y separado. Se trata de la personalidad y de la obra de artistas españoles que, a diferencia de los mencionados anteriormente, figuran por partida doble en la historia del arte contemporáneo español. Por un lado, se hallan inmersos en las tendencias vanguardistas universales. Por otro, aparecen desglosados de estas tendencias y situados como los representantes de esa línea universal de la modernidad española. Así, bajo el título *El desarrollo de la modernidad*, Valeriano Bozal in-



Viene de la página anterior



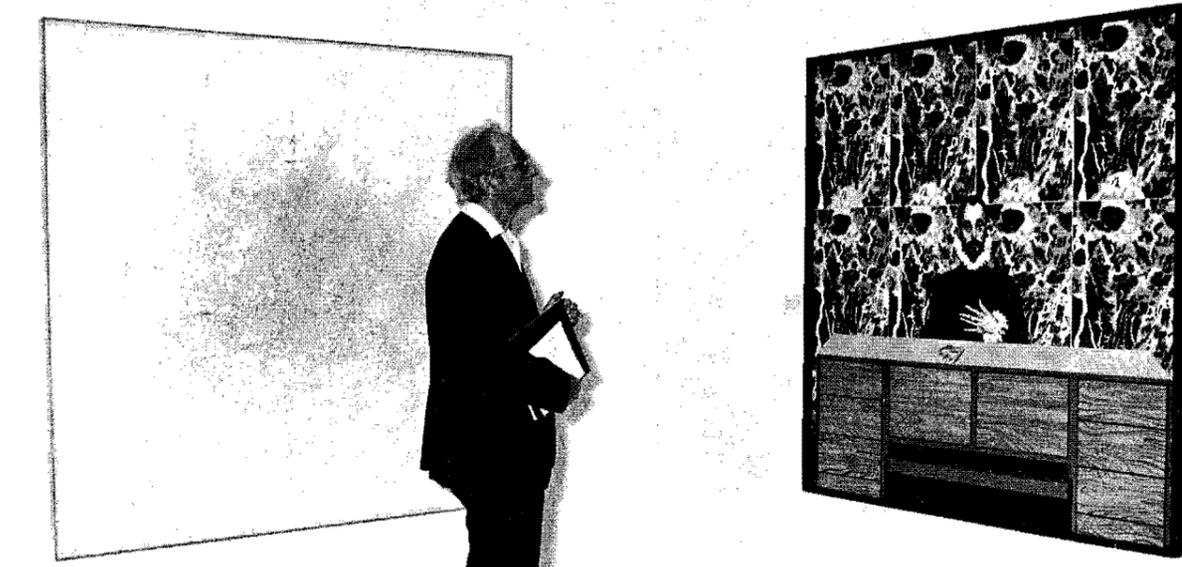
cluye, con una extensión destacada, el estudio de la obra de Picasso y de los cubistas españoles Juan Gris y María Blanchard, del renovador de la escultura en hierro Julio González o de Joan Miró.

La consideración de estos artistas como protagonistas de la vanguardia no plantea ningún problema metodológico. Donde sí se produce es al intentar dar respuesta a una pregunta crucial: «¿Se puede hablar de vanguardia en el seno del arte español de los años veinte y treinta?». Porque esta cuestión conlleva otra serie de cuestiones como la de si, en caso afirmativo, esta vanguardia puede ser comparable a la de otros países. O si es posible hablar en términos generales de una vanguardia española teniendo en cuenta las diferencias de lo que ocurrió en Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao. Preguntas que tienen que contestarse atendiendo a la compleja realidad española en la que, en la mayor parte de los casos, los pronunciamientos orientados a la creación de una vanguardia se quedaron en mero intento.

Una suma de intentos

La historia de la vanguardia española de los años veinte y treinta es la historia de una suma de intentos que desembocan en una profunda frustración. Fenómeno que lleva a Valeriano Bozal a afirmar: «En líneas generales me atrevo a decir que no existió vanguardia en España a la manera de la que hubo en Francia. No hubo vanguardia, aunque sí hubo vanguardistas. Esta afirmación no es una paradoja: para que haya vanguardia se precisa una colectividad de artistas, por lo común también de críticos y literatos, intelectuales, con un sentir común, ligados por principios que suelen manifestarse públicamente —en un manifiesto o en un programa, a través de una acción—, de carácter estilístico, pero también ideológico (y denominó así al conjunto de ideas que expresan una actitud ante el orden social vigente, su estructura y sus valores), con una actividad pública de carácter crítico (en atención a los citados principios) que por lo común suscita reacciones en el colectivo social y cultural, reacciones que se concretan en debates y polémicas, y que contribuyen a estrechar los lazos entre los artistas de vanguardia». De ahí que, en el caso español, la vanguardia no sea un fenómeno que tenga su origen en un reflejo colectivo, sino en un acto voluntarista de adhesión individual que contrastaba con la imborrable persistencia del arte tradicional. Lo cual determinó que en la mayor parte de los casos fuera, más que una participación intensa en la vanguardia, una aceptación libre —frecuentemente suavizada y moderada— de sus presupuestos. Es, con respecto al Cubismo, el caso de Vázquez Díaz. Y, en solitario, Solana. Renovadores en vez de vanguardistas como muchos de los artistas que expusieron en 1925 con los Ibéricos: Cossío, Ferrant, Victorio Macho, Planes, Cristóbal Ruiz y tantos otros que, como Joaquín Torres García o Rafael Barradas, desempeñaron un importante protagonismo.

Esta renovación, con sus brotes vanguardistas, no fue un compartimento estanco con respecto a la vanguardia internacional. Y, en este sentido, tanto las obras iniciales de Miró como las de Dalí —del «Dalí antes de Dalí»— surgieron de este ambiente renovador antes de su incorporación definitiva a la vanguardia internacional. Un fenómeno similar, sólo que a la inversa, lo constituyen los numerosos artistas españoles que durante estos años residieron y trabajaron en París y que formaron lo que se ha llamado *Escuela de París* (Manuel Ángeles Ortiz, Borens, Peinado, Viñes, Ismael de la Serna, Alfonso Olivares, Pancho Cossío). Y junto a ellos, al margen, Gutiérrez Solana.



Exposición «Arte Español en Nueva York, 1950-70» (Colección Amos Cahán). Fundación Juan March (1986).



Exposición «Picasso: Retratos de Jacqueline». Fundación Juan March (1991).

Pero todo este mundo de intentos, proyectos y afirmaciones, que parece que iban a tener una evolución de más amplio alcance, fueron desbordados por los acontecimientos en la década de los años treinta. Lo que había venido siendo una evolución compleja con avisos de reestructuración y de afirmación en la sociedad española fue cortado radicalmente. A raíz de la Guerra Civil se produjeron tres fenómenos de profunda repercusión en la modernidad artística. Dispersión, cuando no destrucción, de los protagonistas de la renovación; nuevo protagonismo del academicismo e intentos de creación de un arte oficial. Ahora bien, paradójicamente esta situación duró poco y, además, algunos de los principales intentos de renovación se produjeron tanto desde la iniciativa privada como bajo el impulso de ciertos sectores del Régimen. El abandono del proyecto de crear un arte del Régimen dejó al academicismo atrincherado en unas posiciones que sólo defendían algunas instancias oficiales. Algunos intentos de renovación —de reestructuración de la modernidad y de entronque con la tradición perdida— procedían de iniciativas de personajes que, como D'Ors, eran afines al Régimen o de artistas renovadores como Cossío y José Caballero, identificados políticamente con la nueva situación. Es el fenómeno que Valeriano Bozal estudia bajo el interrogante de una «Renovación desde dentro?», que analiza en contraposición con la otra dimensión del problema: el exilio en el que se produjo una evolución de los intentos de renovación del arte español inmediato al conflicto. Y también, en un sentido paralelo, lo que Bozal llama «El exilio interior» y una renovación interna del paisaje llevada a cabo por pintores como Ortega Muñoz, Zabaleta, Palencia, Caneja, el grupo de Madrid. Todo ello iniciaba lo que Bozal denomina «La normalidad perdida» con la aparición de grupos de vanguardia como el Grupo Pórtico y Dau Al Set.

En este proceso de recuperación y transformación, Bozal sitúa el final artístico de la

postguerra y el inicio de un ciclo nuevo en 1957, basándose en el nacimiento de El Paso y la creación del Equipo 57 y la aparición de determinados acontecimientos políticos de trascendencia singular en la vida nacional. Con todo, es ésta una cuestión difícil de asegurar de una forma precisa y radical, pues aunque es evidente que a partir de este año surgen cambios importantes en lo artístico, no lo es menos que otros de igual importancia se habían producido con anterioridad a principios de los años cincuenta. En este sentido, la clasificación de Valeriano Bozal introduce una novedad importante con respecto a la idea, ampliamente admitida, de que esta nueva orientación se produjo a partir de la I Bienal Hispanoamericana de Arte. Efectivamente, fue en 1957 cuando los cambios fueron más profundos y estructurales, y no solamente una novedad en los gestos.

La actividad de artistas como Oteiza, Tàpies, Chillida, Sempere o Palazuelo, así como los integrantes de los grupos mencionados, daba un nuevo rumbo al arte español. Nuevo rumbo imbricado con el inicio del desarrollo económico y planteado a través de un complejo panorama de tendencias entre las que durante unos años mantuvo su hegemonía el Informalismo. Y, en contraposición, el debate del Realismo y la Nueva Figuración, destacando a Eduardo Arroyo y el Equipo Cró-

nica, Genovés y Canogar y los diferentes realistas españoles.

Frente a esto, Valeriano Bozal plantea la aparición de la Nueva Generación y el arte conceptual para hacer un punto y aparte en 1980. En ese año se produjo un cambio promovido por la obra de varios artistas jóvenes y el cambio de orientación experimentado por otros que habían tenido un destacado protagonismo en el panorama artístico anterior. Pues, como dice Bozal, 1980 abrió un período que había empezado mucho antes.

La información transmitida por Valeriano Bozal en su libro es completamente fiable, tanto la aportada por sus propias investigaciones como la seleccionada de la obra de otros estudiosos. En este sentido, existe una adecuación equilibrada entre la extensión del libro y el reparto de los análisis entre los diferentes períodos, tendencias, grupos y artistas. Pero el problema principal consistía, como dijimos al principio de estas líneas, en el método y la estructura definitiva con los que ha sido organizado el trabajo. Valeriano Bozal no se ha limitado a una exposición y descripción sucesiva de fenómenos. Muy al contrario, cada situación, tendencia, artistas o grupo es analizado en relación con un contexto y poniendo de relieve el problema que suscitan, dando soluciones y planteando, cuando no se puede llegar a ellas, su complejidad. Otro problema muy distinto es el de la estructuración del último siglo de la pintura y escultura españolas. Valeriano Bozal ha desarrollado una rigurosa sistematización del arte de un período en el que, a pesar de lo desigual y desequilibrado de la documentación, el problema principal lo constituía su vertebración. Y Valeriano Bozal lo ha logrado con rigor, claridad positiva y una atención, poco frecuente, por desarrollar una línea argumental estructurada desde una perspectiva histórica. Es evidente que se podría haber realizado una estructuración distinta. Estoy seguro de que el autor se planteó otras formas, igualmente válidas, de estructurar el texto antes de llegar a la definitiva. La elegida es, sin duda, una de las más coherentes y válidas de todas las posibles. Me atrevería a decir que, en el estado actual de nuestros conocimientos, casi la única. □

RESUMEN

Para Víctor Nieto, quien se ocupa de un libro de Valeriano Bozal sobre la pintura y escultura españolas del siglo XX, sigue siendo uno de los fenómenos más complejos de la historia del arte español el análisis de las tendencias y

movimientos surgidos en ese campo y en esa época. Es decir, el problema fundamental de la historia del arte español en el siglo XX es la conexión y el parentesco, el contraste y la independencia entre vanguardia y modernidad.

Valeriano Bozal

Arte del siglo XX en España. Pintura y escultura, 1900-1990

Espasa-Calpe, Madrid, 1995. 698 (vol. I) y 720 (vol. II) páginas. 5.750 pesetas. ISBN: 84-239-9601-8 (I) y 84-239-9602-6 (II).

La obra «inerte» más perfecta de la naturaleza

Por Miguel Ángel Alario

Miguel Ángel Alario (Madrid, 1942) es catedrático de Química Inorgánica en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Complutense de Madrid, de la que ha sido decano. Es académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Premio de Investigación «Rey Jaime I», su línea de investigación se centra en el estudio de no estequiometría y defectos extensos en materiales inorgánicos.

El libro de Robert Hazen comienza con una cifra espectacular para los que nos dedicamos a la investigación científica: dos mil millones de dólares de los Estados Unidos de Norteamérica. Ésta fue la cantidad distribuida por la NSF (Fundación Nacional de la Ciencia) de ese país para proyectos de investigación en 1992. Curiosamente, además, esta cifra enorme es sólo un 10% de lo que los científicos americanos solicitaron al Gobierno Federal ese año. La divisa es, pues, calidad frente a cantidad; aunque, en realidad, si bien la calidad prima en la selección de los proyectos de investigación financiados —lejos, pues, del afortunadamente ya preterido «café para todos» de nuestro pasado menos reciente...—, la cantidad también está presente, pues a esa efectivamente enorme cifra hay que añadir los muchos dineros que en Ciencia de la que comúnmente se denomina «básica» invierten las Fuerzas Armadas, la Comisión Nacional de Energía Atómica —laboratorios nacionales de Oak Ridge, Los Álamos, Argonne...—, El Instituto Nacional de la Salud, las universidades públicas y, más aún, las privadas, gracias a donaciones y contratos con empresas, así como las grandes empresas industriales: Du Pont, IBM, AIT, etc., que, a pesar de los recientes recortes, continúan haciendo investigación fundamental aplicándola a desarrollos que luego se convierten en codiciados objetos de mercado...

La sociedad estadounidense, la de Franklin, Edison, Ford, Du Pont, Kodak, Packard o Gates, se basa, se sustenta y se edifica sobre la investigación científica, y en ella, en esa sociedad que cree en ciencia y técnica, alguno de «los nuevos alquimistas», a que se refiere Robert M. Hazen en el libro de ese título que comentamos, consiguieron, hace más de cuarenta años, el ocho de diciembre de 1954, para ser exactos, consiguieron, decía, reproducir la obra «inerte» más perfecta de la Madre Naturaleza: el diamante. Y ello sólo ochenta años después de que en un torrente seco de África del Sur se encontrasen por primera vez diamantes primarios, esto es, formados en la misma roca, en que apareció el Eureka: un precioso objeto cristalino del tamaño de un huevo de pájaro —de petirrojo, precisa Hazen— de color blanco azulado y más de veinte quilates —del árabe «quirat», y éste del griego κέραιον, el peso de cuatro gramos—. El quilate de los metalúrgicos es una medida de la pureza de los metales, habitualmente del oro que cuando es puro se dice es de 24 quilates. Para los joyeros diamantíferos, sin embargo, el quilate es una medida del peso de estas gemas, y uno de ellos representa el ciento cuarentavo de la onza, y ésta el dieciseisavo de la libra, o sea 0,204 gramos, por lo que el Eureka pesó nada menos que cuatro gramos! Ciertamente que, tan sólo dos años después, en 1907, el Eureka fue ampliamente superado por el Estrella de Sudáfrica, cuatro veces más pesado y que dio lugar a una auténtica estampida de más de diez mil mineros hacia las zonas hoy casi míticas del continente africano y que llevan resonantes nombres bóers: Bultfontein, Jagersfontein... No es casualidad que uno de los puntos claves del mercado diamantífero sea Amsterdam...

Esta nueva «quimera del oro» dio lugar,

como la anterior, a unas cuantas fortunas rápidas y espectaculares, y a la dilapidación de las restantes. Como dice el proverbio provenzal: «dinero que fácil llega, fácil se va». Así, miles de «desesperados» se lanzaron a la búsqueda de diamantes sin que muchos de ellos consiguieran algo más que «cambiar tierra de sitio» en un desolador paisaje recogido en una impresionante fotografía que aparece en este libro y que puede considerarse el mayor «termitero» del mundo.

Sin embargo, el libro que comentamos no se entretiene, aunque entretiene, contando la historia del descubrimiento de la minería y explotación comercial de los diamantes naturales, sino, sobre todo, relata la obtención artificial de los mismos. Y lo de artificial viene a cuento porque casi de un artificio, o mejor aún de un arte, se trata; pero no sólo de eso, se trata también de una ciencia. La fabricación de diamantes sintéticos ha requerido la conjunción de muchos esfuerzos dedicados a la realización de increíbles ingenios mecánicos, de enormes prensas que aplican su tremenda fuerza hidráulica, a través de complejísimo sistemas de yunques escindidos en hasta ocho trozos, a cilindros de platino rellenos de cualquier material que contenga carbono: grafito, por supuesto, la forma «plana», hojosa del carbono, estable en las condiciones ordinarias de la superficie de nuestro planeta, pero también azúcar, papel, jarabe de arce, hollín, margarina de cacahuete y hasta alas de mosca..., pues todos estos y algunos otros igualmente increíbles productos de partida tuvo que utilizar Bob Wentorff para conseguir defender unas patentes de la General Electric que, en su afán de cubrir el máximo territorio de la fabricación industrial de estas piedras, pretendió en aquéllas que todo lo que tiene carbono da diamantes, lo que en realidad resulta ser cierto, con lo que nadie más podría fabricarlos.

La historia del diamante —del latín «adamas», piedra preciosa que no se puede romper— es desde luego muy anterior a su fabricación industrial y al descubrimiento de 1866. La definición latina es de Plinio el Viejo y, al parecer, los primeros diamantes vinieron de la India hace más de dos mil años. Quizá el primer regalo de un diamante como ofrenda de amor —la publicidad diamantífera dice: «el diamante es para siempre», como el amor que con el regalo se promete...—, del que hay noticia escrita, es del siglo XV, cuando Carlos VII, el que gracias al empuje de Juana de Arco expulsó a los ingleses de Francia, regaló uno a su amante Agnes Sorel.

Pero los diamantes no han sido sólo objeto de deseo de reyes y banqueros; también se han ocupado de ellos los juglares y otros cuentistas que los consideraron trozos de estrellas caídas del cielo o cristales formados por el rayo en el fondo del océano. Y, claro está, los diamantes han sido el objeto de reflexión y estudio de los científicos, que primero querían saber lo que eran y después reproducirlos y reproducir sus propiedades. La mayoría de los sabios que se han dedicado al estudio del diamante son, como muestra Hazen, personajes peculiares, y a lo largo de los últimos ciento setenta años que hasta ahora van de intentos, más o menos exitosos, de fabricación del diamante, se han escrito algunas de las páginas más sorprendentes de la Historia de la Química.

Newton dedicó muchas horas a la observación de los diamantes y los consideraba como «una sustancia untuosa congelada que debía ser combustible». Lavoisier se acercó un poco más y, tras quemar varios concentrando la luz solar por medio de una lente, concluyó que efectivamente ardían... En 1797, cinco años después de que la guillotina se llevase a Lavoisier, Tennant cuantificó sus resultados, y demostró, por primera vez, que se trataba de carbono puro cristalizado. Cuando se des-

cubrieron los Rayos X, hace más de cien años, que Bragg utilizó para determinar cómo estaban dispuestos los átomos en un cristal, tras la sal común y la carnalita, estudió el diamante. Bragg concluyó que en su perfecta regularidad cada átomo de carbono estaba rodeado de otros cuatro, igual, pues, que en muchas de las especies moleculares del carbono, como ya se recogía en la hipótesis de Le Bell y Vant'Hoff. Se abrió así por Bragg la puerta para comprender las espectaculares propiedades del diamante, que no sólo es duro, muy duro y transparente, sino que además refleja e irisa la luz de mil maneras cuando está tallado; el propio Michael Faraday tenía uno colgado en el salón de su casa de la Royal Institution para dispersar los rayos de sol como elemento decorativo, y que aún hoy se conserva en el viejo caserón de Albermarle Street, en Londres. El diamante es un magnífico aislante eléctrico, pero también un magnífico conductor térmico; de ahí que los joyeros de las novelas de misterio lo identifiquen llevándolo a los labios, porque al besarlo está frío, cosa que no ocurre con el vidrio...

Pero aunque en el libro de Hazen algo se cuenta de todas estas características casi mágicas del diamante, y de la historia de estas codiciadas gemas, el tema central es, como decíamos, la fabricación del diamante. Es ése un empeño que ha ocupado y hecho fracasar a algunos grandes científicos que, en el camino, descubrieron otras cosas importantes, contribuyendo, sobre todo, al desarrollo de las técnicas de alta presión. Efectivamente, la Química ha utilizado comúnmente la temperatura como variable y motor de los procesos químicos hasta el desarrollo de esta otra variable adicional que da lugar a interesantísimas posibilidades especialmente en el campo de los materiales.

La historia de la fabricación del diamante pasa por diferentes períodos entre alquimistas, charlatanes y otros pillos, y el primer intento serio parece ser el de Cagnard de la Tour, en 1828; pero sus muestras no tenían carbón, sino corindón, un óxido de aluminio muy duro —siguiente al diamante en la célebre escala de Mohs—, y periclasa, el óxido típico de magnesio, mucho más blando... En los intentos de esa época faltaba, desde luego, el estudio sistemático que llevó al éxito en los años cincuenta de este siglo. El primer científico que se dedicó a este trabajo fue el escocés Hannay, brillante autodidacta que llegó a miembro de la Real Sociedad de Edimburgo a los veintidós años y que fue jefe del laboratorio de una importante industria química en Glasgow. Hannay introdujo en la búsqueda del diamante dos parámetros fundamentales: la disolución/cristalización y la presión. Porque, sin éstas, no se puede, para ser exactos no se podía, fabricar diamantes. Si bien la utilización de la presión le vino sugerida por el descubrimiento geológico en África del Sur a que antes hacíamos referencia, la disolución de metales alcalinos, como litio y sodio, en parafina, a la que por un tiempo se estuvo dedicando, dio lugar, de modo bastante inesperado, a un depósito negro, carbonoso, que Hannay creyó formado por diamantes. De ahí su idea de disolver calentando, y a presión, todo tipo de sustancias en multitud de disolventes, y ello, en 1870, con métodos primitivos consistentes por lo esencial en rellenar tubos de hierro con aceite y litio y, tras cerrarlos por ambos extremos, calentarlos largamente a temperaturas muy altas. Ello, naturalmente, daba lugar a tremendas explosiones; más aún, cuando no explotaban, quedaba el no menor problema de abrirlos. Aunque, de acuerdo con su cuaderno de laboratorio, en sólo tres ocasiones, de un total de ochenta, se mantuvo el tubo intacto, en uno de ellos aparecieron cristales de diamante. Sin embargo, análisis recientes de los que se conservan en el Museo Británico como primeros diamantes sintéticos

demuestran que, por razones que detalla Hazen, y que tienen que ver con inclusiones y otros defectos, se trata de diamantes naturales y no artificiales. Tras Hannay llega el turno a Moissan, quien, tras diseñar un ingenioso horno eléctrico, también tras desarrollar la química del peligroso flúor, lo que le valió el Premio Nobel de Química en 1906, intentó, también sin éxito, la preparación de diamantes. Aunque Moissan intuyó la necesidad de la presión, no encontró más posibilidad de sintetizarla que la solidificación brusca del hierro fundido en el que disolvía carbón. De esta manera, Moissan consiguió simplemente —aunque deberíamos decir consiguió ¡nada menos que!— la síntesis de pequeños cristales de carburo de silicio que, conocido con el nombre de moissanita, es un interesantísimo refractario utilizado en la construcción de resistencias eléctricas y que posee el privilegio de adoptar más de ciento treinta estructuras cristalinas distintas, todas ellas parecidas a la del diamante, para una misma composición; esto le confiere el título de arquetipo del politipismo.

El libro *The new Alchemists* se ocupa, a continuación, de Bridgman, el auténtico innovador en la utilización de las altas presiones y también Premio Nobel, de Física, en 1946. Percy Bridgman, catedrático en Harvard, donde también se había graduado, en 1904, y doctorado, algo infrecuente y, más aún, para un nativo de Cambridge, Massachusetts. Hombre solitario, tuvo entre sus discípulos a Oppenheimer y Slater, pero siempre prefirió dedicarse a su propio trabajo experimental con su asistente técnico. Bridgman era un consumado mecánico —capaz, se dice, de hacer un taladro de un dieciseisavo de pulgada en un cilindro de cuarenta centímetros de largo, en sólo siete horas—. Bridgman dedicó su vida a someter diferentes materiales a elevadas presiones y temperaturas, en particular el agua, encontrando muchas fases diferentes del hielo en un trabajo notable y clásico. Bridgman sometió al grafito, al que consideraba, tras sus vanos esfuerzos para fabricar diamantes, «el mejor muelle que existe en la naturaleza», a presiones de hasta 425.000 atmósferas, utilizando una prensa de 3.000 toneladas, aplicadas a una pulgada cuadrada. Pero faltaban dos puntos cruciales: la temperatura y el catalizador. Se cuenta que cada vez que Bridgman conseguía una mejora en su aparato, y cuando no le veía nadie, hacía un experimento con grafito para ver si conseguía los ansiados cristales... Hombre de personalidad compleja, que se suicidó en 1961 al saber que tenía cáncer óseo, consiguió, poco antes, fabricar diamantes en un experimento que realizó cuando los científicos de GEC le invitaron a visitar el laboratorio donde se consiguió la primera síntesis.

Pero antes de llegar a ella, Hazen describe el «intento sueco» y relata la no menos increíble biografía de Baltzar von Platen, quien, tras hacerse famoso y rico con el desarrollo de una nevera portátil al terminar la segunda guerra mundial, y aprovechando esa fama, se embarcó en diferentes proyectos —unos más disparatados que otros; entre ellos el de conseguir un «perpetuum mobile», lo que como todos sabemos sólo pudo conseguir Niccolò Paganini en un contexto bien diferente, y el de fabricar diamantes—. Es apasionante la historia de este hombre, y de su intento iniciado en los lavabos de un viejo palacio de verano, construido por el rey Gustavo Adolfo II de Suecia para su amante Ebba Brahe. Obviamente, las amantes han tenido mucho que ver con los diamantes...

Esta historia, estupendamente novelada por Hazen, tiene un final feliz pero atípico: el día 16 de febrero de 1953, los científicos de la empresa sueca ASEA consiguieron dia-



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

mantes, esta vez auténticos, y el experimento fue reproducido con éxito en otras dos ocasiones con un par de meses de intervalo. Pero, por razones que siguen oscuras, el equipo del llamado Proyecto QUINTUS nunca publicó su descubrimiento; quizá, como se apunta en el libro, porque, a pesar del éxito, el procedimiento era tan caro y complejo que no merecía la pena hacerlo a escala industrial, lo que en cierta medida suponía un fracaso; quizá por otras razones...

Y acto seguido Hazen describe el proyecto definitivo, «Project superpressure», el proyecto de otra gran corporación, esta vez norteamericana, la GEC, la compañía de Edison, que necesitaba diamantes para cortar las herramientas superduras que le permitían trabajar y estirar en hilos el wolframio de los filamentos de las bombillas. Bajo la dirección de un gestor de acusada personalidad, A. J. Nerad —cuya divisa: «no se queje, es signo de incompetencia» figuraba en las paredes del taller, más que laboratorio, en el que se desarrolló el proyecto—, un equipo de cinco variopintos científicos consiguió de manera reproducible y sistemática hacer realidad el viejo sueño y, tras ello, iniciar otra línea de fabricación de productos que dejaban ¡y dejan! grandes beneficios a GEC. Los componentes del equipo, que tras el éxito, e incluso antes de él, se fragmentó en enemigos irreconciliables —lo que probablemente les «costó» el Premio Nobel...—, dicho equipo, decía, merece que le recordemos: Francis Bundy, Herbert Strong, James Cheney, Harold Bovenkerk y, quizás sobre todo, Tracy Hall. Pero para fabricar el diamante, este grupo tuvo que trabajar durante años innovando, de paso, en muchos aspectos de la Ciencia de Materiales, del diseño de prensas hidráulicas y, sobre todo, del recinto de reacción: un conjunto que, sin entrar en demasiados detalles técnicos (piénsese que hay que calentar a más de mil grados centígrados y a más de cien toneladas por centímetro cuadrado simultáneamente), está formado esencialmente por dos pistones cilíndrico-cónicos de carburo de tungsteno actuando en vertical sobre una muestra encerrada en una cápsula de platino, que está, a su vez, embutida en una cámara también de WC. Tras multitud de experimentos fallidos, y tras diseñar y hacer construir una prensa hidráulica de mil toneladas, que medía más de seis metros de altura y pesaba 55 toneladas, consiguieron producir inicialmente, el 8 de diciembre de 1954, nada menos que ¡dos cristales!, por lo demás difíciles de analizar, dado su pequeño tamaño y las técnicas de la época, y, posteriormente, el 16 de diciembre de ese mismo año, en la cámara diseñada por Hall —el celebrado «Belt» de Hall—, y que por los desacuerdos dentro del equipo trabajaba en una prensa distinta, y más pequeña, docenas de cristales. La Naturaleza había sido emulada, y, en las dos semanas siguientes, reprodujeron el experimento hasta veinte veces con igual resultado. Hall abandonó GEC decepcionado por el casi nulo reconocimiento de su labor, que sólo fue premiada con los simbólicos —en todos los sentidos— 25 dólares que se asignaban a cada miembro de la compañía

que contribuía al establecimiento de una patente.

A partir de ese momento, el desarrollo del procedimiento consistió en tratar de controlar la forma de los cristales para adaptarlos a las diferentes aplicaciones y en fabricar y vender diamantes sintéticos. Así, en 1959 se fabricó un millón de quilates, el 10 % del mercado mundial de diamantes, mientras que al año siguiente se fabricaron 600 kilos. Simultáneamente, el precio del quilate cambió radicalmente y ya no estuvo controlado únicamente por las compañías mineras. En 1957, un quilate de diamante natural costaba algo menos de tres dólares, mientras que el manufacturado costaba seis dólares. En 1961, el precio de éste se había terciado.

Más tarde, el consorcio minero de Sudáfrica —de Beers—, que llegó a fabricar diamantes casi cuatro años después, y a punto estuvo de conseguir las patentes antes, debido al secreto oficial que impuso el Gobierno norteamericano, se asociaba con GEC y entre las dos controlaban el mercado de diamantes, tanto naturales como artificiales.

En la actualidad se fabrica en Irlanda del Norte y en la isla de Man, donde se ha conseguido un diamante sintético de catorce quilates —2,9 gramos— y 0,8 cm³, el mayor hasta ahora, pero no soporta la comparación con los mejores de los naturales. De entre éstos destaca la Estrella de las Estaciones, de sesenta gramos, que recientemente se subastó en Londres y alcanzó una puja de dos mil millones de pesetas, o, por encima de todos, el Cullinam de 3.166 quilates, nada menos que ¡621,2 gramos! Tan grueso era que se dijo inicialmente que no era sino un pedrusco, y el capataz lo tiró por la ventana... Afortunadamente, el diamante es duro. Tras reconocerle como el mayor diamante conocido se le talló en nueve piedras, de las cuales dos figuran en la colección de joyas de la corona británica.

Posteriormente, Strong y Wendorf consiguieron fabricar diamantes isotópicamente puros, esto es, diamantes en los que se suprime la proporción natural de carbono 13 que acompaña al carbono 12, en torno al 1 %. Ello hace que, en esos diamantes, la perfección del retículo cristalino sea aún mayor, lo que facilita aún más la transmisión del calor al mejorar las vibraciones de la red que son las responsables de dicho proceso. De este modo se ha conseguido mejorar la conductividad térmica del diamante y, por una vez, el diamante manufacturado es mejor que el natural...

El libro de Hazen no culmina, ni termina, con la interesante historia que acabamos de resumir, sino que abarca muchos otros aspectos del desarrollo de las técnicas de alta presión. Obviamente, una vez que tales presiones estuvieron a disposición de los científicos, éstos han intentado aprovecharlas en los más dispares y variados experimentos, abarcando desde la Astrofísica a la Geología, pasando, desde luego, por Física y Química del estado sólido.

También los geólogos tienen interés en las altas presiones y, refiriéndonos a la tierra, les interesan, obviamente, los silicatos, componentes esenciales de la corteza terrestre. En estos estudios se ha superado el millón de

atmósferas o, en términos técnicos, se ha alcanzado el megabar. La búsqueda del récord requirió el desarrollo de otro tipo de prensa, denominada «en yunque de diamante», en la que la presión se ejerce por medio de dos diamantes opuestos tallados adecuadamente para que sus dos caras enfrentadas acojan el material que se comprime situado en una cámara metálica. Con este tipo de prensa, diseñada por Van Valkenburg en el NBS de Washington, mucho menos voluminosa y que se acciona simplemente por rotación de un tornillo, análogo, pues, al que usan en sus bancos carpinteros y mecánicos ajustadores, tiene, además, la ventaja de que al ser los diamantes transparentes a la radiación, es posible estudiar la muestra por medio de la espectroscopía, o incluso la difracción de rayos X, mientras se aplica la presión, lo que tiene la indudable ventaja de permitir observar, ya sea indirectamente, lo que está pasando. Con este tipo de equipo, Bell y Mao consiguieron en las navidades de 1975, trabajando en el laboratorio de Geofísica del Instituto Carnegie, alcanzar una presión de un millón dieciocho mil atmósferas. Sin embargo, en una nueva aventura con tintes novelescos en la que los detractores de Bell y Mao consiguieron convencer a la mayoría de los científicos de que el récord no estaba probado, tuvieron que pasar tres años para que éstos publicasen un artículo en la revista de la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias, la prestigiosa *Science*, donde se describió la generación sostenida de presiones de hasta ¡1,72 megabares! A esas presiones, el diamante sufre deformación plástica, por lo que no es posible seguir mucho más arriba, y ése parece ser el récord de presiones por ahora y, probablemente, por muchos años por venir.

Los años en que se desarrolló la fabricación artificial del diamante coinciden, como el lector habrá notado, con los de la hoy fecunda «guerra fría», y, teniendo los diamantes gran valor estratégico, cabe preguntarse dónde estaba la investigación soviética en ese campo en dicho período. Aunque Hazen no se extiende en este tema, sí que relata la extraordinaria aventura de Sergei Stishov, quien en 1960 efectuaba su tesis doctoral en el Instituto de Física de Altas Presiones de Moscú, donde existe una importantísima tradición de trabajos tanto experimentales como teóricos en ese campo. Stishov se interesaba por qué podía pasar a la sílice cuando estaba sometida a altas presiones. Siendo, como era,

un brillante licenciado en geofísica, no es de extrañar que ese tema le apasionara. Por aquella época ya se conocía que el óxido de silicio presenta muchas fases cristalinas —cuarzo, tridimita y cristobalita son sus nombres— y una interesante fase amorfa —el ópalo, la única piedra preciosa no cristalina—; pero también se conocía, de acuerdo con Loring Coes, que, a presiones de unas 40.000 atmósferas todas ellas se convierten en una nueva forma que posteriormente recibió el adecuado nombre de coesita. Siguiendo una predicción del célebre geofísico Francis Birch, y teniendo a su disposición magníficos equipos experimentales, el joven Serguei decidió ver qué ocurría con la sílice a 130.000 atmósferas y 1.500 grados centígrados. Y ocurre algo enormemente interesante: aparece una nueva fase cristalina del aparentemente vulgar óxido de silicio, en la que este elemento, contrariamente a sus hábitos, se rodea de seis átomos de oxígeno en lugar de los cuatro normalmente observados. Ello lleva además consigo un aumento de densidad. Stishov publicó su extraordinario resultado en un artículo con su directora de tesis Popova, pero no incluyó ni el del líder del grupo, el caduco Galaktionov, que, burdamente, intentó demostrar que él también había visto esa transformación, incluso antes, lo que era radicalmente falso, ni el nombre del director del instituto, Vereshchagin, que, como suele ocurrir, no había participado ni de lejos en el trabajo. Aunque Stishov obtuvo inmediato reconocimiento en Occidente, su honrada osadía, que se enfrentaba a la «nomenclatura», le causó innumerables problemas y el ostracismo más completo dentro de su país. Tuvo que llegar la «glasnost» para que se volviera a oír hablar de Sergei Stishov, quien pudo viajar a Estados Unidos y contar su triste aventura. En todo caso, y en lo que se puede considerar como un pequeño apoyo a nuestro héroe de la diosa Fortuna, Edward Chao, del Servicio Geológico de Estados Unidos, tras leer el artículo de Stishov, se fue al cráter «Meteor», en el estado de Arizona. En dicho sitio la caída de un enorme meteorito, en época remota, provocó una violenta explosión y el incremento repentino y brutal de presión y temperatura. En él se habían encontrado ya cristales de coesita. Al poco tiempo, Chao encontró cristales de la fase de Sergei a los que lógicamente asignó el nombre de stishovita, provocando el enfado de la comunidad geológica del «establishment» soviético y a Stishov la pérdida de su empleo y su tarjeta de acceso a laboratorios y bibliotecas. Un claro ejemplo de un cierto tipo de «ética» científica que, desgraciadamente, no es privativa de los solos enemigos de Stishov.

El libro que comentamos refleja, pues, en sus 250 páginas una interesantísima historia, la de las altas presiones, salpicada de anécdotas, rencillas y hasta guerras, que ha permitido una mejor comprensión de la naturaleza y el alcanzar uno de sus reductos más bellos: el diamante, símbolo de perfección, de pureza y de poder, que sigue fascinando a hombres y mujeres, tanto o más que cuando los contadores de historias los creían caídos del cielo. □

RESUMEN

Miguel Angel Alario no se ocupa, aunque se refiera de pasada, del espectacular descubrimiento, a principios de siglo, en Sudáfrica, de los primeros yacimientos de diamantes naturales, sino que se interesa, desde el punto de vista de la ciencia, de la

no menos espectacular reproducción en laboratorio de la obra «inerte» más perfecta de la naturaleza: hace cuarenta años, unos «nuevos alquimistas» (éste es el título de la obra comentada) obtuvieron diamantes sintéticos.

Robert M. Hazen

The new Alchemists

Times Books, Nueva York, 1993. 260 páginas. 29 dólares. ISBN: 0-8129-2275-1.

El gran debate sobre la evolución

Por José Antonio Melero

José Antonio Melero (*Fuentes de Nava, Palencia, 1948*) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro de Biología Celular y Retrovirus del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

El título del libro escrito por Niles Eldredge puede conducir al error de pensar que una nueva teoría de la evolución está emergiendo. Nada más lejos de la realidad. Desde mi punto de vista, los conceptos básicos de las ideas darwinistas siguen estando donde estaban y el gran debate, al que hace referencia el subtítulo, es la confrontación (más personal que conceptual) entre el autor y los que él denomina ultra-darwinistas. El libro se presenta como una acalorada discusión alrededor de la mesa entre los denominados ultra-darwinistas —John Maynard-Smith, Richard Dawkins, George Williams, etc.— y los naturalistas —Stephen J. Gould, el propio autor y una amplia saga de paleontólogos—. En la exposición del debate, N. Eldredge juega al mismo tiempo el papel de expositor y contertulio (o juez y parte), por lo que la objetividad de los datos presentados y de los argumentos esgrimidos es más que cuestionable.

Probablemente el tema de la evolución haya sido (y siga siendo) uno de los que han provocado opiniones más contrapuestas en el ámbito de las Ciencias Naturales. Al margen de las críticas dogmáticas, basadas en postulados religiosos o filosóficos, que desde ámbitos creacionistas se hicieron (y se siguen haciendo) a las ideas de Darwin, el tema de la evolución sigue levantando ampollas en los círculos estrictamente científicos. Es mi impresión que muchas de estas controversias son más el resultado de la búsqueda de protagonismo por parte de los interlocutores que de auténticas discrepancias entre las partes y autores confrontados. Bien es verdad que, desde los tiempos de Darwin, numero-

sos científicos han contribuido a perfilar los factores que determinan la evolución de las especies y los mecanismos genéticos que subyacen en los procesos de evolución. Así, los nuevos conceptos derivados de la «teoría de la evolución neutral» o de «la deriva genética» son intelectualmente enriquecedores para entender los detalles de la evolución biológica, pero ninguno de ellos, en mi opinión, altera fundamentalmente las ideas expuestas por Darwin. Por ejemplo, la teoría de la evolución neutral, que para algunos significa la descalificación de la selección natural como motor de la evolución, en realidad viene a decir que «... los mutantes no son estrictamente neutrales, sino que el destino de los mismos está determinado en gran parte por la deriva genética...» (M. Kimura, *The Neutral Theory of Molecular Evolution*, Cambridge University Press, 1983, página 34). En otras palabras, que no todos los cambios evolutivos están determinados por la selección positiva de nuevas variantes, sino que otros factores, incluida la deriva genética, desempeñan un papel en el proceso evolutivo. Determinar cuál es la contribución, en términos cuantitativos, de la selección natural —positiva o negativa— o de la deriva genética u otros factores al proceso evolutivo es un tema de debate e investigación actual, pero que, desde mi punto de vista, no altera sustancialmente las ideas básicas de Darwin, quien tampoco daba a la selección natural un valor absoluto.

Escuelas irreconciliables

En términos similares se puede considerar el debate planteado por N. Eldredge en el libro objeto de este comentario. Su pretensión de establecer dos planteamientos opuestos, o dos escuelas irreconciliables, para explicar la teoría de la evolución me parece exagerada, pues, en definitiva, no se trata de cuestionar el papel de la selección natural como motor de los cambios adaptativos, sino de explicar por qué estos cambios ocurren cuando ocurren. Frente a los ultra-darwinistas, que proponen una acumulación gradual de cambios adaptativos con el tiempo, los

naturalistas, basándose principalmente en evidencias paleontológicas, proponen una aparición discontinua de dichos cambios. El registro de fósiles revela que existen largos períodos de tiempo durante los cuales no hay cambios (éxtasis), interrumpidos por cortos períodos de cambios repentinos. Son estos dos conceptos de éxtasis y cambios abruptos los que originalmente indujeron a Stephen J. Gould y Niles Eldredge a formular la teoría del equilibrio puntuado como modelo de evolución, tal como aparece en el registro fósil.

Hay datos paleontológicos que evidentemente apoyan la teoría del equilibrio puntuado. Por ejemplo, las primeras ballenas y murciélagos aparecen en rocas del Eoceno, aproximadamente hace 55 millones de años. Desde entonces muy pocos cambios anatómico-morfológicos se han acumulado. Si empleásemos estos datos para calcular, siguiendo el modelo de evolución gradual, el momento en que las líneas evolutivas de murciélagos y ballenas se separaron de los mamíferos ancestrales, resultarían números absurdamente elevados. Es por lo que, en la teoría del equilibrio puntuado, el concepto de especie tiene una relevancia especial. Para los naturalistas, los cambios adaptativos se acumulan principalmente durante el proceso de especiación que, en la escala geológica, ocurre en un intervalo corto de tiempo. Pero, además, es la especie biológica la que mantiene la estabilidad de esos cambios. Así, el concepto de éxtasis no tiene solamente una connotación pasiva (ausencia de cambio), sino que se define como un fenómeno activo que opera para mantener la estabilidad de las especies biológicas aun en momentos de intensos cambios climáticos o de glaciaciones cíclicas. Contrariamente a lo que piensan los ultra-darwinistas, los naturalistas opinan que la respuesta más frecuente de una especie biológica a los cambios medioambientales no es la acumulación de cambios adaptativos, sino la migración, la búsqueda de nuevos hábitats. Esto es así porque existen restricciones a los cambios adaptativos que pueden incorporarse dentro de una especie biológica.

Aquí surge la imagen del paisaje adaptativo, propuesta por Sewall Wright al prin-

cipio de la década de 1930, en la que picos montañosos, que representan situaciones de mejor adaptación, estarían ocupados por las especies biológicas, mientras que los valles serían desiertos desprovistos de las mismas. El paso de una montaña a otra supone un coste insalvable en la mayoría de los casos. La especiación, o generación de nuevas especies, se origina por el desdoblamiento de una montaña en dos o más. Estas montañas cambian de lugar con el tiempo y pueden alcanzar mayores alturas o disminuir hasta desaparecer.

Jerarquía biológica

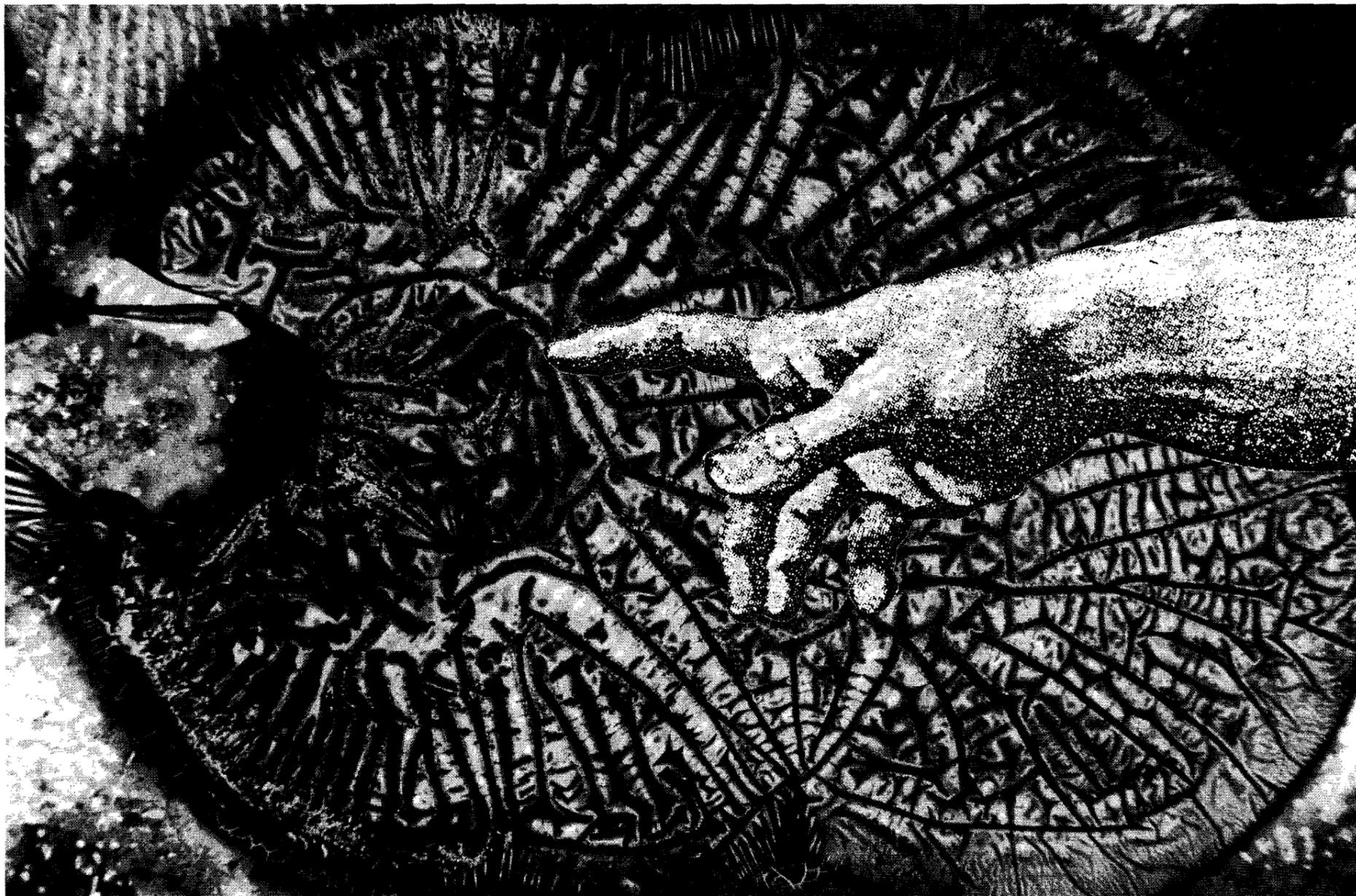
El concepto de especie biológica como entidad esencialmente inalterada en la escala geológica no supone la ausencia de otros cambios efímeros que ocurren en niveles inferiores de la jerarquía biológica. Los cambios que pueden aparecer en individuos o poblaciones de una especie se ven contrarrestados por los fenómenos de selección negativa y de recombinación genética que tienden a uniformizar la dotación genética de los individuos de una misma especie. N. Eldredge introduce aquí el concepto de caos, propuesto por James Gleick, por el que la conducta caótica de determinados subsistemas puede tener lugar dentro de entidades superiores aparentemente estables. Es así como la especie biológica, que supone una barrera en el intercambio de información genética, representa un pilar fundamental en las ideas de éxtasis evolutivo y de equilibrio puntuado.

Lo que determina la especiación son cambios en «el sistema de reconocimiento de la pareja». Cuando dos poblaciones de una misma especie están lo suficientemente diferenciadas como para que los individuos de una población dejen de aparearse con los de otra, ambas poblaciones se constituirán como especies diferentes, rompiéndose, entonces, la continuidad del flujo de información genética. Éste es un punto fundamental del proceso de especiación. Aunque los individuos de dos razas caninas de tamaños ex-



ANTONIO LANCHE

Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

tremos no puedan llegar a aparearse, el flujo de información genética entre ambas razas se mantiene a través de otras de tamaños intermedios. Sin embargo, cuando ese flujo queda interrumpido entre dos poblaciones (o razas) de una misma especie, las diferencias entre ambas quedan fijadas genéticamente. Puesto que los procesos de especiación suelen darse en poblaciones alejadas del núcleo central de la especie a la que pertenecen, esas poblaciones tienden a acumular rápidamente cambios anatómico-morfológicos que proporcionan un mayor grado de adaptación al hábitat de la nueva especie que al de la especie de la que derivan. Pero, de nuevo, son los cambios en el mecanismo de reconocimiento de la pareja los que determinan la especiación. Por ello, podemos encontrar especies que son difícilmente distinguibles a nivel morfológico (por ejemplo, las moscas «*Drosophila melanogaster*» y «*Drosophila simulans*») a pesar de su aislamiento reproductivo.

Rama evolutiva

Pero más allá del concepto de especie, las ideas expuestas por N. Eldredge pretenden explicar la macroevolución de géneros, familias, órdenes, etc., poniendo el énfasis en los conceptos de aparición y supervivencia diferencial de las especies. Si analizamos determinados caracteres en las especies de una misma rama evolutiva, podemos encontrar (aunque no siempre) ciertas tendencias que favorecen intuitivamente la idea del gradua-

lismo o evolución continua. Un ejemplo paradigmático puede ser el aumento del tamaño del cerebro de los primates, hasta llegar al «*Homo sapiens*». Esta tendencia evolutiva, sin embargo, no es el resultado del aumento progresivo del cerebro en los individuos de las especies que forman la rama de los primates, sino la aparición y supervivencia de determinadas especies en las que el cerebro tiene mayor tamaño.

Todas estas ideas sobre la formación de nuevas especies son, en realidad, un reflejo de las expuestas previamente por darwinistas como Ernst Mayr y que N. Eldredge vuelve a retomar para explicarlas bajo la teoría del equilibrio puntuado. Así, el gran debate sobre evolución, al que hace referencia el libro de N. Eldredge, no es tanto una total oposición entre nuevas ideas y supervivencia de algunas ya establecidas.

La teoría del equilibrio puntuado ha encontrado eco también fuera del ámbito de los paleontólogos. En un artículo publicado por S. T. Nichol, J. A. Rowe y W. M. Fitch en 1993 (PNAS, 90, 1024-1028) se describe la evolución del virus de la estomatitis vesicular (que infecta vacas, caballos y cerdos) como un proceso que sigue el modelo de equilibrio puntuado. Curiosamente, el propio W. Fitch ha sido acérrimo defensor de la selección positiva y del cambio gradual con el tiempo como modelo de evolución de otro virus, el de la gripe. Esto no indica, sin embargo, un cambio de opinión, sino las distintas situaciones que pueden encontrarse cuando se analizan sistemas biológicos distintos. En realidad, el propio virus de la gripe ofrece

las dos caras de la misma moneda. Mientras que el tipo de virus que infecta a la especie humana muestra una acumulación gradual de mutaciones con el tiempo, el tipo de virus que infecta a diversas especies de aves muestra una estabilidad evolutiva que podría equipararse al éxtasis observado por los paleontólogos en el registro fósil. Estas situaciones contrapuestas se deben a que en la especie humana el virus de la gripe infecta el tracto respiratorio y son frecuentes las reinfecciones de la misma población (teniendo que superponerse a una barrera inmune preexistente que favorece la selección de nuevas variantes), mientras que en las aves la infección viral tiene lugar en el tracto digestivo y no se dan las reinfecciones. El ejemplo del virus de la gripe ilustra lo dicho anteriormente. Los modelos de gradualismo filogenético o de equilibrio puntuado pueden acomodarse en mayor o menor medida a procesos evo-

lutivos concretos, dependiendo de las diferencias cuantitativas que determinados factores contribuyan a esos procesos. Es obvio, por tanto, que la generalización de determinadas conclusiones ha de hacerse con extrema prudencia si no se quiere caer en abultados errores conceptuales.

En resumen, el libro de N. Eldredge supone una visión actualizada de la teoría del equilibrio puntuado, cuyas aportaciones más significativas han tenido una implantación más allá del campo de la paleontología. Las opiniones radicales expresadas en el libro y la confrontación con los ultra-darwinistas quedan más bien en pura retórica, pues hasta estos últimos han asumido los conceptos de éxtasis evolutivo y de acumulación de cambios adaptativos en los procesos de especiación como dos ideas que enriquecen la misma teoría de la evolución vista desde la perspectiva darwiniana. □

RESUMEN

El libro de Eldredge, que comenta Meleiro, expone de manera actualizada la teoría del equilibrio puntuado que hace veinticinco años propusieron el propio autor y Stephen J. Gould, basándose en datos paleontológicos que indicaban la aparición instantánea (en tér-

minos geológicos) y la subsiguiente estabilidad de las morfoespecies. El debate entre naturalistas y ultra-darwinianos es más una controversia personal que la oposición real de ideas, algunas de las cuales tienen amplia aceptación entre los biólogos actuales.

Niles Eldredge

Reinventing Darwin: The Great Evolutionary Debate

Weindenfeld and Nicolson, Londres, 1995. 244 páginas. 18,99 libras. ISBN: 0-297-81603-9.

El descrédito del Estado

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Esta vez no es un libro lo que voy a comentar aquí; o, mejor dicho, este libro que voy a comentar aquí hoy es, no tanto la colección de unas páginas que un hombre sabio escribió en defensa de la razón, del recto juicio y del buen sentido, como el testimonio de una vida inmolada, un ejemplo, un clamor. Quiero decir que las ideas expuestas en esas páginas por Francisco Tomás y Valiente, con toda su claridad, congruencia, firmeza y hondura, no valen sólo, ni ante todo, por virtud de su inexpugnable solidez doctrinal, por su alto nivel teórico, sino más bien por cómo nos dejan apreciar a través de su escritura la noble condición del hombre que les prestó forma discursiva, dramáticamente envuelto en el marasmo donde, atrapado por las tensiones de esta encrucijada histórica que a todos nos atenaza, estaba destinado a sucumbir. Frente a la combinación de aviesa mala fe y de necia estupidez que originó y alimentaba situación tan perniciosa como la que estábamos viviendo en España, se esforzaba él por alumbrar los criterios que una razonable discreción recomienda; y esta actitud suya de sensatez resultaría al fin intolerable para los frenéticos, terminando por ponerle a él en la mira del asesino profesional.

Los trabajos que componen su libro planean sobre esa situación, descrita por el autor como un «ambiente sucio, cargado de palabras como dardos, de acusaciones gritadas, de condenas instantáneas, de insultos cruzados, de improperios que ocupan el lugar de los argumentos y las razones», y se refieren en particular a diversos episodios, conforme iban reclamando cada día, con sucesivas peripecias, la atención pública. Basta hojear las páginas de *A orillas del Estado* para darse cuenta, en seguida, de que su intención va dirigida a llevar claridad y recomendar moderación y sentido común en medio de una delirante actualidad política cada vez más envuelta en el puro disparate. Se trata, sobre todo y muy en concreto, de las consecuencias lamentables a que ha conducido la interpretación que desde el final de la dictadura franquista viene dándosele a la figura institucional del llamado Estado de Derecho, traducción del concepto alemán de *Rechtsstaat*, mal entendido en ignorancia de su contexto histórico, confundiendo con el de democracia, y aplicado de la peor manera, mediante una dogmática cuyo radicalismo acaba por conspirar contra su propósito mismo; pues claro está que en la fórmula «Estado de Derecho» el Derecho es adjetivo del Estado, y no hay duda de que para alcanzar el ideal de un po-

ordenamiento
ralismo político

2. La soberanía
que emanan los

3. La forma
parlamentaria



ARTURO REQUEJO

der público sometido a normas jurídicas será indispensable ante todo que el Estado mismo tenga efectividad para hacerlas respetar; pues resulta evidente que la razón de existencia del Estado como garante del bien común es condición necesaria y previa para que cumpla su función de salvaguardar las garantías de la libertad de los particulares. Cuando se dismantela el Estado e insensatamente se le priva de los indispensables recursos de poder, como, en efecto, se ha estado haciendo, el resultado no ha de ser otro, sino la pérdida de su autoridad, quedando así el ciudadano abandonado a merced de los facinerosos, con burla de aquellas libertades que con tan meticuloso escrúpulo se pretendía garantizarle. Y en éstas estamos.

Indagar acerca de cómo ha podido llegarse al grado de desamparo frente a todo tipo de agresiones delictivas que el desprotegido particular padece hoy, aparte de arduo y prolijo, no sería propio de esta ocasión. Sincintamente me limitaré a apuntar que, tras dos decenios de gobierno democrático, muchos de quienes se oponían a la dictadura franquista, esgrimiendo frente a ella una ideo-

logía totalitaria de signo opuesto, siguen por pura inercia «posicionados» contra El Poder, mientras que, por otro lado, quienes ahora todavía procuran no mostrar abiertamente su inveterada actitud antidemocrática se han apropiado —postizos liberales— de los principios del Estado de Derecho con el fin de trabar la acción del poder ejecutivo, desacreditando y socavando el régimen democrático mediante una continua y abusiva apelación a las garantías jurisdiccionales en que ellos mismos nunca han creído. De ese vicioso recurso a los tribunales deriva el protagonismo que ha llegado a adquirir el llamado poder judicial, cuya función, convencionalmente sacralizada, se desorbita así y, en consecuencia, se corrompe, involucrado en la lucha de los partidos.

Jurista sabio, hombre íntegro

Pues bien, dentro de confusión tanta, de cuadro tan lamentable, quiso Tomás y Valiente poner en juego, con suma prudencia y un delicado tacto, su prestigio de jurista sabio y de hombre íntegro para intentar que prevalecieran criterios de razonable buen sentido mediante una serie de reflexiones acerca de la actualidad política, expuestas a través de los órganos de opinión pública, en las que es de admirar la moderación, no desprovista, sin embargo, de energía, con que procura matizar sus opiniones, evitando así que contribuyesen a la orgía de «ruido y furia» de la dominante insensatez. Esas reflexiones y las exhortaciones implícitas o explícitas que contienen se encuentran reunidas en este libro, *A orillas del Estado*, que había de nacer póstumo, reafirmando con el testimonio de su sacrificio la nobleza del mensaje.

Ya en la primera frase de su prólogo declara el autor: «Hoy el Estado tiene mala prensa»; y esta inicial constatación es lo bastante explícita en su laconismo; pero habrá de insistir, en seguida, sobre el hecho del descrédito en que el Estado ha caído... El libro entero rebosa de la mejor doctrina política —una doctrina encaminada a ilustrar la realidad práctica— con referencia a las concretas vicisitudes por las que España estaba atravesando a cada instante. Vano sería —pues a la disposición del lector se encuentra el libro— que quisiera glosar yo ahora el contenido de sus páginas, donde con claridad y certero criterio se repasan los diversos problemas planteados en la vida colectiva de este país nuestro. De entre ellos, singulariza el carácter excepcional de la guerra implacable mantenida por ETA contra el Estado español. «Ése es el peligro mayor, el riesgo más preocupante de nuestro inmediato futuro», escribía Tomás y Valiente en el prólogo firmado a 27 del pasado diciembre; y apenas siete semanas después, el 14 de febrero último, caería asesinado por un sicario de ETA, un individuo conocido y reconocido, que todavía, a la fecha en que redacto este comentario, sigue campando por sus respetos. □

En el próximo número

Artículos de Agustín García Calvo, Claudio Prieto, Antonio Quilis, Guillermo Carnero, Rafael López Pintor, Antonio López Pina y Román Gubern.

RESUMEN

Francisco Ayala advierte que no va a comentar un libro o que, en todo caso, ese libro es más que una colección de páginas escritas en defensa de la razón; es, más bien, el testimonio de una vida inmolada, un ejemplo y un clamor. Y es que Ayala se ocupa del libro póstumo del profesor Francisco Tomás y Valiente, encontrando en él no sólo huellas de su inexpugnable solidez doctrinal como profesional del Derecho que fue, sino también señales de la noble condición del hombre que labró dicha solidez doctrinal.

Francisco Tomás y Valiente

A orillas del Estado

Taurus, Madrid, 1996. 279 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-306-0040-X.

De cómo cambian las lenguas

Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) es catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Razón Común* y *Contra el tiempo*.

Es claro que, durante el rato que uno está hablando con otro en una lengua, el aparato gramatical de esa lengua tiene que estar fijo, y es no menos claro, considerándolo desde fuera, que una lengua cualquiera está cambiando, más o menos de prisa, constantemente⁽¹⁾; lo cual nos lleva a declarar que el tiempo del cambio de las lenguas, el de la Historia, no es el mismo tiempo, el actual, en que uno está con otro hablando. Esta situación paradójica da lugar a muchas indecisiones y contradicciones entre los dos estudios del lenguaje, el de la Gramática, que trata, desde dentro, de descubrir la gramática de una lengua, y el de la Lingüística Histórica y Sociolingüística, que consideran, desde fuera, la evolución o cambios de estado de las lenguas.

El problema es, además, un caso singular, y no puede reducirse al de otros casos de 'cambio' de que la Ciencia trate: pues ni las lenguas cambian a la manera, supuestamente natural y continua, que las Ciencias de la Realidad atribuyen a los procesos físicos (el aumento de la temperatura de un cuerpo o la evolución de una especie animal a lo largo de las eras) ni tampoco cambian en virtud de decisiones humanas, en algún modo conscientes y voluntarias, como la Historia o Sociología han de considerar un cambio en la moda vestimentaria o en la recaudación de los tributos de un Estado.

Esa situación singular le da un especial valor, también para entender mejor los cambios históricos y naturales, al estudio de este suceso, tan palpable como paradójico, del cambio de las lenguas; estudio que no en vano, desde el establecimiento, hace más de un siglo, de la Lingüística Comparativa, hasta estos últimos decenios, con los medios de experimentación y computación más avanzados,



STELLA WITTENBERG

ha cundido copiosamente, y del que traigo hoy a los lectores de SABER/Leer una muestra eximia y representativa.

He aquí el primer volumen de la obra monumental que prosigue en Norteamérica W. Labov, bien conocido desde hace 30 años por su labor en este campo. El proyecto cuenta con otros dos volúmenes, uno sobre *Social factors* y otro, más bien misceláneo, tocante a comprensión entre dialectos y transmisión de «reglas variables», que el autor anuncia con el título de *Cognitive factors*, si bien él mismo advierte que la separación no puede ser rigurosa; y en efecto, ya en este primer volumen aparecen, implicados en el estudio mismo de los hechos de cambio gramatical, muchos 'factores sociales' que en esos cambios intervienen.

En cuanto a los 'factores internos', también entre ellos el autor debería tal vez distinguir más claramente entre los que se refieren a la combinatoria, de fonemas por ejemplo, en la ristra de la frase o de la palabra y aquéllos que tocan a la organización de los elementos en el aparato. Por lo demás, él mismo confiesa, a propósito del sentido de 'explicación' (*explanation*), que para él la presencia de «ciertas debilidades» en el sistema no puede ser más que una apertura u ocasión (*an opening*) para la actuación de factores exteriores a la lengua.

El intento general de la obra de Labov es que el estudio detallado del *change in progress*, de cambios en marcha, que él ha seguido afanosamente entre grupos de hablantes del inglés de Nueva York, Filadelfia y otros, sirva para iluminar, confirmar o precisar, las

nociones de 'cambio' que habían regido los estudios de Gramática Histórica de las lenguas, principalmente de las indoeuropeas y cercanas, a lo largo de este siglo, que estaban condicionados, dado lo reciente del registro fonético auditivo, por el empleo de testimonios escritos de las lenguas.

Ley fonética

Así, el estudio preferentemente de algunas alteraciones fonéticas recientes, ante todo las de *vowel shift* o deslizamientos en la realización de las vocales (no por azar tomado como tema: las lenguas de 10 o más vocales, como el inglés, son una rareza y, por ende, un motivo de inestabilidad) entre los hablantes de esas variedades del inglés americano en estas últimas generaciones, deberá, «por un proceso inductivo de generalización creciente», servir para dar sentido preciso y, en cierto modo, realidad palpable a la venerable Ley Fonética, que ha regido los estudios de Lingüística desde los primeros comparatistas.

Ahora bien, sucede que las variaciones de realización fonética, que pueden ser perceptibles y registrables por implementos fonográficos, y aun llegar a la conciencia de la gente (el «acento», como vulgarmente se dice, que distingue a menudo la condición social de los que hablan), no tienen por qué incidir en alteraciones gramaticales, significativas (el que en Málaga ceceen y en Sevilla sescen no importa respecto al hecho, gramatical, de que ni en un sitio ni en otro se distingue la casa de la caza), mientras que, al revés, «los hablantes a veces no son capaces de etiquetar (*label*) distinciones que hacen persistentemente en la producción», es decir que diferencias fonéticas que los hablantes tienen que marcar hablando, porque obedecen a una diferencia fonémica, fácilmente les escapan como observadores reflexivos, más o menos profanos, de su habla.

Hay una relación profunda entre (a) el hecho de que las oposiciones gramaticales, abstractas, sean de 'SÍ o NO' (según el autor mismo recoge de Bloomfield, «tal cosa como 'una pequeña diferencia de sonido' no existe en el lenguaje»), en tanto que las diferencias de sonido, y por ende sus mutaciones, sean

de "más o menos" y continuas, y (b) el hecho de que aquéllas pertenezcan a la subconsciencia gramatical común y sean normalmente inasequibles a la conciencia de las personas, en tanto que éstas otras son de la realización, e.e. de la realidad, y pueden por tanto percibirse «desde fuera», y aun etiquetarse, como los otros sonidos o sucesos de la realidad. Y me temo que tampoco todavía en la gran obra de Labov esa correspondencia entre (a) y (b) funcione de una manera lo bastante clara y decisiva.

Por otro lado, con eso está ligada la cuestión del juego entre las dos regiones de la lengua, la de los elementos fonémicos y la de las palabras (ideales, mal distinguidas generalmente de las sintagmáticas o tramos de la producción), que Labov toca debidamente, y le lleva a decir «Nos enfrentamos con un paradoja de principio: el lenguaje se comporta como si la unidad significativa afectada por el cambio de sonido (*sound change*) fuese el fonema, y también como si la unidad de cambio fuese la palabra». En efecto, si la conciencia se vuelve sobre la realización del fonema, un hablante dirá acaso «No puedo pronunciar la *elle*», pero lo que en verdad ha sucedido en la lengua no lo averiguará hasta que costate que no puede distinguir una pulla de una puya.

Ya en el cap. 1, pero con repercusiones a lo largo de sus estudios del vocalismo inglés americano, se enfrenta el autor con noticias de la Lingüística Histórica (y observaciones semejantes en la práctica actual) que parecen contravenir principios muy profundos del estudio de la lengua: un caso ilustre es que en el s. XVIII, en el inglés de Essex y el generalizado y hasta literario, *layl* y *loyl* se habían confundido, de manera que eran homófonos *line* y *loin*, *vice* y *voice*, *pint* y *point*; como resulta que en el inglés posterior está vigente y generalizada la distinción, se diría que a una confusión o *merger* le habría sucedido una desconfusión o *un-merger*, lo cual es ciertamente absurdo; ello le lleva a Labov a establecer una noción de *near-merger* o 'casi-confusión', en el sentido de que una oposición fonémica mínima, que «normalmente» no basta para distinguir dos palabras, puede mantenerse en cuanto que se mantiene la «integridad» de las «clases de palabras» que dependían de esa oposición mínima; recurso, como se ve, trabajoso y poco claro. Uno habría esperado más bien del autor que acudiera, en tan apurados trances, a las condiciones externas o sociales: pues sucede que en una lengua una oposición, anulada en los dialectos incluso dominantes en una época, permanezca viva en otras variantes dialectales, de donde, a favor de factores externos o internos, puede volverse a imponer en la forma dominante de la lengua; así, si en español actual la oposición en fin de sílaba de /D=Z=T/ con /B=F=P/ se da por anulada en la mayoría de los hablantes, que no pueden por tanto distinguir entre /ad(=z=t)itud(=z=t)/ (*actitud*) y /ab(=f=p)itud(=z=t)/ (*aptitud*), el mante-

En este número

Artículos de			
Agustín García Calvo	1-2	Rafael López Pintor	8-9
Claudio Prieto	3	Antonio López Pina	10-11
Antonio Quilis	4-5	Román Gubern	12
Guillermo Carnero	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



De cómo cambian las lenguas

nimiento de la distinción en una minoría de dialectos puede bastar para que llegue la oposición a restablecerse como norma generalizada.

En todo caso, desde luego, el razonamiento del gramático debe siempre atenerse al principio fundamental que puedo formular así: una lengua no guarda memoria de estados anteriores de sí misma. Y ello marca, por cierto, una diferencia neta entre lo que es lenguaje y lo que es escritura. Y aprovecho para disculparme aquí con los lectores de ciertas gráficas no académicas que en esta reseña les salten a los ojos (no a los oídos), que se deben al juramento que hace unos años hice público de nunca más emplear ortografías que pudieran engañar a locutores y hasta a actores.

Por lo demás, Labov se atiene debidamente al que llama *uniformitarian principle*, a saber, que en nada, en lo que está a nuestro alcance, puede haber sido diferente el mecanismo del cambio de las lenguas en otros tiempos

de lo que podemos observar en nuestros días; pues ello es lo que sostiene su empeño esencial, aplicar el rico y cuidadoso examen de cambios en el inglés americano en unos pocos decenios a las leyes del cambio de la Lingüística Histórica sobre estados de lengua largamente distantes, de conocimiento necesariamente mediado por el registro escrito.

No es, en cambio, tan claro que haga bien en empeñarse, como se suele, en tratar los estudios gramaticales como una Ciencia (de la Realidad), lo cual le lleva, por ejemplo, a propósito de la cuestión 'continuidad / catástrofe', a equiparar el problema de las discontinuidades en la evolución de la Realidad, que a la Ciencia se le presenta, con la cuestión de los cambios en la lengua; donde todo cambio, en cuanto llega a tocar al aparato gramatical, es catastrófico (de 'SÍ o NO') naturalmente.

Análisis multivaluado

El procedimiento de Labov consiste en considerar las diferencias en *apparent time*, esto es, entre los grados de edad de los sujetos (que no dan, por cierto, una variación continua, sino que proporcionan «escalones» cuantitativos bastante bien marcados) y las diferencias en *real time*, las de las calas o registros hechos sobre «la misma» población a distancia de años o decenios (donde «la misma», como el autor explica, no podría ser, salvo por trámites demasiado complicados y costosos, de las mismas personas, sino de muestras de población útilmente comparables), y después procurar estimar una correspondencia entre lo uno y lo otro, los datos de *real time* con los de *apparent time*, amén de separar las diferencias que propiamente se deben a cambio en la lengua de otras debidas a factores externos (sexo, clase social, etc.) o internos (e.e. gramaticales, como la entonación y organización sintáctica de la frase en que las oposiciones fonémicas se realizan o dejan de realizarse), tal vez demasiado heterogéneos entre sí; y todo ello integrado, por un preciso y complejo «análisis multivaluado», en resultados elocuentes respecto a las condiciones y mecanismos del cambio que se pretenden alcanzar.

Hay también, para el registro y cómputo de las diferencias, un problema, del que Labov

es bien consciente, el de la aparente disimetría entre 'producción' y 'reconocimiento' de los hechos por un sujeto (como hablante y como oyente), que merece el posible esclarecimiento: que se haga la distinción (fonémica), pero no se la perciba, o viceversa, es, así dicho, imposible; más bien habría que contar con dos situaciones: una, que unos hablantes «permiten» que otros confundan (en verdad, ellos «oyen» la diferencia sin oírla), y otra, que hablantes (aun mayoría de la población) permanezcan en un trance de admitir, en la realización, la anulación de la diferencia, como variante o doblete, pero manteniéndose la diferencia en las formas ideales de las palabras en el aparato.

De la falta de precisión en el examen del problema tiene seguramente parte de culpa la confusión habitual (que en el caso de Labov también se manifiesta varias veces) entre *meaning* como 'sentido de la frase' (que puede mantenerse aun a pesar de que ciertas diferencias fonémicas se anulen) y *meaning* como 'significado' o 'valor' de la palabra en sí, en el aparato, que está en dependencia inmediata de su figura fonémica (y prosódica).

De lo que, en suma, se trata con este tipo de estudios entre gramaticales y sociolingüísticos, de los que ofrezco el de Labov como muestra ejemplar (y más consciente de lo que se suele de los problemas que la empresa implica), es de perseguir las abstracciones o entes ideales de la lengua por la vía del análisis cuantitativo, experimentación y computación: los hechos de variación de pronunciaciones, realizaciones, en el habla de una población se toman en verdad como indicios que revelan

una mutación en el campo ideal, abstracto. Y las propias dificultades de establecer ese puente o dar ese salto, tanto más cuando se presentan con la riqueza en medios de registro, ingenio en los procesos de cómputo por «análisis multivaluado» y tan larga y cuidadosa acumulación de datos como en la obra de Labov, pueden justamente servir para esclarecer y formular más exactamente los grandes problemas que están en ese paso entre ambos campos implicados.

Una clara aparición de lo que se juega en ese enlace o salto de Gramática a Sociolingüística es la que hallamos en las págs. 77-78, donde se establece una distinción fundamental entre *change from above* y *change from below*: 'desde arriba' se refiere, a la vez, al grado de consciencia que el cambio pueda alcanzar en los hablantes afectados y a la posición de los sujetos en la jerarquía socioeconómica: son cambios, en definitiva, inducidos por la presión de la escritura y cultura sobre la lengua, y que así resultan fácilmente asequibles, como marcas sociales, al nivel consciente; a ello se oponen los cambios 'desde abajo', que se dan en la sub-consciencia técnica o gramática común, y que sólo por comparación con registro conservado, o al menos memoria personal de estados anteriores de la lengua, pueden tardíamente llegar a hacerse conscientes para algunos, no en cuanto hablantes ingenuos, sino en cuanto observadores reflexivos de su habla como realidad; pues la lengua no guarda memoria de estados anteriores de sí misma. □

(*) Se conserva la grafía utilizada por el autor.

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Mientras dos hablantes se comunican, el aparato gramatical tiene que estar fijo, pero a la vez, y visto desde fuera, esa lengua está cambiando constantemente. Esta paradoja da lugar a indecisiones y contradicciones entre la Gramática y la Lingüística Histórica. El gramático debe tener en cuenta que una lengua no guarda memoria de estados anteriores y ello marca una diferencia entre lenguaje y escritura. De estas y otras cuestiones trata el artículo de García Calvo.

William Labov

Principles of Linguistic Change. Vol. I: Internal Factors

Blackwell, Oxford (GB) & Cambridge (EE.UU.), 1994 (1995, reimp.), XIX + 641 páginas.

ISBN: 0-631-17913-5.

SUMARIO

	Págs.
«De cómo cambian las lenguas», por Agustín García Calvo, sobre <i>Principles of Linguistic Change. Vol. I: Internal Factors</i> , de William Labov	1-2
«Un espacio para Beethoven», por Claudio Prieto, sobre <i>Beethoven. Repertorio completo</i> , de Amadeo Poggi y Edgar Vallora	3
«Las lenguas de España en cifras», por Antonio Quilis, sobre <i>El bilingüismo en el Estado español</i> , de Maitena Etxebarria Arostegui	4-5
«Burócratas y putrefactos», por Guillermo Carnero, sobre « <i>Los Putrefactos</i> » de Dalí y Lorca. <i>Historia y antología de un libro que no pudo ser</i> , de Rafael Santos Torroella	6-7
«El fantasma electoral de la abstención», por Rafael López Pintor, sobre <i>La abstención electoral en España, 1977-1993</i> , de Manuel Justel	8-9
«Europa, "vocación cívica" de Häberle», por Antonio López Pina, sobre <i>Europäische Rechtskultur</i> , de Peter Häberle	10-11
«Sobre el melodrama cinematográfico», por Román Gubern, sobre <i>Melodrama. El cine de lágrimas de América Latina</i> , de Silvia Oroz	12

Un espacio para Beethoven

Por Claudio Prieto

Claudio Prieto (Muñeca, Palencia, 1934), compositor, ha realizado estudios musicales en Alemania, España e Italia y es titulado por el Conservatorio Superior de Música de Madrid y la Academia Nacional de Santa Cecilia, de Roma. Entre otros premios posee el Internacional «Oscar Esplá», el «Manuel de Falla», el «Reina Sofía», el de Radio Televisión Italiana y el Trofeo «Arpa de Oro», de la CECA.

Cuando se aborda la publicación de una obra de carácter bio-catalográfico desde un punto de vista global, debemos entender que se persigue tanto una presentación novedosa del personaje en cuestión como una visión podríamos decir «redonda» del conjunto de la información que se trata en sus páginas. Si, además, dicho personaje tiene la condición de «artista» o, más exactamente, de «creador», el interés no se limita tanto al relato de acontecimientos o a un trazado psicológico, como al conocimiento detallado de los frutos de su actividad, si bien parece evidente que ambos deberían caminar estrechamente unidos.

Alcanzar tales objetivos con cierta dignidad es, por sí solo, un hecho elogiado. Si a ello añadiéramos que el biografiado es protagonista de una bibliografía de varios folios, el resultado no sólo sería elogiado, sino que merecería la mayor atención y respeto, independientemente del grado de calidad que alcanzara la obra. En esta segunda circunstancia está el libro que nos ofrecen Amadeo Poggi y Edgar Vallora, *Beethoven. Repertorio completo*, que ha editado Cátedra en su versión española.

Ni que decir tiene que Ludwig van Beethoven, uno de los grandes genios de la historia musical universal, ha sido objeto de cientos de aproximaciones, comentarios, ensayos, estudios y análisis más o menos pormenorizados sobre su vida y obra. Sin embargo, siguen viendo la luz nuevos enfoques que apuntan hacia finalidades de índole pedagógica, psicológica, sociológica o meramente técnica e, incluso, combinaciones de todas ellas. Desde luego, no es un hecho aislado. Podríamos citar aquí nombres como Bach, Mozart, Stravinsky o nuestro Falla, quienes, con la polémica con que se quiere aderezar su personalidad —polémica, por otra parte, susceptible de provocar cualquier ser humano aun practicando el más humilde de los oficios— y habida cuenta de que su música ha trascendido las fronteras y el tiempo, han venido generando una cantidad de literatura sin duda necesaria y beneficiosa, pero en ocasiones a todas luces abrumadora.

En el caso que nos ocupa, Poggi y Vallora manifiestan ya en las primeras líneas del prólogo la intención de su libro con absoluta claridad: «... ofrecer así a los aficionados a la música un instrumento de inmediata consulta». En efecto, los autores han organizado un catálogo completo de la producción beethoveniana, atendiendo también a aquellas obras que, inventariadas con posterioridad a la muerte del compositor, aparecen con la numeración WoO («Werke ohne Opuszahl»). La fórmula utilizada huye, a pesar de su presentación catalográfica, de lo que podríamos denominar una «ficha» en el sentido tradicional, persiguiendo metas más ambiciosas: a informaciones básicas como tonalidad, fecha y lugar de composición, plantilla, textos, movimientos, etc., se unen otras de carácter histórico-biográfico como dedicatorias, circunstancias de la composición o del estreno, anécdotas y algunos fragmentos extraídos de críticas, reseñas y programas de conciertos.

Particularmente interesante me parece este último aspecto por lo que contribuye a ilustrar tanto las opiniones de los críticos de



TINO GATAGAN

la época como la propia evolución de tales opiniones en el tiempo. Es curioso observar lo poco que ha cambiado el fenómeno analítico en su espíritu y forma. Al igual que en la actualidad las composiciones de los autores vivos suelen ser tratadas buscando puntos referenciales o comparativos, las obras de Beethoven tampoco se sustrajeron al gusto por «etiquetar» lo que no hace sino nacer con libertad del intelecto, por lo que el propio autor ni siquiera se plantea el pertenecer a una colectividad. Del mismo modo, las obras de autores ya consagrados en la Historia parecen merecer un tratamiento más individualizado, atendiendo a su entidad musical como un «todo» aislado e independiente de otros títulos del mismo compositor o de sus contemporáneos, y muy raramente recurriendo a épocas pasadas. El resultado es, por tanto, mucho más libre y, en cierta medida, objetivo, pues se afronta la audición sin elementos que prejuzguen la música. Quizás aquí debamos tener asimismo en cuenta que el propio paso del tiempo ayuda a un distanciamiento que la urgencia de lo actual no permite.

Por lo que respecta a la presentación sistemática, se ha atendido al orden de la numeración, lo cual, si por una parte conlleva la ventaja de una localización rápida y precisa, implica diversos inconvenientes: al no corresponder exactamente la numeración con el orden cronológico de creación, se pierde un matiz tan importante como la visión del proceso evolutivo inherente a cualquier artista y, por supuesto, a Beethoven. Por otra parte, se descabala el paralelismo entre vida y obra, dificultando el conocimiento de la primera, aunque Poggi y Vallora han pretendido suplir lo que ellos llaman una vida «tan pobre en acontecimientos biográficos» incluyendo fragmentos de su epistolario y de los Cuadernos de Conversación, así como los textos íntegros del testamento de Heiligenstadt y las cartas al Amor Inmortal, en un intento de reflejar la psicología beethoveniana. Sin embargo, este tipo de documentos no constituye en sí mismo material suficiente para establecer el núcleo de una biografía, sino son el complemento a las circunstancias que los originaron. El factor causa-efecto aflora a un primerísimo plano evitando su disgregación. Además, hablando de un hombre como Beethoven, esto es aún más evidente. Pero no pensemos sólo en los condicionamientos de su limitación física. En realidad, la sordera no fue más que un añadido a otros problemas de índole emocional más profunda, si bien acentuaba éstos hasta el punto de convertirle en un hombre al límite de la desconfianza y

con un sentido posesivo que podríamos calificar de enfermizo. Las polémicas y cambiantes relaciones con sus familiares y amigos, y muy en concreto con su sobrino, serían ejemplos bastante ilustrativos, aunque las desgarradoras palabras contenidas en el testamento de Heiligenstadt dan una idea aún mejor de la tortura de sus sentimientos: «¡Ay!, ¿cómo podía yo confesar la debilidad de un sentido que en mí debía ser más refinado que en los demás, un sentido que yo poseía en otro tiempo de manera perfecta, con una perfección que pocos músicos han poseído?»; «mi desventura me hace sufrir por dos veces, pues me obliga a ser incomprendido»; «... y así he seguido arrastrando esta miserable existencia, realmente miserable para un cuerpo tan sensible que cualquier leve mutación puede transportar de un estado óptimo a otro de angustia y desesperación».

Impronta personal

Ahora bien, ¿en qué sentido se influyen el espíritu puramente humano y el artístico? ¿Realmente existe esa influencia? En mi experiencia personal, la creación no se desliga de lo emotivo, de lo íntimo, aunque la comunión no se produzca en términos absolutos, sino relativos. Lo que sí creo es que la música está de algún modo impregnada con el carácter de quien la escribe y la huella de Beethoven tiene rango de indiscutible impronta personal.

Otro de los apartados más atractivos del libro es el denominado «Curiosidades», en el que se recogen anécdotas relacionadas con las respectivas obras y que aluden, en esencia, a las dedicatorias, a sus mecenas, a las cuestiones sentimentales, tan espinosas para el artista, y a la relación con sus maestros y alumnos. En concreto, se dedica un espacio importante a los conflictos surgidos entre Haydn y Beethoven. Muchas de estas líneas son de

gran utilidad para apreciar la evolución estilística de su música, que avanzaba paralela al deterioro que sufría el afecto y admiración hacia su maestro.

Una publicación de estas características, dirigida prioritariamente a un público aficionado que desee contar con un libro de referencia, no podía obviar algo tan sugerente como este tipo de informaciones, que, además de contar con el favor de los lectores, contribuyen a amenizar la presumible rigidez propia de los catálogos. Sin embargo, aun aportando datos de una serie de fuentes —más de ochenta títulos— que, debido a su magnitud, no serían de otro modo fácilmente accesibles, manifiestan redundancias que no ayudan a los autores a lograr su objetivo.

Esto entronca, probablemente, con algo ya comentado en estas líneas: Poggi y Vallora han evitado incluir una cronología biográfica que ponga de manifiesto lo más significativo en la vida de Beethoven y que además serviría para ubicar en ella el conjunto de su producción. Claro que, de haberse decidido por esta fórmula, la presentación de las fichas hubiera sido más pobre, pero tendríamos a favor la ausencia de repeticiones y una calidad documental más y mejor ordenada. En cuanto a las anotaciones «técnicas», una de las aportaciones más valiosas es el detalle descriptivo de los movimientos, por cuanto Beethoven ha sido un auténtico innovador en su tratamiento, innovaciones que marcaron el posterior establecimiento de una nueva estructura musical.

Beethoven. Repertorio completo tiene, en definitiva, la inestimable cualidad de reunir una producción tan comprometida y exhaustiva como la beethoveniana en un volumen asequible y de fácil acceso. Aun no pudiendo considerarse un material de trabajo para profesionales —muchos detalles denotan que no es ésa su filosofía—, sí gana un lugar privilegiado en las bibliotecas generales y de referencia y, desde luego, en la mía. □

RESUMEN

Aun cuando no se trata de un trabajo para especialistas, sino para aficionados en general, en este repertorio completo de Beethoven que comenta Claudio Prieto se pormenorizan no sólo las obras del músico alemán,

sino también aspectos biográficos y anecdóticos que proporcionan en su conjunto una visión total de quien es, sin duda, uno de los autores más populares de la música y que cuenta, por ello, con una bibliografía considerable.

Amadeo Poggi y Edgar Vallora

Beethoven. Repertorio completo

Cátedra, Madrid, 1995. 739 páginas. 2.800 pesetas. ISBN: 84-376-1347-7.

Las lenguas de España en cifras

Por Antonio Quilis

Antonio Quilis (Larache, Marruecos, 1933), es catedrático de Lengua Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, director del Laboratorio de Fonética del CSIC, colaborador del Centre de Philologie Romane de la Universidad de Estrasburgo y miembro de la Academia Filipina de la Lengua. De entre sus obras, podemos señalar: *Lenguas en contacto, bilingüismo y diglosia* y *Comparación del sistema fonológico del español y del portugués*.

El bilingüismo, existente y practicado en España desde siempre, fue oficializado en la Constitución de 1978. Su artículo tercero dice que «el castellano es la lengua española oficial del Estado», y un poco más adelante, que las «demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas de acuerdo con sus Estatutos».

A partir de ese momento, todos los territorios que tenían además del español una lengua propia articularon en su nueva legislación las disposiciones necesarias encaminadas al cultivo de su lengua. Surgieron también monografías que abordaron cuestiones de sociología lingüística —no sin ciertas dosis de política algunas de ellas—, de bilingüismo, de política lingüística, de balbuceantes estadísticas, etc.

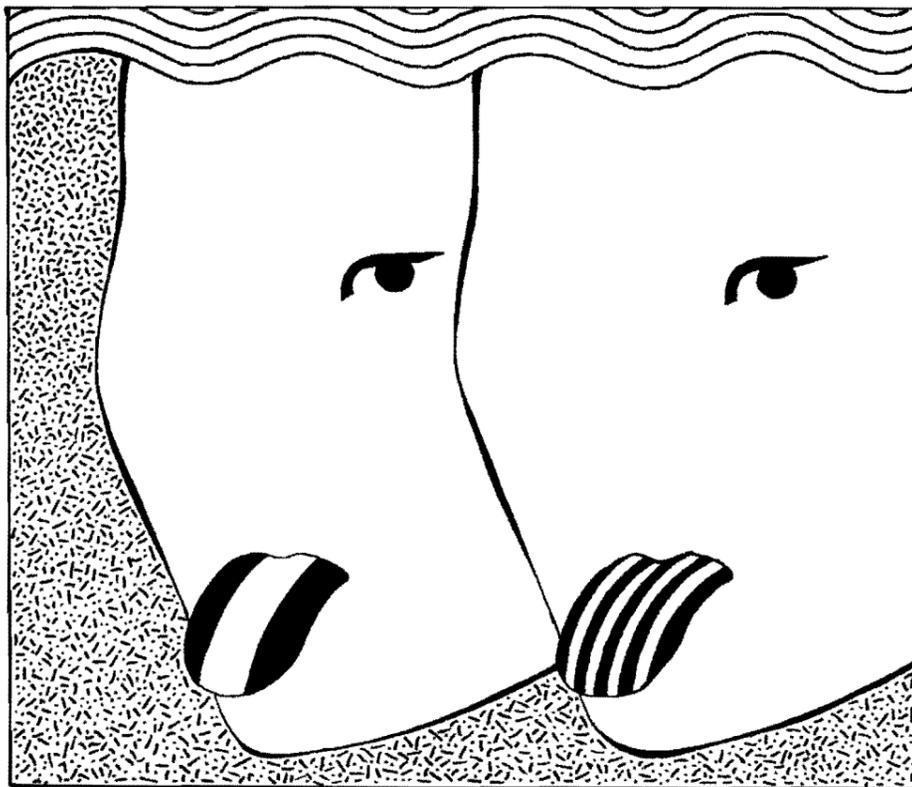
Han pasado desde entonces veinte intensos años de nuestra historia. Los niños de aquella generación son hoy universitarios, y algunos empiezan a tener cierta responsabilidad en nuestra sociedad. Veinte años es un espacio de tiempo importante como para hacer un balance, y eso es lo que hace rigurosa y exhaustivamente, con los más recientes datos estadísticos y lingüísticos —¿qué es el bilingüismo hoy?—, el libro de Maitena Etxebarria que nos sirve de base para redactar estas líneas.

La obra tiene dos partes, que se complementan, pues no se puede entender el fenómeno lingüístico actual de nuestro país sin conocer cuál puede ser la situación teórica del contacto, en un mismo territorio, de dos o más lenguas, ni los problemas, y soluciones, de hechos semejantes en muchas otras partes del universo.

El bilingüismo

Por eso, el libro comienza con un extenso y minucioso análisis de lo que es el bilingüismo, desde la teoría a la realidad palpable. El bilingüismo puede ser individual o social. En el primer caso, la caracterización teórica del bilingüe se extiende como un abanico que va desde la persona que domina una segunda lengua, como su lengua materna, hasta la que tiene una competencia mínima en esa lengua; por ello se producen distintos tipos de bilingüismo y se han arbitrado distintas medidas para su conocimiento. Además, los últimos estudios han revelado que existe cierta superioridad intelectual en el bilingüe.

El bilingüismo social es el que se produce cuando en una sociedad, en un grupo o en una institución se utilizan dos lenguas como medio de comunicación. Como dice la autora, la «existencia de dos lenguas en un mismo contexto social implica que parte de los individuos sean bilingües, aunque el bilingüismo social no depende ni del número de bilingües ni de la intensidad del bilingüismo». La variedad y la frecuencia del bilingüismo social es considerable, hasta el punto de afirmarse que no hay dos situaciones bilingües iguales. Sus causas son muy variadas: las migraciones de los pueblos, las modificaciones de las fronteras nacionales, el comercio, el poder y el prestigio de un grupo sobre otro, la educación, la religión, los medios de difusión, etc.



FRANCISCO SOLÉ

El bilingüismo en España

En España, las Comunidades Autónomas con lengua propia son: Cataluña, Valencia, Islas Baleares, Galicia, País Vasco y Navarra. El número de españoles que vive en ellas supone el 40,6 % (los datos que se utilizan proceden fundamentalmente del último censo de población, que es cuando las estadísticas se empiezan a regular; antes de esa fecha, los datos no son uniformes). De este porcentaje, el 43,5 % tiene la lengua de la Comunidad como lengua materna; la habla el 58 % (destacándose por un lado Galicia, con el 90 %, y por otro Navarra, con el 12 %); la entienden el 78 %.

Las disposiciones legales que regulan la materia lingüística se promulgaron entre noviembre de 1982, la primera, para el euskera del País Vasco, y diciembre de 1986, la última, para el vasco de Navarra. Todas ellas coinciden en especificar el nombre de su lengua, en calificarla como «lengua propia», en el derecho que tienen todos los miembros de la Comunidad de conocerla y utilizarla, en su carácter de lengua oficial junto con el español, y en considerar que la acción lingüística debe centrarse en la administración, en la enseñanza y en los medios de comunicación.

En la mayoría de las Comunidades existe una institución oficial consultiva, con competencia, a veces, para fijar las normas lingüísticas: en el País Vasco, es la Real Academia de la Lengua Vasca; en Cataluña, el Institut d'Estudis Catalans; en las Islas Baleares, el órgano consultivo es la Universidad Balear. En Galicia, la Real Academia de la Lengua Gallega y el Instituto da Lingua Galega.

Además de las autonomías señaladas anteriormente, hay otras con legislación sobre su lengua. Así, el *Estatuto* de Asturias, aunque no reivindica para el bable el carácter de lengua propia del Principado, indica en su artículo 4 que gozará de protección y se promoverá su uso y difusión. La Academia de la Lengua Asturiana velará por él y formulará una norma lingüística común. El *Estatuto* de Cataluña dice en su artículo 3 que «el habla aranesa será objeto de enseñanza y de especial respeto y protección». El *Estatuto* de Aragón afirma en su artículo 7 que las diversas modalidades lingüísticas de la Comunidad —antiguo aragonés conservado en los valles pirenaicos y catalán hablado en territorios limítrofes con Cataluña— gozarán de protección.

En lo que se refiere a la administración, en todas las legislaciones autonómicas se dispone que las disposiciones legales deben publicarse en las dos lenguas —la del Estado y la propia— y que los actos administrativos y jurídicos serán válidos sea cual fuere la lengua que se utilice.

Las lenguas autonómicas en la enseñanza

La aplicación de las resoluciones legales a la enseñanza es una cuestión más compleja y merece la pena detenerse en las peculiaridades de cada Comunidad.

La *Ley de Normalización lingüística* de Cataluña establece que el catalán será la lengua propia de la enseñanza en todos los niveles educativos. Esta normalización lingüística ha sido muy intensa y se ha polarizado, sobre todo, en los siguientes aspectos: en primer lugar, en el apoyo pedagógico dado al profesorado, mediante la coordinación de escuelas, cursos de asesoramiento didáctico, etc.; en segundo lugar, se han llevado a cabo campañas de catalanización de los centros escolares, planes intensivos de normalización lingüística, etc.; y, por último y sobre todo, se han realizado programas de inmersión lingüística de niños monolingües de español; estos programas consisten en la inmersión de estos niños en un contexto catalanohablante desde el inicio de la enseñanza primaria, pero sin olvidar el cultivo de su lengua familiar. Los buenos resultados a favor del catalán obtenidos con este método han generalizado su aplicación en un gran número de escuelas: actualmente, más de cincuenta mil niños siguen este programa. Todo ello ha dado como resultado un aumento considerable en la enseñanza de la lengua de la Comunidad: si, por ejemplo, en 1986 el 24 % de las escuelas eran monolingües catalanas, en 1990, lo era el 36 %; por el contrario, las monolingües de español descendieron en los mismos años del 2 % al 1 %. Los alumnos en catalán eran el 42 % en 1986, y subieron al 56 % en 1990; por el contrario, los alumnos de español, entre las citadas fechas, descendieron del 25 % al 10 %. En cuanto a la enseñanza universitaria, hay que señalar que las tres universidades de las que se poseen datos (Universidad de Barcelona, Universidad Autónoma y Politécnica)

han establecido en sus Estatutos que el catalán es su lengua propia y que es tarea de la Universidad cultivar y difundir su uso, pero, al mismo tiempo, ratificando el carácter de lenguas oficiales que la Constitución atribuye, tanto al catalán como al español. En la práctica de la enseñanza, cada profesor enseña en la lengua que prefiere, dándose por supuesto que los alumnos entienden las dos, y cada alumno, a su vez, puede dirigirse al profesor, oralmente, o por escrito, en la lengua que prefiera. En la administración universitaria, la lengua casi totalmente utilizada es el catalán, con información disponible al público en las dos lenguas oficiales.

En las Islas Baleares, la enseñanza del catalán está presente en todos los niveles y con el mínimo horario previsto. Los maestros han recibido cursos de perfeccionamiento sobre el catalán, ha aumentado el número de centros en los que se enseña; en el bachillerato, además de la lengua catalana, se ofrece alguna otra asignatura en esta lengua, pero los progresos son lentos, ya que los padres de los alumnos, aunque admiten gustosamente que se enseñe en la escuela, son reacios a convertir el catalán en lengua de la enseñanza.

En Valencia, la *Ley de Uso y Enseñanza del Valenciano* dispone la obligatoriedad de la incorporación del valenciano a la enseñanza en todos los niveles de educación, con la salvedad de que en los territorios históricamente castellanohablantes dicha incorporación se llevará a cabo de manera progresiva, en atención a su particular situación sociolingüística. Se declaran el valenciano y el español obligatorios en los planes de enseñanza de los niveles no universitarios, atendándose a que los escolares reciban sus primeras enseñanzas en la lengua habitual y a que los alumnos adquieran un conocimiento oral y escrito de ambas lenguas en niveles de igualdad. Se establece, asimismo, que el profesorado deberá conocer ambas lenguas. Dada la situación sociolingüística del territorio, también se prevé la supresión de la obligatoriedad de la enseñanza del valenciano, tanto en los territorios valencianohablantes, en las circunstancias justificadas que se establecen, como en los castellanohablantes, en los que la incorporación progresiva del valenciano en la enseñanza viene acompañada de la facultad de los padres y tutores de los alumnos para obtener, voluntariamente, la exención de su enseñanza para éstos.

En cuanto a la lengua en que se debería impartir la enseñanza obligatoria, las encuestas dieron el siguiente resultado: el 53 % en español y el valenciano como asignatura voluntaria; el 28 % en español y el valenciano como asignatura obligatoria; el 5 % en valenciano y el español como asignatura obligatoria; el 3 % en valenciano y el español como asignatura voluntaria. En los Estatutos de las Universidades de Valencia y Alicante, se refrenda la cooficialidad del español y del valenciano y se hace constar el compromiso de promover y difundir el valenciano. En la Universidad de Valencia, el 13,77 % de los alumnos solicita la enseñanza en valenciano y el 10 % de los profesores imparte la docencia en la mencionada lengua.

En Galicia, antes de la Constitución de 1978, toda la enseñanza se realizaba en español y en esta lengua se aprendía a leer y escribir. Las disposiciones legales promulgadas en esta Autonomía parten de un sistema de enseñanza inicialmente monolingüe que, poco a poco, se va haciendo bilingüe. El objetivo es que los alumnos alcancen, al acabar sus estudios, un «bilingüismo equilibrado». Pero la costumbre, la tendencia de los profesores a explicar en español, la presión social, que considera muchas veces perdido el tiempo de clase dedicado al gallego, hacen que el español sea la lengua prioritaria en la enseñanza.



Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

En los Estatutos de la Universidad de Santiago se hace constar la oficialidad del español y del gallego. Una amplia encuesta entre profesores y alumnos proporcionó los datos siguientes: el 80 % de los profesores da las clases sólo en español; el 14 % sólo en gallego. Entre los estudiantes, el 40 % dice no haber recibido ninguna clase en gallego, el 50 % señala haber recibido alguna y el 10 % dice que ha recibido clases en gallego. Los datos en cuanto a la actitud sobre la lengua que debe emplearse en la enseñanza son: total o preferentemente en gallego: profesores, el 30,6 %; alumnos, el 28,7 %. Las dos lenguas por igual: profesores, 47,8 %; alumnos, el 38,9 %. Total o preferentemente en español: profesores, 21,6 %; alumnos, el 31,6 %.

En la Autonomía vasca se promulgó la *Ley Básica de Normalización del Uso del Euskera*, donde «se reconoce a todo alumno el derecho de recibir la enseñanza tanto en euskera como en castellano». A partir de esta *Ley* y del *Decreto de bilingüismo* se ha establecido un marco de enseñanza bilingüe fundamentado en los siguientes criterios: a) tanto el vasco como el español constituyen las asignaturas obligatorias en todos los centros educativos, desde el nivel preescolar hasta el COU; b) la enseñanza oficial puede efectuarse siguiendo uno de los tres modelos de enseñanza bilingüe, según que la enseñanza se imparta básicamente en español, mitad en vasco, mitad en español o básicamente en vasco. Paralelamente, se ha previsto que el profesorado que deba impartir enseñanzas o desarrollar programas en euskera esté en posesión del Certificado de Conocimiento de Euskera. En la Universidad del País Vasco, el euskera y el español son, estatutariamente, las dos lenguas oficiales, utilizadas para la docencia, la investigación y la administración.

Los medios de comunicación social

Los medios de comunicación —prensa, radio, televisión—, tan importantes para la difusión, arraigo y unificación de una lengua, muestran el siguiente panorama.

En Cataluña apareció en 1975 el primer periódico en la lengua propia, *Avui*, después de cuarenta años. Hoy se publican alrededor de una docena de diarios, pero la venta de los

de circulación nacional es abrumadoramente mayoritaria. Hay periódicos sólo en catalán (*Avui, Diari de Barcelona, Diari de Lleida, Diari de Girona, Regió 7*, etc.), parcialmente en catalán (*La Vanguardia, El País, Diari de Tarragona, La Mañana, Segre*, etc.) y algunos sólo en español (*El Periódico, Sport, El Mundo Deportivo*).

La mayor parte de los periódicos publicados en las Baleares están escritos en español, aunque incluyen textos y secciones en catalán. Lo mismo ocurre con la prensa de la Comunidad Valenciana.

En Galicia y en el País Vasco se leen los grandes periódicos de presencia en toda España, aunque hay también varios periódicos locales en español; en los de Galicia se insertan textos en gallego, que representan entre un 10 y un 15 % de su contenido total. Se publican revistas locales en esta lengua, pero de corta difusión. La mayor presencia del euskera se da en *Deia* y *Egin*, con una tirada no muy amplia.

En lo que se refiere a la televisión, hay que decir que la catalana muestra una favorable evolución en la presencia de la lengua propia. En Baleares, el canal estatal de televisión emite diariamente un informativo local de media hora en catalán. En 1989, el Gobierno autónomo valenciano creó una emisora de televisión que difunde sus emisiones en valenciano de manera ininterrumpida, aunque hay películas en español y es criticada frecuentemente la modalidad de valenciano empleada. En esta Comunidad, los ciudadanos prefieren ver la televisión en español y, de hecho, la ven en la mencionada lengua, según las encuestas: en valenciano, el 12 %; en español, el 53 %; y en cualquiera de las dos lenguas, el 33 %. La televisión de Galicia, que emite casi constantemente en gallego, ha desempeñado un papel decisivo en la revalorización de esta lengua. Sus emisiones alcanzan al norte de Portugal y a las comarcas de habla gallega de Asturias y León. Además, el canal 2 de la televisión nacional en Galicia emite 30 minutos diarios en gallego. La autonomía vasca cuenta con dos canales: uno emite sólo en vasco y el otro principalmente en español. La influencia del primero sobre la recuperación de la lengua y la consagración de la vigencia del «euskera batua» —la lengua unificada sobre las diferencias dialectales— es enorme.

En Cataluña, la radiodifusión utiliza el español en las horas de mayor audiencia. Las emisoras de radio del Archipiélago Balear emiten algunas horas en catalán. En Valencia, la presencia de su lengua propia en la radio se limita a emisoras de carácter local y, de forma parcial, a algunas emisiones esporádicas en valenciano en las emisoras de ámbito nacional. En la Autonomía gallega hay una emisora de radio de su propiedad que retransmite sólo en gallego. Algunas de las emisoras instaladas en el País Vasco emiten total o parcialmente en euskera.

La producción editorial

Barcelona ha sido tradicionalmente un gran centro editorial de libros en español y, desde la llegada de la democracia, también lo es de libros en catalán. En 1975 se publicaron 611 títulos en esta lengua, mientras que fueron 4.447 los del año 1990. La comparación con los libros publicados en español es la siguiente: año 1985, en catalán, el 9,98 %; en español, el 88,08 %. Año 1990: en catalán, el 11,14 %; en español, el 85,68 %. El aumento de la producción de libros en catalán puede atribuirse fundamentalmente a la expansión de la enseñanza del catalán y en catalán, que se traduce en elevadas tiradas de libros de enseñanza y en libros infantiles y juveniles, lo que puede indicar que la presencia del catalán arraiga en las costumbres lectoras de las nuevas generaciones.

En Baleares, la producción editorial es relativamente importante: en 1989 se publicaron más de 90 títulos en lengua catalana. No se conocen los datos sobre el número de

títulos publicados en valenciano, pero se tiene la certeza de que es elevado. En esta Comunidad, los hábitos y la preferencia de la población hacia la lectura arroja estos porcentajes: en valenciano, el 7 %; en español, el 67 %; indistintamente, el 22 %. En Galicia, en 1985, el número de títulos publicados en gallego ascendía al 1,07 % de la producción total, mientras que en 1990, era del 1,43 %. Los temas se reparten, aproximadamente por igual, entre la literatura, los libros escolares y los de ensayo y temática variada. En el País Vasco, la producción de libros en euskera ha ido aumentando en estos últimos años: hasta 1965 era insignificante; en 1985, supone un 0,8 % del total; y en 1990 el 1,72 %.

El cine y el teatro

La industria del cine en las lenguas autonómicas es muy pequeña; abundan los doblajes de películas y de seriales para la televisión, y poco más. En Cataluña, más del 50 % de la producción cinematográfica catalana de los últimos años se ha hecho en catalán, pero estas películas tienen una audiencia muy baja y no están mucho tiempo en las carteleras. En lo que se refiere al teatro en «lengua propia», destaca Cataluña, donde el 90 % de los espectáculos teatrales tienen como vehículo de expresión el catalán. Como fácilmente se deduce de las líneas que preceden, el libro de Maitena Etxebarria es hoy una obra fundamental para el conocimiento del bilingüismo desde la teoría general del lenguaje y de la situación real de este importante hecho en la España actual. □

RESUMEN

El bilingüismo existe en España desde siempre y fue oficializado en la Constitución de 1978. Casi veinte años después, un libro de una experta vasca le da ocasión al lingüista Antonio Quilis a hacer un balance de cuál es la situación de las

lenguas de España a partir de las cifras y de los hechos contenidos en la obra comentada, en la que se analiza el bilingüismo desde la teoría de la realidad palpable y en donde se manifiestan los problemas y se apuntan soluciones.

Maitena Etxebarria Arostegui

El bilingüismo en el Estado español

Eds. FBV, Bilbao, 1995. 495 páginas. 3.700 pesetas. ISBN: 605-4445-1.

Burócratas y putrefactos

Por Guillermo Carnero

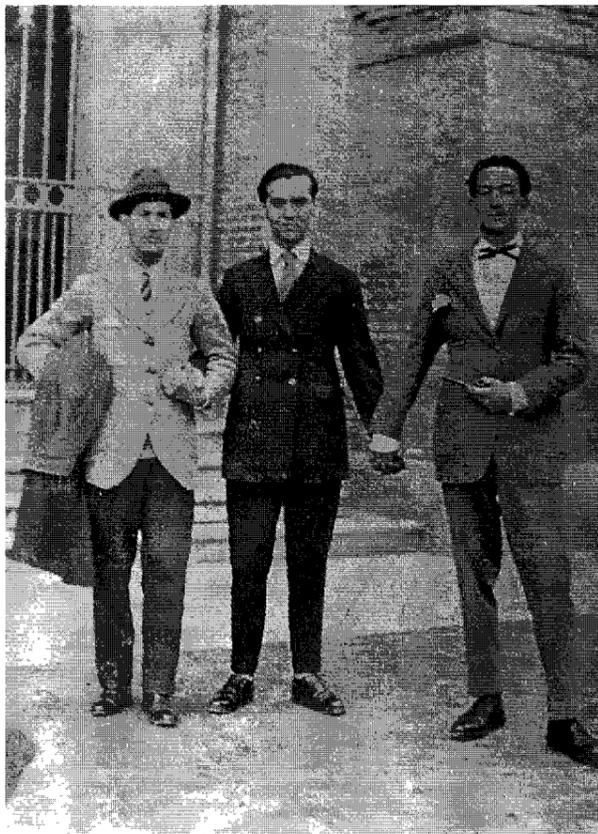
Guillermo Carnero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista *Anales de Literatura española*. Ha publicado, entre otros trabajos, *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber y La cara oscura del Siglo de las Luces, así como ediciones críticas*.

Los movimientos de vanguardia del primer tercio de nuestro siglo no fueron tan sólo escuelas artístico-literarias; la amplitud ecuménica de sus propuestas innovadoras les confiere, junto al radicalismo de las mismas, una llamativa singularidad. Si la vanguardia debía ser, en brillante frase de Filippo Tommaso Marinetti, una «reconstrucción del universo», no podía faltar en ella la remodelación de la psicología, el diseño de la mentalidad del nuevo ser humano que, con las variantes propias de cada doctrina, estaba llamado a asumir la crisis de la modernidad y a adoptar una actitud revolucionaria ante ella, tanto en el ámbito de la teoría del conocimiento como en el de la moral. La definición de un nuevo tipo humano (o «no humano», en su acepción futurista) suponía naturalmente la designación de su antítesis, la instalación en la picota, para aviso y sacudimiento de mentecatos, de la figura del retrógrado, del enemigo de la novedad, del representante de la tradición contra la que el vanguardismo militaba. Así describieron las vanguardias, con su típico ensañamiento, con su mesianismo intolerante, al enemigo intelectual y social, obstáculo de sus premoniciones del porvenir.

El Futurismo, el Expresionismo y el Dadaísmo

El ideal futurista se funda en «la completa renovación de la sensibilidad debida a los grandes descubrimientos científicos» (Marinetti, *Destrucción de la sintaxis...*, 1913), en la «imitación de la electricidad y de la máquina» (*El esplendor geométrico y mecánico...*, 1914), en la definición de «un nuevo bien: la velocidad, y un nuevo mal: la lentitud» (*La nueva religión-moral de la velocidad*, 1916). El «hombre multiplicado» futurista, en su propósito de potenciar la «electricidad fisiológica» que habría de permitirle sintonizar con el ritmo trepidante de la contemporaneidad tecnificada, debía proponerse el rechazo de los «interruptores» por medio de los cuales la tradición cultural conspiraba contra la eclosión y la realización de la vitalidad (*El hombre multiplicado y el reino de la máquina*, 1915); la adoración del pasado la religión, la razón, el sentimentalismo... Los antihéroes del Futurismo fueron, por lo tanto, los profesores, los arqueólogos y anticuarios, los guías turísticos, los camareros, los curas y las bailarinas de ballet clásico; nada más abyecto para Marinetti que una pareja de recién casados paseando por Venecia en góndola; nada más deseable que convertir la ciudad decadente y muerta en una «metrópolis» semejante a la de Fritz Lang (*Contra Venecia pasatista*, 1910); nadie más heroico que los ingenieros de la presa de Assuán, destinada a producir electricidad y a anegar los más venerables monumentos del pasado; nadie más obsceno que un anciano conservador, respetable y gotoso, miembro del Senado que Marinetti quería sustituir por un «Excitatorio» compuesto de jóvenes animosos y amantes del deporte, llamados a dar velocidad, y no lentitud, a la vida parlamentaria.

El nihilismo de Dadá, explicable por la degradación alemana durante la primera Guerra Mundial y la República de Weimar,



CORTESIA EDITORIAL

José Bello, García Lorca y Dalí (de izq. a derecha), Madrid, 1925

vapuleó con el más corrosivo sarcasmo los más sacrosantos ideales y los más indiscutibles valores, desde el nacionalismo (Hugo Ball, *Crítica de la inteligencia alemana*, 1919) a la virilidad (Johannes Baargeld, *Autorretrato*, 1920); proclamó la abolición del futuro, y la vulgaridad y la sordidez tecnológicas («ready-made»). En una sucesión de propuestas antiartísticas ridiculizó el concepto mismo de texto literario («poema aleatorio», «sociedad anónima para la explotación del vocabulario»), el de cuadro de caballete («fatagaga», «merzbild» de Kurt Schwitters), el de obra de arte como vehículo transmisor de significado («frottage», máquina de vidrio de Marcel Duchamp). La confluencia de Dadaísmo y Expresionismo nos dejó una galería de tipos infrahumanos, síntoma del acabamiento de la civilización occidental: los lechuguinos felices de *Baile moderno* de Otto Dix (1922), los burgueses envarados de *Las columnas de la sociedad* (1926) y los generalitos porcinos de *Los proxenetas de la muerte* (1919), de Georges Grosz; el plutócrata panzudo que deposita un fajo de billetes en la mano alzada del Hitler de *Tengo millones tras de mí* de John Heartfield (1932).

El Superrealismo

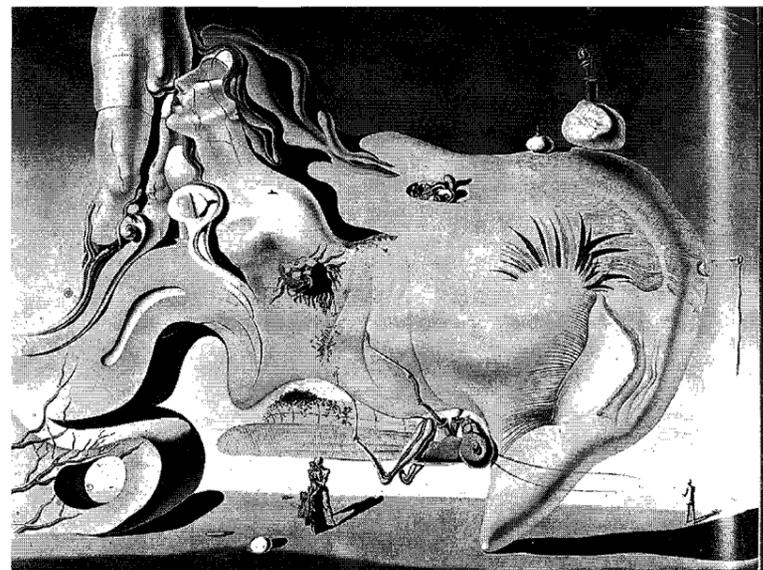
El Superrealismo fue un proyecto de rebeldía contra la condición humana en la cultura occidental, de revolución y liberación en todos los terrenos en los que actúa la represión cultural. Según el *Primer Manifiesto* (1924), la presión de la norma social es tan grande que, desde la infancia, la mayoría de los hombres se adapta inconscientemente a sus exigencias. Los peores se integran en el sistema que los ha mutilado, lo asumen y lo imponen a otros; los que no pueden soportarlo huyen de la realidad y se refugian en la locura; la naturaleza reclama sus fueros durante el sueño, pero la norma lo neutraliza negándole entidad y significado. Sólo los hombres lúcidos pueden convertir en revolución la rebeldía acrílica del loco y del dormido.

El Superrealismo despreció todas las formas de integración, y a todos los que la

encarnan asumiendo la noción superficial de realidad y la ortodoxa de moral, creyendo en la soberanía de la razón y de las creencias recibidas. En 1921 el grupo de Breton, aún en su etapa dadaísta, «procesó» a Maurice Barrès por esos delitos, y posteriormente a Anatole France (1924), Paul Claudel (1925) y Lita Grey, esposa de Charlot (1927). La revista *La Révolution Surréaliste* denunció en abril de 1925 la función policial y represiva de la Iglesia, la Universidad y el manicomio; la proclamación de la II República Española fue celebrada como el fin del predominio de la burguesía conservadora y de la Iglesia, en un folleto de 1931 (*¡Al fuego!*). Por otra parte, la politización del Superrealismo definió a un nuevo enemigo de la revolución integral: el burócrata comunista, insensible a los derechos del individuo y a la necesidad de su liberación moral, pasivo y obediente servidor del estado totalitario, desde *Legítima defensa* (1926) al manifiesto que, con el título de *Por un arte revolucionario independiente*, redactaron Breton y León Trotsky en 1938.

Todo ese contexto, que he intentado esbozar en sus grandes líneas, ha de ser tenido en cuenta a la hora de explicar la génesis y las características del tipo humano al que Dalí y Lorca llamaron «putrefacto», como variante del antihéroe vanguardista y encarnación del conservadurismo, del respeto a la tradición, de la obediencia a la rutina y a las convenciones, de la felicidad vulgar y rampolona. Incluso antes del momento vanguardista aparece en la literatura del Modernismo, con características muy similares: Monsieur Prudhomme y Homais, en «Divagación» (*Prosas profanas*, 1896) de Rubén Darío, sin olvidar *El rey burgués* y *La canción del oro* del mismo Rubén.

Rafael Santos Torroella es un excelente conocedor del vanguardismo español, de sus manifestaciones en Cataluña y de la relación entre Dalí y Lorca. A lo largo de más de cuarenta años lo ha demostrado en multitud de estudios, el más conocido de los cuales es *La miel es más dulce que la sangre. Las épocas lorquiana y freudiana de Salvador Dalí* (1984). La obra que comentamos hoy es la tercera que publica con el



El gran masturbador, de S. Dalí, 1929



Ola (sic) y Vestias (sic), c. 1925

sello de la Residencia de Estudiantes, tras *Dalí residente y Dalí, época de Madrid*. El libro, en su pulcritud sobria, sin mezquindad ni exceso, responde al espíritu que la Residencia conserva como seña de identidad histórica.

«Putrefacto», un concepto pleiteado

Los Putrefactos fue el título de un libro proyectado, hacia 1925, entre Lorca (que habría aportado el prefacio) y Dalí (los dibujos). El texto de Lorca no llegó a escribirse, y la idea naufragó junto a la amistad entre ambos, en parte porque el amor de Lorca no fue correspondido, en parte porque las críticas de Dalí y Buñuel al populismo, al sentimentalismo, a las referencias religiosas y a la gitanería de Lorca lo hicieron sin duda sentirse señalado como un «putrefacto» más.

Apunta Santos Torroella que la palabra «putrefacto» fue de uso corriente en los ambientes literarios españoles de los años veinte significando «persona inactual y consumida por inmovilismo» (pág. 17). Según *La arboleda perdida* de Alberti, aludía a cuanto fuera opuesto a la modernidad en arte, literatura o costumbres. La palabra apareció impresa por primera vez en un artículo de José Moreno Villa, en *El Sol* de septiembre de 1927, donde se alude a su empleo en la tertulia de la Residencia o en la de *Revista de Occidente*.

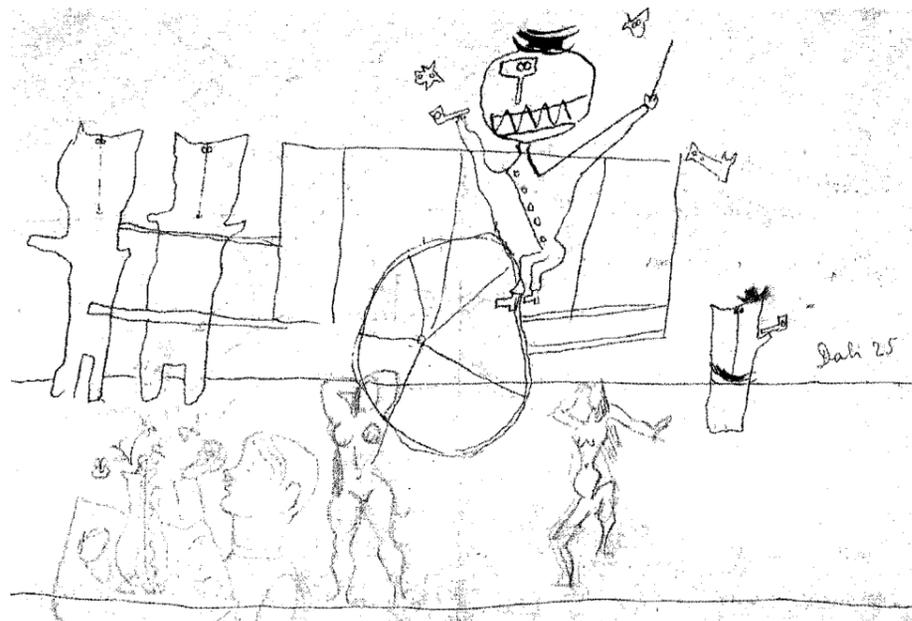
Según Jorge Guillén, Lorca fue el creador del término, en la tertulia granadina del café La Alameda; son de la misma opinión



Viene de la página anterior



Putrefactos Musicales, 1925



La Carreta, 1925

Miguel Ángel Asturias y Luis Sáenz de la Calzada. Francisco García Lorca atribuye a su hermano la invención de los dibujos de personajes «putrefactos», pero Moreno Villa se refiere a los de Dalí. Las citadas *Memorias* de Alberti parecen asignarlos a Pepín Bello, y Sáenz de la Calzada recuerda que Ortega y Gasset empleaba la palabra «petrefacto», muy acertadamente relacionada por Santos Torroella con los personajes que sostienen, en el mundo icónico daliniano, un pedrusco en equilibrio sobre la cabeza. Si traemos a escena el «carnuzo» buñueliano, asignado por Alberti a Pepín Bello, la confusión, ya mayúscula, podría conducir a atribuir la estética y la terminología de la «putrefacción» a ese misterioso y sugestivo Pepín Bello, que desdenó trasladar su ingenio al papel y prefirió dispersarlo en conversaciones y charlas de café: tal es la conclusión de Santos Torroella. En todo caso, la idea pudo venirle, a quien fuera, del panfleto surrealista contra Anatole France, aparecido en 1924 y titulado *Un cadáver*.

Un libro que pudo ser

La reconstrucción que nos ofrece Santos Torroella, a falta del nonato prefacio de Lorca, se inicia con tres textos testimoniales: el artículo de Dalí sobre San Sebastián, aparecido en *L'Amic de les Arts* en julio de 1927, y en traducción en *Gallo* de febrero de 1928, donde se habla de «arte putrefacto», y un apartado final describe el «mundo de los putrefactos»: los artistas trascendentales y llorosos, las familias amantes del kitsch, los funcionarios y los catedráticos de psicología (véase el dibujo de pág. 143); la carta de amor de Lorca desde Lanjarón, agosto de 1927, comentando el artículo en su primera publicación; y un cuento de Pepín Bello. A continuación, la reproducción comentada de 59 dibujos y postales de Dalí, situados entre 1923 y 1928.

Los «putrefactos» dalinianos

El «putrefacto» se distingue, en su actitud, por la arrogancia, la autocomplacencia, la seguridad en los fueros de la posición social o el rango, y recuerda la imagen tópica del funcionario, el burócrata, el militar de alta graduación y el burgués adinerado. Además de ello, la sentimentalidad es un



El pobre, 1925

rasgo llamativo de buena parte de los «putrefactos»: padres con hijos en brazos, enamorados, trovadores, Pierrots y Arlequines (véase el *Putrefacto lírico* de pág. 128). Constando lo mucho que el propio modo de ser y entender el amor, y las adversas circunstancias familiares, hubieron de aportar a esa imagen esperpéntica del amor, debe tenerse en cuenta que el Dalí de los años veinte, antes de abrazar el Superrealismo, se hallaba bajo la influencia futurista, como demuestra el *Manifest groc*; es sabido que uno de los puntales de la psicología y la ética del Futurismo es el repudio del sentimentalismo.

Observa Santos Torroella que la sátira daliniana es, en estos dibujos, benévola, y en términos generales puede aceptarse el diagnóstico, salvo en los «Putrefactos musicales» (pág. 121), que recuerdan al Grosz que Dalí no quiso ser. Bien pudiera ser que Dalí empleara con indulgencia los mostachos, perillas, medallas, uniformes, pipas, sombreros y bastones que adornan a sus grasientos y cabezudos personajes; pero no creo que debamos rebajar la fuerza incisiva del pensamiento de Dalí en relación a los valores establecidos y a quienes los representan. No veo indulgencia ni sonrisa, sino angustia y denuncia, en *El gran masturbador* (1929), autorretrato en forma de «putrefacto», desde luego, pero de «putrefacto» víctima de la moral represiva que encarnan e imponen los putrefactos bigotudos y cargados de medallas. Por otra parte —y éste es un ámbito del tema soslayado por Santos Torroella— tampoco veo indulgencia o benevolencia en la crítica daliniana de la putrefacción cultural de su Cataluña natal, en la época de la que hablamos.

El «putrefacto» catalán

No me refiero al dibujo de la página 92, pues el título, como indica Santos Torroella, no fue puesto por Dalí.

En 1928 aparece el *Manifest groc*, o *Manifiesto antiartístico catalán*, redactado por Dalí, Gasch y Montanyà, repleto de ecos futuristas y suscitado por la presencia de Marinetti en Barcelona aquel mismo año. El *Manifest* condena la cultura catalana como «peligrosa, falsa y adulteradora», «estancada en un ambiente reducido y PUTREFACTO», y denuncia «la influencia sentimental de los tópicos raciales de Guimerá», la sensiblería del Orfeón catalán y la psicología de los célebres Coros de Clavé. El intelectual catalán al que el manifiesto se refiere, nacionalista, tradicionalista y folklorista, es un típico «putrefacto», agente de una cultura que el *Manifest* tilda explícitamente de «putrefacto».

En *L'Amic de les Arts* de mayo de 1928, Dalí publica *Per al meeting de Sitges*, donde, partiendo de que en Cataluña «se rinde culto a la caca», propone la demolición del barrio gótico de Barcelona, la supresión de la sardana y de todo «lo regional y típico». El 22 de marzo de 1930 pronunció Dalí, en el Ateneo de Barcelona, una conferencia, *Posición moral del Superrealismo*, que se publicó en el nº 10 de la revista *Hélix*; uno de sus párrafos nos concierne directamente: «Nada puede parecernos más vil, indigno y despreciable que los buenos sentimientos del gran puerco, gran pederasta e INMENSO PUTREFACTO PELUDO Ángel Guimerá».

Le Surréalisme au service de la Révolution incluye en su nº 2 (Octubre de 1930) un breve artículo de Dalí, «Intelectuales castellanos y catalanes», donde puede leerse:

«Creo completamente imposible que exista sobre la tierra (excepción hecha, naturalmente, de la inmunda región valencia-



Lectores de «La Veu de Catalunya», 1925

na) lugar alguno capaz de producir algo tan abominable como lo que se llama intelectuales castellanos y catalanes. Estos últimos son una gran porquería; tienen la costumbre de llevar los BIGOTES UNTADOS DE VERDADERA Y AUTÉNTICA MIERDA [...] Bailan bailes verdaderamente «cojonudos», como, por ejemplo, la sardana, que por sí sola bastaría a cubrir de vergüenza y oprobio una región entera.» (*)

Pongamos esos bigotes en su lugar, junto a los mostachos de los «putrefactos» recuperados, y tendremos de Dalí una imagen más auténtica, menos benévola, más cercana a la denuncia unánime de la vanguardia transpirenaica. No dirigida, desde luego, contra el pueblo catalán ni su entidad colectiva, pero sí contra aquellos que quieren dar de ambas cosas una definición nostálgicamente orientada hacia el pasado, conservadora y folklórica, negadora del porvenir, del progreso y de la modernidad. □

(*) Traduzco los textos de su original catalán o francés; las mayúsculas son mías.

RESUMEN

Guillermo Carnero sitúa el contexto vanguardista, futurista, surrealista de la época (primeras décadas del siglo), en el que se desarrollará esa variante del antihéroe vanguardista y encarnación del conservadurismo que los por entonces

jóvenes Dalí y Lorca denominaron «putrefacto», en un proyecto común, literario y gráfico, que no pudieran llevar a cabo y que Rafael Santos Torroella, gran conocedor del vanguardismo español, recoge en la obra comentada.

Rafael Santos Torroella

«Los Putrefactos» de Dalí y Lorca. Historia y antología de un libro que no pudo ser

Residencia de Estudiantes/CSIC, 1995. 149 páginas (122 ilustraciones). 3.500 pesetas. ISBN: 84-00-07484-X.

El fantasma electoral de la abstención

Por Rafael López Pintor

Rafael López Pintor (Fernán-Núñez, Córdoba, 1942) es catedrático y director del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido director general del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) entre 1979 y 1983 y consultor electoral de la Secretaría General de las Naciones Unidas en numerosos países. Autor, entre otras obras, de *Los españoles de los años 70: una versión sociológica*, *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, y *el capítulo sobre el sistema político del Informe FOESSA sobre la situación social en España de 1994*.

¿Quiénes votan, quiénes no votan y por qué? ¿Cómo es la situación en España? ¿Es más democrático un país con altas tasas de participación que otro donde se vota menos? Tales son las principales preguntas que en materia de movilización electoral se hacen la Sociología y la Ciencia Política. Las dos primeras son de índole empírica y descriptiva. La tercera tiene un carácter más analítico. En ningún caso tienen fácil respuesta, dada la gran variedad de situaciones posibles en la comparación internacional o, dentro de un mismo país, para el análisis diacrónico. Se trata de una parcela del comportamiento político en la que existen ejemplos para todo, aunque de ninguna manera estamos ante una problemática reductible a la mera casuística.

A las anteriores preguntas, sobre todo las de índole empírica, busca y generalmente encuentra respuesta científica el libro de Manuel Justel *La abstención electoral en España, 1977-1993*, de tan reciente publicación por el Centro de Investigaciones Sociológicas como la pérdida inesperada de su autor, investigador en dicha institución y profesor universitario, arrebatado a la vida y a la comunidad científica en plena madurez intelectual.

El de Justel es un libro riguroso, que desvela para el lector de lengua española las principales incógnitas sobre abstención electoral de manera más completa y sistemática que anteriores trabajos del propio Justel y otros estudios sobre la materia (los de Montero, Astorkia, Vallés o los míos propios). El libro sistematiza resultados de investigaciones anteriores y profundiza en los datos españoles disponibles, expandiendo sustancialmente nuestro conocimiento sobre la abstención. Se trata de una investigación rigurosa y parsimoniosa de la realidad española, a partir de hipótesis establecidas en la investigación comparada y con un énfasis evolutivo, buscando claves de interpretación en el análisis de los cambios a lo largo del tiempo. Es precisamente en este último aspecto donde el libro ofrece su mayor aportación singular para la comprensión de la realidad política española, pues al registrar importantes variaciones sistemáticas en las pautas de movilización electoral a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta, brinda una importantísima clave para mejor entender la fragua pública de la actual sociedad española en cuanto sujeto de opinión política.

En efecto, aparte de la descripción pormenorizada de los correlatos sociodemográficos y motivacionales esperables de la abstención, la investigación de Justel muestra en el caso español una ruptura de las correlaciones sociodemográficas tradicionales de la participación política en las sociedades industriales democráticas; en algunos casos siguiendo la línea registrada en otros países, pero a veces registrando situaciones peculiarmente españolas, tales como la falta de relación entre nivel de educación y participación electoral (la correlación más sólida de la investigación electoral comparada), así como entre variables de situación ocupacional o estatus socioeco-

nómico y abstención (con excepción de la situación de parado, que correlaciona negativamente con la participación).

Según la evidencia disponible, se habría llegado en España a finales de los ochenta a un estadio político donde la participación/abstención estaría casi exclusivamente en función del interés por la política, resultando éste poco afectado por la condición socioeconómica o cultural de los ciudadanos. Se habrían roto así las inercias de los condicionantes socioestructurales de carácter demográfico o socioeconómico. Este me parece un hecho del máximo interés tanto analítico como estratégico, que debería interpelar no sólo la curiosidad científica, sino la de cuantos tienen alguna responsabilidad en la gestión colectiva.

Los correlatos de la abstención

¿Qué sabemos con buen fundamento sobre participación y abstención electoral en España después de casi veinte años de práctica democrática ininterrumpida? (El referéndum de la Ley de Reforma Política fue en diciembre de 1976, suscitando la participación del 77% de la ciudadanía en edad de votar, para el caso los mayores de 21 años). Es mucha el agua que ha corrido bajo los puentes de los numerosos comicios celebrados en la renacida democracia española entre aquel referéndum de apertura y las últimas elecciones generales en marzo de 1996.

MOVILIZACIÓN ELECTORAL EN ESPAÑA ELECCIONES GENERALES 1977-1996

Elección	Participación %	Abstención %
Junio 1977	78,6	21,4
Marzo 1979	68,1	31,9
Octubre 1982	79,9	20,1
Junio 1986	70,4	29,6
Octubre 1989	69,7	30,3
Junio 1993	77,3	22,7
Marzo 1996	78,0	22,0

FUENTE: Ministerio del Interior

Como en otros países dentro del contexto europeo occidental, y a excepción de Francia, la participación en España es más alta en elecciones generales que en municipales (74% frente a 67% como media desde 1977); y en éstas que en autonómicas celebradas por separado (Andalucía, Cataluña, Galicia y País Vasco) y europeas con idéntica característica: la más alta participación en elecciones europeas, 60%, se produjo en 1987, cuando se celebraron simultáneamente con municipales y autonómicas. Una vez más a contrapelo de la sabiduría de «sentido común», la evidencia científica es contundente en el sentido de que la política nacional suscita mayor interés ciudadano que la municipal y ésta que la autonómica o regional.

Desde 1977 han tenido lugar en España siete elecciones generales (número bíblicamente evocativo de completud) y cinco municipales. Aunque con significativas fluctuaciones entre tipos y dentro del mismo tipo de elecciones, las tasas más elevadas de participación se producen consistentemente en Madrid, Comunidad Valenciana, Murcia, Cantabria y La Rioja. En el extremo opuesto estarían las comunidades donde la abstención es mayor: Galicia, País Vasco y Canarias. Las restantes nueve comunidades autónomas giran en torno a la media nacional.

En un análisis de las segundas elecciones generales en 1979, concluía quien esto escribe que «el perfil del ciudadano participante y del abstencionista en España no difiere del que

ha mostrado la investigación electoral comparada...; (a diferencia de otras democracias estables) en España, como en Japón o Francia, apenas hay diferencia entre grandes núcleos urbanos y pequeños asentamientos de población. La diferencia entre los sexos tampoco es muy grande, como suele ser la tendencia en otros países europeos. Pero en la edad y la ocupación aparecen más claramente las notas distintivas del abstencionista tradicional: los más jóvenes y los más viejos; las ocupaciones menos cualificadas» (López Pintor, 1981, págs. 13-15). Frente a aquella conclusión hay que decir hoy que el «retrato robot» del abstencionista se ha modificado considerablemente en menos de veinte años, siguiendo el estándar comparado de las democracias estables en muchos aspectos, pero con las peculiaridades españolas ya mencionadas y que son dignas de la mayor atención.

Las diferencias en el nivel de abstención entre el medio rural y el urbano nunca han sido demasiado grandes entre nosotros. Pero desde 1977 la abstención se ha ido desplazando progresivamente hacia el extremo urbanometropolitano. Concluye el análisis pormenorizado de Justel que actualmente «la abstención electoral en España es un fenómeno predominantemente urbano» (pág. 127)... «Al final del período, la abstención alcanza niveles más altos en el medio urbano en ambos tipos de elecciones... se detecta un desplazamiento creciente de la abstención de zonas rurales a zonas urbanas... El medio urbano, a igualdad de otros factores, se muestra más sensible a los cambios de clima político que se producen en las diferentes coyunturas electorales» (pág. 120).

Las diferencias entre el nivel de abstención de varones y mujeres casi han desaparecido del todo en la actualidad, no siendo en esto España diferente de las otras democracias estables.

En relación con la edad, el hallazgo más frecuente de la investigación comparada es que los jóvenes y los ancianos se abstienen más que los grupos de edades intermedias. Las razones tienen fundamentalmente que ver con el más débil compromiso social de los segmentos extremos de la escala de edad, así como con la crisis de acceso a los roles de adulto por parte de los jóvenes y los problemas de salud y movilidad por parte de los ancianos. Gráficamente, la relación entre edad y abstención presenta forma de una U o curvilínea, con los jóvenes y los viejos en los brazos de la U. Pues bien, la evolución en España se mueve hacia una U con los brazos cada vez más cortos. Tanto los jóvenes como los ancianos cada vez se abstienen menos. En palabras del análisis socioestadístico, «la estructura curvilínea de la distribución de niveles de abstención por grupos de edad es una constante... También se aprecia una curva más pronunciada en los primeros años del período que en la etapa final» (Justel, pág. 218).

Tradicionalmente ha existido una fuerte relación entre educación, más bien falta de ella, y abstención. La correlación sigue teniendo fuerza en el análisis comparado, pero en España es muy débil y, en la medida en que existe correlación, su sentido se ha trastornado, pues la abstención es relativamente más frecuente entre los ciudadanos con niveles medios y altos de educación.

La situación ocupacional y el nivel de ocupación son variables tradicionales e internacionalmente relacionadas con la abstención, al menos en las siguientes direcciones: parados, jubilados, amas de casa y personas en ocupaciones más bajas tienden a ir a votar menos que los ocupados y situados en niveles ocupacionales medios y altos. Estamos ante variables de actividad, integración social y nivel de vida. Todas ellas siguen teniendo cierta capacidad explicativa del comportamiento electoral, empezando por la participación,

aunque no tanta como en el pasado. En el caso español actual, sólo la situación de parado constituye un buen predictor de abstencionismo electoral. Por el contrario, ser ama de casa, persona jubilada o titular de un empleo poco relevante no aumenta la probabilidad de quedarse en casa el día de las elecciones.

España con una abstención de nivel medio alto

Hasta aquí el análisis de las correlaciones clásicas de la participación y la abstención. Por lo que hace a la posición de España en materia de participación, comparada con otros países, se puede decir que ocupamos un lugar medio alto en el contexto de las democracias estables, junto a Francia, Canadá o Japón. Estamos muy por encima de Estados Unidos y Suiza, pero muy por debajo de Italia o Alemania. En el conjunto de la Europa Comunitaria, España muestra uno de los niveles más elevados de abstención tanto en elecciones generales como municipales. Si acotamos la comparación al ámbito de aquellas democracias de Europa Occidental donde votar no es obligatorio legalmente, España tiene el promedio más alto de abstención entre 11 países. El lector interesado en la perspectiva comparada encontrará un buen complemento al libro de Justel en la obra, compilada por Pilar del Castillo y también publicada por el CIS en 1994, *Comportamiento Político y Electoral*.

Abstención y solidez democrática

Queda una pregunta fundamental que responder: si los sistemas políticos con menor abstención deben considerarse más democráticos que aquéllos donde la abstención es mayor. Es una pregunta con trampa sáducea, pues cualquiera que sea la respuesta, ésta sugiere juicios de valor y consecuencias morales. Es falaz porque el grado de democratización, apertura, pluralismo de un sistema político no puede reducirse al comportamiento de la variable participación ni la participación es una variable que se explica por sí sola. Sucede como con la pregunta, que afortunadamente pocos se hacen, de si el sistema electoral de representación proporcional es más democrático que el mayoritario.

De forma menos contundente, podemos preguntarnos cómo ha de valorarse el nivel de abstención electoral en relación con la solidez democrática de un país. En términos comparativos internacionales, la abstención parece tener poco que ver con la estabilidad política, la solidez de las instituciones democráticas o las posibilidades para la formación de mayorías gobernantes. Sin embargo, la cuestión dista de ser irrelevante. En el caso español, lejos quedan ya los temores de finales de los años setenta, cuando nos lamentábamos del «desencanto» con la democracia porque la abstención había subido 10 puntos entre 1977 y 1979. Visto retrospectivamente, aquellos temores en cuanto al futuro de la recién alumbrada democracia resultaron justificados, aunque no precisamente por razón de la abstención, como se encargó de demostrar la crisis de 1980-82 con las intenciones golpistas, que sacudieron el sistema nervioso de la joven democracia y acabaron contribuyendo a su fortalecimiento.

Internacionalmente hablando, los dos países con mayor abstención entre las más antiguas democracias —Suiza y los Estados Unidos— son un ejemplo de estabilidad política y eficacia en el funcionamiento de las instituciones democráticas. En el extremo opuesto de experiencia con el régimen democrático



Viene de la página anterior



cabe resaltar los altísimos índices de participación que suelen darse en las elecciones al final de una guerra civil (quien escribe las ha denominado «elecciones de reconciliación», como en los casos de Nicaragua, El Salvador, Angola, Mozambique o Camboya). Lo mismo suele suceder en las elecciones de transición pacífica a la democracia sin que preceda una guerra civil, como en los casos de Grecia, Portugal o España en la década de los setenta; Brasil, Argentina, Chile y otros países latinoamericanos en la de los ochenta; los países del Este de Europa, Suráfrica y otros países africanos y asiáticos en los años noventa. En todos estos casos, la participación electoral no es un efecto de la experiencia democrática anterior ni parece tener mucho que ver con las posibilidades de estabilidad política o la consolidación democrática.

NIVEL DE PARTICIPACIÓN Y ABSTENCIÓN EN DISTINTOS PAÍSES AL FINAL DEL SIGLO XX

	Participación %	Abstención %
DEMOCRACIAS ESTABLES (Media 1977-90)		
Australia	94,2	5,8
Italia	90,0	10,0
Alemania	85,0	15,0
Israel	79,1	20,9
Portugal	78,9	21,1
Francia	74,4	25,6
Canadá	74,0	26,0
ESPAÑA	73,3	26,7
Japón	71,1	28,9
USA (presidenciales 1945-80)	58,5	41,5
Suiza	47,9	52,1

ELECCIONES DE TRANSICIÓN PACÍFICA A LA DEMOCRACIA

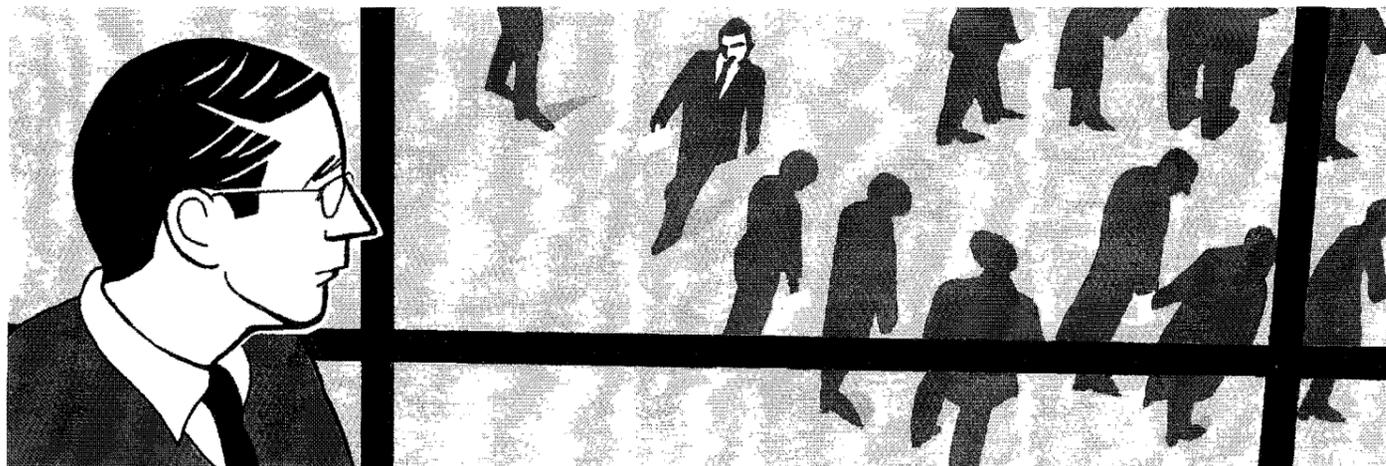
Suráfrica, 1994	91	9
Albania, 1992	85	15
Polonia, 1989	62	38
Chile, 1989	94	6

ELECCIONES DE RECONCILIACIÓN TRAS UNA GUERRA CIVIL

Angola, 1992	92	8
Mozambique, 1994	88	12
Camboya, 1993	87	13
Nicaragua, 1990	86	14
El Salvador, 1994	70	30

FUENTE: Elaboración propia a partir de fuentes secundarias para las democracias estables, en M. Justel (1995) y R. López Pintor (1990); para los demás casos, con datos de la autoridad electoral de los respectivos países recopilados por el propio autor (el dato del El Salvador es estimación propia).

Personalmente no dejan de impresionarme las altas tasas de participación en contextos de extrema inestabilidad política, calculadas sobre censos electorales normalmente confeccionados con la asistencia de organismos internacionales. La estadística confirma la impresión que uno tiene sobre el terreno en el sentido de que, en situaciones extremas, el pueblo deposita una gran confianza en el voto como manifestación de una voluntad de alcanzar la paz y mejorar las condiciones de vida tras un prolongado conflicto armado o la incertidumbre que acompaña al derrumbe de un viejo sistema dictatorial. Pareciera incluso que ningún otro fenómeno como la guerra para sacar de la periferia cultural y política a individuos y comunidades, movilizarlos electoralmente y hacer que muestren como primera prioridad el interés de la supervivencia. Y así, en contextos políticos esencialmente diferentes de aquellos donde fuera formulada, se confirmarían una vez más las hipótesis clásicas sobre participación en función directa del nivel de movilización política de la sociedad y de la conciencia de que los propios in-



MARISOL CALES

tereses se ven afectados por la acción de los gobiernos (André Siegfried, 1913; Seymour M. Lipset, 1959; o Robert Lane, 1965).

Disponemos en los últimos veinte años de una experiencia mundialmente compartida en el sentido de que es el contexto puramente político el más eficaz dinamizador de la motivación política de los individuos al traer al primer nivel de la conciencia sus intereses y valores básicos. Todo ello con relativa independencia de la tradición democrática del país, las condiciones físicas de vida, las garantías del conjunto de los derechos civiles y, a veces, incluso las facilidades para ir a votar.

El fantasma de la abstención

A la luz de la experiencia democrática posterior a la Segunda Guerra Mundial, y más recientemente de la Post-Guerra Fría, parece claro que lo más importante de unas elecciones no es cuánta gente vota, sino que el derecho de los ciudadanos a participar pueda ejercerse libre de toda coacción y que la formación de mayorías y de un gobierno refleje adecuadamente la correlación de fuerzas políticas en la sociedad. El nivel de abstención como tal tiene mucho de fantasmagórico. Normalmente tiene poco que ver con el grado de legitimación de las elecciones o la eficacia de sus resultados, que se mide por la formación de mayorías y gobiernos y, sin duda, por la no involución a prácticas precedentes de gobierno dictatorial o conflicto civil: en Angola, en 1992 votó el 92% de la población adulta e inmediatamente después de las elecciones se reabrió la guerra civil que habría de costar doscientas mil vidas, a agregar a las pérdidas de los quince años anteriores. En México, en 1994, se da la mayor participación electoral de su historia, pero en medio también de la más seria crisis institucional desde la fundación del régimen de la Revolución.

Sólo excepcionalmente constituye la abstención un factor del conflicto político a tener en cuenta por sí misma. De aquí que, con frecuencia, las especulaciones de coyuntura sobre el significado de la abstención sólo alimenten fantasmas, que distraen la atención pública de los hechos realmente importantes: la incidencia de los resultados electorales en la correlación de fuerzas políticas, las posibilidades de formar gobierno o el tipo de política que el nuevo gobierno podría llevar a cabo a la vista de aquella correlación.

En otro sentido, a veces sólo de significación estadística, la abstención también resulta fantasmagórica. Los índices oficiales de abstención son con frecuencia significativamente más elevados que la abstención real. Ello es debido a la imperfección de los censos electorales, trufados en cantidades variables de difuntos, jóvenes menores de 18 años, emigrantes que en la práctica no pueden votar y, sobre todo, de dobles inscripciones como

consecuencia de cambios de domicilio de votantes, que no han sido dados de baja. Como acotación al caso español, marginal pero no irrelevante, denunciaré aquí, una vez más, los errores sistemáticamente contenidos en el Censo Electoral, sobre todo por duplicaciones e inclusión de fallecidos. Justel dedica unas páginas al problema (págs. 51-52), con el sentido de impotencia que los demás sufrimos cada vez que se hace pública la actualización anual del Censo.

El tema demanda tratamiento propio y baste dejar aquí constancia al menos de lo siguiente. Primero, el Censo contiene cíclicamente errores de entre 2 y 6% (por ejemplo, el de 1986 y el último de 1996 contenían en torno a un millón de inscritos por encima de la población estimada mayor de 18 años). En consecuencia, la participación más probable en las últimas elecciones generales de marzo fue del 81% y no del 78%. Segundo, la causa más común es la falta de los ayuntamientos en dar de baja a difuntos y personas que han cambiado de residencia, siendo así que el Censo se integra por la tramitación de oficio por parte de los ayuntamientos de los residentes en su término municipal en enero de cada año. Esta práctica se supone que obedece a no querer mermar los datos oficiales de población. Tercero, la Oficina del Censo Electoral está burocráticamente encuadrada en el Instituto Nacional de Estadística, pero políticamente sometida a la Junta Electoral Central, un organismo tan institucionalmente débil entre nosotros que incluso carece de instalaciones permanentes.

Así, nuestro Censo Electoral, en cuanto dependencia del Estado, se encuadra en las siguientes kafkianas coordenadas: quien tiene la responsabilidad técnica de su confección (el INE) carece de potestad institucional para ejercer el control necesario sobre los proveedores de las listas de electores (los ayuntamientos). A su vez, el organismo responsable de la administración electoral (Ministerio del Interior, con una Subdirección General de Procesos Electorales) se limita a «recibir» el Censo de las manos del INE, aunque dispone nada menos que de la informatizada «maquinaria» del DNI, que técnicamente permitiría

la depuración de las dobles inscripciones. Si a esto se agrega que el Ministerio de Justicia, fusionado a Interior (hasta mayo de 1996), contiene el Registro Civil adonde llegan los partes judiciales por defunción, la depuración de «almas muertas» en el Censo Electoral también sería técnicamente posible desde las instancias del Gobierno central, responsable general de la calidad del Censo.

¿Por qué no se establece la normativa oportuna que posibilite legalmente lo que técnicamente es factible y moralmente deseable? Esto es, disponer de una lista de electores que honre, por no mencionarlos, la memoria de los difuntos y ayude a hacer compatibles las estadísticas demográficas con las de electores, para evitar que, aparte de los vivos y los muertos, también puedan votar algunos ángeles, que podrían sobrevolar varios municipios en día de comicios. Digo «podrían». Precisamente porque no lo hacen, porque la práctica del doble voto entre nosotros es nula o insignificante, los partidos políticos aceptan el Censo con todas sus limitaciones, no lo denuncian y, en consecuencia, los Gobiernos se desprecocupan del tema, que no es visualizado como problema. Para los estudiosos, sin embargo, constituye un problema de cierta entidad. También lo es para el conjunto de la ciudadanía de una democracia estable en uno de los países más importantes del mundo. Un Censo Electoral tan imperfecto no es precisamente un honor; sobre todo para un país que sistemáticamente participa en operaciones de ayuda internacional, ofreciendo su experiencia institucional y administrativa —incluidos el Censo Electoral, el DNI y el Registro Civil— como modelos a imitar y productos a adquirir. □

REFERENCIAS

Pilar del Castillo (compiladora), *Comportamiento político y electoral* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994).

Rafael López Pintor, *Las bases sociales de la democracia en España* (Madrid: Fundación Humanismo y Democracia, 1981).

Rafael López Pintor, "El voto en las sociedades industriales. Recopilación a fin de siglo sobre la expresión electoral del conflicto y la integración social", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, N.º 7 (septiembre-diciembre, 1990), págs. 117-135.

RESUMEN

Con siete elecciones generales y cinco municipales (además de europeas y autonómicas) celebradas en España desde las primeras democráticas, en 1977, se puede establecer ya un «retrato robot» del abstencionista español que ha ido evolucionando,

en este tiempo, hacia el modelo de las democracias europeas con larga tradición, aunque con ciertas peculiaridades españolas, a las que se refiere López Pintor al hilo de un trabajo sociológico sobre la abstención en España.

Manuel Justel

La abstención electoral en España, 1977-1993

CIS/Siglo XXI, Madrid, 1995. 401 páginas. 2.300 pesetas. ISBN: 84-7476-213-8.

Europa, «vocación cívica» de Häberle

Por Antonio López Pina

Antonio López Pina (Murcia, 1937) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense; fue consejero de Estado y miembro de la Comisión Constitucional del Senado durante las Cortes Constituyentes. Es autor y editor de Manual de Derecho Constitucional, Democracia representativa y parlamentarismo, Spanisches Verfassungsrecht, La garantía constitucional de los Derechos Humanos fundamentales y División de poderes e interpretación.

Häberle es un jurista europeo nacido, como Hegel, en Suabia. Todo intento de reducir Europa al Tratado de Maastricht será vano frente a la capacidad de Häberle para hilvanar un discurso unitario a partir de la miríada de fragmentos, discontinuidades, asincronías y contradicciones de Europa, y para condensar y afirmar la cultura europea *mit weltbürgerlicher Absicht* por encima de cualquier obstáculo. En ese sentido, su pensamiento es referencia obligada para el análisis de la actualidad y el futuro de Europa.

No resulta fácil seguir a un pensador que acostumbra a discurrir *calzando botas de siete leguas*: en esta ocasión lo presentaremos al lector ciñendo sus reflexiones a un elenco de ideas-fuerza —en torno a la cultura europea, sus concreciones jurídico-positivas y la tensión de las mismas con los actuales desafíos— articuladoras de un discurso cuya riqueza en perspectivas no encuentra parangón en la literatura jurídica contemporánea.

I. La idea de Europa

Estos años vivimos una Europa en proceso de construcción, con relativizaciones de la soberanía estatal, como *Sociedad abierta de constituyentes nacionales e intérpretes del Derecho*. En este trance precisamos disponer de un concepto de Europa: a la postre, ¿de qué Europa se trata? Según Häberle, Europa es una formación con raíces seculares, que obliga a diferenciar según sus múltiples estratificaciones por geografía, pueblos, historia cultural, económica, política y jurídica. Se suele recurrir a la metáfora de círculos que parcialmente se solapan, hablándose de Europa como espacio económico o cultural, como cultura jurídica, en fin, como objetivo de la política. Es fácil en la complejidad del curso histórico perder la claridad de visión: la imagen de Europa ha cambiado con el tiempo del mito al logos, y correspondientemente también la conciencia. Pues bien, dado que Europa vive en particular de su forma específica de Derecho y de su cultura jurídica, precisamente la reflexión en torno al concepto de Europa acaba conduciéndonos al orden jurídico.

El Derecho Romano y la religión cristiana son considerados los más antiguos fundamentos de la unidad de Europa; por lo que a los valores concierne, Europa ha cobrado forma en cuanto comunidad jurídico-cultural. *A través de las luchas por la libertad, la justicia y el bien común, Europa ha creado paradigmas que pertenecen al legado cultural de la Humanidad como genes culturales*. La cultura jurídica europea se contrapone a las culturas de otras áreas geográficas, en la medida en que no pocos de sus elementos han nacido con vocación de universalidad: así, los Derechos Humanos desde 1789; la dignidad humana como premisa antropológica, sentido y meta del orden político; la doctrina de la Justicia; el principio democrático; el Estado de Derecho y la división de poderes; en fin, hoy, incluso la economía de mercado. Respecto de Estados Unidos tenemos una especial relación cultural mediada por el Derecho: Jefferson se inspiró para su Declaración de

Independencia, de 1776, en pensadores como Locke, Montesquieu, Vitoria y Suárez; la Declaración de Derechos de Virginia, de 1776, influyó a su vez en la Declaración francesa de 1789, y la tradición inglesa del *Common Law* marcó la evolución posterior en Estados Unidos. De ahí que quepa hablar hoy en materia de cultura jurídica, a juicio de Häberle, de una *sedimentación atlántico-europea*: logros culturales siempre amenazados, como la protección de la dignidad humana y el perenne forcejeo por la Justicia, lo traen cada día a nuestra conciencia.

Desde esa perspectiva, la Cultura jurídica europea sugiere el aspecto de la unidad. Pero contemplada más de cerca se observa hasta qué extremo *se integra asimismo en la diversidad*. El legado cultural común comprende también las *diversidades* nacionales. Con independencia de las raíces comunes en la Antigüedad y la Edad Media, para la Cultura jurídica europea es característico el nacimiento de los Estados-nación y de los ordenamientos jurídicos nacionales. El tradicional *ius commune* fue paulatinamente desplazado por el Derecho nacional de cada Estado. Y si bien todos los Estados constitucionales de Europa responden al «tipo ideal Estado constitucional», varían en cuanto a la *diversidad* de sus elementos —federalismo, regionalismo, jurisprudencia constitucional, concepción de los derechos fundamentales, cultura, política—. En suma, la *diversidad* de los ordenamientos jurídicos, no menos que la unidad y la universalidad, forma parte de la Cultura jurídica europea.

El Bien Común y la economía social de mercado como elementos de «tipo ideal Estado constitucional».

En esta cultura jurídica europea de *vocación cívica universal* hay toda una serie de elementos comunes convertidos entre tanto en patrimonio de la Humanidad. La originalidad y la audacia de Häberle residen en añadir a los mismos el Bien Común, la Justicia —que a partir de su obra no pueden seguir considerándose como arcaicas categorías ancladas en la Escolástica— y la economía social de mercado.

Häberle engarza el bien común en el Estado de Derecho y la democracia: *En la democracia pluralista el Bien Común es irrenunciable —por diferenciados que sean los caminos para concebirlo y llevarlo a la práctica—. El legislador, los funcionarios y los jueces no pueden por menos de trabajar diariamente con la idea de Bien Común. A los distintos niveles de la jerarquía normativa, en todas las áreas jurídicas y en el contexto de las varias funciones del Estado, el Bien Común tiene la virtualidad de principio jurídico que se debe desarrollar como norma o de topos que se ha de considerar en la interpretación.*

El Bien Común no es definible, para el sabio germano, ontológica, sino históricamente conforme a derecho: *Democracia, pluralismo y apertura, pero también los derechos fundamentales modelan el perfil material y procesal del Bien Común. En el marco de instituciones, los juristas tienen una gran responsabilidad en la definición y práctica del Bien Común. La historia del pensamiento y el debate doctrinal discurren entre la elevación del Bien Común a categoría ontológica —razón de Estado— en cuyo nombre se ignoran, reprimen o eliminan los intereses privados; la degradación del Bien Común a mera fórmula vacía o a instrumento de poder, y el Bien Común como fórmula constitutiva de la vida colectiva*. Los históricamente cambiantes contenidos del Bien Común remiten a conexiones de legitimidad tales como idea del Estado y forma de gobierno, ética social y Justicia.

En nuestra actual coyuntura, la *Constitución enuncia valores fundamentales —dignidad humana, tolerancia, Estado social de*

Derecho— para el Bien Común. Simultáneamente, abre una diversidad de procedimientos, garantizadores de la tolerancia, para su concreción o reivindicación. El Bien Común rei publicae es resultado de complejos procesos de funciones estatales y procesos públicos; importantes impulsos proceden asimismo de una Sociedad que no por su naturaleza abierta está en menor grado constituida.

Y no sólo el Bien Común singulariza a nuestra Cultura jurídica; también Europa se distingue por su capacidad para domeñar un mercado a la medida del Hombre: los ciudadanos de la democracia con vocación de ser plenamente *sujeitos* habrán de proyectarse simultáneamente cual seres libres en el mercado. La democracia tiene su *pendant* en la apertura y libertad de los mercados. De ahí que democracia y economía social de mercado estén inextricablemente unidos en el *tipo ideal Estado constitucional*. Y, sin embargo, es el caso que hasta hoy carecemos de una teoría constitucional del mercado. Para empezar, *el mercado tiene que responder a las grandes cuestiones planteadas durante más de dos milenios por la Filosofía del Derecho y del Estado*; en particular, a los paradigmas del *estado de naturaleza y del estado de cultura y, last but not least*, a la pregunta de cómo es posible bajo el Estado constitucional lograr Justicia y Bien Común por vía del mercado.

El Estado constitucional debería —igual que ha tratado de impedir el abuso de poder político mediante la división de poderes— reaccionar a las concentraciones de poder en la economía. El mercado sometido a la ley no debe ser idealizado como *diálogo sobre valores* (W. Fikentscher), ni demonizado como *estado de naturaleza* en el que únicamente rige la ley del más fuerte guiado por el afán de lucro. En cualquier caso, el mercado no es un *fin en sí mismo*, un espacio libre de Derecho extramuros del Estado y de la Ética. *La economía sólo tiene servicio al servicio del Hombre*, debiendo encontrar en ella su lugar no menos la *visible hand* del Derecho Constitucional (E. Mestmäcker) que la *invisible hand* del mercado (A. Smith).

Del mismo modo que la democracia del Estado social debe estar constituida pluralmente sobre valores fundamentales materiales y reglas procesales, así *únicamente podrá el mercado ser parte de la democracia civil si es estructurado por los derechos (Drittwirkung) y valores fundamentales*. La *invisible hand* del mercado deberá ser regulada mediante un mínimo de normas morales, como la buena fe en el tráfico mercantil, mediante aspectos de *iustitia distributiva* en el sentido de Aristóteles y Cicerón, es decir, *mediante elementos del Estado social*.

Bien pudiera la economía social de mercado ser la vía intermedia entre la idea pesimista del Hombre, de Hobbes, y la idea optimista, de Locke: *Es el egoísmo limitado del Hombre (A. Smith) el que dota de base y dinámica al mercado y el que está garantizado mediante libertades económicas. Tal es la idea del Hombre en el mercado del Estado constitucional. Toma al Hombre tal cual es.*

II. Concreciones jurídico-positivas

En los años noventa, Europa conoce una nueva fase textual del Estado constitucional en un doble sentido: por un lado, los Estados constitucionales nacionales devienen cada vez más europeos; por otro, con la Comunidad y la Unión emerge un *Staatenverbund* europeo de naturaleza singular.

El «tipo ideal Estado constitucional común europeo».

El Derecho común como categoría de la ciencia del Derecho, los Principios del De-

recho Constitucional común europeo y las bases jurídicas comunes en el pasado, en la actualidad y en el futuro; en fin, los procesos comunes de producción y recepción prueban, según Häberle, cada día la expansión del *Estado constitucional común europeo*. Un capítulo extraordinariamente relevante del mismo lo constituyen desde 1989 los procesos constitucionales de Europa Oriental.

Es obvia la influencia como modelo de los textos constitucionales occidentales y de la cultura política que les sirve de base para la reforma en Europa Oriental. Y con todo, la teoría del Estado constitucional debe permitir a los Estados del Este preservar la propia identidad en el seno de la universalidad de elementos textuales constitucionales y planteamientos teóricos —la metáfora de la *mesa redonda*, sin ir más lejos, podría llegar a ser, de modo semejante a nuestro 1789, un *gen cultural* de la Humanidad—. Los proyectos constitucionales de los países bálticos, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, los estados resultantes de la fragmentación de Yugoslavia, Bulgaria, Albania y Rusia componen el sustrato de una teoría constitucional comparada, aún por realizar, cuya sistemática no puede prescindir de la riqueza de ejemplos textuales y de la realidad de Europa Oriental.

Europeización del Derecho Constitucional nacional.

Toda buena *política constitucional* deberá hoy preguntarse dónde y cómo introducir Europa como tema normativo mediante *Preámbulos*, enunciados definidores de Europa como fin del Estado, la normación de Europa como meta educativa, la perspectiva de los derechos fundamentales europeos, las remisiones a la Unión Europea, cláusulas para el fomento de la Cultura europea; en fin, por vía de una interpretación europeizante del Derecho Constitucional para Europa. El *Estado Constitucional común europeo* llegará a ser tal, gracias a preceptos sobre Europa que sean asumidos en los ordenamientos jurídicos nacionales. Europa se está convirtiendo en un tema en sí mismo, autónomo, del mismo modo que a través de la Historia lo han sido la dignidad de la persona y los derechos humanos, la democracia, el Estado social de derecho y la división de poderes.

En tal contexto Häberle hace un «plaidoyer» a favor de artículos sobre Europa en las Constituciones nacionales para hacer Europa más próxima al ciudadano, legitimarla más desde la base y aumentar la aceptación de Europa como estrategia de *política constitucional*: precisamente ante las amenazas de retrocesos, de fases de re-nacionalización, de parálisis de la integración europea podríamos insuflar nueva fuerza con una *política constitucional* favorable a Europa. *Lo decisivo es que nuestros Estados se lancen a producir Derecho Constitucional nacional sobre Europa, y de esa forma se progrese en la Europa de los ciudadanos. Europa podrá así recibir nuevos impulsos desde abajo, y hacerse en el espejo de la propia Constitución comprensible, accesible y experimentable*. Europa Oriental nos da ejemplo de cómo labrar para Europa un lugar en las nuevas Constituciones. Así la República Checa (1992) en su Preámbulo se declara como *Estado libre y democrático fundado sobre el respeto a los derechos fundamentales y a los principios de la Sociedad civil, como miembro de la familia de las democracias de Europa y del mundo... resuelto a conducirse conforme a los acreditados principios del Estado de Derecho*.

El Derecho Constitucional nacional está ante un gran desafío: *No abdicar del propio perfil estatal, sea para integrarse en el Derecho*



Viene de la página anterior



Constitucional común europeo, sea ante un Derecho Comunitario que no sólo han creado los Estados, sino sobre el que mantienen su señorío.

Derecho Comunitario europeo.

¿Tiene Europa una Constitución? Cuando se considera la serie de preceptos y las nuevas políticas del Tratado de Maastricht se evidencia, según Häberle, que hay que plantear de nuevo la naturaleza de la Unión: la Europa de las naciones y la Europa de los ciudadanos y las regiones forman conjuntamente una estructura que, si bien no llega a ser un Estado federal, tampoco se reduce a una mera confederación. En otras palabras: *Las estructuras y los elementos que constituyen Europa han cobrado tal densidad y adquirido tal intensidad, los procedimientos se han acelerado hasta tal extremo, que no hay que excluir la forma federal de Estado como destino común a medio plazo.* Los derechos fundamentales, la democracia, la política cultural, la protección del medio ambiente, el Estado social, en fin, federalismo y regionalismo, tal como están jurídicamente definidos, suponen *pedras sillares de una arquitectura constitucional para Europa.*

III. Método

Las premisas teóricas y el método de cuanto acabamos de recapitular están contenidos en *Rechtsvergleichung im Kraftfeld des Verfassungsstaates*, 1992. Häberle emplea el paradigma de escalonamiento de textos, y trabaja desde la perspectiva de las Ciencias de la Cultura. El paradigma significa: en la comparación histórica y contemporánea de textos constitucionales se hacen visibles escalonamientos, fases, graduaciones; la comparación de textos constitucionales en el espacio y en el tiempo no permanece en el plano estrictamente semántico; *por bajo de la superficie del texto literal comprende también la profundidad, la evolución o el desarrollo del Estado constitucional y de su Derecho, porque los constituyentes y legisladores asimilan textos foráneos y su posterior realidad, y a menudo los receptionan y los desarrollan* (P. Häberle, *Textstufen als Entwicklungswege des Verfassungsstaates*, 1989). La comparación no se agota en lo textual: del *constitutional law in the books* el analista o intérprete debe llegar hasta el *law in public action*. Considerados en perspectiva histórica, los textos acaban ofreciendo una cala profunda del Derecho Constitucional vivo; la teoría de la Constitución y la Ciencia del Derecho devienen por vía de los textos *Ciencia de la realidad*. Los textos forman en ese sentido materiales fiables con potencialidad testimonial de la evolución cultural.

A la vez, el análisis del escalonamiento textual prueba la fuerza de sugestión de los textos constitucionales escritos como fructífera forma de aproximación. Condensando los textos jurídico-positivos, lo que de otra manera resulta difícilmente accesible en el aluvión de la bibliografía, los textos cobran un peso propio. Y dado que los textos constitucionales deben formular concisamente en conceptos que interpelen lo que es objeto de debate, cobran una específica fuerza expresiva incluso como *instantánea* en un largo proceso de desarrollo. La historia constitucional no es sólo la historia de textos constitucionales, pero los textos concurren en forma especial a darle cuerpo. *El estado de amalgama de proyectos y textos constitucionales merece ser considerado como sismógrafo, vehículo, forma de cristalización; los textos son vasos peculiares para la realidad constitucional.*

Un problema especial plantean la simultaneidad en el *tipo ideal* y la asincronía en

el tiempo. La *Sociedad abierta* de comunicación e información mundial de nuestro tiempo hace posible que se hagan presentes a otros, lejanos o vecinos, el conocimiento de los desarrollos en un Estado constitucional; lo que en un determinado país se gesta, puede ser inmediatamente recepcionado en otro. Lo contrario también se produce: hay asincronías que no deben ser ignoradas o soslayadas mediante fórmulas de compromiso. En lo que a nosotros concierne, *el universo constitucional occidental es textual y con-textualmente una especie de vanguardia.* Nuestras democracias son prósperas, altamente diferenciadas y están en condiciones de abordar desarrollos constitucionales que no tienen que ser sin más inmediatamente imitados; nuestros ciudadanos tienen derecho a que las democracias occidentales desarrollen estructuras jurídico-fundamentales de prestaciones del Estado del Bienestar —precisamente porque su riqueza les permite disponer de recursos que distribuir entre las capas sociales más necesitadas—. La situación en Europa Oriental es obviamente distinta, y ello impone necesariamente diferencias a la hora de configurar textos constitucionales.

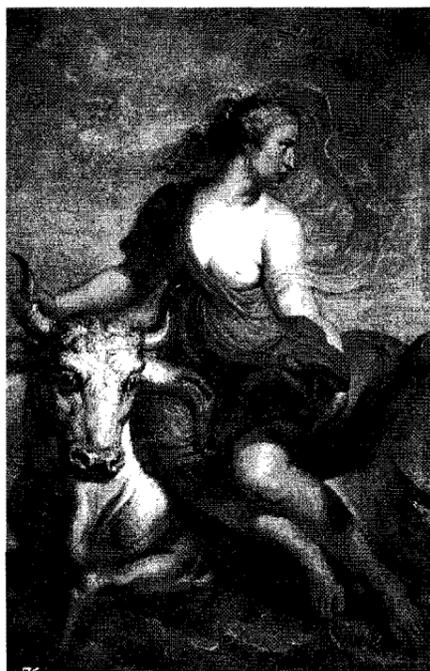
La comparación jurídica reúne todas las condiciones para ser considerada el quinto método de exégesis después del canon interpretativo de Savigny; no sólo la Constitución suiza otorga rango constitucional a la Convención Europea de Derechos Humanos y la española remite a la comparación como parámetro de interpretación (art. 10.2 CE), sino que el Tribunal de Justicia de Luxemburgo ha hecho de los derechos fundamentales principios generales del Derecho. Häberle habla así de la *Sociedad abierta* (internacional) *de intérpretes de los derechos fundamentales.*

Dado que solamente los contextos culturales pueden decir *ultimidades* sobre el contenido de los textos, *la teoría de la Constitución únicamente es concebible como Ciencia de la Cultura.* Y puesto que sólo con ayuda del análisis de textos llega la teoría de la Constitución a reducir a conceptos el Estado constitucional y a devenir Ciencia de la Cultura, Häberle recurre a tal perspectiva (P. Häberle, *Verfassungslehre als Kulturwissenschaft*, 1982). La perspectiva científico-cultural combina las clásicas concepciones formal y material de Constitución e interpreta la Constitución *no sólo como entramado jurídico de reglas, sino como condición cultural de un pueblo.*

IV. La «práctica» como banco de pruebas

Según el iuspublicista de Bayreuth, el Estado constitucional como *tipo ideal* gana terreno en la recepción de textos clásicos y en su reforma. Frecuentemente textos clásicos de la tradición europeo-atlántica han influido en el parto de las nuevas Constituciones; entre Oriente y Occidente se registra una comunidad constitucional o de valores *común europea*. Ciertamente, algunos textos de Europa Oriental están literalmente *en el aire*, habida cuenta de la carencia de una infraestructura sociocultural necesaria a todo Estado constitucional; pero ello no debería perturbarnos en exceso, *dado que los textos constitucionales corporeizan porciones del Utopiequantum que siempre precisan las Sociedades.*

A la hora de la aplicación en la *práctica* se plantea de nuevo el contraste entre la idea de Europa y su positivización: sin ir más lejos, *habida cuenta de las crisis y amenazas actuales, la idea del Bien Común, principio jurídico y logro cultural, se ve en los actuales Estados constitucionales sometida a una seria prueba.* En el plano continental apreciamos el déficit europeo de la Comunidad, por un



El rapto de Europa, de E. Quellin

lado, al no pertenecer a la misma el resto de Europa; por otro, debido a que *la Comunidad ha sido concebida sobre todo en términos económicos.*

Una diferenciada e intensiva europeización de las escuelas nacionales de Derecho Político, de las ciencias jurídicas en generales y de los Tribunales Constitucionales, hasta no hace tanto tiempo no más que un eslogan, ha cobrado ahora una dinámica que recuerda viejos períodos de la historia jurídica de Europa. Registramos crecientemente rasgos de un *Derecho Constitucional común europeo*: un foco europeo ilumina la topografía doctrinal y *pretoria* de Europa en textos normativos, estilos doctrinales, géneros literarios y pautas de jurisprudencia. La europeización del Estado constitucional, la apertura a Europa de los Estados nacionales, *está textualmente más desarrollada que la dogmática —que, a menudo, discurre todavía en términos nacional-estatales— y de lo que suele estar dispuesta a reconocer la jurisprudencia constitucional.*

En fin, si un cada vez más transfronterizo tráfico económico demanda soluciones unificadoras, ello no puede hacerse a cualquier precio: *el contrato social puesto al día impone ¡trabajo para todos!* En tal coyuntura, las evidentes insuficiencias sugieren que *Europa tiene que retornar a su cultura jurídica común, que Europa debe concebirse a sí misma como Europa del espíritu: hacia el pasado, ello nos conduce filosóficamente hacia Grecia y jurídicamente a Roma; y hacia el futuro, tal vez comprenda un día Moscú y Kiev.*

Mundialmente, *la Cultura jurídica europea se proyecta en parte a impulsos propios; pero sin duda alguna también en respuesta a desafíos del entorno.* Los ejemplos son demasiado actuales y flagrantes: por el Islam, no

sólo la Sharia, mediante la Declaración de Derechos Humanos de Teherán o El Cairo (1990), sino también los diversos fundamentalismos islámicos; y, más generalizadamente, registramos el retorno a la barbarie, en forma de represión, fundamentalismo, racismo, terrorismo y genocidio en Argelia, los Balcanes, Cuba, Chechenia, China, España, Francia o el Reino Unido. Ellos y los problemas del hambre, el medio ambiente, la mercantilización del pensamiento, la comercialización de esferas de vida y el materialismo práctico en Occidente *nos recuerdan dolorosamente, a juicio de Häberle, los límites de la Cultura jurídica europea con vocación de universalidad civil.*

La teoría de la Constitución como Ciencia de la Cultura deberá proveernos con la lección aprendida por el Derecho en su exposición a tales desafíos. *La Sociedad abierta de intérpretes —legisladores textuales, jurisprudencia, doctrina, demás intérpretes— en la Europa del Estado constitucional común* está llamada a constituir una *mesa redonda* de la comunidad internacional en materia de Estado constitucional.

Discípulo de Conrado Hesse e identificado intelectualmente con el legado de Hermann Heller, Häberle es en España más citado (*Die Wesensgehaltsgarantie des Art. 19 Abs. 2 GG*, 3. Aufl, 1983) que conocido. A él debemos que la construcción de Europa tenga el dominio de un rico lenguaje como uno de sus fundamentos. Frente al sobrio léxico de la doctrina, el legislador y la jurisprudencia, el jurista suabo trenza con su pensamiento una suerte de artesanado, en el que a veces uno duda si otorgar superior valor a la forma o al contenido. Y no se trata sólo del uso de la metáfora, del empleo de un lenguaje florido o del recurso a la ironía y al humor. Häberle tensa continuamente su ingenio y pone a prueba la receptividad del lector mediante una continua creación conceptual y el juego con la polisemia. Su *conceptualismo* podría correr el riesgo de agotarse en sí mismo si su festivo juego de ingenio no fuera portado por un sentido trascendente del Hombre.

Los altos vuelos histórico-culturales que tan próximo nos hacen parecer el *Weltgeist*, el hincapié en el análisis textual, la concepción de la teoría constitucional como Ciencia de la Cultura podrían producir la impresión de que en Häberle estamos ante una *aggiornata* versión de Kant, Hegel y Smend. Sin embargo, si bien el maestro tedesco cultiva *la integración como función del Estado* y siente manifiesta debilidad por la armonía y el consenso, un análisis intelectual que le situara en los confines del mero *Idealismo* haría injusticia tanto a su hincapié en la *Sociedad abierta* y la *apertura de la Historia* —conflictos incluidos—, en el *Principio Esperanza* y en el *Principio Responsabilidad* como a su sensibilidad para las condiciones materiales de existencia y su firme compromiso con la igualdad. □

RESUMEN

La presentación del pensamiento del jurista alemán Peter Häberle que hace López Pina se ciñe a una serie de ideas-fuerza —en torno a la Cultura europea, sus concreciones jurídico-positivas y la tensión de las mismas con los actuales desafíos— articuladas en un discurso cuya riqueza en pers-

pectivas no encuentra parangón en la literatura jurídica contemporánea. Para Häberle, Europa es una formación con raíces seculares, que obliga a diferenciar según sus múltiples estratificaciones por geografía, pueblos, historia cultural, económica, política y jurídica.

Peter Häberle

Europäische Rechtskultur

Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 1994. 407 páginas.

Sobre el melodrama cinematográfico

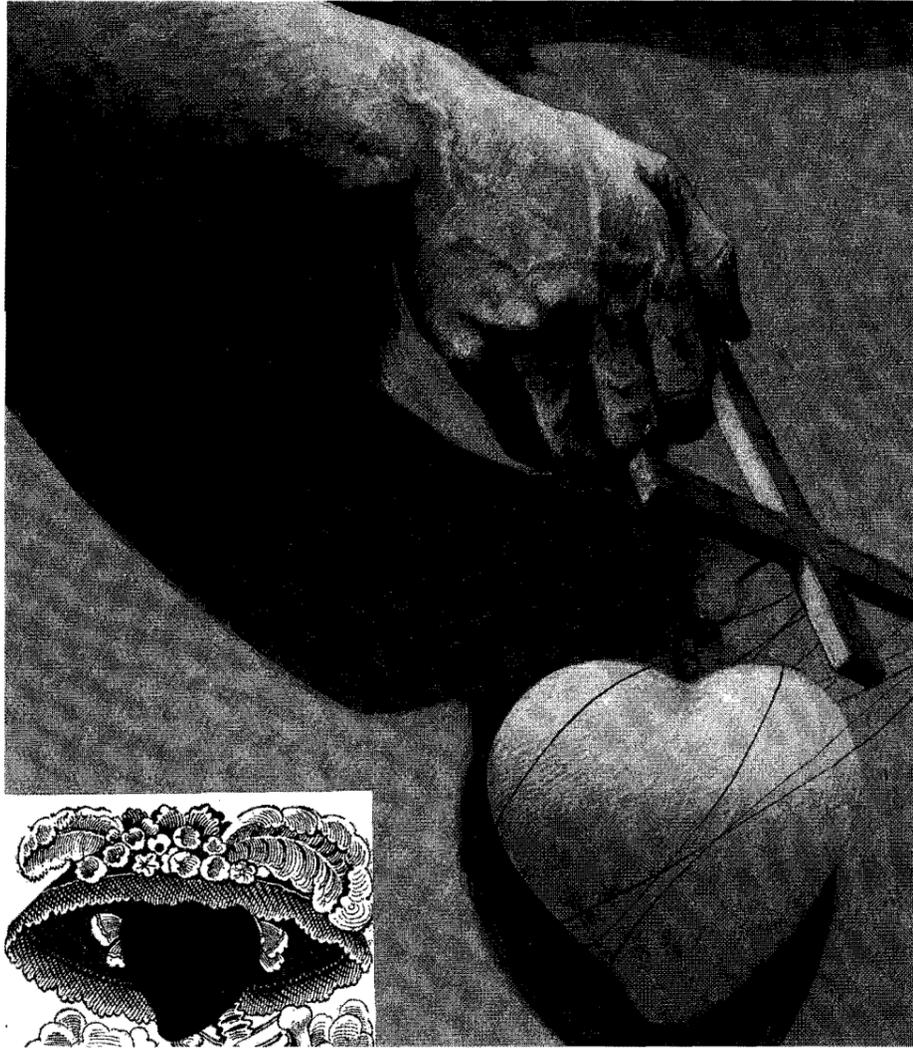
Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y en la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Es autor de numerosos libros sobre cine y medios audiovisuales y ha sido director del Instituto Cervantes en Roma.

Es sabido que, a pesar de los esfuerzos de estudiosos como Umberto Eco, las subliteraturas y la cultura de masas han merecido tradicionalmente poco interés por parte del mundo académico, que si les ha dedicado alguna atención ha sido, casi siempre, para denunciar airadamente sus aspectos embrutecedores y alienantes. No obstante, existen entre nosotros algunas excepciones, como la de Andrés Amorós, que ya en fechas lejanas nos ofreció estudios tan lúcidos como *Sociología de una novela rosa* (Ed. Taurus, 1968), sobre la producción literaria de Corín Tellado, y *Subliteraturas* (Ed. Ariel, 1974). La revalorización crítica de la cultura de masas, desde el escenario de América latina, tuvo un momento cimero con el libro de Jesús Martín Barbero *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (Ed. Gustavo Gili, 1987), que marcó un hito en este terreno. A partir de entonces, los viejos clichés sociologistas y elitistas quedaron obsoletos y Reynaldo Arenas pudo ofrecer un esclarecedor volumen titulado expresivamente *Llorar es un placer* (Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1988).

En el ámbito cinematográfico, el melodrama ha sido catalogado como un discurso sobre el infortunio y la comedia como un discurso sobre la felicidad, dos discursos por ello complementarios y que han sido durante décadas los géneros más queridos del público popular. Pero el melodrama, más incluso que la comedia, ha sido generalmente detestado por la cultura «highbrow», excepto cuando la ha contemplado irónicamente con una distanciada mirada «camp». Pero Silvia Oroz nos recuerda oportunamente que en Iberoamérica la educación sentimental de las masas, que entre 1930 y 1960 eran un público urbano recientemente emigrado del campo, se produjo ante las pantallas de cine. Como sentenció oportunamente el semiólogo Christian Metz, la industria del cine produce películas para llenar de público las salas de cine, no para ahuyentarlo. Y por ello tales películas tenían que resultar funcionales para las expectativas, frustraciones y necesidades afectivas de las masas que acudían a verlas. Como declara un economista de 35 años entrevistado por la autora del libro, «la pasión es mejor en el cine que en la vida; sólo se sufre durante 90 minutos» (pág. 61).

La génesis del melodrama cinematográfico latinoamericano es compleja. Su origen puede remontar a las giras de compañías teatrales españolas, que resultaron culturalmente más influyentes que las novelas para una sociedad con altísimas tasas de analfabetismo. Por otra parte, hay que recordar que los pro-



ALFONSO RUANO

cesos de independencia nacional coincidieron con el romanticismo, cantera de una narrativa de las pasiones y propiciadora de una receptividad melodramática. Significativamente en Brasil, en donde no hubo guerra de la independencia, no floreció el melodrama. Todavía habría que añadir que el indigenismo, que se desarrolló principalmente en México y en el área mesoandina, propuso el temario del pueblo como víctima, que se plasmó en el título emblemático *Los de abajo*, novela de Mariano Azuela de 1916 y cuyo eco llegará hasta los films de Emilio Fernández. Habría que añadir que, desde Griffith, el «humus» del cine popular dominante fue el melodrama teatral victoriano, que exportó sus recursos y convenciones al nuevo arte. Y a ello se añadiría en el cine sonoro, como señala la autora, la importancia de la música, una música pleonástica, como el tango argentino (el primer gran éxito del cine sonoro argentino se tituló, en 1933, *Tango*) y el bolero cubano. Con estas fuentes, el melodrama cinematográfico se forjó con un rico proceso de intertextualidad entre la novela de folletín decimonónico, la novela rosa, el cine, la radionovela y la fotovovela, hasta desembocar en las actuales telenovelas o «culebrones», con una estruc-

tura basada, como la novela de folletín, en la continuidad discontinua, y que han reemplazado en la actual cultura de masas al melodrama cinematográfico tradicional.

Cuatro mitos judeocristianos

La autora escribe que el melodrama se estructuró esencialmente en cuatro mitos de la cultura judeocristiana: el amor, la pasión, el incesto y la mujer (pág. 52). Y, en relación con esta última, reconoce seis tipos de mujer fundamentales en el género: la madre, la hermana, la novia, la esposa, la mala/prostituta y la amada (pág. 64). Habría que añadir, porque la autora lo pasa por alto, que la cultura española exportó con su conquista una gran parte del capital simbólico y de los valores emocionales en que se sustenta este melodrama. Así, la ética patriarcal que se denomina popularmente «machismo» fue producto del hegemonismo masculinista de ocho siglos de dominación islámica de la península y, bendecido luego por la Contrarreforma católica, se exportó a las nuevas tierras con sus conquistadores. Del superávit de sexualidad debido a la represión católica derivaría precisamente una variante del mito de Don Juan para los públicos anglosajones, la figura del «latin lover», que tanta fortuna ha hecho en el cine de Hollywood. Pero si el hombre latino es admirado por su prestigioso superávit sexual, la mujer latina tiene que defender en cambio su virtud de la agresividad sexual del macho, configurando esta autodefensa el núcleo de la «honra», tan cara a Calderón de la Barca, y según la cual la relación sexual sin matrimonio constituye una especie de robo o estafa. De modo que el prestigio erótico de un hombre le lleva a ser un Don Juan y el de una mujer a ser una fulana, pero en el primero hay efectivamente prestigio y en el segundo

descalificación social, como han denunciado repetidamente las feministas. La distinción entre amor y deseo (o sexo-pecado) es en este aspecto crucial. Por eso en *Mulata*, una agnizante Ninón Sevilla le podrá reprochar a Pedro Armendáriz: «Nunca sabré si me has querido o me has deseado» (pág. 64). Esto es así en el melodrama católico, pero en el melodrama protestante (como el de Hollywood) las cosas no son exactamente iguales, pues la religión tiene un peso menor y las mujeres tienen mayor capacidad de iniciativa (piénsese en muchos papeles de Bette Davis). Pero en ambos es importante la fatalidad o el destino, que figura en los títulos de muchos melodramas ilustres y que no es más que una versión laica de la Providencia cristiana, que en el caso protestante se denomina predestinación.

Naturalmente, existen muchos tipos de melodrama, como el familiar, el religioso, el militar, el campesino, el social, el prostibulario... que a veces pueden solaparse. El melodrama prostibulario produjo un título fundacional con *Santa*, la novela naturalista del mexicano Federico Gamboa de 1903, llevada repetidamente al cine. En este caso, la protagonista (llamada emblemáticamente Santa), al perder la virginidad es expulsada de su casa por sus hermanos y va a parar al burdel, consecuencia lógica de su caída en el sexo-pecado. Este tipo de situaciones dará lugar a numerosas metáforas literarias y visuales acerca de la «flor mancillada», expresión gráfica de la desfloración. Mientras que Emilio Fernández inauguraría en 1943 el melodrama indigenista y revolucionario. En su *Flor silvestre* (basado en una novela de Fernando Robles), la protagonista se llama Esperanza, otro nombre simbólico, y se exalta con un discurso agrarista la tierra mexicana emancipada por la revolución. Mientras que la prerrevolucionaria *María Candelaria* propuso una idealización roussoniana del indio, como primitivo bondadoso y víctima social a la vez. Pero el registro del melodrama es muy amplio y en él caben también los trabajos mexicanos de Buñuel, quien reutilizando sus códigos subvirtió su sentido moral en muchas películas, como *Susana* o *Él*.

El melodrama generó su propio star-system, con cantantes como Libertad Lamarque y Carlos Gardel, e intérpretes como María Félix, Delia Garcés, Arturo de Córdova, Dolores del Río, Pedro Armendáriz, Ninón Sevilla y Lupita Tovar. Son actores y actrices que ofrecieron con su registro patético rostros de sufrimiento, propicios a sus culpas y expiaciones, y que no recordamos riendo. Pero generó también una iconografía propia, que se hizo familiar en todas las pantallas y que estuvo basada casi siempre en una bipolaridad, expresiva de contrastes sociales o morales: campo-ciudad, prostíbulo-convento, iglesia-cabaret, hogar-calle (preñada de peligros), mansión lujosa-cabaña, etc. También ofrece interés en el plano iconográfico su tratamiento plástico de los paisajes-estados de ánimo, que siguiendo la tradición metafórica de algunos pintores románticos fotografiaron con maestría operadores como Gabriel Figueroa y Alex Philips. El melodrama cinematográfico, como puede verse, constituye un verdadero pozo sin fondo para el estudioso interdisciplinar de la cultura de masas contemporánea. □

En el próximo número

Artículos de Manuel Alvar, Miguel Angel Garrido, Gonzalo Anes, Fernando Fernán Gómez, Ismael Fernández de la Cuesta, Armando Durán y Pedro Laín Entralgo.

RESUMEN

A pesar del interés de ciertos estudiosos por la subliteratura y la cultura de masas, estas manifestaciones siguen permaneciendo al margen de la cultura en sentido tradicionalmente estricto; y, sin embargo, el melodrama como género ci-

nematográfico ha desempeñado un papel decisivo en países con poco arraigo cultural y altas tasas de analfabetismo como son los latinoamericanos, tal como se describe en un ensayo sobre «el cine de lágrimas» que comenta Román Gubern.

Silvia Oroz

Melodrama. El cine de lágrimas de América Latina

Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Actividades Científicas, México D.F., 1995, 188 páginas (con ilustraciones). ISBN: 968-36-4729-4.

Sobre sociolingüística

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Estamos ante un libro importante. Esto quiere decir que no es un libro dogmático, sino científico. Por tanto apto para ser discutido desde el mismo campo de la ciencia que considera el autor. ¿Discrepancias? No creo que lo sean en su esencia, sino en la libertad intelectual que cada uno posee —si es libre e intelectual— para considerar las cosas desde su propio ángulo de visión. Porque hay aquí artículos sobre los que no cabe discrepar, porque sólo el autor tiene las claves para su entendimiento y tales son sus razones que no podemos sino aceptar cuanto dice. No es, pues, a estos temas a los que dirigiré mis pasos, sino a otros que sugieren no pocas consideraciones.

Acotaciones

En la sociolingüística y la dialectología hispánicas hay infinidad de problemas que no caben en las modestas palabras iniciales, y aquí ya hay una cuestión: es cierto que no está bien delimitado el campo de la sociolingüística y a ello he dedicado no pocos comentarios, pero, tal como lo formula Lope, tampoco el de la dialectología, pues es mucho afirmar que «todo lo que sea estudio de alguna “realización” de un sistema podría ser considerado quehacer de la dialectología». Aquí ya hay algo que peca de exageración: para algunos —norteamericanos— todo es lingüística; para otros, todo es dialectología. Sin matizar, y sin discriminar, dudo que se puedan emitir juicios tan categóricos. Se ha escrito mucho para buscar unas definiciones más matizadas y, sobre todo, con ajuste a realidades concretas y harto discernibles. Es difícil creer que se escriba algo sobre el dialecto de Ortega u otra cosa sobre la lengua del Campo de Jaca. Cada estudio tiene su lugar y mal cabría en una clase de dialectología el estudio de

la modalidad lingüística de nuestro filósofo. Sé muy bien, y harto lo he dicho, y escrito, que conceptos como «lengua» y «dialecto» son relativos hasta un momento en el que la confusión ya no es posible. Y el estudio «lingüístico» de la «lengua» de Ortega no es hacedero con los métodos que aplicamos en la dialectología. Claro está que no es lo mismo la «lengua» como sistema, la «lengua española», la «lengua de Cervantes», «lengua frente a dialecto» y tantas otras posibilidades como podemos describir. Ni es sólo sociolingüística «estudiar el diasistema, y al hacerlo [analizar] la dimensión social del mismo». Hay mucho que hablar y en no pocos pasos estaré totalmente de acuerdo con Lope Blanch, aunque a veces pueda discrepar en cosas que no atañen al fondo de la cuestión. El y yo partimos de unos postulados historicistas. Creo que son los que más pueden servirnos aunque estemos muy lejos de ellos al tratar de geografía lingüística, de niveles socioculturales, de análisis de macrocosmos y microcosmos o de aptitudes lingüísticas. Aun en estos casos, veo difícil soslayar la historia si queremos llevar a cabo trabajos serios. Pero esto pertenece a la postura teórica de cada uno de nosotros y al modo que tenemos de entender eso a lo que llamamos pomposamente ciencia. Pero hay algo que, sin querer, se nos impone en ocasiones, y no por descuido, ni por intransigencia, ni por nada, sino, simplemente, por postura científica. Tenemos una obra capital de la lingüística románica: los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal. La obra consta de dos partes bien definidas: una primera, digamos de aportaciones materiales; otra segunda, de interpretación de los hechos positivistas. Ortega decía que la primera división del libro era de erudición; la segunda, estrictamente científica. Para mí las cosas están muy claras: el aporte de los datos materiales, hecho de manera impecable, es imprescindible para que se pueda especular científicamente. Y algo muy parecido a esto lo dijo nada menos que Karl Vossler, el más grande de los idealistas. He dicho que a veces procedemos sin querer, o tan arraigado está en nosotros el método de trabajo que estimamos como mejor, que trabajamos así y no de otro modo.

Cuando mi fraternal amigo Lope Blanch dice que no me detengo en dema-



ANTONIO LANCHO

siadas consideraciones teóricas y me mantengo dentro de una verdadera dialectología, le responderé que sí y que no. Mi libro (*Niveles socioculturales del habla de Las Palmas de Gran Canaria*, 1972) tiene dos partes: la primera, digamos, de «erudición»; la segunda, de «interpretación». Acaso pesó sobre mí, sin darme cuenta de ello, la herencia —feliz herencia— de los *Orígenes del español*. En la primera de esas secciones describo el habla porque si no mal podría llevar a cabo interpretaciones. Por eso podría ser un tratado de fonética comparada. Está claro: es el sustento que permite establecer unos principios teóricos rigurosos y nada impresionistas. Es entonces cuando hablo de coexistencia de sistemas y concepto de sociolingüística, el habla individual, la ciudad como estructura sociolingüística. Quede bien claro, ya lo creo que me detengo en consideraciones teóricas, pero no «a priori», que es lo que está al uso, sino «a posteriori», que es lo que Lope y yo aprendimos de grandes maestros y que ha hecho ser venerable, e insustituible, a la filología o lingüística románica (otros dos términos para mí muy claros y que no merecen mayor discusión).

El paso a la teoría

Por eso, partiendo de esos resultados teóricos, que no acumulativos, me planteo estas cuestiones: ¿qué es la sociolingüística? ¿qué es la dialectología? Para los amigos de enrevesar las cosas diré —y por eso discrepo tanto de Rona— que la dialectología es el estudio espacial de la lengua (en la actualidad, en el pasado) y la sociología, el estudio vertical de los dialectos. Encontrar las diferencias, divisiones, etc., no es

de este lugar, pero yo traduje a Karl Jaberg cuando dijo que la unidad lingüística de una aldea es un mito [1928] (y añadí, también la del individuo), y yo desempolvé unas páginas de García de Diego en el discurso de ingreso en la Academia cuando, antes que nadie, habló de dialectos verticales. (Ya no me detengo en no pocas inexactitudes como las de Heath sobre la lengua como instrumento para «fortalecer la unidad imperial». ¡Qué bien suena! Tampoco me voy a ocupar del plan bilingüe de educación en el Perú de hoy.) Vuelvo a lo que considero mis razones teóricas para formular una sociolingüística.

El conjunto de elementos externos que advienen al sistema (variedad de la civilización y diversidad de los intereses humanos, correlación de fenómenos lingüísticos con otros comportamientos no lingüísticos, causas del cambio lingüístico) hacen que lo que Saussure llamó «lingüística externa» se convierta en «lingüística interna» o, para mí, sencillamente en «lingüística». He dicho ya que considerando el municipio como unidad mínima de nuestros estudios surge la necesidad de buscar ordenaciones más pequeñas en las que broten esas escisiones frente a la colectividad (el gremio, la familia, el sexo, el grupo del tipo que sea). Entonces resulta que sólo es posible el estudio de los dialectos, porque una lengua, desde un punto de vista sociológico, nunca acaba de nivelarse, sino que su propia vida es un ser dialectal, porque el fraccionamiento amenaza continuamente (por extensión en el espacio, por estratos sociales). Sin embargo, el sistema lingüístico tiene unas posibilidades de co-



En este número

Artículos de	
Manuel Alvar	1-2
Miguel Ángel Garrido	3
Gonzalo Anes	4-5
Fernando Fernán-Gómez	6-7
I. Fernández de la Cuesta	8-9
Armando Durán	10-11
Pedro Laín Entralgo	12

SUMARIO en página 2



Sobre sociolingüística

ercción que, como en la sociedad, actúan por encima del individuo (prestigio de ciertas normas, presión unificadora de la colectividad). En este sentido puede estar más unificado un «macrocosmos» (Sevilla, por ejemplo) que un «microcosmos» (El Roque de las Bodegas, en Tenerife) por citar dos núcleos a los que dediqué sendas monografías y usé la terminología de los sociólogos de la escuela de Chicago.

Concepto de lengua

Ahora bien, el comportamiento del individuo ante su sistema es una realidad, y otra la que produce la existencia de un suprasistema o diastema sobre la sociedad que lo emplea. Nos enfrentamos siempre con la conciencia de una serie de individuos aislados que vienen, por yuxtaposición, a dar una suerte de conciencia colectiva. Y nacerá entonces el concepto teórico de lengua (distinto del de dialecto, aunque

sobre esto tenga que ocuparme en otro momento). Por eso me parece dudoso que se pueda aceptar, según la teoría de Rona, el elemento L1 («langue»), L2 (lengua opuesta a dialecto) y L3 (lengua nacional opuesta a otra lengua nacional). Y digo que me resulta insatisfactorio, porque L1 es un convencionalismo que, según Saussure, es «una cosa adquirida y convencional, que debe subordinarse al instinto nacional»: pero nosotros no estamos manejando elementos abstractos sino reales. Por otra parte, tampoco me parece necesaria la existencia de L2 pues, como también diría Saussure, «es difícil saber en qué consiste la diferencia entre lengua y dialecto». Nos quedamos con L3, por más que tampoco podamos formularlo tan categóricamente como hizo Rona. Con lo que, desde un punto de vista sociolingüístico, resultaría que las actitudes de los hablantes serían a la vez hechos diastráticos (a un hablante culto no se le plantean los hechos lingüísticos como a otro ignorante) y diatópicos, condicionados por la historia («español» no dice lo mismo en Canarias que en América, o en Méjico y Puerto Rico lo mismo que en Andalucía).

La actitud del hablante

Estamos hablando de hechos sociolingüísticos: la actitud del hablante está inserta en una dialectología dinámica mucho más compleja que el estatismo con que suele querer verse el funcionamiento de un sistema. En cada lugar, historias diferentes, por más que partieran de un origen común, han dado resultados distintos. Y esto que es evidente ha enmarañado los cómodos planteamientos de la «sincronía» (simultaneidad en el tiempo) y de la «sintopía» (simultaneidad en el espacio): lo que hoy nos parece un hecho sociológico puede serlo hoy, pero responde a motivaciones de mayor complejidad. Pienso que estos problemas que de un modo muy directo afectan al español son los que han hecho que lingüistas del mundo hispánico sean quienes se plantearon más rigurosamente unos problemas que llevan a la revisión del concepto de sociolingüística. Para mí nadie ha ido tan lejos como Rona y López Morales, porque ambos han suscitado en toda su transcendencia el conte-

nido y el método de esta disciplina. Voy a transcribir un texto del segundo de estos investigadores:

«Como era de esperar, dadas las precarias circunstancias de su nacimiento [de la sociolingüística], estos estudios crecieron bastante desprovistos de enmarque teórico definido. La sociolingüística no había sido definida más que en términos extremadamente generales, no se había pensado su objeto de estudio, ni se había establecido, consecuentemente, la metodología analítica adecuada.»

Heterogeneidad de problemas

A mi modo de ver, hacer como Fishman o Mathiot una dicotomía entre problemas nucleares (la diversidad lingüística como reflejo de la diversidad social) y problemas marginales (cambio lingüístico, adquisición del lenguaje, relativismo lingüístico) no es fijar el concepto de sociolingüística, ni siquiera establecer un orden; no hay problemas nucleares y problemas marginales por la sencilla razón de que tal diferencia no existe: el cambio lingüístico será problema nuclear tan pronto como se cumpla, pues, si es una tentativa rechazada por un grupo mínimo, quedará abortada, y, si prospera, su adquisición afectará a la problemática nuclear. Por otra parte, Rona se plantea el problema de la diferencia metodológica entre sociolingüística y dialectología en un nivel difícilmente aceptable. No es cierto que «la buena selección de los informantes [...] deje de importar demasiado en la investigación sociolingüística», y, por tanto, «los métodos de investigación de la dialectología no puedan aplicarse cabalmente a la socio-

lingüística», ni me convence tampoco que «raramente es posible hacer una análisis comparativo adecuado de dos o más estratos del mismo lugar», ni puedo admitir que «el más poderoso factor de conformación de las diferencias dialectales consiste en la falta de oportunidades concretas para manifestarse», porque, justamente, eso es lo que hace surgir los dialectos de grupo, es decir, uno de los principios sobre los que reposa la sociolingüística.

Hechos externos e internos

Mi postura es ésta, y vuelvo a las palabras de Lope Blanch: llegué a ella, no por la teoría, sino por el análisis de multitud de hechos concretos, y es que creo que la teoría, si es válida, se realiza en la praxis, y, si la práctica está científicamente elaborada, permite ordenar un cuerpo doctrinal. Con lo que habremos llegado —una vez más— a la integración de los hechos extralingüísticos, de acuerdo con los principios establecidos por Graw: los hechos sociales no son internos, sino externos a la lengua, por más que puedan incrustarse en ella y llegar a modificarla, momento en que se convierten en factores internos. Pero hay más, la lengua no es sólo un sistema de signos, sino —además— un instrumento de comunicación, y la comunicación se hace a través de las mil representaciones diferentes que puede presentar un sistema. Cada una de esas mil realizaciones pertenece al individuo hablante, a su personal idiolecto, con lo que resulta que, tan pronto se puedan establecer oposiciones entre su idiolecto y el dialecto de la comunidad, estamos estableciendo hechos de lingüística social. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Manuel Alvar establece, desde su propia libertad intelectual, un diálogo con el libro reseñado —un libro nada dogmático, sino científico, advierte, y que permite la confrontación— en torno a los problemas que suscitan los te-

mas que trata: la sociolingüística y la dialectología. Alvar, tras definir ambos conceptos, se ocupa de los distintos hechos de lingüística social a los que tiene que hacer frente el individuo hablante.

Juan M. Lope Blanch

Ensayos sobre el español de América

Universidad Nacional de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, México, 1993. 120 páginas. [850 pesetas.]

SUMARIO

	Págs.
«Sobre sociolingüística», por Manuel Alvar, sobre <i>Ensayos sobre el español de América</i> , de Juan M. Lope Blanch	1-2
«La lingüística de fin de siglo», por Miguel Ángel Garrido, sobre <i>Nouveau Dictionnaire Encyclopédique des Sciences du Langage</i> , de Oswald Ducrot y Jean-Marie Schaeffer	3
«Castillos, fortines y fortalezas medievales», por Gonzalo Anes, sobre <i>Glosario de arquitectura defensiva medieval</i> , de Luis de Mora-Figueroa	4-5
«Las ventanas abiertas», por Fernando Fernán-Gómez, sobre <i>El niño republicano</i> , de Eduardo Haro Tecglen	6-7
«Música y feminismo militante», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>Feminine Endings: Music, Gender and Sexuality</i> , de Susan McClary	8-9
«Einstein, el hombre», por Armando Durán, sobre <i>Einstein lived here</i> , de Abraham Pais	10-11
«Hacia una antropología literaria», por Pedro Laín Entralgo, sobre <i>El hombre imaginario</i> , de Antonio Blanch	12

La lingüística de fin de siglo

Por Miguel Ángel Garrido

Miguel Ángel Garrido (Lubrín, Almería, 1945) ha sido catedrático de Gramática General y Crítica Literaria en la Universidad de Sevilla y es actualmente investigador jefe del equipo de Teoría del Lenguaje Literario del CSIC y director de Revista de Literatura. Su último libro es *La Musa de la Retórica*.

Las enciclopedias son obras especialmente importantes para deducir las líneas maestras de la ciencia de que traten considerada en ese preciso momento. Salvo las confeccionadas mediante una clave de escuela, lo que, por definición, no suele ser frecuente, la mayoría, por definición también, procuran buscar el equilibrio para ofrecer un panorama abarcador y comprensible desde los distintos puntos de vista. El *Nouveau Dictionnaire Encyclopédique des Sciences du Langage* que publican ahora Oswald Ducrot y Jean-Marie Schaeffer es especialmente ilustrativo en cuanto reelaboración a fondo del que habían entregado (con el mismo título, salvo lo de *nouveau*) en 1972 el propio Ducrot y Tzvetan Todorov, y que ha conocido un enorme éxito de ediciones y traducciones (la castellana, de 1974 en Siglo XXI).

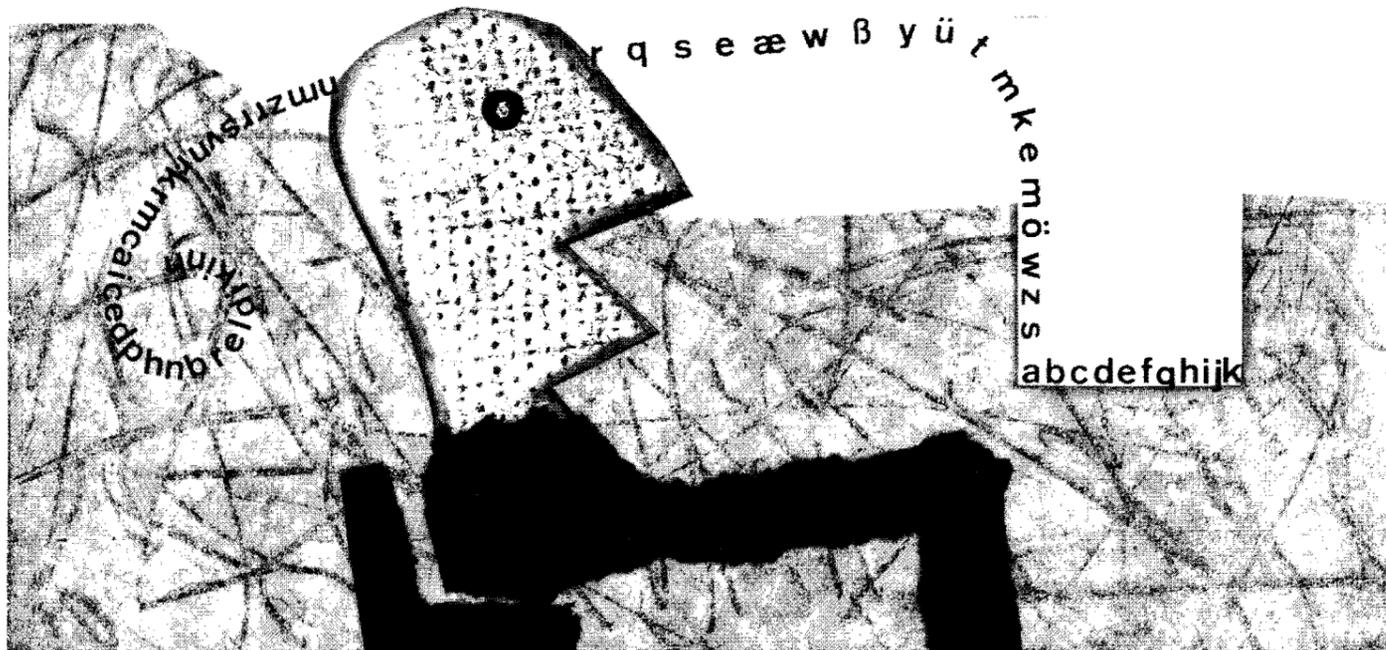
Los veinticinco años transcurridos desde aquel momento en que los estructuralismos «tradicionales» se veían enfrentados a la lingüística chomskiana de *Aspects* revelan una nueva lingüística, que se deja adivinar en las adiciones y supresiones de entradas, pero, sobre todo, en las nuevas redacciones. La lingüística de Saussure, el «saussurianismo», se ha convertido en un recuerdo histórico como la lingüística del siglo XIX, mientras que la consideración del lenguaje en acción, del texto en el contexto lo impregna todo.

Huida del estructuralismo

Se podría pensar que ha influido en esto el cambio de un autor, pero no lo creo. Más bien parece lo contrario: el abandono de Todorov (que todavía firma un artículo histórico) confirma más bien la huida del estructuralismo, en su caso, en otra modalidad, la de los que han abandonado todo estudio de modelos para volver a las viejas labores de historia de la cultura. Los pocos textos de los demás colaboradores (M. Abrioux, D. Bassano, G. Boulakia, M. de Fornel, Ph. Roussin) son también significativos, aunque aislados.

El concepto de «lenguaje» que se emplea en esta edición sigue siendo el restrictivo de lengua natural, evitando así el inabarcable imperialismo semiótico que englobaría lenguajes formales, series artísticas, el lenguaje científico, el lenguaje animal o el lenguaje gestual, entre otros. También continúa en el título el nombre de «ciencias» en plural, ahora con mayor motivo, ya que este plural señala la intención de no separar la lengua del proceso en que se da la producción del sentido. Se atenderá a todo: enunciación, actos del lenguaje, lenguaje en situación y las secuencias discursivas resultantes. Por consiguiente, entra como materia la literatura en cuanto modo especial de comunicación lingüística. Se sigue, pues, la paráfrasis de Terencio que enunció Jakobson en un memorable congreso: «Linguista sum: linguistici nihil a me alienum puto».

El desglose conceptual se aborda en medio centenar de artículos, firmados por los respectivos dos autores o, en casos aislados, por otro de los colaboradores que he mencionado, más una lista de 1.100 tér-



G. MERINO

minos ofrecidos por orden alfabético que remiten a ellos. El índice de nombres propios sirve también para dar cuenta de escuelas que no están explícitamente señaladas en los epígrafes.

En «Las escuelas» se ha añadido «Psicomecánica del lenguaje» y «Estudios literarios». Este último título es más acorde con el planteamiento de la obra que el anterior «Historia de la literatura» al que sustituye.

Nueva orientación

«Los dominios» añaden ahora «Análisis conversacional» y «Narratología», desglosando, además, «Retórica» y «Estilística». Todo lo cual es congruente con la nueva orientación que he señalado.

La misma nueva coherencia se deja ver en el añadido de los artículos «Modularidad», «Referencia» y «Ficción» que aparecen en «Los conceptos transversales» así como los de «Tratamiento del Lenguaje: percepción, comprensión, producción», «Adquisición del lenguaje», «Patología del lenguaje», «Anáfora», «Literatura oral», «Enunciación teatral» y «Personaje», y el desglose de «Tiempo en la lengua» y «Modalidad de la lengua».

El horizonte de la lingüística de finales del siglo XX que dibuja esta nueva edición del Diccionario se caracteriza en primer lugar, como ya he dicho, por la desaparición del estructuralismo como paradigma científico vigente. El espacio de la controversia entre estructuralismo y lingüística chomskiana se ha desplazado a la que mantiene esta última con la lingüística cognitiva.

Preponderancia de cuestiones semánticas

En segundo lugar, llama la atención la preponderancia que adquieren las cuestiones semánticas de las ciencias del lenguaje y la presencia de los más variados puntos de vista ante problemas lógicos fundamentales como la referencia o la modalidad. Coherentemente, se produce una cierta restricción en el tratamiento de la dimensión fónica de la lengua.

Por último, la literatura está tratada siempre «more linguistico», o sea, como tipo de comunicación específico o como objeto fabricado con la lengua natural.

Si se hubiera de resumir todo esto en una expresión, se podría decir que lo ca-

racterístico de la obra y del panorama que trasluce es el triunfo del giro pragmático producido en la lingüística veinticinco años después de la primera edición. No se trata ya de la pragmática como tercer componente (junto a la sintaxis y la semántica) de la triada semiótica que divulgó Morris, sino del enfoque que da prioridad absoluta al hecho de que la producción del significado se realiza en un acto en el que entran emisores, receptores, circunstancias y mensaje.

La pragmática lo impregna todo

Podría sorprender, sin embargo, la carencia de una entrada titulada propiamente Pragmática cuando hay diccionarios, incluso sin salir del ámbito cultural francés, enteramente dedicados a esta cuestión como el *Dictionnaire encyclopédique de pragmatique* de Jacques Moeschler y Anne Reboul (París, Seuil, 1994). Creo, por el contrario, que esta ausencia es síntoma del triunfo mencionado: la pragmática ha desaparecido como nombre porque lo impregna todo como punto de vista.

En cuanto a la inclusión de los estudios literarios en las condiciones dichas, habría que advertir que supone también la consolidación de un avance si no fuera porque en el ámbito cultural español la unión de estudios lingüísticos y literarios es un bien adquirido desde antaño por la Escuela Española de Filología. Ciertamente la razón de ser de la unión de lo lingüístico y lo literario es muy distinta en Menéndez Pidal que en Jakobson, pero sería peregrino asombrarnos de la novedad como si el antecedente entre nosotros hubiera sido Bloomfield y no don Ramón.

La especificidad del teatro como fenómeno es junto al nuevo tratamiento de la ficcionalidad, la consecuencia más visible del

giro pragmático en cuanto a la literatura afectada. No es casualidad que el nuevo coautor con Ducrot sea precisamente Schaeffer, autor de un libro (*Qu'est-ce qu'un genre littéraire*, París, Seuil, 1989) donde se señala con nitidez el carácter eminentemente pragmático de la categoría «género».

Altamente personal

No es cosa de detenerse ahora en la comparación de este diccionario con los otros muchos existentes, ni con el pionero publicado en la editorial Gredos por Lázaro Carreter (1953), ni siquiera con los últimamente traducidos al español como los de Dubois y otros (1972), Mounin (1979), Lewandowski (1982), Abraham (1984) o Welte (1985). Hay que decir, no obstante, que aunque éste no sea tampoco un diccionario de escuela, con frecuencia es altamente personal. La acusada personalidad de Ducrot se deja sentir en las más variadas cuestiones (sobre todo, las semánticas) del panorama global. Algo parecido cabría decir de algunos artículos de Schaeffer.

Sin que lo anterior pueda considerarse un defecto, en cambio se debe señalar como virtud, muy elogiable en este tipo de obras, el afán por expresarse en cada caso con la terminología menos especializada dentro de lo posible.

La bibliografía de cada artículo está bien seleccionada en general, aun teniendo en cuenta lo opinable que resulta la confección de una nómina necesariamente restringida a límites establecidos de antemano. Los autores españoles seguimos estando lamentablemente ausentes con una excepción que hay que saludar, la de José Luis García Barrientos cuya obra *Drama y Tiempo* (1991) se ha considerado imprescindible para documentar la novedosa concepción de «enunciación teatral». □

RESUMEN

Esta obra enciclopédica intenta ofrecer un panorama abarcador y comprensible del campo acotado, en este caso las ciencias del lenguaje. Miguel Ángel Garrido se sumerge en el comentario de este «nuevo» diccionario comparándolo con la primera versión del

mismo, aparecido en Francia en 1972, y así el tiempo transcurrido permite ver cómo cuestiones entonces en boga hoy no lo están tanto y, sobre todo, darse cuenta de ver por dónde camina la ciencia del lenguaje en este fin de siglo.

Oswald Ducrot y Jean-Marie Schaeffer

Nouveau Dictionnaire Encyclopédique des Sciences du Langage

Editions du Seuil, París, 1995. 670 páginas. 320 F.F. ISBN: 2-02-014437-9.

Castillos, fortines y fortalezas medievales

Por Gonzalo Anes

Gonzalo Anes (Trelles, Asturias, 1934) es catedrático de Historia Económica en la Universidad Complutense, académico de número de la Real Academia de la Historia y Premio Nacional de Historia. Ha publicado, entre otros, los libros: *Las crisis agrarias en la España moderna*, *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII* y *la España del Antiguo Régimen*. Los Borbones.

Merece felicitaciones Luis de Mora-Figueroa por haber escrito el *Glosario de arquitectura defensiva medieval*, después de hacer las investigaciones filológicas pertinentes. Las ha ilustrado con fotografías, planos y dibujos que hacen sumamente clara la comprensión del texto. Comienza el libro con un alegato que no es tal, pues el autor no tiene que hacer la defensa de la obra, sino tan sólo explicar el alcance de su contenido.

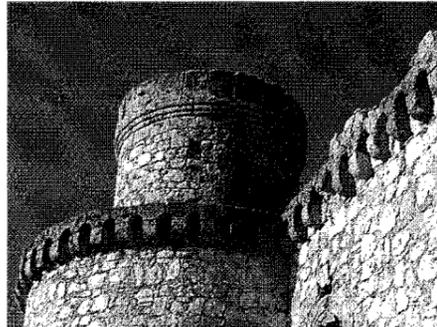
En el *Glosario* se explican unos doscientos vocablos concernientes a la arquitectura defensiva medieval. Es la primera obra que, sobre el género, se publica en España. Para evitar ser impreciso, el autor trata de resolver las indeterminaciones debidas a la sinonimia.

El *Glosario de arquitectura defensiva medieval* es del mayor interés para la Historia de España. Quizá no haya ningún idioma más rico que el castellano en los sustantivos y adjetivos que designan y califican fortalezas, ni ningún país que tenga tantos nombres de lugar que rememoran la existencia de una defensa acastillada o de un fortín: Almodóvar, Alcolea, Alcázar, Castro, Castrillón, Castillo, Castillejo, Castilblanco, Castilforte, Castilnuevo, y tantos otros, ni ningún país que se levantaron para la defensa en los tiempos en que se formó el viejo condado.

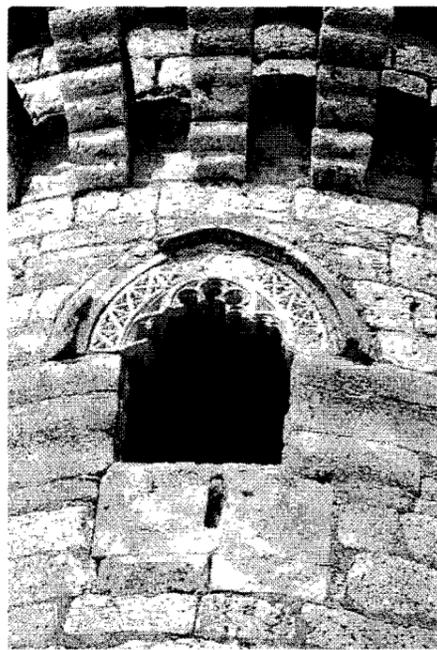
Luis de Mora-Figueroa, arqueólogo e historiador, interesado también por la filología, pudo escribir el magnífico libro objeto de esta nota, cuya lectura sorprende y entretiene, aunque parezca no ser así por tratarse de un glosario.

Los castillos musulmanes: su emplazamiento

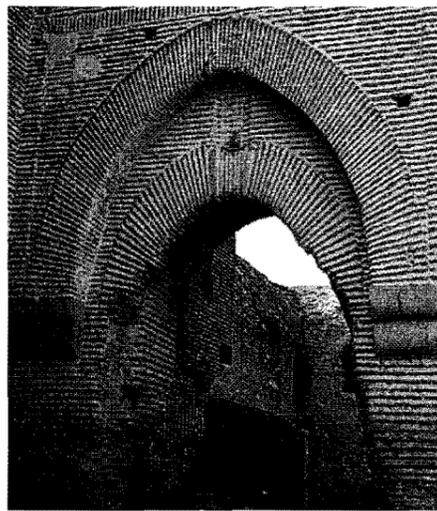
Los castillos roqueros españoles se ven, a la distancia, sin que sea, a veces, posible distinguir si se trata de una excrescencia del altozano en que están enclavados o si son restos de murallas, de torres desgastadas por el tiempo. Díez del Corral señalaba en sus «Reflexiones sobre el Castillo hispano» (incluido en *De historia y Política*, págs. 89-90) que, las ruinas y restos de muchas fortalezas edificadas en las cumbres pueden parecer, desde lejos, «remedos humanos de la naturaleza» que, a veces, «gusta de encrespase con rigor geométrico, levantando gratuitamente alcázares para los vientos y los pájaros». Esta posible confusión origina que no siempre sea fácil distinguir, de lejos, lo que son «obras decadentes de los hombres» o «anticipaciones constructivas» naturales. Hay castillos en España que sorprenden no sólo por el emplazamiento, en lo elevado de un altozano inexpugnable por sus riscos y peñas cortadas a pico, sino también por ser el resultado de un plan defensivo que exigió, para ejecutarlo, medios materiales que exceden de las posibilidades comarcanas. Estos castillos son siempre herencia musulmana. Tienen el carácter de haber surgido en una sociedad que llegó a alcanzar una organización política de tal perfección que podría equipararse a la de los grandes imperios de la antigüedad. Tal ocurrió, en la Península Ibérica, con el califato cordobés y, en el Oriente Próximo y en el norte de África, con el califato de Damasco. A estas formaciones po-



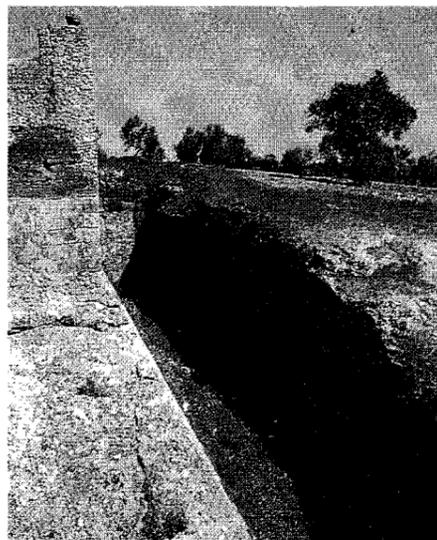
Castillo de Barcience (Toledo).



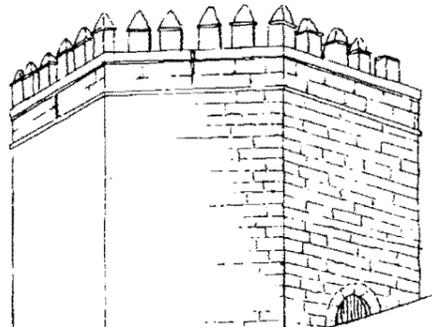
Ventana aspillera del castillo de Fuentes de Valdepero (Palencia).



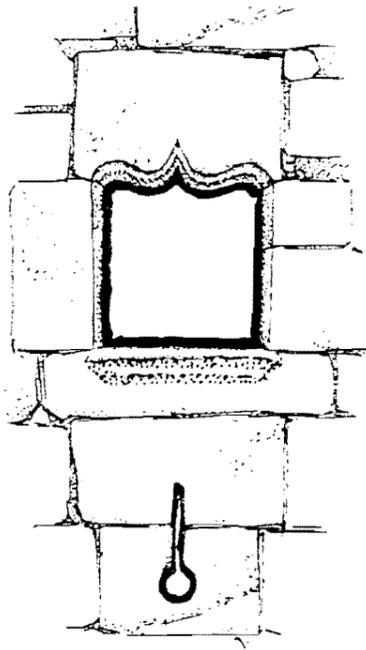
Castillo de Casarrubios del Monte (Toledo).



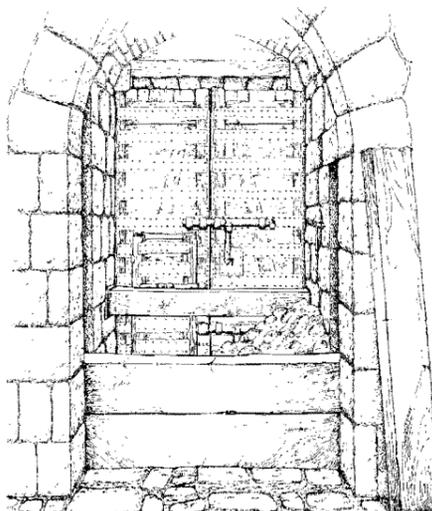
Foso del castillo de Mairena del Alcor (Sevilla).



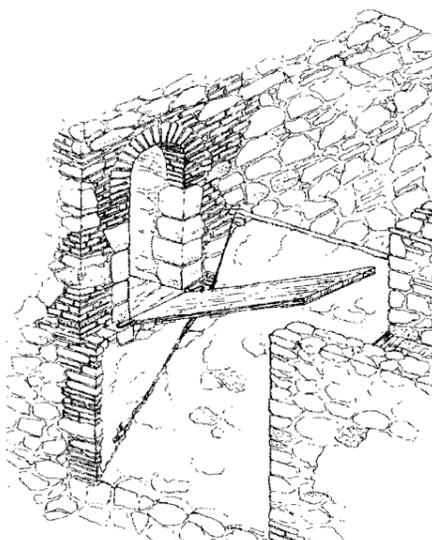
Espolones en la Torre de la Malmuerta (muralla urbana de Córdoba)



Ventana aspillera del castillo de Coria (Cáceres).



Puerta del castillo de La Calahorra (Granada).



Fortaleza de Montalbán (Toledo).

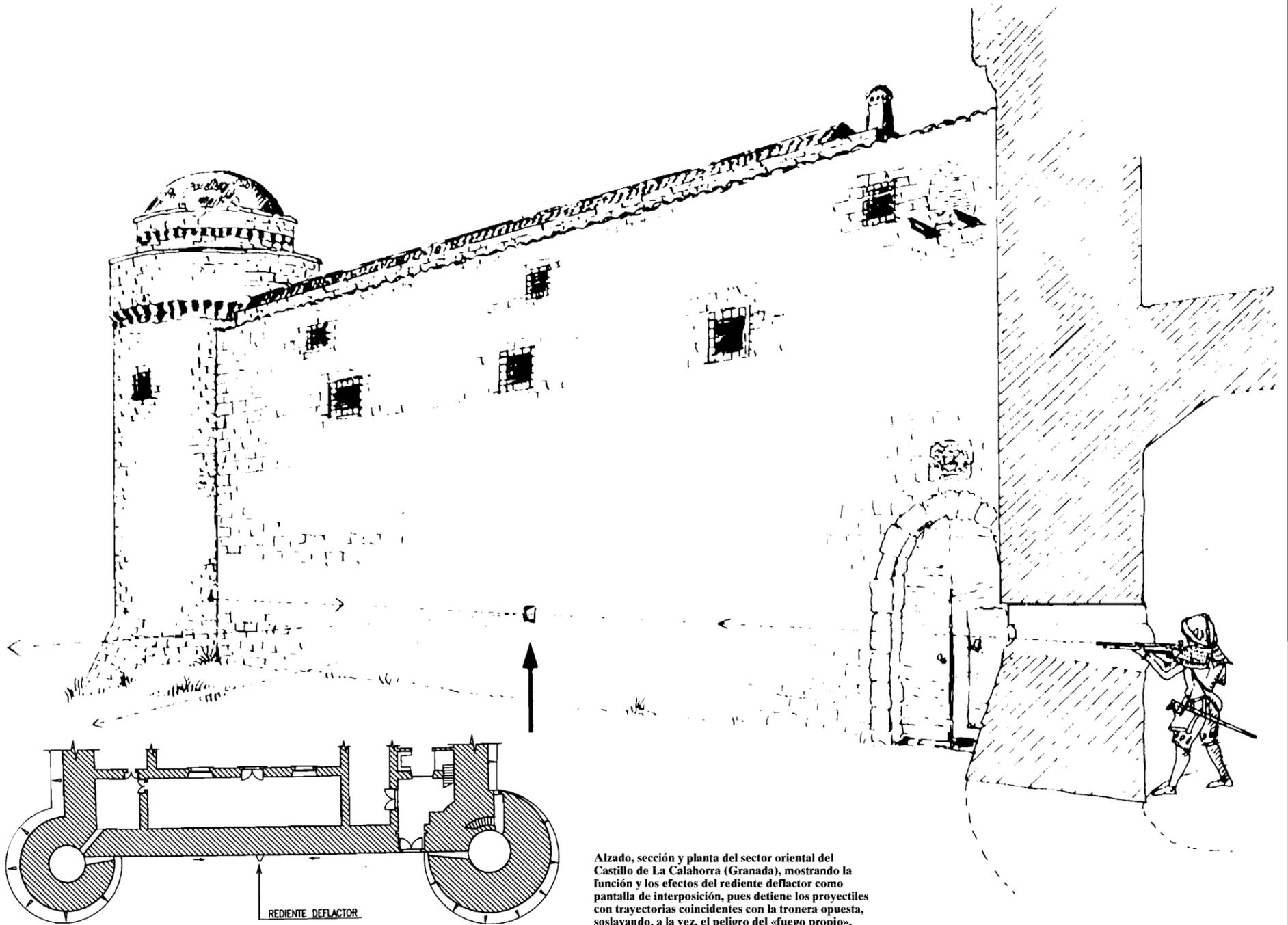
líticas deberá considerárselas como herederas del «estilo político» del mundo antiguo, en lo que lograron de unidad político-religiosa y de organización político-administrativa, fundado todo ello en una economía que permitió el conocido florecimiento urbano, en el Islam, durante la Alta Edad Media. Por tanto, no debe sorprender que los emires cordobeses, y los califas después, edificaran castillos que podríamos considerar de riguroso estilo imperial, al modo de las fortalezas bizantinas que se levantaron en el occidente asiático y en el norte de África. Así, los castillos musulmanes deben verse como fortalezas defensivas, pero también como edificaciones necesarias para consolidar el dominio sobre hombres y tierras, en tiempos de inseguridad. En este sentido, resultan opuestos a los castillos que tienen su origen en la existencia de un feudo, en cuanto que con los musulmanes se intentaba la uniformidad, la unificación del territorio, mientras que la villa o fortaleza señorial venía a ser síntoma y símbolo de un poder fragmentado, a veces rebelde a todo intento integrador. A la vez que herederos de las tradiciones imperiales, los castillos musulmanes vienen a constituir una muestra de lo que será la organización político militar del mundo futuro, en cuanto ésta surge de una nueva concepción del poder político que dará lugar al «estado moderno». Así, las fortalezas musulmanas nacen con lo que Díez del Corral calificó de «debilidad congénita»: no eran «organismos vivos dentro de un gran complejo social», como los castillos edificados por los señores en sus feudos, sino piezas de un conjunto gobernado desde un centro de poder, casi siempre lejano. Cuando ese centro dejaba de funcionar se venía abajo la organización política y militar, y la fortaleza dejaba de cumplir su función. Ésta es la causa de que las fortalezas musulmanas no siempre sean conquistadas por los cristianos después de un asedio que concluya con la escalada de las murallas circundantes y con la toma del emplazamiento defensivo. Fue frecuente que pasasen a manos cristianas como resultado de la descomposición o ruina del centro de poder que las había erigido según un plan militar defensivo, trazado de acuerdo con los intereses del conjunto que se quería integrar y mantener unido.

Los castillos o defensas cristianas en la Alta Edad Media

Los avances cristianos, desde la vertiente norte de la Cordillera Cantábrica hacia el valle del Duero, o desde los enclaves pirenaicos hacia el valle del Ebro, fueron precedidos de expediciones que no tuvieron por objeto la conquista, sino el saqueo y la destrucción. La facilidad con que se organizaban estas «razzias», y que hubiera una especie de «tierra de nadie» entre los núcleos cristianos y Al Andalus, quizá se pueda explicar por el hecho de que los musulmanes acabaran interesándose sólo por las tierras que les eran más afines en cuanto al clima. Estas «razzias» no ocasionaban fortificación alguna, ni exigían establecer líneas defensivas que obligasen a levantar castillos. La Cordillera Cantábrica era, para los astures, cántabros y vascones, una fortaleza natural. Podían servirse de ella defendiendo los puertos de montaña. Tanto en la Cordillera Cantábrica como en la Pirenaica, la defensa natural que ofrecían las propias cadenas montañosas tal vez se completara con alguna torre de vigilancia, para evitar ataques por sorpresa. Sólo cuando fueron incorporadas al Reino de Asturias las tierras del valle del Duero, en el occidente y centro peninsular, y las del Ebro al formarse el Reino de Aragón, en el noroeste pudieron los cris-



Viene de la página anterior



Alzado, sección y planta del sector oriental del Castillo de La Calahorra (Granada), mostrando la función y los efectos del rediente deflector como pantalla de interposición, pues detiene los proyectiles con trayectorias coincidentes con la tronera opuesta, soslayando, a la vez, el peligro del «fuego propio».

tianos utilizar los castillos musulmanes y organizar la defensa de los territorios conquistados mediante la combinación de estos enclaves con fortines que levantaron en lugares estratégicos. Estos fortines debieron de hacerse con troncos de madera y con tapial, cuando escaseaba la piedra o era costoso levantar los muros con mampuestos. Las fortificaciones fueron abandonadas tan pronto dejaron de ser necesarias. Por eso no quedan castillos cristianos de los siglos XI al XIII. De los que se erigieron con tan deleznable materiales no subsisten restos visibles. A veces, sobre ellos se levantó una edificación acastillada, en los siglos XIV y XV y aun en los siglos XVI al XIX.

Los elementos arquitectónicos de los castillos han subsistido hasta nuestros días en fortalezas militares de carácter defensivo y en edificaciones privadas. Así, en casas señoriales y en los pazos gallegos, edificados entre los siglos XVI y XIX, se adoptan formas acastilladas, como torres almenadas, matacanes, merlones y otros elementos propios de las fortalezas medievales. Luis de Mora-Figueroa trata de esas tendencias neomedievalistas incluso en nuestros días. En lo concerniente a fortificaciones menores, señala como ejemplo los fuertes edificados en tantas ciudades de América y las torres artilladas y de fusileros.

Los castillos bajomedievales

Es sabido que el movimiento religioso, militar y económico que conocemos como «las cruzadas» influyó en la arquitectura defensiva en Europa. Los castillos bizantinos fueron tomados como modelo, en occidente, después de las cruzadas. Los expedicionarios se sorprendieron y admiraron ante la grandiosidad de aquellas fortalezas. Tomándolas

como modelo, enseguida se quiso erigir castillos similares en todo el occidente europeo. En la Península Ibérica, esa influencia oriental ya se había ejercido siglo y medio antes por haberla recibido a través de Al Andalus. Castillos musulmanes como el de Gormaz hubieron de sorprender a los cristianos, y debieron de servirles de modelo para edificar las fortalezas que defendieron la nueva línea fronteriza con Al Andalus, después de incorporar el valle del Guadalquivir al reino castellano-leonés. Cuando los cristianos se detienen en la frontera del Reino de Granada, y se suspende la acción reconquistadora durante dos siglos, para reorganizar los territorios incorporados y debido también al esplendor de la Granada nazarí, enriquecida por los inmigrantes que llegaron de ciudades y lugares del valle del Guadalquivir, el interior del Reino de Castilla se poblará de grandes fortalezas. Serán edificadas por señores de familias enriquecidas por mercedes regias recibidas como recompensa por su participación en la reconquista de las ciudades, y de las tierras del valle del Guadalquivir. Los descendientes de estas familias, al edificar las fortalezas tomarán como modelo los grandes castillos transpirenaicos. De estas edificaciones de los siglos XIV y XV se da cumplida información en el libro de Luis de Mora-Figueroa, mediante fotografías del conjunto monumental que forma cada castillo, o de detalles que ilustran sobre los vocablos con los que se designan los elementos defensivos. También se añaden dibujos de esas partes que se describen en el texto. Al final del libro, en la descripción de los planos, se hace una breve historia de las fortalezas de Castel del Monte, en Sicilia; del donjon-capilla de Cotte, en la provincia de Sevilla; de Cifuentes, en la de Guadalajara; de Bellver, en Mallorca; de Coudray-Salbart,

en Echire, Deux-Sèvres, Francia; de Bodiam, en East-Sussex, Reino Unido; la iglesia-castillo de Turégano, en la provincia de Segovia; del castillo de las Aguazaderas, en la de Sevilla; del castillo-torreón de Nogales, en la de Badajoz; del de Guadamur, en la de Toledo; del de la Villa en Cádiz; del de Fuentes de Valdepero, en la provincia de Palencia; del de Mombeltrán, en la de Ávila; y del de la Calahorra en la de Granada. Todos ellos son muestra de esa tendencia, experimentada en toda Europa, a edificar grandes fortalezas señoriales desde finales del siglo XIV y durante el siglo XV. En España, los grandes señores querrán imitar las formas de vida de los de allende los Pirineos, aunque sólo sea en las manifestaciones externas de su poderío. Los grandes castillos que edifican, dotados de los principales elementos defensivos, se irán perfeccionando de acuerdo con la evolución del arte de la guerra, porque les servirán de refugio en sus acciones defensivas frente a los ataques de sus enemigos, en las luchas intestinas tan frecuentes en la Baja Edad Media. El vulgo cree que esas fortalezas fueron edificadas para defenderse de los musulmanes, cuando el motivo que im-

pulsó a los señores a levantar esos castillos fue exaltar su poderío y prestigio y aperebirse para la defensa en caso de ataque de otros nobles o de la facción contraria en los casos de guerra civil.

Un gran libro éste de Luis de Mora-Figueroa, como que está escrito por un investigador que no sólo se documenta en los archivos, sino que se enriquece con la observación directa del arqueólogo. Su formación de historiador, completada con la de arqueólogo, le permite profesar Arqueología medieval en la Universidad de Cádiz. Es miembro del Comité Científico del Internationalen Burgen-Institut del Consejo de Europa, y del Fortress Study Group. Sus conexiones en distintos países de Europa, y los estudios que ha hecho fuera de España sobre arquitectura defensiva medieval le permiten escribir el *Glosario de arquitectura defensiva medieval* con la amplitud necesaria para poder valorar lo propio y para conocer las corrientes de influencia general. Siempre con el deseo de aclarar conceptos, de desentrañar enigmas y de contribuir con ello al mejor conocimiento del pasado, tan necesario para entender las complejidades del mundo de hoy. □

RESUMEN

Para un historiador como Gonzalo Anes el libro que comenta —un glosario de arquitectura defensiva medieval— es una herramienta de trabajo decisiva para la historia de España, pues posiblemente, señala, no haya otro idioma

más rico que el castellano en sustantivos y adjetivos que tengan que ver con castillos, fortines, fortalezas, ni país que cuente con tantos topónimos que aludan a la defensa acastillada, prueba de los avatares históricos de España.

Luis de Mora-Figueroa

Glosario de arquitectura defensiva medieval

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1994. 344 páginas. 9.000 pesetas. ISBN: 84-7786-231-1.

Las ventanas abiertas

Por Fernando Fernán-Gómez

Fernando Fernán-Gómez (Lima, 1921) es actor de cine y teatro, así como director y autor. Ha protagonizado numerosas películas en cincuenta años de dedicación, por la que recibió el Premio Nacional de Cinematografía. Autor teatral de éxito con *Las bicicletas son para el verano* y otras, en los últimos años se ha dedicado a la novela, siendo *Puerta del Sol* la última publicada. En *El tiempo amarillo* tiene escritos sus recuerdos.

Ayer, 14 de abril⁽¹⁾, hemos estado en una de las tertulias literarias que la librería Crisol, de Madrid, suele organizar algunos domingos por la mañana. Llegábamos con media hora de adelanto y pensábamos cómo ocupar aquel tiempo cuando nos sorprendió que el local estuviera ya totalmente lleno.

El motivo, o la justificación o pretexto de esta tertulia, era la presentación del último libro de Eduardo Haro Tecglen, *El niño republicano*, y rendir homenaje a su autor, periodista y escritor desde su adolescencia, co-

nocidísimo y temido como crítico teatral, especialista en política extranjera y maestro de toda una generación —no sólo de periodistas sino de ciudadanos— desde la revista *Triunfo* en los últimos tiempos del franquismo. Ya en otra ocasión, cuyo motivo he olvidado, asistí a una de estas tertulias dominicales de la librería Crisol, pero por la afluencia de público, esta de ayer no tuvo ningún parecido con aquella. No sé si con mucho o escaso esfuerzo, o con alguna ayuda de la casualidad, los editores del libro, los organizadores del evento, han conseguido que esta tertulia/presentación/homenaje coincidiese con el 14 de abril, fecha de la proclamación de la Segunda República, la de 1931, la llamada durante muchísimos años «funesta República», y quizás esta coincidencia, sumada al prestigio del autor, a la admiración que despierta en sus lectores, creciente conforme pasan los años, ayudó a que la asistencia al acto fuese multitudinaria, desbordase el ámbito previsto y se pareciera más a un acontecimiento popular que a un acto cultural o literario.

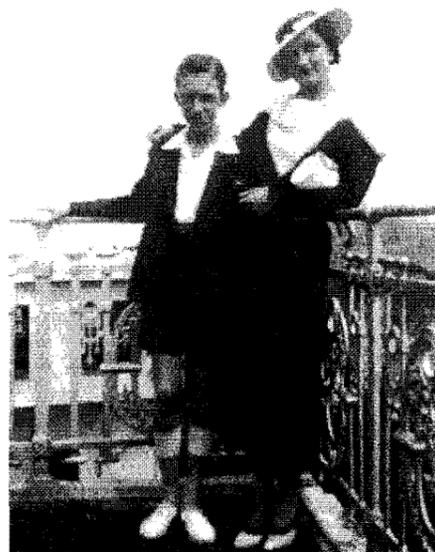
Otra de las razones del éxito de la convocatoria bien pudo ser que el nombre del au-

tor y el título del libro hubieran llevado a muchos de los asistentes a suponer —podemos decir: a adivinar— el contenido, el propósito, la intención de *El niño republicano*.

No he hecho más que comenzar este comentario, acabo de pasar del primer folio, cuando interrumpen mi labor dos transportistas de un vivero de plantas; vienen a entregarnos unos rosales que hemos encargado hace unos días porque ésta es la época más propicia para plantarlos. Mi compañero, el actor Fernando Rey, me dijo un día durante una pausa del trabajo, que en esta zona en que ahora vivo, al pie de la Sierra de Guadarrama, las únicas flores que resisten las heladas del invierno son las rosas. Por esa razón tenemos muchos rosales y por esta razón ahora recuerdo a Fernando, Casado de apellido auténtico, como también recuerda en su libro Haro Tecglen y puntualiza que no tenía relación alguna de parentesco con el coronel Casado que intervino en la rendición de Madrid cuando la Guerra Civil.

No es ésta de los rosales y de la interrupción de mi escritura cuestión fuera de cacho, que no se relacione con mi propósito de esbozar un comentario sobre *El niño republicano*, sino que viene a cuento, pues al rellenar el talón con que pago la compra, pregunto la fecha y al momento, antes de que nadie me la indique, recuerdo que estamos en el día siguiente al del homenaje a Haro Tecglen.

— Ah, sí —digo en voz alta—. ¿Cómo no voy a saberla? Ayer era 14 de abril, claro... La República.



Arriba, a la izquierda, vista de la calle madrileña Álvarez de Castro, donde vivieron, en los años treinta, Haro Tecglen y Fernán-Gómez.

Arriba a la derecha, Fernán-Gómez con su madre en San Sebastián (1934).

Abajo, Haro Tecglen (el segundo por la izquierda) y Fernán-Gómez (en el centro), entre otros, en el Café Gijón. Las fotografías pertenecen a las memorias de Fernán-Gómez, *El tiempo amarillo* (Debate, Madrid, 1990).

En la ilustración de Fuencista del Amo de la página siguiente aparece en un extremo Haro Tecglen con su madre; y en el otro, Fernán-Gómez.



En lo que firmo el talón, uno de los dos transportistas de rosas, el más joven, me pregunta educadamente:

— Perdone usted, pero tengo una curiosidad: ¿qué tiene que ver que ayer fuera 14 de abril con eso que ha dicho usted, con la República?

Ni al transportista de rosas algo mayor, ni a mi compañera ni a mí nos sorprende la pregunta y le damos al joven la explicación pertinente. Pero el que nosotros diéramos dicha explicación no hace al caso, lo que sí hace es que ése es uno de los servicios que presta al público lector, y sobre todo al público joven, el libro de Eduardo Haro Tecglen: limpiarle de la desmemoria. (En este caso, de la ignorancia y de la desmemoria colectiva.)

Y, como es natural, no me refiero a la simple desmemoria de una fecha sino a lo que hay por debajo, o por detrás o por dentro, de las fechas. Uno de mis odios más agudos de mi primera enseñanza y del bachillerato fue la obligación de aprender con precisión las fechas, aún conservo ese odio. Insistieron entonces los maestros, los libros de texto y los examinadores en que aprendiera, entre otras fechas más o menos señaladas, que América se descubrió en 1492 y, sin embargo, no me explicaron lo que en realidad aquel acontecimiento significó, no ya para el mundo sino especialmente para España. Hubieron de pasar bastantes años, lejano ya el bachillerato, para que me enterase, o creyera que me había enterado.

Ante la ignorancia histórica del joven transportista de rosas, me entrego rápida y mentalmente a un ejercicio que hago con frecuencia ¿Qué edad puede tener, aproximadamente? Veintiséis o veintisiete años. ¿Cuántos hace hoy de aquel 14 de abril de 1931? Sesenta y cinco. Cuando tenía yo los veintiséis o veintisiete años que hoy puede tener el joven transportista de rosas, ¿qué representaba para mí algo que hubiera sucedido en mi país —o en cualquier otro— sesenta y cinco años antes: en 1901? Nada. O bien poco más, si acaso por mi afición no al estudio sino a la lectura. O mejor: por mi afición a las lecturas revueltas, sin método, sin orden ni concierto. Respecto a la historia de España, la regencia de María Cristina, quizás Sagasta en el gobierno; y por ahí fuera, la guerra de los boers, los anarquistas, los socialistas, aquello de la «belle époque», Sherlock Holmes, los pintores «fauves» después de los impresionistas y cosas así, también muy revueltas... Eso bien poco podía significar para un muchacho de veintiséis o veintisiete años, actor de cine en *Botón de ancla* y a punto de serlo también en *Balarrasa*, y tertulio del Café Gijón (donde trabé amistad con el aún más joven Eduardo Haro). Pero no me refiero a lo que significara o dejara de significar, sino a si el muchacho cineasta sabría las fechas. ¿Murió en 1901 la reina Victoria? ¿Asesinaron los anarquistas al presidente McKinley? ¿Vivía aún Pi y Margall? Y en cualquier caso, ¿qué le importaba al muchacho cineasta en 1948 —posguerra de la Segunda Guerra Mundial y de la recurrente Guerra Civil Española, un hijo de dos años, una hija de uno, sueldos exiguos, a veces incobrables— ninguno de aquellos sucesos?

Si algún contertulio, de mayor edad y superior cultura, se hubiera dirigido al joven que era yo para comentar cualquier suceso acaecido a comienzos de siglo, se habría asombrado ante mi ignorancia respecto a lo que había sucedido en 1901, y a mí, joven pedantuelo, se me habrían subido los colores.

Afortunadamente, no son fechas precisas lo que se puede aprender con la lectura del libro de Haro Tecglen, ni falta que hace, sino el significado de lo que ocurrió en aquellas fechas.

El autor no estima demasiado el tema, la noticia, ni la estructura general del libro.



Viene de la página anterior



FUENCISLA DEL AMO

La estructura no es externa sino interna. Lo que le atrae y en lo que se explaya, es la significación que los sucesos tienen, y suscitar la reflexión del lector por esa significación, más que por la narración de dichos sucesos.

Lo que es y lo que no es *El niño republicano*

Y, sin embargo, el autor denomina a su trabajo «narración». «Llamo a este trabajo «narración». No lo puedo llamar memorias, porque no tengo ninguna de ellas, ni las quiero. No lo puedo llamar novela; ni biografía, nada concreto.»

Debería haberme referido en primer lugar al género a que pertenece el libro que comento. Así lo haré ahora y es posible que ello me lleve el comentario entero. Puedo estar de acuerdo en «casi» todo lo que dice el autor a este respecto, pero no en todo, puesto que a mí el libro no me parece una narración en el sentido que comúnmente se da a esta palabra, aunque acepto que hay muchas formas de narrar y una de ellas puede ser la elegida por Haro Tecglen, para mí más interesante, más provechosa que la simple enumeración correlativa de los sucesos.

Pero yo, poco amigo de denominaciones genéricas y de encasillamientos, puesto a jugar a ello, no clasificaría *El niño republicano* como una entrevista —prefiero yo para este género la palabra «interrogatorio»— consigo mismo, o una crónica fragmentaria, periodística —pero no crónica de sucesos triviales, sino trascendentes—; tampoco como un libro de semblanzas (desfilan por sus páginas el general Miaja, Wenceslao Fernández Flórez, Rafael Alberti, Jean Harlow, Clark Gable, Miguel de Molina, Conchita Piquer, José María Pemán, los anarquistas hermanos Guzmán, Ramón J. Sender, Fred Astaire, Carlos Gardel, Rafael de León, Celia Gámez, Azaña, José Altabella...), si bien de todas estas cosas tiene el libro. ¿Libro de cuentos? «Narra-

ción», le gusta al autor, pero no «narraciones». No es una de sus especialidades el cuento, aunque con la firma de Pozuelo lo rozó muchas veces, pero hay páginas de este último libro que pueden parecer cuentos, demasiado sucintos para serlo definitivamente; dan ganas de plagiarlos, extendiéndose un poco más; a lo mejor alguna vez lo hago.

Si de lo que se trata es de clasificar *El niño republicano*, lo haría «como ensayo histórico» o «ensayo de ciencia histórica», porque eso me ha parecido y a esas denominaciones creo que se ajustan más no sólo la intención sino el logro del autor. Un veraz ensayo sobre los últimos años de la historia de España.

Y como tal ensayo, lúcido y certero, de ciencia histórica, su lectura es no sólo recomendable sino imprescindible para los jóvenes —entendiendo por jóvenes, tomando como referencia nuestra lejanísima Guerra Civil, los menores de sesenta años—, que a través del conocimiento de su inmediato pasado quieran saber dónde están y, por lo tanto, quiénes son.

Un sólo capítulo, el titulado «La guerra del moro», con sus referencias testimoniales a autores de tan distinta procedencia ideológica como Alarcón, Galdós, Sender o Barea, basta para arrojar luz sobre las oscuras esquinas, los intrincados recovecos, las malas intenciones de unos y la indefensión de otros, desde mediados del siglo pasado hasta antayer. O quién sabe si hasta mañana.

A varios capítulos de su obra los titula el autor «ventanas». En ello fijó su atención de manera destacada en su comentario el psiquiatra Castilla del Pino. «La primera ventana», «La primera ventana II», «La segunda ventana», «La primera ventana III», «La segunda ventana II». Desde esas ventanas, calle de Álvarez de Castro —Haro, para abreviar, le quita su rango de general—, esquina a Eloy Gonzalo —dos guerreros muy separados en el escalafón— y calle de San Bernardo, vió el historiador, desde su niñez a su adolescencia, pasar la historia, la vida, la gente, las costumbres. Hasta que la violencia cerró las ventanas.

No las de las casas, es cierto, pero sí las de la cabeza, las del pensamiento, las de la esperanza o los deseos. No pudo cerrar las ventanas del recuerdo, que se abren ahora de par en par como las páginas de *El niño republicano*.

Suponía Haro Tecglen, así me lo dijo en conversación previa a la publicación del libro, que, al ser vecinos en nuestra infancia, lo que él dijera de aquellos tiempos yo lo desmentiría. No ha acertado. Lo que él vió desde sus dos ventanas es poco más o menos lo mismo que vi yo desde mis cuatro o cinco. Tenemos, por lo tanto, visiones muy parecidas, quizás equivocados los dos. Si acaso, mis recuerdos no coinciden en dos cosas. «Es una criada de diez reales», decían: su sueldo mensual», escribe Haro Tecglen. La criada de mi casa, una casa muy modesta, cobraba veintiocho reales, y se contaba en duros: siete duros al mes.

La segunda cosa en que no coinciden nuestros recuerdos es la referente a Valle Inclán: «(...) de Valle Inclán, que entonces no se representaba —Valle estaba maldito: naturalmente, el círculo mágico de los autores de teatro y los empresarios le negaban porque «era un gran escritor, pero el teatro era otra cosa... otra cosa...» De Valle Inclán se habían representado antes de la guerra *Voces de gesta*, por la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, *Cenizas de amor* (título primitivo de *El*

yerme de las almas), en el teatro Lara, *Farsa y licencia de la reina castiza*, por la compañía López Heredia-Asquerino, y *Divinas Palabras*, por la compañía de Margarita Xirgu. Si no se representaron más fue por el rechazo de una parte de la crítica y la indiferencia del público. Si crítica y público hubieran sido favorables, los actores y los empresarios las habrían representado aun en contra de la opinión de los otros autores.

Bien pocos desacuerdos entre tantos recuerdos.

Franco y sus secuaces cerraron las ventanas que hoy vuelven a estar abiertas —o cuando menos, entreabiertas— y por eso Eduardo Haro Tecglen, con tristeza o con esperanza, puede mirar desde ellas.

El autor, en su libro, se asoma a varias ventanas y por una de ellas, la de hoy, ve no sólo su pasado sino el inmediato pasado de su patria, palabra que no acaba de gustarle pero que, tal vez aun en contra de su voluntad, como sentimiento está presente en todo el libro.

Hay que tener las ventanas abiertas —tanto como nos permitan—, y para ello la ayuda de *El niño republicano* es impagable, no sólo hacia el presente o hacia el invisible futuro, sino hacia el pasado. □

(*) Se refiere al momento de escribir el comentario.

RESUMEN

Como la generación posterior sería la de los «niños de la guerra», la de Eduardo Haro Tecglen, periodista y escritor, autor del libro objeto del comentario, y la de Fernando Fernán-Gómez, escritor y actor, es la generación de los «niños de la Repú-

ca». Y para éste el libro del primero presta entre otros servicios el de limpiar de desmemoria —de ignorancia y de desmemoria colectiva— la cabeza de un público joven, que acaso conozca poco o nada el tiempo que evoca Haro Tecglen.

Eduardo Haro Tecglen

El niño republicano

Alfaguara, Madrid, 1996. 286 páginas. 1.950 pesetas. ISBN: 84-204-2870-1.

Música y feminismo militante

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Fue director del coro de monjes del Monasterio de Silos, habiendo obtenido, entre otros galardones, el Premio Charles Cros (París, 1972), el Disco de Oro del Japón (Tokyo, 1974) y disco de platino (1994-1996) por algunas de sus grabaciones discográficas.

En los primeros días del mes de noviembre de 1995 tuvo lugar en Nueva York la asamblea anual de la American Musicological Society. Las reuniones de esta influyente Sociedad son un termómetro de las últimas investigaciones y marcan las tendencias y caminos por donde discurre la reflexión sobre la música. En esta última se armó cierto revuelo porque se trasladaron a la musicología temas de excitante actualidad: el feminismo, la homosexualidad, la raza,

las clases sociales, etc. El asunto no hubiera transcendido de los reducidos círculos musicológicos si el *New York Times* del domingo 26 de noviembre no hubiera terciado con una amplia nota crítica de Edward Rothstein salpicada de epígrafes chocantes como «Dominación y Deseo», «Beethoven en la cama», etc. La reunión de científicos americanos venía precedida de la aparición de varios ensayos sumamente críticos sobre la musicología en uso, nacida como ciencia autónoma en pleno romanticismo decimonónico. Entre estos ensayos destaca el de Susan McClary *Feminine Endings*, por la enorme difusión que ha tenido.

La profesora McClary, directora hoy del Departamento de Musicología de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), escribe su libro desde la militancia feminista, desde donde se descubren, según ella, muchos de los arcanos encerrados detrás de la música de los grandes compositores: Monteverdi, Haydn, Beethoven, Schubert, Tchaikovsky, etc. La musicología—incluye la profesora McClary—ha estado en la vanguardia del antifeminismo (pág. 6). «El criticismo femenino es la llave de una puerta

prohibida». Una vez abierta, puede explicar lo que «siempre había detectado pero nunca había tenido licencia para mencionarlo» (págs. 4 y 5).

La musicología es una disciplina que nació del deseo romántico de descubrir la autenticidad del arte musical del pasado, y adoptó los principios del positivismo histórico crítico filológico. Como toda ciencia positiva, se asienta sobre datos objetivos y no sobre postulados categóricos, o apreciaciones subjetivas. Ahora bien, en música ¿dónde está la objetividad? Su objeto mismo, el sonido (un objeto fluido que sólo se analiza científicamente después de que se haya hecho plástico, de manera inadecuada por cierto, en una partitura), guarda anchos espacios reservados a la subjetividad. Bien es verdad que la inestabilidad del objeto no vicia radicalmente el análisis crítico de la música. Desde el establecimiento de la partitura hasta la actualización de la música misma mediante su interpretación, son posibles muchas vías de conocimiento, así de su propia esencia como de cuanto se halla relacionado con ella: compositor, intérpretes, técnica, teoría y práctica, estilos, ten-

dencias, medio histórico, etc. Con todo, una cierta dosis de agnosticismo, de humildad científica, de precaución metodológica, es a menudo necesaria para circular por estas vías.

La nueva crítica insiste en que la música, como las demás artes, es hija del tiempo y del medio social donde nace y donde se cultiva. Los musicólogos convencionales precinden muchas veces de esta condición, que es absolutamente necesario reconocer para entenderla. Así, mientras quienes estudian el folclore musical de cualquier cultura intentan situarlo dentro del complejo etnológico de los pueblos que la crean, los historiadores y científicos de la música clásica no son proclives a considerarla técnicamente como producto del medio sociocultural donde ha surgido. En este vacío dejado por los musicólogos tradicionales entra de lleno la crítica americana más joven, y descubre que la música de los últimos siglos exhibe el rostro de una sociedad esclava de atávicas ideologías e inveterados hábitos. Mientras unos observan en ella la ausencia clamorosa de la mujer, otros descubren, a través de sus análisis, el producto de una sociedad dominada por convenciones en las que no entra la homosexualidad gay y lesbiana (*Queering the Pitch: The New Gay and Lesbian Musicology*, antología editada por Philip Brett, Elizabeth Wood y Gary C. Thomas), y otros, en fin, creen ver en la música de determinados compositores su incondicional sumisión al pensamiento político del momento (Lawrence Kramer, *Classical Music and Postmodern Knowledge*, 1995, y Richard Taruskin, *Text and Act: Essays on Music and Performance*, 1995).

En manos de hombres

En los mecanismos establecidos por la ciencia musicológica para llegar al conocimiento cabal de la música la crítica feminista advierte palmariamente el sesgo machista de la sociedad occidental. En efecto, la musicología fue creada y ha sido ejercida mayoritariamente, hasta el día de hoy, por hombres. Pero también la música en sí misma, su producción, ha estado en manos de hombres y no de mujeres.

Las mujeres han ocupado y ocupan un lugar preminente en la interpretación de la música. No así en la composición. Una mujer española, nacida en Viena, Mariana Martínez (1744-?), discípula de Haydn, contemporánea y bien conocida de Mozart, es de las pocas que ha alcanzado cierto renombre como compositora. Actualmente, en cambio, las clases de composición de los Conservatorios y de las Facultades universitarias están ocupadas tanto por mujeres como por hombres. Hay en España, como en el resto del mundo, asociaciones que promueven la participación de la mujer en la música. Unas son muy activas y beligerantes, como «Mujeres en la Música», y otras más profesionales, como «Asociación de Compositoras e Intérpretes Españolas». Sin embargo, la mujer apenas aparece en la historia de la música como compositora. Según el feminismo, esta incontestable realidad produce en los ojos críticos de los musicólogos e historiadores, entre otras perturbaciones, un daltonismo invencible que los incapacita para ver el color femenino de la música y no pocos aspectos de ella ligados a la sexualidad.

La crítica feminista ha encontrado un blanco fácil contra el que emplear su artillería pesada: el lenguaje. El lenguaje usado por los críticos e historiadores de la música, la terminología y el léxico de la teoría tra-



ALVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



dicional, son inequívocamente sexistas, y reflejan un mundo dominado por los machos. Llamar «masculina» o «femenina» a una cadencia musical es para la profesora McClary el exponente de una voluntad de situar al hombre y a la mujer en campos separados dentro del universo de la música. De ahí el título de su obra *Feminine Endings (Cadencias Femeninas)*. La realidad, sin embargo, puede no ser tan simple. El lenguaje musical es trasunto del lenguaje general. Los símbolos que forman el léxico de un idioma están tomados de una realidad conceptualizada en épocas muy antiguas, cuyas culturas tenían una visión profundamente «zoológica» de las relaciones humanas. Sobre el sexismo en el lenguaje no es necesario insistir, pues los filólogos son muy conscientes de ello, como revela el boletín *Women and Language News* (a partir de 1976), publicado por la Universidad de Stanford en California, y el luminoso libro de Alvaro García Meseguer *Lenguaje y discriminación sexual* (Madrid, 1977, 2.ª ed. 1984), incluida la presentación de Amado de Miguel. Otra cosa es cómo modificarlo.

Cadencia masculina, femenina

La expresión «cadencia masculina, femenina» es particularmente desgraciada, no tanto por el adjetivo sexista, sino porque expresa en su metáfora una realidad falsa. La cadencia masculina es la que se resuelve dejando el último sonido en la tesis, esto es, en el primer tiempo del compás básico o «plausus», mientras la cadencia femenina es la que termina en el arsis o segundo tiempo del mismo. Los manuales modernos de teoría musical (no así los antiguos para quienes la figura del «plausus» era más bien circular, antes que perpendicular) y la mayor parte de los diccionarios y enciclopedias de la música llaman fuerte al tiempo primero y débil al segundo, porque en el gesto perpendicular de la mano se entiende que al bajar, ayudado por la fuerza de la gravedad, produce un inevitable golpe, mientras el vértice del alzar es el fin de una energía que ha desafiado a dicha fuerza. Como al hombre se le ha considerado fuerte y a la mujer débil en virtud de su sexo, la cadencia que termina en el tiempo fuerte será masculina y la que termina en el tiempo débil será femenina. Error sobre error. No entro aquí a considerar si es gratuito o no llamar débil al sexo femenino, y fuerte al masculino. Lo cierto es que los tiempos del «plausus», arsis y tesis, 'alzar' y 'dar', tienen entre sí una relación de orden temporal, de un antes y un después, y no de orden material, sonoro, intensivo, cuantificado, etc. Quiero decir que nadie impide al compositor o al intérprete hacer débil el tiempo primero y fuerte el segundo, y hacer breve el primero y largo el segundo. Gran parte del libro de André Mocquereau *Le nombre musical grégorien*, (2 vols., 1908, 1927), siguiendo a estudiosos de los tratadistas antiguos, como Jules Combarieu (1859-1916) y Maurice Emmanuel (1862-1938), está dedicado a desmontar la teoría sobre la propiedad intensiva innata de los tiempos del ritmo, para que no sean calificados como fuertes o débiles por naturaleza.

Si, pues, los ensayos de eminentes autores no han sido capaces de sustituir la terminología del ritmo, errónea en su misma raíz, mucho me temo que no será posible modificar las denominaciones sexistas del lenguaje musical.

El asunto no es de menor monta en la hermenéutica musical. La querencia de Chopin por la cadencia femenina es proverbial. Las polonesas se distinguen precisamente de otras danzas por terminar en tiempo segundo. Si el intérprete entiende que las fra-



ALVARO SÁNCHEZ

ses han de culminar de manera suave, débil y «afectada», nos dará una imagen irreal de las obras de Chopin. Las frases de su Polonesa en La mayor, por ejemplo, cadencian ciertamente en arsis, que no en tiempo débil, para emprender con más vigor la frase siguiente.

Desde el punto de vista del feminismo musical, la verdadera cuestión, más allá de la puramente terminológica, debe plantearse sobre el fondo del arte musical, sobre el uso de su técnica y sobre el mensaje explícito o subliminal de cada una de las obras de los compositores.

A la pregunta sobre si el género condiciona la creación musical, se responde afirmativamente. Pero la definición de los elementos técnicos que determinan la masculinidad, la feminidad, o la homosexualidad, y la fijación del uso de dichos elementos en el discurso musical plantean serias dudas de pura epistemología. El comentario de Robert Schumann (publicado el 10 de marzo de 1840) sobre la Sinfonía de Do mayor de Schubert es, según la crítica feminista, un modelo de ensayo sobre la percepción de la música de un determinado compositor. Schumann confiesa la atracción que ejerce sobre él la sensibilidad de Franz Schubert. Pero como músico comprende que estos encantos deben ser neutralizados por la masculinidad, el «poder varonil» de Ludwig van Beethoven. Ejemplo del mismo es la violencia con que Beethoven frustra la cadencia del primer movimiento de la Novena Sinfonía, después de haber sido cuidadosamente preparada. Según la profesora Mc-

Clary, esta súbita destrucción del ansia de culminar el discurso es fruto de una represión secreta que finalmente explota en un estrangulamiento similar al que realiza un violador asesino (cap. 5, págs. 127-128).

Sin duda, la música presenta numerosos flancos para el psicoanálisis y el estudio sociomusical. En la música vocal, lo mismo que en la palabra dicha, según Paul Zumthor (*La lettre et la voix*, París, Seuil, 1987) hay un circuito de símbolos, puestos por cada cultura, que va desde el órgano que emite el sonido y el sonido mismo, hasta la palabra articulada. En la música instrumental, la de concierto, la escénica, existe una simbología similar. Lo arriesgado es interpretarla científicamente. La inteligencia humana tiene tendencia, en palabras de Francis Bacon, a suponer en las cosas una razón y un orden que en realidad no tienen («Intellectus humanus ex proprietate sua facile

supponit majorem ordinem et aequalitatem in rebus quam invenit», *Novum organum*, 1620).

La nueva crítica levantará las alfombras de una musicología rancia, y dará un diagnóstico infalible sobre la vitalidad de la música en la sociedad actual: las salas de concierto están medio vacías, mientras los jóvenes llenan los estadios y las plazas de toros para escuchar en directo a sus artistas preferidos. De repente los «Tres Tenores» atraen a miles de personas a sus conciertos, mientras el Canto Gregoriano crea una nueva afición, la «Chantmania», comparable a la que se tiene por la «New Age» o por la música «Rock». Pero la gran cuestión seguirá todavía, me temo, sin respuesta: ¿Dónde están los remedios para salvar a la música de la algarabía sonora que nuestra sociedad ha montado en estos últimos cuarenta años? □

RESUMEN

En una reciente asamblea de musicólogos norteamericanos se trataron, para sorpresa de algunos, temas como el feminismo, la homosexualidad, la raza, las clases sociales, entre otros, y que dan idea, según Fernández de la Cuesta, de por dónde dis-

curre actualmente la reflexión sobre la música. El libro que comenta y que está escrito por una profesora norteamericana, musicóloga y feminista militante, es una muestra más de los rumbos emprendidos por la musicología.

Susan McClary

Feminine Endings: Music, Gender and Sexuality

University of Minnesota Press, Minnesota/Londres, 1994. 220 páginas. [3.000 pesetas.] ISBN: 0-8166-18898-4.

Einstein, el hombre

Por Armando Durán

Armando Durán (Lugo, 1913) ha sido catedrático de Óptica en la Universidad Complutense. Es miembro numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química y director del Instituto de Estudios Nucleares. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre óptica y artículos relacionados con la historia de la ciencia.

Abraham Pais es un físico teórico que se ha ocupado de las partículas elementales y ha investigado en la teoría de campos. Nació en Amsterdam en el seno de una familia judía de origen sefardí que emigró a Holanda a finales del siglo XVII huyendo de la Inquisición. Se doctoró en la Universidad de Utrecht. Durante la guerra estuvo escondido, fue detenido y encerrado en una prisión de la Gestapo hasta casi el final de la contienda. Trabajó durante un año con Niels Bohr en Copenhague; en 1946 fue a Princeton, en donde el propio Bohr le presentó a Einstein. Así comenzaron unas conversaciones que continuaron hasta la muerte de éste en 1955. Hablaban siempre en alemán, «el idioma más apropiado –según dice– para apreciar tanto los matices de lo que pensaba como las características de su personalidad». Así pudo aprender mejor su pensamiento y cómo era Einstein.

En 1982 publicó un libro en el que se ocupa fundamentalmente de su contribución a la ciencia, no olvidando aspectos interesantes de su biografía. Este libro, que es una de las referencias obligadas para todo el que quiera adentrarse en la vida de Einstein, lo tituló *Subtle is the Lord...* utilizando un comentario que en 1921 hizo Einstein al rumor de que Michelson había encontrado un arrastre del éter no nulo: «Raffiniert ist der Herr Gott aber boshaft ist Er nicht» que Pais traduce «subtle is the Lord but malicious He is not». Esta frase nos lleva a preguntar por su talante ante la religión.

Respondiendo en 1919 a una pregunta de un estudiante sobre lo que diría si no se hubiese confirmado la curvatura de la luz, respondió: «Entonces tendría que comparecerme del Dios amado. La teoría, en cualquier caso, es correcta». Cuando tenía 63 años escribió a su colega C. Lanczos que «es difícil ver las cartas de Dios, pero no puedo aceptar por un momento que juegue a los dados y utilice recursos "telepáticos" (como le atribuye la teoría cuántica corriente)».

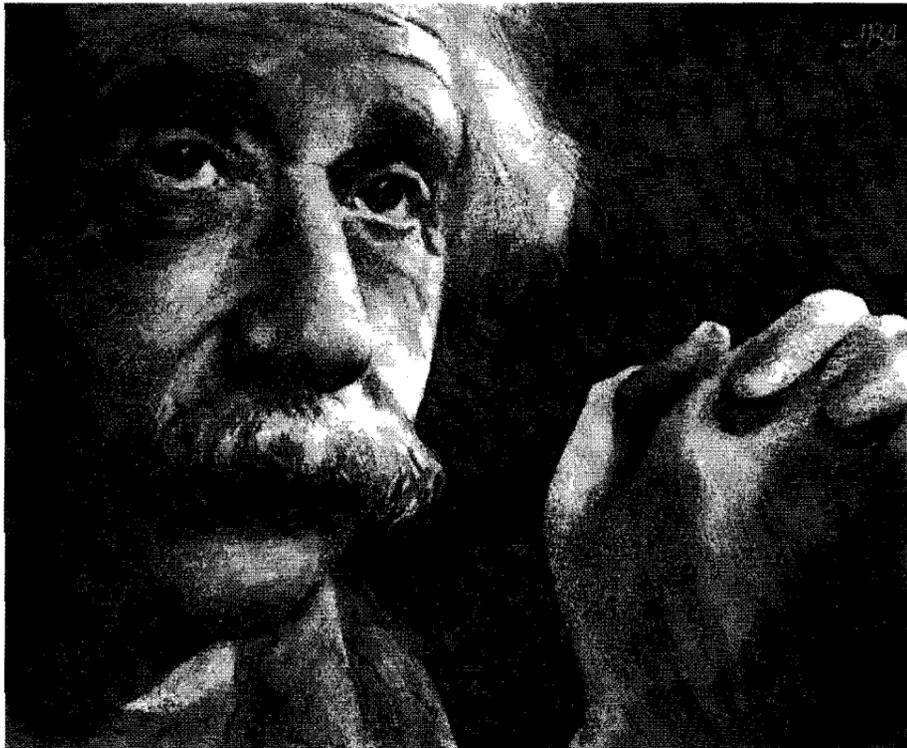
¿Indican estas citas que Einstein fue religioso?, se pregunta Pais. Y se responde: sí y no.

Nacido en una familia de espíritu liberal con una posición no dogmática frente a la religión, conoció los principios del judaísmo a través de un pariente lejano, continuando esta instrucción primaria después, en la escuela.

A los 11 años vivió una fase religiosa intensa, siguiendo los preceptos minuciosamente, incluso en la comida. Compuso canciones laudatorias que cantaba mientras recorría el camino que le llevaba al colegio.

Poco después, al tomar contacto con la ciencia, rompe esta situación de modo abrupto, y más tarde, renace el hebreo que él es. En 1911, con 32 años, recibe la oferta oficial de profesor en la Universidad de Praga, oferta que fue muy discutida por su ascendencia semítica y que conllevaba la declaración de su afiliación religiosa antes de ocupar la plaza. La respuesta negativa no era aceptada y Einstein escribió: «Mosaica».

En sus años maduros pensó, habló y escribió sobre su concepto de la religión. A los 57 años, en 1936, en respuesta a una joven



JUAN RAMÓN ALONSO

que le escribió para preguntarle si los científicos rezaban y, si así era, cómo era su oración, contestó que todo el que seriamente se ocupa de la ciencia llega a la convicción de que las leyes de la naturaleza manifiestan un espíritu ampliamente superior al hombre, ante el cual debemos inclinarnos humildemente. Así la preocupación por la ciencia conduce a un sentimiento religioso de carácter específico que difiere esencialmente de la religiosidad de mucha gente primaria. Éstas son algunas de las razones que inducen a Pais a responder «sí» y «no» a la pregunta sobre su actitud ante la religión: «sí» en un sentido específico, y «no» en el primario.

La relación entre ciencia y religión le preocupó a lo largo de su vida, llegando a una última conclusión: no pueden entrar en conflicto. En una comunicación a una revista científica *Nature*, en 1940, escribió una frase que Pais asume y que en su opinión es una de las mejores que se han escrito y en la que se resumen sus puntos de vista: «science without religion is lame, religion without science is blind». Coexisten, ni coja la una ni ciega la otra, no son inválidas.

Einstein y la filosofía

En 1949, con motivo de su septuagésimo aniversario, se publicó un libro titulado *Albert Einstein, philosopher-scientist*. Es una obra que por la amplitud de los temas tratados y por la calidad de sus colaboradores, los físicos más nombrados en aquella época, constituye una aportación esencial al conocimiento de la labor científica de Einstein. En un esbozo autobiográfico que constituye su umbral, escribe que la «ciencia sin epistemología –en cuanto esto sea pensable– es primitiva y confusa».

Pais recuerda que en muchas ocasiones mantuvieron discusiones Einstein y él sobre temas filosóficos, que le permitieron tener una impresión de primera mano sobre su pensamiento, pero al mismo tiempo reconoce que sus conocimientos filosóficos en un sentido académico, son muy limitados. Si se define la filosofía como un sistema particular de ideas relacionadas con el esquema general del universo, como lo hace el Diccionario de Oxford, hay que considerar que Einstein es un filósofo por excelencia dedicado a la filosofía natural, como en el siglo

pasado se denominaba la ciencia. Pais coincide en el juicio de Carl Friedrich von Weizsäcker –físico y filósofo– según el cual «Einstein fue un físico, que no un filósofo. Pero las direcciones primarias de sus cuestiones fueron filosóficas».

Richard Feynman calificaba a los científicos entre los exploradores y a los filósofos entre los turistas. «Los turistas quieren encontrar todo ordenado; los exploradores toman la naturaleza tal cual la encuentran». Partiendo de esta definición considera Pais que Einstein fue un explorador, justificándolo porque ninguno de sus escritos está relacionado con la filosofía en el sentido académico de la palabra, aunque aquí o allá se encuentran en ellos reflexiones filosóficas como «siempre estuve interesado en la filosofía, pero sólo de un modo secundario. Mi interés por la ciencia se ha centrado siempre en la elaboración de principios», y esto lleva al descubrimiento que, según él mismo dice, «no tiene su origen en un pensamiento lógico, aun cuando el producto final esté ligado a una forma lógica».

En otra ocasión, al prologar un libro de Planck en el que éste responde a la pregunta «hacia dónde camina la ciencia», dice que «el científico encuentra su recompensa en lo que Henri Poincaré llamaba la alegría de la comprensión y no en las posibilidades de aplicación a las que un descubrimiento conduce».

Considera que la simplicidad en la ciencia «es el paso correcto y (que) está en nuestras manos lograrla. Hasta la fecha la experiencia justifica sentirse seguros de que en la naturaleza está actualizada la idea de la simplicidad matemática».

La búsqueda de la verdad científica es una preocupación constante; sobre ella dice que los conceptos y las proposiciones sólo tienen sentido a través de su conexión con las experiencias sensoriales. El grado de certeza con el cual puede realizarse esta conexión diferencia la fantasía simple de la verdad científica. Dice que «una proposición es correcta si dentro de un sistema lógico se deduce de acuerdo con las reglas aceptadas de la lógica. Una proposición correcta toma prestada su verdad del contenido de verdad del sistema al cual pertenece».

Pero ¿cuáles son los propósitos de la ciencia? Los expresa mediante las teorías físicas que persiguen dos fines, uno, abarcar

tanto como sea posible todos los fenómenos y las relaciones entre ellos, y otro, llevar a cabo ese deseo basándose en unos conceptos lógicamente independientes y en unas relaciones entre ellos arbitrariamente asumidas (leyes básicas, axiomas). A esto le llama la «uniformidad lógica». Esto último puede formularse «cruda pero honestamente» diciendo no sólo cómo se conoce la naturaleza sino también, si esto es posible, llegar a un fin utópico o aparentemente pretencioso de conocer por qué la naturaleza «es como es y no de otra manera. En esto reposan las más altas satisfacciones del científico».

El comentario de Pais es que hay que aplicarle a él lo que él mismo escribió sobre Newton en la ocasión del bicentenario de su muerte: «Fue colocado por el destino en el punto de giro del desarrollo intelectual del mundo».

Einstein y la prensa

Es el título de un largo capítulo –la mitad del libro– que, según confiesa, fue el que más trabajo le costó redactar. Para elaborarlo utilizó recortes de la prensa europea y americana, los fondos de los archivos de Einstein y libros que parcial o totalmente tratan de su vida. Reúne así 443 citas.

La primera referencia en el tiempo corresponde a un periódico de Berna, que el 8 de febrero de 1902 publicó la oferta del joven Einstein de dar clases privadas de matemáticas y física. La última es del *Neue Zürcher Zeitung* del 26 de febrero de 1979, que publica una fotografía de su biznieto –Tomas Martin Einstein–, nacido unos meses antes de la muerte de su bisabuelo, que asistió a la apertura del homenaje con el que Ulm, su ciudad natal, y Zürich, de la que era hijo adoptivo, celebraron en el auditorio máximo de la E. T. H. (Eigenossische Technische Hochschule) en donde Einstein había estudiado, el centenario de su nacimiento, que fue festejado en el mundo entero y al que la Real Academia de Ciencias dedicó un ciclo de conferencias.

Fue la prensa, en 1919 la que le lanzó a la fama: el *Times* de Londres el 7 de noviembre, con titulares destacados –*Revolución en la ciencia, nueva teoría del universo, las ideas newtonianas destruidas*– publicó la noticia de que Sir Joseph John Thomson, presidente de la Royal Society, había anunciado la comprobación de la curvatura de la luz prevista por Einstein en 1907, en un eclipse total de sol. La prensa holandesa, la alemana y sobre todo el *New York Times*, comentan la creación del mito, y con él un clima que lo hace atractivo a las masas. Este fenómeno le hace decir en una entrevista de 1921: «¿por qué, aquí y allá, ese fervor de las masas por mis teorías, de las que no pueden entender ni una palabra, me causa una tan pobre opinión? Creo que es algo grotesco, que también interesa observar. Estoy seguro que el misterio de no comprender lo que les llama la atención... es lo que les impresiona, y el atractivo de lo misterioso les entusiasma y les emociona».

En 1922 recibe el premio Nobel de Física de 1921 mientras visita el Japón durante cinco semanas, en medio de un clamor que hace decir a la prensa japonesa que en la fiesta de los crisantemos fue él el centro de atención, más que la emperatriz y el príncipe regente. En el viaje de vuelta dedicó doce días a Tierra Santa, en donde según *The Palestine Weekly*, fue recibido como el hombre «que elevó muy alto el estandarte del renacimiento judío».

En febrero de 1923 visita España durante dos semanas en medio de un entusiasmo



Viene de la página anterior



que la prensa recoge y que Glick describe en *Einstein in Spain*, que en SABER/Leer comenté en el n.º de agosto-septiembre de 1990.

Se pueden elegir algunas entre las frases que denotan ingenio, ironía o humor, como por ejemplo, su respuesta en 1929 a la pregunta de un americano sobre cuál era la fórmula mejor para tener éxito en la vida. Contestó que «si A es el éxito, $A = X+Y+Z$, siendo X el trabajo, Y la participación en el juego, y Z ¿qué es?, pregunta el periodista «tener la boca cerrada» respondió Einstein.

Anteriormente, en 1919, recoge el *Times* de Londres su comentario sobre sí mismo: «Hoy en Alemania me citan como un alemán y en Inglaterra como un suizo judío. Si llegasen a considerarme como "une bête noire" invertirían las descripciones y yo me convertiría en un suizo judío para los alemanes y en un científico alemán para los ingleses».

Pais sigue su vida paso a paso, rastreando la prensa. En 1905, que denomina «annus mirabilis» de Einstein, tiene lugar «su explosión creativa, absolutamente sorprendente», ya que publica las leyes del efecto fotoeléctrico (motivo de su premio Nobel), interpreta el movimiento browniano, propone un método nuevo para determinar el tamaño de las moléculas (tesis doctoral) y expone la teoría especial de la relatividad.

Berna, Zürich, Praga y Berlín son ciudades en las que ha investigado y enseñado. En Berlín transcurrieron los años de la primera guerra mundial (1914-1918), en los que, con un trabajo extenuante, publicó un libro y alrededor de cincuenta trabajos científicos, entre los cuales figuran los que constituyen su contribución más importante a la ciencia: la teoría general de la relatividad. Fruto de su esfuerzo fue el quiebro de su salud, que se prolongó durante los años siguientes.

Al mismo tiempo aparece su radical pacifismo, sus declaraciones condenando la pena de muerte, la firma de manifiestos contrarios al gobierno alemán, con el que tiene dificultades.

Estados Unidos, Inglaterra y Francia son sus primeros viajes anteriores al del lejano Oriente —China y Japón— y a la vuelta, como antes dijimos, a Palestina y a España. Su último viaje largo fue a América del Sur, en 1925, dando conferencias en Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro. Festejado y aplaudido, le dedica la prensa artículos en tono semejante al de otros lugares. De esta época es un trabajo científico, que publicó en español, en la Revista Matemática Hispano-Americana de Madrid.

Antes de su establecimiento definitivo en los Estados Unidos, hace varios viajes a este país. El primero, en 1921, para obtener fondos para la Universidad Hebrea de Jerusalén; el segundo, diez años después, a California; el tercero, al año siguiente, en 1935. En este viaje deja Alemania para siempre. Al cerrar su casa en Caputh le dice a Elsa, su mujer: «Vuélvete. No la verás nunca más». La última estancia en Europa transcurre en Inglaterra y en Bélgica. Aquí recibió ofertas para desempeñar una cátedra en Leiden, lo mismo que en Oxford, en París y en Madrid; de esta última se ocupa Glick en su libro sobre Einstein en España.

Mientras tanto en Alemania el nazismo triunfante desató una campaña violenta contra él. La Academia prusiana de Ciencias tomaba nota, indignada, de la participación de Einstein en una «sucia campaña en América y en Francia, por lo que no tenía que lamentar su marcha». Su estancia en los Estados Unidos está detalladamente expuesta en el libro, desde su llegada en 1933 y su ciudadanía americana en 1940, hasta su muerte en 1955. Participó en actos y reuniones, firmó manifiestos con diferentes motivos, como



JUAN RAMÓN ALONSO

aniversarios de científicos, pacifismo, refugiados, guerra civil española, y tantos otros que harían la lista interminable. No puede faltar la alusión a su comportamiento frente a la física nuclear, las armas atómicas y la guerra mundial. El carácter vario de sus preocupaciones y, por lo tanto, de sus actividades, aparece aquí de modo claro.

La muerte de Einstein no disminuyó la atención que la prensa le dedicó. De ella, y en claro homenaje, elige Pais como título del libro, el dibujo que Herblock publicó en el *Washington Post* unos días después de su muerte. Representa un cosmos con astros, uno de los cuales, por sus paralelos y meridianos se identifica como Tierra, y sobre él reza un cartel: «Albert Einstein vivió aquí». Efectivamente vivió aquí, con los pies sobre la tierra, y su vida mostró facetas que se descubren a través de sus escritos, y nos hacen pensar que además de científico fue un hombre que despertó adicciones y enemistades, afectos y odios, entusiasmo o animadversión, por su radical postura ante los hechos y las ideas. La vida de Einstein está llena de luces y sombras.

En la sombra de Albert Einstein

Este es el título del libro que en 1969 escribió en serbio Desanka Truhović-Gjurić. La cuarta edición de la traducción alemana, de 1988, contiene, además del texto original, cartas cruzadas entre Einstein y Mileva Marić antes de su boda desconocidas hasta que en 1986 fueron encontradas entre los papeles de la herencia de su hijo Hans Albert Einstein.

En *Physics Today*, en los números de agosto y septiembre de 1994, publica Gerald Holton un extracto de ellas como prólogo de un libro que ha escrito sobre *Einstein, historia y otras pasiones*.

Pais estudia las cartas por tres motivos: uno, por la oportunidad de tratar la biografía con nuevos datos; otro, por deshacer el equívoco que circuló sobre la influencia de Mileva en la obra científica de Einstein, y finalmente, para conocer detalles de su hija ilegítima Lieserl y el comportamiento de Albert y Mileva con su hijo menor Eduardo, una figura trágica.

Mileva, cuatro años escaso mayor que Einstein, nació en Titel, entonces en Hungría y más tarde en Yugoslavia, de padres serbios. Fue compañera de Einstein en la E. T. H. En el examen final Albert fue aprobado y Mileva suspensa. El examen de las cartas indica el «crescendo» de su amor, y a través de ellas

se ve cómo entremezclan las pasiones intelectuales con las emocionales. Algunas de las cartas primeras están escritas en hojas arrancadas del cuaderno de notas de clase, que conservan todavía en su reverso cálculos de la teoría electromagnética. En el texto, junto a frases de amor, se expresa la duda sobre la existencia del éter y se habla, en plural, de «nuestros trabajos», lo que ha dado lugar a atribuir a Mileva un posible papel en los orígenes de la teoría de la relatividad, posibilidad que Pais rechaza.

Pais recoge un asunto que sorprendió a todos los biógrafos y que se inicia en la carta de Albert a Mileva de 28 de mayo de 1901, en la que, después de expresar su entusiasmo por un artículo sobre los rayos catódicos, continúa con la pregunta: «¿cómo está el niño?»; para terminar con otra: «¿cómo le va a nuestro hijo y a tu trabajo para la tesis doctoral?». Un futuro incierto se le presentaba entonces: iba a ser padre y no tuvo trabajo hasta julio de 1902, en la Oficina de Patentes de Berna. Mileva había ido a casa de sus padres para dar a luz y allí nació no un niño, como esperaba su padre, sino una niña, a quién su madre llamó Lieserl. Respondió Albert a la noticia preguntando: «¿está bien y grita?». Otra pregunta: «¿quién le da la leche?». Otra pregunta: «¿tiene hambre?». Y comenta que «ahora grita, pero que más tarde aprenderá a reír». El 6 de enero de 1903 Albert y Mileva se casan en Berna en una ceremonia civil. ¿Qué sucedió con Lieserl? Sus padres no la llevaron a Berna. En el verano de 1903 fue Mileva a visitar a su familia. Allí le escribió Albert mostrando su preocupación por el ataque de escarlatina sufrido por Lieserl. Pregunta cómo fue inscrita en el registro «porque hay que tener cuidado con los problemas que después puedan aparecer». Esta carta es la última noticia sobre la niña, que queda envuelta en el misterio.

En mayo de 1904 nace Hans Albert y cinco años después su segundo hijo Eduardo, familiarmente conocido por Tete. Hans Al-

bert se doctora en la E. T. H., emigrando con su familia a los Estados Unidos. Fue profesor de ingeniería hidráulica en la Universidad de California. Murió en 1973 y en su epitafio se lee: «Una vida dedicada a sus alumnos, la investigación, la naturaleza y la música». Las relaciones con su padre no fueron siempre buenas. Fue a Princeton dos días antes de la muerte de Einstein y en una carta a C. Selig comentaba: «sábado y domingo estuve bastante tiempo con mi padre, que se alegró de mi compañía».

Tete mostró desde niño decidida vocación por la literatura y poco interés por los temas científicos. A los nueve años leía a Goethe y a Schiller y más tarde a Kafka, Strindberg y Rilke; tocaba muy bien el piano y no le agradaba la música atonal de la escuela de Viena. Un biógrafo dice que heredó de su padre los rasgos faciales y el talento musical, y de su madre la tendencia a la melancolía. Los últimos años de su vida los pasó recluido en la clínica psiquiátrica de Burghölzli, en donde murió en 1965. En la esquila figuran su hermano Hans Albert y su hermanastra Margot, y la mención de ser hijo del difunto Albert Einstein. Comenta Pais que encuentra escandaloso que no se mencione a su madre, Mileva.

Indiscutible en su ciencia, puede ser Albert Einstein objeto de crítica en tanto que hombre. «No fue un buen marido —dice Pais— y él lo sabía. Pudo ser un buen padre, aunque yo no pueda aventurar en cuánto, porque no queda claro lo que sucedió con Lieserl». De modo muy franco, escribe un mes antes de su muerte, a la viuda de Michele Besso, amigo desde los días primeros de la Oficina de Patentes: «lo que más admiraba en él como un comportamiento humano, era el haber podido vivir no sólo en paz, sino en armonía con una mujer —una empresa en la que yo, desgraciadamente, fracasé dos veces—».

Recuerda Pais que una vez le dijo: «tengo que buscar en las estrellas lo que en la tierra me está vedado». □

RESUMEN

El libro del que se ocupa Armando Durán está escrito por un físico teórico holandés de origen sefardí que se exiliaría en Estados Unidos, donde trataría a fondo, científica y humanamente, a Einstein; pero en el libro apenas

aparece el Einstein científico, que revolucionó la física: lo que nos proporciona el biógrafo es la imagen total del hombre, su talla humana. De ahí el interés de una obra que busca un destinatario más amplio y menos especializado.

Abraham Pais

Einstein lived here

Clarendon Press, Oxford, 1994. 282 páginas. 15 libras esterlinas. ISBN: 0-19-853994-0.

Hacia una antropología literaria

Por Pedro Laín Entralgo

Pedro Laín Entralgo (*Urrea de Gaén, Teruel, 1908*) es miembro de las Reales Academias Españolas, de Medicina y de la Historia, Profesor emérito de la Universidad Complutense y autor de numerosos libros de Historia de la Medicina, antropología y ensayo.

En su conjunto y en su detalle, dos excelencias veo en este libro, una de carácter genérico y otra de orden particular.

La primera es menor y en cierto modo externa, la explícita adhesión de su autor a un empeño intelectual que muchos consideramos necesario: la reconquista de un concepto integral de la antropología, en tanto que conocimiento teórico de la realidad del hombre. Bajo la influencia del reduccionismo semántico en que habitualmente incurre la literatura científica norteamericana, el término «antropología» suele ser entendido como «antropología cultural», y ésta como conocimiento de las formas de vida de los pueblos llamados «primitivos». No. Genéricamente considerada, la antropología es, acabo de decirlo, conocimiento teórico de la realidad del hombre, y tal conocimiento puede ser filosófico, científico-natural, cultural, médico, sociológico, político, económico, teológico..., cada uno como materia de una antropología especial.

¿También, entre ellos, el conocimiento literario? También, con la consiguiente postulación de una antropología literaria, y ésta es la segunda y principal razón de la excelencia del libro que Antonio Blanch ha titulado *El hombre imaginario*; porque, en mi opinión, contribuye de modo muy valioso a la edificación de esa nueva disciplina antropológica.

En mayor o menor medida, con mayor o menor acierto, toda obra literaria sea narrativa, poética o teatral, expresa una visión particular de la realidad del hombre, la de Cervantes en el *Quijote*, la de Shakespeare en su dramaturgia, la de Eliot y la de Rilke en sus respectivos poemas. ¿Por qué?

La realidad visible, comprendida la del hombre, es conocida por la mente humana—sigo el pensamiento de Zubiri— por tres vías diferentes, aunque complementarias: el percepto, el concepto y el ficto.

Percepto es el conocimiento de un ente individual según el «esto»—«Esto que veo es un perro»—, y corresponde a la huella que la visión del ente en cuestión, un perro en este caso, ha dejado en mi cerebro. Concepto es el conocimiento de un ente individual según el «qué», es decir, según lo que genérica y específicamente es el ente percibido—«Yo sé que esto que veo es un perro»—; y lo sé porque sé lo que como especie zoológica es el perro. Que este saber sea el científico del zoólogo o el vulgar del hombre de la calle es cuestión secundaria.

Para entender el carácter científico del libro de Antonio Blanch, más directamente interesa el ficto: la creación de un ente de imaginación de un modo u otro relativo a la realidad perceptual y conceptualmente

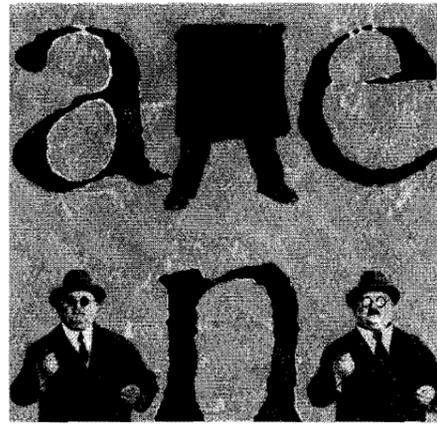
conocida. Enormemente copiosa es la variedad de los fictos. Hay, en efecto, fictos verbales (todas las palabras lo son; «nieve», por ejemplo, es un sonido procedente del latino «nix, nivis» y hace siglos inventado por los habitantes de la naciente Castilla); fictos matemáticos (la letra griega π como símbolo de la relación entre la longitud de la circunferencia y la del diámetro), fictos políticos (la bandera de una nación), fictos religiosos (el dibujo de un pez entre los cristianos de las catacumbas) y... fictos literarios, unas veces relativos a la realidad de un objeto, como la metáfora (el ciprés visto como «l'espectre d'une flama morta», metáfora poética de López Picó que Ortega hizo famosa), otras tocantes a la imaginada realidad de la vida humana, como el cervantino Don Quijote o el galdosiano Ángel Guerra. El conocimiento de la realidad fingida acontece ahora según el «como»: Don Quijote es «como» a los ojos de Cervantes era un modo de existir el hombre en el mundo; Ángel Guerra es «como» ante la mirada de Galdós eran o podían ser ciertos españoles en la España que él conoció.

Basta tan somero apunte para descubrir la posibilidad de edificar una antropología literaria mediante el estudio de los fictos creados por literatos—novelistas, dramaturgos, poetas— de valía universalmente reconocida. ¿Cómo?

Vuelvo a lo dicho: globalmente, la antropología es conocimiento teórico de la realidad del hombre. Y este conocimiento, añadido ahora, puede tener dos metas principales: el «qué» y el «cómo» del hombre. La primera, qué es el hombre, constituye el objeto propio de la antropología filosófica; la segunda, cómo es el hombre, el de cada una de las antropologías particulares: cómo el hombre es en tanto que realizador de cultura (antropología cultural), en tanto que enfermable y enfermo (antropología médica), etc., y así, a su modo, la antropología literaria. ¿Cómo es el hombre, según lo que de él nos han dicho y nos dicen los literatos dignos de estima, desde que en la historia los ha habido, por tanto desde las literaturas que llamamos arcaicas hasta hoy? Enorme tarea, que sólo entre muchos puede ser cumplida.

El hombre es hombre desde que el género humano apareció sobre la Tierra. Algo de común tiene que haber para que con algún fundamento objetivo llamemos «hombres» a todos los individuos pertenecientes al género «Homo», tanto en el lejísimo «Homo habilis» como en el actual «Homo sapiens sapiens», y sólo a ese «algo común» podemos y debemos llamar «naturaleza humana». Pero el «algo común»—por tanto, la naturaleza humana— va cambiando modalmente a lo largo del tiempo; siendo todos hombres, en algo difieren entre sí el «Homo habilis» y el «Homo erectus», el griego antiguo y el europeo medieval, el europeo dieciochesco y el europeo romántico. Con lo cual, una segunda interrogación debe ser añadida a la precedente: ¿cómo el hombre lo ha sido en las diversas situaciones de su historia?; más precisamente; ¿cómo los novelistas, los dramaturgos y los poetas de ca-

ntropología literaria; esto es, al conocimiento de la realidad del hombre a través de los más diversos textos literarios, puesto que toda obra de ficción, con mayor o menor acierto, expresa una visión particular de esa realidad.



ARTURO REQUEJO

da una de ellas han sentido y visto la condición humana?

Antonio Blanch se ha atenido principalmente a los creadores literarios de los dos últimos siglos, y de manera especial a los del nuestro. Con doble propósito, ser a un tiempo investigador y tratadista, ha seleccionado una amplísima serie de textos expresivos de diversos modos de ver y realizar la vida humana; y con muy fina y leal exégesis, los ha presentado al lector. Para excitar la avidez de quienes por vez primera tomen este libro en sus manos, copiaré el elenco de los temas elegidos: héroes y antihéroes (el clásico, el caballeresco, el romántico), imágenes del hombre bueno (entre ellas, la del Don Quijote y la del Príncipe Mischkin), el deseo amoroso y sus formas (eros y literatura, amor romántico y amor burgués, amor pasión y amor trágico), la maldad y la abyección en la realidad del hombre (la mancha, la culpa, el terror, el odio, la agresividad), versión mítica y versión fantástica de la verdad del hombre, utopías y paraísos, el ansia de trascender la limitación del mundo.

He mencionado la fina lealtad con que el autor de este libro practica la exégesis de los textos por él aducidos, y debo decir cómo entiendo yo el ejercicio de esa tantas veces incumplida virtud.

Dos requisitos básicos

El recto comentario de un texto exige el cumplimiento de dos básicos requisitos, uno tocante a la intención con que fue escrito, la comprensión, y otro relativo al juicio que acerca de él se haya formado el comentarista. Comprensión entendida según la significación técnica que la psicología de nuestro siglo ha dado a ese término; conocimiento del sentido intencional del texto en cuestión; desvelamiento de lo que con él quiso decir su autor. Juicio estimativo, por otra parte, cuyos dos extremos posibles son la aquiescencia y la discrepancia.

En abierto contraste con el proceder polémico de tantos hermeneutas doctrinarios, Antonio Blanch practica la comprensión de los textos que transcribe con penetrante y delicada lealtad; es decir, con voluntad constante de entender lo que el texto dice según lo que realmente quiso decir su autor. Si su personal juicio sobre él es aquiescente, para hacerlo ver; y si es discrepante, para situarse ante él según la pauta moral que varias veces he llamado yo «abrazo dialéctico»: mostrar de manera fehaciente que la actitud propia ante la materia de que se trata permite dar razón de ella más convincentemente que la opinión de que se discrepa; más aún, descubrir cómo tal opinión ha podido ser concebida y formada. Por ejemplar tengo el modo como el autor de este libro practica la comprensión y expone sus juicios.

Antonio Blanch es vocacional y confesionalmente cristiano. No puede extrañar, pues, que el último capítulo de *El hombre imaginario* haya sido consagrado a exponer cómo una de las notas más esenciales de la realidad del hombre—ser más, ser siempre; en definitiva, trascender la limitación espacio-temporal de su existencia— está presente en la literatura occidental de nuestro siglo. A los ojos de Antonio Blanch, tres poetas descuellan en la expresión de esa radical pretensión de trascendencia: Rilke, Eliot y Juan Ramón Jiménez. Léase con atención la glosa a este fragmento de *Dios deseante y deseado*, gran poema de Juan Ramón:

—En todo estás a cada hora
siempre lleno de haber estado lleno,
de haberme a mí llenado de tí mismo
y mi gozo constante de llenarme de tí,
en tu vida de dios;
y tu gozo constante de llenarme yo de tí
es mi vida de dios, ¡mi vida!—,
y se verá una estricta confirmación de cuanto acabo de decir.

Acaso no sea impertinente añadir dos textos a los de Rilke, Eliot y Juan Ramón, uno poético, de Baudelaire, y otro filosófico, de Heidegger. Diciendo como poeta lo que siente como hombre, escribe Baudelaire: «Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres». A través de ellas puede ver y ve inmediatamente entes finitos y limitados: fachadas y tejados, árboles y montes lejanos, pájaros voladores y cuerpos humanos transeúntes. Pero esos objetos le suscitan la tácita imaginación de los innumerables que con ellos se hallan en relación real y de los todavía más innumerables que por la vía de la metáfora puedan ser pensados; en definitiva, al «infini» que el poeta nombra en ese verso.

Más elocuente todavía es la ráfaga de interrogaciones que el máximo teórico de la finitud del hombre se hace a sí mismo, poco después de publicado *Sein und Zeit*, en *Kant und das Problem des Metaphysik*. Con estas dos comienzan: «¿Tiene sentido concebir al hombre, sobre el fundamento de su más íntima finitud, como creador, y por tanto como infinito? La finitud de la existencia, incluso como problema, ¿puede ser desarrollada sin una presupuesta infinitud?» El filósofo no dio nunca una respuesta explícita a estas preguntas; acaso, ya en los últimos años de su vida, aludiese vagamente a ella en su opúsculo *Gelassenheit*. La mía dice así: «Sí, tiene sentido, porque el hombre es un ser esencialmente finito, pero no menos esencialmente vocado a la infinitud. Tal es su dignidad y tal es su drama».

¿Qué pasa en la realidad del hombre para que esto sea posible? Desde un punto de vista estrictamente científico, ¿en qué consiste esa radical pretensión de infinitud? Sólo esto puedo decir: que la más reciente neurofisiología del cerebro empieza a dar alguna luz acerca de ese profundo enigma.

Con la esperanza de que esa luz vaya haciéndose más y más intensa, agradezcamos a Antonio Blanch el importante y decisivo paso que con este libro ha dado hacia la configuración de una manera nueva de entender cómo es el hombre: la antropología literaria. □

En el próximo número

Artículos de Francisco López Estrada, Angel Fernández-Santos, Alfonso de la Serna, Antonio García Berrio, Xesús Alonso Montero, Ramón Barce y Sixto Ríos.

RESUMEN

En opinión de Laín Entralgo, Antonio Blanch, jesuita y profesor de Historia y Crítica Literaria en la Universidad Pontificia de Comillas, consigue dar con este ensayo un importante paso hacia la construcción de una an-

Antonio Blanch

El hombre imaginario

PPC, Madrid, 1995. 442 páginas. 2.995 pesetas. ISBN: 84-288-1278-0.

La vanguardia española y su circunstancia

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas y es autor de estudios sobre libros de viajes medievales y de una Introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas y monografías sobre textos y autores de la Edad Media y de los Siglos de Oro.

He aquí un libro necesario para la historia del arte de nuestro siglo. Juan Manuel Bonet, crítico de arte y escritor, emprendió una aventura intelectual difícil y peligrosa: escribir un diccionario que recoja las actividades artísticas que caben en el denominador común de la vanguardia; y así su intención se pluraliza en el título de su obra: *Diccionario de las vanguardias*, y en la misma portada interior se precisa la extensión histórica de la misma: 1907-1936.

Y J. M. Bonet salió con fortuna de la aventura y supo que el propósito de un diccionario de esta naturaleza nunca acaba de estar completo y a gusto de todos; tanto es así que el propio autor lo acaba con un epílogo: «Por dónde seguir trabajando» (págs. 645-650), que es una declaración de honestidad científica y que le obliga a una futura tarea, siempre inacabada, de ampliación y depuración del material reunido en la larga investigación que ha requerido este libro.

Reconozcamos, en primer término, la gran labor realizada. En el fondo del libro se encuentra, latente, una historia de estas vanguardias en España; y esto se percibe por entre el conjunto y la relación interna de los datos agrupados, muy difíciles de reunir por su variedad y dispersión. Y esto es lo primero que destaca: la habilidad en reducir en cada caso una suma de datos personales y la actividad artística del creador y su contorno a un esbozo biográfico suficiente como para que así cada uno quede situado en la historia (no importa si de la nación, del arte o artes que haya cultivado o de la aportación realizada). Y de esto doy fe por la parte que mejor conozco, la andaluza, y la sevillana en particular, algunos de cuyos escritores y artistas traté de cerca y en los que he comprobado el acierto de la labor que implica un libro de esta categoría.



Ramón Gómez de la Serna, por Diego Rivera (1915).

J. M. Bonet eligió como límites cronológicos del período tratado, por el principio el año de 1907, y por el final, el de 1936. En cuanto al primero, es cuestión muy ardua desgajar el modernismo (en el sentido español) de las primeras manifestaciones de la vanguardia. Lo resuelve identificando el modernismo con el simbolismo, pero el deslinde es aventurado porque puede que queden algu-

nas de las manifestaciones del modernismo implicadas en el propósito estético de la vanguardia. Desde el punto de vista literario (que es el que me vale por mi formación), el encuentro entre los «antiguos» y los «modernos», su valoración y enfrentamiento o armonía, ocurre desde la Antigüedad y actúa en forma continua en muchas ocasiones y épocas distintas. Ahora bien, en el período recogido por J. M. Bonet la expansión de una vanguardia cuya modernidad era radical aconteció en forma explosiva y dio por completo la vuelta a lo que había sido común hasta entonces. Y esto fue tan decisivo que con razón J. M. Bonet acoge a J. Ortega y Gasset en el *Diccionario*; la filosofía fue uno de los mejores miradores para contemplar el empuje y difusión de los «modernos» acogidos en esta vanguardia. Y lo digo por experiencia propia, pues la lectura de Ortega me abrió en mis años mozos (1933-36) el aprecio por las nuevas maneras y formas del arte, frente a unos «antiguos» que habían visto con asombro la aparición de una vanguardia que los

echaba fuera del aprecio de los gustos de la época y aun del mercado artístico. El asunto se planteó, entre los años elegidos por J. M. Bonet, en los términos más agudos. La vanguardia fue en ellos una modernidad llevada a su formulación extrema, desde la cual no era posible retroceder ni pactar con los «antiguos», tomando el término en el sentido general artístico con que lo utilizo. Y esto importa considerarlo no sólo desde el proceso de la creación, sino también en cuanto a la recepción de la obra por un público que tenía que entender y apoyar esta modernidad con un refrendo social, aunque fuese sólo de las minorías. Después de 1936, y como consecuencia del traumatismo social de la Guerra Civil, al que voy a referirme enseguida, la herencia legítima de una tradición creadora absorbió de algún modo y encauzó esta extraordinaria expansión artística de la vanguardia. El arte en sí mismo, en su pluralidad creciente (fotografía, cine y luego televisión y hoy ordenador) habría de convertirse en manifestación que la misma vida recogería, quierase o no, porque hoy se encuentra por las calles en los anuncios públicos, se entremete en las páginas de los periódicos y se cuele hasta el mismo hogar en la propaganda comercial de la televisión.

Un peligro espiritual

Por eso conviene referirnos a la otra fecha de 1936. Las biografías del *Diccionario* traspasan en su desarrollo casi todas este año crítico para la vanguardia; y nunca se empleó mejor este adjetivo «crítico», porque la Guerra Civil resultó un hecho clave en su desarrollo. Esta guerra fue un acontecimiento trabajoso de comprender en el mundo artístico de la vanguardia, aun contando con la acometividad de sus seguidores. Si en el dominio universal la guerra de 1914 a 1918 acabó por ser como un acelerador para la dimensión artística europea, esta otra nuestra puso a prueba la fe artística de los creadores. El arte, como innovación radical y en su aspecto de juego que todo lo trastoca, durante la contienda civil acabaría por considerarse más o menos como un peligro espiritual para las partes contendientes, una solicitada por la tradición y la otra, por el realismo popular.

Sin embargo, aun contando con este factor negativo, sobre todo por sus implicaciones públicas, la vida de los artistas prosiguió, cada cual en su medio y ocupándose en lo suyo; de esto resultó una fácil o difícil, sincera u obligada adaptación ideológica, según las circunstancias de cada caso. Y esto siguió en los difíciles años de la postguerra, cuando propiamente una nueva modernidad se iba situando por delante de esta vanguardia ordenada por J. M. Bonet en su *Diccionario*; por eso él prosigue con acierto las biografías y referencias de su obra por después de 1936 hasta hoy, en la medida que lo permite el espacio que dedica a cada caso en su *Diccionario*, persi-



En este número

Artículos de			
Francisco López Estrada	1-2	Xesús Alonso Montero	8-9
Ángel Fernández-Santos	3	Ramón Barce	10-11
Alfonso de la Serna	4-5	Sixto Ríos	12
Antonio García Berrio	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



La vanguardia española y su circunstancia

guiendo así los trazos siguientes de la vanguardia inicial y sus efectos creadores.

Y esta progresión es un factor de gran interés en cada caso, pues se puede seguir la trayectoria vital de cada artista en relación con la obra creada; ésta recoge la experiencia de esta vanguardia que más o menos asimilaron, y desde ella continúan para crear una nueva situación artística en la que se cuenta con ella como con los otros factores artísticos de la legítima tradición. Ese difícil tránsito se intuye a veces por el entramado de las vidas de los artistas, y esto a veces se tradujo en un afán de cooperación humana que sobrepasó los enfrentamientos políticos, sobre todo en situaciones apuradas, si bien no siempre se obtuvieron los frutos que pudieran haberse esperado. En algunos casos, sí, y eso apunta, dentro de la concisión del *Diccionario*, en las entradas de Jorge Guillén y el sevillano Manuel Díez-Crespo, que le ayudó en tiempos difíciles. J. M. Bonet cuida de indicar los entresijos de estas relaciones, sobre todo las que van enlazando poco a poco a los

exiliados con los que prosiguen su labor en España con el loable empeño de reunificar una partición inhóspita. De esta manera cada biografía, en estos y otros muchos aspectos, contiene los datos necesarios para establecer una mínima historia compleja, acompañada de la mención de las obras decisivas en el caso de cada arte. Y también el autor dedica su atención a los que hicieron posible este denso entramado, pues hubo otros muchos que, sin ser propiamente creadores, ayudaron a que la creación vanguardista fuese posible. En la edición abundan las ilustraciones, que son variadas: fotografías y retratos de los artistas, reproducciones de cuadros y lugares importantes; sobre todo, figuran las portadas de los libros y las revistas, pues la relación entre las artes fue estrecha entre los de la vanguardia (un poco a la manera de los de *Fuente Ovejuna*: «todos a una»). En el arte de la imprenta esto resultó sustancial, y las portadas e ilustraciones, viñetas, etc., de estos libros y revistas son testimonios de esta suma de procedimientos artísticos: letrería conveniente de composición manual, grabados vanguardistas que armonizaban con los contenidos de cada obra, buscando una unidad de intención artística.

Una nómina abundante

La nómina de artistas del *Diccionario* es la más abundante de que disponemos para el arte de la vanguardia; abarca gente de letras, pintores, escultores, arquitectos, compositores de música, fotógrafos y cineastas y algún actor o intérprete, y las revistas y ciudades importantes para la vanguardia. También está presente el contorno vanguardista universal de Europa y América, en cuanto que afectó de algún modo a España, pues los artistas de la vanguardia se sentían hermanados por encima de las fronteras y diferencias políticas. Y a esta suma de creadores se unen otros que, sin ser artistas, hicieron posible la labor de éstos y la justificaron con su atención: filósofos, críticos, periodistas y mecenas muy particulares que a veces sólo ponían su esfuerzo en algún aspecto de tan compleja creación. Al final del libro hay una relación de títulos de las publicaciones periódicas que, de un modo u otro, se vieron implicadas en el desarrollo de esta vanguardia (págs. 651-654).

En conjunto, un *Diccionario* tan diverso y complejo en su contenido resulta equilibra-

do por el buen sentido crítico de J. M. Bonet y su gran conocimiento del período. Sólo voy a referirme a unos pocos casos, tocantes a la literatura, que es lo mío. Gómez de la Serna está tratado en casi tres páginas (298-300), como merece; estoy de acuerdo en que es «la figura central de la vanguardia española» (pág. 298). De esta manera, la personalidad de Ramón, acaso menospreciada por el curso zigzagueante de su vida (¡tan suyo, por otra parte!), aparece destacada en la forma conveniente. Muchos de los que hoy peinamos canas entramos en la novedad vanguardista a través de Ramón; la greguería fue la llave que nos abrió la literatura. ¿Quién no quiso emular, en vano, la greguería? Yo también lo hice, y me confieso autor de éstas: «Los cielos metálicos ondulados de las puertas de las casas de comercio son pequeños océanos, con sus mareas a horas fijas»; «El block de almanaque es el único árbol que en enero tiene más hojas»; «La máquina de escribir es la ametralladora del comercio» (1933). La greguería me abrió en la adolescencia el paso hacia la poesía de Juan Ramón Jiménez, Guillén, Lorca, etc. Y de ahí la curiosidad por una pintura diferente, a la que había que corresponder, y a una música que sonaba de otra manera, etc. El libro de J. M. Bonet puede dar sentido a estos etcéteras de nuestra vida, y el mío es un caso que creo que puede multiplicarse por entre los de mi generación y de las inmediatas.

Luego, ya en el ejercicio de la crítica literaria, confirmo lo que ha escrito J. M. Bonet sobre los sevillanos, que es lo que mejor conozco: Sevilla fue, por estos años, «capital poética de España», según Juan Ramón Jiménez. Creo adecuada la extensión dedicada a Rafael Lasso de la Vega, sevillano y parisien, a quien conocí en sus últimos años. De entre las figuras laterales se menciona con acierto

Portada del libro de Bonet, realizada a partir de la revista canaria *La Rosa de los Vientos* (1927-1928).

JUAN MANUEL BONET
DICCIONARIO DE LAS VANGUARDIAS EN ESPAÑA
1907-1936
ALIANZA EDITORIAL

la de Miguel Romero Martínez, tan apreciada por J. Guillén y por mí en una labor conjunta. Y tantos otros más a los que podría referirme, pero que la brevedad de esta reseña me impide citar.

En resumen, la vanguardia tiene un diccionario suficiente para una información documentada y orientadora, contando con su necesaria concisión. Se trata de una obra en progresión por su naturaleza y por la voluntad del autor y que se verá crecida por los estudios que han de seguir sobre una modalidad artística tan atractiva y cercana como ésta. Cito uno que acaba de aparecer: de Pedro Garfias, autor suficientemente tratado en el *Diccionario*, se acaba de publicar una edición de sus *Poesías completas* (Madrid, Ed. Alpuerto, 1996), cuidada por Francisco Moreno Gómez, que además publicó una biografía completa de este poeta de la vanguardia (Córdoba, Diputación, 1996). El número 592 de la veterana revista *Insula* (abril, 1996) está dedicado al «Surrealismo y vanguardia en España». Y otros muchos estudios, libros y artículos, y ediciones de obras han de seguir sobre esta corriente de la estética del siglo XX, a cuyo mejor conocimiento tanto contribuye este *Diccionario*, punto de partida para la información sobre la vanguardia española y su circunstancia humana y social. □

Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«La vanguardia española y su circunstancia», por Francisco López Estrada, sobre <i>Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)</i> , de Juan Manuel Bonet	1-2
«Una Atenas de este siglo», por Ángel Fernández-Santos, sobre <i>Los extranjeros de Mabery Road</i> , de Salka Viertel	3
«De diplomacia», por Alfonso de la Serna, sobre <i>Historia de la Diplomacia Española</i> , de Miguel Ángel Ochoa	4-5
«Filología pujante: de poesía y pintura», por Antonio García Berrio, sobre <i>Il colore eloquente</i> , de Ezio Raimondi	6-7
«Epistolarios de Rafael Dieste», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>Epistolario</i> , de R. Dieste, y <i>Epistolario amoroso</i> , de R. Dieste y Carmen Muñoz	8-9
«La zarzuela española vista desde Alemania», por Ramón Barce, sobre <i>Zarzuela y operetas</i> , de Volker Klotz	10-11
«Cinco reglas de oro», por Sixto Ríos, sobre <i>Five Golden Rules</i> , de John L. Casti	12

Una Atenas de este siglo

Por Ángel Fernández-Santos

Ángel Fernández-Santos (Los Cerralbos, Toledo, 1934) es periodista, escritor (autor, entre otros libros, de *Más allá del Oeste*) y guionista cinematográfico (*El espíritu de la colmena* y *El Sur, de Víctor Erice*, y *Madregilda y Padre nuestro, de Francisco Regueiro*). Actualmente escribe la crítica de cine en el diario *El País*.

El escritor británico Alexander Walker, que estudió a fondo el fenómeno (una rara cadena de fabricación de falsos dioses) del estrellato cinematográfico y que, para poder adentrarse en sus enrevesadas trastiendas, se vio obligado a indagar en el subsuelo del lugar donde este fenómeno ocurrió, dijo: «Hollywood tiene algo de Atenas contemporánea, pues nunca desde los días de plenitud de la ciudad de Pericles había existido otra donde pudiera encontrarse tanta cantidad de talento por kilómetro cuadrado».

Habla Walker, casi no es necesario decirlo, del tiempo de cumbre de la tumultuosa vida de este legendario valle californiano, un arrabal de Los Angeles al que bordean durante todo el año las nubes y por ello siempre hay en él la luz solar que requiere el esplendor de la imagen cinematográfica. Unos años más tarde, el cotillero amarillo estadounidense Kenneth Anger desveló que bajo la casi irreal luminosidad de las llanuras de los grandes estudios de filmación, de las opulentas avenidas y de las colinas verdeoscuro que las flanquean, circula lenta e inexorablemente un pestilente río de fango y de brea en busca de un desagadero en el océano Pacífico, de modo que, a unos cuantos metros por debajo de esa limpia y densa concentración de ingenios por kilómetro cuadrado, si uno pincha en el suelo, brota el chorro negruzco de la basura de la tierra.

Este choque y contraste entre las (en sí mismas exactas, irrefutables) descripciones de Walker y Anger proporciona un soporte a la brillante ocurrencia de Robert Altman cuando definió con cierta amargura y algún sarcasmo a Hollywood no como un sitio o lugar físico, sino como un ámbito moral o, si se quiere, mental: un estado de conciencia o, en la literalidad de su palabra, «una metáfora de América». La idea de Altman es honda, pero un poco imprecisa e incluso, si se acude a las medidas de lo verificable, inexacta, pues ese no-lugar llamado Hollywood no es una construcción estrictamente americana, sino en gran medida (y en algunos aspectos, la medida matriz) una creación de europeos. Y es ahí, en ese cruce de orígenes, en esa asincronía entre ingredientes fundacionales, donde hay que situarse ante la apasionante lectura de un libro como *Los extranjeros de Mabery Road*, si se quiere abarcar todo su alcance y su sutil, casi secreta, condición de radiografía metafórica (un río de luz que se mueve por encima de otro río, éste de sombra, que circula en sentido contrario) de uno de los signos distintivos de este siglo que agoniza.

La autora del libro es Salka Viertel, madre del novelista y escritor de películas Peter Viertel, actriz teatral y a su vez también guionista cinematográfica (escribió para Greta Garbo *La reina Cristina de Suecia*, que dirigió el ruso-armenio Rouben Mamoulian, uno de los incontables extranjeros que pasaron por los salones de su célebre mansión del 165 de Mabery Road), de origen polaco, pero formada intelectual y artísticamente en el tumultuoso Berlín de la República de Weimar y en la fértil y tortuosa Viena del período de entreguerras. Salka Viertel estuvo casada, y de él adoptó para el resto de su vida el apellido, con el director de escena y realizador cinematográfico alemán Berthold Viertel, artista de sólida cultura y profesionalidad, pero que en cuanto creador su celebridad ha quedado por debajo de las legendarias sombras



Salka Viertel con su hijo Peter y la actriz Deborah Kerr, en la boda de ambos (1960).

Salka Viertel con el director soviético S. Eisenstein en la playa de Santa Mónica (1931).



de algunos de sus colegas compatriotas (Bertolt Brecht, Max Reinhardt, Wilhelm Murnau, entre muchos otros amigos y colaboradores que hoy ocupan un lugar en la identidad del arte contemporáneo), que como él y su familia abandonaron en desbandada Europa, a raíz del, en terminología brechtiana, «resistible» ascenso al poder de Hitler y sus bandas de asesinos nacionalsocialistas. Este éxodo de talentos condujo a los fugados de Centroeuropa al otro lado del Atlántico e hizo instalarse a muchos de ellos en el valle-metáfora de los dos ríos de Los Angeles; y allí contribuyeron decisivamente a crear, sobre el subsuelo del río negro, la blancura de la Atenas californiana de que habló Walker.

Un testimonio excepcional

La nómina de artistas europeos y de pasajeros americanos y no americanos cercanos a esta gran mujer hace que este su testimonio autobiográfico tenga dimensiones excepcionales, que llevan al lector a encontrar página tras página sonoridades como las de los cinco nombres arriba citados y muchas más, de las que hacemos un mínimo resumen, para que se vea por dónde van los tiros en la asombrosa memoria de esta dama. Por ejemplo (y además de la sueca Greta Garbo, de la que fue íntima amiga, y del ruso Mamoulian y los alemanes Brecht, Murnau y Reinhardt), bien por sus casas de Berlín y Viena o bien por su palacete hollywoodense de Mabery Road, pasaron también, sin orden ni concierto, el alemán Ernst Lubitsch, el letón Serguéi Eisenstein, el checo Franz Kafka, el alemán Paul Wegener, los austriacos Oskar Kokoschka y Anton von Webern, el ruso Igor Stravinsky, el francés Jean Renoir y, con ellos, junto a ellos, o tras ellos, Ernst Stern, Karl Freund, Heinrich Kleist, Marlene Dietrich y, como añadido, esta enorme andanada: Arnold Shoenberg, Alban Berg, Karl Kraus, Konstantin Stanislavski, Georg Grosz, Thomas y Heinrich Mann, Otto Preminger, Douglas Sirk, Jacques Feyder, Emil Jannings, Conrad Veidt, Robert Flaherty, Charles Boyer, Charles Laughton, Albert Einstein, Fred Zinnemann, Laurence Olivier, Anatole Litvak, David Lean, Vivien Leigh, Stefan Zweig, Charles Chaplin, Helene Weigel, Max Ophüls, Deborah Kerr (nuera suya), Kurt Weill, Gottfried Reinhardt, Marcel Achard, Maurice Chevalier, Otto Klemperer, Aldous Huxley, Fritz Lang, Marie Curie, Alma Mahler, Billy Wilder, William Dieterle, Bruno Walter e incontables más creadores con eco propio en las resonancias del arte contemporáneo. Un hospedaje apabullante.

Un rasgo une a casi todos estos nombres: que, en su inmensa mayoría, eran pobladores más o menos circunstanciales de Hollywood, en el que dejaron su imborrable huella, y to-

dos eran europeos huidos del hambre, de la angostura y de la política de su Europa. Como europeo era el sello que, desde los fundadores a los epígonos de la factoría de sueños californiana, hizo del Valle de la Brea una Babilonia contemporánea, en la que se fundieron y confundieron las voces y los gestos del alemán Carl Laemmle, del ruso Luis B. Mayer, de los suecos Moritz Stiller, Viktor Sjostrom e Ingrid Bergman, de los rumanos Edward G. Robinson y Jean Negulesco, de los húngaros Michael Curtiz y Alexander Korda, de los austriacos Erich von Stroheim y Josef von Sternberg, de la polaca Pola Negri, del griego anatolio Elia Kazan, de una pléyade de irlandeses encabezados por un niño llamado Sean O'Fearna, conocido luego como John Ford, y otra de británicos literalmente incontable, que han elaborado película a película, desde el arranque del cine hablado al de nuestros días, la identidad universal de esa barriada de Los Angeles, ya arrancada de su ciudad.

El fenómeno de la incorporación por oleadas de la imaginación europea al no-lugar de la metáfora americana es prácticamente inabarcable y conforma la evidencia mayor de la internacionalidad, antesala de la universalidad, del lenguaje cinematográfico. *Los extranjeros de Mabery Road* es un testimonio riquísimo de algunas entretelas de este suceso migratorio, que comienza en la segunda década del siglo y se mantiene todavía en esta última, sin haber experimentado un sólo respiro en las siete intermedias. Salka Viertel fue arrastrada por las dos más volcánicas y trágicas (por no queridas por quienes las protagonizaron) de estas oleadas: la provocada en la imaginación de la izquierda europea por el nazismo y (dos décadas después en sentido inverso) por el mazazo del Comité de Actividades Antiamericanas del senador Joseph McCarthy a estos fugados del fascismo europeo que definieron Hollywood y, como pago a su servicio, fueron devueltos por el fascismo americano a sus raíces abandonadas, doble tragedia que ejemplifican, entre miles de ellas, la expulsión «industrial» de Fritz Lang a la Alemania de donde saltó a California, y el destierro político de Charles Chaplin a su Londres natal.

RESUMEN

A ese valle californiano, arrabal de Los Angeles, con una luminosidad especial, casi cinematográfica, se le ha llamado de todo: desde «fábrica de América» a «pestilente estercolero». Es Hollywood; en buena parte crea-

Salka Viertel regala al lector noticias impagables sobre las interioridades de ese éxodo a América y contraéxodo a Europa de algunos de los creadores fundamentales de Hollywood. Son informaciones impagables, porque están dichas desde dentro, desde una carne que sufrió aquella chirriante y obscena doble injusticia. Las zonas del libro que abren al lector algunas puntas de los hilos de este monstruoso vaciamiento de Europa y de su posterior desagradecimiento de América son una recomposición luminosa de un acontecimiento sombrío; y se percibe en su escritura, llena de reproducciones de cartas íntimas y de conversaciones privadas, una vitalidad adicional a la propia vitalidad de la memoria espontánea de la autora, muerta en Suiza en 1978. El delicado tamiz con que Salka Viertel reconstruye los años de formación y del ascenso a su plenitud como mujer y como artista se vuelve luego, en la memoria de sus desdichas posteriores, abrupto; y ahí, en esa mutación, es posible encontrar un indicio de la auténtica condición de memoria de este escrito, jalonado de magníficos olvidos. Porque Salka Viertel trata de tú a tú a la historia, maneja leyendas con la naturalidad de quien cuenta un cotilleo, toca con desparpajo lo ahora intocable: lo ha visto, sentado a su lado, bostezar o eructar, y esto le permite añadir una gota vez de pequeñez humana a la grandeza de aquellos a quienes hoy entreveamos a través de su sacralización por el paso sin deterioro de su obra por encima del tiempo.

La mirada de esta pobladora de la Atenas contemporánea, cuyo salón literario (musical, pictórico, teatral y cinematográfico) del número 165 de Mabery Road es parte de esa leyenda, tiene hoy destellos de una mirada cercana y casi confidencial al lector. No hay solemnidad en los frondosos recuerdos de esta inteligentísima mujer atestada de un mundo hoy solemnizado por su sombra sobre las arrugas de un siglo que, en los ojos de Salka Viertel, es un simple rato, un alrededor. Por ello (y no buscado, como ocurre en todo verdadero gesto de elegancia) no es difícil descubrir en el relato de su vida un rasgo de esa peculiar forma de aristocracia que crearon las gentes de la vieja izquierda europea de entreguerras, cuando pertenecer a la libertad era umbral de muerte violenta o, en el mejor de los casos, de persecución y de éxodo, en el caso de esta mujer, hacia la construcción de los muros de esa Atenas edificada sobre el fango que todavía conocemos como Hollywood. □

Salka Viertel

Los extranjeros de Mabery Road

Ediciones del Imán, Madrid, 1995. 521 páginas. 3.700 pesetas. ISBN: 84-89133-03-4.

De diplomacia

Por Alfonso de la Serna

Alfonso de la Serna (Santander, 1922) ha sido Embajador de España en Túnez, Suecia, Marruecos y Naciones Unidas (Ginebra). Fue director general de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores) en 1963-68 y 1976. En 1962 obtuvo el «Premio Mariano de Cavia». Es autor de Imágenes de Túnez y Embajadas de España y su historia.

El libro cuya lectura propongo aquí viene a proveer respuestas a una necesidad largamente sentida en nuestra historiografía: la explicación de la diplomacia española a través de los siglos.

Es abundante la bibliografía española —y la extranjera— acerca de las relaciones internacionales de España o en las que España haya tenido alguna intervención. También lo es en cuanto al aspecto puramente diplomático de esas relaciones, pero limitándose a períodos históricos concretos o a personajes que fueron relevantes en el menester de la diplomacia. Mas faltaba una historia de nuestra diplomacia, contemplada en su conjunto y a través de los tiempos. Esto es lo que, afortunadamente, empezamos a poseer gracias al esfuerzo serio, tenaz, digno de admiración, de un brillante diplomático español y distinguido historiador, Miguel Ángel Ochoa Brun, quien en el momento en que escribo este artículo es Embajador de España en Viena.

La obra del embajador Ochoa comenzó a publicarse en 1990, habiendo visto la luz, hasta ahora, cuatro volúmenes que han sido editados, dentro de la colección «Biblioteca Diplomática Española», por nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. La aparición reciente del cuarto volumen motiva el presente comentario.

No es propósito de estas líneas llevar a cabo un análisis crítico del libro de Miguel Ángel Ochoa porque, siendo éste muy extenso, el trabajo excedería con mucho del espacio de que disponemos; y además porque, no estando aún terminada la obra, sería prematuro enjuiciarla. Nos limitaremos, pues, a dar cuenta del esquema general y contenido principal de los cuatro volúmenes aparecidos, para luego permitirnos algunas reflexiones que, al margen del libro, nos suscita su lectura.

Concebida la diplomacia —en palabras del autor de esta obra— como el «utensilio del que los Estados se han servido a lo largo de los siglos» para conducir las relaciones internacionales, su historia requerirá el conocimiento de esa herramienta y de los personajes que la han manejado a lo largo de los tiempos. Consciente de los diversos riesgos a que se expone su trabajo, el autor se da cuenta perfectamente, en primer lugar, del posible anacronismo —si uno se atiene a una semántica superficial— del uso, por ejemplo, de la palabra «diplomático», o del vocablo «embajador», si los usamos para todas las épocas, por el peligro de que traslademos a ellas nuestras concepciones de hoy. Pero, entendiendo que al lector avisado no le será difícil salvar este y otros riesgos de la traslación histórica, su trabajo comienza, en el primer volumen, con el estudio de la antigüedad, cuando, en el territorio que hoy llamamos España, comienzan las relaciones exteriores entre pueblos diversos y aparecen unas primeras actividades «diplomáticas», ya en tiempo de Cartago y de Roma. Ello ocupa el capítulo preliminar.

A continuación sigue un capítulo sobre la «diplomacia visigoda», otro acerca de la «diplomacia astur-leonesa», y finalmente uno dedicado a la «diplomacia castellana». Estos cuatro capítulos consumen el volumen I de la obra. El volumen II se ocupa de las

diplomacias medievales «catalana», «aragonesa», «mallorquina» y «navarra». El volumen III contiene un excursus extra-español, pero indispensable en el contexto del marco ibérico, que explica la diplomacia portuguesa, desde el nacimiento de la primera monarquía lusa hasta el final de esa diplomacia en la Edad Media, el siglo XV. Y, por último, el volumen IV entra ya en la Edad Moderna, y todo él va dedicado a la diplomacia renacentista, que, en el caso de España, es, básicamente, la de los Reyes Católicos.

El trabajo cumplido hasta ahora por el autor de esta importante obra permite augurar un éxito del conjunto cuando el plan general se materialice en el capítulo previsto como final y que irá dedicado a la «Diplomacia en el último cuarto del siglo XX». Entonces, los estudiosos de nuestras relaciones exteriores y de la diplomacia que estuvo a su servicio podrán contar con un «reference book», o libro de consulta, absolutamente indispensable, que habrá venido a llenar una página en blanco de la correspondiente historiografía española.

Inteligencia y tacto

Sir Ernest Satow (1843-1929), uno de los grandes diplomáticos de la edad contemporánea y autor clásico del Derecho Diplomático moderno, decía en las líneas iniciales del capítulo I de su famosa *Guide to Diplomatic Practice* (1) que la diplomacia «es la aplicación de la inteligencia y el tacto a la conducción de las relaciones oficiales entre gobiernos de estados independientes, extendiéndose a veces a sus relaciones con estados dependientes (vasallos); o, más brevemente, la conducción de los negocios entre estados por medios pacíficos».

Aunque, probablemente, uno podría encontrar tantas definiciones de la diplomacia como autores hay de tratados y demás libros sobre este arte y ciencia, retenemos la de Satow, un hombre que se entrenó profesionalmente en países tan lejanos, complejos y sutiles como Japón, China y Siam (Tailandia), porque contiene tres rasgos fundamentales e intrínsecos a la diplomacia: «inteligencia», «tacto» y «medios pacíficos». Sin ellos, la diplomacia no existiría.

Por esta razón, aunque el término «diplomacia» tenga hoy unas connotaciones modernas y un contenido técnico difícilmen-

te trasladable a épocas pasadas e incluso remotas, su esencia es, en definitiva, tan antigua como el hombre mismo, al menos como el hombre civilizado. Allá donde un pueblo, o un grupo humano, haya necesitado tratar con otro grupo humano diferente, extraño a él, es decir, «extranjero», comprendiendo que no era posible ni conveniente imponerle su voluntad e intereses por la fuerza, por la guerra, ha tenido siempre que acudir a sus dotes de inteligencia, de tacto y de sentido de la paz para llevar a buen puerto el trato necesario; es decir, ha tenido que acudir a la «diplomacia», sea cual fuere la forma que ésta adoptaba, el ritual de que se rodeaba, la manera de consolidar lo acordado, convirtiéndolo en una norma respetada por ambas partes. Es muy natural, pues, que, con independencia de las precisiones técnicas que una comprensión científica de la diplomacia requeriría en cada caso, tanto en el tiempo como en el espacio, el lenguaje de la sabiduría popular continúe hoy calificando de «diplomático» o «diplomacia» a toda persona o conducta que se manifiesten con prudencia, discreción, propósito de entendimiento profundo de los problemas, deseo de objetividad y espíritu de paz, todo ello articulado con habilidad.

Este artículo no es un ensayo erudito sobre la diplomacia y, por tanto, no necesita extenderse más sobre el concepto de «diplomacia» ni sobre el origen del vocablo, que, como es bien sabido, procede del término latino «diploma», que viene a su vez del griego, y que alude a una tablilla o papel que se doblaba y que contenía un documento oficial, una comunicación importante, un despacho, bula, privilegio, título o credencial, generalmente firmado por una autoridad soberana; ni tampoco éste es el lugar para una caracterización detallada e histórica del «diplomático», portador de un diploma, enviado, encargado de una negociación inteligente, discreta y pacífica con la que se intentaba establecer una relación «exterior», prevenir o resolver un conflicto.

No estará de más, sin embargo, referirnos al vocablo «embajador», que designa, desde el siglo XIII, al enviado diplomático de máximo rango para una misión específica, temporal o permanente. Hasta entonces, y siguiendo la tradición latina de la Antigüedad clásica, el enviado era el «orador», el «nuncio» o el «legado». Según la tradición griega, podía ser también el «mensajero».

Pero el nombre de «embajador», que nos es tan familiar en nuestros días, nace, al parecer, de una palabra latina usada en las Galias, «ambactus» —servidor—, procedente a su vez de la expresión germánica «andbahti» —servicio, empleo—, que tiene sus variantes en el antiguo alemán «ambath», en el anglosajón «ambith» y en el bajo latín «ambactia». De ahí surgió en la lengua occitana antigua (lengua d'oc), en el siglo XIII, el término «ambaissada», en el sentido de «encargo», «servicio», aunque el vocablo «ambascia» —como pena, dolor, fatiga— aparezca también en el Dante (*Inferno*, XXIV y XXXIII) (J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico castellano e hispánico*, II, Gredos, Madrid, 1984, pág. 555).

Si ello es así, tendríamos que el embajador es el enviado que cumple un servicio —el de la diplomacia— y tal vez de manera difícil, con trabajo arduo, fatiga y hasta pena. Algo más serio y complicado que la definición irónica de sir Henry Wotton, poeta y diplomático inglés (1568-1639), quien dijo que el diplomático era «an honest man sent to lie abroad for the good of his country» («un hombre honrado enviado a mentir al extranjero por el bien de su país»).

Sentido de servicio

Aquí llegamos a la médula misma de la diplomacia y del diplomático, en el sentido de servicio y de servidor o encargado; en ocasiones ante la dificultad, la fatiga y la pena. Creo que éste ha sido el espíritu que ha presidido la idea del «embajador», como máximo diplomático, en los mejores capítulos de la historia de la diplomacia española.

Nuestro país, por las razones permanentes de la geografía y por los acontecimientos de la historia —tan condicionada por aquella—, se ha visto, desde su más lejano pasado, frente al destino de una inevitable y a veces arriesgada diplomacia.

Cruce de caminos entre Europa y África; terreno que se disputaron los grandes imperios de Cartago y Roma; plataforma de la invasión islámica de la Europa occidental; conjunto de reinos medievales en guerra o en paz; trampolín para el descubrimiento, conquista y colonización de América; imperio europeo y ultramarino; gran potencia



TINO GATAGÁN

Viene de la página anterior



continental y marítima durante un par de siglos; crisol de pueblos, culturas y religiones, la España plural y mestiza ha estado realmente «condenada» al trato múltiple con toda clase de gentes y en todas circunstancias, al ejercicio del menester de la negociación pacífica, alternada con el otro menester opuesto, el de la guerra —la guerra, diría Clausewitz, es la «continuación de la política con otros medios»—.

En la historia de la diplomacia occidental de la Edad Moderna, la que nace con el Renacimiento —para no remontarnos a épocas anteriores—, ya con misiones diplomáticas permanentes, al lado de los nombres europeos ilustres como el gran Maquiavelo —uno de los símbolos de esa época—, o Kaunitz, Talleyrand, Metternich, Lord Stratford de Redcliffe, Lord Malmesbury, un nombre español surge en el siglo XVII, con personalidad propia y gran fuerza, hasta convertirse casi en una leyenda; el nombre de don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, Embajador en Londres (1613-1618 y 1620-1622), quizá el diplomático español que mayor prestigio y autoridad haya alcanzado en Inglaterra. Tenía Gondomar detrás de sí una gran tradición de diplomacia española, la que venía desde el siglo XV, cuando España crea la que, tal vez, fue la primera embajada de cualquier país que hubo en el mundo occidental con carácter permanente: la de don Gonzalo de Beteta, primer embajador de los Reyes Católicos en Roma, enviado en 1480. Era aquella una tradición que iba a ir dando, sucesivamente, nombres, en el mismo siglo XV, como los de mosén Diego de Valera, Gutierre Gómez de Fuensalida; y ya en tiempo de Carlos V, el de Juan de Vega; después, el del Duque de Feria, embajador de Felipe II; don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, que representó a Felipe III; el insigne don Diego de Saavedra Fajardo, testigo de la gran diplomacia europea del siglo XVII; Gardoqui, Aranda, Florida-Blanca, en el siglo de Carlos III: todo un gran friso de enviados que ejercieron brillantemente el sutil oficio de la diplomacia. Hemos citado sus nombres, que destacan entre una posible lista de embajadores señeros, porque corresponden a unos siglos durante los cuales España ejerció una política exterior de gran potencia mundial, al servicio de la cual desplegó una diplomacia de alta calidad. Las alzas y bajas de la historia posterior han podido influir en nuestra diplomacia y ésta ha podido convertirse en un oficio más modesto o menos conocido, pero nunca ha olvidado su historial y ha procurado ser fiel a tan brillante palmarés.

Y ahora cabe una pregunta obvia: ¿qué tendrá que ver aquella diplomacia clásica con la que se ejercita en nuestro tiempo y ha de ejercitarse en el futuro? Parece que en la Sociedad Geográfica de Berlín había, a principios de este siglo, un gran mapa de Europa en cuyo ángulo inferior izquierdo, y en un pequeño recuadro, se reproducía otro mapa, también de Europa, pero reducido a un tamaño diez veces menor que el grande. Éste, el grande, quería significar la Europa de siempre hasta después de Napoleón. El pequeño pretendía representar lo que se había empequeñecido Europa después de la revolución de comunicaciones y transportes acaecida durante el siglo XIX. Hoy, en los umbrales del siglo XXI, cuando los europeos se pueden encontrar en pocas horas o ponerse en comunicación en pocos minutos o pocos segundos, ¿qué quedaría de la «Europa grande» pre-napoleónica, o incluso de la «pequeña Europa» de la Sociedad Geográfica de Berlín? ¿Qué espacio hay para la diplomacia que se movía en carroza, navegaba a vela y escribía con pluma de ave? ¿O incluso para la «moderna» diplomacia de este siglo XX que termina?

En nuestros días, los jefes de Estado o de gobierno, los ministros, los gobernantes y políticos de toda clase pueden hablar instantáneamente; se pasan, con frecuencia, gran parte de su tiempo en reuniones durante las cuales se consultan acerca de todo; y dan pocos pasos sin contar con el parecer del otro. En estas circunstancias, ¿para qué sirve el tradicional «enviado», ese intermediario entre dos estados diferentes, quizás lejanos; ese diplomático a cuya «inteligencia», «tacto» y «espíritu de paz» se confiaba, a menudo con plenos poderes —no en vano se le adjetivaba de «plenipotenciario»—, la conducción de las relaciones internacionales?

Diplomáticos especialistas

Hay quien piensa que, en la «aldea global» hacia la que nos encaminamos, la diplomacia tradicional desaparecerá, sustituida por el diálogo directo entre los técnicos de las diversas especialidades. Ya, por lo pronto, en la diplomacia actual se está produciendo la diversificación, y al «experto en ideas generales» que era el diplomático clásico suceden los diplomáticos especialistas en cuestiones económicas, jurídicas, culturales, de medios de comunicación, asuntos militares, etc. Otros se especializan en áreas geográficas e históricas, Mundo Árabe, Hispanoamérica, Extremo Oriente, etc. Proliferan y se desarrollan las organizaciones internacionales, sean de las Naciones Unidas o de vastos conjuntos geopolíticos: Unión Europea, OTAN, Organización de Estados Americanos, Organización de la Unión Africana, Liga Árabe, Conferencia Islámica, ANSEA, Unión de Europa Occidental, Consejo de Europa, etc. Ha surgido así la llamada «diplomacia multilateral», frente a la clásica «diplomacia bilateral», de Estado a Estado. Diplomacia multilateral mucho más impersonal, abstracta y fría, que, en ocasiones, da la impresión de producirse en un «huis clos», en el encierro de una sala de debates, entre supuestos «diplomáticos» que en realidad son unos «técnicos» atentos a su especialidad, que apenas se conocen, que cambian con frecuencia y que se encuentran alejados de la vida del país en que se reúnen, pendientes de las instrucciones de sus «capitales» y humanamente distantes de sus interlocutores. Ante estas realidades, ¿qué nos reserva el futuro para la diplomacia?

Mas quien esto escribe es un viejo diplomático, educado en la escuela tradicional. Los jefes que tuvo en su juventud, cuando daba los primeros pasos en «la Carrera», habían servido, a su vez, como jóvenes secretarios de embajada, a las órdenes de famosos diplomáticos españoles del primer tercio de este siglo: los Villalobar, Viñaza, Merry del Val, León y Castillo, Villaurrutia, Quiñones de León, González-Hontoria, Esteban de Cañongo, Pérez Caballero, Madariaga... Toda una época histórica se había ido con ellos, pero sus experiencias, su sabiduría, su «manera», habían dejado una huella que, a través de sus discípulos, llegaba hasta el autor de las presentes líneas como una lección viva, válida, permanente.

El mundo, cierto es, está dando un gran vuelco y nadie puede predecir su forma futura. Pero habría que ser muy pesimista para pensar que la esencia humana iba a cambiar, y que no la reconoceríamos ya en un «brave, new world» como el de Aldous Huxley. Las técnicas, incluyendo las políticas, irán modificando las estructuras mundiales, pero el mundo mismo es muy grande y diverso. Tal vez queden siglos por recorrer hasta que se transformen todos los pueblos que hoy constituyen la comunidad de na-



TINO GATAGÁN

ciones; para que cambien las civilizaciones diversas que hoy empiezan a encontrarse, cara a cara, quizás por primera vez, de manera radical; para que razas, culturas y religiones hablen un mismo lenguaje político, jurídico, económico, cultural. Superficialmente nos iremos pareciendo cada vez más, pues vamos todos utilizando las técnicas de la sociedad occidental, pero quizás se aproximen solamente las «elites» dirigentes y poseedoras de esas técnicas. Mas debajo de la superficie seguirán fluyendo corrientes profundas y distintas.

Conceptos diferentes

La idea que hoy se tiene, por ejemplo, del Derecho Internacional, de las normas de la Organización de las Naciones Unidas, de la Declaración de los Derechos Humanos, puede parecernos, a primera vista, la misma, por el simple hecho de que todos los países de la comunidad internacional han suscrito esos principios jurídicos de convivencia mundial. Pero a poco que nos adentremos en el interior de las diferentes sociedades advertiremos que no sólo esa idea es diversa, sino que hasta el concepto mismo que se tiene del hombre o de la mujer varía según los pueblos y las civilizaciones, dando lugar a diferencias inquietantes, cuando no a verdaderos abismos de comprensión. La sociedad islámica, la india, la china, los pueblos del África negra nos dan a diario testimonio de dicha diversidad, también a diario conflictiva. La misma Europa, que los europeos creemos que es una, resulta que en cuanto se tocan cuestiones que atañen a sus raíces diversas, a sus intereses específicos, a sus diferentes vínculos históricos, a sus problemas locales, se nos presenta fragmentada; surge en ella el conflicto, a veces con la violencia que hemos contemplado en la antigua Yugoslavia, con las situaciones caóticas aparecidas en lo que fue la Unión Soviética, o con las tensiones que brotan en el seno mismo de la Unión Europea.

Pero quedará siempre el hombre, ese ser complejo, «ese desconocido», como decía hace muchos años Alexis Carrel. Y ese hombre, difícilmente reducible a fórmulas y esquemas teóricos de supuesta validez univer-

sal, a funcionamientos mecánicos como los que se intentan desde las grandes organizaciones internacionales, exigirá —yo creo— la presencia humana del diplomático; un diplomático que dispondrá de nuevos y revolucionarios medios de trabajo, pero que tendrá que actuar sobre el terreno estudiando y conociendo cada sociedad nacional; informando con profundidad y viveza sobre las tendencias, reacciones y reflejos de cada una de ellas, y a veces de cada hombre que sea importante en cada circunstancia; manteniendo un diálogo personal con aquellos que están «detrás de los ordenadores» impersonales, de los programas y los acuerdos. Un diplomático, en fin, que habrá de usar de la «inteligencia», el «tacto» y el «espíritu de paz» en los que pensaba el viejo don Antonio de Vera y Zúñiga en su clásico libro *El Embaixador*, cuando nos decía que la diplomacia era un oficio de «sublime tercería», el trabajo del «tercero», del hombre que «con maña confirma dos voluntades las más veces diferentes».

Éstas son algunas reflexiones que se me ocurren a la vista de los cuatro volúmenes, hasta ahora aparecidos, de la *Historia de la Diplomacia Española*, que va escribiendo, con inteligencia, sabiduría y gran estilo, Miguel Ángel Ochoa, hoy embajador de España en la vieja Viena de la gran diplomacia europea. □

(1) La bibliografía sobre el Derecho y la práctica diplomática es muy abundante, como se puede suponer. Entre los autores cuyos nombres resultan familiares para un diplomático de nuestro tiempo podríamos citar los siguientes, incluyendo a Satow, por orden cronológico:

- Karl von Martens o Charles de Martens, *Guide diplomatique*, Leipzig, 1866.
 - Paul Pradier-Fodéré, *Cours de Droit Diplomatique*, Paris, 1889.
 - Raoul Genet, *Traité de Diplomatie et de Droit Diplomatique*, Paris, 1931-32.
 - Sir Ernest Satow, *A Guide to Diplomatic Practice*, Londres, 1932.
 - Harold Nicolson, *Diplomacy*, Londres, 1939.
 - Rubens Ferreira de Mello, *Tratado de Direito Diplomático*, Rio de Janeiro, 1948;
- y como autores españoles citaremos, también por orden cronológico, a:
- Antonio de Castro y Casaleiz, *Guía práctica del diplomático español*, Madrid, 1886.
 - G. Vidal y Saura, *Tratado de Derecho Diplomático*, Madrid, 1925.
 - José Sebastián de Erice, *Normas de Diplomacia y de Derecho Diplomático*, Madrid, 1945.

RESUMEN

Un diplomático de la vieja escuela, como así se define Alfonso de la Serna, reflexiona, al hilo de la aparición de una historia incompleta todavía de la diplomacia española, sobre el papel tan diferente que tiene hoy que desem-

ñar un diplomático al servicio de su país y cómo a pesar de todos los cambios, habidos y por haber, un diplomático debe seguir usando de la «inteligencia», el «tacto» y el «espíritu de paz», tal como sugerían los tratadistas clásicos.

Miguel Ángel Ochoa

Historia de la Diplomacia Española

Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, cuatro volúmenes (I, 1990, 286 páginas; II, 1991, 343 páginas; III, 1991, 430 páginas; y IV, 1995, 563 páginas). ISBN: 84-85250-88-7.

Filología pujante: de poesía y pintura

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 ha desempeñado la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

No es un fenómeno nuevo ni, en principio, sorprendente: la reactivación o, si se quiere, la prolongación al tiempo actual del cotejo especulativo entre las artes de la poesía y de la pintura. Desde Simónides y Horacio en la Antigüedad hasta Schlosser o Lee en la historiografía de nuestro siglo, el catálogo de las menciones más o menos puntuales o desarrolladas del símil, estereotipado en lema cultural, sería sencillamente innumerable y como tal escasamente sorprendente. En tales casos, lo que resulta redobladamente ilustrativo suele surgir en la constatación de determinadas inflexiones o accidentes innovadores en este género de tradiciones tópicas. Así, por ejemplo, mediante la inversión de los componentes del tema que introdujimos en un libro de 1988, *Ut poesis pictura: Poética del arte visual* (Madrid, Tecnos), pretendíamos destacar una curiosa involución paralela en las situaciones del pensamiento científico y de las prácticas artísticas correspondientes en la cultura moderna de nuestro siglo.

Lo peculiar e interesante ahora, en este último libro de Raimondi, *Il colore eloquente*, es que se trata de una reactivación singular de la tradición crítica que podríamos denominar retórico-humanística. Que un gran crítico literario tan avezado y atento a las modificaciones en las corrientes intelectuales y artísticas de la sensibilidad contemporánea como Ezio Raimondi haya incidido, también él y actualmente, en la cuestión de las interacciones de la literatura y las artes visuales

obliga a reflexionar, sin duda, sobre la condición siempre sintomática de esas corrientes cruzadas. Y tanto más cuando, junto al ejemplo de Raimondi, puede añadirse el también reciente de otro de sus contados pares en el panorama académico del humanismo europeo, Marc Fumaroli, autor en 1994 de *L'école du silence*, un estudio monumental sobre la pintura romana del barroco. Precisamente un título y una constitución intelectual antitéticos de los de la obra mayor que consagró su autoridad sobre la literatura francesa del XVII, su conocida tesis *L'âge de l'éloquence*. Nos enfrentamos así al fenómeno interpretable de que los dos más grandes representantes europeos de la historiografía humanística sobre el barroco literario hayan producido, casi simultáneamente, otras tantas reflexiones sobre el sintomático cruce simbólico entre pintura y literatura.

La imagen barroca entre moderno y postmoderno

Actualmente se recuerda poco —tal vez porque vivimos hoy una vorágine más inculta en el fondo que inocentemente acelerada— que tan sólo hace quince o veinte años se hablaba comúnmente de «neobarroco» para aludir a modalidades de la literatura, de García Márquez a Lezama Lima, y de la pintura de Bacon a nuestros José Hernández o Enrique Brinkmann, que han resultado ser a la postre, considerados en perspectiva, los desarrollos más precoces del postmoderno, dentro de un concepto de vanguardia progresiva entendida por entonces como modernidad inquieta. En el primer apartado de su libro, «Lo specchio del barroco e le immagini del presente», la poderosa memoria intelectual de Raimondi vuelve a suscitar los significados actuales posibles en la acendrada convergencia de tonalidades espirituales entre el barroco y la modernidad problemática, tal y como la ha accidentado en los últimos quince años la revisión postmoderna.

Un moderno problemático, Carlo Emilio Gadda, y un libro como *Cognizione del*

dolore, de 1963, emplazan la reflexión de Raimondi sobre el espectáculo ontológico y hasta metafísico, antes incluso que estilístico, que ofrecía el fermento dramático sobre el panorama del moderno entendido habitualmente bajo la engañosa generalización de un ideal uniforme de progreso monótono y continuado. Sin duda ésa ha sido una trivialización, una simplificación por achatamiento de las perspectivas historiográficas, contra la que la poderosa cultura de Raimondi reacciona ahora recuperando en los análisis de Wölfflin y de Riegl los sentimientos de intensas «disonancias en la armonía de las formas y en la dramatización de las simetrías». Un género de accidentalidad que comparecería semejantemente en las imágenes culturales ya estabilizadas del barroco y en la de la nueva identidad dramática, de una modernidad intensamente vivida por artistas como Gadda en todas sus vehementes tensiones formadoras, irreductibles a los balances de uniformidad deformante.

Creo francamente que hoy son muy contados los casos de poderosa memoria cultural que igualen el deslumbrante desfile de las asociaciones intelectuales de Raimondi. Así, sobre el fermento de esa veta de tensa dramatización de las imágenes en la cultura del moderno artístico que el autor atribuye con fundamento a raigambre barroca, el gran intelectual italiano moviliza el recuerdo de los perfiles menos habituales de Walter Benjamin, como las observaciones correspondientes en sus *Orígenes del drama barroco alemán*, junto a su habitual fidelidad —que a mí, en el caso de Raimondi, siempre se me ha antojado generosa— a Octavio Paz, sobre todo de *El arco y la lira*. Y sobre ese mismo perfil común: Ungaretti, Lorca, Eliot, Croce, Anceschi, Strich, Raymond, Rousset o Genette comparecen para referenciar el atlas habitual de la cultura, a la vez barroca y moderna, de un Raimondi que desde ella descubre con Dámaso Alonso —la mayor sin duda, junto a Ortega, de sus fidelidades españolas, de cuyo pensamiento estético y estilístico ha sido Raimondi el mayor introductor y mantenedor en Italia— la convergencia espiritual entre dos

edades y dos estilos de época, barroco y moderno, tenidos a veces por contrapuestos en las estimaciones culturales demasiado esquemáticas.

Síntomas tan caracterizados ya de la tradición barroca del Tesoro como la hermenéutica conceptuosa de la metáfora y la emblemática son puestos en relación acertadamente por Raimondi con la tendencia que pasa por genuina y constitutivamente moderna de «conferir una unidad o significado absoluto a la propia visión de la vida». O por lo mismo, la densidad del juego de las luces y la movilidad escenográfica de la cultura teatralizada del barroco, que se reconoce en la famosa consideración pascaliana de que «notre nature est dans le mouvement», tienden el puente que comunica en el análisis de Raimondi una cierta tragedia de lo inestable, entre el tacitista Malvezzi —aquel boloñés tan excelente servidor de la diplomacia de una España imperial condenada ya a la derrota— y el resultado de lo moderno sentido por los grandes constructores de la nueva sensibilidad europea como Manzoni. Y es que el fondo de exploración y de renovación de las imágenes racionalistas de la realidad que facilitan idealmente las artes barrocas de la agudeza y la metáfora, confirma la intensa hermenéutica racionalista y moderna que subyace a la imaginación barroca de un Gracián y de un Descartes, cuyo *Discurso del método* comparece a la mirada de Raimondi como típico libro del barroco.

Pero el verdadero objeto de esta costosa especulación, tan actual, de Raimondi no podría conformarse con la deslumbrante tracería del pendularismo de las edades, en una filosofía de la cultura que nos es familiar al menos desde un Hegel todavía bajo sospecha o de un actualísimo Vico; por no hablar, respecto de la modernidad del barroco, sobre los eslabones más próximos de Wölfflin, D'Ors, Hocke o del propio Raimondi. Característica del humanismo del gran pensador italiano es su ágil e inconformista sentido de la actualidad de las ideas; y el de los paralelismos y



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

las pendularidades es, como se sabe, un ejercicio en sí conocidamente sobrepasado y estable; lo que quiere decir para mí, en este caso, razonablemente planteado y resuelto ya por muchos años. No, la intención de esta penetrante exploración en las raíces de la inestabilidad barroca no se reduce a subrayar la pluralidad de momentos formativos y de tensiones en la masa cultural de lo moderno; más bien, la legitimidad que se exige Raimondi es la que acelera en nuestros días la compleja coyuntura de los debates postmodernos sobre el supuesto «final de la modernidad».

Filología pujante vs. filosofía débil

Las conocidas alegaciones filosóficas del «pensamiento débil», popularizadas por Vattimo, sobre la supuesta amortización del ideal moderno de progreso, aparecen reformuladas con todo rigor en este libro a la luz de la densa cultura filológica de Raimondi; y se me permitirá aquí, al paso, que destaque, hoy más que nunca, la necesidad de una filología pujante para corregir la banalidad apocalíptica que ha introducido en el discurso cultural sobre las artes una estética postmoderna del vacío nacida paradójicamente de una metafísica moribunda. Así los signos de la nueva identidad enumerados habitualmente desde Lyotard sobre «la condición postmoderna», como la tendencia al simulacro inducido por las imágenes televisivas, que Kundera identificaba como la marca postmoderna de «simultaneidad» de las imágenes, son avizoradamente reconocidos por la minuciosa filología barroca de Raimondi. Según ella, sería el contenido contradictorio de excentricidad teatral barroca el que habría sido portado en suspensión durante decenios por una modernidad que, en la metateoría lingüística, se ha acabado reconociendo mejor en la voluntad de explicitud total wittgensteiniana de la filosofía analítica que en el estertor báquico nietzscheano o en los distantes susurros del ser que percibiera Heidegger. Lo mismo que en la pintura, la modernidad más genuina se identifica más fácilmente en el cons-

tructivismo, el neoplasticismo o la abstracción deconstructiva que protagonizan nuestros mejores abstractos actuales, de Broto a Ciria.

En esta revisión de sus propios clásicos literarios del Seicento barroco, la filología de Raimondi apunta a todas sus posibles —y reales— encrucijadas necesarias, incluidas ahora las de la pintura. Es así cómo los viejos intereses historiográficos de Raimondi sobre la literatura y la cultura de la Bolonia barroca, desde escritores menores cuales Melchior Zappio o Cesare Rinaldi a los mayores como Virgilio Malvezzi, pueden reconstruirse a la nueva luz de su convivencia en la propia ciudad con los Caracci o con Guido Reni, dentro del capítulo «La metáfora ingeniosa: letteratura a Bologna nell'età di Guido Reni». Los resultados de tales cotejos describen ricos panoramas de temáticas y preocupaciones de rotunda convergencia, que vienen a reforzar la hipótesis de signo universalista, cara a Raimondi como a mí mismo, de una «globalidad» en los planteamientos y en las respuestas a las preocupaciones e imágenes de cada edad. De forma que, según ella, la variedad textual entre las artes resulta ser tan sólo una más, y tal vez ni siquiera una fundamental, entre las diferencias meramente superficiales que enmascaran las raíces espirituales unitarias en los movimientos de la imaginación simbólica.

En tal sentido, por ejemplo, en la defensa de la pintura de Guercino que hacía el literato Giambattista Manzini, resulta explícitamente perceptible, según Raimondi, «...la invitación, absolutamente perspicaz, de dejar a un lado aquella otra pintura que no se adapta a las nuevas condiciones de la prosa moderna, al nuevo modo de representar las cosas y hacerlas nacer del enigma de la sombra, que representa la complejidad, el laberinto, el gran teatro del mundo» (pág. 71). Mientras que, a su vez, la posición solitaria del Guercino puede ser razonablemente aproximada a la corriente general de gusto senequista en las letras que se difundió rápidamente en Italia hacia la mitad del siglo XVII. De la misma manera, un libro como el del sabio jesuita Grimaldi titulado *Il lume*, publicado póstumo en Bolonia en 1665, explicaría para Raimondi

la pintura tenebrista del Guercino, según escenarios históricos y espirituales cada vez más abarcadores y extensos, como el de la abrumadora depresión arrojada a la conciencia artística, literaria y espiritual de Europa por la guerra de los Treinta Años, cuando lo efímero y el tiempo acabaron siendo aceptados como categorías coextensivas. (Síganse, sobre todo esto, los penetrantes análisis de Raimondi en el capítulo titulado «Gli enigma dell'ombra. Guercino, l'arte e la letteratura»).

«Omnis in unum»

Una simplificación bastante habitual y practicada de la Filología consiste en pensarla o en cultivarla como fenomenología del pormenor irreductible por principio al todo, a lo general, para no hablar de lo universalizable. Pero la cultura filológica del acarreo y del pormenor se frustra y anonada en aquellos casos en que, a diferencia del modelo de pensamiento literario que practica Raimondi, lo singular múltiple no se ordena a enriquecer la experiencia sintética de la teoría. Como para ilustrar la ejemplaridad de esos trayectos analíticos de la síntesis, Raimondi centra su atención sobre las reflexiones de Daniello Bartoli en la *Ricreazione del savio* en torno a las enseñanzas de Leonardo: allí donde el genial pintor razonaba sobre la legitimidad no arquetípica de la pintura de rostros y cuerpos singulares. Lo que está de por medio en todos estos textos infrecuentes, como elegantemente lo ilumina Raimondi, son

los problemas cruciales en toda estética sobre el trayecto necesariamente reversible entre «lo uno y lo diverso» al decir de Claudio Guillén, los procesos artísticos e intelectuales complementarios de «universalización» y de «singularización», en mis propios términos, que siguen el perpetuo itinerario artístico entre idealismo y naturalismo.

Raimondi se reconoce así en el capítulo sobre «Il Leonardo di Daniello Bartoli» en la perpetua comunidad de los eternos descubrimientos esenciales, como el de Deleuze sobre el pensamiento sustancialmente barroco de Leibnitz, proclamando el doble itinerario que implica su principio del «omnis in unum». Y lo mismo en la interpretación del naturalismo universalizable de Velázquez en el análisis de Maravall o en el de la «idea» y las formas de Panofsky; como también en el de las antropologías modernas sobre el ideal unitario sacro de la diversidad legible, que se descubre en Blumenberg o en Bonnefoy. La «metafísica teocéntrica» del arte que Raimondi restaura sobre las trazas de su selecta galería de pensadores antiguos y modernos señala el destino necesariamente integrador y «ascendente» de la iluminación artística. Una vía de globalización genética que descubre su necesaria compatibilidad con la posibilidad de recrearse en el itinerario, a la vez complementario y opuesto, de los particulares: esa prueba decisiva de la verdad realista del simulacro artístico, ejemplar y arquetípico, sí, pero necesariamente verosímil, universal y uno. □

RESUMEN

Aunque, como recuerda García Berrio, no es un fenómeno nuevo ni sorprendente, y que viene de antiguo, el del cotejo especulativo entre las artes de la poesía y de la pintura, el comentarista saluda la aparición de un ensayo

del crítico italiano Ezio Raimondi que incide en la cuestión de las interacciones de la literatura y las artes visuales, lo que le lleva a reflexionar sobre la condición siempre sintomática de esas corrientes cruzadas.

Ezio Raimondi

Il colore eloquente (letteratura e arte barroca)

Il Mulino, Bolonia, 1995. 215 páginas. 20.000 liras. ISBN: 88-15-05156-2.

Epistolarios de Rafael Dieste

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928), *catedrático de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela y miembro numerario de la Real Academia Gallega, es autor, entre otros muchos libros, de La palabra en la realidad, Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega, Rosalía de Castro, Leiras Pulpeiro: o cidadán e o poeta, Carles Riba e Galicia. As palabras no exilio: Luís Seoane y Horacio en Galicia.*

No exagerará quien afirme que los devotos del género epistolar están de enhorabuena desde mayo de 1995, fecha en que se publicaron los dos epistolarios sobre los que pretendemos llamar la atención. La pluma inteligente y exquisita de Rafael Dieste firma las cartas del más grueso de los volúmenes, y en el otro, titulado *Epistolario amoroso*, Dieste y su esposa, Carmen Muñoz Manzano, otra pluma selecta y exquisita, se comunican amores y temores, bajo el peso de la derrota, en los días finales de la guerra civil.

Pero, ¿por qué se exhuman en este momento casi un millar de cartas, que se editan con cuidado esmero y con la debida erudición e ilustración?

Hacia el reconocimiento de Dieste

La obra en gallego de Rafael Dieste (Rianxo, A Coruña, 1899-A Coruña, 1981) siempre ha gozado de simpatía y predicamento en su país, sin que ello quiera decir que sus dos títulos fundamentales sean obras de entidad extraordinaria en la literatura gallega del siglo XX. Fueron, en su tiempo, obras muy importantes y no exentas de novedad, tanto *Dos arquivos do trasno*, un libro de cuentos (1926), como *A fiestra valdeira*, una pieza de teatro (1927). Dieste, que perteneció, en los años de la II República, a las Misiones Pedagógicas, y que vivió en el exilio de 1939 a 1961 (Buenos Aires, Cambridge, Monterrey, Buenos Aires), escribió y publicó una gran parte de su obra en castellano. Se trata de una obra siempre estilísticamente rigurosa y asombrosamente polifacética (del relato corto al diálogo filosófico, de la poesía a una original *Pequeña clave ortográfica*, del artículo beligerante al teatro...). En el ensayo, género predilecto para su musa meditadora y pulcra, sus páginas van de los temas literarios a los aforismos y de una incursión en Zenón de Elea a las teorizaciones matemáticas (*Nuevo tratado de paralelismo*, 1956; *¿Qué es un axioma?*, 1967; *Testamento geométrico*, 1975). Escritor tan responsable y «total», intelectual atento a tantos temas y llamadas (sin excluir las urgentes y concretas de la guerra civil), aún no tiene, entre los «letraferits» de España e Hispanoamérica, el reconocimiento a que tiene derecho desde hace décadas. Huelga decir que su rigor y pulcritud en la lengua, su inquisitiva condición teórica y su incapacidad para «hablar en necio» lo alejaron de ámbitos lectores menos letrados.

Por razones de justicia debemos señalar que algunas editoriales españolas, alrededor de 1980 (a veces, ya fallecido Dieste), han reeditado algunos de sus títulos: *Teatro* (Laia); *El alma y el espejo*, ensayos (Alianza Editorial); *Rojo farol amante*, poesía (Hipérion); *Historia e invenciones de Félix Muiriel*, narrativa, éste el título más favorecido (Alianza Editorial, Cátedra), tanto que se ofrece en tirada especial para Iberia-Líneas Aéreas Españolas (1986). En estos años algunos estudiosos y críticos se han aproximado, casi siempre en tono reivindicativo, a las páginas castellanas más representativas de

Dieste: Javier Alfaya, Manuel Andújar, Carlos Gurméndez, Ricard Salvat, Luis Suñén, Estelle Irizarry y César Antonio Molina, autor, también, de una traducción castellana de *Dos arquivos do trasno* (Espasa Calpe, 1989). Creo, sin embargo, que la presencia de Dieste en los cenáculos y foros extragallegos se debe al papel que jugó, como intelectual, en tareas culturales de la República (Misiones Pedagógicas) y, sobre todo, de la guerra civil en territorio leal. No se olvide que fue él, con Antonio Sánchez Barbudo y Juan Gil-Albert, quien fundó la revista *Hora de España* (23 números, de enero de 1937 a noviembre de 1938). Fue Rafael Dieste, clarividente, quien la bautizó así, y quizás fue él quien más estimuló a don Antonio Machado para que escribiese la continuación de su *Juan de Mairena* (1936), que Dieste reseña, por primera vez en una revista, en las páginas de ésta. De hecho, los 19 capítulos del nuevo *Mairena* machadiano justifican el esfuerzo editorial que comportó, en plena contienda, *Hora de España*, una revista, en opinión de Waldo Frank, que constituye «el mayor esfuerzo literario que ha salido de cualquier guerra y prueba de que la lucha de España contra la traición del mundo es el nacimiento de una cultura que no debe morir».

En alguna parte afirmó Dieste que una publicación de las características de *Hora de España* tenía que existir para dejarla como patrimonio cultural fuese quien fuese el vencedor de la fratricida contienda. En esa modélica revista, de la cual Dieste fue bautista y cofundador, además de constante orientador, su firma aparece en siete números, no sólo como autor de ensayos, género en el que era un maestro, sino de piezas teatrales destinadas al frente de combate. En una, *Nuevo retablo de las maravillas*, inspirada en el inmortal entremés de Cervantes, Dieste, enemigo de «hablar en necio», conjuga, en este teatro de urgencia, beligerancia con dignidad literaria. La presencia de Rafael Dieste en *Hora de España* ha suscitado trabajos y reconocimientos, desde hace algunos años, de estudiosos tan calificados como Manuel Az-

nar Soler, Francisco Caudet, Robert Marrast y Eduardo Haro Tecglen. Estuvo Dieste vinculado a otras revistas de la guerra civil, sobre todo a *Nova Galiza*, que, fundada por Castelao, llegó a dirigir en una de sus etapas. Sobre este Dieste son muy conocidos en Galicia los trabajos de Claudio Rodríguez Fer.

Pese a las ediciones, estudios y reconocimientos citados, Rafael Dieste, inscribible, como escritor en castellano, en la Generación del 27, dista de haber conseguido, fuera de Galicia, la estimación y los lectores a que su obra tiene derecho.

1995: fastos gallegos

El 17 de mayo es el 23 de abril de la literatura gallega, una especie de San Jordi con libros del país, aunque sin rosas. El «Día das Letras Galegas», que se celebra desde 1963 (centenario de *Cantares gallegos*, de Rosalía de Castro, libro, a su modo, fundacional), fue dedicado, el 17 de

mayo de 1995, a la figura y a la obra literaria de Rafael Dieste. Así lo decidió la Real Academia Gallega, que es la institución que creó e instituyó el Día y la que designa, cada año, a qué escritor corresponde homenajear.

En Galicia, el «Día das Letras Galegas» (17 de mayo), día festivo desde que gobierna Fraga Iribarne en la Comunidad, es un hervidero de actos literarios relacionados, de un modo u otro, con la vida y la obra del escritor del Día: conferencias, recitales, mesas redondas, escenificaciones, lecciones escolares, premios... Tales actividades, también en la Galicia de la diáspora, duran, en no pocos lugares, una semana o una quincena. Desde hace años (ya antes de la muerte de Franco) el hecho literario gallego es, en estas fechas, asombrosamente un hecho de masas.

Desde hace años, también, las minorías eruditas preparan, para este Día, reediciones de los libros significativos del autor homenajeado, exhuman inéditos, recopilan textos dispersos y publican estudios o comentarios sobre su vida y su obra. En esta ocasión la

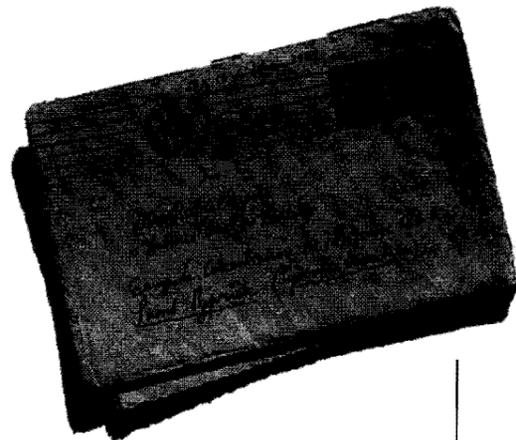


figura del Día, Rafael Dieste, suscitó una bibliografía copiosa en la que no escasean títulos y manifestaciones muy importantes. Bastaría con citar el volumen I de las *Obras completas* (Edición de Castro), dedicado a la narrativa (gallega y castellana), inteligentemente preparado por Darío Villanueva y Arturo Casas, a quien debemos el magnífico estudio *Rafael Dieste e a súa obra literaria en gallego* (Galaxia). Esta editorial nos ofrece, en dos volúmenes, la totalidad de la producción diesteana en idioma gallego, volúmenes en los que figuran textos poco conocidos, entre otros los publicados en *Nova Galiza* en los años de la guerra civil. Dieste fue objeto de un Congreso organizado por la Xunta de Galicia cuyas ponencias y comunicaciones acaban de publicarse en un grueso volumen.

Los Epistolarios

Dentro de la bibliografía primaria, el título, sin duda, que más nos aporta es el volumen V de las citadas *Completas*, íntegramente dedicado al epistolario: 577 cartas (de 1920 a 1981) de Rafael Dieste a muchos y muy distintos destinatarios: María Zambano, Arturo Serrano Playa, Esther de Cáceres, Mathilde Pomés, Julián Marías, Luis Seoane, León Felipe, J. B. Trend, Ramón Otero Pedrayo, Gabriel Zaid, Waldo Frank, Domingo García-Sabell, Francisco Ayala, Carlos Gurméndez, Lorenzo Varela, Juan Marinello, Roger Caillois, Eugenio F. Granell, Juan Gil-Albert, Arpád Szabo, Ricard Salvat, José R. Marra-López, José Angel Valente... Abundan las cartas familiares, sobre todo a sus hermanos Eduardo y Enrique; el volumen se abre con varias cartas al poeta vanguardista gallego Manuel Antonio, ya publicadas, en buena parte, por García-Sabell en el volumen *Correspondencia*, de 1979 (Galaxia). Éstas y las que publica Manuel Aznar Soler en el volumen *Testimonios y Homenajes*



CORTESIA EDITORIAL

Viene de la página anterior



Rafael Dieste.



Carmen Muñoz.



(Laia, 1983), por él preparado, son las únicas éditas que aquí se nos ofrecen. Exhuma estos centenares de cartas quien mejor conoce las «interioridades» textuales y las peripecias bibliográficas de Rafael Dieste, el profesor Xosé Luís Axeitos, a quien debemos, además de los índices (onomástico, temático y cronológico), 442 notas que nos permiten caminar seguros por la fronda de nombres, citas y referencias que caracterizan este *Epistolario*. Es una suerte que esta riqueza epistolar —esta riqueza literaria—, parte de la cual vivió los avatares de la guerra y del exilio, se haya conservado, y ha sido así por el sentido y los desvelos de la esposa del escritor, Carmen Muñoz Manzano, una especie de Zenobia Camprubí, sin la cual no se puede entender la biografía literaria —y no literaria— de Rafael Dieste. Ella es, en nuestro volumen, la destinataria de 55 cartas cuyo conjunto denomina el editor «*Epistolario amoroso*»: 34 de 1939, 8 de 1949 y 13 de 1954.

Las 34 de 1939 y algunas de sus respectivas respuestas constituyen el volumen *Epistolario amoroso* que publicó, en las mismas fechas, la Biblioteca Gallega de *La Voz de Galicia* (La Coruña), en una edición, cuidada y hermosa como pocas, de la que es responsable, también, Xosé Luís Axeitos.

No pocas de las cartas de Dieste son sobre temas literarios, casi siempre comentarios de libros recibidos. De hecho, el volumen se abre con páginas de 1920 en que conversa o polemiza con Manuel Antonio, el gran iconoclasta de la literatura gallega. También hay política en estas páginas. La política está presente en cartas de otras épocas, como era de esperar en un hombre que vivió, con la espada de escritor en la mano, los tres años de la guerra civil, y con los mismos ideales durante sus 22 años de exilio (y siempre). La prosa epistolar de Dieste, aun cuando éste se pronuncie sobre cuestiones urgentes, es una prosa culta, meditada, pulcra, la prosa de un ensayista, y ensayos son, al hilo de los acontecimientos, muchas de sus cartas. El 15 de marzo de 1939, ya sentenciada la guerra y él recién salido del campo de con-

centración de Saint-Cyprien, es capaz de escribir a su hermano Eduardo: «Ahora no voy a hablarte, con lo poco que sé de técnica militar, de las causas que aceleraron la caída. Pero sí debo anticiparte que entre nuestros defectos cuentan poco, para la explicación, los de índole moral. Nuestro pueblo, al menos, debe quedar a salvo de reproches, y nunca será bastante admirado su candor. Gracias a él no cabe duda ya que España existe. (De los catalanes habría que hablar despacio. No es tan evidente su moral. Pero tampoco se les puede excomulgar en bloque...)».

Éste es el Dieste que en marzo de 1951 escribe a Sánchez Barbudo, otro ilustre escritor y exiliado: «Respecto al posible o no posible regreso a España [...]. Yo sé que no claudicaré jamás. Sé también que no puedo resolverme a no volver. No quiero claudicar volviendo —si es que el volver es claudicar—. Pero temo también que el no volver implique, a su vez, en algunos casos, yo no sé si efímero, una claudicación más honda, salvo que en todo rigor no se pueda, que esté en juego —sin provecho para nadie— la cabeza. Para saber a qué atenerse unos tendrán que esperar más, otros menos, pero, en general, aún hay que esperar. En lo que a mí se refiere sé concretamente que aún debo esperar...».

Esperó diez años y medio: hasta agosto de 1961.

Amor en tiempos de cólera

El *Epistolario amoroso* acoge cartas (34 de Rafael Dieste y 25 de Carmen Muñoz) escritas entre el 9 de febrero de 1939 y el 12 de abril de ese año. Meses antes del final de la guerra, las circunstancias de esos momentos separan a los cónyuges: Rafael se alista en el ejército que lucha en Aragón, donde compartirá con Sánchez Barbudo la redacción de la revista *El combatiente del Este*, y Carmen se queda en Barcelona, donde trabaja, en cierto modo, como directora en funciones de *Nova Galiza*. Ya en febrero de 1939, Dieste y tantos y tantos combatientes

pasan la frontera y son confinados en el campo de concentración de Saint-Cyprien, del que fue liberado, por la Asociación de Escritores Franceses, a los veinte días, para residir en Poitiers unas semanas. En cuanto a Carmen, en aquel fatídico febrero (el del éxodo de don Antonio Machado) cruza la frontera francesa, pero lo hace herida en un brazo «en el feroz bombardeo de Figueras», bombardeo en el que murió, a su lado, Fe Sanz, esposa del pintor Ramón Gaya. La hija de ambos, Alicia, muy niña aún, llega a Francia en brazos —uno desgarrado— de Carmen Muñoz. Días después es intervenida quirúrgicamente en el hospital La Pitié de París. Desde aquí escribe a su marido, que está en el campo de concentración o, poco después, en Poitiers. Hay que agradecer al *Epistolario amoroso* el descubrimiento de una escritora cuya prosa, en el género epistolar, encanta por la sensibilidad con que se acerca a las cosas. Ya en el terreno del amor, donde son casi imposibles las expresiones originales, un antólogo del tema debería viajar a algunas de sus páginas: «Una persona que te ha visto es para mí una maravilla» (62); «Vas a escribir libros maravillosos, que yo leeré la primera» (65); «... aun en contra de todas las apariencias, el mundo está bien

RESUMEN

Alonso Montero se ocupa de dos epistolarios del escritor gallego Rafael Dieste (uno de ellos amoroso, y en el que su esposa, Carmen Muñoz, «compite» con él en calidad literaria), en los que Dieste se manifiesta como un medi-

fundado, que tú estás en él para algo...» (71); «¡Ven cuanto antes! Beberás en fuente clara» (139).

Ésta es la Carmen que le comunica a Rafael: «... soñé con Unamuno... yo cogía unas uvas hermosísimas de la parra y se las daba a comer» (47); la que, convaleciente en el hospital, el 30 de marzo de 1939, lee la noticia de «la toma, o la entrega, de Madrid con todos los adornos que puede poner a tal noticia un periódico de derechas. Entonces ya no pude más, separé con cólera el periódico y empecé a llorar con todas las ganas». Como las enfermeras sospechan que algo grave le ha sucedido a su marido, Carmen responde: «Je ne pleure pas pour mon mari ni pour moi. C'est pour les autres; pour tous. C'est pour l'Espagne, pour la guerre». Desde entonces vivió con su marido, durante veintidós años, en la España del éxodo y del llanto, dicho sea con palabras de León Felipe.

Carmen Muñoz Manzano (Malpartida de Plasencia, 1906), inspectora de primera enseñanza, escribió en el exilio bonaerense literatura «pro pane lucrando» (con seudónimos; Beatriz Galindo, por ejemplo) y un excelente libro divulgativo, *La Edad Media* (Atlántida, 1945), pero antes y después del exilio (1939-1961) vivió entregada a la persona y a la obra literaria de su marido. Pienzan algunos que esta entrega, tan beneficiosa culturalmente para Dieste, no propició su personal carrera de escritora. Las cartas de 1939 que ahora se exhuman, escritas en momentos dramáticos de su vida de enamorada y de ciudadana, nos descubren una escritora de verdad. □

tador, culto y pulcro, que lleva el ensayo al género epistolar. Se trata de cerca de un millar de cartas (casi todas inéditas) que completan la figura intelectual de quien ya era muy importante en otros géneros (relato, teatro, ensayo).

Rafael Dieste

Obras Completas. V. Epistolario

Edici3n do Castro, A Coruña, 1995. 883 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-7492-749-8.

Rafael Dieste y Carmen Muñoz

Epistolario amoroso

Biblioteca Gallega/La Voz de Galicia, La Coruña, 1995. 222 páginas. 5.000 pesetas. ISBN: 84-88254-41-5.

La zarzuela española vista desde Alemania

Por Ramón Barce

Ramón Barce (Madrid, 1928) es compositor y autor de un centenar de obras con un nuevo sistema de organización musical, el «sistema de niveles», y con diversas manifestaciones de la «música abierta». Su obra más reciente: Sinfonía n.º 5. En 1985 apareció su libro *Fronteras de la música. Es Premio de la Comunidad de Madrid 1991*.

La difusión de la zarzuela en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años de XX es uno de los fenómenos sociales y estéticos más sorprendentes de toda la historia de la música española. Cuando una zarzuela tenía éxito —normalmente a partir de su estreno madrileño— era inmediatamente representada en multitud de ciudades grandes y pequeñas, por compañías estables y viajeras, a todos los niveles de efectivos y de calidad. Además, la música pasaba de inmediato a los sextetos de los cafés, a los organillos callejeros y de los bailes (el entusiasmo frenético de aquella época por el baile no ha sido aún debidamente estudiado), a las bandas municipales, a los pianos caseros y a los rollos de pianola. También la prensa se ocupaba de los estrenos teatrales con una extensión, asiduidad y calor que hoy nos parece inconcebible. A menudo, las compañías de zarzuela, dirigidas muchas veces por los propios compositores convertidos en empresarios, viajaban a América, donde realizaban largas giras, desde La Habana a Buenos Aires, obteniendo generalmente éxitos multitudinarios y fenómenos de popularidad similares. Aún hoy, a más de cien años de distancia, algunos números de las zarzuelas que se mantienen en el repertorio forman parte de ese «depósito musical común» que los españoles y muchos hispanoamericanos conservan. Y no sólo en América. También arraigó el género en la población filipina, originando, como en suelo americano, una interesante descendencia autóctona; pero este proceso se interrumpió a partir de la invasión norteamericana en 1898 y del subsiguiente esfuerzo de los invasores por erradicar el idioma español de las islas.

Un enfoque inhabitual

La difusión de la zarzuela en Europa fue, en cambio, muy limitada: no es comparable, por ejemplo, a la que tuvo en España la opereta vienesa, desde Johann Strauss a Franz Lehár y Leo Fall. Las causas de esa limitación no

son muy claras; quizá el exceso —en comparación con la opereta— de partes habladas (y aun de partes cantadas interpretadas por actores no músicos en el caso del sainete) complicaba las cosas; quizá se trataba de una idiosincrasia en muchos casos tan cargada de localismo que dificultaba su trasvase a otro idioma; quizá, simplemente, no fuimos buenos exportadores. De hecho, la zarzuela española sólo aparece esporádicamente en algunos teatros de Viena, París, Berlín, Milán, Bruselas o Praga, sin continuidad ni consecuencias. Hoy día, y salvo excepciones individuales (una sería el erudito belga Robert Pourvoyeur), el acervo lírico español es casi desconocido en Europa. Hace tres años, en un congreso sobre teatro lírico del siglo XIX en la Hochschule de Frankfurt, tuve ocasión de comprobar, durante mi intervención, que ni uno sólo de los congresistas (que conocían bien la opereta francesa y alemana) había oído nunca las obras más destacadas de la zarzuela española; también de constatar que quedaron muy sorprendidos de la variedad y vitalidad de esa música. Y lamentaban la escasez de oportunidades de ver representaciones de zarzuela en Alemania. Manifestaciones parecidas he escuchado a músicos y musicólogos de otros países que quisieran acercarse a un repertorio que intuyen importante, y que conocen sólo por no siempre fiables reducciones de canto y piano, o por discos a menudo también discutibles.

Uno de esos raros conocedores es el doctor Volker Klotz, profesor de Literatura de la Universidad de Stuttgart. Su extenso libro, titulado simplemente *Operette* (Piper, Munich, 1991), es un Führer que describe, por orden alfabético de autores, las operetas más conocidas. La novedad es que Klotz ha incorporado una veintena de zarzuelas, de las que ofrece igualmente una descripción minuciosa (que incluye datos inhabituales: indicación de las ediciones de la partitura y del libreto, localización de los materiales de orquesta). Dada la escasísima bibliografía en alemán sobre zarzuela, esta incorporación sería de por sí de extraordinario interés. Pero el libro merece nuestra atención por otras dos razones.

La primera es su carácter práctico. Klotz piensa que se trata de un teatro que habría de incorporarse a la actividad escénica de los países europeos, pues posee unas características de originalidad y brillantez fuertemente atractivas. En muchos casos, los comentarios del autor apuntan a un intento de comprensión (por parte del posible director de escena) del texto y de la música. Klotz sale al paso de la idea corriente de que la zarzuela española es

tan peculiar, localista e idiomática que apenas podría ser entendida fuera de su propio ámbito originario (idea ésta que realmente está rebatida de antemano y de hecho, vista la difusión de la zarzuela en América, un medio, aunque hispanófono, radicalmente distinto del español); y que los directores de escena europeos no cuenten con ella en sus programaciones se debe exclusivamente a falta de información.

La segunda es que leemos aquí algo que raramente hemos visto antes: un análisis psicológico y sociológico de las obras, valorando —a veces con sutileza y profundidad— las relaciones de texto y música, así como los rasgos de época y los componentes locales. Queda uno gratamente sorprendido —acostumbrado a que la zarzuela sea tratada en un estilo pintoresco, anecdótico y castizo en el peor sentido de la palabra— de que se tomen en serio problemas como la ubicación de una obra determinada en su contexto histórico; o estéticos, como la valoración del uso de determinadas músicas: así, por ejemplo, el atractivo análisis que se hace de la jota y sus implicaciones en *Gigantes y cabezudos* y en *Los de Aragón*.

Bretón, Chueca y Caballero

La mayor parte del libro de Klotz está dedicado a la opereta; pero la zarzuela ocupa un lugar relativamente importante. Se estudian diez autores: Alonso, Barbieri, Bretón, Chapí, Chueca, Fernández Caballero, Giménez, Guerrero, Serrano y Vives. Algunas obras que el autor considera como muy características reciben un tratamiento extenso y cuidado. Es la primera vez que vemos, en un libro de un área no hispanófono, dedicar seis páginas a *La verbena de la Paloma* y ocho a *El barberillo de Lavapiés*. De *La verbena de la Paloma* destaca la «curva febril de la fiesta» («eine Art Fieberkurve des Fests»), encarnada en los tres escenarios de la obra, cada uno con un matiz social diferente. Señala Klotz cómo Bretón se aleja de Chueca en cuanto al uso de «canciones de moda» («Schlager») —es decir, piezas de baile— manipulando la habanera desde el comienzo del preludio y otorgándole así otra dimensión «casi camerística». En nuestra edición de *La verbena de la Paloma* (ICCMU, Madrid, 1994) observábamos, creo que por vez primera, el empleo doblemente simbólico y textual de los temas de la obra, carácter que coincide con la descripción de Klotz, a la que habría que añadir el claro reflejo wagneriano que, consciente o inconscientemente, alcanza aquí a Bretón.

Es también valiosa la observación del autor sobre la vitalidad multitudinaria de *La verbena de la Paloma*, que anticipa rasgos similares en Puccini y en Charpentier: esas «relaciones supraindividuales» son más importantes que la peripecia de los protagonistas, eliminando así el posible carácter aislado de los números. Sólo habríamos de anotar, en esta amplia constelación de aciertos, algunos pequeños errores de detalle. Al contar el argumento del primer cuadro se da a entender que don Hilarión acaba de conocer a las dos hermanas Casta y Susana. Luego, en el segundo cuadro, se dice que don Hilarión baila la mazurka con las hermanas («mit beiden Schwestern zugleich tanzt der Alte unermüdlich eine schwingvolle Mazurka»); en realidad esto ocurre sólo en los momentos finales de la mazurka: el baile comienza dentro de la casa, con la música que viene del café al que don Hilarión ha ido en busca de refrescos. En el cuadro tercero no se trata exactamente de un pabellón de baile («Tanzpavillon»), sino de la mera calzada de la calle, precariamente aislada de las aceras; y lo que suena no es una pianola, sino un organillo: el papel preciso del organillo en la música y la dramaturgia del género chico lo pusimos definitivamente en claro en nuestra citada edición de *La verbena de la Paloma*. En *Agua, azucarillos y aguardiente*, de Chueca y Valverde, se menciona de nuevo erróneamente el organillo como protagonista «primario» de la partitura. Curiosamente, Klotz relaciona el vals de Serafín con el de *El pobre Jonathan* de Millöcker, un plagio cronológicamente posible, ya que la opereta de Millöcker se había estrenado tres años antes en Viena; pero más propio sería pensar que muchos valeses (no sólo de Chueca, sino también de Caballero y otros músicos) recogen cierto efluvio vienés, pero claramente pasado por París y popularizado por los músicos de moda fabricantes de «folklore urbano», compositores que no figuran en las historias de la música ni en los diccionarios, pero que han fijado unos gustos medios que no han dejado de influir de alguna manera en los compositores más originales y creativos. En los valeses de las zarzuelas (como en los de la música española de salón de la época) raramente se percibe a los Strauss o a Lanner, pero posiblemente sí a músicos como al un día famoso «Rey de los valeses modernos» Rodolphe Berger. Echamos también de menos en *Agua, azucarillos y aguardiente* la inexcusable mención de los Ratas de *La Gran Vía*. Y la designación «Imbissbude» para el kiosko de Pepa



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

no es acertada, porque puede parecer que allí se come algo, cuando lo que se expenden son solamente refrescos y aguardiente; pensamos que Klotz no entendió la palabra «azucarillo» del título, y la interpretó como alguna golosina: *Wasser, Süßigkeiten und Schnaps*. En realidad ya casi nadie recuerda (o sabe) lo que era un «azucarillo», utilizado para endulzar el agua, ya que se desleía rápidamente. Lo que predomina en la obra, dice Klotz, es lo ambiental, las estampas costumbristas, herederas de Francisco Santos, de Vélez de Guevara (*El diablo cojuelo*) y de Goya (y podría añadirse: de Juan de Zabaleta y de Mesonero Romanos), que compara a las estampas equivalentes frankfurtesas, berlinesas y vienesas respectivamente de Malss, Kalisch y Nestroy.

Las obras de Chapí *La revoltosa* y *El puño de rosas* son para Klotz ejemplos característicos de una españolización explícita y consciente del género. En el primer caso, al recuerdo argumental de Shakespeare se une el espíritu de las comedias de Goldoni. En el segundo pone de relieve el importante papel «protector» del coro, que sirve para atenuar las posibles y amenazadoras derivaciones trágicas de la peripecia. Pero es en las obras de Fernández Caballero —*El dúo de La Africana* y sobre todo *Gigantes y cabezudos*— donde se encuentran algunas de las mejores exégesis del libro que comentamos. *Gigantes y cabezudos* constituye «el triunfo escénico de la jota y de los impulsos colectivos que en ella se descargan»; Caballero parte de la jota como núcleo capaz de expresar todos los impulsos, aun los más contradictorios: de los once números de la obra, ocho son jotas, casi siempre con coro, «pues aquí no canta cada uno sus intereses personales. Cada cual canta en el común idioma de la danza de Zaragoza las aflicciones y alegrías que todos comparten». El punto culminante es, ciertamente, el canto de Pilar y las mujeres del mercado «Si las mujeres mandasen». Habría que añadir que, no casualmente, es este número el más próximo a las jotas tradicionales.

Continuando con la jota —cuyo empleo en la zarzuela está aún por estudiar, así como su reflejo general y su simbología en la historia musical española—, el profesor Klotz analiza

Los de Aragón, de Serrano, cuyo planteamiento procede «de la inseguridad artística e ideológica» («allgemein künstlerischen und ideologischen Unsicherheit») de los compositores de la década 1921-1930. Ahora se ha olvidado el canto libre y colectivo de *Gigantes y cabezudos* (podríamos añadir: con su ingenuo autoelogio aragonés) y a cambio se ha instaurado un mezquino y autojusticiero patriotismo («engstirniger und selbstgerechter Heimatkult») del que Serrano se libra en ocasiones gracias a su comunicativo lirismo. Klotz apunta así a una característica del uso del folklore: un formalismo distante que maneja unos materiales esclerosados y exangües con la pretensión de mantener una tradición que en realidad es ya pura arqueología. Justamente por esas fechas (1927) la música española está empeñada —ya un poco inútilmente— en proseguir la tradición nacionalista tras los pasos de Falla y utilizando formas neoclasicistas. Es esencial constatar así cómo la zarzuela no es un género independiente y que vive a espaldas de la corriente musical culta, sino que forma parte de ella —a diversos niveles— y participa de sus mismos avatares estéticos.

Algunas deficiencias

Precisamente porque pensamos que el libro del profesor Volker Klotz va a hacer época en los estudios sobre la zarzuela, y porque coherentemente consideramos que su reciente traducción es un hito bibliográfico importante, es por lo que nos sentimos obligados a señalar defectos y errores en la edición española. Ante todo, lamentamos los cortes efectuados con respecto a la edición alemana: las 756 páginas han quedado reducidas a 517. Las 106 obras comentadas se han quedado en 74. Y han sido suprimidos 13 autores, entre ellos Alonso, Künnecke, Lecoq, Messager y Yvain. Este último con tan poca fortuna que se le cita como característico en el prólogo y luego no aparece en el cuerpo del libro. También han desaparecido todos los grabados en negro y las láminas en color, así como el necesario índice de autores y obras. El trabajo de conjunto queda así muy disminuido; en su estado original re-

sultaba muy completo, aunque sin la pretensión explícita de serlo; en la edición española se ha cambiado inoportunamente el subtítulo, vanagloriándose de ser «un completo recorrido...», justamente cuando se ha mutilado el libro convirtiéndolo en incompleto.

La traducción, en líneas generales, es fiel y discreta. Pero la traductora, evidentemente, desconoce por completo la materia que está traduciendo, así como las circunstancias locales y nacionales en que se desarrolló. Cuando ha encontrado una expresión alemana inadecuada no la ha rectificado. Así, en *Agua, azucarillos y aguardiente* traduce «Imbissbude» por «kiosko de bocadillos», lo cual no sería incorrecto en cuanto a la letra, pero sí lo es en cuanto a la realidad a la que se refiere: de haber conocido el libretto hubiera evitado una expresión tan ajena al asunto. En la misma obra se ha encontrado con que la palabra alemana era la justa, pero entonces ha creído que la realidad no quedaba bien representada, y la ha rectificado poniendo en su lugar otra que es disparatada: así los barquilleros venden «Waffel», la palabra adecuada; la traductora, extrañada, ha traducido: «buñuelos». Así que los barquilleros de *Agua, azucarillos y aguardiente* se han convertido en vendedores de buñuelos. En ambos casos es claro que el absoluto desconocimiento de la obra originó el desaguisado. Lo mismo ocurre con la expresión «kiosko de golosinas», donde el error —ya lo hemos señalado— es del autor, pero la traducción podría haber retocado el texto para mejorarlo.

En muchas ocasiones los descuidos y faltas de impresión indican también que el trabajo

no ha sido realizado con la debida atención. *La canción de la Lola*, de Chueca y Valverde, es de 1880 (correcto en el original alemán), no de 1889. La costumbre de llamar «corno» a la «trompa» debiera cambiarse cuando el texto se ocupa de asuntos españoles y va a tener una especial difusión en España. Erratas (?) como «una "mora" y una rubia» o *Las Navas de Cortés* ejemplifican el mismo descuido. El título de la ópera primeriza de Chapí es, por supuesto, *Las naves de Cortés*, y el texto alemán escribe «navas» erróneamente; la traductora, quizá para mejorarlo (lo que se llama «ultracorrección»), lo relaciona mentalmente con la batalla de las Navas de Tolosa y escribe *Las Navas de Cortés* («Navas» con mayúscula). En fin, como última muestra —y hay muchas otras, pese a que el conjunto es muy aceptable—, vemos que en el censo de personajes de *Los de Aragón* hay uno llamado «Relene». Ocurre a menudo que, fuera de España, se comen la tilde de la «ñ» y escriben «España», «Relene»; pero ahí debería estar el cuidadoso traductor para rectificar y escribir «España», «Releñe». También en este caso hay un total desconocimiento de la obra de Serrano. Pero en el libro figura una «revisión musical» a cargo de Walter E. Rosenberg, revisión que podría haber servido no sólo para evitar dislates en los nombres de los instrumentos o en las palabras técnicas, sino para haber detectado deslices semejantes en el terreno «musical» de la zarzuela. Para el lector no avisado, y atraído por el interesantísimo libro de Volker Klotz, estos y otros escollos pueden ser motivo de notables despistes. □

RESUMEN

A pesar de que la zarzuela, según señala Ramón Barce, es uno de los fenómenos sociales y estéticos más sorprendentes de toda la historia de la música española, lo cierto es que, en Europa, ni entre los aficionados ni entre los

estudiosos es un género musical conocido y valorado como se debiera. De ahí la importancia que le otorga Barce al libro alemán que comenta, un inventario de operetas europeas y en el que se incluye una veintena de zarzuelas.

Volker Klotz

Zarzuela y operetas. Un completo recorrido por un género popular de la música

Javier Vergara, Buenos Aires-Madrid, 1995. 517 páginas. 4.000 pesetas. ISBN: 950-15-1426-9.

Cinco reglas de oro

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

No todos los matemáticos coinciden con Hilbert en afirmar que un teorema no está demostrado hasta que lo entiende el primer conocido que encontramos en nuestro paseo matinal. Sabemos que la dificultad de hacer comprender las matemáticas reside precisamente en explicar al no matemático su objetivo, su contenido, su estructura, su alcance como representación de las realidades. Justamente porque en matemáticas el no matemático tiene serias dificultades para escuchar con interés y provecho, nos ha gustado el libro de J. Casti, que se ha propuesto contribuir a la familiarización del público intelectual con el pensamiento matemático desarrollando la idea expresada por Einstein: «Una teoría debe ser tan sencilla como sea posible, pero no más». Fiel a este concepto, más realista que el de Hilbert, antes citado, Casti deja la «tradicional ruta periodística de escribir un libro de matemáticas, sin utilizar matemáticas», y emprende un nuevo camino que, poniendo en segundo término técnicas y procedimientos matemáticos, se centra en conceptos, ideas y tipos de razonamientos. Así, por puras convicciones intelectuales, practica el consejo del editor de Hawking de reducir el número de símbolos matemáticos del libro para ganar lectores, fama y dinero. En definitiva, el objetivo del libro es dar una idea de lo que es la matemática actual a través de la exposición conceptual y esquemática de cinco grandes teorías que los matemáticos han construido para resolver algunos importantes problemas que estaban planteados y por qué esta actividad es relevante no sólo para los matemáticos, sino para todos los que sean capaces de apreciar los beneficios intelectuales y humanos de poner un hombre en la luna, optimizar la rentabilidad de nuestros recursos económicos o mejorar nuestra salud y prolongar nuestras vidas. Pero, como es bien sabido, cada teoría matemática se centra alrededor de un gran teorema, que proyecta luz y unidad sobre el conjunto, análogamente a como ocurre con la tesis de las grandes novelas o las grandes óperas.

Se dice que Ulam, colaborador con Von Neumann y Fermi en los cálculos de la pila atómica, cuya metodología lleva el pintoresco nombre de método de Montecarlo, estimó hace casi medio siglo que los matemáticos publicaban anualmente unos 200.000 teoremas, en algunos centenares de revistas. No es, pues, fácil hacer una selección de teoremas realmente significativos, entre otros muchos, que no llegan a tal categoría, aunque a veces han servido de peldaños intermedios para facilitar la escalada de otros matemáticos más afortunados o más geniales.

Para dar una idea de sus objetivos personales el autor fija algunos criterios que considera necesarios para que un teorema sea seleccionado al fin que se propone: A) ¿Abre el teorema un camino realmente nuevo en el desarrollo de las matemáticas? B) ¿Es el teorema intrínsecamente bello en el mismo sentido que una poesía o una pintura y proyecta luz sobre diversas áreas de la matemática pura? C) ¿Tiene aplicaciones importantes fuera de la matemática pura y da una comprensión más completa de fenómenos físicos, biológicos o humanos? D) ¿Requiere su demostración el uso de nuevos tipos de razonamientos o de lógica o técnicas trasplantables a otros campos? E) ¿Permite la teoría conocernos mejor o modificar nuestro conocimiento profundo del universo?

Para evitar una selección demasiado personal ante el enorme conjunto de posibilidades, el autor rogó a un cierto número de amigos y colegas que contribuyeran a su proyecto haciendo sendos muestreos dirigidos que reunidos fueron la base sobre la que Casti realizó la selección definitiva. Ciertamente, tal selección resultó sesgada hacia las aplicaciones, pues no encontramos en ellas teoremas como el de Hahn-Banach del análisis funcional o el de Fermat de la teoría de números recientemente demostrado, tras 400 años de esfuerzos de grandes matemáticos. Pero quizá estos teoremas tan importantes como los elegidos por Conti habrían causado menos impacto sobre los lectores no matemáticos, a los que más especialmente ha dirigido el libro, que está lejos de ser un libro de «matemáticas para poetas». Coherente con esta línea directriz, el autor ha iniciado cinco teorías, cada una centrada en uno de los cinco teoremas elegidos, logrando presentar una visión de los campos de aplicación, así como las múltiples conexiones con otras teorías que hacen de ellas algunos de los pilares básicos de la Matemática del siglo XX. Resulta curioso observar que todos los teoremas seleccionados se sitúan en la primera mitad del siglo XX, en contraste con la realidad generalmente reconocida de que justamente ha sido la segunda mitad del siglo la que acumula las mayores contribuciones de toda la historia matemática anterior.

El primer teorema seleccionado es el del «minimax» de la teoría de juegos surgida en 1943 de la colaboración entre el matemático Von Neumann y el economista Morgenstern, que fueron los primeros en modelizar con rigor y profundidad la realidad de la naturaleza interactiva de las decisiones de los agentes económicos. Pensaron que el estado científico de la Economía era comparable al de la Física antes de Kepler y Newton y que había que inventar nuevas matemáticas para abordar los difíciles problemas que presentaba el estudio del comportamiento económico. La analogía llevó a Von Neumann a partir de ejemplos sencillos de juegos infantiles como el de pares y nones, prototipo de los llamados juegos bipersonales de suma nula, juegos estrictamente competitivos en que cada jugador gana lo que el otro pierde y demuestra en su memoria de 1928 la existencia de una estrategia óptima (llamada minimax) para cada jugador, que hace mínima la máxima pérdida

esperada. A partir de esta «regla de oro» que es normativa para un jugador inteligente que juega contra otro jugador inteligente una partida de un juego del tipo indicado, establece en su libro famoso, las bases matemáticas de la teoría de juegos n-personales de suma nula, origen de todos los desarrollos posteriores de esta bella teoría. Como decía Von Neumann: «El progreso en cada ciencia resulta cuando para el estudio de problemas que eran modestos comparados con las últimas aspiraciones se crean métodos que pueden extenderse más y más. La caída de los cuerpos es un fenómeno físico trivial, pero fue el estudio de este hecho simple y su comparación con el material astronómico el que originó la Mecánica». Durante dos décadas, la influencia del minimax en el desarrollo científico y en las aplicaciones económicas, militares, políticas, es tan importante que hace verosímil la curiosa anécdota según la cual cuando se preguntaba a un estudioso del ámbito estelar del Princeton de los años 50 (Einstein, Gödel, Von Neumann...) cuál era el mejor cerebro matemático del mundo, respondían que Einstein era el mejor matemático del mundo, pero Von Neumann había logrado un puesto a medio camino entre los hombres y Dios. Se puede decir que una nueva «teoría evolutiva de juegos» está surgiendo a partir de los ochenta, estimulada por problemas biológicos que dan lugar a modelos secuenciales de conflictos competitivos y cooperativos en ambiente aleatorio, en la que se apoyan otras nuevas disciplinas como las teorías de la información y la comunicación, la mejora de las soluciones secuenciales por aprendizaje... Tras su éxito en Biología y Genética ha encontrado importantes aplicaciones en conflictos de la economía, medio ambiente, culturales, éticos, políticos... Dentro de esta teoría general de la evolución, la «adaptación darwiniana» se sustituye por sucesiones de soluciones óptimas que conducen a formas sociales relativamente estables. Así, la selección vuelve a ser influida por sucesos aleatorios y la memoria individual y colectiva y la transmisión de soluciones de conflictos precedentes conectan el pasado con el presente y permiten el aprendizaje intergeneracional. En ellos juega un papel importante la actitud frente al riesgo a través de la regulación de la utilidad esperada que valen, no sólo para humanos, sino también para poblaciones animales. Y termina Casti con esta nota: «La teoría del minimax es un nuevo e importante concepto en la Ciencia y en la vida, pues esta teoría, que define cómo proceder racionalmente en situaciones que anteriormente veíamos como irracionales, podemos decir que ha cortado uno de los mayores nudos gordianos de la filosofía, a saber, la barrera entre la acción racional e irracional. Es difícil pedir más a una teoría matemática». Y nosotros queremos apostillar que el autor no debía haber olvidado totalmente un teorema más fundamental que el minimax, como es el de la esperanza de utilidad, ingrediente básico de la teoría de juegos. Recordemos al respecto que el premio Nobel profesor Simon, en un artículo reciente escrito conjuntamente con Dantzig, Raiffa..., ha dicho que «el desarrollo de la teoría de la utilidad subjetiva esperada es una de las grandes conquistas intelectuales del siglo XX, que nos da por primera vez un principio formalmente axiomatizado, que permite a un individuo comportarse de una manera consistente y racional». «Admitiendo probabilidades asignadas subjetivamente, la teoría de la utilidad esperada subjetiva abre el camino para fusionar opiniones subjetivas con datos objetivos, un enfoque que puede ser utilizado también en sistemas decisionales con hombres y máquinas. En la versión probabilística de la teoría, la regla de Bayes prescribe cómo los individuos deberían tener en

cuenta la nueva información y cómo deberían responder a la información incompleta». Resumiendo, diremos que tres principios fundamentales: a) la utilidad esperada; b) el minimax; y c) el enfoque bayesiano (Harsanyi), se reparten complementariamente los tratamientos de los problemas decisionales de un individuo: a) frente a la incertidumbre, b) frente a un adversario racional y c) frente a un adversario no necesariamente racional.

En la imposibilidad de hacer una referencia tan extensa de las otras cuatro teorías seleccionadas por el profesor Casti para su excelente libro, nos limitaremos a considerar algunas aplicaciones de las mismas: Cap. 2: el teorema del punto fijo de Brouwer de la Topología permite la demostración de la existencia de trayectorias para los viajes interplanetarios más complejos imaginables, o de la existencia de técnicas óptimas de producción para lograr máximos outputs de todos los bienes a los mejores precios posibles y tasas de crecimiento máximas, así como la teoría general del equilibrio económico, cuyo establecimiento valió el premio Nobel de 1977 a Arrow y el de 1938 a Debreu. En el cap. 3, el teorema de las singularidades de Morse, punto de partida de la llamada teoría de las catástrofes (Thom), que ha permitido abordar problemas importantes de la Biología, como los de diferenciación celular y morfogénesis de los seres vivos, y ofrecer un marco matemático coherente en que se explica cómo comportamientos discontinuos pueden emerger como resultado de leves cambios en los inputs de un sistema, por ejemplo, tasas de interés en un mercado especulativo... En el cap. 4 considera el teorema de parada de la teoría de la computación en paralelo con uno de los más famosos teoremas de la matemática: el teorema de Gödel (1931), según el cual a partir de cualquier sistema axiomático, que sea suficientemente amplio para contener la aritmética de los números enteros, siempre es posible enunciar propiedades indecidibles, es decir, que no se puede demostrar a partir de los axiomas si son verdaderas o falsas. O, en otras palabras: ser verdad es estrictamente más amplio que ser demostrable, lo que algunos filósofos interpretan significando que la potencia de la mente humana sobrepasa la potencia del razonamiento deductivo. Y de aquí no hay más que un paso para concluir (Penrose) que nunca podremos crear una computadora de potencia similar a la de la mente humana. Lo cual está en línea con el teorema de parada del cálculo automático que emplea el lenguaje de algoritmos y programas como versión informática de los sistemas formales deductivos del teorema de Gödel. Cap. 5: la teoría de la optimización con sus teoremas fundamentales del simplex (Dantzig) y de la programación dinámica (Bellman), con sus aplicaciones al problema de la cartera (distribución óptima de un capital entre distintas inversiones con riesgo para obtener una rentabilidad óptima) o al problema del viajante, o al control óptimo de procesos de producción, etc. Con estos destellos finales del contenido del libro hemos querido reflejar su gran valor científico, filosófico y cultural, como debe ser, al estar dirigido especialmente a «intelectuales de formación científica general». □

En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, Román Gubern, Javier Muguerza, Manuel Seco, Francisco Rodríguez Adrados y José María López Piñero. Índice 1996.

RESUMEN

El libro objeto de la atención de Sixto Ríos pretende contribuir a la familiarización del público intelectual con el pensamiento matemático, pero sin llegar a divulgaciones simplistas, sino siguiendo, por el contrario,

aquella premisa de Einstein: «una teoría debe ser tan sencilla como sea posible, pero no más». Y con esas pautas el autor da una idea de lo que es la matemática actual, a través de cinco grandes teorías.

John L. Casti

Five Golden Rules

John Wiley & Sons, Nueva York, 1996. 229 páginas. ISBN: 0-471-00261-5.

El catalanismo como cultura

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: Falange y literatura, Literatura y pequeña burguesía en España, La Edad de Plata (1902-1939), La doma de la Quimera, De postguerra y el ensayo de teoría Historia, literatura, sociedad.

Solamente los nacionalistas creen que su ideología política brota espontáneamente del fondo de sí mismos, mediante la contemplación estática del paisaje familiar o la oscura conciencia de las instancias ocultas de la raza. Para ellos, ser irlandés, checo o vasco es una situación previa, una realidad en la que se nace y desde la cual se siente la herida de la opresión inglesa, germánica o española. El resultado de esa conciencia puede ser, a la postre, un pistolero del IRA o William Butler Yeats, un muchacho de Jarrai o el Padre Barandiarán, la expulsión de los Sudetes o la música de Smetana.

Aunque también, en tales conflictos, se puede optar por ser James Joyce, Miguel de Unamuno o Franz Kafka: es decir, productos complejos y sabios de la contaminación de la cultura dominante por la cultura dominada (o al revés) y, si se quiere usar la expresión de Félix Guattari que gusta tanto a Jon Juaristi, «literatos menores».

Un hecho cultural

Pero Eric Hobsbawm, Ernest Gellner o Maxime Rondison –autores que Joan-Lluís Marfany cita a menudo– han demostrado de forma convincente que en cuestión de nacionalidades insatisfechas ocurre precisamente al revés de lo que quisieran los nacionalistas: que el nacionalismo no es un hecho natural, sino cultural, que solamente se difunde en situaciones de cierto nivel educativo porque es un modo de socialización complejo, que traduce –a fin de cuentas– una convergencia de intereses que solamente se explica en comercio y pugna con otros intereses limítrofes. Reflexiones como *El nacionalisme català*



FUENCISLA DEL AMO

de Marfany son enormemente útiles. Tienen, en primer lugar, la frescura de la independencia personal –el autor es profesor desde hace bastantes años en Liverpool y ha pasado con naturalidad de la historia de la literatura a la de la cultura y a la historia «tout court», como le gusta recordar– y el peso específico de lo bien pensado porque no siempre los usuarios de la historia y en alguna ocasión los mismos historiadores saben discernir entre su condición de intelectuales críticos y la tentación de ser los hechiceros de la tribu.

Por eso, este espléndido libro de Marfany sobre el catalanismo inicial de 1890-1900, aquellos otros de Joan B. Culla sobre *El republicanisme lerrouxista a Catalunya* y de Enric Ucelay Da Cal sobre *La Catalunya populista (1931-1939)* e incluso la minuciosa indagación de Antoni-Lluç Ferrer sobre Bonaventura Carles Aribau hayan sido –al menos, el segundo de los citados– bastante polémicos. Indagar algo no es forzosamente ser su cómplice; demostrar la modernidad o

la arbitrariedad de una tradición no es desacreditarla ni negarle su función cohesionadora.

Quien haya visto en su vida un «aplec» de sardanistas, la unción con la que jóvenes y viejos calzan las «espardenyes», el familiar montoncito de ropas en medio de la «ronda, magnífica anella», donde se mezclan los anoraks de los chicos y los abrigos de paño de los ancianos, las manos enlazadas de quienes no se conocen previamente y el ritmo preciso, tácitamente convenido por sutiles apretones de los dedos, sabe que aquello define fuertemente a una comunidad, aunque la difusión del baile no tenga más de cien años, aunque obedezca a una tradición más culta que popular y aunque el introductor de la tenora, Pep Ventura, hubiera nacido en Alcalá la Real, hijo de un sargento de infantería que un día fue destinado a Roses.

Modos de cohesión sentimental

Y es que cumple reconocer que los catalanes han inventado algunos de los modos de cohesión sentimental de la vida colectiva más logrados que se conocen y que dan fe de la fuerza del sentimiento nacional: desde el canto social a las tradiciones pasteleras, pasando por el rescate de las romerías, la práctica del excursionismo o los concursos fotográficos.

Toda tradición se inventa y llega a serlo en virtud de un proceso de voluntad que se aplica a borrar las huellas de la invención originaria. Toda historia es cosa de hombres y mujeres que han decidido hacer determinado

tipo de cosas y este libro lo expresa con sencillez muy explícita al titular sus partes «Qui eren» (quiénes eran), «Com s'expressaven» (cómo se expresaban) o «El que feien» (lo que hacían).

Y el resultado es que acabamos por conocer a «lo ferm catalanista Alfred Pujol i Roure» que aparece como tal en una escuela, a la «senyoreta Francesca Talleda» que cantó «Bella Flor» el 23 de abril de 1906 en la Asociación Popular Catalanista o a los señores Soler y Mas, de Vilafranca del Penedès, que por aquellas calendas fabricaban el tónico digestivo «Els Segadors».

Por supuesto, estos modestos sujetos de la historia no fueron Enric Prat de la Riba, Francesc Cambó o Narcís Verdaguer i Callís, ni decidieron la evolución del regionalismo al nacionalismo. Fueron los que ajustaron una buena parte de su vida a las pautas de un sentimiento que expresaba una nomenclatura que Marfany ha sabido captar sagazmente en sus textos: eran de la «ceba» (la cebolla), apretados, subterráneos, correosos como el bulbo que los definía; llamaban a su entorno la «terra» o el «terror» con posesiva pasión de propietarios y ciega esperanza de agricultores de una futura cosecha; los movían adverbios de dirección elementales y magníficos como «avant» y «via fora»; gustaban de palabras que hablaban de fuerza de colectividad –«joventut», «vida», «renovació»– y de imágenes que proyectaban un futuro esplendoroso como «sol ixent», por más que su ideario manifestara una fuerte tendencia al enquistamiento tautológico

En este número

Artículos de

José-Carlos Mainer	1-2	F. Rodríguez Adrados	8-9
Román Gubern	3	José María López Piñero	10-11
Javier Muguerza	4-5	Índice 1996	12
Manuel Seco	6-7		

SUMARIO en página 2





El catalanismo como cultura

(querían que «Catalunya torni a ser el que té dret de ser»: el perfecto círculo de la esencialidad inefable).

Eran también casi todos —y conviene no negarlo— antiespañoles. Odiaban el género chico y, en buena medida, el arraigo primero de los coros fundados por Josep Anselm Clavé y después el desarrollo y perfeccionamiento de la mentalidad orfeonista con el nacimiento del Orfeo Català fue una voluntad de distanciarse de la chocarrería tan del gusto de aquella «llopada famolenca» (manada de lobos hambrienta) de origen madrileño que esquilmba al país.

El propio Joan Maragall hablaría de «tallar la corda» (cortar la cuerda) que unía a Cataluña con la «Morta» (España), y en la prosa propagandística de entonces, como alguna vez en la de hogaño, no falta la ira racista contra una España bereber e intransigente. ¿El catalanismo —se preguntan a menudo los ingenios— era de izquierda o de derecha? Marfany se pronuncia muy claramente contra la opinión, alentada por bastantes historiadores,

que hace convivir un catalanismo conservador y un catalanismo popular e izquierdista desde los orígenes mismos del movimiento: el obispo Torras i Bagès al lado de Valentí Almirall, como luego la Lliga frente a la Esquerra. Importa poco que existan periódicos como *La Tralla* o *Juventut* que parecen expresar un tono radical o que incluso en 1901 comparezca un Centre Nacionalista Republicà. No existe, al cabo, otro catalanismo, sino el conservador, y en éste se afanan abogados, propietarios, comerciantes (lo que apunta tanto a los patronos como a sus empleados) y, después de 1898, curas o médicos que significan la incorporación de lo que, en términos gramscianos, podía definirse como «intelectuales tradicionales» más que orgánicos. Pero no es solamente la composición social lo que determina la filiación ideológica. Es precisamente la renuncia tenaz a la política la que nos suministra las claves de un pensamiento cuya «utopía es estrañamiento concreta, específica i detallada, possiblement per tal d'amagar l'absència total d'estratègia».

burguesía cultivada. No deja de ser revelador que el gran momento de la arquitectura de Praga, Budapest o Barcelona sea el ensueño modernista, que la calle Parischka, el bulevar Andrassi y el Paseo de Gracia tengan un aire de familia y que los más ricos emblemas de la vida colectiva de 1900 sean el Narodní Divadlo (Teatro nacional) de Praga, el Teatro de la Ópera de Budapest y el espléndido Palau de la Música de Barcelona.

Catalanismo y «modernisme»

Las páginas dedicadas por Marfany a la relación del catalanismo y el «modernisme» son modélicas y se alimentan tanto del libro magistral de Eduard Valentí Fiol (*El primer modernismo literario catalán y sus fundamentos ideológicos*, 1973) como de las propias investigaciones que ya en 1975 dieron libro tan capital como *Aspectes del modernisme*. De entonces para acá, sus hipótesis —al lado de las de Jordi Castellanos— debieran haber enseñado mucho a quienes desde la vertiente occidental de la península se afanan en establecer alguna categoría comprensiva del hecho español del fin de siglo, como es de esperar que los más recientes trabajos catalanes sobre el «noucentisme» digan algo a quienes manejan nociones tan inseguras como novecentismo y generación de 1914.

Y digo esto porque la lectura de este libro no se puede limitar a los interesados por su concreto enunciado o a quienes concierne el idioma en que está escrito y las consecuencias presentes de lo que allí se describe. España no es una agregación de base dinástica como fue el imperio austro-húngaro, pero tampoco es un estado nacional afianzado en una sólida administración decimonónica como Francia

o en un complejo proceso que suma como instancias de centralización una dinastía, la revolución industrial y la proyección colonialista como en el caso del Reino Unido.

La cohesión moderna española avanzó mucho camino en el siglo XVIII y se paralizó en el siglo XIX: por eso el nacionalismo español es casi rigurosamente coetáneo de las primeras manifestaciones del catalán, del gallego y del vasco, y Manuel José Quintana convive con Aribau, con Joseph-Augustin Chaho y casi con Alfredo Brañas. Que uno y otros nacionalismos se retroalimenten y mezclen sus querellas revela hasta qué punto son solidarios y debieran seguirlo siendo: todos comparten, lo quieran o no, a los comuneros, a las «machinadas» y a los «irmandiños», al Príncipe de Viana, al arzobispo Gelmírez o las míticas cuatro batallas que inventó Sabino Arana.

Joan-Lluís Marfany acaba su libro con algunas preguntas muy oportunas que confirman que la labor del historiador no termina con la solvencia testifical: ¿cómo se llegó al catalanismo tras un siglo XIX en el que Cataluña ha sido parte fundamental en la construcción de España, así fuera a costa de renunciar en buena parte a su idioma? ¿Por qué es precisamente en torno a 1898 —crisis del Estado— cuando se enfrentan y clarifican los dos nacionalismos? ¿Cuál es la relación, de hostilidad al principio y de asimilación después, entre el catalanismo y el republicanismo? ¿Qué sabemos de la base real —flujos emigratorios, actitudes, intercambios— que hubo tras esa pugna? Saber algunas de esas cosas nos ayudará a escribir la historia de los españoles o de los catalanes más que la historia de España o la historia de Cataluña. De eso, al cabo, se trata en estas estupendas páginas de vida e investigación. □

Qué es



Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Una nación no se vota

Una utopía no puede someterse a la contabilidad mercantil de los votos obtenidos: una nación no se vota, ni, en tanto que lo es, tiene clases sociales. El nacionalista reinventa la hermandad, la alianza sagrada, como vehículo de autorreconocimiento colectivo, y donde otros verían la pugna de intereses económicos, solamente sabe ver el enfrentamiento de dos comunidades, la propia y la usurpadora. Pero lo cierto es que el catalanismo tiene, en este orden de cosas, un talante peculiar: seguramente porque no surge en contacto con una lucha armada (el carlismo es un ingrediente de infinita menor relevancia que en el caso vasco, mal que pese a Jesús Pabón) y porque tiene un tono más laico de lo que se cree (pese a las declaraciones del actual ordinario de Solsona), el catalanismo es un movimiento más cultural que otra cosa.

No tiene, para su fortuna, la tradición bélica e insurreccional que impregna grandes zonas de los nacionalismos irlandés, eslavo meridional y vasco, donde además la influencia clerical ha sido tan perversa y, en tal sentido, recuerda mucho más el caso checo o el húngaro: nacionalismos lingüísticos, musicales, historicistas y, a la postre, definidos por una

RESUMEN

Para encuadrar el tema del libro del que se ocupa José-Carlos Mainer —el nacionalismo catalán en sus inicios, hace un siglo— éste recurre a la opinión de diversos especialistas; quienes sostienen que el nacionalismo en ge-

neral no es un hecho natural sino cultural, que solamente se manifiesta en situaciones de cierto nivel educativo y que se traduce en una convergencia de intereses en comercio y pugna con otros intereses limitrofes.

Joan-Lluís Marfany

La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis

Empúres, Barcelona, 1995. 408 páginas. 3.900 pesetas. ISBN: 84-75964567.

SUMARIO

	Págs.
«El catalanismo como cultura», por José-Carlos Mainer, sobre <i>La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis</i> , de Joan-Lluís Marfany	1-2
«Una exploración del cine estalinista», por Román Gubern, sobre <i>Réalisme socialiste et cinéma. Le cinéma stalinien (1928-1941)</i> , de Eric Schmulevitch	3
«El destino ético del hombre», por Javier Muguerza, sobre <i>El ethos, destino del hombre</i> , de Juliana González	4-5
«La catedral terminada», por Manuel Seco, sobre <i>Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana</i> , de Rufino José Cuervo	6-7
«La obra de Sófocles, un laboratorio poético», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Sophocles' Tragic World. Divinity, Nature, Society</i> , de Charles Segal	8-9
«El arte en la ciencia: la ilustración botánica», por José María López Piñero, sobre <i>The Art of Botanical Illustration</i> , de Wilfrid Blunt y William Stearn	10-11
Índice 1996	12

Una exploración del cine estalinista

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y en la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Ha sido director del Instituto Cervantes en Roma.

El estudio crítico de la cultura y de las prácticas artísticas en los regímenes totalitarios goza de sólida tradición, aunque es normal que los trabajos más satisfactorios sobre estos temas aparezcan una vez que el régimen de referencia ha desaparecido del mapa político, lo que permite el acceso a sus archivos y una investigación no coartada por trabas burocráticas o policiales. De este modo, en las últimas décadas hemos podido gozar de competentes trabajos sobre la producción artística de la Italia mussoliniana (como *Arte e ideología del fascismo*, de Umberto Silva, Fernando Torres Editor, Valencia, 1975), de la Alemania nazi (como *Arte e ideología del nazismo*, de Berthold Hinz, Fernando Torres Editor, Valencia, 1978, y *El arte del Tercer Reich*, de Peter Adam, Tusquets Editores, Barcelona, 1992) e incluso de la España franquista (*La estética del franquismo*, de Alexandre Cirici, Gustavo Gili, Barcelona, 1977, y *Arte e ideología del franquismo (1936-1951)*, de Angel Llorente, Visor, Madrid, 1995). A estos títulos se puede añadir el más reciente catálogo de la magnífica exposición *Arte y poder* (1996), que engloba en un discurso unitario el arte de los regímenes totalitarios europeos en un arco que va desde la Roma fascista al Moscú estalinista.

La Europa comunista, que se construyó a partir del modelo de la Rusia soviética que erigió Stalin entre 1924 y 1945, ha constituido el último bastión de los totalitarismos europeos, y su desplome político al final de la década pasada está permitiendo un examen documentado de sus archivos y dando a la luz revelaciones que, no por supuestas, se han convertido en menos sensacionales. Seguramente el texto más ejemplar y más estremecedor de esta nueva etapa investigadora lo ha constituido el «best-seller» de Vitali Chentalinski *De los archivos literarios del KGB* (Anaya/Mario Muchnik, Madrid, 1994).

Potentes sinfonías visuales

Ahora le ha tocado el turno al cine. En las historias del cine tradicional suele exaltarse con grandes elogios la etapa del cine mudo soviético, tanto por sus vibrantes contenidos lírico-revolucionarios, con un realismo descarnado hasta entonces inédito en las pantallas, como por su virtuosa exploración experimental de las posibilidades del montaje, que permitía articular potentes sinfonías visuales. El paradigma de todas estas virtudes políticas y expresivas se suele condensar en *El acorazado Potemkin*, de Eisenstein, y más específicamente en su memorable secuencia de la represión zarista efectuada sobre la población civil en las escalinatas de Odessa. Pero, después de esta gloriosa epifanía, el historiador se encontraba ante una época ingrata que, a veces, se resumía sentenciando que se transitó del cine de poesía al cine de prosa, formulación que Schmulevitch desmenuza en profundidad en este libro.

El cine soviético mudo era, sin duda, el que más había experimentado las virtudes del montaje como instrumento formativo de una poética cinematográfica. Uno de los puntos más elevados de este experimentalismo lo constituyó *Octubre*, en donde Eisenstein



JUAN RAMÓN ALONSO

ensayó hasta sus últimas consecuencias las posibilidades del cine metafórico y simbólico, y que tanto disgustó a los críticos y burócratas del aparato cultural soviético, quienes lo acusaron de «formalista». Pero también en los cine-poemas de Dziga Vertov, emparentados con los trabajos de Walter Ruttmann (como *El hombre de la cámara*), o en los de Pudovkin (como el huracán alegórico que barre a los soldados británicos al final de *Tempestad sobre Asia*) se halló esta misma preocupación por ensayar los procedimientos retóricos y prosódicos de la poesía mediante las imágenes icónicas, de un modo más complejo del que era posible en la pintura, gracias a la movilidad de los signos inherente a la expresión cinematográfica.

Debido precisamente a este uso libérrimo del montaje de las imágenes visuales, el añadido del sonido, que a partir de 1930 pasó a condicionar la métrica de los planos y del film, fue percibido por muchos artistas soviéticos como una catástrofe estética. Es cierto que en 1928 Eisenstein, Pudovkin y Alexandrov formularon su teoría del «contrapunto sonoro», para liberar el acoplamiento audiovisual de las servidumbres naturalistas, pero el contrapunto audiovisual era sólo un procedimiento de limitada utilidad en la construcción diegética del relato cinematográfico en un film de larga duración.

Al advenimiento del sonoro se añadió en la URSS, para torcer el desarrollo artístico de su cine, un factor político importante, a saber, las necesidades del primer plan quinquenal, que concedía prioridad al desarrollo y extensión del público cinematográfico campesino, en detrimento del minoritario público urbano. Como aquel público era más inculto

y menos sofisticado, el didactismo utilitario se convirtió en un imperativo prioritario impuesto a los directores soviéticos, a expensas del experimentalismo y del lirismo. Boris Chumiatsky, responsable político de la industria cinematográfica soviética, lo dijo con mucha claridad en 1935: «La sobreestimación del montaje supone la primacía de la forma sobre el contenido, la separación de la estética de la política». Otros, como el director Sergei Yukevitch, afirmaron que el cine de montaje mudo, con sus experimentos visuales de tendencia ideológica, suponía «la negación del hombre». La consigna estaba lanzada, para que el cine de poesía mudo fuera reemplazado con determinación por el cine de prosa sonoro, que se convertirá en los años treinta en un curioso academicismo cinematográfico proletario.

Schmulevitch ha compilado en su libro los textos de informes internos, de dictámenes de censura, de críticas de prensa, de consignas burocráticas y de debates profesionales y políticos públicos, para desglosar los

RESUMEN

El cine soviético mudo, el de Eisenstein y Vertov, entre otros, ha sido unánimemente elogiado por todos los estudiosos, pero a ese cine de poesía, como se le denominó, pronto le siguió, con la implantación del sonido, un cine de prosa, nada simbólico y ex-

factores que determinaron en la URSS el paso del cine de poesía al cine de prosa y que serían los siguientes:

1) La priorización de las exigencias del inculto público campesino sobre el más refinado público urbano.

2) El condicionamiento técnico de los contenidos de la banda sonora, y especialmente de los componentes verbales, sobre la libertad del montaje. Los films de los años veinte expresaban ideas a través del juego de imágenes, mientras que los films de los años treinta expresarían sus mensajes ideológicos por medios preferentemente oratorios.

3) El acatamiento del dogma realista, tal como lo formuló Engels y definió como la presentación de «personajes típicos en circunstancias típicas», alejó lo excepcional y atípico —que constituye un material muy poe-
tizable— del campo de lo decible en pantalla.

4) La prioridad otorgada al contenido verbalizable se tradujo en una primacía concedida a la tarea y funciones literarias del guionista —usualmente inexperto en el lenguaje de las imágenes—, en menoscabo de las del director, experto en imagen. Las películas se alejaron así del modelo del cine-poema visual para aproximarse al del cine-novela en prosa.

5) La prioridad política otorgada al «contenido» político utilitario (núcleo de la teoría del realismo socialista) se tradujo en el abandono de los anteriores temas épicos de la revolución, la lucha de clases y la lucha armada, muy aptos para un tratamiento lírico, en favor de los temas más prosaicos —pero ahora urgentes— de la «edificación del socialismo», contruidos en torno a un héroe positivo o ejemplar (obrero o soldado), que acaba consiguiendo sus objetivos. Ello supuso obviamente mutaciones importantes en el campo semántico, ligadas a los temas industriales o campesinos de la «edificación del socialismo».

Y 6) La importancia asignada al «héroe positivo» priorizó también el trabajo del actor teatral, enfeudando los films en convenciones escénicas procedentes del teatro.

Realismo socialista

La sistematización de estas consignas burocráticas se aglutinó gracias a la doctrina oficial del «realismo socialista», que, asentada en la concepción del arte como reflejo social que procedía de Plejanov, se gestó en los medios literarios desde 1932, produciendo devastadores efectos estéticos. Y desde la literatura se exportó luego al cine. Su resultado fueron las mutilaciones, las distorsiones, las renunciadas y los silencios, como el patético silencio profesional padecido por Eisenstein entre 1929 y 1938, confinado a las aulas de la Escuela de Cine de Moscú. Pero hubo también carreras extinguidas definitivamente e incluso cineastas confinados en el Gulag. Con su libro, Schmulevitch aporta una pieza de cargo nueva y fundamental para entender los mecanismos perversos que provocaron la catástrofe estética del estalinismo. □

cesivamente didáctico (un didactismo utilitario justificado por la incorporación de un público cinematográfico rural poco cultivado), que es el que se conoce como el del periodo estalinista, y que es del que habla Román Gubern.

Eric Schmulevitch

Réalisme socialiste et cinéma. Le cinéma stalinien (1928-1941)

Editions L'Harmattan, París, 1996. 286 páginas. ISBN: 2-7384-4024-X.

El destino ético del hombre

Por Javier Muguerza

Javier Muguerza (Coín, Málaga, 1939) es catedrático de Ética en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Entre sus últimos libros figuran *Ethik aus Unbehagen* (25 Jahre ethische Diskussion in Spanien) y *Desde la perplejidad. Es coordinador del Comité Académico de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, actualmente en curso de publicación.*

Con este libro de la profesora mexicana Juliana González, discípula predilecta del filósofo catalán y español, exiliado, Eduardo Nicol, se cierra lo que por el momento constituye una trilogía integrada, junto con él, por los volúmenes *El malestar en la moral* (1986) y *Ética y libertad* (1990), todos aparecidos a lo largo de una década bien fecunda de trabajo, en la que además habría que insertar sus tres ensayos sobre Nietzsche, *El héroe en el alma*, de 1993.

Aunque *El ethos, destino del hombre* se ocupa de otras muchas cosas, desde la historia de la ética a la ética aplicada, en lo que sigue no tendré otro remedio que ceñirme al núcleo del mismo, es decir, al meollo de su propuesta. Y, comenzando por su título, se echa de ver que este último nos ofrece una traducción del celebrísimo apotegma de Heráclito que reza «*ethos anthrópo daimon*». Comprobamos, así, que la autora ha traducido por «destino» el complejísimo término griego «*daimon*», traducción perfectamente correcta y, sin duda, acertada en este caso, pero que no resta complejidad a la cuestión y hasta equivale en cierto modo a traducir «*obscurum per obscurius*», pues plantea la cuestión no menos ardua, sobre la que más adelante volveremos, de qué haya de entenderse por destino.

Pero, por otro lado, el título del libro deja «*ethos*» sin traducir, lo que en principio resulta harto prudente habida cuenta de que su traducción es todavía más complicada que la de «*daimon*» y de que, para colmo, aquel vocablo no sólo admite en griego más de un significado, sino hasta puede escribirse de dos distintos modos según que su primera letra sea una «*eta*» (que es la arcaica grafía con que aparece en el fragmento heraclítico, en cuyo caso «*ethos*» vendría a significar algo así como «morada», sea morada exterior —como la casa en que se vive—, sea morada interior, esto es,

modo de ser y no sólo de estar y, en definitiva, «carácter») o una «*épsilon*» (que es la grafía que acabaría luego imponiéndose y con la que «*éthos*» vendría a significar el «hábito» de que es fruto el carácter y, de este modo, la «costumbre», traducida finalmente al latín por «*mos*», de donde proviene, según es bien sabido, nuestro vocablo «moral», tal y como de «*ethos*» proviene nuestro vocablo «ética»).

Una confrontación

De lo que el libro de Juliana González viene a hablarnos, por tanto, es del destino ético del ser humano. Mas al haber elegido como lema la sentencia de Heráclito, la autora se obligaba a sí misma, siquiera sea implícitamente, a confrontar su concepción de dicho destino con la de uno de los gigantes del pensamiento contemporáneo, por más que ese gigante quizás tenga —éticamente hablando— los pies de barro: me refiero, claro está, a Heidegger, cuyo punto de vista a este respecto se cimenta sobre una interpretación del «dic-tum» de aquél tan arbitraria como lo suelen ser todas las suyas en términos filológicos (pues, lejos de pensar que «los griegos somos nosotros», de lo que parecía mostrarse convencido era de que los griegos hablaban en alemán o, más exactamente, en heideggeriano). Vayamos, pues, con nuestra confrontación.

Heidegger nunca fue lo que se dice un entusiasta de la ética y comentó con sorna alguna vez cómo, tras publicar *Ser y tiempo* en 1927, alguien le vino a preguntar en vano: «Y ahora, ¿cuándo publicará Vd. un libro de ética?». Es innegable que dicha obra ha sido decisivamente influyente en la filosofía moral contemporánea, como sucede, para poner un solo ejemplo, con la bien conocida distinción heideggeriana entre esos dos modos existenciales, o «*existenciarios*», que son la existencia «propia» y la «impropia», la autenticidad y la inautenticidad. Pero, como Aranguren cuidaba entre nosotros de advertirnos, Heidegger no hacía con ellos ética, sino ontología, habida cuenta de que autenticidad e inautenticidad son, simplemente, dos caras ontológicas del hombre, tan existencialmente constitutivas de este último la una como la otra, mas sin que se nos ofrezca una sola razón para preferir éticamente la primera a la segunda o viceversa. De análoga manera, Heidegger tam-

poco respondería a su corresponsal francés Jean Beaufret cuando éste le preguntaba «si no creía necesario complementar su ontología con una ética», pregunta que precisamente diera origen a la *Carta sobre el humanismo*, de 1947, con cuya mención se abre el libro que estamos comentando y a la que Juliana González le dedica asimismo su capítulo final: en el opúsculo heideggeriano, la indiferencia ante la ética llega al extremo de no verse en ella sino el resultado de lo que llama Heidegger «pensar por disciplinas filosóficas», algo evidentemente nefasto que los virtuosos presocráticos desconocían y que sólo se impuso a los filósofos bajo la influencia de la escuela de Platón; los pensadores anteriores no conocían ni una «lógica», ni una «ética», ni una «física», pese a lo cual su pensamiento no era ilógico o contrario al «logos», ni inmoral o contrario al «ethos», ni se podría decir que no pensarán la «physis» o naturaleza —insiste Heidegger— con una profundidad que la ciencia ulterior no alcanzaría a igualar en su opinión; y por lo que en concreto se refiere al «ethos», para Heidegger no hay la menor duda de que «las tragedias de Sófocles lo expresan más originariamente que las *Éticas* de Aristóteles» (todo ello es, en rigor, tan atractivo como insidioso, puesto que, si bien a nadie que se dedique a la filosofía le ha dejado de repugnar alguna vez su parcelación en asignaturas, el caso es que la ética no es primariamente una asignatura filosófica, sino la reflexión a que nos mueve la constatación del contraste entre nuestra insatisfacción ante una realidad que nos parece injusta y nuestro anhelo de justicia, un contraste que induce a preguntarnos: «¿Qué debemos hacer?» y a actuar en consecuencia en lugar de acatar pasivamente tal estado de cosas). Pero Heidegger está lejos de ver con buenos ojos la propia dicotomía de «ser» y «deber ser», como lo testimonia el negativo examen de la misma llevado a cabo en su *Introducción a la metafísica*, un texto de 1935, aún si no publicado hasta 1953, y por ende a medio camino entre los otros dos que llevamos mencionados, a los que bien pudiera servir de conexión para nuestros efectos. Como todos los males filosóficos, según Heidegger, también la citada dicotomía procede de Platón, a cuya idea suprema, la idea del Bien supuestamente «por encima» o «más allá» de cuanto hay en el mundo, remite la noción kantiana de un «imperativo moral» llamado a imponerse a lo que

el hombre es, es decir, a domeñar la impulsividad de su naturaleza. Y lo peor vendría todavía a ser el intento de fundamentar ese fantasmagórico deber en los «valores», que propiamente ni tan siquiera son sino a lo sumo «valen» y a los que tacha Heidegger, volcando sobre ellos toda su ira ontológica, de «entidades demediadas».

Concepción de la ontología

Muy distinta es, en cambio, la actitud de Juliana González, quien no comparte con Heidegger su fobia hacia Platón y por ello no duda en concebir a la ética, a la manera del Eros del *Banquete* platónico, como hija de Penía, o la «carencia», y Póros o la «plenitud», esto es, como una «tensión» entre nuestras aspiraciones morales insatisfechas y el satisfactorio logro de las mismas. Y su concepción de la ontología no diferirá menos de la heideggeriana, ya que, lejos de reducirse a una ontología del ser, hace también un hueco dentro de ella al valor, esto es, a la valoración humana de la realidad. Como escribe, «las cosas no son en sí buenas ni malas, sino que simplemente son... (y) la valoración es una preferencia del hombre que implica introducir un sí y un no, una especie de escisión y una exclusión en lo real, producidas por él y sólo por él; la valoración es una lectura humana de la realidad». De ahí no se sigue, ciertamente, que la valoración sea arbitraria o carezca de vínculo con la realidad, como reales son las diferencias que apreciamos entre la salud y la enfermedad, el placer y el dolor o la vida y la muerte. Pero, una vez dejado en claro que la valoración no nos confina en un subjetivismo extremo, tampoco cabe esperar que desemboque en un extremo objetivismo por el que la realidad, pongamos por caso la naturaleza, se convierta en el canon del valor, pues la misma pretensión de vivir conforme a la naturaleza sería una pretensión «no natural» o «artificial», un «arte de vivir», esto es, «ethos» o «segunda naturaleza», como toda otra forma de «virtud moral».

A tenor de semejante protagonismo humano de la valoración, se estaría tentado de decir, frente a Heidegger, que el mismísimo ser ha sido hecho para el hombre más bien que al revés, que es lo que habría llevado a los



STELLA WITTENBERG

Viene de la página anterior



der festionte Himmel
über mir
auch das moralische Gesetz
in mir. J. Kant

STELLA WITTENBERG

sofistas – que también eran, después de todo, presocráticos, o así figuran por lo menos en las historias de la filosofía – a sostener que «el hombre es la medida de todas las cosas». Para Juliana González, sin embargo, la proclamación de Protágoras resulta a todas luces excesiva, como también se lo resulta la de Sartre según la cual «en el mundo hay hombres y sólo hombres». Estampada por Sartre en su manifiesto *El existencialismo es un humanismo* de 1946, esta última afirmación indignaría a Heidegger hasta tal punto que su propia meditación en torno al humanismo ha podido ser interpretada como un intento de réplica. La de Juliana González, como sabemos ya, parte de otros supuestos: «Los valores son los grandes parámetros, los puntos de referencia, los cauces dentro de los cuales fluye la vida humana en su concreción... Los valores son también, metafóricamente, como estrellas polares que orientan y dan sentido al viaje humano, pero éste se va resolviendo en su propio derrotero concreto, siempre único y aventurado... Los valores son la línea del horizonte que permite distinguir cielo y tierra, arriba y abajo, esa línea del horizonte que según Nietzsche fue borrada cuando sobrevino la muerte de Dios, produciendo la caída sin fin del hombre con todas sus tablas de valores, y que se restablecería si se recobrase la vida del hombre». En cuanto al humanismo sartriano, Juliana González da la sensación de sentirse a un tiempo atraída y repelida por él, con una ambigüedad que refleja en cierto sentido la del propio Sartre cuando, por un lado, éste habla de «la profunda soledad del acto moral» y, por otro, nos dice que «cuando un hombre elige moralmente, elige por toda la humanidad». He aquí la personal versión que del asunto nos ofrece ella misma: «(Contra lo sostenido por Sartre), no es verdad que no haya nada escrito en un cielo inteligible y que cada hombre deba inventar su propio camino, en pleno abandono y absoluta soledad... Están escritos mil signos de valor universal que orientan el sentido de la existencia humana y nos hacen partícipes de un destino común y solidario, pero, al mismo tiempo, hay una honda verdad en la idea sartriana de que cada hombre debe decidir, desde su libre conciencia y su personal responsabilidad, su camino moral. Sólo que el

cielo inteligible no está fuera, sino dentro del hombre mismo, en su propia conciencia..., en la voz interior que pronuncia el sí y el no del mundo del valor. La paradoja no se comprende sino dentro de otra paradoja más fundamental, que se halla en el núcleo mismo de la moralidad. (La paradoja) de que en ésta se toquen los dos polos extremos de la existencia humana, a saber, la universalidad moral por un lado y, por el otro, la más radical autonomía de la persona». De donde se desprende que lo que Juliana González entiende por «daimon» no es sino aquello a lo que Sócrates llamaba la «phoné daimoniké», la «voz interior» que Kant llamaría luego «la voz de la conciencia». Y aquí radica, a mi modo de ver, la principal disparidad entre las respectivas interpretaciones del «ethos» como «destino del hombre» por parte de Heidegger y de nuestra autora. Pues del hombre heideggeriano – por más que Heidegger se empeñe en llamarle reduplicativamente «hombre humano» – cabría temer o bien que la voz de su conciencia permanezca sumida en la afonía o bien que sea él quien se encuentre condenado a permanecer sordo a dicha voz.

Y no se trata de figuraciones. En los textos de Heidegger más arriba citados menudean las alusiones despectivas a un presunto «tribunal de la conciencia» que, se supone, «juzgará nuestros actos» de acuerdo con una imaginaria «ley moral» y que, en caso de absolvemos, nos permitiría alcanzar la tranquilidad de conciencia (pero eso no sería sino «fariseísmo») o escapar a los remordimientos de conciencia (lo que nos instalaría en el puro y simple «calcular», esto es, en lo que en la contabilidad comercial o la teneduría de libros se llama «el debe y el haber»). ¿Pero quién buscaría nuestro destino en algo tan prosaico como eso?

La fuerza del destino

A la conciencia, advierte Heidegger, tampoco le corresponde suministrarnos indicaciones prácticas que orienten nuestro obrar, pues todo lo que le cumple hacer al hombre es ser fiel a su «destino», un destino que le convierte en el único ente capaz de abrirse a

la comprensión del ser. Las indicaciones sobre sus reglas de actuación tendrán que venirle al hombre de ese mismo ser, pero con una muy importante matización, pues «indicar» se dice en griego «némein» y el «nómos» para Heidegger no es la ley sin más, sino «la indicación oculta en el destino del ser (el «Seinsgeschick», no el destino del hombre ya, sino el de un Ser que presumiblemente exige la mayúscula)», dado que, si así no fuera, toda ley quedaría reducida a «hechura de la razón humana». Y, por lo visto, sólo faltaría que los hombres acabaran dándose a sí mismos sus propias leyes de acuerdo con su razón o sus «razones».

Frente a esa funesta posibilidad, lo que Heidegger nos propone es aguardar la «iluminación» procedente del propio ser, que podría tanto conducirnos al reino de la gracia como mostrarnos la afluencia de la desgracia, pero que en todo caso habría de permitirnos «encontrar nuestra estancia (nuestro «ethos») en la verdad del ser», empresa ésta no fácil a juzgar por la elusividad de que dicho Ser hace gala en las poéticas obras del «último» Heidegger. Alguna vez se ha dicho que la idea de destino no es incompatible con la de libertad, que es lo que ocurre cuando se habla, a título más o menos metafórico, del destino individual, pues la serena aceptación de ese destino – el «amor fati» – puede tener en ocasiones la grandeza de un acto libérrimo. Pero cuando se habla de un destino que trasciende al individuo, e incluso al hombre como especie, lo menos que se puede temer es que éste quede inerte ante su suerte, aún más inerte que en la versión cristiana del «amor al destino»

(el «fiat voluntas tua»), pues con un Dios supuestamente personal cabría rogar, rezar o suplicar, mientras que del impersonal e innominado Ser heideggeriano sólo cabe esperar «señales» inescrutables, «mensajes» indescifrables y demás, a la vez que nos dejamos arrastrar por una historia que también nos trasciende y sobrepasa.

Infinitamente más peligroso que el «olvido del ser», contra el que nos previene Heidegger, es el «olvido del deber ser» o, como diría Juliana González, el olvido del protagonismo humano de toda valoración, valoración que es la que nos permite transitar de lo que hay en este mundo a lo que creemos que podría, y debería, haber en él. Si la preocupación ética primara, por el contrario, sobre la ocupación con la ontología, comprenderíamos que en nuestra mano está adueñarnos de nuestros destinos en lugar de fiarlos a alguna fuerza ajena, tan arcana como ineluctable. Además de esperar con recogimiento, cuando no con sobrecogimiento e incluso con espanto, las iluminaciones del ser, nos sería dado entonces decidir lo que entender por luz y por tinieblas, a salvo de que voces interesadas y ducas en la ventriloquia hagan hablar al Ser, dictándonos el curso de nuestras acciones y suplantando de este modo a nuestro «daimon». Ésa es, en mi lectura, la moraleja a extraer del bello libro de Juliana González que motiva estas líneas. Pero de un libro tan sugerente y rico en incitaciones como éste caben también otras lecturas, por lo que sólo resta, en fin, invitar al lector a que extraiga de la suya su propia moraleja. □

RESUMEN

En el libro que comenta Javier Muguerza, y con el que la profesora mexicana Juliana González concluye su trilogía, se nos habla del destino ético del ser humano, y es en ese meollo de su propuesta en donde se detiene Muguerza,

aunque el ensayo de Juliana González se ocupe de otras muchas cosas, desde la historia de la ética a la ética aplicada. Al centrarse en el destino ético del ser humano, el pensamiento de su autora debe confrontarse con el de Heidegger.

Juliana González

El ethos, destino del hombre

Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1996. 264 páginas. ISBN: 968-16-4668-1.

La catedral terminada

Por Manuel Seco

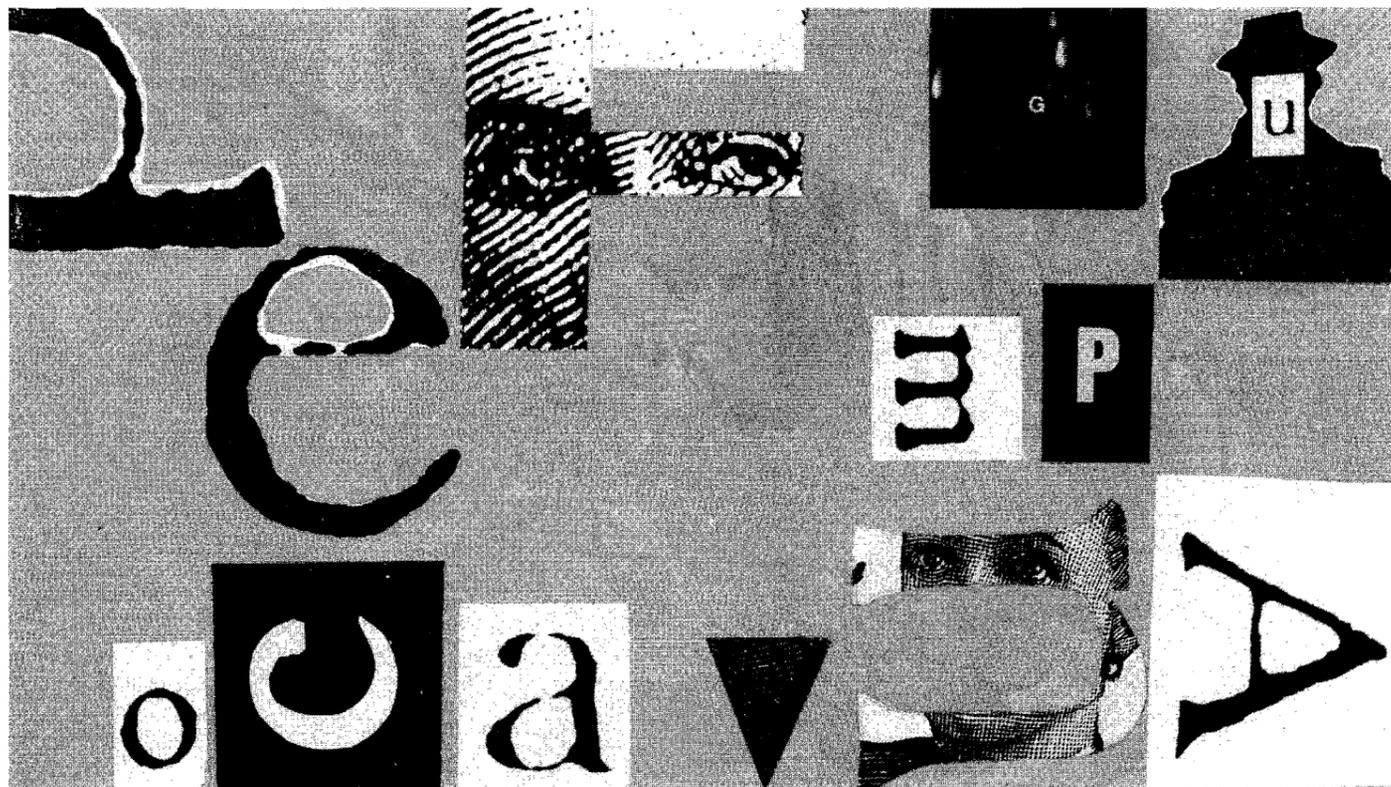
Manuel Seco (Madrid, 1928) es miembro de la Real Academia Española. Discípulo de Rafael Lapesa, ha trabajado durante treinta y un años en el Diccionario histórico de la lengua española, de la Academia, del cual ha sido redactor-jefe y director. Entre sus libros figuran *Estudios de lexicografía española*, *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* y *Gramática esencial del español*.

En el caminar de Rufino José Cuervo por la pedregosa senda de la lexicografía, el punto de partida se encuentra en el año 1863, cuando el futuro maestro está a punto de cumplir los diecinueve. Un día, hablando en su Bogotá natal con su amigo Venancio González Manrique sobre la falta en nuestro idioma de un diccionario de la calidad de los de Webster y Bescherelle —los mejores que ellos conocen entonces—, deciden ser ellos mismos quienes llenen ese vacío. Y empiezan inmediatamente la tarea sobre dos letras de mediana extensión. Y llegan a terminarlas; pero de ahí no pasan. «Ocupaciones inesperadas hicieron suspender definitivamente el trabajo», escribirá Cuervo años después. Sin embargo, podemos saber algo de lo que hubiera sido ese diccionario, gracias a una *Muestra* que publicaron sus autores en 1871.

La estructura de los artículos se apartaba de la usual en los diccionarios españoles de aquel tiempo en varios aspectos. Ofrecía una información etimológica con amplio desarrollo. (Pensemos que en ese momento ni la Academia ni ninguno de sus satélites da etimologías.) Desarrollaba un análisis del significado más rico que el de los diccionarios corrientes. Daba el primer paso en un método de definición técnicamente más riguroso y conceptualmente más preciso que el habitual en los diccionarios españoles, incluso los de hoy. Y, por último, presentaba abundantes pasajes literarios de toda la literatura española como fundamento o ilustración de las diferentes acepciones. Se ha dicho con razón que, de haber llegado a término esta obra, se hubiera situado en el acto a la cabeza de todos los diccionarios de la lengua española.

Hasta aquel momento, las dificultades económicas habían llevado a Cuervo a buscar ingresos con la publicación de libros «rentables»; por ejemplo, los de texto. A ese propósito se deberían su colaboración con Miguel Antonio Caro en la excelente *Gramática latina* (1867) y su intento (1869) de componer un texto de geografía. Y fue buscando también al gran público como escribió y dio a luz las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*: obra que le granjearía toda la popularidad que puede recibir un filólogo y que alcanzaría seis ediciones sucesivamente revisadas y aumentadas. (Guillermo L. Guitarte ha estudiado luminosamente la trayectoria de este libro, desde su inicial enfoque localista y purista, a la medida del gusto profano, hasta la más elevada perspectiva científica y abarcadora de todo el español de América.)

Su madurez como lingüista, su extenso conocimiento de la lengua y la literatura castellanas antiguas y modernas, su rara familiaridad con las últimas conquistas de la lingüística europea (increíble todo, en las circunstancias en que hubo de formarse el autodidacto Cuervo), se patentizan definitivamente en dos publicaciones de 1874, ya desligadas del ciudadano común, y ya de sesgo abiertamente científico: los *Estudios filológicos* y las importantes y enriquecedoras *Notas a la Gramática de Bello* —después repetidamente revisadas y ampliadas a lo largo de las muchas veces que acompañaron a la obra del gran venezolano—. La ejemplar edición crítica de estas Notas realizada por Ignacio Ahumada (1981) muestra muy en vivo jun-



ARTURO REQUEJO

tamente la plenitud intelectual de la que nacieron y el inagotable afán de perfección de su autor.

Es precisamente en este momento, un decenio después de aquella precoz iniciativa de un diccionario de la lengua castellana, cuando se produce el segundo episodio lexicográfico de Cuervo: sus *Observaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española* (undécima edición, año de 1869). Ahora no hace lexicografía práctica, pero el pensamiento subyacente sigue siendo el mismo que impulsó el ambicioso intento abandonado: la insatisfacción del estudioso hispánico frente a los diccionarios de su propia lengua. En este trabajo sugiere medidas metodológicas encaminadas a mejorar sustancialmente el Diccionario. Estas propuestas, envueltas en el estilo moderado que siempre caracterizó a Cuervo, implican verdaderas reformas de fondo (que serán desoídas por la Academia). Me limito a recordar dos de esas ideas. Es una el retorno al sistema de «autoridades», la conveniencia de que «en las nuevas ediciones del Diccionario se restableciese aquel sistema de apoyar las definiciones con ejemplos, que se siguió en la primera edición, y es el mismo que han seguido después los mejores lexicógrafos», lo cual permitiría, «dentro de no muchos años, ponerlo [el Diccionario] a grande altura en comparación con los mejores de otras lenguas». La otra reforma afecta al modelo de definición y se refiere a la necesidad, para que ésta se despoje de muchas ambigüedades, de hacer explícito el régimen de los verbos y de otras categorías de palabras. Aunque Cuervo no alude a ello, estos dos puntos ya estaban embrionariamente puestos en práctica en su boceto trabajado con González Manrique.

Lexicografía del futuro

Desde el principio, pues, tiene Cuervo escritas en su mente con toda nitidez las condiciones esenciales de la lexicografía del futuro. Pero el esfuerzo y la vida de un hombre solo no pueden llevarlas a la práctica en la composición de un diccionario general. Y decide emprender un diccionario «parcial», a manera de ideal complemento de aquél, limitando su contenido a la información sintáctica de que aquél carece. En 1872 acomete ya el trabajo, y el título provisional que le asig-

na muestra que la idea del autor, en ese momento, es centrar el estudio sintáctico en el aspecto por el que hasta ahora ha expresado preocupación: *Diccionario de regímenes de la lengua castellana*.

Sin embargo, a lo largo (muy largo) de la recogida de materiales, Cuervo va viendo la necesidad de ampliar la meta. En París —ciudad donde se ha establecido para siempre el autor—, el título definitivo con que en 1886 sale el tomo I de la obra es *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Ya en el *Prospecto* con que en 1884 anunciaba esta publicación, Cuervo explica que él registra y estudia las palabras con particularidades sintácticas, «ora por las combinaciones a que se prestan, ora por los cambios de oficios o funciones gramaticales de que son susceptibles, ora por el papel que desempeñan en el enlace de los términos y sentencias». Pero el desarrollo de estos puntos no es posible sin atender «al valor fundamental y al desenvolvimiento completo de las acepciones». Por eso ha trabajado cada artículo con la extensión que debería tener en un diccionario general. Queda aquí clara la idea fundamental de Cuervo: la información puramente «semántica» que ofrecen los diccionarios al uso es insuficiente porque deja de lado casi totalmente la vertiente sintáctica de las palabras (no basta, por ejemplo, la indicación de categoría, o de género, o de transitividad). El diccionario debe exponer con un todo inseparable el componente semántico y el sintáctico de cada unidad léxica. La tarea que él, Cuervo, ha echado sobre sus hombros es la de suplir «la parte más difícil y delicada, así como la más necesaria, del diccionario castellano».

Elemento imprescindible para llevar a término un programa así es la base documental (o corpus, como no se decía entonces): los textos que muestran en vivo los usos que se han de describir. «Éste es —dice Cuervo— el cimientito de la presente obra, y la proporción en que se hallan acopiados en ella supera a cuanto se ha hecho en castellano». Son testimonios tomados de toda la literatura española, e incluso de la prehistoria de la lengua, pues se recogen, cuando las hay, muestras del latín hispánico. A todo el que se ha asomado a las apretadas páginas publicadas por Cuervo le ha impresionado la cantidad de ejemplos citados (que no son todos los que cosechó);

más impresionante es saber que todo ese caudal fue «allegado sin ayuda alguna por el autor —dice él mismo— en largos años de lectura». Es decir, una sola persona asumió dos tareas de las que cada una hubiera requerido un equipo: el acopio de materiales y la redacción. Añádase una tercera: la corrección de pruebas.

Tres méritos singulares hay que destacar en el trabajo de Cuervo. Ante todo, el intento de un diccionario sintáctico era novedad absoluta en la lingüística mundial. Pensemos en que los trabajos existentes en ese terreno —con una o con otra base teórica, con uno o con otro nombre— no se han llevado a cabo hasta la segunda mitad del siglo XX y que todavía son más los proyectos que las realidades. En segundo lugar, también es idea nueva de Cuervo, sobre todo en lo que se refiere al español, la de que el cometido del diccionario general no es dar cuenta escueta de unos contenidos, digamos, immanentes, sino del resultado de la intersección de la vertiente semántica y la vertiente sintáctica de cada unidad léxica. Y en tercer lugar, la utilización de documentación de uso, que era moneda corriente en los mejores diccionarios de otras lenguas, y que en la nuestra sólo se había hecho de verdad en el Diccionario académico de 1726-39, es practicada por Cuervo como exigencia metodológica (como «cimientito») en un trabajo planteado con rigor científico.

Un punto muchas veces señalado en la obra de Cuervo es el carácter histórico. No debe entenderse esto como pertenencia al género «diccionario histórico»; la primera premisa para ello sería que estuviese planteado como inventario general del léxico. Es ciertamente indiscutible la dimensión histórica de su documentación, pero la utilización de ésta no responde en rigor a una perspectiva diacrónica. Los materiales están divididos cronológicamente en sólo dos grandes capas: la presente y la pasada. La primera engloba la lengua «clásica» y la «corriente de hoy» —es decir, cuatro siglos, del XVI al XIX—, y la segunda corresponde a la lengua «anteclásica» —del XIII al XV—. Se entiende que la primera, concebida como una unidad, es la vigente, la viva en el tiempo en que se compone el diccionario, y que la segunda es la que ha caducado y ofrece sólo un interés menor. Nótese que



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

la cronología no tiene ningún peso en la ordenación de las acepciones (sí sólo, dentro de éstas, en la exposición de las citas); lo que prima es la evolución «lógica» del significado, para establecer la cual es básica la atención a la etimología. Lo que le importa al autor es la perspectiva de la lengua actual, una perspectiva «sincrónica» sumamente amplia que le permite utilizar documentación muy anterior al momento presente para demostrar la solidez y el arraigo de los usos vigentes. Es una postura cuyo precedente inmediato se encuentra en el *Diccionario francés* (1863-73) de Littré, obra cuya conclusión coincide con los primeros años de la gestación del *Diccionario de construcción y régimen*. La conexión de éste con el francés ya ha sido observada, naturalmente, antes de ahora.

Precisamente a esta vinculación con la obra de Littré obedece el que a mi juicio constituye el defecto más grave de la de Cuervo, defecto puramente formal, pero no por eso menos grave, y que ha sido repetidas veces lamentado, incluso ya por alguno de sus primeros críticos, como Pedro de Múgica (1896): la disposición tipográfica monótona y amacotada de los artículos, que hace desesperantemente difícil la localización de las numerosas subdivisiones en que se fragmenta cada una de las acepciones. Es muy probable que esta extremada aridez física estuviese motivada por razones económicas; pero no deja de ser cierto que de una obra de consulta siempre se espera que esté impresa de manera que su uso no se convierta para el consultante en un fatigoso laberinto erizado de obstáculos.

Interrupción secular

El tomo primero del *Diccionario*, que comprendía las letras A y B en un total de 922 páginas, se publicó, como he dicho, en 1886. El segundo, C y D, en 1.348 páginas, apareció en 1893. Cuervo tenía previstos seis tomos. Si el tercero y siguientes hubieran salido con el mismo ritmo, la obra habría quedado terminada en 1921. Desgraciadamente, Cuervo murió en 1911. Pero, de todos modos, el trabajo se había interrumpido ya, de manera definitiva, después del tomo II, por desavenencias entre el autor y los editores, como demostró en 1979 Günther Schütz.

Los intentos externos para la reanudación de la publicación fueron numerosos y comenzaron viviendo todavía Cuervo. Pero siempre se quedaban en el limbo de las buenas intenciones. El primer paso serio fue la fundación, en Bogotá, del Instituto Caro y Cuervo (1942),

con el objetivo —entre otros— de continuar el *Diccionario de construcción y régimen*. Pero aun así la publicación no empezó hasta que en 1959 apareció el primer fascículo del tomo III (letra E), preparado por Fernando Antonio Martínez. Se incurrió en esta fase en el mismo error de la primera: el trabajo fue del todo unipersonal. Y en buena medida continuó siéndolo tras la muerte de Martínez (1972): José Álvaro Porto, su sucesor, tuvo a su cargo la redacción de cuatro quintas partes del tomo III, más voluminoso que los dos anteriores y que sólo quedó concluido en 1987.

Después ha ocurrido lo sorprendente: sólo siete años después se ha completado, en cinco tomos más, el *Diccionario de Cuervo*. La catedral, al fin, terminada. Parece prodigio que frente a las seis letras producidas y editadas por Cuervo, Martínez y Porto sumando más de treinta y cinco años, haya bastado la quinta parte de tiempo para preparar y publicar las diecinueve letras restantes. Pero, sin salir de consideraciones puramente cuantitativas, hay que moderar el asombro: no es la cantidad de letras lo que ha de contarse, sino el porcentaje de la obra final que corresponde a cada una de esas etapas. Y entonces la diferencia no es tan espectacular. La etapa Cuervo-Martínez-Porto cubre, en número de páginas, el 46% del *Diccionario* completo, quedando el 54% restante para la etapa última. A la vista de este dato, podría pensarse que esta etapa última ha tratado proporcionalmente en forma mucho más abreviada las letras que le tocaban. También esta apreciación sería poco justa, ya que en un *diccionario* general la parte A-E ocupa un 44%, y un 56% la parte F-Z. No se puede decir, pues, que en el sprint final se haya ejecutado en el aspecto cuantitativo, al menos globalmente, nada parecido a una reducción drástica en la macroestructura ni en la microestructura del *Diccionario*.

De todos modos, no deja de causar admiración que en plazo tan breve se haya podido realizar más de la mitad de la obra. Esto ha sido posible, ante todo, disponiendo de unos medios económicos y técnicos que jamás se tuvieron en las fases anteriores. Con el Instituto Caro y Cuervo han colaborado la Oficina de Educación Iberoamericana, las Comisiones española y colombiana del Quinto Centenario y la Fundación Mario Santodomingo. Este potente motor exigía como contrapartida un límite estricto de tiempo. Dentro de una y otra coordenada, se trazó un plan de trabajo y se organizaron los equipos humanos necesarios, poniendo a contribución todo el saber y la experiencia lingüística del Instituto.

En estos cinco tomos se ha respetado, como en el III, el plan general y en buena parte el «estilo» de Cuervo, incluso manteniendo la incómoda disposición tipográfica. Las innovaciones de carácter general, también siguiendo al tomo anterior, afectan a la documentación: por una parte, se ha procurado mejorar las ediciones utilizadas en las citas; y, por otra, se ha ampliado al siglo XX el alcance cronológico de éstas y además se ha extendido su nómina a toda la literatura hispanoamericana.

El pie forzado del tiempo, inevitablemente, ha dejado alguna huella en el contenido de esta continuación. No sólo es algo más elevada la tasa de erratas que en los volúmenes anteriores, sino que se aprecian aquí y allá incoherencias, errores y lagunas que, lo sabemos de sobra, son absolutamente inevitables en toda obra lexicográfica, tanto más cuanto mayor es su envergadura, pero que en este caso, sin duda, hubieran sido menores de haber podido trabajar con un poco más de sosiego. Los diccionarios, como los vinos, requieren su tiempo; no tiene por qué ser demasiado, pero tampoco debe ser mezquino.

Sea como fuere, ya ha llegado a su fin, aunque se haya dejado algunas plumas por el camino, la obra culminante de Rufino José Cuervo. No puede decirse que haya resultado ni mucho menos baldío el esfuerzo de quienes la han concluido. Era doloroso ver el trabajo de nuestro mejor lingüista del siglo pasado incrementando la fúnebre procesión de grandes diccionarios de nuestra lengua perdidos por el desinterés y la irresponsabilidad de personas o instituciones que tenían la obligación de haberlos salvado. El Instituto Caro y Cuervo ha cumplido su deber. Y es justo recordar especialmente, en primer lugar, los nombres del P. Félix Restrepo, Rafael Torres Quintero y José Manuel

Rivas Sacconi, a quienes se debe el impulso inicial de la empresa continuadora. Después, a los ya citados Fernando Antonio Martínez y José Álvaro Porto, a cuyo cargo corrió principalmente el peso de la redacción del tomo III. Y, en la última etapa, a Ignacio Chaves, director general del proyecto; a Edilberto Cruz Espejo, director científico; a Cándido Aráus, Jaime Bernal, José Joaquín Montes y Rubén Páez Patiño, miembros del comité revisor, y a los componentes de los equipos redactores y colaboradores, a los cuales no puedo nombrar uno por uno, pues suman unas veinticinco personas.

Algunos quizá se pregunten si, aparte del homenaje a la noble figura de Cuervo, tiene mucho sentido que en los finales del siglo XX se dé remate a una obra concebida con criterios y métodos del XIX. La respuesta es clara: evidentemente, sería insensato emprenderla ahora, de nueva planta, con esos criterios y con esos métodos; pero más insensato hubiera sido continuarla cambiando su rumbo y su estructura después de construida una parte sustancial de ella. La unidad de una obra lexicográfica es esencial para que esa obra exista. Otra faceta de la pregunta es si el *Diccionario de construcción y régimen* conserva su validez en nuestro tiempo. También en esto la respuesta es clara: sin ninguna duda sigue siendo plenamente útil, puesto que, al margen del notable rigor de su método y de su realización, es el único *diccionario* sintáctico de que dispone nuestra lengua. Mientras otros diccionarios sintácticos modernos, excelentemente concebidos desde distintos enfoques, continúen sólo en el telar, o en el papel, será necesario seguir contando con el de Cuervo. Y aún seguirá siéndolo mucho después que ellos hayan nacido, pues ni en gramática ni en lexicografía ha habido nunca obra grande que esté definitivamente caducada. □

RESUMEN

La hazaña lexicográfica del colombiano Rufino José Cuervo de poner en marcha, a finales del siglo pasado, un *diccionario español* con unas características que no existían en ningún otro de esta lengua entonces quedó truncada por su muerte, además de

por otras razones, con tan sólo los dos primeros volúmenes de los seis de que iba a constar. Reanudada su redacción décadas después, hoy, por fin, escribe Manuel Seco, la catedral está terminada: el *diccionario* está completo.

Rufino José Cuervo

Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana

8 volúmenes: I y II, París, 1886, 1893 (reimpresión facsímil, Santafé de Bogotá, 1994); III, continuado y editado por el Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1987 (reim. facsímil, Santafé de Bogotá, 1994); el resto, continuado y editado por el Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá (IV, 1992; V y VI, 1993; VII y VIII, 1994). LXXIV + 8.188 páginas. 180.000 pesetas. ISBN: 611-068-0.

La obra de Sófocles, un laboratorio poético

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Charles Segal es una de las personalidades más conocidas entre los estudiosos de la antigua poesía griega y destacadamente de la tragedia. Ahora nos regala un nuevo libro sobre el mundo trágico de Sófocles, libro en que se unen erudición, sensibilidad y planteamientos originales. Lleva más allá las ideas de su *Tragedy and Civilization*, publicado por la misma editorial en 1981.

Hay que decir que éste es un libro unitario, sin serlo enteramente. Tres de sus nueve capítulos son nuevos; los demás habían aparecido ya anteriormente en diversas publicaciones y se republican ahora en una versión revisada.

Se trata, en suma, de ideas que el autor ha ido elaborando poco a poco y que ahora culminan en torno a un tema fundamental: el de las relaciones entre el mundo humano y el divino, la noción de mundo trágico y los aspectos destructivos y creativos del heroísmo. Naturalmente, de una manera u otra entra también el estudio de los héroes trágicos individuales, pero el núcleo del libro está en esa pintura del mundo trágico dentro del contexto humano y del de la intervención de los dioses y las leyes divinas: de la justicia al misterio.

La obra de Sófocles, nos dice el autor en la Introducción, es un laboratorio poético para explorar modelos de moral, sociedad y política diferentes y a veces conflictivos. En esta exposición, más que en dictar conclusiones estrictas, cree nuestro autor que el poeta ateniense pone el máximo énfasis. También, añade, en la interrelación entre el paisaje y la acción de las obras.

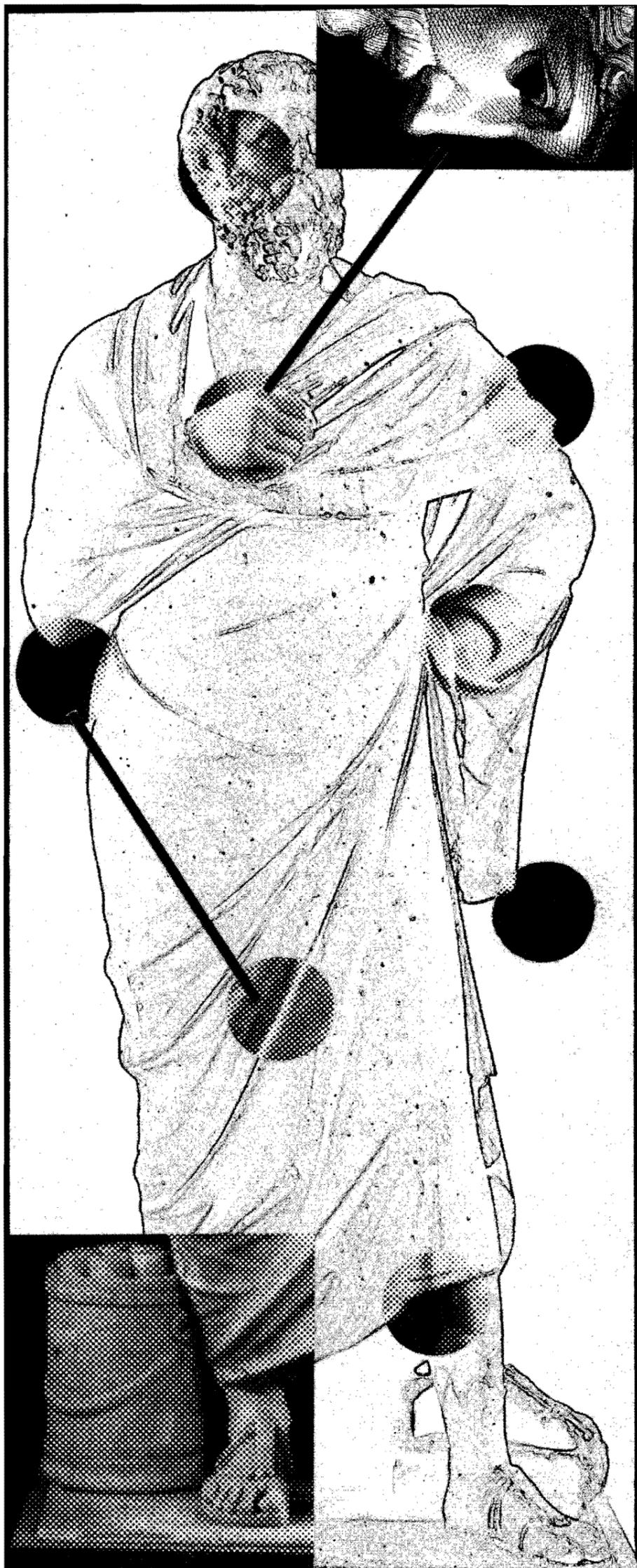
Un tema tan vasto y, al tiempo, tan elusivo y complejo no podía ser estudiado enteramente; por otra parte, no es nuevo; se trata de aportar puntos de vista personales que se añaden a la antigua erudición. De las siete tragedias de Sófocles conservadas, se presta máxima atención a las *Traquinias* (dos capítulos) y al *Edipo Rey* (cuatro); al *Ajax*, la *Antígona* y el *Filoctetes* se les dedica un capítulo a cada tragedia; ninguno al *Edipo en Colono*, aludido por lo demás con frecuencia.

Y las tragedias citadas son estudiadas desde diversos puntos de vista, a veces desde más de uno, a veces se estudian sólo parcialmente.

El primer capítulo, «Drama y Perspectiva en el *Ajax*», nos presenta a este héroe, el más arcaico y grande, el más difícil de introducir en el paisaje humano del siglo V a. C. Es la obra más antigua de las conservadas de Sófocles, que hace ver las paradojas de este tipo tradicional de heroísmo y la posición frente a él de los diversos personajes.

Frente al brillo del héroe en la epopeya, aquí no tiene *Ajax* ni siquiera una noble muerte. En realidad, *Ajax* anticipa el tipo del *Heracles* de *Traquinias*; anticipa también, en el tema de la reconstrucción de un pasado oscuro y elusivo, al *Edipo Rey*. Es, pues, esta obra, en cierto modo, siendo como es la más antigua de las conservadas, un primer esbozo de temas posteriores.

Segal está especialmente encariñado con las *Traquinias*, obra realmente extraña, si es que es de fecha antigua, pues explora con profundidad temas eróticos y del matrimonio que estamos acostumbrados a considerar propios de Eurípides. Son dos, como dije, los capítulos



ALFONSO RUANO

que se le dedican: el primero sobre «Mito, Poesía y Valores heroicos»; el segundo, sobre «El tiempo, los oráculos y el matrimonio». Son, probablemente, los estudios más importantes de todo el libro.

Las *Traquinias* es una obra que desborda de paradojas. Enfrenta el mundo arcaico y masculino, heroico, de *Heracles*, y el mundo femenino, diríamos que contemporáneo (o intemporal), de *Deyanira*. El héroe debelador de monstruos y conquistador de ciudades ha sucumbido, al conquistar *Ecalia*, al amor de *Iole*, la hija del rey *Eurito*. De ahí viene, como se sabe, el tema de la tragedia. El héroe que había traído a su hogar a *Deyanira* matando al centauro *Neso*, que intentó violarla, ha sucumbido, como digo, al amor de la mujer más joven. Y *Deyanira* quiere curarlo de su pasión con la túnica del centauro *Neso*: error, el veneno de la túnica no cura el amor de *Heracles*, abrasa a éste. Y sube al Olimpo desde la hoguera del *Eta*, no sin antes casar a *Iole* con su hijo *Hilo*.

Es enorme la complejidad de motivos. El de la mezcla de heroísmo y brutalidad, el del carácter casi bestial del amor, el de la derrota del héroe ante la mujer, el de la conciliación y paz antes de la muerte, el de la muerte como liberación. Este héroe sin vínculos humanos se encuentra metido en un conflicto femenino. Y ahí está el tema del matrimonio, de sus lazos y su destrucción. Y el de su conflicto con el amor. Los hombres y las mujeres sufren. El tiempo y el amor mandan, sin respeto para ellos ni para las instituciones. Pero éstas conservan su poder, *Heracles* y *Deyanira* mueren, la vida sigue con la nueva boda.

Sólo *Zeus* lo domina todo desde el *Eta*; para él es justa la boda de *Hilo* e *Iole*, que los demás no comprenden. Hombres y mujeres, presas de la naturaleza y las instituciones, presas del amor y del tiempo, chocan y sufren, quieren arreglar las cosas y crean desgracia. Todo está, en un momento dado, trastocado. *Heracles* hace de padre de *Iole*, dándola en matrimonio; y el suicidio de *Deyanira*, en su lecho, tiene rasgos del momento de la boda. Todo es *Zeus*. Sófocles expone, no dogmatiza. Y presenta a una humanidad que lucha, sin ayuda divina, para encontrar luz en un mundo difícil. Sólo al final llega la luz, pero a través de la muerte, que es la última liberación.

Más claras son las líneas de la voluntad divina en el *Filoctetes*, estudiado en el cuarto capítulo. Este héroe, abandonado en la isla de *Lemnos* por los griegos que marcharon contra *Troya*, infectado su pie por la mordedura de la serpiente, se niega a ir ahora a *Troya* con ellos, que se lo suplican porque su presencia es necesaria para conquistar la ciudad.

Y el joven *Neoptólemo*, hijo de *Aquiles* muerto, que quiere llevarle con engaños, acaba, en una noble reacción, por contar al viejo héroe toda la verdad. Es *Odiseo*, con su moral acomodaticia, sus embustes, el que está a punto de lograrlo; *Neoptólemo* le estorba. Pero era voluntad de *Zeus*: *Heracles*, que se aparece, lo revela, fuerza al héroe a ceder.

Ahí tenemos otra vez los viejos temas, algunos nuevos también. El héroe está doblado, una vez más, de un salvaje. *Filoctetes*, abandonado en la isla, está lleno de resentimiento y amargura. Pero ha de ceder; su aparente justicia no es justicia, como no es injusticia la aparente injusticia de *Odiseo*, como la honestidad de *Neoptólemo* no estaba bien encaminada. Por caminos torcidos se cumple lo necesario, el héroe torna a la humanidad, las aparentes contradicciones se salvan.

Hay una especie de conciliación, como la habrá en el *Edipo en Colono*. Pero el abismo entre dioses y hombres persiste, igual el que existe entre nobles y malvados. Y, sin embargo, las cosas no son como podría pensarse. Es un mundo oscuro, los dioses no son una guía hasta el momento último.



Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

De aquí se pasa a la *Antígona*: en realidad, sólo a un motivo de esta obra. Ya se sabe, todo resulta invertido en el curso de ella: el débil y el fuerte, la víctima y el poderoso. Pero, sobre todo, Creonte, que había presentado el plano oficial y público, el de la «polis», queda sumergido, al final, en un ambiente privado y femenino, el de su propia casa.

La «polis» se encargaba, en Atenas, del funeral y el elogio público de los ciudadanos muertos en su defensa; y resulta que aquí se trata de muertos en relación con una boda, en la misma casa del rey. Son víctimas, la última de las cuales es su esposa; y son las mujeres las que, siguiendo ritos ancestrales, hacen el duelo. Creonte se funde en él. El tema de lo público y lo privado, el estado y el individuo, tantas veces tratado en los estudios sobre esta tragedia, desde Hegel, es iluminado ahora de una manera diferente.

Son varios los temas que en los cuatro capítulos sobre el *Edipo Rey* son explorados. El primero, en el capítulo 6, es el del tiempo y el conocimiento. A partir de orígenes remotos se llega al momento de la crisis, que todo lo cambia; de la ignorancia se pasa al conocimiento. Segal insiste en las paradojas. El conocimiento humano quiere eludir el divino, expresado en el oráculo: fracasa. El que ve no conoce y el que no ve, Tiresias, conoce. El juego de lo dicho y lo no dicho, lo visto y lo no visto, lo aludido, continúa hasta el relato de la muerte de Yocasta, una especie de boda como la de Deyanira.

Un curioso capítulo, el 7, pone en escena a Freud. ¿En qué medida su famoso complejo está presente en la tragedia? Solemos decir que no lo está; Edipo no está enamorado de su madre ni mata intencionadamente al padre.

Pero Segal señala lazos sutiles entre el poeta ateniense y las doctrinas del doctor austriaco. Hay en la obra del primero una exploración de algo oculto que, según Segal, se revela y oculta en un lenguaje ambiguo: esto, la ambigüedad calculada del nombre de Edipo, es en verdad mera sugerencia difícilmente demostrable.

El oráculo y el inconsciente

En todo caso, hay cosas del tiempo antiguo que producen incontinente terror a Yocasta, al propio Edipo en un momento. El oráculo, que se quiere negar o mal interpretar, equivaldría al inconsciente o a «the uncanny» de Freud. Hay un momento, unido a Delfos, en que se pasa de la ignorante niñez a la desengañada madurez, conocedora del terrible secreto.

Claro está, nuestro autor mismo lo admite, oscilamos siempre entre la interpretación histórica, griega del *Edipo* y la universalista y la simbólica. Y en la griega podemos interpretar algunas veces estos otros puntos de vista. Siempre ha habido esa interpretación de lo griego que lo desborda, esas otras lecturas que han supuesto, en ocasiones, descubrir mundos nuevos.

Está luego, en otro capítulo, el 8, el tema de Zeus en el *Edipo*. Este capítulo es importante por lo que dice del papel del coro. Éste tiene una voz que trasciende el pasaje concreto. El hecho mismo de la discontinuidad de los corales, de su reflejo gradual de la acción, hace ver en ellos una línea que lleva al desenlace, al final de la tragedia. En el *Edipo* es especialmente impresionante, en la exposición de Segal, esa línea interpretativa de la

tragedia, que corre paralela a la acción de la misma por más que el coro no intervenga directamente en ella como lo hace en algunas tragedias de corte más arcaico.

Esa línea tiene un nombre: es a Zeus a quien siempre, en definitiva, apunta el coro. Una vez más es un nombre que simboliza el misterio de la vida, la cifra y resumen de las contradicciones y de la salida, desconcertante y paradójica, de las mismas. Una vez más, en el *Edipo*, las cosas, las personas, no eran lo que parecían; una vez más la paz y la conciliación llegan a través del sufrimiento.

Queda un último capítulo: a propósito del *Edipo*, pero no sólo del *Edipo*, se toca el tema de la tierra, al que aludí al comienzo. A la tierra como territorio habitado, políticamente organizado, se opone la tierra como madre nutricia, como techo del mundo de los muertos también. Es notable ver cómo los reyes (Creonte, Edipo) que hablan de su tierra en clave política, sufren al fin porque desprecian ese otro aspecto natural, divino, nutricio de la misma.

Éstas son algunas de las cosas que podrían decirse de este libro. Hay que colocarlo junto a las grandes interpretaciones de Sófocles: las de Bowra, Knox, Diller, Opstelten y otras más. Suma cosas que han pasado a dominio más o menos común con otras nuevas en los puntos reseñados; con frecuencia, tras amplios debates.

Por lo demás, es un libro incompleto: coherente, desde luego, pero producto de esa manera de trabajar que ahora tenemos en que, al hilo de diversas circunstancias (conferencias, congresos, homenajes), vamos produciendo lo que posiblemente teníamos en la cabeza desde antes como proyecto de un libro. Son aspectos parciales que se suman y complementan, no sin dejar lagunas. O quizás sin esas circunstancias no escribiríamos el libro nunca. Bueno es que todo eso que se va publicando se recoja y complete.

El resultado es una obra brillante y bien escrita, de la que todo estudioso de la literatura y del pensamiento humano puede aprender mucho. □

RESUMEN

Rodríguez Adrados escribe acerca de un libro sobre el mundo trágico de Sófocles, en el que, con erudición, sensibilidad y planteamientos originales, su autor, Charles Segal, proporciona una viva pintura de ese mundo trágico dentro

del contexto humano y del de la intervención de los dioses y las leyes divinas. En este sentido, la obra de Sófocles es un laboratorio poético para explorar modelos de moral, sociedad y política diferentes y a veces conflictivos.

Charles Segal

Sophocles' Tragic World. Divinity, Nature, Society

Harvard University Press, Cambridge, Mass.-Londres, 1995. 276 páginas. 25.50 libras. ISBN: 0-674-82100-9.

El arte en la ciencia: la ilustración botánica

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia (Universidad de Valencia-C.S.I.C.). Ha publicado, solo o en colaboración, 71 libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran El atlas zoológico de Juan Bautista Bru, Historia de la ciencia al País Valencià (en colaboración con Víctor Navarro) y el octavo volumen de Bibliographia Medica Hispanica, 1475-1950 (realizado en equipo).

La ilustración botánica es uno de los numerosos temas en los que se pone de manifiesto que la disociación de las llamadas «dos culturas» corresponde a un planteamiento indefinible, formulado de espaldas a la realidad. Aunque la ordenación académica española, sobre todo en la enseñanza secundaria, lo haya asumido recientemente casi como una novedad, se trata de un enfoque procedente del más rudo cientificismo de comienzos del presente siglo. A lo largo de la centuria, su aplicación didáctica ha fracasado por completo, conduciendo a una esquizofrenia cultural que está rigurosamente diagnosticada desde distintos puntos de vista. El presente comentario se sitúa en un nivel mucho más modesto. En la misma línea de otros anteriores, que he dedicado en estas páginas a las lenguas clásicas como fundamento del lenguaje médico y al poder como primer condicionante de la ciencia, intenta simplemente glosar la integración de elementos de la «otra cultura» en el complejo entramado de la actividad científica.

La presencia de dichos elementos como instrumentos básicos es patente en el caso de la botánica, que utiliza el latín como «lingua franca» para redactar la descripción de nuevos taxones, además de tener una terminología grecolatina, como la mayoría de las disciplinas científicas. Más importante todavía es la función que en ella desempeña la ilustración, ya que el estudio científico de las plantas ha estado siempre, y continúa estando en el presente, inseparablemente unido a la representación de sus figuras y, por ello, al dibujo, la pintura y las técnicas de reproducción de imágenes.

La Antigüedad clásica y la Edad Media

En el mundo euromediterráneo, el primer tratado botánico fue, como es sabido, el de Teofrasto. Sin embargo, la obra clásica sobre los vegetales de mayor influencia durante milenio y medio fue la que Dioscórides escribió en el siglo I. En ella, aparte de productos animales y minerales, describió seis centenares de plantas, principalmente medicinales o venenosas. Originalmente carecía de ilustraciones, pero sus copias y adaptaciones se asociaron a una tradición iconográfica procedente de las figuras del *Herbarium* de Cratevas, doscientos años anterior. La investigación histórica permite afirmar, como ha hecho Robert Herrlinger, que en la Antigüedad clásica se había desarrollado ya la ilustración botánica, con las tres categorías que suelen distinguirse en la moderna: esquemática, semiesquemática y naturalista. Durante la Edad Media se consolidó en Bizancio, desde donde fue asimilada, fundamentalmente a través de ejemplares de la obra de Dioscórides, por el mundo islámico, que después llegó a duplicar el número de especies representadas. La Europa medieval únicamente contó con resúmenes y adaptaciones fragmentarias hasta que, en el siglo XI, fue traducido del árabe al latín

el mismo tratado, que pasó a ser también el texto central sobre el tema. Sus figuras fueron copiadas repetidas veces sin conocer las especies botánicas que representaban, lo que condujo a imágenes deformadas. De este modo, su identificación se convirtió en un difícil problema, que se intentó superar, como habían hecho los autores islámicos, volviendo a pintarlas del natural.

El Renacimiento y la xilografía

La ilustración botánica se desarrolló en circunstancias nuevas al imponerse el humanismo renacentista como mentalidad hegemónica, tras la difusión de la imprenta en Europa y la generalización de la xilografía como procedimiento de reproducción de las imágenes. Hasta la segunda década del siglo XVI, casi todos los grabados se limitaron a reproducir de modo cada vez más tosco las ilustraciones deformadas que figuraban en la mayoría de los manuscritos botánicos bajomedievales, trayectoria que ha sido considerada «un ejemplo particularmente triste de lo que sucede con la información visual cuando pasa de copista a copista». Sin embargo, acabó imponiéndose el retorno a la naturaleza, paralelamente a la recuperación del texto original griego de Dioscórides y de su traducción directa al latín y a idiomas vulgares. Los factores que condicionaron dicho retorno corresponden, por una parte, a corrientes científicas y artísticas bien conocidas del Renacimiento y, por otra, a los cambios que en la comunicación cultural produjo la imprenta, entre los que Elizabeth L. Eisenstein ha destacado la amplia difusión de imágenes normalizadas y la recogida regular de nueva información. La degradación de las copias pasó a un segundo plano cuando dichos factores permitieron que la asociación de científicos, artistas e impresores rigurosos invirtiera el proceso, al institucionalizarse la corrección y el enriquecimiento del contenido de las figuras.

El punto de partida de la xilografía botánica renacentista suele situarse en los grabados que para las *Herbarum vivae eicones* (1530), de Otto Brunfels, realizó Hans Weiditz, importante artista del círculo de Dürero, del que se conservan las acuarelas que pintó con este motivo. Más que un «retorno a la naturaleza» propiamente dicho significaron un crudo realismo, porque Weiditz copió incluso los defectos de los ejemplares que le sirvieron de modelos, careciendo todavía del concepto de representación típica. Doce años más tarde, Leonhart Fuchs concedió la máxima importancia a las ilustraciones en su libro *De historia stirpium*. Fueron obra de un equipo integrado por Albrecht Meyer, que dibujó las plantas, reproduciendo fielmente, en la misma línea que Weiditz, los ejemplares que Fuchs le proporcionaba; Heinrich Füllmaurer, encargado de copiar los dibujos en planchas de madera; y Veit Rudolph Speckle, que efectuó la labor de grabado. Junto al retrato del propio Fuchs, la edición original incluye los de estos tres artistas, expresivo reflejo de la estima que mereció su colaboración. Sin embargo, la presencia de estos retratos no constituye una auténtica novedad, como suele afirmarse, sino más bien el «renacimiento» de un modelo bizantino. En el «Dioscórides de Viena», códice pictórico del siglo VI que perteneció a la princesa bizantina Anicia Juliana y hoy se conserva en la Biblioteca Nacional de Austria, junto a numerosas pinturas del natural de las plantas, hay otra que representa a dos artistas dibujando un ejemplar de mandrágora bajo la supervisión del propio Dioscórides. En el prefacio de su libro, Fuchs expuso la cuidadosa planificación que había dispuesto para

garantizar la máxima objetividad de las figuras, indicando que se había evitado deliberadamente «ocultar la forma natural de las plantas con sombras y otros recursos menos necesarios con los que los dibujantes intentan a veces conseguir gloria artística».

La mayoría de los libros dedicados a las plantas que se imprimieron en el Renacimiento, o bien fueron ediciones con comentarios y adiciones del tratado de Dioscórides, o bien obras directamente basadas en él, como las recién citadas de Brunfels y Fuchs. Desde el punto de vista iconográfico, la más importante de las primeras fue la de Piero Andrea Mattioli, *Commentarii in sex libros Pedacii Dioscoridis*, impresa originalmente en 1544 y publicada varias veces durante la segunda mitad del siglo. Uno de los amigos de Mattioli era Ogier Ghiselin de Busbecq, embajador imperial en la corte turca que intervino en la adquisición del «Dioscórides de Viena» por Fernando I y que también proporcionó al naturalista italiano pinturas bizantinas de plantas y dos manuscritos del texto griego de Dioscórides. Especial interés tienen las figuras de las ediciones de los *Commentarii* de Mattioli aparecidas a partir de los años sesenta, obra conjunta de los artistas Giorgio Liberale de Udine y Wolfgang Meyerbeck. A diferencia de las del libro de Fuchs, recurren ampliamente al sombreado como recurso para representar con precisión las formas de las plantas. Este cambio se explica por estar concebidas con independencia de su posterior coloreado a mano y por motivos estilísticos, ya que señalan la transición del Renacimiento al Barroco en el terreno de la ilustración botánica. De los grabados de las obras de Fuchs y de Mattioli proceden casi todos los que ilustran gran parte de los libros de tema botánico publicados en la época, entre ellos la edición de Dioscórides comentada por Amato Lusitano (1558) y también la de Andrés Laguna, que tuvo once ediciones entre 1555 y 1773.

En sus *Herbarum vivae eicones*, Otto Brunfels había llamado «herbae nuda», sin nombre académico, a todas las nuevas especies que no estaban incluidas en los seis centenares descritos por Dioscórides. Como «era de los descubrimientos», el Renacimiento significó también un inmenso aporte de «herbae nuda» procedente de las Indias Orientales y, sobre todo, de América.

El primer estudio europeo sobre las plantas de Asia Oriental fue el libro del médico portugués García da Orta (1563), quien tras formarse en Salamanca residió durante un tercio de siglo en Goa, entonces capital del imperio portugués en la zona. Es una obra de gran altura científica, pero carece de ilustraciones. En relación directa con García da Orta estuvo Cristóbal de Acosta, otro médico ligado al imperio portugués. Tras una serie de viajes publicó en Burgos su *Tractado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas debuxadas al vivo* (1578). En él reconoció ampliamente su deuda con la obra de Orta, a la que añadió la descripción de varias especies, aunque la principal novedad consistió en las ilustraciones «dibujadas al vivo», tal como dice el título, que fueron las más tempranas imágenes impresas europeas que representaron directamente muchas plantas asiáticas orientales.

La difusión en Europa de las plantas americanas se inició con las primeras noticias del Nuevo Mundo contenidas en los textos colombinos y en otros escritos directamente relacionados con los descubrimientos. A esta fase inicial siguió otra, encabezada por el *Sumario* (1526) y la *Historia general y natural de las Indias* (1535), de Gonzalo Fernández de Oviedo, el primer autor que se propuso expresamente describir la naturaleza americana y ofreció graba-

dos de sus plantas y animales. A ella contribuyeron también diversas obras de conquistadores, viajeros y cronistas, una de las cuales fue la de Francisco López de Gómara (1552), que incluye una serie de figuras de plantas. Un hito de primera importancia fue la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (1565-1574), que Nicolás Monardes escribió y publicó en Sevilla, aprovechando las excepcionales circunstancias que ofrecía la ciudad como «puerto y escala» de América. Primer estudio científico de la materia médica vegetal del Nuevo Mundo, es considerado un título clásico de la farmacognosia y entre sus grabados se encuentran los que representan especies de tanto relieve como el tabaco, el saforán, la «pimienta negra» y el árbol del bálsamo de Perú.

La extraordinaria influencia que tuvieron estas obras se refleja, aunque no fue la única vía, en la elevada cifra de ediciones y traducciones que alcanzaron. La de Acosta fue nueve veces impresa en latín, italiano y francés y sus grabados reproducidos en numerosos libros durante más de un siglo. La aportación de Fernández de Oviedo fue asimilada con rapidez a través de una veintena de ediciones en italiano, latín e inglés, y el libro de López de Gómara, publicado seis veces en italiano, siete en francés y dos en inglés. El tratado de Monardes figuró entre los textos científicos más reeditados en la Europa de la época, con casi cuarenta ediciones en latín, castellano, francés, inglés y alemán, además de mantenerse como autoridad sobre el tema hasta bien entrado el siglo XIX. A la difusión de los libros de Monardes y Acosta en el mundo académico europeo contribuyó decisivamente Charles de l'Escluse (Carolus Clusius), con traducciones latinas anotadas en las que incluyó algunas excelentes ilustraciones nuevas. El propio Clusius fue autor de un importante estudio sobre la flora de la Península Ibérica (1576), en el que incorporó noticias y figuras de naturalistas españoles, así como otro acerca de la de Austria y Hungría (1583). Trabajó en estrecha colaboración con Rembert Dodoens y Mathias Lobelius, cuyos tratados, junto a los de Clusius, convirtieron los Países Bajos en uno de los principales centros europeos de la ilustración botánica.

La gran empresa de la historia natural renacentista fue la expedición científica moderna que, por encargo de Felipe II, recorrió Nueva España desde 1570 hasta 1577 bajo la dirección de Francisco Hernández. Sus resultados desbordaron definitivamente el estudio del mundo vegetal procedente de la Antigüedad clásica. Con una amplia perspectiva de naturalista y no como una mera contribución aplicada a la materia médica, Hernández describió de manera metódica más de tres mil plantas observadas en su ambiente, aparte de numerosos animales y vegetales. En el terreno de la ilustración, la aportación fue extraordinaria, ya que los diecisiete volúmenes entregados al rey contenían pinturas del natural de 2.073 especies, la inmensa mayoría de las cuales eran desconocidas por los europeos. Hernández rompió con la ordenación tradicional, efectuando agrupaciones taxonómicas en gran parte basadas en la botánica náhuatl y en su terminología, ya que se rodeó de colaboradores amerindios. Ello explica que también en las ilustraciones influyera el modo mexicano de representar las plantas. Éste había sido el utilizado en el célebre códice botánico de Martín de la Cruz y Juan Badiano (1552), dos autores amerindios formados en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, de México, en el ambiente en el que Bernardino de Sahagún realizó su gran obra so-



Viene de la página anterior



bre la cultura y la ciencia náhuatl, que asimismo pesó en la de Hernández.

El gigantesco tamaño de los materiales hernandinos hizo que Felipe II encargara al botánico regio Nardo Antonio Recchi una amplia selección para ser publicada. Esta selección y diversos originales de Hernández tuvieron varias ediciones durante la primera mitad del siglo XVII. Desde el punto de vista iconográfico destacaron la de casi doscientos capítulos originales incluidos en el tratado de historia natural exótica (1635) del profesor madrileño Juan Eusebio de Nieremberg, que respetó el estilo náhuatl de las ilustraciones, y la de la selección de Recchi por la Accademia dei Lincei, en Roma (1628-1651), cuyos siete centenares de grabados son de tipo europeo. A través de grandes figuras, desde Marggraf, Morison, Ray y Tournefort hasta el propio Linneo y los principales autores de la transición del siglo XVIII al XIX, la obra hernandina y su mestizaje científico influyó de modo importante en el proceso de constitución de la botánica moderna.

El incendio de la biblioteca de El Escorial de 1671 destruyó las pinturas realizadas en la expedición de Hernández, pero no las copias directas que allí se habían hecho, principalmente con destino a la selección de Recchi. Varias de ellas, con títulos en náhuatl e inequívoco estilo amerindio, figuran en el Códice Pomar, llamado así porque fue propiedad de Jaime Honorato Pomar, titular de la importante cátedra de «hierbas» o medicamentos simples de la Universidad de Valencia, que al final de su vida fue nombrado botánico regio por Felipe II. Incluye pinturas de animales y más de dos centenares de plantas, entre las que se encuentran, además de las hernandinas, especies mediterráneas y exóticas, en su mayor parte copiadas del natural en el jardín botánico de Aranjuez. Estas últimas, aunque sin alcanzar su elevada calidad, tienen un estilo semejante al de Giacomo Ligozzi, seguramente por ser obra de discípulos suyos que trabajaban en El Escorial. Ligozzi fue pintor de cámara en la corte florentina, en especial en la época de Francesco I, y debe su celebridad a una amplísima serie de pinturas de plantas y animales, en buena parte destinadas a ilustrar las obras del gran naturalista boloñés Ulisse Aldrovandi. Tanto desde el punto de vista técnico, con «percezione acutissima delle più sotili sfumate», como científico, fueron las mejores de la Europa de la época, pudiendo equipararse a las mejores de los siglos XIX y XX.

El grabado en madera tenía serias limitaciones para reproducir los detalles más finos de los dibujos y pinturas de plantas. Muchas de ellas fueron superadas por la calcografía, que se introdujo en la ilustración botánica con casi medio siglo de retraso en relación con la de otras disciplinas, como la anatomía humana y la zoología. Las primeras obras que la utilizaron fueron el tratado sobre símbolos y emblemas vegetales de Joachim Camerarius (1590) y el *Phytobasanos* de Fabio Colonna (1592). Este último fue uno de los responsables de la edición ro-

mana de los materiales de Francisco Hernández, en la que insertó algunas grandes láminas calcográficas, que contrastan con las xilografías que ilustran la obra, y en su *Phytobasanos* se refiere ya a la pintura hernandina de «tlápatl», es decir, la importante especie *Datura stramonium* L.

El grabado calcográfico con buril y al aguafuerte se difundió lentamente a lo largo del siglo XVII en las obras botánicas importantes. Una tan destacada como la *Historia naturalis Brasiliae* (1648), de Georg Marggraf, está ilustrada todavía con grabados en madera. Más temprano fue su uso en los llamados «florilegia», colecciones de estampas muy populares entre los aficionados a la jardinería desde el Barroco hasta las primeras décadas del siglo XIX. El más vistoso entre los que iniciaron el género fue el *Hortus Eystettensis* (1613), de Basil Besler, dedicado a las flores del jardín del obispo de Eichstätt. Sin embargo, sus grabados, realizados por un equipo de artistas, son toscos y rígidos y no significaron ninguna aportación de interés. Solamente en las décadas de transición del siglo XVII al XVIII, la calcografía se impuso por completo en la ilustración de los textos botánicos más rigurosos. Como ejemplos sobresalientes pueden anotarse, en primer término, los grabados de los *Eléments de botanique* (1694) y del *Voyage au Levant* (1718), de Joseph Pitton de Tournefort, todos ellos a partir de dibujos de Claude Aubriet, quien participó en la expedición al Mediterráneo oriental de 1700 y 1701, cuyos resultados expuso la segunda obra. Merecen asimismo ser mencionadas dos aportaciones a la flora de las Indias Orientales realizadas por holandeses, que habían tomado en la zona el relevo a los portugueses: el *Hortus Indicus Malabaricus* (1678-1703), de Henrik A. van Rheede tot Draakstein, y el *Herbarium Amboinense*, terminado en 1690 por Georg Eberhard Rumpf, pero que, como los materiales de Hernández, fueron publicados medio siglo después de la muerte de su autor (1741-50).

Entre los numerosos artistas de mediados del siglo XVIII dedicados a la ilustración botánica, citaremos únicamente al alemán Georg Dyonisium Ehret, quien pintó para Jacob Trew un atlas sobre especies centroeuropeas (ca. 1732), dibujó las figuras del *Hortus Cliffortianus* (1738), de Linneo, y, tras afincarse en Inglaterra, colaboró en los trabajos de numerosos naturalistas, entre ellos *Plantae selectae* (1750-73), del propio Trew.

El período culminante de la calcografía botánica correspondió al último tercio del siglo XVIII y al primero del siglo XIX y estuvo especialmente asociado a las expediciones científicas y a las nuevas instituciones de historia natural. La expedición de James Cook por el Pacífico desde 1768 a 1770 es habitualmente sobrevalorada, sin tener en cuenta que su vertiente botánica dependió exclusivamente del interés y la fortuna de Joseph Banks y que los dibujos sobre plantas realizados en la misma, principalmente por Sidney Parkinson, empezaron a publicarse en 1900. Las más importantes fueron las expe-

diciones botánicas españolas a Perú y Chile (1777-1788), Nueva Granada (1782-1808), Nueva España (1787-1802) y América y el Pacífico (1789-1794), dirigidas respectivamente por Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón, Martín de Sessé, José Celestino Mutis y Alejandro Malaspina, así como la de Alexander von Humboldt y Aimée Bonpland por las «regiones equinocciales» americanas (1799-1804). Solamente los materiales iconográficos de la expedición de Ruiz y Pavón se publicaron en gran parte inmediatamente, sobre todo en el *Prodromus* (1794) y tres volúmenes de la *Flora Peruviana et Chilensis* (1798-1802). Los millares de pinturas de la de Nueva Granada han permanecido inéditos hasta el presente siglo, aunque el contenido de muchas se difundió a través de la relación de Mutis con Linneo y sus discípulos y con Humboldt. Las realizadas en las dirigidas por Sessé y Malaspina fueron aprovechadas fundamentalmente en las *Icones et descriptiones plantarum* (1791-1801), de Antonio José Cavanilles, y una amplia colección procedente de la primera sirvió, a través de calcos, para la descripción sin figuras de especies en la etapa inicial del *Prodromus* (1824-1834) dirigido por Augustin Pyramus de Candolle. Humboldt se desinteresó de la publicación de los materiales botánicos reunidos en su expedición, que finalmente aparecieron en diferentes series del *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Monde* (1808-1834), al principio por iniciativa de Bonpland y luego gracias a la labor de Karl Sigismund Kunth. En cuanto a los artistas relacionados con las nuevas instituciones de historia natural, el principal fue, sin duda, Pierre Joseph Redouté. Comenzó en París ilustrando obras botánicas de Charles Louis L'Héritier y, tras la Revolución, trabajó en el recién fundado Musée d'Histoire Naturelle, escenario central del origen de varias disciplinas biológicas modernas, y colaboró con Bonpland y René L. Desfontaines. Sus dibujos y pinturas no solamente fueron grabados con buril y al aguafuerte, sino también mediante el procedimiento de impresión directa del color denominado «à la poupée», el más usual entonces.

De la litografía y la xilografía a contrafibra a los procedimientos fotomecánicos

La innovación técnica que supuso la litografía no desplazó tempranamente a la calcografía en la ilustración botánica, como sucedió en la de otras áreas científicas. Por ejemplo, en los *Annales des Sciences Naturelles* (1824-1852), editados en París cuando esta ciudad era la capital científica de Europa, los trabajos sobre botánica descriptiva, embriología y micrografía vegetales, etc., de los más importantes investigadores del continente están ilustrados algunas veces con estampas calcográficas y otras con litografías. Algo parecido sucedió con las grandes floras. Resulta significativo que las ilustraciones de Edmund Boissier sobre el sur de España (1839-1845) sean exclusivamente estampas calcográficas, mientras que las también espléndidas de los volúmenes dedicados por Moritz Willkomm a la flora de la Península Ibérica a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX fueran al principio calcografías y, sólo en las décadas finales de la centuria, litografías.

La difusión de la xilografía a contrafibra condujo, como en todos los campos de la ilustración, el abaratamiento y la generalización de las imágenes impresas, tanto en tratados, manuales y revistas especializadas como en obras y publicaciones periódicas de divulgación. Junto a una incontable cifra de figuras toscas e inexactas, permitió gra-

bados precisos y de elevada calidad artística que ilustraron un notable número de obras científicas destacadas, que pueden ejemplificarse en los volúmenes sobre plantas medicinales del gran tratado de N. Jean-Baptiste G. Guibourt (1849-1851).

La introducción de los procedimientos fotomecánicos y el arrollador crecimiento posterior de las técnicas de reproducción de imágenes ha abierto una nueva etapa de la historia de la ilustración botánica. Sin embargo, lejos de disminuir la importancia del dibujo y la pintura, ha significado la profesionalización de artistas especializados en ella. Como ha puesto de relieve Manuel Costa, su trabajo es un elemento indispensable en las floras y monografías actuales, habiéndose convertido la cámara clara en un medio decisivo para conseguir gran exactitud en la representación de los caracteres. En muchos países, entre ellos el nuestro, a esta tarea se dedican desde figuras de dilatada producción y gran prestigio internacional, como Eugeni Sierra Ràfols, a brillantes profesionales jóvenes.

En 1950, Wilfrid Blunt, un artista parcialmente dedicado a la pintura de plantas, y William T. Stearn, un botánico que ocupaba el cargo de bibliotecario en la Royal Horticultural Society y era autor de varios artículos sobre libros con figuras de vegetales, publicaron en Londres la primera edición de *The Art of Botanical Illustration*, dentro de una serie destinada al gran público. El libro tuvo cuatro reimpressiones hasta 1967 y, tras la muerte de Blunt en 1987, Stearn ha preparado una versión «revisada y ampliada» del mismo, que ha sido editada por el Club de Coleccionistas de Antigüedades. No hay que pedir a una obra lo que no pretende ser, por lo que bastaría decir que se trata de una mera colección de reproducciones, en buena parte en color, de vistosas ilustraciones botánicas, en su inmensa mayoría procedentes de bibliotecas y colecciones del área de Londres o proporcionadas por el Hunt Institute, de Pittsburgh. Sin embargo, Stearn afirma haber incorporado la reciente investigación sobre el tema y, a partir de su primera edición, el libro ha aspirado a trazar la trayectoria cronológica de la materia, desde «El legado de la Antigüedad» hasta el presente. En realidad, únicamente ofrece una sucesión de capítulos yuxtapuestos, que comentan las figuras, siendo los enlaces supuestamente «históricos» breves resúmenes llenos de tópicos, lagunas y errores, sin intento alguno de encuadre histórico desde la botánica, el arte o los procedimientos técnicos. Más grave todavía es la cita de estudios y la emisión de juicios sobre fuentes que resulta patente que los autores desconocen. El volumen no merece una crítica detenida. Baste anotar que ignora por completo la Edad Media («este largo invierno medieval de estancamiento artístico») y que, entre sus grandes lagunas, se encuentran algunas de las principales aportaciones inglesas a la ilustración botánica. Es penoso que haya sido considerado «una obra importante» e incluso «la obra clásica sobre la materia». Ello sólo contribuye a ocultar la ausencia de la síntesis rigurosa que el estado de la investigación permite y la importancia del tema exige. □

En el próximo número

Artículos de Gonzalo Sobejano, Vicente Verdú, Pedro Cerezo Galán, Elías Díaz, Antonio González González, José María Mato y Ramón Pascual.

RESUMEN

Con motivo de una edición revisada de, en opinión de López Piñero, una deficiente obra de divulgación, se anota la trayectoria de la ilustración botánica, recordando que el estudio científico de las plantas ha estado siempre insepa-

ramente unido a la representación de sus figuras y, por ello, al dibujo, la pintura y las técnicas de reproducción de imágenes; poniendo así de manifiesto que la disociación de las llamadas «dos culturas» es un planteamiento indefendible.

Wilfrid Blunt y William Stearn

The Art of Botanical Illustration

Antique Collector's Club / The Royal Botanical Gardens, Kew / Woodbridge, 1995. 368 páginas. ISBN: 1-85149-177-5.

ARQUITECTURA

BONET CORREA, Antonio
 "Arquitectura española del siglo XVIII", sobre *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*, de F. J. León Tello y M^a Virginia Sanz. N^o 94. Abril. Pág. 3.
 FERNÁNDEZ ALBA, Antonio
 "Arquitectura en grises de penumbra" sobre *Documenti di architettura*, de Tadao Ando. N^o 91. Enero. Págs. 1-2.

ARTE

LÓPEZ ESTRADA, Francisco
 "La vanguardia española y su circunstancia", sobre *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, de Juan Manuel Bonet. N^o 99. Noviembre. Págs. 1-2.
 NIETO ALCAIDE, Víctor
 "Arte español del XX: modernidad y vanguardia", sobre *Arte del siglo XX en España. Pintura y escultura, 1900-1990*, de Valeriano Bozal. N^o 96. Junio-julio. Págs. 6-7.

BIOLOGÍA

MATO, José María
 "El genoma humano", sobre *The Gene Wars: Science, Politics and the Human Genome*, de Robert Cook-Deegan. N^o 92. Febrero. Págs. 10-11.
 MELERO, José Antonio
 "El gran debate sobre la evolución", sobre *Reinventing Darwin: The Great Evolutionary Debate*, de Niles Eldredge. N^o 96. Junio-julio. Págs. 10-11.

CIENCIA

ALARIO, Miguel Ángel
 "La obra 'inerte' más perfecta de la naturaleza", sobre *The new Alchemists*, de Robert M. Hazen. N^o 96. Junio-julio. Págs. 8-9.
 GANCEDO, Carlos
 "El hombre que hacía milagros", sobre *Pasteur*, de Maurice Vallery-Radot, y *The Private Science of Louis Pasteur*, de G. L. Geison. N^o 93. Marzo. Págs. 4-5.
 GARCÍA OLMEDO, Francisco
 "Las caras del Dr. Extrañoamor", sobre *From Faust to Strangelove: Representations of the Scientist in Western Literature*, de Roslynn D. Haynes. N^o 94. Abril. Pág. 12.
 LÓPEZ PIÑERO, José María
 "El arte en la ciencia: la ilustración botánica", sobre *The Art of Botanical Illustration*, de Wilfrid Blunt y William Stearn. N^o 100. Diciembre. Págs. 10-11.
 RÍOS, Sixto
 "La campana de Gauss", sobre *The Bell Curve (Intelligence and Class Structure in American Life)*, de Richard J. Herrnstein y Charles Murray. N^o 91. Enero. Pág. 12.
 SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos
 "En torno al reduccionismo", sobre *Nature's Imagination. The Frontiers of Scientific Vision*, de John Cornwell (ed.). N^o 93. Marzo. Págs. 6-7.

CINE

FERNÁNDEZ-SANTOS, Ángel
 "Douglas Sirk, la mirada de un alquimista", sobre *Tiempo de vivir, tiempo de revivir (Conversaciones con Douglas Sirk)*, de Antonio Drove. N^o 94. Abril. Págs. 6-7.
 "Una Atenas de este siglo", sobre *Los extranjeros de Mabery Road*, de Salka Viertel. N^o 99. Noviembre. Pág. 3.
 GARCÍA BERLANGA, Luis
 "Las mil trastiendas del cine", sobre *Desde la última fila*, de Fernando Fernán-Gómez. N^o 92. Febrero. Pág. 12.
 GUBERN, Román
 "Sobre el melodrama cinematográfico", sobre *Melodrama. El cine de lágrimas de América Latina*, de Silvia Oroz. N^o 97. Agosto-septiembre. Pág. 12.
 "Una exploración del cine estalinista", sobre *Réalisme socialiste et cinéma. Le cinéma stalinien (1928-1941)*, de Eric Schmulevitch. N^o 100. Diciembre. Pág. 3.

CULTURA

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "El legado helénico", sobre *To mnema toy Apollona. Paideia, tekhnē, politismos. Delphoi kai sygchronos kosmos*, de Pericles Ne-archou. N^o 93. Marzo. Págs. 1-2.

DERECHO

LÓPEZ PINA, Antonio
 "Europa, 'vocación cívica' de Häberle", sobre *Europäische Rechtskultur*, de Peter Häberle. N^o 97. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.
 MORODO, Raúl
 "Por una modernidad jurídica y política", sobre *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, de Elías Díaz. N^o 95. Mayo. Pág. 12.
 TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
 "Una experiencia jurídica medieval", sobre *L'ordine giuridico medievale*, de Paolo Grossi. N^o 94. Abril. Págs. 1-2.

ECONOMÍA

VELARDE FUERTES, Juan
 "Los agobios del déficit del sector público", sobre *¿Está el Estado español en quiebra?*, de José Barea y M.^a Dolores Dizy. N^o 91. Enero. Págs. 10-11.

FILOLOGÍA

SECO, Manuel
 "La catedral terminada", sobre *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, de Rufino José Cuervo. N^o 100. Diciembre. Págs. 6-7.

FILOSOFÍA

LAÍN ENTRALGO, Pedro
 "Hacia una antropología literaria", sobre *El hombre imaginario*, de Antonio Blanch. N^o 98. Octubre. Pág. 12.
 MUGUERZA, Javier
 "El destino ético del hombre", sobre *El ethos, destino del hombre*, de Juliana González. N^o 100. Diciembre. Págs. 4-5.
 SOTELO, Ignacio
 "La presencia inquietante de Heidegger", sobre *Ein Meister aus Deutschland. Heidegger und seine Zeit*, de Rüdiger Safransky. N^o 93. Marzo. Págs. 8-9.

FÍSICA

DURÁN, Armando
 "Einstein, el hombre", sobre *Einstein lived here*, de Abraham Pais. N^o 98. Octubre. Págs. 10-11.
 PASCUAL, Ramón
 "La demostración de la vida eterna", sobre *The Physics of Immortality. Modern Cosmology, God and the Resurrection of the Dead*, de Frank J. Tipler. N^o 94. Abril. Págs. 10-11.

HISTORIA

ANES, Gonzalo
 "Madrid, Villa y Corte", sobre *Madrid. Historia de una capital*, de Santos Juliá, D. Ringrose y C. Segura. N^o 92. Febrero. Págs. 8-9.
 "Castillos, fortines y fortalezas medievales", sobre *Glosario de arquitectura defensiva medieval*, de Luis de Mora-Figueroa. N^o 98. Octubre. Págs. 4-5.
 ARTOLA, Miguel
 "Los Esterházy", sobre *The Landed Estates of the Esterházy Princes. Hungary during the Reforms of Maria Theresia and Joseph II*, de Rebecca Gates-Coon. N^o 92. Febrero. Págs. 1-2.
 BENITO RUANO, Eloy
 "Enésima 'nueva Edad Media'", sobre *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, de Alain Minc. N^o 94. Abril. Págs. 4-5.
 IGLESIAS, Carmen
 "Los indios y la protección de la Corona", sobre *La Corona y la América del Siglo de las Luces*, de Gonzalo Anes. N^o 92. Febrero. Págs. 6-7.
 JOVER, José María
 "España y Ultramar", sobre *Consejo de Estado. Fondos de Ultramar (1835-1903)*, estudio histórico de Francisco Tomás y Valiente. N^o 95. Mayo. Págs. 6-7.
 MAINER, José-Carlos
 "El catalanismo como cultura", sobre *La cultura del catalanismo. El nacionalisme català en els seus inicis*, de Joan-Lluís Marfany. N^o 100. Diciembre. Págs. 1-2.
 MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
 "El laberinto sin salida de la Inquisición", sobre *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*, de B. Netanyahu. N^o 95. Mayo. Págs. 8-9.
 SERNA, Alfonso de la
 "De diplomacia", sobre *Historia de la Diplomacia Española*, de Miguel Ángel Ochoa. N^o 99. Noviembre. Págs. 4-5.
 TOMÁS Y VALIENTE, Francisco
 "El comunismo como ilusión", sobre *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, de François Furet. N^o 91. Enero. Págs. 8-9.
 TUSELL, Javier
 "Una teoría de la guerra civil", sobre *Guerre fratricide. Le Guerre civile in età contemporanea*, de Gabriele Ranzato (ed.). N^o 91. Enero. Pág. 3.

LINGÜÍSTICA

ALVAR, Manuel
 "Sobre sociolingüística", sobre *Ensayos sobre el español de América*, de Juan M. Lope Blanch. N^o 98. Octubre. Págs. 1-2.
 BADIA I MARGARIT, Antoni M.
 "El gran vacío: del latín al romance", sobre *La llengua catalana mil anys enrere*, de Joan Bastardas. N^o 96. Junio-julio. Pág. 3.
 GARCÍA CALVO, Agustín
 "De cómo cambian las lenguas", sobre *Principles of Linguistic Change. Vol. I: Internal Factors*, de William Labov. N^o 97. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
 GARRIDO, Miguel Ángel
 "La lingüística de fin de siglo", sobre *Nouveau Dictionnaire Encyclopédique des Sciences du Langage*, de Oswald Ducrot y Jean-Marie Schaeffer. N^o 98. Octubre. Pág. 3.
 LORENZO, Emilio
 "Gramáticas de español", sobre *A Comprehensive Spanish Grammar*, de Jacques De Bruyne. N^o 95. Mayo. Págs. 1-2.
 MARSÁ, Francisco
 "Análisis de la cortesía", sobre *La cortesía verbal. Estudio pragmatolinguístico*, de Hen Haverkate. N^o 92. Febrero. Pág. 3.

QUILIS, Antonio

"Las lenguas de España en cifras", sobre *El bilingüismo en el Estado español*, de Maitena Etxebarria Arostegui. N^o 97. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
 "Epistolarios de Rafael Dieste", sobre *Epistolario*, de Rafael Dieste, y *Epistolario amoroso*, de Rafael Dieste y Carmen Muñoz. N^o 99. Noviembre. Págs. 8-9.
 CARNERO, Guillermo
 "Burócratas y putrefactos", sobre *Los Putrefactos de Dalí y Lorca. Historia y antología de un libro que no pudo ser*, de Rafael Santos Torroella. N^o 97. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.
 COLINAS, Antonio
 "Para el placer de releer", sobre *Anthologie bilingue de la poésie espagnole*, de Nadine Ly (coord.). N^o 96. Junio-julio. Págs. 1-2.
 FERNÁN-GÓMEZ, Fernando
 "Las ventanas abiertas", sobre *El niño republicano*, de Eduardo Haro Tecglen. N^o 98. Octubre. Págs. 6-7.
 FRAILE, Medardo
 "Narratólogos y narradores", sobre *Teoría e interpretación del cuento*, de Peter Fröhlicher y Georges Güntert (eds.). N^o 95. Mayo. Pág. 3.
 GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Melancolía de final", sobre *El amante del volcán*, de Susan Sontag. N^o 92. Febrero. Págs. 4-5.
 "Filología pujante: de poesía y pintura", sobre *El colore eloquente*, de Ezio Raimondi. N^o 99. Noviembre. Págs. 6-7.
 GARCÍA-SABELL, Domingo
 "En el subterráneo de la ceguera", sobre *Ensaio sobre a Cegueira*, de José Saramago. N^o 95. Mayo. Págs. 4-5.
 JIMÉNEZ LOZANO, José
 "Edgar Allan Poe, un hombre solamente", sobre *Poe. Edgar Allan Poe, poeta americano*, de Georges Walter. N^o 91. Enero. Págs. 6-7.
 LÓPEZ ESTRADA, Francisco
 "Edición americana de las Crónicas de Ayala", sobre *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, de Pero López de Ayala. N^o 93. Marzo. Pág. 3.
 MARTÍNEZ CACHERO, José María
 "Cansinos-Asséns, memorialista", sobre *La novela de un literato (Hombres-Ideas-Efemérides-Anécdotas). 3. 1923-1936*, de Rafael Cansinos-Asséns. N^o 96. Junio-julio. Págs. 4-5.
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "La obra de Sófocles, un laboratorio poético", sobre *Sophocles' Tragic World. Divinity, Nature, Society*, de Charles Segal. N^o 100. Diciembre. Págs. 8-9.

MATEMÁTICAS

RÍOS, Sixto
 "Cinco reglas de oro", sobre *Five Golden Rules*, de John L. Casti. N^o 99. Noviembre. Pág. 12.

MÚSICA

BARCE, Ramón
 "La zarzuela española vista desde Alemania", sobre *Zarzuela y operetas*, de Volker Klotz. N^o 99. Noviembre. Págs. 10-11.
 FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
 "Música y feminismo militante", sobre *Feminine Endings: Music, Gender and Sexuality*, de Susan McClary. N^o 98. Octubre. Págs. 8-9.
 PRIETO, Claudio
 "Un espacio para Beethoven", sobre *Beethoven. Repertorio completo*, de Amadeo Poggi y Edgar Vallora. N^o 97. Agosto-septiembre. Pág. 3.
 SOLER, Josep
 "La estética de la música en Schoenberg", sobre *Coherence, Counterpoint, Instrumentation, Instruction in Form*, de Arnold Schoenberg. N^o 91. Enero. Págs. 4-5.

POLÍTICA

AYALA, Francisco
 "El descrédito del Estado", sobre *A orillas del Estado*, de Francisco Tomás y Valiente. N^o 96. Julio-julio. Pág. 12.
 LÓPEZ PINTOR, Rafael
 "El fantasma electoral de la abstención", sobre *La abstención electoral en España, 1977-1993*, de Manuel Justel. N^o 97. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
 MORÁN, Fernando
 "Nelson Mandela, un símbolo multirracial", sobre *El largo camino hacia la libertad*, de Nelson Mandela. N^o 93. Marzo. Págs. 10-11-12.

SOCIEDAD

SIGUAN, Miquel
 "Matrimonios mixtos y sociedad pluricultural", sobre *Les couples mixtes*, de Gabrielle Varro. N^o 95. Mayo. Págs. 10-11.

TEOLOGÍA

GONZALEZ DE CARDEDAL, Olegario
 "El mal entre el hombre y Dios", sobre *Dios para pensar. El mal. El hombre*, de A. Gesché. N^o 94. Abril. Págs. 8-9.